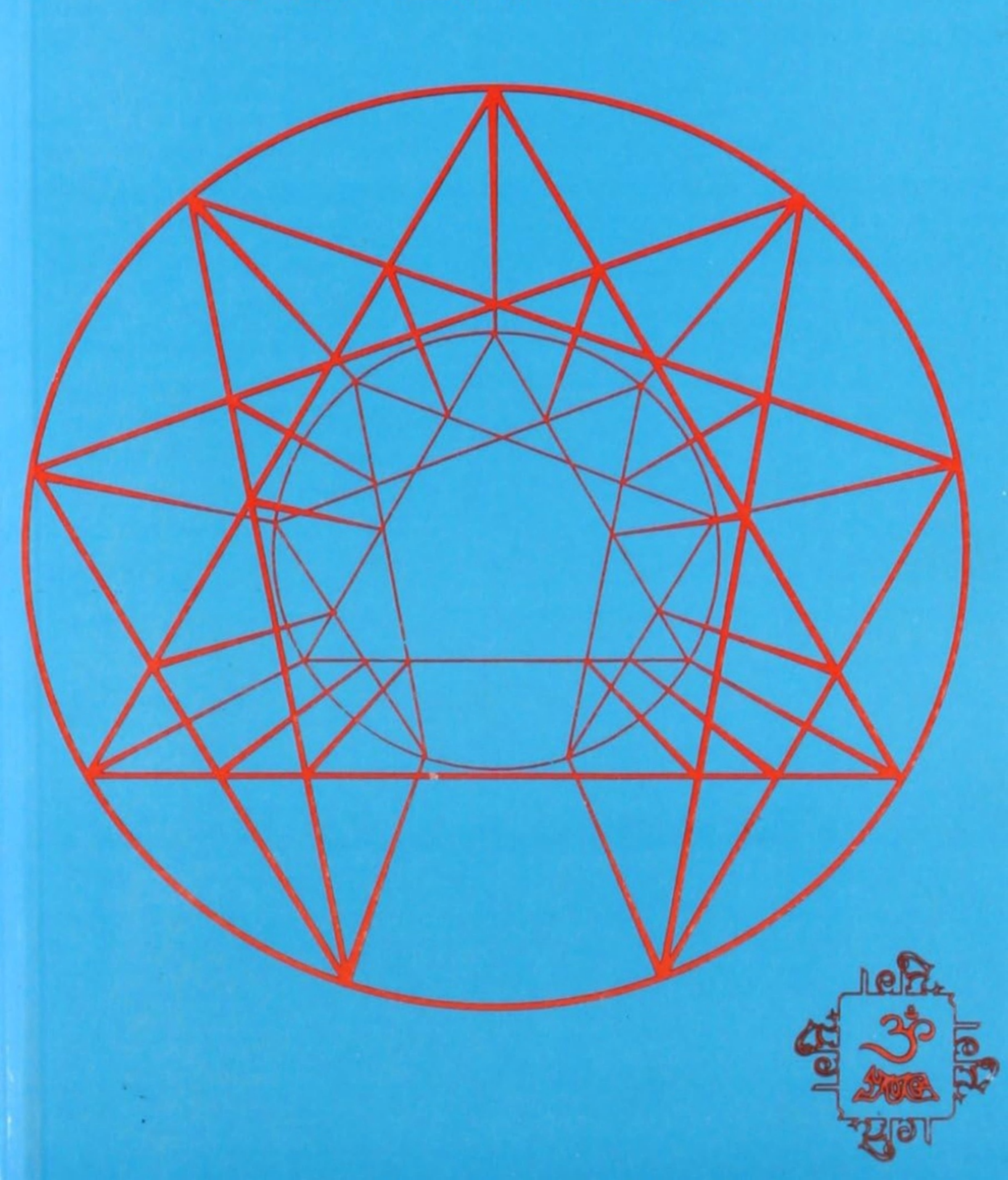
RODNEY COLLIN

EL DESARROLLO DE LA LUZ



RODNEY COLLIN

EL DESARROLLO DE LA LUZ

Versión del Dr. Gustavo Cortés Farías y Mario Puga.
Diagramas graficos de Ricardo Guyatt.
Primera edición: 1952.

El mundo todo de seis dimensiones está lleno con Su bondad dondequiera que mires, estás conociéndolo a El.

Jallaludin Rumí: El Matnavi Libro Tercero, verso 3108

Ve como el suelo del cielo
está espesamente taraceado con patina de brillante oro:
no existe el más pequeño orbe que tu admiras
más en su movimiento canta como los ángeles,
que desenvuelven su coro ante las miradas de los querubines.
Armonía igual existe en las almas inmortales.

Shakespeare: El Mercader de Venecia Acto Y. escena 1

Todo el progreso obtenido por nuestro esfuerzo cerebral consiste en la afirmación de hechos materiales por medio de instrumentos ridículamente imperfectos –que, sin embargo, suplen en cierto grado la ineficiencia de nuestros órganos. Cada veinte años, algún infeliz investigador, que por lo general muere en el intento, descubre que la atmósfera contiene un gas hasta ahora desconocido, que una fuerza imponderable inexplicable, no calificada, puede obtenerse restregando un pedazo de cera en un tejido; que entre las innumeras estrella desconocidas, hay una que no había sido notada en la vecindad inmediata de otra que había... Bueno, ¿y qué?
¿Que nuestras enfermedades se deben a microbios? Muy bien. Pero, ¿de dónde proceden esos microbios? Y ¿qué hay de *sus* enfermedades? Y los soles, ¿de dónde vienen?
Nada sabemos, no entendemos nada, nada podemos hace nada adivinamos; estamos enclaustrados, prisioneros en nosotros mismos...

Guy de Maupassant: Apuntes abril 7, 1888

MAGISTRO MEO
Qui Sol fuit est et erit
Sytematis nostril
dicatum

CONTENIDO

FIGURAS EN EL TEXTO

LAMINAS

Frente a la página

INTRODUCCIÓN

En todas las edades los hombres han procurado congregar la suma del conocimiento y la experiencia de su época, en un solo todo que pudiera explicar sus relaciones con el universo y sus posibilidades en él. En la forma ordinaria nunca pudieron lograrlo. Porque la unidad de las cosas no se reconoce por la mente ordinaria, en el estado ordinario de conciencia. La mente ordinaria, refractada por las innúmeras y contradictorias insinuaciones de los diferentes aspectos de la naturaleza humana, debe reflejar el mundo tan vario y confuso como el hombre mismo. Una unidad, un modelo, un significado que todo lo abarca –si es que existe– sólo podría discernirse o experimentarse en un estado de conciencia diferente. Únicamente sería esto realizable por una mente que se hubiera unificado a sí misma.

¿Qué unidad, por ejemplo, podría percibir aún el más brillante de los físicos, filósofos, teólogos, que mientras cabalga distraído sobre un banquillo, se enoja de quedar chasqueado, no se da cuenta cuando irrita a su mujer y, en general, está sometido a la trivial ceguera cotidiana de la mente ordinaria y cuyo trabajo hace con habitual falta de atención? Cualquier unidad que alcance en tal estado puede existir sólo en su imaginación.

Por esto, la tentativa para reunir en un solo haz el conocimiento se ha conectado siempre con la búsqueda de un nuevo estado de conciencia. Aquélla carece de significado y es fútil, apartada de esta búsqueda.

Quizá aún podría decirse que los pocos intentos que han tenido exilo y que han llegado hasta nosotros, presentan los signos de ser únicamente productos secundarios de dicha búsqueda, *cuando ésta resultó exitosa*. Los únicos convincentes ‗modelos del universo‘ en existencia son aquéllos dejados por hombres que, con toda evidencia, lograron una relación completamente diferente con el mundo y la conciencia de él, de aquélla que atañe a la experiencia ordinaria.

Porque estos verdaderos ‗modelos del universo‘ no solamente deben presentar la forma interna y la estructura de este universo sino que, también, deben revelar la relación del hombre con aquél y sus destinos presente y posible en el mismo. En este sentido, algunas de las catedrales góticas son modelos completos del universo, en tanto que un planetario moderno, no obstante toda su belleza, todo el conocimiento y toda su exactitud, no lo es. Porque este último omite por completo al hombre. La diferencia, naturalmente, reside en el hecho de que las catedrales fueron diseñadas –directa o indirectamente– por hombres que pertenecían a escuelas para el logro de estados de conciencia más elevados‘ y tenían la ventaja de la experiencia adquirida en estas escuelas; mientras que los diseñadores de los planetarios son científicos y técnicos que, aunque inteligentes y calificados suficientemente en su especialidad, no pueden pretender un conocimiento particular de las potencialidades de la máquina humana con que tienen que trabajar.

Concretamente, si poseemos determinadas claves para su interpretación, el hecho más sorprendente respecto a estos antiguos ‗modelos del universo‘ que surgen en edades, continentes y culturas muy separadas entre sí, es precisamente su semejanza; tan profunda ésta que se podría hacer una muy– buena defensa de la idea de que *una conciencia superior revela siempre la misma verdad*, basándose únicamente en el estudio comparativo de ciertos modelos del universo existentes y que parecen derivarse de aquélla –por ejemplo, la catedral de Chartres, la Gran Esfinge, el Nuevo Testamento, la Divina Comedia o, por otro lado, determinados diagramas cósmicos legados por los alquimistas del siglo XVII, los diseñadores de las barajas del Tarot y los pintores de algunos iconos rusos y de estandartes tibetanos.

Por supuesto, una de las dificultades principales en el camino de este estudio comparativo radica en el hecho de que todos esos modelos se expresan en lenguajes diferentes y en que, para la mente ordinaria impreparada, un lenguaje diferente implica una verdad diferente. De hecho, esta es una ilusión característica del estado ordinario del hombre. Por el contrario,

hasta un pequeño mejoramiento de su percepción revela que el mismo lenguaje, la misma formulación, puede encerrar conceptos diametralmente opuestos; en tanto que lenguajes y formulaciones que a primera vista nada tienen en común pueden, de hecho, referir la misma cosa. Por ejemplo, mientras que las palabras *honor*, *amor*, *democracia* se usan universalmente, es casi imposible encontrar dos personas que les atribuyan el mismo significado. Es decir, pues, los usos diferentes de la misma palabra pueden ser no comparables. Por otro lado –parecerá éste un pensamiento extraño– la catedral de Chartres, un mazo de barajas del Tarot y ciertas deidades tibetanas profusamente armadas y multicéfalas son, de hecho, *formulaciones de exactamente las mismas ideas*; esto es, son exactamente comparables.
Se hace, así, necesario considerar en este punto la cuestión del lenguaje en relación con la construcción de un modelo del universo, el delineamiento de un esquema de unidad. Fundamentalmente, el lenguaje o forma de expresión se divide según que interese a una u otra de las funciones del hombre, familiares o potenciales. Por ejemplo, una idea determinada puede expresarse en lenguaje filosófico o científico, apelando a la función intelectual del hombre: puede expresársela en lenguaje religioso o poético, que apela a su función emocional; expresársela en ritos o en danzas que interesan a su función motriz; y, todavía, puede expresársela en olores o en actitudes físicas que apelan a su fisiología instintiva.
Naturalmente, los mejores ‗modelos del universo' creados por las escuelas en el pasado, aspiraban a combinar las formulaciones de lo que deseaban expresar, en muchos lenguajes, de modo de afectar a muchas o a todas las funciones al mismo tiempo y, así, contrarrestar en parte la contradicción entre los diferentes aspectos de la naturaleza del hombre, a que ya nos referimos. En la catedral, por ejemplo, se combinaron con todo éxito los lenguajes de la poesía, de las actitudes, del ritual, de la música, del olor, el arte y la arquitectura; y algo semejante parece que se había hecho en las representaciones teatrales de los misterios de Eleusis. En otros casos más, en la Gran Pirámide por ejemplo, parece que el lenguaje de la arquitectura se ha usado no sólo en el simbolismo de su forma, sino con el objeto de crear en la persona que atraviesa la construcción en un determinado sentido, series bastante definidas de choques e impresiones emocionales, las cuales tenían significaciones diferentes por sí mismas y que estaban calculadas para revelar la naturaleza real de la persona que los soportaba.
Todo esto se refiere al uso objetivo del lenguaje –esto es, el uso de un lenguaje definido para evocar una idea definida con conocimiento previo del efecto que se creará, de la función que será afectada y del tipo de persona que responderá a aquél. Tenemos nuevamente que admitir que tal empleo objetivo del lenguaje no se conoce de ordinario –excepto, tal vez, en la forma elemental de la publicidad comercial y que su uso más alto únicamente puede derivarse, directa o indirectamente, del conocimiento adquirido en estados de conciencia más elevados.
Además de estos lenguajes reconocibles por los hombres, mediante sus funciones ordinarias, hay otras formas de lenguaje que proceden y que apelan a funciones supranormales; esto es, funciones que pueden desarrollarse en el hombre, pero de las que ordinariamente no disfruta. Por ejemplo, hay el lenguaje de una función emocional más alta, en el que la formulación pene el poder de evocar un enorme número de significados sean ya simultáneos o ya sucesivos. Algunas de las más exquisitas poesías, inolvidables en verdad y que –aunque cada vez revelan algo nuevo– nunca pueden comprenderse por completo, pueden pertenecer a esta categoría. Con más evidencia aún, los Evangelios se han escrito en este lenguaje y, por esta razón, cada uno de sus versículos evoca a *un centenar de hombres, un centenar diferente y jamás contradictorio de significados.*
En el lenguaje de una función emocional más alta y, en particular, en la función intelectual superior, los símbolos desempeñan papel muy importante. Se basan éstos en la comprensión de verdaderas analogías entre uno y otro cosmos, en las que una forma, función o ley de un

cosmos se utilizan para sugerir formas, funciones y leyes correspondientes en otros cosmos. Esta comprensión pertenece exclusivamente a una función superior o potencial del hombre y debe producir siempre una sensación de confusión y hasta de frustramiento cuando se la quiere alcanzar con las funciones ordinarias, tal como es el pensamiento lógico.

Empero, grados más elevados de lenguaje emocional no requieren de expresión externa alguna y, por lo mismo, *no pueden ser mal interpretados*.

Esta digresión acerca del lenguaje es necesaria al fin de explicar en parte la forma del presente libro. Porque éste, también, debemos admitirlo, pretende ser un ‗modelo del universo‘ – esto es, un conjunto o un diseño del conocimiento de que disponemos, dispuesto en forma de demostrar un todo o una unidad cósmica.

Está, ciertamente, envuelto en el ropaje del lenguaje científico y, por ello, se dirige primordialmente a la función intelectual y a la gente en quien predomina dicha función. En verdad, el autor reconoce bien que este lenguaje es el más lento, el más fatigoso y, en algunos sentidos, el más difícil de seguir de todos los lenguajes. El de la poesía, los mitos y los cuentos de hadas, por ejemplo, penetraría más hondamente y puede llevar las ideas con mucha más fuerza y fluidez al entendimiento emocional del lector. Quizás, después, sea posible un intento en esta dirección.

Al mismo tiempo, el lector acostumbrado al lenguaje y el pensamiento científicos encontrará dificultades. El uso libre que se hace de la analogía en todo el libro, podrá parecerle una incongruencia. Y, para su provecho, es mejor hacer aquí una explicación lo más completa posible y un franco reconocimiento por adelantado de los defectos de este método.

Dos caminos tiene el hombre para estudiar el universo. El primero es por inducción: examina el fenómeno, lo clasifica y, luego, intenta inferir leyes y principios de aquéllos. Es éste el método generalmente empleado por la ciencia. El segundo es por deducción: habiéndose percibido revelado o descubierto determinadas leyes generales y principios, intenta deducir la aplicación de esas leyes a varios estudios especiales y a la vida. Este es el método generalmente utilizado por la religión. El primero comienza con ―hechos” y procura elevarse a las ―leyes”. El segundo comienza con ―leyes” y procura descender a los ―hechos”.

Estos dos métodos, de hecho, corresponden al trabajo de dos funciones humanas diferentes. El primero es el método de la mente lógica ordinaria, que permanentemente está a nuestro alcance. El segundo se deriva de una función potencial del hombre, la que de ordinario está inactiva por falta de energía nerviosa de intensidad suficiente y que podemos llamar una función mental superior. Esta función, en las raras ocasiones que actúa, revela al hombre *leyes en acción*, ve todo el mundo fenoménico como *producto de las leyes*.

Todas las formulaciones verídicas de las leyes universales proceden, reciente o remotamente, del trabajo de esta función superior en algún lugar y en algún hombre. Al mismo tiempo, en la aplicación y comprensión de las leyes reveladas en grandes trechos de tiempo y de cultura, cuando tal revelación no está a su alcance, el hombre tiene que apoyarse en la mente lógica ordinaria.

Esto, de hecho, se reconoce hoy día aún en el pensamiento científico. En su ―Nature of the Universe” (Naturaleza del Universo) (1950), Fred Hoyle escribe: ―El procedimiento en todas las ramas de la ciencia física, sea la teoría de la gravedad de Newton, la teoría electromagnética de Maxwell, la teoría de la relatividad de Einstein o la teoría del quantum, es el mismo en su raíz. Se compone de dos pasos. El primero es suponer, *por alguna suerte de inspiración*, un conjunto de ecuaciones matemáticas.[1] El segundo es asociar los símbolos empleados en las ecuaciones con cantidades físicas mensurables”. La diferencia entre el trabajo de estas dos mentes no podría haberse expresado mejor.

Pero es aquí donde surge la gran incertidumbre de la humana comprensión. Porque estas dos

[1] Ejemplos de esta iluminación científica se dan en el Apéndice I.

mentes nunca pueden entenderse de ordinario entre sí. Hay entre ellas una diferencia de velocidad demasiado considerable. Del modo como es imposible que se comuniquen un peón qua se afana al lado del camino con una carga de leña y un automóvil que cruza velozmente a ochenta millas por hora, *debido a la diferencia de velocidad*, así es de ordinario imposible la comunicación entre la mente lógica y una mente superior, por la misma razón. A la mente lógica las huellas dejadas por la mente superior parecerán arbitrarias, supersticiosas, ilógicas, no probadas. Para la mente superior, el trabajo de la mente lógica parecerá pesado, innecesario y olvidado del asunto fundamental.[2]

De modo ordinario esta dificultad se subsana manteniendo separados estos dos métodos, a los que se les da diferentes nombres y campos de acción diferentes. Los libros de religión o los de matemáticas superiores, que tratan de leyes y principios, se abstienen de emplear el método inductivo. Los de ciencia, que tratan de acumulaciones de hechos observados, se abstienen de presumir leyes por adelantado. Y como son gentes diferentes quienes escriben y leen los libros de una u otra clase, o las mismas gentes leen de ambas clases pero con partes bastante separadas de su mente, se arreglan estos dos métodos para existir juntos sin demasiadas fricciones entre sí.

Empero, en el presente libro se emplean simultáneamente ambos métodos. Determinados grandes principios y leyes del universo, que encontraron su expresión en diferentes países y en todas las edades, y que de tiempo en tiempo son redescubiertos por hombres individuales a través del trabajo momentáneo de una función superior, reciben franco crédito. De éstos se hacen deducciones que descienden al mundo fenoménico ordinariamente accesible a nosotros, principalmente por medio del método analógico. A1 mismo tiempo, se hace un intento para estudiar y clasificar los ―hechos" y fenómenos que nos rodean y, por inferencia, ordenarlos de modo que las clasificaciones conduzcan en ascenso hacia las leyes abstractas que descienden, a su vez, desde arriba.

De hecho –por la razón precedente, que deriva de las diferentes funciones con velocidades ampliamente diferentes– nunca se encuentran los dos métodos. Entre las deducciones admisibles de las leyes generales y las inferencia admisibles de los hechos, queda siempre una zona invisible, donde ambas *debieran* y *deben* unirse, pero en la que tal unión continúa siempre improbada y sin verse.

Por estas razones, el autor estará preparado a admitir que el plan del presente libro –que procura reconciliar los dos métodos– es irrealizable. Se da cuenta cabalmente que una tentativa de esta clase envuelve inevitablemente una especie de juego de manos, casi una trampa. Y, también, se da cuenta de que este malabarismo no engaña en forma alguna al científico profesional, exclusivamente ligado al método lógico.

Al mismo tiempo está convencido, por una parte, de que la ciencia de la actualidad, *sin principios*, se encamina hacia una especulación y un materialismo cada vez más obtusos; y, por otra, que los principios religiosos o filosóficos, sin coordinarse con el conocimiento científico que caracteriza a nuestra edad, pueden por hoy sólo concitar el interés de una minoría. Esta convicción le persuade a asumir el riesgo. Quienes utilizan el método lógico exclusivamente, jamás estarán satisfechos con los argumentos brindados; los cuales –admitámoslo– adolecen de vacíos y tachas lógicos. Por otro lado, para quienes están dispuestos a aceptar ambos métodos, esperamos presentar pruebas suficientes que hagan posible que cada lector intente salvar la brecha entre el mundo de los hechos cuotidianos y el de las grandes leyes – *por sí mismo*.

Tarea no es ésta que pueda jamás realizarse en un libro cualquiera, ni sería el mayor número de hechos o mayor suma de conocimientos, de ordinario disponibles a la ciencia sea en el

[2] El carácter irreconciliable de estas dos maneras de mirar el universo se describe en sus orígenes por P. D. Ouspensky en ―Un Nuevo Modelo del Universo", cap. VIII, pp. 366–y, ed. española.

presente o en el futuro, los que pudieran hacerla posible. Mas, con ayuda y esfuerzo, *pueden realizarse por cada individuo a su propia satisfacción.*
Entretanto, respecto al hombre ordinario interesado en su propio destino pero no especialmente en la ciencia, puede decirse solamente, con examen más cuidadoso, que tal vez encontrará que este libro no es tan ‗científico‘ como a primera vista parece. El lenguaje científico es el de moda, es la lengua obligatoria hoy en día, así como el lenguaje de la psicología era el de moda hace unos treinta años, el lenguaje pasional el de moda en los tiempos isabelinos y el lenguaje de la religión era el de moda en la Edad Media. Cuando la gente es inducida a comprar pasta dental o cigarrillos mediante argumentos y explicaciones pseudocientíficas, evidentemente corresponde esto en alguna forma a la mentalidad de la época. Luego, las verdades deben, también, expresarse científicamente.
Al mismo tiempo, no se sugiere con esto que el lenguaje científico empleado es una desfiguración, una simulación o una falsificación. Las explicaciones que se dan, hasta donde ha sido posible verificarlas, son correctas y corresponden a la realidad de los hechos.[3] Lo que se afirma es que los principios utilizados con igual corrección podrían aplicarse a cualesquiera otras formas de la experiencia humana, con resultados de igual o mayor interés. Y que son *estos principios los importantes*, más bien que las ciencias a las que se los aplica.
¿De dónde vienen estos principios? Para contestar esta pregunta se hace necesario expresar mi gratitud plena a un hombre y explicar, con cierta amplitud, como se originó aquélla.

❋ ❋ ❋

Encontré por primera vez a O. en Londres, en septiembre de 1936, cuando dictaba conferencias privadas. Estas ‗conferencias‘ versaban sobre un sistema extraordinario de conocimiento que había encontrado, imposible de compararse con cualquier otro que antes yo había conocido. Empero, el sistema no era nuevo: por el contrario, se decía que era muy antiguo, que siempre había existido en forma oculta y cuyas señales de tiempo en tiempo podían verse surgir en la superficie de la historia, en una u otra forma. Aunque explicaba en forma extraordinaria cosas incontables acerca del hombre y del universo, que hasta entonces parecieron inexplicables, su solo propósito –como hacía hincapié constantemente O.– era ayudar al hombre individual a *despertar a un plano diferente de conciencia.*
Cualquier intento de utilizar este conocimiento en propósitos distintos o más ordinarios, era descartado o prohibido.
Mas, no obstante la perfección sorprendente de este ‗sistema‘ en sí mismo, nunca podía separarse por entero del ‗ser‘ del hombre que lo exponía, el mismo O. Cuando alguna otra persona intentaba explicarlo, el ‗sistema‘ degeneraba, pendía calidad en alguna forma. Y aunque ninguno podía neutralizar pon completo la gran fuerza de las mismas ideas, era claro que el ‗sistema‘ no podía separarse de un hombre de cierto nivel inusitado de conciencia y de ser. Porque únicamente un hombre así, podía inducir en los otros los cambios fundamentales de comprensión y de actitud necesarios para alcanzarlo.
Personalmente, me sentía en una encrucijada en aquel entonces y en la primera ocasión que vi en privado a O. –en sus atestadas y pequeñas habitaciones de Gwyndyr Road– le dije que era escritor innato y le pedí consejo sobre los caminos que se abrían ante mí. Me dijo, con mucha sencillez: ―Es mejor que no se comprometa mucho. Más tarde podemos encontrar algo para que Ud. escriba".

Esto era típico de la extraña confianza inspirada por O., ya que pareciéndome una respuesta

[3] Aun los ‗hechos‘, empero, no san sagrados. De dos científicos de fama reconocida, autores de sendos libros publicados en Inglaterra el mismo año (1950), uno declara que es un ‗hecho‘ que la luna está alejándose de la tierra, mientras el otro en forma igualmente categórica, afirma como `hecho‘ que se está acercando.

completa a mi problema – o, más bien, sentí que no tenía por qué preocuparme más de aquél, me había sido quitada de encima. De hecho, resultado de esta conversación, durante diez años prácticamente no escribí nada. Había demasiadas cosas que hacer. Pero aI cabo O. cumplió su promesa. Y la mayor parte del presente libra fue escrita en los dos meses que precedieron inmediatamente a su muerte, en octubre de 1947, como resultado directo de lo que él procuraba realizar y mostrar en ese tiempo. Posteriormente, un segundo libro, que continúa desde donde acaba éste, fue escrito después de su muerte.
Durante el intervalo de diez años O. nos expuso en innúmeras formas –teórica, filosófica y práctica– todos los diferentes aspectos del ‗sistema'. Cuando yo llegué, muchos de los que lo rodeaban habían estado estudiando en esta forma, y procurando penetrar hasta el resultado por él indicado, durante diez o quince años y estaban capacitados para ayudar a un recién llegado como yo, a entender mucho de lo que era y de lo que no era posible. Infatigablemente O. explicaba, infatigablemente nos mostraba nuestras ilusiones, infatigablemente nos señalaba el camino– aunque tan sutilmente que si alguien no estaba preparado para comprender, sus lecciones pasaban inadvertidas para aquél y era solamente años después que se podía recordar el incidente, y se daba cuenta de lo que le había estado demostrando. Métodos más violentos pueden ser posibles, peno éstos en ocasiones dejarían heridas que son difíciles de cicatrizar.
O. nunca trabajó para el instante. Hasta podría muy bien decirse que no trabajó para el tiempo – trabajaba sólo para la recurrencia. Pero esto exige explicarse mucho. En todo caso, era perfectamente evidente que trabajaba y planeaba con un sentido completamente diferente del tiempo al resto de nosotros, aunque a quienes le urgían impacientes su ayuda para lograr rápidos resultados, les diría: ―No, el tiempo es un factor. No puedes dejarlo a un lado".
Así pasaron los años. Y aunque en verdad mucho fue lo logrado, a menudo nos parecía que O. estaba muy por delante de nosotros, que tenía él algo de que carecíamos, algo que para él hacían prácticas ciertas posibilidades que para nosotros seguían siendo teóricas y que, pese a todas sus explicaciones, no descubríamos cómo alcanzarlas. Parecía haberse extraviado alguna llave esencial. Posteriormente, apareció esta llave. Pero esto es asunto aparte.
O. vino a América durante la guerra. En relación con este extraño desarrollo de posibilidades formuladas con el nombre de ‗conferencias' de O., recuerdo cómo en Nueva York, alrededor de 1944, nos dio una tarea que dijo nos resultaría interesante. Era ésta la de ‗clasificar las ciencias', de acuerdo con los principios que había explicado en el sistema; *clasificarlas de acuerdo con los mundos que aquéllas estudiaban*. Se refirió a la última clasificación de las ciencias –la de Herbert Spencer– y dijo que, aunque interesante, no era muy satisfactoria desde nuestro punto de vista ni desde el punto de vista de nuestro tiempo. Escribió, también, a sus amigos en Inglaterra acerca de esta tarea. Fue solamente después que el presente libro se había terminado, unos tinca años más tarde, que me di cuenta de que, de hecho, era una respuesta a la tarea que nos señaló O.
Volvió O. a Inglaterra en enero de 1947. Estaba viejo, enfermo y sumamente débil. Pero, también, era algo más. Era un hombre diferente. Mucha de la vigorosa, extraordinaria y brillante personalidad que sus amigos habían conocido y disfrutado durante tantos años, había quedado atrás, al punto que muchos que lo vieron nuevamente quedaron sorprendidos, desconcertados o, algunos también, tuvieron una nueva comprensión de lo que era posible en el camino del desarrollo.
En el cruel camino de la primavera de 1947, concertó varias asambleas numerosas en Londres, de todas las gentes que anteriormente lo habían escuchado y de oros que lo oían por primera vez. Les habló en una forma nueva. Díjoles que abandonaba el sistema. Les interrogó acerca de lo que deseaban, y dijo que sólo sobre esta base podrían comenzar el camino del recordarse a sí mismos y de la conciencia.
Es difícil expresar la impresión creada. Durante veinticinco años en Inglaterra, antes de la guerra, O. casi diariamente había explicado el sistema. Había dicho que todo debía referirse a

aquél y que las cosas sólo podían entenderse en relación con aquél. Para quienes le había escuchado, el sistema representaba la explicación para todas las cosas difíciles, les indicaba el camino de todas las cosas buenas. Sus palabras y su lenguaje habíanse hecho más familiares a ellos que su propio idioma natural. ¿Cómo, entonces, podrían ‗abandonar el sistema'?
Y, sin embargo, para cuantos le escucharon con una actitud positiva lo que ahora tenía que decirles, fue como si repentinamente un gran peso se les hubiese quitado de encima. Se dieron cuenta de que en el camino del desarrollo, el conocimiento verdadero debe adquirirse primero y, luego, abandonárselo. Exactamente lo que hace posible abrir una puerta, puede hacer imposible abrir la siguiente. Y, por primera vez, algunos comenzaron a adquirir la idea de dónde yacía aquella llave perdida, que podría admitirlos al lugar donde O. estaba y no ellos.
Después de esto O. se retiró a su casa en el campo, vio a muy poca gente y apenas si hablaba. Solamente él, ahora, demostraba, realizaba en los hechos y en el silencio el cambio de conciencia cuya teoría había explicado por tantos años.
No puede aquí referirse la historia de estos meses. Pero en el amanecer de un día de Septiembre, quince días antes de su muerte, después de extraña y prolongada preparación, dijo a unos cuantos amigos que con él estaban:
―Deben ustedes empezar de nuevo. Deben hacer un nuevo comienzo. Deben reconstruir todo por sí mismos – desde el principio mismo." Era esto, pues, el verdadero significado de ―abandonar el sistema". Cada sistema de verdades debe ser abandonado con el objeto de que pueda renacer. Los había librado de una expresión de la verdad que pudo convertirse en dogma pero que, en vez de aquello, reverdecería en un centenar de formas vivas, que afectarían a todo aspecto de la vida.
Lo más importante de todo, ―reconstruyendo todo por uno mismo" significaba evidentemente ―reconstruyendo todo *en* uno mismo"; esto es, creando efectivamente en uno mismo la comprensión que el sistema había hecho posible, y alcanzando la meta de que hablaba – *superando efectiva y permanentemente la vieja personalidad y adquiriendo un nuevo plano de conciencia.*
Es así como, si el presente libro se toma como una ‗reconstrucción', será sólo una reconstrucción externa, o por así decirlo, una representación del conjunto de ideas que nos dio, en una forma particular y en un particular lenguaje. A pesar de su apariencia científica, no tiene importancia alguna tomó compendio de hechos científicos ni siquiera como una nueva forma de presentar estos hechos. Cualquier significación que pueda tener reside solamente en que procede, y no muy distante, de las percepciones reales de una conciencia superior, y en que indica un sendero por el cual tal conciencia puede alcanzarse de nuevo.

R. C.
Lyne, Agosto de 1947
México, Octubre de 1951

CAPÍTULO 1. LA ESTRUCTURA DEL UNIVERSO

I EL ABSOLUTO

Filosóficamente, el hombre puede suponer un Absoluto. Un Absoluto así incluiría todas las dimensiones posibles tanto de tiempo como de espacio. Lo que es decir:
Incluiría no sólo todo el universo que el hombre puede percibir o imaginar, sino todos los demás universos semejantes que puedan encontrarse más allá del poder de nuestra percepción.
Incluiría no sólo el momento presente de todos aquellos universos, sino también su pasado y su futuro, cualesquiera sea lo que puedan significar pasado y futuro, en su escala.
Incluiría no sólo cuanto se ha actualizado en todo el pasado, presente y futuro de todos los universos; sino, también, cuanto potencialmente pudiera actualizarse en ellos.
Incluiría no sólo todas las posibilidades para todos los universos existentes, sino también todos los universos en potencia, aunque aquéllos no existan o nunca hubieran existido.
Una concepción de esta clase es, para nosotros, filosófica. Lógicamente debe ser así, pero nuestra mente es incapaz de asirla o de dotarla de algún sentido.

❋ ❋ ❋

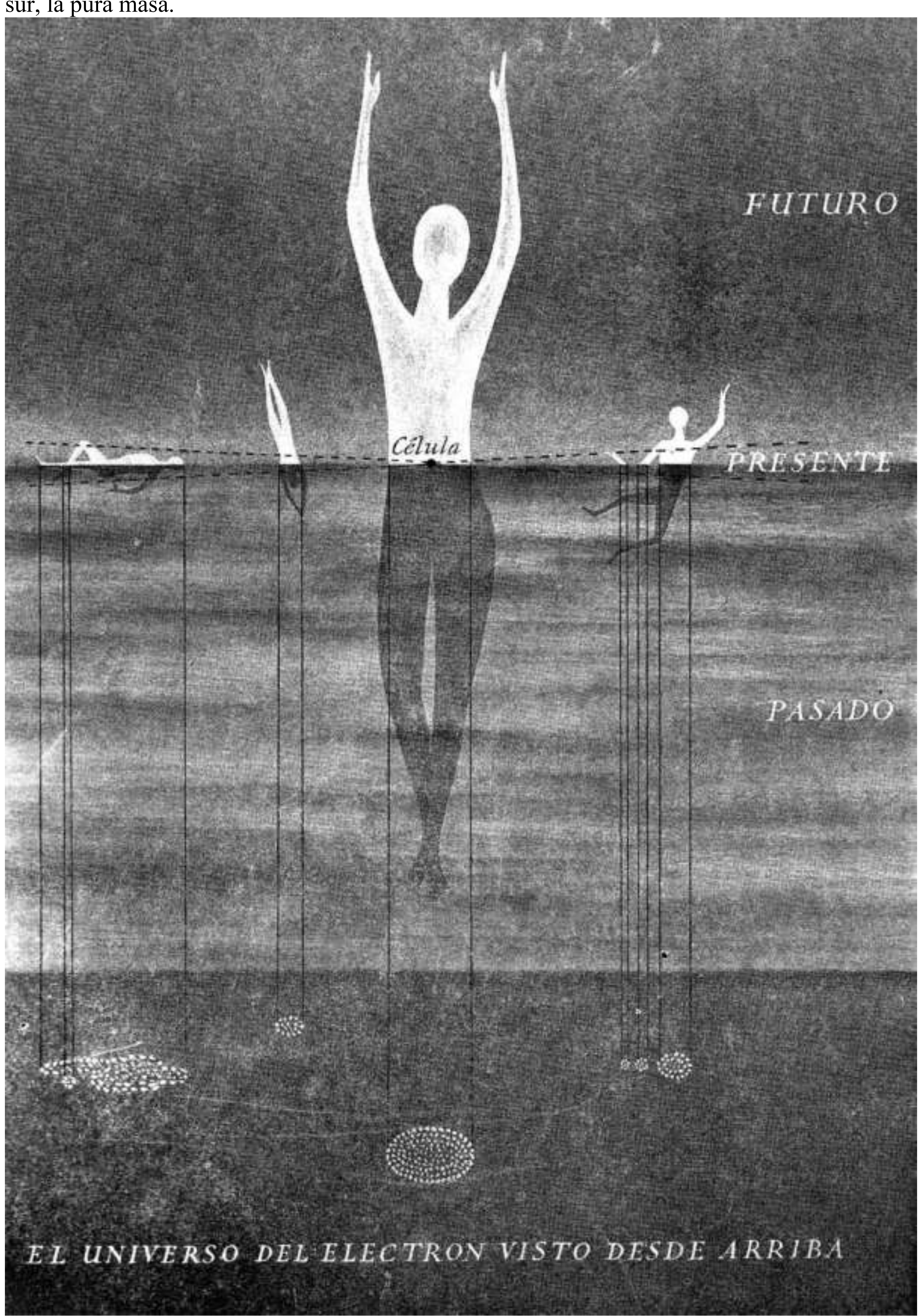
En el momento mismo que pensamos acerca del Absoluto, tenemos que pensarlo modificado en una u otra forma. Tenemos que pensarlo en la forma de algún cuerpo, cualidad o ley. Pues tal es la limitación de nuestra mente.
Ahora bien: el efecto o la influencia de un cuerpo cualquiera sobre otro varía en tres sentidos:

(a) En proporción inversa al cuadrado de su distancia [4] – medimos este efecto como *radiación*, o como el efecto activo de lo más grande sobre lo más pequeño.
(b) En proporción directa a su masa – medimos este efecto como *atracción*, o efecto pasivo de lo más grande sobre lo más pequeño.
(c) En proporción directa a su distancia –medimos este efecto como *tiempo*, o efecto retardado entre la emisión de la influencia del más grande y la recepción por el más pequeño.
Estas, en efecto, constituyen las tres primeras modificaciones de la unidad, *las tres primeras modificaciones del Absoluto*.

Imaginemos una bola de hierro candente, que representa la unidad. Su composición, peso, tamaño, temperatura y radiación constituyen una cosa, un ser. Pero su efecto sobre cuanto lo rodea se desarrolla de acuerdo con tres factores – los *alumbra* y *calienta* en proporción directa a su distancia. Si su masa y su radiación son constantes, entonces este tercer factor, aunque efectivamente presente, permanece invisible e inmensurable. Mas, en cuanto a todos los objetos que están en relaciones diferentes respecto a la bola radiante, el efecto combinado de estos tres factores será diferente y distinto. Así, las variaciones en el efecto de la unidad radiante, mediante la interacción de los tres factores, son infinitas.
En este caso, sin embargo, estamos va afirmando dos cosas – una unidad radiante y su derredor. Imaginemos en su lugar una sola bola, en la que su polo norte está candente y el polo sur está en el cero absoluto. Si suponemos que esta bola o esfera es fija en su forma, tamaño y masa, cuanto mayor sea el calor del polo norte, mayor será la calefacción de la materia en su vecindad y, en consecuencia, mayor será la condensación de la materia en la

[4] Esto es al *doble* de la distancia, solamente se siente un *cuarto* de la cantidad de influencia.

vecindad del polo frío. Si se proyecta este proceso al infinito, la radiación y la masa se separarán por entero, representando el polo norte algo así como la pura radiación y el polo sur, la pura masa.



Ahora bien, *prácticamente dentro de la esfera misma* estos tres factores –radiación, atracción tiempo– crearán un número infinito de condiciones físicas un número infinito de relaciones con uno y otro polo. Las tres modificaciones de la unidad habrán creado la variedad infinita.
Cualquier punto de la esfera recibirá una cantidad definida de radiación desde el polo norte, sentirá un grado definido de atracción hacia el polo sur, y se separará de ambos polos (sea al recibir impulsos de aquéllos o sea ya al reflejar, de vuelta, los impulsos a aquéllos) por períodos definidos de tiempo. Estos tres factores juntos, podrían integrar una fórmula que proveería una definición perfecta de cualquier punto particular de la esfera, la cual indicaría exactamente su naturaleza, sus posibilidades y sus limitaciones.
Si llamamos cielo al polo norte y al polo sur infierno, tenemos una figura que representa el Absoluto de la religión. Al presente, empero, nuestra tarea es aplicar este concepto al Absoluto de la astrofísica, a ese cuadro del Todo que la ciencia moderna pugna por discernir a través de distancias insondables y de inimaginables duraciones que, repentinamente, se abrieron ante aquélla.
Para esto tenemos que imaginar toda la superficie de nuestra esfera universal, con sus dos polos de radiación y atracción, tachonada de galaxias, del modo como toda la superficie del sol lo está con vórtices de fuego y toda la superficie de una naranja está perforada de poros. Cada una de las galaxias es tan grande como nuestra propia Vía Láctea, mas en relación con la esfera universal, cada una no es más que una cabeza de alfiler.
Esta esfera universal no está sujeta a la medición ni a la lógica humanas. Los intentos de medición realizados en diferentes formas, reducen unos a los otros al absurdo y deducciones igualmente plausibles acerca de aquélla, llevan a conclusiones diametralmente opuestas. Ni esto es de sorprender cuando recordamos que esta es la esfera de todas las posibilidades imaginables e inimaginables.
Mirando, por ejemplo desde nuestro punto infinitesimal en el interior de un punto, dentro de un punto, a la superficie de esta esfera, los hombres pueden ver ahora con telescopio, galaxias desde las cuales la luz emplea 500 millones de años para alcanzarnos. Es decir, ven las galaxias como fueron hace 500 millones de años. Empero, al mismo tiempo, cree la ciencia moderna que toda esta esfera infinita ha sido creada solamente hace unos cuantos miles de millones de años en un lugar y que ha estado expandiéndose desde entonces. Muy bien, supongamos que se construyeran telescopios una docena de veces más penetrantes que los que existen hoy día. Entonces, los astrónomos verían la creación del universo. *Verían la creación de nuestro propio universo en el comienzo riel tiempo, por la penetración infinita en la distancia.*
Tales anomalías son posibles solamente en una esfera universal de la clase que hemos imaginado, donde un polo representa la radiación o punto de creación, el otro polo la atracción o punto de extinción y donde todos los puntos están tanto conectados como separados por la inacabable superficie curva del tiempo.
Desde un punto de vista todas las galaxias, todos los mundos, pueden verse como si se movieran lentamente desde el polo de radiación hacia el ecuador de expansión máxima, sólo para reducirse nuevamente hasta el polo final de masa. Dude otro punto de vista, puede ser la fuerza de vida, la conciencia misma del Absoluto, la que está haciendo este peregrinar imperecedero. Y, una vez más, de acuerdo con nuestra misma definición del Absoluto, todas las partes, posibilidades, tiempos y condiciones de esta esfera universal deben existir juntas, simultáneas y eternas, cambiando siempre y siendo siempre las mismas.
En una esfera de esta clase, todos los diferentes conceptos de la antigua y moderna física pueden unirse. La esfera toda es aquel espacio cerrado postulado primero por Riemann. La nueva idea de un universo en expansión, que aumenta al doble sus dimensiones cada 1,300 millones de años, es una expresión del movimiento desde el polo de radiación hacia el ecuador de la expansión máxima. Aquellos que describen el universo con un comienzo de

densidad de muerte y que crece más y más en calor hacia alguna muerte final por el fuego absoluto, tienen puestos los ojos en el movimiento desde el polo de masa hasta el polo de radiación. Aquellos que lo describen como creado en el fuego absoluto y que se hace más y más frío hasta la muerte final por enfriamiento y condensación, tienen puestos los ojos en el movimiento inverso. Mientras Einstein, en el intento –con su intangible e inconmensurable ‗repulsión cósmica'– de satisfacer la necesidad de una tercera fuerza, agrega a este cuadro de dos polos la superficie mediadora y conectante del retardo o tiempo.

Todas estas teorías son verdaderas y falsas por igual: como eran las de aquellos ciegos en el cuento oriental que, al describir un elefante a tientas, decía el uno que era como una cuerda, el otro que era como un pilar y, un tercero, que era como dos fuertes lanzas.

Todo lo que con verdad podemos decir es que el Absoluto es Uno y que, dentro de este Uno, tres fuerzas –que se diferencian en sí mismas como radiación, atracción y tiempo– crean de consuno el Infinito.

II LA VÍA LÁCTEA EN EL MUNDO DE NEBULOSAS ESPIRALES

Dentro del Absoluto podemos considerar, empero, las unidades mayores susceptibles de ser reconocidas por el hombre. Estas son las nebulosas galácticas, cerca del centro de una de las cuales, conocida por Vía Láctea, existe nuestro Sistema Solar. Aunque la existencia de otras nebulosas más allá de la nuestra, el hombre sólo la conoció con la erección de los modernos telescopios, varios centenares de miles están ahora al alcance de su vista y varios cientos de aquéllas han sido claramente observadas.

La apariencia de estas nebulosas, cada una de las cuales se compone de incontables millones de estrellas, es muy diferente. Algunas parecen líneas de luz, otras con forma de lentes y otras más son como espirales en las que corrientes de soles parecen brotar desde el centro como lluvia radiante. Esta variación, sin embargo, se está de acuerdo en que no es de la nebulosa misma, sino resultado del ángulo desde el cual la vemos – sea ya desde el borde, ya desde algo por encima de su plano, o ya mirando directamente desde abajo sobre ellas.

Toda nebulosa, incluso nuestra Vía Láctea, tiene de hecho el mismo diseño fundamental. Son, *aparentemente*, vastos discos de estrellas, separados cada uno por un infinito de distancia de los otros, aunque cada uno es tan inmenso que las estrellas que lo forman, por su solo número, parecen fluir y discurrir al modo de un gas o un líquido bajo la influencia de alguna gran fuerza centrífuga. Esta fuerza les imparte un movimiento o forma en espiral, a semejanza de una tromba en un arenal que imparte movimiento en espiral a la columna de polvo que levanta.

Es indudable que nuestra Vía Láctea posee, también, esta forma centrífuga pero, naturalmente, sólo puede verse desde afuera. Para nosotros, situados dentro de su plano, aparece como una *línea curva* o *arco* de luz en los cielos por encima nuestro. Por contraste, vemos el Sol como un *plano curvo* o *disco* y, del mismo modo, magnificados los planetas. Mientras que al aproximarnos todavía más a nuestra escala, lo que podemos explorar de esta tierra es un *sólido curvo* o la superficie de una *esfera*.

Estas tres formas –arco, disco y esfera– son aquéllas en las cuales tres grandes escalas de entidades celestes se presentan a la percepción humana. Evidentemente no son estas las formas reales de esas entidades, pues sabemos muy bien que, vista desde cualquier otro lugar, la Vía Láctea, por ejemplo, aparecería no como una línea sino, a semejanza de otras galaxias, como un disco giratorio.

Empero, estas formas *aparentes* de los mundos celestes son muy interesantes y de importancia. Porque pueden decirnos mucho, no sólo acerca de la estructura del universo sino, también, acerca de la percepción del hombre y, por este medio, acerca de su relación con estos mundos, y de la relación entre éstos.

Ahora bien, la relación entre un sólido curvo, un plano curvo y una línea curva es la relación

entre tres dimensiones y una dimensión. Así se nos puede decir que percibimos la tierra en tres dimensiones, el Sistema Solar en dos dimensiones y la Vía Láctea en una dimensión. A otras galaxias las percibimos solamente como puntos. En tanto que al Absoluto no lo podemos percibir en ninguna dimensión – es absolutamente invisible.

Así, esta escala de mundos celestes –Tierra, Sistema Solar, Vía Láctea, la Totalidad de Galaxias y el Absoluto– presenta a la percepción del hombre una progresión muy especial. Con cada ascenso en esta escala, se le hace invisible una dimensión. Esta curiosa ‗pérdida‘ de una dimensión es aparente aun en niveles que están más allá de su percepción, pero que todavía puede imaginar. En relación al Sistema Solar, la Tierra no es más una bola sólida sino una línea de movimiento; en tanto que en relación con la Vía Láctea, la elíptica del Sistema Solar deja de ser un plano para ser un punto. En cada caso, ‗desaparece‘ una dimensión inferior.

Al mismo tiempo, con cada expansión de la escala se agrega una nueva dimensión ‗superior‘ – la misma que es tanto inalcanzable como invisible a la entidad menor. De este modo el hombre, él mismo un sólido y tridimensional –esto es, alto, ancho y grueso– puede trasladarse por sobre toda la superficie de la tierra, creando la configuración de esta superficie, en su escala, el mundo tridimensional en que vive. Empero, en la escala de la tierra, esta superficie deviene únicamente bidimensional, a la que se agrega una *nueva* tercera dimensión –el grosor de la tierra– que es inconocible e impenetrable por el hombre. Puede decirse, así, que la tercera dimensión de la tierra es una especie diferente y superior de tercera dimensión, inconmensurable con la tercera dimensión del hombre.

Es así como en esta gran jerarquía celeste, cada mundo superior parece descartar la dimensión inferior del mundo que queda por debajo, y agregar una nueva dimensión arriba o más allá del alcance de ese mundo. Cada uno de tales mundos completos existe en las tres dimensiones de espacio, poseyendo empero una dimensión más que aquél que está debajo y una menos que el que está encima. Significa esto que cada mundo es *parcialmente* invisible para aquellos mundos mayores y menores que él mismo. Pero, en tanto que es la dimensión *inferior* del mundo menor la que desaparece en relación al mayor, es la dimensión superior del mayor la que es invisible al menor.

Desde nuestro punto de vista, podemos expresar que cuanto mayor es el mundo celeste, tanto más de aquél debe ser invisible; mientras que aquellas partes de tales mundos superiores, en cuanto son visibles al hombre, deben siempre pertenecer a sus dimensiones inferiores o más elementales.

Podemos comenzar a comprender mejor, ahora, el significado de esta apariencia linear de la Vía Láctea. Debe significar que la Vía Láctea real es mayormente invisible. Lo que vemos es una ilusión de nuestra percepción limitada. El aparente ‗arco de luz‘ debe ser un efecto de nuestro *no verla en suficientes dimensiones*.

Cuando vemos líneas o círculos aparentes en nuestro derredor ordinario, sabemos bien qué hacer en orden a investigar los cuerpos a que pertenecen. Sea que nos movamos en relación a ellos, o sea que los movamos en relación a nosotros. Al sentarme a la mesa en una habitación a oscuras, veo algo que semeja una línea de luz; mas al levantarme para ver más de cerca, la línea se transforma en un círculo; extiendo mi mano hacia aquello y cojo un objeto que resulta ser un vaso de vidrio. Antes de que hubiera alzado el vaso sólo había sido visible el círculo de la boca del vaso, revelado por la luz – primero al nivel del ojo y luego, desde arriba. Ahora, cuando le doy vuelta en mis manos, mi relación cambiante con aquél en el espacio y el tiempo, revela que no es ni una línea ni un disco, sino un cuerpo sólido dotado de toda clase de propiedades y que contiene una interesante bebida.

Esto no podemos hacer en relación con la Vía Láctea ni con otras galaxias. En su escala no podemos cambiar ni en un punto nuestra posición, sea en el espacio sea en el tiempo. En relación a aquélla somos puntos fijos y no hay modo de alterar nuestra visión de las mismas.

Aun los movimientos de la Tierra y el Sol no producen un cambio perceptible en el punto de vista del hombre en millares de años; mientras que esos milenios, comparados con la edad de las galaxias, no tienen duración alguna. Es como si estuviéramos condenados por toda la vida a ver solamente el anillo del vaso. E, igualmente, podemos suponer que esto es nada más que un anillo o sección transversal de la galaxia que ven los hombres, y que siempre deben ver con su percepción corpórea.

¿Cuál podría ser la naturaleza real de la Vía Láctea y la de su relación con otras galaxias? ¿Qué es en sí misma una nebulosa? Estaríamos perdidos a no ser por el hecho de que la relación entre los mundos celestes, la Tierra, el Sistema Solar y la Vía Láctea, deben tener paralelos exactos en los mundos inferiores de electrones, moléculas y células. Pues esta relación entre mundos interpenetrantes es por sí misma una constante cósmica, que puede verificarse tanto arriba como abajo. En su propia escala –revelada por el microscopio– una célula es un organismo sólido tridimensional, pero para el hombre es sólo un punto inmensurable. Es así como, entre los mundos microcósmicos, se puede observar las mismas adición y substracción de dimensiones. Pero con esta diferencia – que en este caso la naturaleza y el ser del mundo superior, su relación con y el poder sobre los mundos inferiores dentro de él, pueden conocerse y estudiarse. Porque ese mundo superior es el hombre mismo.

Ahora bien, la situación de nuestro Sistema Solar dentro de la Vía Láctea es casi exactamente la misma de una célula sanguínea dentro del cuerpo humano. Un corpúsculo blanco se compone, también, de un núcleo o sol, su citoplasma o esfera de influencia; y éste, también, está rodeado por todos lados por incontables millones de células semejantes o sistemas, formando el todo un gran ser cuya naturaleza sería, para la célula, difícilmente susceptible de concebirla.

Si, esto no obstante, comparamos el cuerpo humano a algún gran cuerpo de la Vía Láctea y una célula de ésta con nuestro Sistema Solar y queremos encontrar un punto de vista comparable al de un astrónomo humano en la tierra, deberíamos esforzarnos por imaginar la percepción de algo semejante a un electrón de una molécula de la célula. ¿Qué podría conocer tal electrón acerca del cuerpo humano? Qué, en verdad, conocería acerca de su célula o aún de su molécula? Tales organismos serían tan vastos, sutiles, eternos y omnipotentes en relación a él, que su verdadero significado estaría muy lejos de su comprensión, Empero, no hay duda que el electrón percibiría algo de su universo ambiente; y, aunque esta impresión estaría muy lejos de la realidad, es interesante para nosotros imaginarla.

Pues estos electrones, por la profunda insignificancia de su tamaño y duración serían, también, como los hombres dentro de la Vía Láctea; puntos fijos monodimensionales, incapaces de cambiar la visión de su universo humano ni en el grosor de un cabello. Es cierto que su célula estaría recorriendo su arteria así como el sol recorre su trayecto en la Vía Láctea –y que esta célula puede esperarse que realice muchos mi, les de circuitos del gran cuerpo en el curso de su existencia. Mas para el electrón nada significará esto, porque en toda la duración de su fugaz vida, la célula no habría avanzado ninguna distancia mensurable.

Así pues, como puntos, los electrones mirarían sobre una sección transversal estacionaria del cuerpo humano, en ángulos rectos a la arteria en la que fué destinada a moverse su célula. Esta sección transversal constituiría su universo visible o *presente*. Dentro de este universo se daría cuenta, primero y sobre todo, del resplandeciente núcleo de su célula, fuente de toda luz y de toda vida para aquéllos y para todo el sistema de mundos en el cual viven, Mirando más allá de este sistema, en el cenit –esto es, fuera de su sección transversal y arriba, dentro de la arteria– nada verían, porque sería aquí donde su célula y su universo marcharían en *futuro*. Un espacio igualmente vacío yacería debajo de ellos en el nadir. Porque sería de aquí de donde habría procedido su universo, o *pasado*.

Si, esto no obstante, mirasen fuera, siguiendo el plano presente de su universo, verían resplandecer por todos los lados con apariencia de ser un anillo brillante formado por un

número infinito de otros núcleos celulares o soles, más o menos distintos del propio. De tener algún ingenio, podrían comprender que esta apariencia de anillo era una ilusión resultante de la reducción de la distancia y, en cambio, podrían suponerlo un vasto disco de células de las que la suya sería apenas una entre muchos millones. Posteriormente, midiendo la densidad de la nube celular en, los varios puntos del compás, podrían aun calcular que su propia posición está cerca del centro o más cerca de uno u otro borde de este disco. En esta forma podrían localizar su propio sistema dentro de su galaxia. Pues este disco o nube de forma circular sería su Vía Láctea.

En muchos sentidos, los descubrimientos de los electrones pueden hacer paralelo a los descubrimientos de los astrónomos humanos y aquéllos harían frente a problemas muy semejantes. A medida que estudiaran la Vía Láctea de otras células y aplicaran métodos sutiles de medición, podrían, por ejemplo, alcanzar la idea –como lo hicieron los astrónomos humanos, en circunstancias parecidas – de que todas estas células o soles imperceptiblemente estaban retirándose. Ante esto los astrónomos humanos llegan a la conclusión de que los soles de la Vía Láctea fueron creados todos juntos, en una masa de compacta densidad y que, desde entonces, han estado retirándose al exterior desde el centro, en un disco que constantemente se dilata y constantemente rarifica. Ellos hablan de un ‗universo en expansión'. Si alcanzaran los electrones una conclusión análoga con respecto a su universo, por supuesto estarían describiendo lo que ocurre en una sección transversal del cuerpo humano después de la adolescencia, cuando dejan de multiplicarse las células pero donde las ya existentes se extienden, se dilatan y se saturan de agua y de grasa, produciendo el efecto de un cuerpo que se expande en circunferencia.

Por fin, cuando han agotado la especulación sobre su Vía Láctea, pueden los electrones descubrir, a inmensurable distancia más allá de sus límites, pero aún sobre el mismo plano, delgadas líneas y nubes que parecerían universos semejantes. Esto podríamos reconocer como la sección transversal de otros cuerpos humanos. Pero para los electrones serían nebulosas extra–galácticas.

Pues bien, el estudio de estas distantes nebulosas o universos puede introducir a algunos curiosos problemas al observador electrónico. Algunos los vería, sencillamente, como líneas de luz y se daría cuenta que miraba al borde de un disco galáctico semejante al en que se encuentra él mismo. Sin embargo, otros podrían aparecer como circular o espiral, tal como nos ocurre con ciertas nebulosas. En este caso supondría que las estaba mirando como alguien encima o en el futuro podría ver su propio universo.

¿Cómo sería posible tal cosa? Debemos responder, solamente si la percepción de estos electrones no estaba, de hecho, confinada absolutamente a una dimensión plana. Supongamos alguna ilusión por la refracción, alguna oscilación ondulatoria, que permitiera a su percepción abarcar, digamos, sólo dos grados por debajo del nivel de su plano. Un ángulo así sería demasiado pequeño para hacer que se dieran cuenta de algo del pasado, que mereciera hablarse de él, dentro (le su propio universo. Pero proyectado a una distancia inmensa, ciertamente sería suficiente para abarcar todo el disco del universo que se encuentra en ángulo recto con el suyo; es decir, la sección transversal, pero horizontal, de otro cuerpo humano.

De ser verdadera nuestra analogía lo precedente puede probar la significación del fenómeno celeste que ante nosotros aparece como Vía Láctea y como muy distantes galaxias. Representarían secciones de cuerpos inmensos, inconcebibles y eternos para nosotros y de los cuales nada podríamos decir, excepto que deben existir. ¿Pero es esto verdad? No puede haber respuesta directa. Sólo podemos decir que otra escala de vida, estudiada correctamente, revela fenómenos estrechamente comparables con aquéllos que percibimos en los cielos y los cuales, ahí, en esa inmensa escala, están mucho más allá de nuestra comprensión. Y podemos agregar que, puesto que las leyes naturales deben ser universales y puesto que el hombre no puede por sí mismo inventar un esquema cósmico, la analogía, que muestra la correspondencia entre

diseños creados por tales leyes arriba y abajo, es quizá la única arma intelectual suficientemente vigorosa para determinados problemas.
Esta puede, en cualquier caso, revelar las relaciones. Así es como al estudiar el electrón en el cuerpo humano, vemos bien la escala del ser que pugna por apreciar la estructura, tiempo de vida y propósito de las muchas galaxias, en comparación con el fenómeno de que es testigo.

III EL SISTEMA SOLAR EN LA VÍA LÁCTEA.

En cuanto a las nebulosas extra–galácticas tenemos poco más conocimiento, de hecho, que el de su existencia. Respecto a nuestra propia galaxia o Vía Láctea, podemos decir más. De acuerdo con las ideas más recientes, es la misma una nebulosa espiral, quizás de un diámetro de 60,000 años–luz. Dentro de este enorme mar estelar hay, también, estanques más densos y profundos, en algunos de los cuales, como la Masa de Hércules, las estrellas individuales sólo pueden distinguirse de la niebla resplandeciente por medio de telescopios de muy alto poder.
Cabeza de alfiler apenas visible en esta escala, nuestro Sistema Solar se mueve alrededor del centro galáctico en una órbita muy distante, comparable tal vez con la de Júpiter alrededor del Sol. Desde que tal órbita tendría una longitud de 130,000 años–luz, el Sistema Solar –como ya hemos visto– parece estacionario en su lugar frente a los límites extremos del cálculo del hombre, como desde un barco en altamar no es aparente cambio alguno en el escenario, a la vista di, los pasajeros. Sin embargo se mueve, y el recorrido del Sol nuestro en ángulos rectos al sistema planetario se dirige por ahora hacia la brillante estrella Vega, la quinta del cielo, que brilla en la constelación Lira, un poco por encima del plano de la misma Vía Láctea.
En esta inmensidad ¿cómo podemos orientarnos? ¿Dónde es arriba, dónde abajo, dónde el este y el oeste, dónde el pasado o el futuro? Hemos llegado al punto en que debemos ubicar el Sistema Solar en su galaxia y poner los puntos del compás sin los cuales no puede lograrse mayor estudio o medición. Esto es posible por las constelaciones, aquellos diseños de legendaria significación con respecto a los cuales los antiguos determinaron la posición de las brillantes estrellas fijas sobre toda la bóveda celeste.
Pues bien, el movimiento de nuestro Sol hacia Vega indica una órbita inclinada en unos 35° respecto al plano de la Vía Láctea, de modo que el plano del Sistema Solar, en ángulo recto con esta órbita, estará colocado, lógicamente, en ángulo de 55° grados respecto a aquélla.[5] Las distantes constelaciones que marcan los puntos del compás para este plano del Sistema Solar son las bien conocidas Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio, Aquario y Pis cis. Las que marcan el plano de la Vía Láctea son Géminis, Monoceros, Canis Mayor, Argo, la Cruz del Sur, Centauro, Norma, Sagitario, Ofi-cus, Aguila, Cisne, Cefeus, Casiopeia, Perseo y Auriga. En Géminis y, otra vez, en Sagitario, se interceptan las dos elípticas.
Como esta línea de intersección debe pasar por el centro de la Vía Láctea, es claro que al mirar a una de estas constelaciones estamos de cara al foco de nuestra galaxia o universo, mientras que al mirar a la otra estamos de cara a su borde exterior. Pero ¿cuál es cuál? Tenemos dos indicios. En primer término, la conglomeración de estrellas hacia Sagitario es más densa, como debiéramos esperarlo observando a través del centro y espesor de la galaxia. En segundo término, la Vía Láctea hacia Sagitario es más complicada, y parece dividirse en dos o más capas de grosor. Si nuestra primera idea es correcta, es decir, en cuanto se refiere a que la percepción del hombre no está por entero confinada al presente plano de la Vía Láctea, sino que es capaz de moverse un grado o más fuera de la horizontal, debiéramos, naturalmente, esperar ver una sección más intrincada de la Vía Láctea en dirección del mayor espesor, ya que el mismo ángulo abarcará una sección más profunda sobre ese lado.

[5] La tierra a su vez, se inclina en un ángulo de 24° a la elíptica del Sistema Solar, de modo que el ecuador terrestre se encuentra en un ángulo de cerca de 80 grados respecto a la Vía Láctea.

Esto no obstante, debemos buscar ahora, una explicación más exacta de esta extraña idea de que el hombre puede ver un poco dentro del pasado de la galaxia. ¿Cómo es esto posible? Como ya hemos notado, la Vía Láctea es tan vasta que la luz emplea 60,000 años para viajar de uno a otro lado. Si observásemos nosotros desde el centro galáctico, la luz que llegara a nosotros desde las más lejanas estrellas sería emitida 30 mil años antes de que la percibiéramos. Veríamos tales estrellas no en las posiciones que ocupan en el momento de nuestra percepción, sino donde estuvieron hace 30 mil años.

En la actualidad el Sistema Solar no se encuentra al centro de la Vía Láctea sino, quizás, en los dos tercios hacia su circunferencia; de modo que nuestro punto real de observación está cerca de un sexto del camino a través del diámetro galáctico de 60,000 años luz. Esto significa que el borde más próximo de la Vía Láctea distaría de nosotros cerca de 10,000 años luz, y el más lejano unos 50,000. En otras palabras, suponiendo que es correcta nuestra primera orientación, las estrellas más lejanas, hacia Géminis, se nos presentarían en la posición que ocupaban hace 10 mil años, mientras que las más lejanas hacia Sagitario, estarían para nosotros donde en realidad estuvieron hace 50 mil años, en época cuando el hombre quizás aparecía recién sobre la tierra.

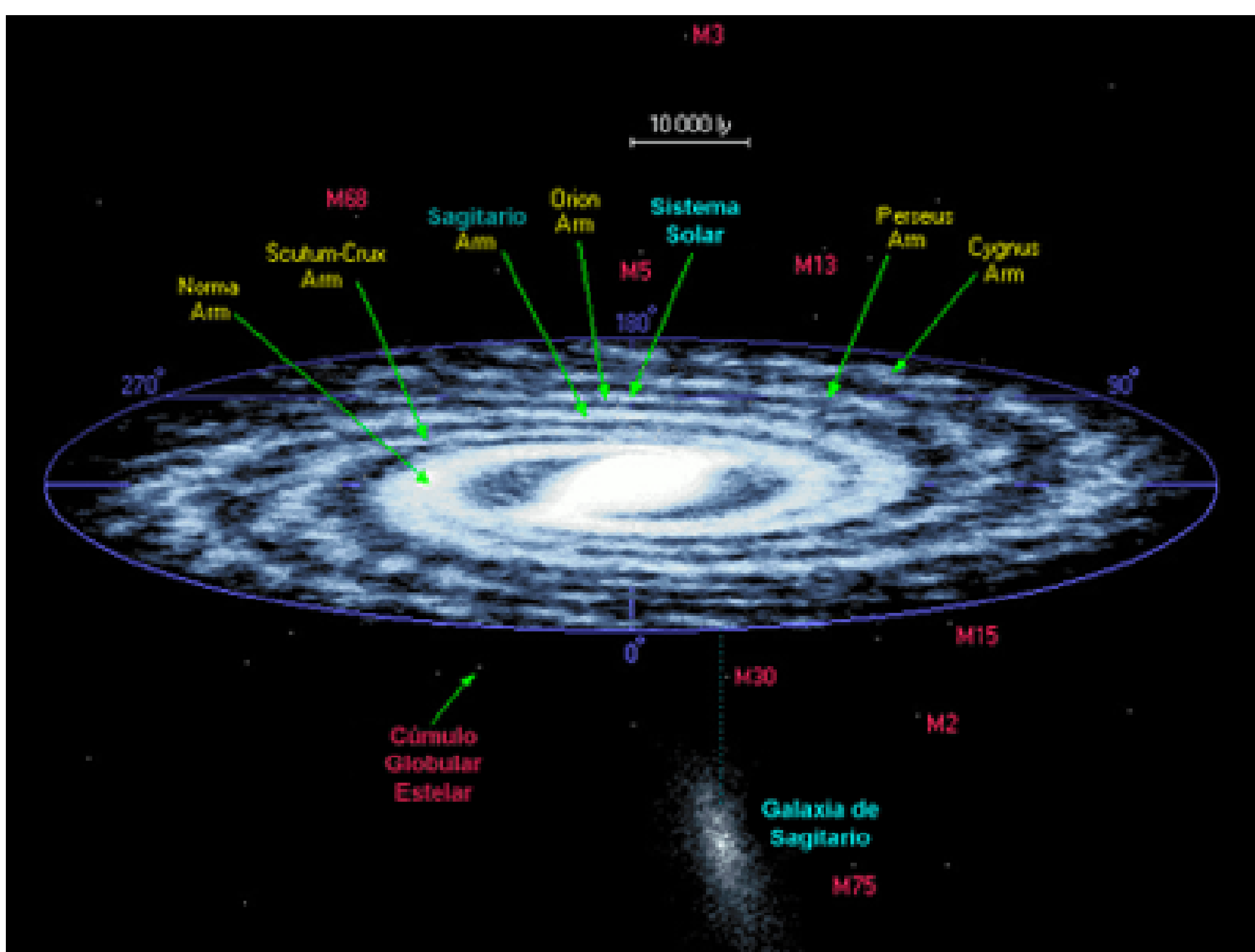


Figura 1

Literalmente, pues, estamos mirando dentro del pasado de la Vía Láctea. Cuanto más lejos miremos más profundamente entraremos en el pasado; y la explicación de esta capacidad de mirar más allá del presente galáctico está en la lentitud de los impulsos de la luz que nos da el medio único de percepción, si se la compara con la casi inimaginable vastedad que debe

atravesar. Además, si suponemos a toda la Vía Láctea moviéndose hacia adelante, como todos los demás sistemas del universo, podremos decir, entonces, que el ángulo de nuestra percepción fuera del plano del presente, debe ser igual a la velocidad de la Vía Láctea dividida entre la velocidad de la luz.
En la vida diaria un fenómeno exactamente comparable resulta del tiempo que toma el sonido, que hace que escuchemos a la distancia un grito proferido segundos antes, y que así nos hace posible escuchar tanto más profundamente en el pasado cuanto más lejos nos encontramos.
Es así como en realidad no miramos a través de tal disco imaginario que representa el presente de la Vía Láctea. Vemos un cono que se extiende a través del tiempo o cuarta dimensión de la galaxia. Pues mientras que las estrellas próximas a nosotros se nos presentan cinco o diez años detrás de este plano, otras brillan en sus posiciones de hace un siglo, un milenio o diez milenios de años, en proporción a sus distancias. Desde nuestra posición todas estas estrellas, que se extienden desde el presente hasta decenas de milenios atrás, se yen superpuestas, dándonos la ilusión de un amplio anillo o muro de estrellas, como las vemos de hecho.
Mas como hemos calculado, en el extremo lejano de la galaxia veríamos cinco veces más profundamente en el pasado que lo que veríamos en el extremo próximo. Precisamente debido a la mayor distancia, vemos mucho más de su tiempo o cuarta dimensión en esa dirección. Sería sólo natural, entonces, si la masa visible de estrellas fuera más densa y más espesa la banda visible en ese lado. Y esta es la apariencia efectiva de la Vía Láctea hacia Sagitario. De modo que tenemos por lo menos una base tentativa para suponer que el centro de nuestra galaxia se encuentra en la dirección de Sagitario y su borde exterior hacia Géminis.[6]
Ahora bien, si la Vía Láctea es una nebulosa espiral, cuando miramos a Sagitario nos estamos dirigiendo hacia el centro o la fuente de su energía creadora; exactamente como cuando miramos al Sol, nos dirigimos hacia el centro o la fuente de la energía creadora del Sistema Solar. Así, también, cuando miramos a Géminis, estamos dando la espalda a ese centro, del modo como a la medianoche miramos hacia aquella parte de los cielos, opuesta al sol. Esta es, entonces, una medida objetiva de los ‗caracteres' en los que tanto tiempo se ha creído, de los signos del Zodiaco. Son, de hecho, una medida de nuestra inclinación hacia el foco de nuestra galaxia, tan definitiva como son las horas del día para nuestra inclinación hacia el sol.
Cuando el Sol está en Sagitario significa que las radiaciones solares y cualesquiera otras radiaciones desconocidas más altas, procedentes del foco de la Vía Láctea, nos llegan desde la misma dirección, o que están en conjunción. Cuando el Sol está en Géminis significa que las radiaciones solares y galácticas nos llegan desde lados opuestos. Y cuando miramos al sol en los signos intermedios de Virgo y Pisces significa que lo vemos contra el vacío exterior o contra el pasado y el futuro invisibles de la Vía Láctea, cuya radiación central nos llega en ángulo recto a los rayos solares.
Al presente no podemos declarar específicamente la naturaleza de las radiaciones que pueden emitirse por el centro galáctico. Pero una radiación general de unos cuantos metros de longitud de onda ha sido detectada, la cual es notablemente más fuerte en la dirección de las nubes de estrellas más densas de la Vía Láctea, y con el máximo vigor en la dirección de Sagitario.[7] Esta radiación se considera ahora como una característica definida de nuestra galaxia y, particularmente, de su centro, cuya naturaleza física está oculta a nuestra vista por las nubes de estrellas. Esta radiación es distinta de, pero semejante a, la que se ha conocido como rayos cósmicos, la que al llegar a la tierra desde todos los ángulos y direcciones y que

[6] Esta suposición, que puede verificarse a simple vista, fué respaldada por el detallado recuento de las estrellas por Heruspring, Perrine y Shapley entre 1912 y 1918.

[7] Primeramente por Jansky, Véase ―A Concise History of Astronomy" (Historia Compendiada de la Astronomía), por Peter Doig, pp. 202–3 y 301–2.

siendo de más alta frecuencia que cualquiera otra conocida que se origina en el sol, debe acarrearnos materia o influencia procedente de algún mundo mayor que incluye al Sistema Solar.

Hemos supuesto que este mundo mayor próximo o cosmos, por encima del Sistema Solar, es la Vía Láctea. Pero hay muchas indicaciones de que la brecha entre los tamaños es, en este caso, tremendamente grande. Más adelante, cuando lleguemos a medir los tamaños relativos y las dimensiones de los cosmos que hemos sido capaces de identificar,[8] veremos que el factor de multiplicación entre el Sistema Solar y la Vía Láctea es mucho mayor que el entre la célula y el hombre, entre el hombre y la Naturaleza, entre la Naturaleza y la Tierra y entre la Tierra y el Sistema Solar. El Sistema Solar parece perdido en la distancia de la Vía Láctea, como un hombre solo se perdería sobre la superficie terrestre, a no ser por el mundo ordenado de la naturaleza del que forma parte y el cual media, por decirlo así, entre aquélla y él.

El diámetro de la tierra, pongamos por caso, es un millonésimo del diámetro del Sistema Solar, pero el diámetro del Sistema Solar es quizás solamente un cuarenta–millonésimo del diámetro de la Vía Láctea. Cuando en nuestro propio sistema encontramos tales relaciones, no son entre el Sol y los planetas, sino entre el Sol y los satélites de los planetas. Esto es decir que, por analogía de escala y de masa, deberíamos esperar que el Sistema Solar giraría alrededor de alguna entidad bastante más grande, la que a su vez giraría alrededor del centro de la Vía Láctea; exactamente como la Luna gira alrededor de la Tierra, la que a su vez gira alrededor del Sol.

Pero, ¿qué es y donde está este ‗sol' de nuestro Sol? Varios intentos se han hecho para discernir un sistema ‗local' dentro de la Vía Láctea, en particular por Charlier quien, en 1916, parecía haberlo establecido así, a 2,000 años–luz de diámetro y teniendo su centro a varios centenares de años–luz más allá, en dirección de Argos. Si estudiamos nuestros alrededores inmediatos en la galaxia, encontramos una gradación interesante de estrellas, dos de las cuales son sugestivas desde este punto de vista. A diez años–luz encontramos dos estrellas a escala seme ¡ante de nuestro sol, y a Sirio, que es unas 20 veces más brillante. Entre 40 y 70 años–luz de distancia llegamos a otras cinco estrellas mucho mayores, de 100 a 250 veces más brillantes que nuestro Sol; entre los 70 y los 200 años–luz, todavía hay siete mayores aún, de 250 a 700 veces más brillantes; y entre 300 y 700 años–luz, encuéntranse seis inmensos gigantes, decenas de millares de veces más brillantes. La más grande de todas estas, Canopus, que se encuentra a 625 años-luz detrás de la estela exacta del Sistema Solar y que es 100 mil veces más radiante que nuestro Sol, podría ciertamente ser el ‗sol' del sistema local de Charlier.

Pero, como en muchos de estos problemas, es solamente cuando abandonamos la teoría astronómica y retornamos a la observación directa del cielo y de los cuerpos celestes, que encontramos una influencia estelar más inmediata, a la cual debe sujetarse el Sistema Solar.

Porque el objeto más brillante en los cielos, después de aquéllos del Sistema Solar es, naturalmente, la doble estrella Sirio. Se compone esta pareja de un inmenso sol radiante, 26 veces más brillante que el nuestro con una trayectoria circular de un período de 50 años, alrededor de un enano blanco del tamaño de Júpiter y cinco mil veces más denso que el plomo. La masa de la estrella luminosa que es dos veces y media la de nuestro Sol y la de la estrella opaca equivalente a la de éste, ejercerán una influencia sobre el Sistema Solar –ya que esta pareja estelar se encuentra a menos de nueve años–luz de distanciaque ciertamente debe exceder mucho a la de cualquier otro cuerpo extra solar que podamos pensar. Mas aún, tanto por la distancia física cuanto por la radiación y masa, esta estrella parecería llenar en alguna forma la brecha excesiva entre los cosmos del Sistema Solar y la Vía Láctea. El ancho de la galaxia es siete mil veces la distancia a Sirio, mientras que esta distancia a Sirio –un millón de

[8] Véase el cuadro de la pág. 45.

veces la distancia de la Tierra al Sol– cae naturalmente dentro de la escala mencionada de relaciones cósmicas y suministró a la astronomía del siglo XIX una excelente unidad de medición celeste, el siriómetro, abandonado, ahora, desafortunadamente.

No hay información astronómica que contradiga la posibilidad de que el Sistema Solar efectivamente describa un círculo alrededor de Sirio, en el curso del circuito de este último alrededor de la Vía Láctea, como creyera Kant. Pues tal trayectoria circular se haría notar solamente alterando la posición de Sirio mismo en los cielos y de otras dos o tres estrellas, y en una periodicidad de algunos cientos de miles de años pasaría fácilmente inadvertida.

De hecho, tenemos evidencia definida para demostrar que tal es el caso. Como observaron los antiguos egipcios, el movimiento aparente de Sirio –medido por su elevación con el sol– es poco menor que el movimiento aparente de todas las demás estrellas, lo que se reconoce en la precisión de los equinoccios. En tanto que la masa general de estrellas asciende 20 minutos más tarde en un día dado de cada año, Sirio asciende solamente 11 minutos después. Corresponde ésto a la diferencia en el movimiento aparente entré puntos exteriores a un círculo y el centro del mismo círculo, cuando es observado el movimiento desde un punto sobre su circunferencia – exactamente como, en un paisaje visto desde un automóvil en movimiento, los objetos lejanos y los próximos parecen correr unos detrás de otros.

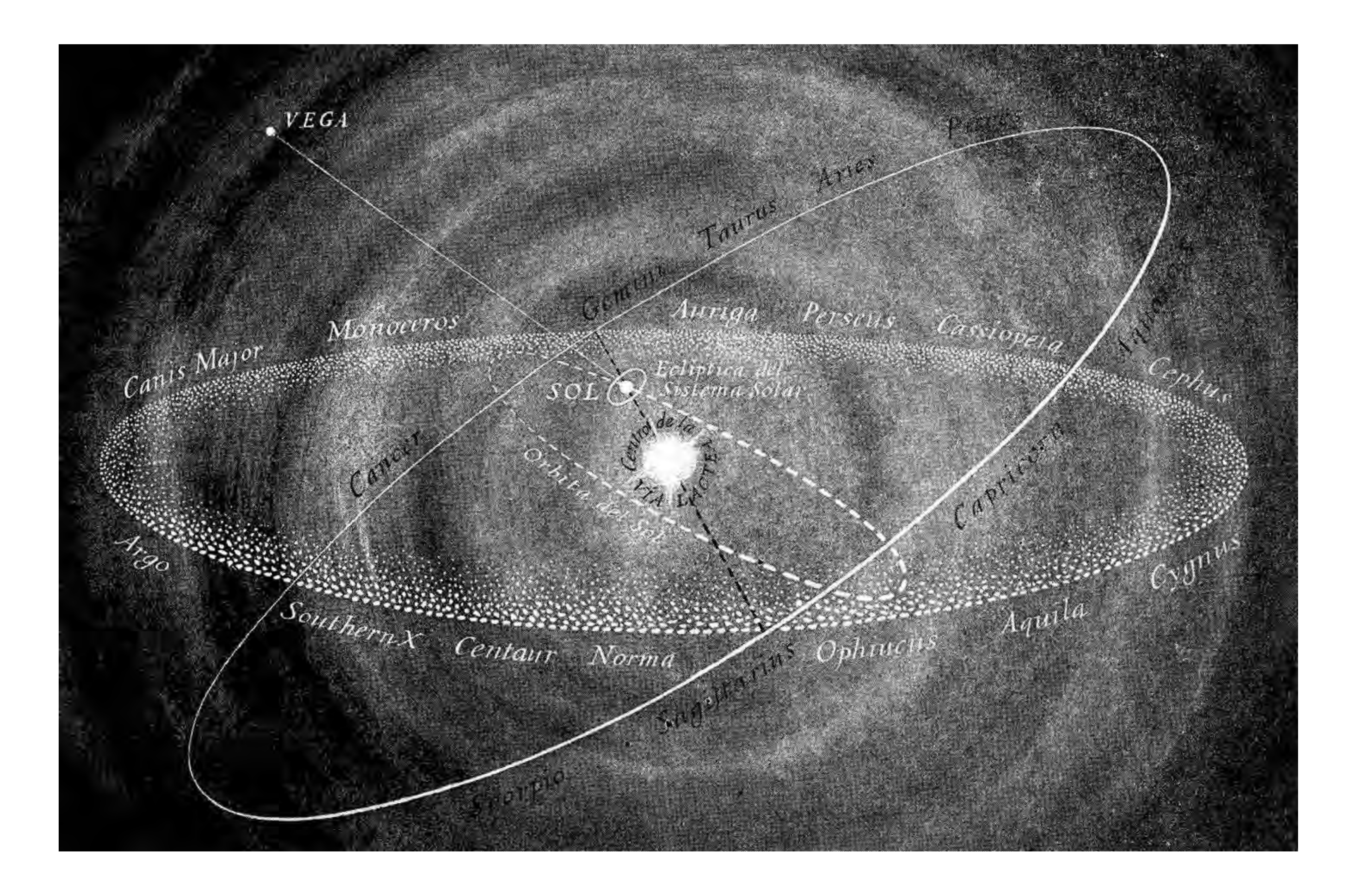
Por esta observación tenemos una buena razón para creer que nuestro Sol tiene una traslación circular alrededor de Sirio. Y si suponemos la cifra generalmente aceptada de 20 kilómetros por segundo para el movimiento del Sol a través del espacio, como correcta; entonces esta traslación requeriría 800 mil años – en otras palabras, nuestro Sol haría unas 250 revoluciones alrededor de su sol mayor, por cada circuito completo de la Vía Láctea. Más adelante veremos que esta cifra de 800 mil años es equivalente a cerca de un cuarto del tiempo de vida de la naturaleza, o a un mes de la vida ele la tierra; y que se encuadra muy bien en la relación general entre los cosmos.[9]

Entretanto, otro hecho muy sorprendente parece confirmar la idea de un sistema local estelar que tiene a Sirio como centro. Si tomamos las grandes estrellas que nos son familiares dentro, digamos, de cuarenta años–luz del Sol –Sirio, Procyon, Altar, Fomalhaut, Pólux, Vega y otros semejantes– encontraremos que todas, menos dos, están dentro de los 15° del mismo plano. Esta sección a través de los cielos corta el ecuador celeste en un ángulo de 60° y en cerca de 7,30 y 19.30 horas de ascención recta y se eleva a 55º de declinación en la vecindad del Arado. Sólo hay una explicación probable para esto: que todas las estrellas cercanas giran alrededor de un centro común y que esta sección es la elíptica sobre la cual están todas sus órbitas.

Si suponemos que Sirio es el sol de esos soles, entonces el nuestro –y esto es lo curioso– parece ocupar un lugar semejante en ese sistema al que ocupa la Tierra en el Sistema Solar. Y si esto es así, entonces, el sistema de Sirio puede considerarse casi exactamente un millón de veces más grande en tamaño que el nuestro.

¿Qué clase de influencia nos puede llegar del sol Sirio con su extraña combinación de radiación mucho mayor que la solar y de una densidad mucho más asombrosa aún que cualquiera que pueda concebirse en el oscurísimo interior de la luna más muerta? No podemos saberlo. Tales supracielo e infrainfierno son inimaginables para nosotros, ni podemos saber si los rayos cósmicos o alguna otra radiación suprasolar se conectan con aquéllos.

[9] Véase apéndice II, ―Los Tiempos de los Cosmos”



VEGA
Taurus
Aries
Gemini
Auriga
Perseus
Cassiopeia
Monoceros
Canis Major
Ecliptica del
Sistema Solar
SOL
Cephus
Centro de la
VIA LACTEA
Orbita del Sol
Cancer
Capricorn
Argo
Cygnus
Aquila
Southern X
Centaur
Norma
Sagittarius
Ophiucus
Scorpio

De hecho, y solamente en forma general, podemos describir cada uno de los mundos que hemos considerado, como bañados en las radiaciones o influencias de todos los mundos que les son superiores, del modo como nuestra Tierra está bañada simultáneamente por los rayos cósmicos y el calor solar, La suma de estas radiaciones constituirá el ‗medium' en el cual existe el mundo y su variedad introducirá la posibilidad de escoger la respuesta entre una y otra influencias.
Desde otro punto de vista, este ‗medium' se compone de secciones de mundos superiores. Ya hemos comparado nuestro sistema solar dentro de una sección de la Vía Láctea, con una célula dentro de una sección del cuerpo humano. La célula es a la sección humana, y nuestro Sol es a la Vía Láctea, lo que son los puntos a los planos. De modo que podemos decir, como ley, que el medium en el cual un mundo cualquiera vive y se mueve y tiene su ser, es a aquél como un plano es a un punto. La sección transversal del cuerpo humano es el plano en el cual se mueve la célula. La superficie de la Tierra es el plano de la naturaleza en el cual se mueve el hombre; la elíptica del Sistema Solar es el plano en el cual se mueve la Tierra; y el disco de la Vía Láctea es el plano en el cual se mueve el Sol.
Ahora bien, la relación entre un punto y un plano no es infinita, sino infinita al cuadrado. Esto significa que aquélla es inconmensurable, que ha entrado una nueva dimensión. Y cuando comparemos a cada mundo no con la sección del mundo superior en el cual habita, sino con el cuerpo completo de ese mundo superior, la comparación es entre el punto y el sólido, o el infinito al cubo. El cuadrado o el cubo del infinito podemos entenderlo mejor como la introducción del plan, el propósito y la posibilidad. Un número infinito de células forma sólo una masa de protoplasma, pero las células multiplicadas por el cubo del infinito constituyen un cuerpo humano. Un número infinito de cuerpos significa nada más que toneladas de carne y humores, pero los cuerpos orgánicos multiplicados por el cubo del infinito constituyen el mundo armonioso de la naturaleza. En la misma forma, aunque no podemos comprender su significación, la Vía Láctea debe componerse no de un infinito de soles, sino de un infinito al cubo.
Empero, célula, cuerpo humano, mundo de la naturaleza, Tierra, Sistema Solar y Vía Láctea son, en sí mismos y al mismo tiempo, completos; conteniendo cada uno un modelo y una posibilidad que reflejan perfectamente, en una escala particular, el modelo y posibilidad del todo. Tales entidades perfectas, conectadas por la escurridiza triada de dimensiones, con entidades semejantes de escalas mayores y menores, se llaman correctamente, cosmos.
Un libro se compone de capítulos, los capítulos de párrafos, los párrafos de oraciones, las oraciones de palabras y las palabras de letras. Letra y palabra tienen significación en su propio nivel, aunque carecen de propósito verdadero si están fuera del conjunto del libro. Del mismo modo en el universo, a pesar de nuestras limitaciones, nos esforzamos por aprehender el cosmos superior con el objeto de alcanzar el propósito del inferior.

CAPÍTULO 2. LOS TIEMPOS DEL UNIVERSO

I LA RELACIÓN ENTRE EL ESPACIO Y EL TIEMPO.

Hemos refleexionado sobre un Absoluto; y dentro de aquél, en el cielo infinito de nebulosas espirales, En una de estas nebulosas –la Vía Láctea– hemos reconocido nuestro Sistema Solar. Ima ginamos la orientación de este sistema dentro de su galaxia y su tamaño relativo. Y, al mismo tiempo, procuramos alcanzar las limitaciones fundamentales de la percepción del hombre en relación con los cielos.

Ahora bien, si hemos de comprender mejor estos cosmos astronómicos, se hace claro que debemos pensar no sólo en su vasta extensión sino, también, en sus casi inconcebibles patrones de tiempo.

¿Es posible valorar la duración de la Vía Láctea o del Sistema Solar por su sola vastedad? ¿Hay una relación entre el espacio y el tiempo? De hecho hemos encontrado ya un indicio de esto en el capítulo anterior; en el cual llegamos a la conclusión de que el ‗mundo‘ de cada cosmos es una sección transversal de cada cosmos superior. Volvamos a la célula sanguínea en el cuerpo humano. Una sección transversal de este cuerpo en ángulo recto a la posición de la célula en la arteria, constituye el mundo ‗presente‘ de la célula, Otras secciones transversales en niveles superiores de la arteria, representan su mundo como aparecería en varios momentos del futuro. Secciones transversales inferiores representan su mundo en el pasado, Ascendiendo hasta más arriba del corazón, por ejemplo, puede quizás la célula ganar alguna impresión del timo, los pulmones y otros órganos que encuentra a través de esta sección; pero no tendría idea alguna del cerebro o de otros órganos situados por encima de esa sección, hasta que llegara a alcanzarlos. Todos estos órganos, situados progresivamente a lo largo del cuerpo humano, existirían en el futuro desconocido o en el recuerdo del pasado. Existirían *en el tiempo* para la célula. Así, la longitud o tercera dimensión del cuerpo humano, representaría el tiempo o la *cuarta dimensión* para la célula.

Para una molécula que se mueve dentro de la célula, empero, sería la tercera dimensión de la célula la que representaría el tiempo; mientras que el tiempo de la célula o la tercera dimensión del hombre sería algo situado por entero fuera del tiempo de la molécula, lo cual se conectaría misteriosamente con la idea de la supervivencia después de la muerte o con alguna posibilidad de una existencia repetida. Podemos decir que la tercera dimensión del hombre representaría una *quinta dimensión* para la molécula.

Por otra parte, en cuanto al electrón, cuyo tiempo derívase a su vez de la tercera dimensión de la molécula, ninguna extensión o repetición de su vida individual le haría posible penetrar en la tercera dimensión del hombre, la que sería profundamente inconcebible para él y sólo podría ser representada como alguna dimensión totalmente desconocida –la *sexta*–, donde todas las posibilidades, aún las inimaginables, se realizarían.

De todo esto resulta que la curiosa translación de dimensiones de un cosmos a otro se aplica no solamente a las tres dimensiones de espacio, que hemos estudiado en el capítulo anterior sino, también, a las dimensiones de tiempo. Hemos supuesto para cada cosmos un período de seis dimensiones –las tres primeras que constituyen su espacio, la cuarta su tiempo, su eternidad la quinta y la sexta su absoluto. Y, aún más, hemos supuesto que con cada cambio de uno a otro cosmos, todo este período de dimensiones se cambia, abandonándose una, ganando se otra y cambiándose las demás en las siguientes, una por una. De esta manera, el largo de un cosmos aparecerá como tiempo para el cosmos menor, como eternidad para el más pequeño, como absoluto para el todavía más pequeño, mientras que para el quinto cosmos no puede tener ninguna relación.

Todo esto puede expresarse en forma mucho más sencilla, del modo siguiente:
El acceso a cada nueva dimensión representa un *movimiento en una nueva dirección.* Un *punto* sin dimensión, tal como el punto de un lápiz o la lumbre de un cigarrillo en la oscuridad, al moverse, eonviérten– se en una *linea.* Una *línea* –un pedazo de tiza o el rayo de una rueda de bicicleta, por ejemplo– al extendérsela o movérsela en ángulos rectos a su longitud, se convierten en un *plano,* Un *plano* que se mueveen ángulo recto sobre sí mismo (o un disco que gira sobre un eje) se convierte en un *sólido. Un sólido,* como el hombre, por caso, cuando se le extiende sobre el pasado y el futuro, deviene un *tiempo de vida.* Un *tiempo de vida,* extendido en ángulos rectos sobre sí mismo, nos lleva a la idea de tiempos paralelos, o de *repetición de tiempo o* eternidad. La totalidad de estas repeticiones, proyectada en otra dirección, todavía implica un *todo absoluto,* la realización de todas las posibilidades, donde todo existe en todas partes.
Es así como cada cosmos puede verse en siete formas, de acuerdo con la percepción del observador:

(1) como un *punto,* esto es, sin dimensión.
(2) como una *línea,* esto es, en una dimensión.
(3) como un *plano,* esto es, en dos dimensiones.
(4) como un *sólido,* esto es, en tres dimensiones.
(5) como un *tiempo de vida,* esto es, en cuatro dimensiones.
(6) como un *tiempo de vida que eternamente se repite,* esto es, en cinco dimensiones.
(7) como un *todo,* esto es, en seis dimensiones.

Célula	*Hombre*	*Naturaleza*	*Tierra*	*Sol*
Punto				
Línea	Punto			
Plano	Línea	Punto		
Sólido	Plano	Línea	Punto	
Tiempo de vida	Sólido	Plano	Línea	Punto
Repetición de vidas	Tiempo	Sólido	Sólido	Línea
Toda posibilidad	Repetición	Tiempo	Plano	Plano
	Todo	Repetición	Tiempo	Sólido
		Todo	Repetición	Tiempo
			Todo	Repetición
				Todo

Muchas ideas interesantes emergen de este cuadro. Y es sorprendente cuán lejos nuestras *percepciones efectivas* siguen sus indicaciones, aunque en muchos casos se ha hecho una corrección mental tan inveterada y tan automática, que hemos olvidado lo que estas percepciones son en realidad.
Por ejemplo, el hombre percibe a la célula –si es que la percibecomo sólo un punto sin dimensiones. Como fácilmente podemos comprender al ver una ciudad desde la montaña vecina, la naturaleza debe percibir a un hombre –si lo percibe– en la misma forma, Y, de modo semejante, el Sol a la Tierra.
Otra vez, el hombre percibe el tiempo de vida de una célula, durante el cual un corpúsculo rojo, por ejemplo, ha atravesado muchas millas de arterias, venas y vasos capilares, recorriendo cada parte de su cuerpo, como un sólido, el sólido que es él mismo. El hombre sólido está hecho del tiempo de vida de las células que lo componen. Los sólidos de hombres, animales, peces, árboles se convierten a su vez, para la Naturaleza, en una película o plano curvo que cubre la superficie de la tierra, mientras que para la Tierra todo

esto es nada más un tramo o línea que se mueve en el espacio.
El tiempo de vida del hombre, los animales, los peces, los árboles son, por otra parte, un sólido para la Naturaleza, y su repetición, un sólido para la Tierra. Al recordar su vida como un todo, el hombre se ve a sí mismo como lo ve a él la Naturaleza. Al recordar su recurrencia se ve a sí mismo como la Tierra lo ve a él, De este modo la memoria, para el hombre, es la clave para percibirse a sí mismo y su medio ambiente *como son percibidos por un cosmos superior,*
Finalmente, *todas las posibilidades para el hombre y para toda criatura viviente son un sólido para el Sol; existen en el sólido real riel Sol.* No sólo es el tamaño de cada uno de los cosmos que está eslabonado con el tamaño de cada uno de los otros, sino que también su tiempo está engranado perfectamente con el de aquéllos; y la longitud de su vida permanece inherente tanto en su propio tamaño como en el diámetro del universo. De este modo, y sólo así, pueden las múltiples e incomnensurables escalas y duraciones del universo reconciliarse en un todo perfecto que, evidentemente, existe.
Podemos volver ahora a nuestra pregunta: ¿Hay una relación entre espacio y tiempo? ¿Hay algún modo de apreciar la duración de los grandes cosmos celestiales, cuya vasta extensión ya hemos visto? De nuestro argumento resulta que, de hecho, hay una relación orgánica e inherente entre espacio y tiempo, entre tamaño y duración. Pues es ésta la relación entre la tercera y la cuarta dimensiones. Y desde que, al pasar de un cosmos a otro, cambia todo el período de dimensiones, la misma relación debe aplicarse entre *una cualquiera dimensión y* aquélla situada por encima o por debajo de la primera.
¿Qué es esta relación entre una y otra dimensión en los organismos vivos? Por cierto es muy difícil descubrir una cualquiera relación constante entre las tres dimensiones espaciales –largo, ancho y alto y en las formas intrincadas de la vida orgánica.
Empero, en los cosmos astronómicos y celulares parece haber una tendencia muy fuerte a igualar estas tres dimensiones, esto es, hacia la creación de esferas o círculos. Y hasta en la estructura del hombre se hace eco del mismo principio en la curiosa igualdad entre su altura y el ancho de sus brazos extendidos.
Ahora bien, cuando las dimensiones espaciales de los cosmos se aproximan a esta igualdad y se encuentran formas y movimiento circulares, se puede, entonces, establecer una relación muy precisa y constante entre el espacio y el tiempo. Una constante así fué descubierta en el Sistema Solar por Kepler, quien en su tercera ley famosa expresaba la relación entre la *posición* de un planeta y el *tiempo* de su revolución, del modo siguiente:

> —Los cuadrados de los períodos en los cuales los planetas describen su órbita, son proporcionales a los cubos de sus distancias medidas desde el Sol".

Estas relaciones entre cuadrados y cubos es en extremo interesante, porque expresa con exactitud la relación que hemos estado buscando entre una y otra dimensión, entre espacio y tiempo. Sabemos que cuando elevamos al cuadrado o al cubo, o agregamos una potencia a una unidad, le estamos adicionando una dimensión. 10 metros X 10 metros = 100 metros cuadrados; 10 metros X 10 metros X 10 metros = 1,000 metros cúbicos. Tiene que agregarse una potencia a la distancia de los planetas desde el Sol para hacerla comparativa con sus tiempos de revolución. Esto es correcto. La distancia se refiere a espacio. Las revoluciones se refieren a movimiento en el espacio; es decir, espacio más tiempo, Se ha agregado la nueva dimensión de tiempo. Kepler, aunque el mismo la aplicó sólo al Sistema Solar, dió de hecho con una fórmula que conecta espacio y tiempo en todos los cosmos.
En consecuencia, formulemos nuevamente la tercera ley de Kepler en términos generales:

> —El cubo de la relación entre el diámetro de dos cosmos es igual al cuadrado de la

relación entre sus tiempos."[10]

Se pueden aplicar dos formas de probarla. La primera, podemos tomar una serie de entidades cósmicas de tamaño conocido y conectadas por una relación constante de tamaño (digamos, la potencia l0a.), estimar sus tiempos de vida basándonos en un ejemplo establecido y, luego, examinar la probabilidad de los resultados. La segunda, podemos tomar una serie de entidades de duración conocida y conectadas por una relación constante de tiempo (otra vez, digamos, la loa. potencia), estimar su tamaño y renovar nuestro análisis.

Principiemos con una serie de tiempos de vida conocidos. De acuerdo con nuestra fórmula, si la relación de tiempo es 10, la relación de dimensiones espaciales será 31.62. Supongamos que nuestro punto de partida es el *hombre,* que vive 80 años y cuya estatura es de 6 pies (1.80 metros). Nuestra ley sugiere, entonces, que un tiempo de vida de ocho siglos, o sea diez veces la suya –la de un roble inglés, por ejemplo–, implica una altura natural de 60 metros (180 pies). Mientras que un tiempo de vida de un mes –o sea una milésima de la del hombre– digamos, la de la célula gigante, el óvulo humano– implica una medida de 1/300 de pulgada (un décimo de milímetro).

Tomando, por otro lado, una serie de tamaños conocidos, si la relación de diámetro es 10, la relación de tiempo sería 4.64. Por tanto, una gran ballena de diez veces la longitud del hombre, viviría 350 años; un gato, de un décimo de su talla, 17.1/2 años; un ratón, de un centésimo de la estatura del hombre, 4 años; un pequeño insecto, de un milésimo de su longitud, 10 meses; y un grano de polen, de un diez–millonésimo de la misma, solamente 2 meses.[11]

Tales resultados no son enteramente satisfactorios y se pueden encontrar muchas excepciones aparentes, debido en gran parte a la dificultad de hallar una medida entre las dimensiones espaciales en las formas complicadas de la vida animal y vegetal. Empero, aún la aplicación fortuita de esta fórmula a los seres vivientes produce en la mayoría de los casos una notable aproximación a la realidad. Para su demostración más exacta debemos limitarnos a la comparación de clases de seres, o a la de aquellos seres que constituyen un modelo cósmico completo o cosmos. En verdad, la principal corroboración de la teoría vendrá cuando comparemos distancias y tiempos en el Sistema Solar, con los del sistema de Júpiter, que parecen ser un exacto modelo a escala de aquél. Esta comparación, sin embargo, debe esperar.

Mientras tanto, la probabilidad general de nuestros hallazgos nos estimula a aplicar el mismo método y fórmula al problema que planteamos primero, esto es, la duración de los cosmos celestes. Pues en los patrones de tiempo ele la Tierra, el Sol y la Vía Láctea, que tratamos de descubrir, reside el indicio de unas velocidades de percepción no reconocidas dentro del hombre mismo.

II LOS DÍAS Y LAS VIDAS DE LOS MUNDOS.

El problema parece ahora despejado. Y, con seres dentro de una cierta magnitud de tamaño, debe ser así. Pero tan pronto como alcanzamos dimensiones muy grandes o muy pequeñas, las limitaciones de nuestra) percepción nos falsean y viendo, como solemos hacerlo, en un caso dado no más que secciones y, en otro, sólo las trazas de los cosmos,

---

[10] O, dicho de otro modo, si ‗d' es la relación entre los diámetros y ‗t' es la relación entre los tiempos, puede expresarse esto, con la siguiente fórmula: d 2/3 = t; o t 3/2 = d.

[11] Mucho material sobre los diámetros relativos puede hallarse en ―Growth and Form" (Crecimiento y Forma) por D'Arcy Thompson (pp. 66 y sgtes, Ed. inglesa) y sobre los relativos de tiempo de vida en ―Inmortalité et Raieunissement'l (Inmortalidad y Rejuvenecimiento) por Metalnikov (pp. 159 y sgtes).

surge la pregunta: ¿Cómo hemos de encontrar los diámetros verdaderos? ¿Cuál es el diámetro de un electrón? ¿Cuál es el diámetro de la Vía Láctea? Con la mayor probabilidad, no tomaríamos como tales los que vemos a primera vista.
De hecho, a pesar del interés matemático de esta fórmula de espaciotiempo, en la práctica es en extremo difícil y arriesgado aplicarla. Si existe tal relación fija universal entre el tamaño y la duración, debe manifestarse, también, en alguna forma no matemática más sencilla que podemos verificar con nuestros sentidos y observaciones ordinarias. Porque las matemáticas son sólo un modo especial de formular las leyes con la ayuda de una capacidad especial de la función intelectual; todas las leyes verdaderas pueden igualmente ser bien comprendidas por otras funciones humanas, *en su manera propia.*
Para esta comprensión más sencilla, nuevamente la tercera ley de Kepler suministra un indicio. Porque los movimientos espaciales de los planetas se basan en sus distancias medias del Sol, esto es, *desde el centro alrededor del cual giran.* De acuerdo con este principio, los patrones de tiempo de los diferentes cosmos pueden compararse directamente y calcularse uno del otro, por la *comparación de sus períodos de revolución, alrededor de su centro vital.*
Al intentar estimar los tiempos y tiempos de vida relativos de diferentes cosmos, tenemos así dos métodos que podemos usar para suplemen tarlos entre sí. Unas veces uno y otras, el otro, resultará el más conveniente. Con su ayuda conjunta, examinamos los cosmos que se encuentran más cerca de nosotros – la célula en el hombre, el hombre en el mundo de la naturaleza, el mundo de la naturaleza en la esfera de la Tierra.
Primeramente –el *hombre* individual, nuestro modelo mejor conocido y más fácilmente mensurable. Literalmente, cada hombre gira alrededor del centro de la tierra, y esta revolución se efectúa en un *día,* período natural de sueño y vigilia, de trabajo y descanso para él.
Pasando al cosmos menor siguiente si, por ejemplo, preguntamos alrededor de qué gira una célula sanguínea, podemos contestar que, obviamente, es alrededor del corazón; y si consideramos lo que corresponde a su período de revolución encontramos una analogía muy interesante. Una célula sanguínea determinada emplea entre 8 y 18 segundos en completar su ‗trabajo diario‘, esto es, en viajar del corazón a una parte distante del cuerpo, dejar su carga de oxígeno y regresar con una carga de bióxido de carbono. Luego, toma alrededor de seis segundos en ser restaurada, es decir, en pasar del corazón a través de los pulmones y emprender otra vez el regreso. Esto corresponde exactamente al período de trabajo y descanso del hombre. Si por conveniente consideramos 12 segundos de trabajo y 6 segundos de descanso para la *célula sanguínea,* obtenemos *un ‘día’ de 18 segundos.*
Ahora bien, si aplicamos el método completamente diferente de nuestra fórmula d = t 2/3, y comparamos el radio de 1/2500 de centímetro de la célula sanguínea con el radio de 1.30 metros del corazón a las extremidades de un hombre, tenemos un factor–medida de 325,000 veces y, consecuentemente, un factor–tiempo de 4.700. Un 4.700avo de la vida humana resulta, nuevamente, que es casi exactamente de seis días. Nuestros dos métodos se han verificado entre sí y, razonablemente, podemos suponer que esta cifra es más o menos correcta. No podemos estudiar prácticamente lo relacionado con el día de la molécula, ni la velocidad a la cual gira alrededor de su centro. Pero, en este caso, el sentido común viene en nuestro rescate. Sabemos que el paso de una célula sanguínea a través de los pulmones, donde se oxigena, implica la destrucción y el reacomodamiento de sus moléculas constitutivas. Cada vez que es oxigenada una célula sanguínea, ―mueren" y ―renacen" sus moléculas. Por tanto, el ‗día‘ de una célula sanguínea, o 18 segundos, debe corresponder exactamente a la ―vida" de sus moléculas constitutivas. Y, proporcionalmente, el *día de una molécula* durará solamente 1/1500 *de segundo.*
Continuando con el siguiente cosmos mayor después del hombre, la vida orgánica en la

Tierra, encontramos una situación muy extraña en cuanto se refiere a su centro. Puesto que, en realidad, diferentes aspectos de la vida orgánica giran alrededor de diferentes centros. En su totalidad la naturaleza nos parece una piel sensible casi sin grosor, que cubre toda la superficie de la tierra. Pero, en realidad, está compuesta de ‗reinos' claramente distinguibles, cada uno de los cuales gira literalmente alrededor de un planeta particular que lo controla, en el período sinódico de dicho planeta. De modo que podemos decir que la Naturaleza en su conjunto completa una revolución, solamente cuando ha vuelto a la misma relación con todos sus centros; es decir, con todos los planetas mayores. Más adelante veremos que este ciclo completo de las influencias planetarias, durante el cual la Naturaleza hace ‗su día de trabajo', como dijimos de la célula sanguínea, es un período de unos 77 años, Y éste, a su vez, se conectará con antiguas ideas respecto a que la ‗vida' del hombro es apenas un ‗día' para la Naturaleza.
Sin embargo, sin mayor evidencia esto no puede ser más que un vuelo arbitrario de la fantasía y, nuevamente, debemos recurrir a nuestra fórmula. Si comparamos el 1.30 metros de radio del hombre con los 6,400 kilómetros de radio del mundo de la Naturaleza (desde el centro de la tierra a los límites de la atmósfera), obtenemos un factor de tamaño de aproximadamente 5 millones de veces y un factor de tiempo subsecuente de 29,000 veces. Por tanto, el *día de la Naturaleza* sería así 29,000 veces más largo que el del hombre. Y esto, en verdad, nos da un período de aproximadamente 75 u 80 años.
Cuando llegamos al cosmos de la Tierra, sería muy tentador tomar un año como su período de revolución alrededor de su centro, Mas esteperíodo, en relación a la Tierra es demasiado corto y, al reflexionar, recordamos que la Tierra debe también girar en derredor del ‗sol de nuestro sol', que discutimos en el capítulo anterior, sea éste Sirio o Canopus o algún otro. Todas las razones hacen creer que el lento cambio del eje de la tierra alrededor de un círculo de estrellas fijas, que produce la precesión de los equinoccios, es un reflejo de este movimiento. De tener que conservar la Tierra su polo magnético permanentemente inclinado hacia algún gran centro, alrededor del cual todo el Sistema Solar girara en 25.765 años, se comportaría exactamente en esta misma forma.
En verdad, en este período la Tierra pasa a través de un ciclo completo de relaciones con el centro galáctico y el zodíaco, así precisamente como en 77 años para la Naturaleza a través de un ciclo completo de relaciones con el centro de la Tierra. Aún más, la proporción entre este largo día' terrestre y el día de la Naturaleza de 75 u 80 años, es muy– aproximadamente el mismo que entre el año ordinario y el día ordinario, otros dos ciclos que pertenecen a la Tierra y la Naturaleza, respectivamente. Tenemos, así, una triple razón para creer que el tiempo de la Tierra es alrededor de 360 veces más prolongado que el tiempo de la Naturaleza y que la *Tierra,* en consecuencia, tiene un *día de 25,800 años.*
Dentro de la secuencia anterior de ciclos diarios cae, naturalmente, el movimiento del Sol en derredor del centro de la Vía Láctea. Tal movimiento, de acuerdo con los últimos cálculos, emplea cerca de *200,000,000 de años y* este período constituirá *un día para el Sol.*
No sabemos alrededor de qué centro la Vía Láctea gira como un todo, pero –como antes mencionamos– su radio es aproximadamente de 40,000,000 de veces el del Sistema Solar. De esta cifra nuestra fórmula da un factor–tiempo de más de 100,000 veces. Sobre esta base *un día para la Vía Láctea,* sería no menos de *20 millones de millones de años.*
De esta forma, trabajando con dimensiones y con períodos de revolución, obtenemos la siguiente secuencia de ‗días' cósmicos:

Molécula – 1/1,500avo de segundo
Célula sanguínea – 18 segundos

Hombre– 1 día
Naturaleza – 77 años
*Tierra –*25,765 años
Sol – 200 millones de años
Vía Láctea – 20 millones de millones de años.

Si ahora suponemos lo que debernos más adelante proceder a probar —es decir, que no sólo para el hombre sino para todas las criaturas cósmicas la ‗duración‘ de una vida se compone de unos 28,000 díasnuestro cuadro, entonces se desarrollaría todavía así:

Cosmos		*Relación de tiempo al cosmos mayor*	*Día*	*Vida*
Electrón	x	28,000		
Molécula	x	28.000	1/1,500 seg.	18 segds.
Célula sanguínea	x	4,700	18 segds.	6 días
Hombre	x	28,000	1 día	77 años
Mundo de la Naturaleza	x	360	77 años	2.1/4 millones de años
Tierra	x	7,800	25,800 años	750 millones de años.
Sol	x	100,000	200 millones de años	$5,6^{12}$ de años
Vía Láctea			2^{13} años	5.6^{17} años [12]

¿Cómo se comparan estas cifras de duración de vida con estimaciones logradas en otra forma? Trabajando con cultivos de organismos unicelulares durante más de 20 años, Metalnikov encontró que aquéllos producían 386 generaciones por año, o casi exactamente una por día.[13] Las células dentro del cuerpo humano tienen tiempo de vida variables. La de vida más larga –el óvulo o célula del sexo femenino– tiene evidentemente una existencia de un mes; la masculina probablemente de uno o dos días. Mudamos entre un sexto y un décimo de la piel cada día, regenerándose debajo la cantidad correspondiente, de modo que las células individuales epidérmicas deben nacer, vivir su vida y morir en casi una semana. En esta escala, la cifra de seis días que hemos obtenido para la vida de una célula sanguínea, ocupa lugar intermedio y, probablemente, es correcta.

Estimaciones de la presente edad del mundo de la Naturaleza tal como lo conocemos, esto es, desde el comienzo de la Era Cuaternaria o Era del Hombre, dan un promedio de alrededor de 2 millones de años.

La duración del anterior mundo de la Naturaleza –el que corresponde al período Pleistoceno de la Era Terciaria que, indudablemente, fué una creación diferente de la nuestra y separada por una edad glaciar equivalente a la muerte– se fija en 6 millones de años,[14] Otra vez, pués, nuestra estimación es razonable.

---

[12] Compárese estos periodos con los de la cronología Indú, en la cual 4,3 millones de años forman un Mahayuga o Gran Edad, después del cual es destruida la Naturaleza; un millar de Mahayugas, un día de Brahma (4,320 millones de años) después del cual cielo y tierra son destruidos; y el debido número de tales días, una vida de Brahma (160 millones de millones de años), después del cual es destruido el Sistema Solar, La vida del Sistema Solar mismo, otra vez, es nada más que el parpadeo de un oro de Shiva—— Véase el ―Vishnu Purana" traducido al inglés por H. H. Wilson (Libro 1, Cap. III) pp. 46¯64.

[13] S, Metalnikov: ―La Lutte contre La Mort" (Lucha contra la Muerte) pp, 40–1.

[14] Richard M. Field, en la ―Van Nostrand's Scientific Encyclopedia",

Pasando al tiempo de vida de la Tierra misma, deducciones basadas en los períodos de degeneración del uranio en plomo, fijan la edad de las rocas más antiguas (Pre–Cámbrico Inferior) en 1.300 millones de años. Otros argumentos basados en el espesor de los depósitos sedimentarios y en información astronómica, sugieren que la corteza terrestre fué formada entre dos y tres millares de millones de años atrás.[15] En este caso, nuestra cifra, por alguna razón, es menos de la mitad de las obtenidas por otros medios.

Una de las pocas suposiciones plausibles de una duración posible de nuestro Sol, la cual se basa en el tiempo que su aparente dotación de hidrógeno puede continuar transformándose en energía radiante por el ciclo del carbón, da una expectativa de vida de 40 millares de millones de años – una cifra de once números dígitos, que se compara con la cifra de 12 números dígitos que dan nuestros cálculos.[16]

Respecto a la vida potencial de la Vía Láctea pocas autoridades se han aventurado a expresarse y es difícil obtener estimaciones en contra con las cuales comprobar nuestra suposición. En este caso, por tanto, se nos puede quizás permitir que recurramos a la analogía,

Volvamos a nuestra concepción anterior de esta galaxia como sección transversal de algún sólido cuerpo vivo y desconocido y, luego, permítasenos suponer que el paso de la luz a través del mismo, como el más veloz medio de comunicación entre uno y otro punto, corresponda a la diseminación de los impulsos nerviosos en el hombre. Sabemos que tales impulsos, que viajan a 120 metros por segundo, emplean aproximadamente 1/100avo de segundo para atravesar el cuerpo humano. Supongamos, luego, que esto sea análogo a los 60,000 años necesarios para que la luz atraviese el cuerpo de la galaxia, Entonces, por una sencilla proporción obtenemos para el tiempo de vida de la Vía Láctea una cifra en años que contiene diecisiete números dígitos, Esta, continuando nuestra analogía, sería la escala de existencia de nuestro ser galáctico o dios. Y esto es lo que propone nuestro cuadro.

Evidentemente, en este cuadro –aproximativo y basado en material insuficiente– hay graves incongruencias. En algunos casos las cifras derivadas del método de nuestra fórmula de espacio–tiempo no se avienen con aquéllas que resultan de una comparación de los períodos de revolución. Mas, esto no obstante, en general el conjunto parece acertado, correspondiéndose los resultados, que se sincronizan unos con los otros en manera que sería inconcebible si el método utilizado para obtenerlos fuera puramente arbitrario. Estas incongruencias, como antes sugerimos, se deben probablemente a nuestra incapacidad para percibir en determinados casos qué en realidad constituye el radio de un cosmos dado o cuál es el verdadero centro alrededor del cual gira. Mecánicamente, con medios más precisos de medición científica, o conscientemente, con el logro de un nivel diferente de percepción, se obtendrían mejores resultados.

Entre tanto, ¿qué significa todo esto? ¿Hacia dónde nos conducen todas estas difíciles cifras? Nos llevan a la conclusión inevitable de que para cada ser cósmico –incluso el hombre– el tiempo y la forma crean un modelo único. Ninguna criatura puede ser comprendida aparte de su forma, ninguna puede ser comprendida aparte de su tiempo. Porque su forma multiplicada por su tiempo producen su verdadero ser, su propio y único sello, por el cual se diferencia de todos los demás seres del universo.

Más aún, para cada individuo esta forma y este tiempo, los cuales constituyen su modelo, guardan una cierta relación íntima entre sí. Cada uno implica el otro, así como una cara de un cubo implica otra cara exactamente igual, como el lecho del río implica exactamente el río correspondiente. Así como todo el carácter de un hombre, su capacidad y destino están

---

[15] H. Spencer Tones: ―General Astronomy" (Astronomía General) p, 29

[16] Bok and Bok: ―The Milky Way" (La Vía Láctea) p. 139

escritos en su rostro, y, otra vez, están escritos en la palma de su mano –si fuera posible leerlos– así, también, están escritos en su tiempo. *Su vida es él mismo* y ésta le coloca en una relación bien definida e inalterable con cada uno de los otros cosmos, grandes o pequeños del universo.
Hay, empero, una ulterior deducción de nuestros cálculos. Si cada cosmos tiene su propio tiempo, el cual –junto con su forma– constituyen una propiedad única e inalienable de su ser, ¿qué consecuencia sacamos del hecho de que cada cosmos incluye a, o forma parte de, cada uno de los otros? Por ejemplo, cada hombre en particular contiene dentro de sí los cosmos del electrón, la molécula y la célula, y él forma parte –aunque pequeña– de los cosmos de la Naturaleza, la Tierra, el Sistema Solar y la Vía Láctea, Es decir, de algún modo penetrándola o escondido dentro de él, actúan los tiempos de todos los otros cosmos en el universo.
Aparte de su propio tiempo, que a primera vista le parece el único e inevitable, participa o puede participar en el tiempo de todos los otros cosmos y, de este modo, del ser de aquéllos. Este, que es uno de los más grandes misterios de su naturaleza, es el indicio que lleva a posibilidades desconocidas y no realizadas, cuya significación debemos primeramente abordar en una forma enteramente diferente.

III MOMENTOS DE PERCEPCIÓN.

Del ejemplo que dimos de la respiración humana, vimos cómo el tiempo de una *respiración* del hombre está íntimamente conectado con el *día* de una célula y con la *vida* de una molécula. De curiosa manera, estos períodos de diferentes cosmos dependen unos de los otros; o, quizás, sería mejor decir que las mismas vidas y días de lo cosmos menores son solamente *un resultado* del aliento de un cosmos mayor. En el caso de las células sanguíneas y de las moléculas de gas que contienen, esta descripción es muy precisa.
De aquí que vida, día y aliento parecen ser definidas divisiones cósmicas del tiempo individual, las cuales eslabonan inexorablemente el destino y la experiencia de cada ser al de aquellos cosmos situados por encima y por debajo. Y de hecho, existe una extraña y constante relación entre estas divisiones.
En lo que respecta a nuestra propia experiencia, sabemos muy bien que el tiempo de una vida está dividido en días. Cada día está separado del otro por un período de sueño, un rompimiento de inconsciencia que tiene el efecto de cerrar para nosotros una unidad de tiempo, brindándonos cada mañana un fresco comenzar. Un día es, en una escala determinada, algo completo en sí mismo, que contiene un ciclo completo de digestión, una alternancia completa de sueño y vigilia y una secuencia de experiencia que puede mentalmente revisársela y pensársela como un todo. Hay alrededor de 28,000 días en la vida completa de 75 a 80 años de un hombre.
Durante cada uno de los días de su vida respira el hombre. Y exactamente como un ciclo de digestión de alimentos ocupa 24 horas, un ciclo de la respiración o digestión de aire requiere alrededor de 3 segundos. Este es, también, un definido y completo período de tiempo para un hombre. Si él observa cuidadosamente, descubrirá que cada respiración lleva un nuevo pensamiento a su mente, o una nueva repetición de un pensamiento viejo. Aun podemos percibir una pulsación muy sutil en su estado de alerta, casi análoga a la más grande de sueño y vigilia. Durante el curso de un día respira alrededor de 28,000 veces.
Para un hombre y probablemente para todas las criaturas hay, así. 28,000 respiraciones en un día y 28,000 días en una vida. Si volvemos ahora a nuestro cuadro de tiempos, veremos que esta misma cifra también se presenta ahí varias veces. No solamente es el tiempo de una célula sanguínea 28,000 veces el de sus moléculas constitutivas, sino que el tiempo del mundo de la naturaleza es 28,000 el del hombre y, nuevamente, el tiempo de la Vía Láctea es 28,000 veces 28,000 el de la tierra. De esto se deriva muchas conexiones interesantes. El

día de una molécula debe ser equivalente a la respiración de una célula sanguínea. El día de un hombre debe ser equivalente a una respiración de la naturaleza. La vida de la Tierra debe ser equivalente a una respiración de la galaxia. Y, de modo semejante, ocurrirá con todas las otras divisiones de tiempo de estos cosmos.

Aún donde esta cifra clave de 28,000 no ocurre, comenzamos a ver que el factor tiempo entre los cosmos puede representar la relación entre otras divisiones temporales. Vimos cómo un año para, la Naturaleza es equivalente a un día para la Tierra. De modo semejante, un año para la tierra parece ser muy semejante a una hora para el Sol. Nuevamente, un mes para la tierra es un segundo para el Sol, un día para el Sol es un segundo para la Vía Láctea y así sucesivamente. No solamente la respiración, el día, la vida, sino también el ‗segundo‘, el ‗minuto‘, la ‗hora‘, la ‗semana‘, el ‗mes‘ parecen ser verdaderas divisiones cósmicas de tiempo, que encadenan las unidades de experiencia de un plano con aquéllas de muchos otros.[17]

Hablamos de un día como del período de digestión de *alimentos y* de una respiración como período de digestión de *aire.* Aunque es difícil verificarla exactamente, parece haber una división aún más corta del tiempo humano, conectada con el período de digestión de la tercera clase del alimento humano; es decir, las percepciones. Es éste el tiempo empleado en recibir y digerir una sola imagen o impresión fotográfica. Si el ojo fuera una timara, sería ésta su más rápida velocidad de toma.

Ocasionalmente, circunstancias excepcionales dan un indicio de la asombrosa brevedad de este período. Un hombre percibe una chispa eléctrica, que un medidor le indica que no habría durado más de un milésimo de segundo. Un vistazo, reducido a una fracción infinitisimal de tiempo por el paso de automóviles o trenes a alta velocidad, puede revelarle como inmóviles, objetos que caen o vuelan y que, obviamente, están en movimiento muy rápido. Hay, también, cierta clase de raras experiencias –en medio de algún súbito accidente o emergencia, por ejemplo– cuando sucesos que ocurren a gran velocidad parecen congelarse o durar un tiempo muy largo. Todas estas observaciones pueden explicarse solarnente si esta fracción mínima de la percepción humana es algo menos que un milésimo de segundo. Y, de hecho, este momento probablemente es 1/28,000 parte de una respiración, así como una respiración es la 1/28,000 parte de un día y un día es la 1/28,000 parte de una vida.

De este modo tenemos cuatro divisiones cósmicas mayores de tiempo para todas las criaturas – su monto de percepción o período de digestión de una impresión; su espacio respiratorio o período de digestión de aire; su día o período de digestión de alimentos; y su vida o período de digestión de toda experiencia. Además, estas cuatro divisiones tienen una relación constante y cósmica que es, también, la relación promedio de tiempo entre un cosmos y el siguiente – es decir, 28,000.

Hemos dicho que la más corta percepción del hombre es algo menos de un millonésimo de segundo. Esta en verdad parece ser el límite más bajo de su facultad de reconocimiento. Pero para nuestro propósito presente es más intersante considerar el tiempo más bien prolongado que requiere para reconocerse a sí mismo; tiempo en el cual, estando delante de un espejo, puede tomarse a sí mismo sintiéndose: ―Aquel soy yo, soy– como aquél”. Más adelante comprenderemos la importancia de esto. Y, más aún, procuraremos establecer cómo el Sol puede verse a sí mismo, y para lo cual necesitaremos tal relación.

Hay una pulsación eléctrica del cerebro que puede medirse a través del cráneo y que evidentemente está conectada con la digestión de las percepciones y a que al cerrarse los ojos su intensidad disminuye muy considerablemente, Este pulso se produce a un ritmo de 10 por segundo y la parte activa de su ciclo probablemente constituye el momento mínimo

[17] Véase el Apéndice III: Los Tiempos de los Cosmos

del reconocimiento humano. Esto puede verificarse experimentalmente abriendo la parte posterior de una cámara y mirando a través del lente a diferentes velocidades de toma. A un milésimo de segundo o aún menos, se puede conocer que el obturador se ha abierto; a un 30avo y con gran atención, un objeto real puede ser reconocido.
El tiempo en el cual un hombre se ye a sí mismo puede, así, tomarse tal vez como un 30avo de segundo. Y encontramos que el tiempo comparativo para el Sistema Solar será de 80 años, o toda la vida del hombre.
Teniendo presente que todos estos períodos deben tomarse como ór*denes* de tiempo más bien que como medidas exactas, tenemos ahora alguna noción de la duración posible de la vida, del día y la noche, de la respiración y del reconocimiento para el Sol. Y si es correcta nuestra deducción, podemos suponer que todos los organismos vivientes tienen divisiones análogas de su tiempo. Significa esto que entre el nacimiento y la muerte una célula respira tantas veces cuantas respira un hombre durante su vida. Y un hombre recibe dentro de su vida tantas percepciones como las recibe el Sol. Una vez libres de nuestras creencias habituales en un solo tiempo, llegamos a la extraña conclusión de que *todas las vidas tienen la misma duración.*

CAPÍTULO 3. EL SISTEMA SOLAR

I EL CUERPO LARGO DEL SISTEMA SOLAR

Tal como lo concibe el hombre, el Sistema Solar consta de una gran esfera radiante, alrededor de la cual, a intervalos armónicamente crecientes, como las ondas formadas por una piedra lanzada al agua, se encuentran las órbitas por las que giran otras esferas más pequeñas y que no son radiantes. Como la piedra al chocar con el agua, esta esfera radiante central o Sol, parece ser la fuente de energía por la que se crea todo el fenómno. Con un diámetro que quizá es un diez milésimo del de su sistema entero, está así casi exactamente en la misma relación con su vasto campo de influencia, que el huevo humano con el cuerpo que crecerá a sus expensas. Y puesto que en ambos casos lo menor da origen a lo mayor, la concentración o intensidad de energía, debe ser de un orden análogo.

Como anotamos, las órbitas concéntricas de las esferas dependientes, o planetas, están relacionadas armónicamente de acuerdo a una ley llamada de Bode. Tomando el desarrollo geométrico 0, 3, 6, 12, 24, 48, 96, 192 y agregando 4 a cada número, logramos una serie que representa más o menos las distancias entre las órbitas planetarias y el Sol.

Los planetas varían de tamaño entre sí – creciendo en general desde el más pequeño, Mercurio, que está más cerca del centro, hasta el mayor, Júpiter, a mitad de la distancia entre el centro y la circunferencia; y, luego, disminuyendo otra vez hasta el planeta más exterior conocido (Plutón), que es algo mayor que Mercurio.

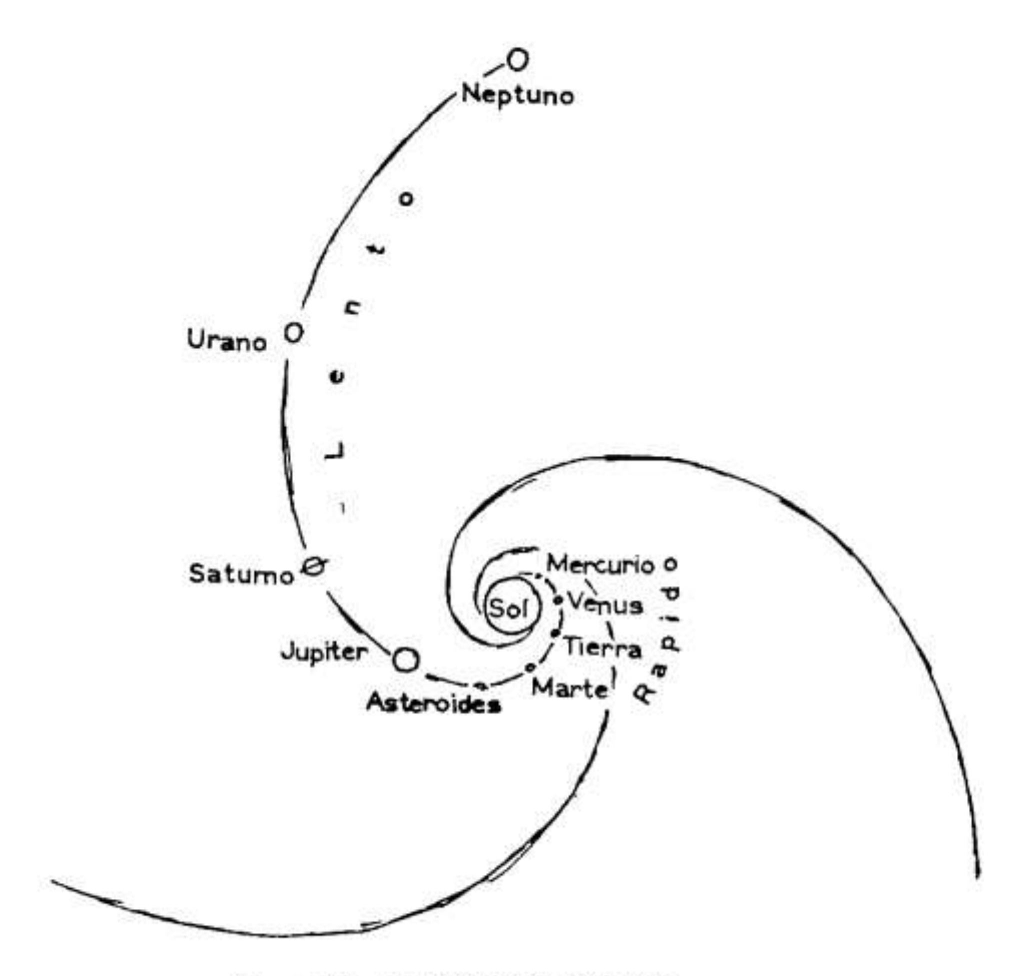


Figura 2 EL SISTEMA SOLAR

Mientras más remotos los planetas, son más lentas sus velocidades aparentes, que disminuyen desde los 50 kilómetros por segundo de Mercurio, hasta los 5 de Neptuno. Esto, otra vez, es una característica de la mengua de los impulsos enviados desde una fuente central, cuando se adentran cada vez más profundamente en la distancia. Ofrece un mo delo muy bueno del proceso la rueda "Catalina" de cohetes, de la que se desprenden luces que se curvan hacia atrás, alejándose de la dirección del cohete; es decir, que pierden tanto más velocidad orbital, cuanto más lejos son proyectadas esas luces.

En la rueda catalina de cohetes, las luces se proyectan originalmente fuera del centro. La mayoría de las teorías convienen que, en la misma forma, los planetas nacieron o se desprendieron alguna vez del cuerpo mismo del Sol, hijos quizá de la tensión creada por el paso cercano de otra estrella. En el relámpago infinitesimal de tiempo solar que abarca todo el período conocido de estudio de los cielos por el hombre, no hay traza de que se haya manifestado un movimiento centrífugo de los planetas. Pero esto no es de sorprender. Porque si el origen de los planetas tuvo lugar hace varios miles de millones de años, como se ha sugerido, un movimiento hacia afuera sería sólo de dos o tres kilómetros por siglo.

Sólo podemos decir que la estructura total del Sistema Solar –como la de las nebulosas espirales– sugiere tal expansión desde el centro. Esto no solamente implica el alejamiento de los planetas sino, también, el crecimiento y expansión del mismo Sol. Sólo un Sol más caliente y mayor, esto es, uno cuya materia se hubiera elevado a una incandescencia y rarefacción mucho mayores que las del nuestro, podría sostener y vivificar a sus satélites a una mayor distancia. En un gigante como es Antares, un millón de veces más rarificado que nuestro Sol y cuyo radiante diámetro abrazaría toda la órbita de la Tierra, podemos apreciar el trazo de un sistema más viejo y más desarrollado. Porque, ahí la vida y el calor centrales no ocupan un punto astronómico particular,, sino que ya han crecido hasta *envolver* a la mayor parte de su dominio. Es la diferencia que existe entre la conciencia humana confinada a un solo órgano, por una parte, y esta misma conciencia cuando satura a todo el cuerpo y a todas las funciones de un hombre. Reconocemos como más desarrollada a esta última.

Si el movimiento hacia afuera del Sistema Solar es imperceptible para el hombre, por razón de su patrón de tiempo, su movimiento circular –resulta claro y calculable. El eje del sistema, es decir, el mismo Sol, hace su rotación en algo menos de un mes. Para cuando ha alcanzado la órbita de Mercurio, la velocidad del impulso circular se ha reducido a tres meses; cuando alcanza a la de Venus, a ocho meses; a la de la Tierra, a doce meses, y así en proporción decreciente hasta que, en la órbita de Neptuno, emplea nada menos que 164 años para completar una revolución. La tercera ley de Kepler es la expresión formal de esta merma*.

Lo que de hecho estamos tratando de describir en esta forma complicada es, simplemente, la relación entre espacio y tiempo. Tratamos de describir los cambios acarreados sobre una sección que gradualmente se mueve a lo largo de la tercera dimensión o longitud de un cuerpo mayor, el Sistema Solar. Así como lo haría una célula en la corriente sanguínea que, viendo sólo una sección del cuerpo humano, intenta analizar los movimientos aparentes de las secciones de arterias y nervios, cuyas diferentes velocidades dependerían del ángulo en el cual atravesaran su plano.

Como dijimos al principio, todas estas descripciones se refieren al Sistema Solar "como es concebido por el hombre". ¿Cómo podemos ima girar no sólo la sección, sino el cuerpo entero del Sistema Solar? Ahora bien, la unidad y la figura de un cuerpo humano existe en la dimensión superior, en relación a la del presente de la célula, donde lo que queda como pasado y futuro coexiste como un solo ser humano. En la misma forma, la unidad del Sistema Solar, el plano o modelo de su cuerpo, debe existir en la siguiente dimensión, más

allá del Universo presente del hombre. Nuestro problema, entonces, es intentar: visualizar el pasado y futuro del Sistema Solar como algo coexistente y sólido. Tenemos que imaginar al Sistema Solar como si se viera a sí mismo; tal como para comprender la unidad y figura de un hombre la célula debe imaginar cómo el hombre se vería a sí mismo o cómo lo ven otros hombres.

Hemos calculado que ―el momento de percepción" del Sol es de 80 años. Cuando consideramos nuestra acostumbrada visión seccionel de él, pensamos en las ondas que hace cruzar por la superficie de un estanque el lanzamiento de una piedra. Ahora debemos meditar sobre la piedra cuando se hunde en toda la profundidad del estanque, y en las correspondientes ondas que se mueven hacia afuera, atravesando el cuerpo sólido del agua. O, mejor aún, debemos visualizar nuestra rueda catalina de cohetes, no sólo despidiendo luces, sino proyectada al mismo tiempo hacia adelante con suficiente rapidez para que percibamos de un vistazo, una banda entera de fuego.

¿Cuál sería, antes que nada, la proporción de este vórtice de fuego en que se ha convertido nuestro modelo?

Los astrónomos, calculando la diferencia entre la velocidad medía a que parecen aproximársenos las constelaciones directamente arriba de la eclíptica, y la velocidad media de la de aquellas directamente abajo que parecen estar retrocediendo, estiman que todo el Sistema Solar se dirige hacia Vega, a cerca de 20 kilómetros por segundo. El hecho es que, en 80 años, dejando tras sí el Sol toda la radiación de su sistema, avanza en el espacio aproximadamente 50,000 millones de kilómetros. El diámetro de la órbita de Neptuno es de alrededor de 10,000 millones de kilómetros. De modo que la esfera de radiación, la banda de fuego o el ‗cuerpo largo' de nuestro Sistema Solar, en 80 años es una figura como cinco veces más larga que ancha, o proporcionada como el cuerpo humano parado. Esta es la silueta de nuestro cuerpo solar.

Recordemos que el ―momento de percepción" de un ser comparable que mire hacia el Sistema Solar, es de 80 años. Aparecerá entonces ante *este* ser, una figura extraordinariamente compleja y bella. Los trazos planetarios convertidos en múltiples espirales de varias tensiones y diámetros, se han vuelto ahora una serie de cubiertas iridiscentes que opacan al filamento largo, blanco y caliente del Sol, cada una cintilando con color y brillo propios y característicos; el conjunto combinado en una como red de tela de araña, tejida con las trayectorias excéntrica, de innumerables asteroides y cometas, resplandeciendo con alientos de vida cálida y retintinando con una música increíblemente sutil y armoniosa.

Esta no es una figura de fantasía en ninguno de sus aspectos. El ancho de las órbitas de los planetas determinará el tamaño de cada estría envolvente; el diámetro del planeta, la bastedad o la finura del hilo de que está tejida; la curvatura relativa del planeta, su índice de refracción o color; el número y distancia de sus lunas, la variable textura como de seda, lana o algodón; la densidad y grado de atmósfera, la brillantez o luminiscencia; en tanto que las velocidades de la rotación planetaria harán que la totalidad de las estrías despidan una emanación magnética o viviente.

Ciertamente que ninguna analogía material puede sugerir la multiplicidad de manifestaciones e impresiones que penosa y aisladamente podemos calcular, pero que podrían ser ahí simultáneamente aparentes. Porque sabemos que por sobre nuestro nivel, cuando una multiplicidad semejante de impresiones se producen al mismo tiempo, nos enfrentamos a un fenómeno que desafía cada uno de nuestros esfuerzos hacia el exacto análisis; es decir, el fenómeno de la vida. Y aquel que continúa durante suficiente tiempo el desarrollo de esta disciplina en exacta analogía, no puede escapar a la conclusión de que *ahí,* en un mundo donde el ―momento de percepción" es de 80 años, el Sistema Solar es, en alguna forma incomprensible para nosotros, un cuerpo *viviente.*

Considerando el increíble realzamiento y significación que se agregan aún al fenómeno más simple y burdo de tamaño y curvatura, cuando es trasladado a esa escala de tiempo, nos encontramos totalmente incapacitados para imaginar la posible apariencia de ese Sol tetradimensional, cuando aún el tridimensional que percibimos nos ciega con su brillantez. Y podemos suponer que representaría en alguna forma la fuerza vital más íntima de ese ser solar, tan incomprensible aún para un observador colocado en la misma escala, como incomprensible es la esencia de un hombre para otro.

Hablamos de otros sistemas, como aquel de Antares, en los cuales la radiación solar central ha abarcado ya un volumen mucho mayor del que ocupa nuestro sol. Y hablamos de la conclusión inevitable, desde la idea de un sistema solar en expansión, que nuestro Sol debe estar haciéndose cada vez más caliente, luminoso y radiante.

De hecho, esta diferencia en el grado de radiantez de su sol central puede ser la principal distinción entre el millón de sistemas solares que componen la Vía Láctea. Todos estos sistemas, para ser capaces de desarrollo, deben incluir el complemento total de elementos y de planetas, exactamente como todos los hombres, para ser capaces de desarrollar, deben incluir la totalidad del complemento de órganos y funciones. El solo factor que continúa variable es, en un caso, la intensidad y penetración de su luz central; y, en el otro, la intensidad y penetración de la conciencia central.

Todos los hombres son semejantes en diseño y constitución; de igual modo es muy probablemente lo mismo con todos los soles. Lo que distingue a los hombres es su grado de conciencia; lo que distingue a los soles es su grado de radiantez.

En verdad, cuanto más estudiamos la cuestión tanto más claramente emerge que luz y conciencia obedecen exactamente las mismas leyes, creciendo o menguando exactamente en la misma forma. Aún podemos decir que son aquéllas el *mismo fenómeno,* visto en escalas diferentes.

Este, ciertamente, es el solo factor variable en el universo, el solo factor que puede cambiar en respuesta al trabajo individual, al esfuerzo y comprensión del cosmos individual. En lo que respecta a su constitución ni el hombre ni el Sol pueden *hacer* nada, porque cada ser está conformado como es, por el modelo del universo, que asegura que cada uno recibirá en el principio cuanto le es necesario para su autodesarrollo. Pero este auto-desarrollo, es decir, la iluminación e irradiación graduales del cosmos individual por la luz o la conciencia auto-generada, depende totalmente del mismo ser individual. En esto debe *hacer* todo.

Más aún, el todo puede solamente hacerse más consciente si deviene más consciente la parte y la parte puede solamente hacerse más consciente si deviene más consciente el todo. Si repentinamente soy consciente de mi pie, éste, también, deviene consciente de sí mismo y comienza a registrar toda clase de sensaciones y movimientos nuevos, de los que ni él ni yo nos percatamos antes. Si una sola célula de mi cuerpo se galvaniza en estado de alerta por alguna amenaza terrible en su escala Propia, yo también devengo consciente del dolor. Del mismo modo, la radiación creciente del Sol debe conectarse con una absorción y transformación creciente de la luz por los planetas; esto es, también, por su gradual adquisición de radiantez.

Para que un hombre sea plenamente consciente, todas sus partes deben hacerse plenamente conscientes. Para que un sol se haga plenamente radiante, todos sus planetas deben hacerse radiantes. Para que el Absoluto se recuerde a sí mismo, todos los seres deberán recordarse a sí mismos.

A aquellos que preguntan ¿Cuál es el propósito del Universo? podemos responderles, así, que la tarea del Universo y de todo ser en él contenido, del Sol a la célula, es *hacerse más consciente.*

II EL SISTEMA SOLAR COMO TRANSFORMADOR

La figura que hemos descrito como una red de envolturas entrelazadas, sugeriría indudablemente analogías a cada especialista, que estarían acordes con sus conocimientos. El fisiólogo más bien evocaría la interpenetración de los varios sistemas del cuerpo humano —muscular, arterial, linfático, nervioso, etc—, cada uno constituido de fibras o canales de diferente tamaño y cada uno portador de una energía diferente.

Una de las analogías más provechosas para nuestro presente propósito, es la que se le ocurriría al técnico electricista. Porque despojando a nuestra figura de sus aspectos afectivos y reduciéndola simplemente a una proyección geométrica de espirales sobre un papel, la reconocería desde luego como el diagrama de un transformador polifásico. El Universo de esferas volantes del mecanicista ha dejado como traza en el tiempo, un Universo de carretes conductores para el electricista –diseñados, él podría suponer– sin otro propósito que el de la transmisión y transformación de la energía solar.

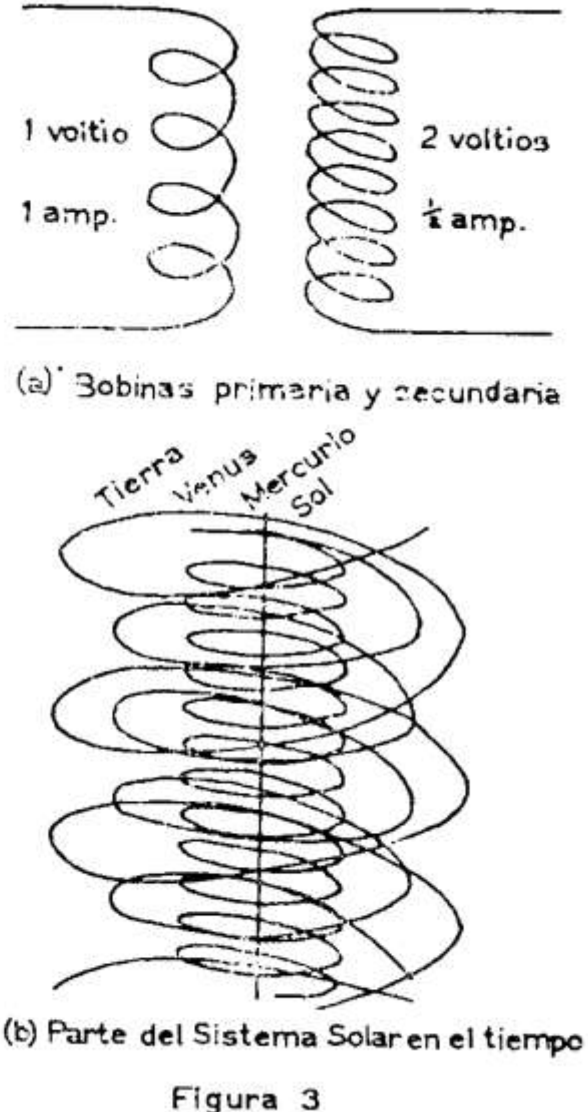


Figura 3

Para beneficio del lego recordemos que la electricidad tiene dos medidas –corriente (amperios) y presión (voltios)– y que un transformador es un aparato que cambia la relación entre estos dos factores. En una forma muy general, mientras más pesada sea la máquina que ha de operarse, mayor es el amperaje que se necesita. Para suplir demandas tan variadas de una sola fuente de fuerza, el transformador acrecienta la corriente a

expensas de la presión o viceversa. Esto se lo gra pasando una corriente por un carrete conductor que tiene un número dado de vueltas y permitiendo que una corriente acorde sea inducida por un carrete vecino con un número mayor o menor de vueltas. Si el número de vueltas en el carrete secundario es mayor que en el primario, el amperaje o corriente se reduce y el voltaje o presión se acrecienta; si es menor, se produce el efecto opuesto.
Prácticamente, la corriente o amperaje está limitada por la composición y grosor del alambre conductor. De modo que si se desea llevar la energía disponible a alambres más livianos, deberá transformársela antes a un voltaje mayor y menor amperaje.
Ahora bien, estudiando nuestro esquema de los recorridos de los cuerpos mayores del Sistema Solar, a la luz de estas ideas, reconocemos claramente el alambre grueso y primario del Sol, rodeado por los ocho carretes secundarios de sus planetas. Observamos, también, que el grosor de estos –alambres" planetarios varía de un décimo (Júpiter) a un tricentécimo (Mercurio) del grosor del primario solar. Y en un esquema que abarque 80 años, contamos en los varios carretes toda clase de vueltas, desde media hasta nada menos que 300. Aquí disponemos, ciertamente, de todos los factores y componentes de un enorme transformador para recibir la corriente a una tensión dada y elevarla para su entrega a ocho diferentes voltajes. El modelo es completo aún considerado el aislamiento de los alambres mediante una película delgada, no conductora, de atmósfera planetaria.

Un transformador construido en el mundo humano, según las especificaciones de este diagrama cósmico, debería suministrar corriente con ocho diferentes tensiones y con ocho diferentes tasas de fluído. Y basados en el número de vueltas dado por los carretes de conducción planetarios, por espacio de 80 años, aún seríamos capaces de calcular su rendimiento relativo. Por ejemplo, supóngase que la corriente producida por el carrete de Neptuno de la fuerza original del Sol, tuviera un voltio de presión y 10,000 amperios de corriente. Entonces, el rendimiento de Júpiter sería de 14 voltios y 770 amperios; el de la Tierra, alrededor de 170 voltios y 60 amperios; el de Mercurio, 700 voltios y 15 amperios.
Un efecto del incremento del amperaje en el mundo planetario, contemplado por muestra percepción, probablemente es el incremento de la vibración, esto es, *la revolución más rápida del planeta sobre su eje."*

Si un transformador semejante estuviera correctamente provisto de alambre de una conductividad dada, la sección del alambre adecuada para cada carrete debería ser proporcional al amperaje que condujera. Efectivamente, las secciones de los planetas cumplen este requisito sólo con un error que varía entre los límites de + 10 veces. Pero supongamos que los alambres empleados en los varios carretes planetarios no sean de igual, conductividad. Supongamos que el interior de los distintos planetas sea de distintos metales, cada uno con su conductividad propia. Y, permítasenos, además, suponer que aquellos cuya sección es menor de la que esperábamos, digamos la de Neptuno, fueran de metales de alta conductividad y que aquellos cuya sección es mayor, como la de Júpiter, de metales de baja conductividad. Entonces, mediante un juicioso reparto de estos metales –plata para Neptuno, oro para Urano, antimonio para Saturno, bismuto para Júpiter, cobre para Marte, hierro para la Tierra, esironcio para Venus y bronce para Mercuriose compensaría nuestro aparente error y la gran maquinaria sería, ciertamente, precisa en todas sus dimensiones. Los carretes planetarios pa rece que están hechos especialmente para actuar como transformadores de la energía solar, en la modalidad descripta, con sólo suponer que varían en su conductividad en la forma que ocurre con los metales.[18]
Puede ser objetado y admitirse, que los metales se han escogido arbitrariamente para producir el resultado buscado. Desgraciadamente, no siendo los planetas radiantes en sí, la

[18] Véase Tablas Planetarias, Apéndice II (a) y (b)

ciencia carece de medios para verificar su composición. Y, de paso, sólo podemos apuntar que recientes teorías suponen que la mayor parte de la Tierra, o barisfera, está formada de hierro comprimido. Además, contamos con la tradicional atribución de metales a los planetas por la Astrología, pero ésta ha variado en diferentes períodos y habiéndose hecho sobre el conocimiento de unos cuantos metales, no es de gran ayuda. Por tanto, en el presente, debemos situar estos cálculos en el dominio de la especulación sugestiva.
Lo que es mucho más importante, desde nuestro punto de vista, es el principio de que una corriente eléctrica, que pasa por un alambre, produce *un campo magnético* alrededor de dicho alambre. Este campo magnético se compone de líneas concéntricas de fuerza que se mueven en el sentido del reloj alrededor del alambre, cuando se le ve de la dirección hacia la que avanza la corriente. En otras palabras, el campo magnético rota cuando la corriente se mueve hacia adelante, como las estrías del tirabuzón tienen que rotar cuando aquél es hundido en el corcho.
Si ahora intentamos trasladar esta concepción del mundo de espirales que hemos visto en el tiempo del Sol, al mundo de esferas giratorias que se ven en el tiempo del hombre, comprenderemos cómo es que *todos los cuerpos que rotan en el universo crean y están rodeados por un campo magnético.* Pues su rotación misma, como acabarnos de ver, es una indicación de que aquéllas son secciones de una línea a través de la cual alguna tremenda corriente está pasando en otra dirección. También comprenderemos que la velocidad de movimiento de un planeta a lo largo de su órbita representa, en forma reconocible, la velocidad de flujo de esta gran corriente.
Todos los planetas están, así, rodeados individualmente por campos magnéticos. La sección del alambre alrededor de la cual rota el campo de fuerza magnética, puede representarse por el ecuador del planeta, mientras que el polo norte del mismo representará la dirección del movimiento del planeta en el tiempo; esto es, la dirección de la gran corriente que lo informa. De este modo la atracción del polo norte de un planeta puede considerarse como la atracción del futuro, la atracción de la dirección en la cual está marchando el planeta con todos sus habitantes; en tanto que el efecto repelente del polo sur representa la repulsión des de el pasado, la repulsión de la dirección desde la cual ha venido el planeta con todos sus habitantes. Para todos los seres, el futuro es el polo positivo del tiempo y el pasado, el negativo. Ninguna otra cosa pueden hacer más que ser impelidos hacia el uno y repelidos desde el otro.
Ahora bien, estos campos magnéticos de los planetas se sobreponen e interactúan todos, produciendo todos estos efectos combinado de constantes cambios menores en el campo individual de cada uno. En la práctica sólo el campo magnético de la tierra ha sido estudiado con mucho detalle, junto con los efectos sobre aquél de los campos magnéticos del Sol y de la Luna. Es sabido, por ejemplo, que la influencia magnética del Sol sobre la Tierra es unas 12 veces más fuerte que la de la Luna – un campo de 60,000 amperios contra otro de 5,000.[19] Las influencias magnéticas de los planetas todavía no se han distinguido o medido individualmente, aunque la realidad de tal influencia ya está reconocida científicamente en los efectos diferentes de distintas configuraciones planetarias sobre la receptividad de transmisiones de radio de onda corta.
En el caso del Sol, su influencia magnética es empequeñecida –a nuestra percepción– por la influencia mucho más vigorosa de las vibraciones que sentimos como luz y calor y que son mucho más características del Sol. Esto no obstante, esta influencia magnética es muy distinta de la luz. Porque las mediciones de la demora entre las alteraciones magnéticas contempladas en la superficie del Sol y las tormentas magnéticas que se sienten como su

[19] Sydney Chapman, ―The Earth‘s Magnetism" (El magnetismo de la tierra), p.76.

efecto en la atmósfera de la Tierra, demuestran que esta influencia viaja a velocidad muy diferente. Mientras que la luz procedente del Sol nos llega en siete minutos, las influencias magnéticas precedentes de la misma fuente emplean entre uno o dos días para sentirse aquí. Mientras que la luz viaja a 300,000 kilómetros por segundo, las ondas magnéticas viajan a solamente unos 600 kilómetros por segundo o, aproximadamente, 500 veces más despacio.

¿Cuál es el efecto de esta influencia magnética? Quizás el fenómeno más evidente y hermoso que resulta directamente de aquélla es la Aurora Boreal o Luces Septentrionales. Ahora bien, esto es interesante porque en la Aurora Boreal vemos a la luz pura –que por sí misma es invisible– por primera vez *dotada de forma.* Esta forma cambia constantemente, se desplaza, se transforma en si misma, creando majestuosas cortinas o esferas reverberantes o campos de pulsación de radiantez en el cielo nórdico. La Aurora Boreal es completamente insustancial y, con el relámpago, es uno de los pocos ejemplos que conocemos de formas enteramente desvinculadas de la materia. En ella vemos claramente el efecto (le un campo magnético como forma y los cambios en ese campo, como cambios de forma. De hecho éste es un principio general – *la influencia magnética es aquélla que da origen a la forma visible.*

Dijimos que en el caso del Sol, aunque su influencia magnética es enorme, está empequeñecida por la mucho más veloz influencia de la luz, que desde nuestro punto de vista le es más característica. Pero la Luna y los planetas no emiten luz propia, de modo que en su caso la influencia magnética es, en realidad, su emanación característica. La influencia magnética combinada de la Luna y los planetas debe, entonces, crear la forma sobre la Tierra; exactamente como la influencia magnética de la Tierra debe, a su vez, ayudar a crear la forma en todos los demás planetas.

Muchas ideas interesantes acerca del papel del magnetismo surgen de todo esto. Si estudiamos las diferentes formas de energía que conocemos, vemos que cada una tiene un campo de acción definido, que depende de su origen y de su velocidad. La luz, que viaja a 300,000 kilómetros por segundo es producida por el Sol y para todos los propósitos prácticos está limitada por el campo de la *galaxia. El* sonido, que viaja por el aire a un tercio de kilómetro por segundo, es producido por el fenómeno de la *Naturaleza y* está limitado por el campo de la *Tierra.* En tanto que entre la luz y el sonido se encuentra esta tercera forma de energía, la magnética, la cual, viajando a 600 kilómetros por segundo, puede considerarse como que surge de los *planetas* y que está limitada por el campo del sis*tema solar.*

Luz, magnetismo y sonido constituyen una clara jerarquía de energías, respectivamente características de un sol, de un planeta y de la naturaleza. Y aquéllas representan los medios por los cuales esos cosmos actúan sobre nosotros y con los que el primero nos dota de vida y, el segundo, de forma.

El cuadro del universo que emerge gradualmente ante el electricista es, así, de unas bobinas dentro de otras, cada una de las cuales transforma la energía de una fuente superior para sus propias necesidades y capacidad. La vasta bobina del sol debe transformar su energía íncandes– tente de la fuente todavía más primaria de energía en el nucleo de la Vía Láctea. Por inducción, la Vía Láctea debe producir corriente en el Sol, el Sol en los planetas, la Tierra en la Luna que le da vueltas, y el sabio en el discípulo que fielmente gira en su derredor.

Aquel en cuyo derredor de otras criaturas gira, les imparte luz y vida. Aquel que gira es, a su vez, dotado de magnetismo y forma. Por este magnetismo ambos participan en la dación de forma a los demás y, a su vez, son dotados de forma por aquéllos. Todo magnetismo afecta a todos los demás magnetismos. Todas las formas crean a todas las demás formas. Desde el primer cosmos hasta el último electrón, todo el universo es un

complejo de bobinas dentro de bobinas, espirales dentro de espira$_r$ les, campos magnéticos dentro de campos magnéticos. En este aspecto cada criatura transforma urja sola fuera a la tensión exacta requerida para guiar una galaxia, un hombre o un átomo. Y cuando decrece su resistencia con la vejez, por esta misma tensión se funde, se disipa la forma de su campo magnético, y muere.

III LA INTERACCIÓN DEL SOL Y LOS PLANETAS

Quizá debiéramos hacer aquí ciertas observaciones calificativas referentes a todo el principio de analogía que tan libremente hemos usado. No debe deducirse de las evidencias anteriores que el Sistema Solar es un transformador de corriente eléctrica, ni que los planetas *están* hechos, de antimonio, bismuto, hierro, etc. –aunque de hecho estos elementos pueden tener gran parte en su composición. Lo que se propone es que las leyes que en una escala permiten la construcción de un transformador, son las que en otra escala producen el Sistema Solar. Los planetas, pueden no estar transformando la energía eléctrica que conocemos, en voltajes más altos y en amperajes más bajos; pero están transformando alguna energía desconocida, en una forma comparable.

De modo análogo, aunque los planetas no están necesariamente formados de los metales antes mencionados están, con toda probabilidad, hechos de sustancias que de algún modo guardan la misma relación que estos metales tienen entre sí –así como las notas do, re, mi, fa, sol, la, si, guardan la misma relación colocadas en una octava más alta o más baja. Las leyes son universales; los mecanismos mediante los cuales trabajan, son semejantes en muchas escalas– pero la materialización de la leyes y los constituyentes y productos de los mecanismos, variarán de acuerdo con los elementos disponibles en el nivel que se considera. Por tanto, un resorte es el mismo mecanismo que obedece a las mismas leyes, tanto si se aplica para mover las manecillas de un reloj pulsera, que para impelir una flecha con un arco. Pero hecho con material diferente y empleado con diferente propósito.

Debe comprenderse, asimismo, que cada analogía, aún la más exacta o iluminadora, es incompleta. Sólo explica un aspecto del fenómeno, y puede dejar desapercibido otro que es igual o más importante. En particular, la aptitud de la analogía extraída de la operación mecánica de las leyes del magnetismo o de la física, nunca debe hacernos olvidar que el Sistema Solar, en cada una de sus partes, da señales de *vida o inieligencia. No* tratamos con bobinas de conducción o con ondas, sino –y tenemos muchas razones para creerlo– con seres vivientes de una fuerza y naturaleza completamente incomprensibles para nosotros, aunque podemos concebir su existencia y posible aspecto.

Teniendo esto presente podemos, todavía, lograr un concepto más claro de esos altos seres, mediante la proposición de muchas analogías diferentes, cada una de las cuales puede agregar algo a nuestra Comprensión. Por tanto, mientras evocamos nuestra imagen del transformador y todo lo que ella nos ha mostrado acerca de la naturaleza y función de los planetas en relación con el Sol, no podemos darnos por satisfechos.

Por ejemplo, también podemos concebir las cubiertas planetarias comprendidas en el cuerpo largo del Sistema Solar, como un conjunto de lentes prismáticos en que cada uno tuviera un índice de refracción diferente que le capacitara para reflejar colores individuales de la blanca luz del sol. Tales índices de refracción dependerían de la velocidad de rotación del planeta particular sobre su eje, exactamente en la misma forma que la velocidad de vibración de los electrones determina los colores perceptibles por el Hombre. Ahora bien, entre la velocidad de rotación de los planetas (una o dos veces por día) y la frecuencia electrónica que produce el color (10^{15} vibraciones por segundo) se encuentran sesenta y tres octavas. Si volvemos ahora a nuestro cuadro de los tiempos de los cosmos, encontramos que exactamente el mismo numero de octavas medica entre el tiempo del electrón y el tiempo del planeta típico – la Tierra. Es decir, las vibraciones de

los electrones que dan origen al color, tienen su paralelo exacto, en la escala planetaria, en el movimiento que medimos como de rotación.
Si suponemos, entonces, que cada planeta es en el cielo un reflector coloreado que baña la escena con éste o aquel tinte particular estamos, de hecho, imaginando solamente c¿mo debe parecer el Sistema Solar a un cosmos tanto rnás grande que los planetas, como es el hombre respecto a los electrones. Podemos comprender perfectamente este efecto observando el escenario de un teatro, en donde las candilejas pueden proyectar una luz blanca sobre los actores, en tanto que las luces laterales de color tiñen las sombras, de un lado, con rojo y, del otro, con verde o púrpura. Tal es el efecto relativo ejercido por el Sol y los planetas.
Y suponiendo que los actores se encontraran sobre la Tierra o en cualquier otra parte del Sistema Solar, las luces blancas y de color estarían cambiando constantemente su posición relativa y produciendo nuevos efectos a cada momento. Ahora la luz blanca del Sol brillará desde el lado izquierdo y las candilejas bañarán la parte delantera con la luz roja de Marte, mientras que el haz verde de Venus pasaría casi desapercibido en el fondo. Después las candilejas pueden brillar rojas y verdes alternativamente, combinándose para llenar el escenario con un suave matiz amarillento. Las permutaciones serían incalculables y sus efectos cambiarían constantemente de uno en otro, a medida que las luces evolucionaran alrededor del escenario.
Y, todavía más, como en el recuerdo de nuestras visitas a la pantomima, cada cambio sugerirá su propio estado emocional; la misma escena y caracteres aparecerían terribles y sangrientos con la luz roja, misteriosos con la verde, espirituales con la azul y tibiamente benévolos y reales con la amarilla. Por supuesto, por sí mismas, las luces carecen de emociones y hacen efecto merced a otras leyes. Sin embargo, es emotivo el efecto que crean en los seres humanos y, su influencia, nos parece que es de ese orden. Hasta en el caso de los planetas.
Debe ponerse en relieve, sin embargo, que los planetas sólo son reflectores, sólo transformadores. No producen luz propia, sino que meramente prestan a la luz del Sol un cierto ―humor" o color. No producen corriente propia, sino que sólo adaptan la corriente que les provée el Sol para tal o cual uso particular.
Una comprensión aún mejor del papel de los planetas puede obtenerse considerándolos como *funciones* del Sistema Solar. Así como la digestión, la respiración, el movimiento voluntario, la razón y otras, son funciones del cosmos del hombre; así Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y los demás son funciones de los cosmos del Sistema Solar. Entre ellos dotan al Sol de todas las funciones y le hacen un ser cósmico completo que posée todas las posibilidades.
Las implicaciones de esto se hacen más claras a la luz de un principio muy importante que gobierna las relaciones entre los cosmos. Cada cosmos contiene seis pares de órganos clave o, como si dijéramos, baterías, por los cuales recibe influencias y energías (le los cosmos superiores. El principio en cuestión dice que las *funciones de un cosmos inferior derivan de los órganos de un cosmos superior.*
En el hombre, por ejemplo, estos órganos o baterías están representados por las glándulas endocrinas, y las secreciones de estas glándulas, que penetran la célula, crean sus funciones. Avanzando hacia cosmos superiores, por otro lado. encontramos que todas las funciones respiratorias de todos los hombres, animales, pájaros, peces y plantas constituyen, juntas, un solo órgano para la Naturaleza; todas las funciones motoras de todas las criaturas móviles constituyen juntas otro órgano, etc. Del mismo modo, si tomamos metales, minerales, plantas, invertebrados, vertebrados y la humanidad como funciones de la Naturaleza, podemos suponer que todos los metales en todos los planetas constituyen juntos un órgano para el Sistema Solar; que toda la materia vegetal en todos los planetas

constituye junta, otro órgano; que todos los seres potenciales conscientes en todos los planetas son un tercer órgano, y así sucesivamente.
Y, finalmente, tomando a Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno como funciones del Sistema Solar, y recordando los millones de soles y sistemas que componen la Vía Láctea, tenemos que pensar que todos los Mercurios posibles, juntos, constituyen un órgano de nuestra galaxia; todas las Tierras posibles, juntas, un segundo órgano galáctico y, así, en los demás casos.
En este sentido la anatomía y fisiología de cada cosmos está tejida en la anatomía y fisiología de cada uno de los otros. Y los mismos órganos físicos de un cosmos mayor determinan la naturaleza de las funciones de que disfrutan los menores.
De este modo, mientras que para el Sistema Solar y todo lo en él contenido, *el Sol* es la única fuente de toda energía y vida, está provisto de forma, color, expresión y funciones por *los planetas.* Estas fuerzas inter–actúan, se funden y separan en combinaciones infinitamente variables a través de todo el campo de influencia solar. Empero, falta todavía un factor para la creación de todo el vario e intrincado fenómeno, de la naturaleza – este factor es la materia o *tierra.*

CAPÍTULO 4. SOL, PLANETAS Y TIERRA

I LOS TRES FACTORES DE CAUSALIDAD

De acuerdo con muchos sistemas antiguos de filosofía, todos los fenómenos que existen, de los dioses abajo, surgen de la interacción de tres fuerzas. Una se describe como de naturaleza activa o creadora; la segunda como pasiva o material; y la tercera como mediadora o formativa.

En la filosofía Cristiana, estas tres fuerzas están expresadas en las tres personas de la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo– que crean el Universo. En la alquimia medioeval, todas las cosas eran vistas como mezclas variantes de sal, azufre y mercurio. En el Sankhya hindú, se asignaba un papel análogo a los tres gunas –Rajas, Tamas y Satva. En el Hinduismo las fuerzas eran nuevamente personificadas como Shiva, Parvati y Vishnu; y en China adquirieron una calidad metafísica en la interacción del Yin y el Yang bajo la supervisión del Tao.

En todos estos sistemas la naturaleza de las tres fuerzas era universal, esto es, se consideraba que penetraban en todo, en todas partes y en cada escala – desde el mundo de los gusanos al mundo de las estrellas, y desde el efecto de la luz al del pensamiento o aspiración. En la moderna filosofía no existe urca idea general semejante de tres fuerzas, aunque se reconocen ejemplos específicos en el protón, neutrón y electrón de la física, o el ácido, el álcali y los agentes catalíticos en la química.

Si consideramos las tres fuerzas desde el punto de vista de la física, tenemos que decir que la fuerza activa es la de longitud de onda más corta, de más rápida vibración; la fuerza pasiva la de longitud de onda rnás larga, vibración más lenta; y la fuerza mediadora, de una longitud de onda y vibración intermedias. Por ejemplo, la octava de los colores se extiende desde el azul (longitud de onda de alrededor de 4,000 unida des Angström) al rojo (alrededor de 8,000). Pero, como sabemos, las posibilidades del rojo y azul son muy limitadas, y toda la riqueza infinita de colores que vemos depende de la presencia de un color intermedio, el amarillo, bien diferente de los otros dos y situado en medio (alrededor de 5,750 unidades Angström). Por lo que concierne al fenómeno del color, podemos llamar azul a la fuerza activa, rojo a la pasiva, y amarillo a la fuerza mediadora. Todos los colores posibles provienen de la combinación de estos tres.

El mismo ejemplo demuestra otro aspecto de esta ley, a saber, que las características de las tres fuerzas dependen, no de los fenómenos mediante los cuales se manifiestan, sino de su *relación entre sí.* La longitud de onda del rojo, por ejemplo, es *pasiva* en relación al fenómeno del color; mas *activa* con respecto al fenómeno del calor que pertenece a la octava situada debajo. Por tanto, todos los objetos y energías que existen en el mundo están cambiando constantemente de lugar desde el punto de vista de la ley de tres, actuando como instrumentos, ora de fuerza activa, ora de pasiva y ora de mediadora. Son exactamente este fluír y los cambios constantes los que hacen que la ley de tres sea tan evasiva a nuestra percepción, y hace necesario tomar separadamente cada ejemplo, aparte de todos los otros.

Sin embargo, un ejemplo más general puede explicar mejor la idea. *El hombre* existe en el mundo; y existen, también, todos los objetos *–los bienes–* que desarrolla o manufactura con los materiales que le rodean. El hombre es activo, los bienes son pasivos. Pero con sólo estos dos factores muy poco podía ocurrir, y era necesario al hombre inventar una tercera fuerza que hiciera posible a las otras dos que actuaran conjuntamente en un número infinito de combinaciones. Esta tercera fuerza es el *dinero.*

Este ejemplo nos lleva a otro aspecto muy interesante de la ley de tres fuerzas. Porque el dinero es *invisible.* Ciertamente que el papel o el oro son visibles; pero el *poder* del dinero es invisible, y con el crecimiento del comercio y el desarrollo de la banca, el dinero siempre tien-

de a volverse más invisible, más abstracto y a corresponder cada vez menos a cualquier realidad tangible. Y esto hace eco exacto a las explicaciones de la ley de tres que se daban en las filosofías antiguas, las que siempre hicieron énfasis en que la entrada *del tercer principio se mantiene siempre invisible al hombre en su nivel habitual de pensamiento y percepción.* Por tanto, el tercer principio representa el factor desconocido, irreconocido, determinante en cada situación. En algunos casos puede ser sólo físicamente invisible como todos los procesos químicos, que envuelven la interacción del ácido activo y del álcali pasivo, ocurren a través del medio invisible del aire. O, nuevamente, su método de acción puede ser invisible, como el método de acción del catalítico en la química y los fermentos en fisiología, permanecen invisibles. En otros casos esta invisibilidad es más sutil. Su voluntad, deseo y esfuerzo activos son lanzados contra la inercia pasiva de su maquinaria física con todas sus tendencias ingénitas y hábitos adquiridos. Estas dos fuerzas luchan sin llegar a un resultado, hasta que él puede atraer la intervención de una tercera fuerza decisiva – la ayuda de una escuela esotérica y de un conocimiento especial. Esta última fuerza es y debe siempre permanecer tanto física como psicológicamente invisible para los hombres ordinarios.
Más aún, dinero, aire, catalíticos, fermentos y escuela, aunque producen grandes cambios en quien entra en contacto con aquéllos – permanecen ellos mismos sin ser afectados ni disminuídos. No pueden perder su virtud ni ser gastados. Por tanto, es característico del tercer principio el que siempre es inmutable, invisible e irreconocido, y en los casos en que el hombre es el elemento pasivo, siempre proviene en alguna forma desde un nivel superior, donde no puede ser ni mandado ni manipulado desde abajo.
Incidimos en la idea de los tres factores o tres principios en el desarrollo de la multiplicidad desde el Absoluto. En relación con los mundos galácticos, también, cualquier análisis que intentemos hacer de las fuerzas que los crean y mantienen, resulta solamente filosófico. Vemos y comprendemos muy poco en este nivel, y cualquier clase de ideas que nos lleguen pertenecen al reino de la especulación metafísica más que al de los fenómenos físicos susceptibles de estudio y prueba.
Sin embargo, en la escala particular que estamos por considerar –la creación y mantenimiento de la vida en la Tierra– tres factores físicos surgen con tanta claridad que difícilmente podemos evitar verlos en esta forma.
Todos los fenómenos de la vida que nos son reconocibles en la Tierra, son productos del *Sol*, de la *Tierra* y de los *planetas.* El Sol provée la fuerza de vida, la Tierra los materiales, los planetas la forma. Sin estos tres elementos ningún ser viviente puede existir. Más aún, estos tres elementos tienen niveles distintos de energía – el Sol, como sabemos, es el más radiante, el más activo; la Tierra es el más inerte, el más pasivo; en tanto que los planetas están situados entre los dos, refractando y reflejando, como la tercera fuerza o mediadora.
Un diagrama extraordinario de esta idea puede encontrarse en la fachada de muchas catedrales góticas francesas, donde la ventana resida representa al Sol, las cinco luces inferiores ocupadas por arcángeles a los planetas;[20] y las abundantes figuras talladas alrededor de la entrada, la vida sobre la Tierra que, por supuesto, es la roca sobre la que está construido el todo. No podría haber mejor representación del origen de la vida, como nosotros lo conocemos – vástago de triples y celestiales creadores.
Pero antes de seguir adelante, permítasenos aclarar qué es lo que se significa por Sol, planetas y Tierra en este sentido general. Por *Sol* se entiende todas sus emanaciones, incluyendo aquellas recibidas como calor, luz, rayos ultra-violeta y otras radiaciones hasta

[20] Especialmente en la catedral de Chartres: siendo los cinco planetas conocidos en esta época, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno

ahora no reconocidas, así como su función de sustentar a toda la Tierra en su lugar y órbita apropiadas. Por *planetas* se entiende el efecto combinado de los movimientos, los reflejos y el magnetismo de los principales cuerpos planetarios considerados como un todo. Por *Tierra* se entiende el material básico asequible en la superficie de nuestro mundo, desprovisto de vida y forma – es decir, los elementos químicos desde el hidrógeno al plomo, en su estado inorgánico.

Una cosa llama la atención de inmediato en esta clasificación. La antes mencionada invisibilidad de la tercera fuerza continúa muy cierta. Aunque la vida orgánica se reconoce generalmente como un producto de la Tierra y del Sol, el papel igualmente esencial y decisivo de los planetas no ha sido estudiado y ha pasado desapercibido durante varios siglos. Pero tenemos ahora un indicio de este papel. Si Sol es la fuente de vida y energía y la Tierra la cantera de la materia prima, los planetas son los creadores de la forma y de la función. El resultado es todo el mundo de la Naturaleza.

Tal puede ser la triple causa general de los fenómenos de la vida en la Tierra. Pero esto, solo, no nos explica la calidad completamente diferente de variados aspectos de esta vida, todos los procesos que contrastan, se contradicen y se complementan y cuyo resultado se nos aparece como el mundo en el cual viven los hombres.

Si volvemos al ejemplo de los hombres, los bienes y el dinero, nos damos cuenta de que estas tres fuerzas se pueden combinar en formas bien diferentes, produciendo resultados completamente distintos. El dinero puede servir a los hombres, y capacitarlos para disfrutar plenamente el beneficio de los bienes. Por otra parte, puede ocurrir que los hombres empiecen a servir al dinero y hasta que sacrifiquen los bienes de que previamente disfrutaban, sólo por adquirirlo. Nuevamente, en otros tiempos, el dinero pierde su valor y los bienes gobiernan la vida de los hombres por sí mismos y dictan el papel desempeñado por el dinero. Cada una de estas interacciones de las tres fuerzas producen un estado diferente de sociedad, con posibilidades diferentes y diferentes resultados – algunos mejores, algunos peores y algunos solamente distinto– en su naturaleza, sin mejoría ni degeneración alguna.

Lo que ahora debemos intentar es algo de un análisis así de los diferentes modos en que el Sol, los planetas y la Tierra pueden combinarse y de sus consecuentes efectos distintos en la vida terrena.

II LOS SEIS PROCESOS EN LA NATURALEZA

En su influencia sobre el mundo de la Naturaleza, el Sol, los planetas y la Tierra interactúan en seis diferentes combinaciones, para crear seis posibles categorías o procesos:

Sol – Tierra – Planetas
Sol – Planetas – Tierra
Tierra – Sol – Planetas
Tierra – Planetas – Sol
Planetas – Sol – Tierra
Planetas –Tierra – Sol

El efecto variable de los mismos constituyentes combinándose en diferentes órdenes, puede explicarse tomando como ejemplo una llama de gas, agua y una tetera. La llama de gas puede aplicarse al agua en la tetera para obtener agua caliente. Por otra parte, puede derramarse el agua de la tetera para apagar la llama. Asimismo, puede hacerse que la

llama se encuentre dentro de la tetera cerrada, que flota sobre el agua, constituyendo un barquito a chorro, y podríamos continuar así con otras combinaciones.
El principio de que seis procesos cósmicos universalmente aplicables, deben resultar de la interacción ele tres fuerzas, fué plenamente reconocido por la Alquimia del siglo XVII, cuya teoría y práctica se basaba en las seis operaciones alquímicas: coagulación, disolución, sublimación, putrefacción, separación y transinulación.
De manera semejante, las seis maneras en que el Sol, los planetas y la Tierra se combinan, se refieren a la naturaleza más fundamental de los procesos; y cada categoría puede incluir un vasto número de diferentes fenómenos que normalmente parecen no tener nada en común. Tomémoslos en orden.

(a) *Sol: Tierra: Planetas.–Proceso de encarnación, crecimiento, multiplicación.*

Aquí la influencia del Sol inspira vida a la Tierra, siendo el producto dotado de forma por los Planetas.[21] El principio de vida interviene y organiza a los elementos químicos inertes, para producir una criatura viviente que está adornada con forma y cualidades individuales. Este es el proceso universal de crecimiento, multiplicación, propagación.
Todos los hombres tienen vida, esto le deben al Sol. Todos los hombres están compuestos de carbono, oxígeno, nitrógeno, hidrógeno y pequeñas cantidades de calcio, yodo, fósforo, etc.; esto deben a la Tierra. Todos los hombres tienen figura, color, tamaño, velocidad de reacción y otras cualidades externas e internas distintivas; esto le deben a los planetas. Lo mismo puede decirse de los animales, aves, peces, insectos, plantas y de todos los seres vivientes.
El proceso por el que estos factores se combinan para crear toda la multiplicidad de la vida sobre la tierra, se debe a este primer orden de fuerzas. Este orden puede comprenderse más claramente, estudiando la concepción y embriología de los seres vivos. En los primeros elementos visibles –la semilla y el huevo– sólo podemos ver poco más que el que representen la *vida.* Combinados, comienzan a organizar materia; por fin y sólo grandualmente, el resultado adquiere forma.
Más tarde, el embrión conduce al crecimiento del infante, el infante al niño, el niño al hombre, el hombre a otra concepción, etc. Este proceso tiene la característica de efectuarse en cadena, de ser continuo, pasando inevitablemente de una a la otra fase.

(b) Sol: *Planetas: Tierra. Proceso de decadencia, desintegración, destrucción, eliminación.*

En este segundo orden la influencia del Sol anula la labor formadora de los planetas, para reducir los organismos vivos otra vez a tierra. La fuerza vital en sí misma deshace la forma, permitiendo que sus elementos químicos constituyentes se desintegren. Arrancad una planta viva y exponedla a los rayos del Sol: en un tiempo comparativamente corta se habrán desprendido en el aire su oxígeno y su carbono, y su nitrógeno y sales minerales, en la tierra. Todos los procesos de incineración, enmohecimiento, putrefacción, decadencia y eliminación en general proceden del mismo orden de fuerzas.
Este proceso es complementario del primero y debe contrapesarlo exactamente en el estado de salud de cualquier organismo. En una escala general, el crecimiento sólo puede avanzar en un mismo ritmo co– mo la decadencia: un campesino sabe que el nitrógeno desprendido por el decaimiento de la materia vegetal de este año, es esencial para el crecimiento de la cosecha del

[21] Del mecanismo de esta conexión se tratará en el Capítulo 10, 11.

año venidero. ―El polvo al polvo y las cenizas a las cenizas" – la inevitable desintegración, por este segundo proceso, de la materia inerte incorporada temporalmente a una forma de vida por el primero.
Las cenizas ya no pueden decaer más. Este proceso no es continuo como el primero.

(c) *Tierra: Sol: Planetas.–Proceso de transformación, refinamiento, purificación.*

La acción a largo término de la vida sobre la tierra, es la gradual transformación y refinamiento de la superficie de ésta. La materia inorgánica es gradualmente transformada en orgánica; la orgánica en animal, etc. Las rocas son destruídas por el viento, la lluvia y las heladas: en 300 años los lechos de lava de los volcanes se convierten en fértiles viñedos. El suelo se convierte en tejidos de plantas, el tejido de plantas en movimiento y sensaciones de los animales. La ley natural ‗comer y ser comido' vela la transformación ulterior de la materia, que prosigue en la tercera combinación Tierra, Sol, Planetas. La materia amorfa es informada por la fuerza vital y convertida en forma.
Analicemos un ejemplo específico. Tomemos una roca como muestra de tierra. El calor solar y el enfriamiento la desmoronan; los efectos de los planetas que tomamos como ciclos climáticos y meteorológicos, dejan su polvo en lechos del suelo de disposición y tamaño particulares. Estos lechos mismos, en el siguiente paso de la transformación, pueden ser considerados como materia inerte o tierra. El Sol, actuando por fotosíntesis, transforma el suelo en tejido vegetal; en tanto que la acción de los planetas determina la forma en la que el tejido vegetal crece, así como los colores que asume.
Asimismo, este proceso, también puede considerarse como complementario del primer proceso de crecimiento, pero de un modo diferente. Y, como vimos en el ejemplo anterior, también es en cadena, conduciendo, naturalmente, de una etapa a la otra, aunque dentro de límites definidos.

(d) *Planetas: Sol: Tierra.–Proceso de enfermedad, rebelión, corrupción, crimen.*

En este proceso la forma se desliga de su natural subordinación, y sobreponiéndose al espíritu, reduce el todo a materia muerta. Respondiendo anormalmente a la influencia planetaria, un órgano particular o un grupo de células en un ser viviente, exagera su función dentro de la armonía general y asume un papel dominante. La proliferación incontrolable de las células cancerosas, el exagerado dominio o deficiencia dé las glándulas tiroides produciendo neuróticos o retrasados mentales, son ejemplos en la patología humana. Gradualmente, tal dominio aplasta a la fuerza unificante que proviene del Sol y reduce a sus constiuyentes primarios o tierra, al tejido primero y, después, a todo el cuerpo.
Considerando como un todo a la vida en la tierra, la condición com– parable sería que uno de los reinos de la Naturaleza se saliera de su papel destruyendo el equilibrio general. Por ejemplo, la humanidad, estimulada hacia actividades patológicas por la influencia planetaria, periódicamente hace la guerra a los reinos animal y vegetal, reduciendo a desierto tal o cual lugar de la tierra.
Este proceso iniciado en primer lugar por influencia planetaria, representa la rebelión de la parte en contra del todo, del órgano en contra del cuerpo, del individuo en contra de la sociedad. Representa, en este sentido, el crimen. Y así como el veneno engendra más veneno y el crimen más crimen, es continuo y auto–perpetuante.

(e) *Tierra: Planetas: Sol.–Proceso de adaptación, curación, renovación, invención.*

El quinto proceso representa el redescubrimiento del espíritu por la materia, gracias a la

mediación de una forma apropiada. La materia inerte, asumiendo con la ayuda planetaria nuevas formas adptables a circunstancias cambiantes, atráe hacia sí la intervención de fuerzas solares.

El trabajo de este orden es mucho más claro en su aspecto de contraactividad de la enfermedad y el crimen. Curar significa que las materias inertes o venenos producidos por el último proceso (d) deben reacomodarse una vez más en su forma y lugar correspondientes, permitiendo la renovada circulación de la sangre vital.

En donde se han formado desiertos, con el tiempo la misma arena comienza a asumir cualidades orgánicas y a descubrir formas adecuadas a las nuevas condiciones, como las de los cactus y los matorrales. Esto hace posible la presencia de insectos, los insectos la de aves, etc., hasta que la influencia solar es nuevamente capaz de revestir al desierto con toda la plenitud de la vida.

Por tanto, este proceso es el antídoto de la enfermedad y prepara el camino al crecimiento (a). En la escala de asuntos humanos, significa la creación por el hombre de una forma nueva en que pueden operar las leyes naturales; esta es la invención o descubrimiento.

Pero cada invención permanece aislada, cada curación es un fin de por si. Por tanto, cada operación de este proceso se basta a si misma y es discontinua.

(f) *Planetas: Tierra: Sol.–Proceso de regeneración, re–creación, cambio de naturaleza, arte.*

En este último proceso la forma, dando orden a la materia, se convierte a sí misma en vida o espíritu. La criatura emula al creador y crea por sí misma. Los planetas no son sino las formas o reflejos de la influencia solar. Pero de algún modo, también, pueden aspirar a ser soles y en Júpiter y en Saturno vemos su transformación ya muy avan zada. El planeta, organizando la tierra o materia que está a su alcance, imitando a su sol, se convierte en sol para sus propios satélites y para su propio sistema.

Asimismo, en el mundo de los hombres, los grandes artistas, poetas o músicos se esfuerzan por organizar su material, ya sea pintura, piedra o palabras, en un orden que imita el de la creación cósmica. Creando en orden semejante al creado por un poder superior, adquiere en pequeño la naturaleza de ese poder. Los santos y los grandes maestros, que diseminan la luz de la verdad en la oscuridad de la ignorancia y mantienen de acuerdo a las leyes cósmicas a los discípulos que giran en su derredor y dependen de ellos, emulan la fuente de luz solar y la logran para sí mismos.

Pero este proceso difiere de los otros en que, mirado por nosotros desde el punto de vista de la forma, ésta no acontece. Porque aquí la forma toma por sí misma la iniciativa de crear; la forma por sí sola se hace cargo de dominar a la materia o de elevarla al nivel del espíritu. Este es el proceso de aniquilamiento de la ley de gravedad. Por ella un ser cambia su naturaleza. Es éste el proceso de hacer lo imposible.

Todos los fenómenos de la Tierra, conocidos y desconocidos, pertenecen a uno u otro de estos seis procesos. Porque no existen otros. Y otros no son posibles.

III LOS CUATRO ESTADOS DE LA MATERIA

Las anteriores descripciones han sido, en cierto modo, necesariamente filosóficas. Debernos ahora seguir adelante para examinar cómo estas tres fuerzas se combinan para producir los seis asepectos de los fenómenos naturales.

El Sol es la fuente de vida. Dicho de otro modo, significa que es la única fuente de radiación electrónica – esto es, de luz, calor, rayos ultravioleta y otros. Sólo el Sol da materia *en estado electrónico.* Otros objetos que parecen hacer lo mismo, sólo toman lo ya provisto por el Sol, reflejándolo como los planetas, o desprendiendo algo que ha sido

almacenado temporalmente, como una brasa al arder, o como una lámpara de aceite. Este es el estado más rápido de la materia, en el que puede trasladarse a no menos de 300,000 kilómetros por segundo.
Los planetas no poséen ni dan materia en estado electrónico. Su porción superior es su atmósfera que, siendo gaseosa, está constituida de *materia en estado molecular.* Evidentemente, las atmósferas de los distintos planetas no son de la misma composición o densidad de la que nos es familiar en la Tierra. Sin embargo, hay razones para creer que en un grado u otro, casi todos los planetas tienen atmósferas. La de Venus consiste en gran parte de bióxido de carbono, la de Marte de vapor de agua, y la de Júpiter de amonio y metano.[22]
Estas atmósferas transforman y reflejan la luz del Sol en un nivel molecular, produciendo cambios correspondientes en la atmósfera de la Tierra, esto es, en las condiciones moleculares de aquí. Por tanto, puede decirse que los planetas controlan a la materia en estado molecular. La materia en este estado es *mucho más lenta* que la materia en estado electrónico, y su orden de velocidad puede juzgarse que es el mismo de un movimiento molecular típico, el del sonido. El sonido se traslada en el aire al promedio de cerca de 325 metros por segundo, o sea un millón de veces más despacio que la luz.
Finalmente, la Tierra, en el sentido en que la tomamos, una cantera de materias primas, está constituida de *materia en estado mineral.* Tal materia *carece de movimiento natural propio, y es inerte.*
Ahora podemos ver cómo el Sol, los planetas y la Tierra se combinan para producir la Naturaleza o vida orgánica. Significa que la materia en estado electrónico, la materia en estado molecular y la materia en estado mineral se combinan para producir *materia en estado celular.* Toda la vida orgánica en la Tierra, toda la materia celular está constituída, en un aspecto, de electrones o de materia en estado electrónico; en otro aspecto, de moléculas o materia en estado molecular y, en un tercer aspecto, de minerales o de materia en estado mineral. En los hombres, animales, plantas, estos tres estados de la materia están colocados uno encima del otro, por así decirlo, para crear el estado cuarto o ‗natural' de la materia.
Esto explica cómo es que todos los seres vivientes sobre la Tierra contienen dentro de sí mismos cuando menos tres estados y velocidades inconmensurables de la materia. En virtud de su estructura electrónica, participan de la naturaleza del Sol; en virtud de su estructura molecular, participan de la naturaleza de los planetas; y en virtud de su estructura mineral, participan de la naturaleza de la Tierra.
Pero las varias formas de vida orgánica contienen diferentes proporciones de materia en estos tres estados. Evidentemente una tortuga con su dura y pesada concha contiene una mayor proporción de materia mineral –sílice y calcio, por ejemplo– que el perro. Y recíprocamente un perro, en cuya vida el olfato tiene tan grande papel, debe contener una mayor proporción de materia en estado molecular que la tortuga. En tanto que, como más adelante se podrá deducir, el hombre, cuyas potencialidades cabales se basan en la recepción e interpretación de impresiones creadas por la luz, debe contener una mayor proporción de materia en estado electrónico que cualquiera de los dos.
El hecho de que los cuatro posibles estados de la materia estén tan íntimamente eslabonados con diferentes velocidades, nos da un índice sobre qué clase de vida, de haber alguna, debemos esperar encontrar en diferentes partes del Sistema Solar. Aparte de su movimiento orbital, que deriva probablemente de algún impulso creador central que se aplica a todo el sistema, todos los planetas y todas las diferentes partes de su superficie se

---

[22] H. Spencer Jones: ―General Astronomy" (Astronomía General), págs. 220. 227, 236, etc.

mueven a diferentes velocidades dependientes de su velocidad de rotación. Esta velocidad de rotación parece estar a su vez, íntimamente relacionada con el grado de ‗desarrollo' del planeta individual. Los planetas más densos y pequeños, que no tienen lunas, o sólo unas cuantas, rotan más lentamente; los planetas mayores y más rarificados que soportan mayor número de lunas y que están más próximos a la emisión de su propia radiación, rotan mucho más rápidamente.

En realidad la rotación que produce fuerza centrífuga o centrípeta, como sabemos por miles de invenciones humanas, es un método universal de separar materias distintas, de *separar lo tosco de lo fino.* En un remolino, hojas y ramitas vuelan al centro, el polvo gira en un anillo exterior, en tanto que más allá del polvo sólo hay aire en movimiento. Rotándolas y moviéndolas, se hace que materias pesadas graviten al centro, en tanto que las otras se dispersan naturalmente en una serie de capas concéntricas a varias distancias del centro, de acuerdo con su densidad. Mientras mayor sea la velocidad de rotación, más perfecta será la separación.

También para los planetas, la rotación da lugar a la separación de materias. Un planeta o satélite que no rota en absoluto, como Mercurio o la Luna, no es sino una esfera de roca sólida y homogénea. Con la iniciación de la rotación, la materia molecular empieza a separarse a sí misma de la mineral y a volar a la superficie para crear el principio de atmósfera. En tanto que entrambas todavía otra capa de materia en estado celular habrá, a su tiempo, de distinguirse a sí misma. Así como para el hombre la separación de sus diferentes aspectos –físico; mental y emotivo– y su consecuente reconocirriiento de éstos y su relación con cada uno, es un signo de conciencia y control incrementados, así para los planetas la creciente separación de materias resultante de la rotación, debe también considerarse como un criterio de desarrollo.

Es, por tanto, completamente natural que la velocidad superficial derivada de la rotación deba estar íntimamente conectada con el estado de la materia y la forma de vida que haya de encontrarse en los varios planetas. En lenguaje corriente, cuando hablamos de ‗vida' significamos materia en estado celular. La existencia en este estado de materia probablemente sólo es posible dentro de límites definidos de velocidad superficial; en la misma forma que un manguillo frotado en una manga a determinada velocidad, levantaría magnéticamente pedacitos de papel, y los acomodaría en una forma, lo que no ocurriría si se le frotara con mayor o menor velocidad.

Estudiemos la situación de la Tierra, que tiene un diámetro de 12,800 kilómetros y que gira sobre su eje en un día. En el ecuador, su superficie se mueve alrededor de su centro más o menos a 28 kilómetros por minuto; sobre los trópicos de Cáncer y Capricornio a 25; en la latitud de Europa a 23, y en el Círculo Ártico a sólo alrededor de 11 kilómetros por minuto. Las partes de la Tierra que se mueven a menos de 10 kilómetros por minuto sea que están cerca de los polos, sea gire se encuentran en su interior, prácticamente no muestran vida celular, sino sólo *materia en estado mineral*. En tanto que la parte de la Tierra que se mueve a una velocidad superior a 28 kilómetros por minuto –esto es, las mayores alturas de la atmósfera por encima del ecuador– tampoco muestran vida celular, sino sólo materia en *estado* molecular. Por tanto, en relación con la Tierra, la vida celular u orgánica sólo se encuentra en aquellas regiones donde la velocidad de rotación se halla entre 28 y 10 kilómetros por minuto. Y dentro de esos límites, mientras más veloz es el movimiento de rotación, son más ricas, mas elaboradas, más densas, más variadas las formas de vida orgánica; mientras más lento es el movimiento de rotación, son más pobres y esparcidas tales formas.

El ángulo de los rayos solares, la distribución de la humedad, calor y corrientes marinas, ciertamente son, también, factores de gran importancia. Al mismo tiempo es imposible creer que estas diferencias en velocidad de movimiento superficial no son una causa primaria en

la enorme variación de las formas de vida en diferentes latitudes. Y si aplicamos este principio a los otros planetas y partes de planetas en busca de un indicio de la posibilidad de que haya allí vida, los resultados son –para decir lo menos– iluminadores.
En aquellos cuerpos que no rotan en lo absoluto –de los que Mercurio y la Luna son los mejores ejemplos– no vemos signos ni de vida orgánica ni de atmósfera. Aparentemente, consisten sólo de materia en: estado mineral.
Marte tiene un período de rotación muy cercano al de 24 horas de la Tierra; como probablemente lo tiene Venus. Esta, que tiene aproximadamente el mismo tamaño que la Tierra y cuyas velocidades superficiales parecen también ser semejantes, tiene una atmósfera densa y nebulosa, indicio de mucha materia en estado molecular, pero este solo hecho no nos permite afirmar la presencia de vida celular por debajo. En Marte, que es más pequeño que la Tierra, las velocidades superficiales son considerablemente más lentas. En el ecuador marciano la velocidad superficial es casi equivalente a la de la Tierra en la latiud de 60°, es decir, en la bahía del Hudson o en el norte de Siberia; en tanto que las velocidades más lejos de sus trópicos, son semejantes a aquellas del Circulo Artico terrestre. Teniendo presente nuestro principio general, no es sorprendente, por tanto, encontrar a la atmósfera de Marte mucho más rudimentaria y rarificada, mientras que las famosas manchas verdes que varían con las estaciones y que podrían muy bien ser producida por liquenes o musgos– están confinadas a su ecuador.[23] Líquenes y musgos forman por cierto la vegetación característica de esa región de la Tierra con velocidad superficial análoga.
En el ecuador de Júpiter, por otra parte, la velocidad superficial es de alrededor de 700 kilómetros por minuto, es decir, 25 veces más veloz que la más *rápida velocidad superficial de la Tierra.* Si existe una conección entre las pequeñas diferencias de velocidad en la Tierra y la creciente diversidad, riqueza y proliferación de vida hacia el ecuador, entonces es obvio que con una velocidad como ésta la diversidad kaleidoscópica e intercambiabilidad de formas será tal, que no podrá confinarse en lo absoluto dentro de procesos celulares. Ellas corresponderán más a lo que conocemos de la velocidad, variedad y potencia *de los fenómenos moleculares* en la Tierra.
Esto concuerda bien con lo que sabemos de la superficie de Júpiter, que parece consistir en un vasto océano gaseoso, constantemente agitado. Este océano gaseoso, de ser correcta nuestra teoría, no es demasiado inerte para la vida orgánica como la conocemos sino que, por el contrario, puede ser el refugio de formas y manifestaciones de vida demasiado veloces para ser contenidas dentro de los cuerpos celulares que nos son familiares. Para encontrar un paralelo con posibles formas de vida en Júpiter, debemos pensar en perfumes, sonidos, música, esencias, etc.; fenómenos moleculares, pero dotados ahí de individualidad e inteligencia.
Los únicos sitios en Júpiter en donde se encontraría la velocidad de rotación semejante a aquéllas de la superficie de la Tierra y, por tanto, en donde la vida celular es del todo posible se encuentran cerca de los polos o a muchos miles de kilómetros sumergidos en el interior gaseoso. Y las condiciones en los planetas externos –Saturno, Urano y Neptuno– probablemente se asemejan a las existentes en Júpiter.
El cuadro que resulta de todo esto parece ser, por tanto, el de los planetas como campos de fuerza, en que la materia en sus cuatro estados es depositada en orden – la que está en estado mineral, en el centro; aquélla en estado celular, la siguiente; aquélla en estado molecular, la tercera; y aquélla en estado electrónico, en lo más externo. Y, además, que estos cuatro estados existen y son producidos por categorías definidas de velocidad de

[23] Gerald P. Kuiper: ―The Atmospheres of the Earth and Planets" (Las atmósferas de la Tierra y los Planetas) Pág. 339.

rotación.
Si esto es así, entonces la velocidad de rotación parece ser ciertamente un índice del ‗desarrollo' de un planeta. Y podemos decir –en la búsqueda de vida orgánica en cualquier parte del Sistema Solarque ciertos planetas no parecen todavía haber progresado hasta el punto en que la vida celular es posible; en tanto que otros, por el contrario, se han desarrollado hasta una etapa en que tales formas de vida ya han sido completamente trascendidas. Todos están en diferentes etapas de desarrollo, empero todos son igualmente necesarios a todo el Sistema – como de los huesos, la sangre y el cerebro puede decirse que están en diferentes etapas de desarrollo, siendo, no obstante, igualmente esenciales a la existencia de todo el hombre. Esta insinuación de la naturaleza del ‗desarrollo' de los planetas, da un indicio de la naturaleza del ‗desarrollo' de los seres que viven sobre ellos.
Ya hemos visto que todos los seres vivos son creados literalmente de la materia del Sol, los planetas y la Tierra. Todos contienen materia electrónica o solar –esto es, materia que en las viejas filosofías se describía como divina– sólo que esta materia electrónica puede ser encerrada con más o menos seguridad. Los electrones son encerrados primeramente, por la influencia de los planetas, dentro de átomos y moléculas; las moléculas a su vez, son encerradas por la naturaleza de la Tierra en las formas minerales.
Cualquier proceso de mejoramiento o regeneración de formas naturales o humanas, debe consistir en la liberación de cada vez más materia del cuerpo desde el estado mineral, primero al molecular y, luego al electrónico. Tal liberación estará inevitablemente acompañada por un aumento en la velocidad del organismo – un proceso, considerando la regeneración de la Naturaleza en su sentido más amplio, que teóricamente sólo está limitado cuando toda la materia de este organismo es liberada al estado electrónico. En semejante condición podría, supuestamente, trasladarse a 300,000 kilómetros por segundo y, por tanto, como la luz, existir simultáneamente en todas las partes del Sistema Solar.
Ahora puede entenderse cómo tal liberación actúa en contra de todo crecimiento ordinario y, ciertamente, de todo el proceso de la creación que, exactamente, consiste en el *encierro* de la energía solar o divina dentro de formas todavía más múltiples y complejas. Es por esto que se ha dicho que el proceso de regeneración está contra la Naturaleza y contra la creación. a pesar del hecho de que implica un retorno al estado de materia más veloz o divino.

CAPÍTULO 5. EL SOL

I EL SER FÍSICO DEL SOL

En la primera parte del siglo XVII, Robert Fludd, médico inglés, trazó una armonía matemática del Universo, en la que el Sol se encontraba exactamente a medio camino entre el Absoluto y el hombre. Por tamaño, energía, duración de vida y responsabilidad, se demostraba que ocupaba el centro de una escala cósmica. Así que desde el punto de vista del hombre, situado debajo, las leyes y naturaleza de los poderes más altos en el Universo se revelarían merced al Sol físico, siendo mejor comprendida su acción. Para todos nuestros conocimientos técnicos; esta idea demostrará que es un enfoque valioso.

Una de las primeras cosas de que debemos darnos cuenta acerca del Sol, es que no podemos saber más de su interior o de sus cualidades internas, que lo que sabernos acerca del interior o de las cualidades internas de un cuerpo humano, si tuviéramos que estudiarlo a 100 metros de distancia. Todo cuanto estudiamos y experimentamos acerca del Sol se refiere a su superficie y a las radiaciones desprendidas de aquélla.

Este Sol, por cuya energía giran los planetas y existe el mundo de la Naturaleza, se nos presenta como una gran esfera radiante que calculamos es un millón de veces más grande que la Tierra. Para el ojo desnudo, su cegadora brillantez que se sombrea un tanto del centro a la periferia, da la impresión de una nube incandescente. Por el telescopio esta nube no sólo se ve incandescente, sino en un constante estado que fluye semilíquido, semigaseoso. Aquí y allá, en un mar al rojo blanco, se desarrollan grandes vórtices de llamas y de fuerza, que en unas cuantas horas pueden disparar surtientes de fuego a una distancia de un millón de kilómetros en el espacio. Y, en tanto, el fundido ecuadorgira con mayor rapidez, como las faldas de una bailarina, en la rotación de la gran esfera.

Un telescopio mayor revela otro aspecto del disco solar. Toda la superficie cegadora ofrece, entonces, el aspecto de una granulación resplandeciente con granos más brillantes aún que cintilan y se recambian de continuo sobre un fondo más opaco. Estos gránulos de luz son en realidad pozos de gases muy calientes que provienen del interior. Los dos o tres millones de aquéllos que transpiran el calor interno del Sol, corresponden muy aproximadamente al número de glándulas sudorí– paras que enfrían análogamente al cuerpo humano. Y estos poros solares con un diámetro de 500 o 1,000 kilómetros, sudando lagos de fuego tan grandes como el mar Negro, recuerdan vívidamente la relación entre el cosmos del Sol y el cosmos del hombre, que conocemos más íntimamente.

La luz desprendida por la superficie solar al rojo–blanco, cuando se examina mediante análisis espectroscópico, resulta tener las radiaciones de todos los elementos conocidos en la Tierra. Pero estos elementos se acomodan por sí en capas. La superficie granulada vísibie, conocida como *fotosfera,* se compone de pesados vapores metálicos que forman una cáscara o epidermis gaseosa, colocada sobre lo que queda por dentro. Por encima se sitúa una atmósfera translúcida e incandescente de hidrógeno y helio, llamada la *cromosfera.* Y más allá de ésta flamea nuevamente una *corona* de brillantez que, en ocasión de los eclipses, aparece como un campo magnético visible que se extiende muchos millones de kilómetros en el vacío del espacio.

La misteriosa forma cambiante de esta corona, que en un período es como un halo, en otro como un par o doble par de alas, puede ser reproducida y explicada mediante un simple experimento. Si se arroja polvo en la superficie del agua y se hace girar una manzana a medio sumergir y atravesada por una aguja, el movimiento de las partículas de polvo creará un campo similar al de la corona, pudiendo reproducirse todas sus variadas formas mediante el cambio de ángulo entre la aguja y la superficie. Por tanto, la corona parece ser el trazo con partículas luminosas del campo de fuerza creado por la rotación del Sol sobre su eje, quizás algo semejante al aura de calor corpóreo y magnetismo que envuelve a un

ser humano.

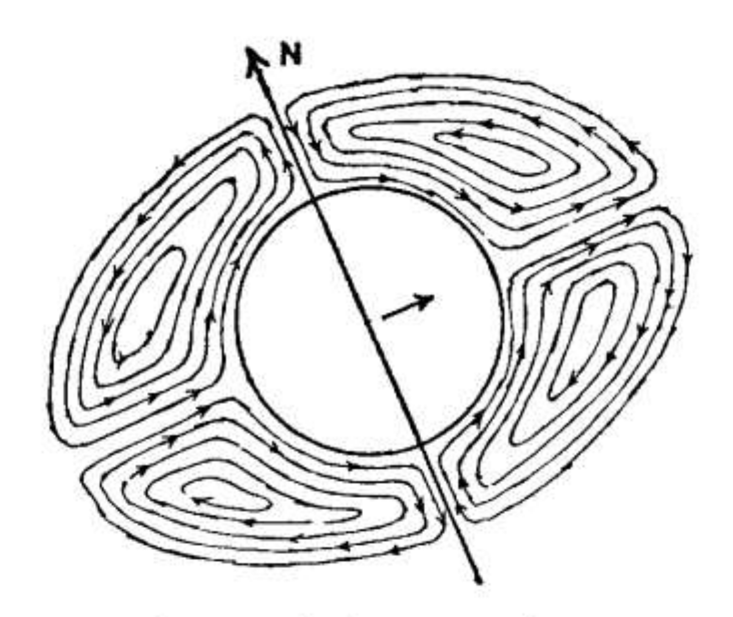


Figura 4: Campo de fuerza creado por una esfera en revolution.

Hay todavía otra emanación del Sol más atenuada. Se nos presenta ésta como la luz zodiacal, un débil resplandor que se proyecta desde aquél a la lejanía a través del plano de la eclíptica y el cual es aun visible al ojo desnudo como una huella luminosa que sigue o precede al Sol en la puesta o al amanecer. La luz zodiacal evidentemente representa una nube de forma de lente de alguna materia muy rarificada, que parece como una segunda aura o aura exterior del Sol, la que se extiende en una forma atenuada hasta tan lejos que alcanza la órbita de la Tierra. Esta nube hace difusa la luz del Sol como la hacen las atmósferas de los planetas; y, más adelante, notaremos que el planeta que no posee ninguna atmósfera propia, Mercurio, se encuentra profundamente metido en esta nube y quizás pueda decirse que ha prestado o que disfruta, en su lugar, de la atmósfera del Sol.

La fotosfera, la cromosfera, la corona y la luz zodiacal representan, así, cuatro cubiertas o emanaciones sucesivas del cuerpo solar.

En la cromosfera, la parte del Sol más accesible a nuestro estudio, es el hidrógeno el elemento activo y el elemento más ligero y simple conocido por el hombre, que forma una especie de océano de nubes lanosas (flóculos) sobre toda su superficie. El elemento pasivo complementario parece ser el calcio; pues fotografías del Sol con luz de calcio e hidrógeno, esto es, del hidrógeno y calcio del Sol, respectivamente, se ven como la copia positiva y negativa de la misma fotografía.

Debido a cierta acción que tiene lugar en la cromosfera, donde estas nubes de calcio e hidrógeno hierven como un caldero de agua ebullente, es que se emite toda la inmensa radiación que sustenta al Sistema Solar. Desde el punto de vista del hombre, las características más obvias de esta radiación son luz y calor. Y todavía le es más obvio que el Sol representa la fuente, el origen, el absoluto de estas dos cualidades. Al mismo tiempo, intensificadas hasta el grado en que se encuentran en el Sol, el calor y la luz son netamente incomparables con cualquier cosa que concibamos por medio de estas dos palabras en la Tierra, y una mera multiplicación de cifras que representaran temperatura o brillantez, no podría darnos idea de su significado.

Por ejemplo, la temperatura de la superficie del Sol, se estima en cerca de 6.000°C. Esto está muy por encima de lo requerido por todas las sustancias terrenas para hervir y

vaporizarse, incluyendo al hierro y el niquel. Al evaporarse, tales sustancias se expanden a un volumen 1500 ó 2000 veces mayor que el que ocupan en el estado líquido o sólido. Si la Tierra fuera elevada a la temperatura del Sol, es decir, si pudiera hervir, se convertiría en una radiante esfera de gas de 160,000 kilómetros de diámetro, en tanto que si el Sol fuera congelado a la temperatura terrena, se solidificaría a tamaño no mayor que el del planeta Saturno. Por tanto, podemos decir que aún el enorme tamaño del Sol comparado con sus planetas, es sólo un producto derivado de su intenso calor. Y, recíprocamente, si los planetas adquirieran un calor así, alcanzarían el tamaño y la potencia de los soles.
Hasta la brillantez de la radiación depende directamente de la temperatura. El calor rojo del hierro y de las rocas es de alrededor de 500°C., de modo que si la superficie de la tierra pudiera sobrepasar ese calor, empezaría también a brillar con luz propia. Por otra parte, si un Sol enano y sólido cayera por debajo de esta temperatura, todo el Sistema Solar quedaría envuelto en profunda oscuridad, sería un juego de esferas sin luz y sin vida en un sótano vacío. Se requiere poca imaginación para comprender que tal sistema, si pudiera suponerse, sería un cadáver– un cuerpo astronómico en el que el corazón ha cesado de latir, el calor de fluir y las diferentes partes de tener alguna cohesión o significado común.
Por tanto, lo que tratamos de medir en grados Fahrenheit o centígrados, debe ser algo análogo al poder creador, a la vida misma. Debe ser un modo de existir completamente independiente del material de que se compone el Sol, así como la conciencia en el hombre es por completo independiente de los elementos de que se compone el cuerpo humano. Por cierto que el Sol y los planetas no parecen diferir en cuantoa su composición, sino sólo en cuanto a su estado de ser que –por falta de mejor medida– intentarnos calcular como calor.
Cada modificación de temperatura y brillantez crea enormes efectos. Las manchas, vórtices huracanados tan grandes como los planetas y 1000°C. más fríos quo el resto del disco solar, actúan como verdaderos planetas para crear campos magnéticos propios, que afectan tan profundamente a la atmósfera de la Tierra, como los campos magnéticos de aquéllos. En verdad las manchas solares pueden considerarse como planetas potenciales dentro del cuerpo del Sol; pudiera decirse, la semilla no fertilizada de planetas. Y es más que probable que los actuales planetas hubieran sido proyectados en su origen al espacio y a la existencia independiente a través de vórtices exactamente como esos.
Los campos magnéticos separados de manchas solares, sobrepuestos al gran campo magnético del Sol, se reflejan en la Tierra en las Luces Septentrionales, las tormentas eléctricas, y en perturbaciones en innúmeras fases de la actividad del hombre y la productividad de la Naturaleza. De hecho, pueden ser consideradas como que producen efecto exactamente por las mismas leyes que hemos establecido para la influencia planetaria y en un ritmo que se le compara.
La actividad de las manchas solares sigue un ciclo de once años claramente marcado, durante cuyo tiempo las manchas no sólo tienen aumentos y bajas de mimero sino que el cinturón en el que parecen moverse desciende continuamente hacia el ecuador, para reaparecer en una latitud mayor. Esta pulsación de once años, de acuerdo a la relación de tiempo ya establecida,[24] corresponde exactamente en la escala de tiempo del Sol, a las frecuencias magnéticas en la escala del hombre. De modo que alguna relación íntima parece existir entre el campo de vibraciones que se sienten como magnetismo por los diferentes cosmos; y aún podemos decir que el período de las manchas solares es nuestra

[24] De acuerdo con la relación de tiempo de nuestro ‗Cuadro de Tiempos' (Apéndice II). una periodicidad de once años para el Sol corresponde a una frecuencia cíe 250 vibraciones por segundo para el hombre.

forma humana de registrar el ‗magnetismo personal‘ del Sol. Es, así, difícil de sorprender que este período afectara tan profundamente toda la vida que procede de esa fuente.
El Sol actúa sobre el hombre y la naturaleza terrestre en formas muy diferentes, por dos diversas categorías de energía transmitida a velocidades diferentes. Como ya hemos declarado a menudo, el Sol transmite vida a la Tierra por medio de la luz. Pero, también, –de acuerdo con el principio que antes establecimos– le transmite la forma a la Tierra por medio del magnetismo. Sin duda en el principio aún expelió la materia misma pura que de este modo fuera dotada de ambas. Así, toda cosa, toda influencia, Inda vida, materia y forma pueden ser consideradas como que emanan del Sol en la plenitud y totalidad del tiempo.
Sólo que, así como la administración de una cierta cantidad de materia es delegada a la Tierra por su vida, así cierta parte del trabajo formativo efectuado a través de los campos magnéticos, es delegado a los planetas por la suya. Es en este sentido que –aunque vida, forma y materia derivan todas del Sol– desde nuestro punto de vista consideramos a los planetas los custodios ele la segunda y a nuestra Tierra de la tercera.
Sin embargo, la radiación de la luz y de la vida ha permanecido el privilegio único del Sol. Durante todas las épocas cubiertas por la historia, la leyenda y la investigación humanas, la radiación del Sol ha permanecido prácticamente constante. Porque si bien un cambio de una sola magnitud en su brillantez podría destruir la vida de la tierra, ya sea hirviendo o congelando toda el agua existente, todas las formas fosilizadas de vida, por el contrario, llevan indicios de variación en la temperatura terrestre que son escasamente perceptibles y que se explican fácilmente por causas terrestres.
Para nuestro conocimiento, quizás durante tres millares de millones de años el Sol ha vertido su fuerza inmensa e invariable en la sustentación de sus planetas y en el espacio intermedio. Durante todo ese tiempo este campo de energía ha sido suficientemente pródigo para lanzar a Neptuno a su órbita, distante cinco mil millones de kilómetros; y ha sido bastante delicado para elevar la savia en el tallo de un helecho.
Tal es la fuente de una energía tan inmensa y tan constante; mas ¿cuál es su naturaleza?

II HIDRÓGENO EN LUZ

Una respuesta muy interesante a esta pregunta ha sido propuesta por Bethe de Cornell. Está basada en la posibilidad de que en las con–diciones que existen en el Sol, los átomos de diferentes elementos no son inmutables sino que pueden desintegrarse y recombinarse, desprendiendo energía en el proceso, así como en la Tierra las moléculas pueden desintegrarse y recombinarse en nuevas sustancias y organismos mientras emitan calor, luz y magnetismo. Por tanto, en la tierra una molécula de madera, cuando se quema, se convierte en una molécula de ceniza, habiendo desprendido calor molecular. Pero en el Sol, sería un átomo el que así se consumiría, formando una suerte diferente de átomo y desprendiendo energía atómica.
Ahora bien, los átomos, como es generalmente sabido, constan de un núcleo central alrededor del que gira un número de electrones que varía con el elemento de que se trata. El átomo más simple es el de hidrógeno que tiene un electrón; el helio tiene dos, mientras que el carbono, nitrógeno y oxígeno tienen 6, 7 y 8 respectivamente.[25] Pero en algunos casos un elemento puede variar ligeramente en peso atómico, esto es, aunque tenga el número correcto de electrones para el elemento correspondiente, puede estar ligeramente reducido de peso e inestable, es decir, con tendencia a deslizarse como elemento inmediato más ligero, o bien puede estar ligeramente aumentado de peso y, por tanto, hallar se un grado más cerca del siguiente más pesado. Estas

[25] Para nuestro propósito presente no necesitamos profundizar en la cuestión de las órbitas o cubiertas electrónicas, que serán tratadas en el Capítulo 7, ―Los Elementos de la Tierra", pp. 119 y sigs.

variantes elementales se conocen por isótopos.

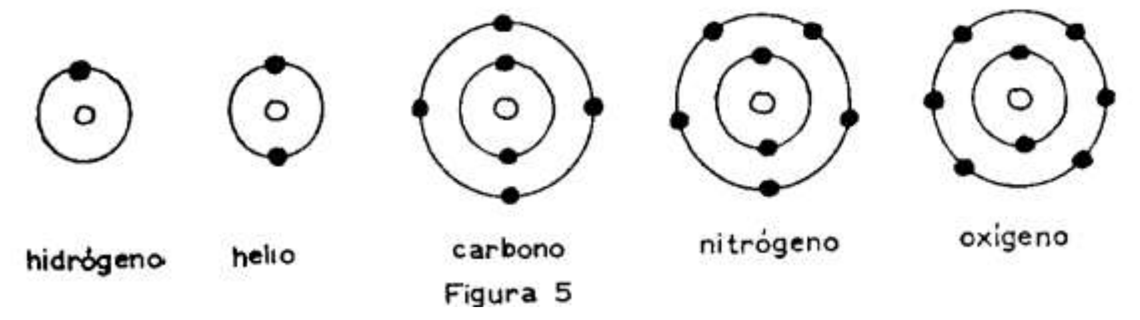


Figura 5

Hemos anotado que el elemento activo en el Sol, parece ser el hidrógeno en cantidad casi ilimitada. Bethe suponía que en las condiciones de increíble fuerza y tensión existentes en el Sol, los átomos de hidrógeno con su único electrón, están bombardeando constantemente los átomos del carbono, con seis electrones, con tal violencia que se combinan para formar los átomos del nitrógeno de siete electrones. Pero estos átomos de nitrógeno serían ligeros e inestables y el electrón librado tendería a lanzarse en el espacio bajo la forma de un rayo solar libre, dejando tras sí un átomo de carbono, aunque esta vez es uno pesado. El siguiente átomo de hidrógeno que choca, se combinaría con éste para producir un átomo estable de nitrógeno. Exactamente en la misma forma, una nueva colisión con un átomo de hidrógeno, llevará el átomo de nitrógeno a convertirse en un átomo ligero de oxígeno, desde el que nuevamente un electrón libre escapará en el espacio en forma de energía radiante. Ahora queda un átomo pesado de nitrógeno, que es nuevamente bombardeado por hidrógeno. Sin embargo, esta vez se obtiene un resultado diferente – el propio átomo de hidrógeno captura uno de los electrones del nitrógeno para formar un átomo de helio con dos electrones, en tanto que el átomo de siete electrones del nitrógeno, se reduce al átomo de seis electrones de carbono, con el que empezamos.

El resultado neto del ciclo es que cuatro átomos de hidrógeno se han consumido para formar un átomo de helio y dos rayos de Sol. Gamow calculó que la cantidad de hidrógeno que podía obtenerse en el Sol es suficiente para generar mediante este proceso toda la radiación solar requerida por el Sistema Solar durante 40 mil millones de años.

Física y lógicamente, la explicación parece justa. Pero a medida que la examinamos más cuidadosamente, empezamos a reconocer de súbito algo familiar en la secuencia descrita. Cuando estudiábamos los diferentes procesos resultantes de la combinación de las tres fuerzas en el Sistema Solar, llegamos a la conclusión de que el proceso de crecimiento (a) se proseguía por el orden Sol: Tierra: Planetas; es decir, activo, pasivo, mediador; o, como lo expresamos filosóficamente, el espíritu penetrando a la materia para ser dotada de forma. También dijimos que estas combinaciones de tres fuerzas deben existir en cada nivel del universo, dando siempre lugar a procesos análogos.

Se nos ocurre ahora que este proceso de crecimiento, es exactamenta el que acabamos de describir. El hidrógeno, elemento activo, penetra en el carbono, elemento pasivo; para producir un elemento intermedio, el helio, y una cierta radiación de vida que es precisamente la rúbrica de este orden. La producción de energía por el Sol es de la naturaleza del crecimiento. *Es* el crecimiento del Sistema Solar.

¿Hacia dónde conduce este proceso de crecimiento solar del que nosotros y todo lo que conocemos somos productos? ¿Cómo es que este remolino de fuerza cuaja en la vida que vivimos y reconocemos? Para contestar a esta pregunta debemos dar un paso atrás.

El elemento activo en el Sol es el hidrógeno y es muy interesante esto, porque el átomo de hidrógeno, con su electrón único girando alrededor de un núcleo, se encuentra en la frontera entre la materia en estado electrónico y la materia en estado molecular. El hidrógeno y toda materia más densa, se combina con otras materias, átomo a átomo, para formar moléculas.

Pero el siguiente grado de rarefacción *superior* del hidrógeno, resulta en electrones libres, en la materia en estado electrónico – es decir, en luz, ondas magnéticas, etc.

En el ciclo del carbono vemos cómo puede ocurrir esta transición de hidrógeno (es decir, materia en estado molecular) a rayos de luz (esto es, materia en estado electrónico), en el Sol. Un proceso comparable tiene lugar en el hombre cuando el aire que respira (materia molecular) es finalmente transformado en impulsos nerviosos ele pensamiento y emoción (materia electrónica), y en esta condición se vuelve suficientemente penetrante para afectar a otros, para ayudar o estorbarlos, aún cuando se transmita a grandes distancias. Un hombre que tiene un pensamiento interesante durante un alegre paseo y lo transmite por teléfono, a un amigo que se encuentra en la población cercana y que de esta manera produce un aumento en el bienestar y felicidad de su amigo, está utilizando de hecho la transformación de la materia molecular en electrónica, en casi la misma forma en que lo hace el Sol, transmitiendo su energía a la Tierra.

La transformación de hidrógeno en luz descrita por Bethe, representa un *cambio de materia a un estado en que puede ser transmitida a larga distancia.* Por tanto, si el calcio del Sol puede decirse que corresponde a su cuerpo físico, la cromosfera o esfera de hidrógeno podría ser su ‗vida' y la radiación solar de varias clases podría representar su ‗pensamiento' y ‗emoción'.

De acuerdo con la teoría de los quanta desarrollada por Max Planck, esta radiación no es transmitida continua damente, sino en una serie de unidades sucesivas o *quanta,* cada una de las cuales representa una cantidad mensurable de energía, que lleva una relación fija con la longitud de onda de la luz. Un quanta es un impulso que abarca algunos miles de tales ondas-luz y que está separada del quanta siguiente por alguna forma de intervalo.

En otras palabras, si una onda-luz representa un día para un electrón, un quanta está casi con certeza conectado con la *vida* de un electrón. Es una tentativa de medir *la cantidad de energía gastada por un electrón libre durante su vida.* Como antes hemos visto, cuanto más alta la frecuencia de la radiación tanto más grande la cantidad de energía que representará un quanta; esto es, más energía y poder de penetración contendrá la vida de un electrón. Un electrón que transmite luzazul está viviendo activamente con más intensidad que uno que transmite luz roja, exactamente como un hombre que transmite los impulsos de la emoción vive más intensamente que otro que sólo transmite los fríos impulsos del pensamiento.

Más aún, este electrón libre proyectado al espacio con su minúscula carga de energía vital, es producto del hidrógeno. Pues de lo dicho anteriormente resulta claro que grandes cantidades de hidrógeno deben estar presentes para que cualquier cuerpo emita de por sí una luz de radiación comparable. Por así decirlo, el hidrógeno es la materia de los soles, el oombustible del que producen las necesarias radiaciones para transmitir vida a sus sistemas.

En relación con esto es interesante hacer notar que los dos planetas en cuya composición el hidrógeno parece jugar un papel dominante son Júpiter, cuya atmósfera parece estar compuesta principalmente de amonio (NH_3) y metano (CH_4); y Saturno, cuya atmósfera se crée está constituida de hidrógeno y helio. Ambos soportan sistemas completos de satélites y hasta pueden ser veladamente auto-luminosos, aunque esta luminosidad pasa desapercibida frente a la brillantez infinitamente mayor del Sol. En cualquier caso, como supusimos al considerar el proceso de regeneración, ellos procuran evidentemente convertirse en soles.

¿Qué ocurre con la luz convertida del hidrógeno por el Sol, y radiada a través de los ámbitos del espacio? La mitad de un billonésimo de ella, sirve para vivificar a la ‗hierra. En seis horas, el resto ha llenado cada rincón del Sistema Solar, hasta los últimos confines de la órbita de Neptuno. En el patrón de vida y percepción del Sol, un tiempo así es

incomensurablemente pequeño, equivalente a menos de un millonésimo de segundo en el patrón del hombre. Así que, para el Sol, su luz debe existir simultáneamente en todas partes de su sistema, así como puede existir la conciencia en el hombre.

Una de las cualidades más sorprendentes de esta luz es que es indisminuible y eterna. Estamos familiarizados con la ley de que la intensidad de la luz desde un punto dado, disminuye en proporción inversa al cuadrado de la distancia. Pero ésto se refiere a la cantidad dr luz registrada por un área receptora dada. Si recordamos que a medida que la distancia crece mayormente, la esfera imaginaria que recibe la luz aumenta en área en *la misma proporción,* nos damos cuenta que la cantidad total de luz recibida desde una fuente dada, es exactamente la misma a una distancia de un millón de kilómetros que a una distancia de diez metros. Ni una sola fracción de la luz de una sola vela se pierdeni al alcanzar las partes exteriores del Sistema Solar: sólo es difundida alrededor de esa prodigiosa circunferencia.

Más aún, este proceso de difusión de luz, sin pérdida, continúa indefinidamente. Como sabemos por la observación de las galaxias más distantes, todavía está marchando quinientos millones de años después de su primera emisión. Toda la luz que fué irradiada entonces por esas galaxias *aún existe,* aunque ahora a esta inmensa lejanía.

Si la luz puede difundirse y sostenerse indisminuída durante medid millar de millón de años, con seguridad lo puede hacer para siempre. Esto significa que toda la luz, desde la de una vela hasta la de un super–sol, ocupa tarde o temprano al Universo entero. La luz *es indisminuíble, eterna y omnipresente.* En cada religión que ha existido, estas tres cualidades se han reconocido como divinas. Así que nos vemos forzados a concluir que la luz –luz efectivamente sensible– es el vehículo directo de la divinidad: es la conciencia de Dios.

Sin embargo esta luz, cuando alcanza a los planetas, siendo materia en estado electrónico, reviértese gradualmente al estado molecular. En la Tierra las primeras etapas de este proceso tienen lugar en las partes superiores de la atmósfera o ionósfera, donde la radiación solar vuelve a crear iones de hidrógeno. Esto puede estimarse como una variedad de condensación o cristalización de electrones libres en la forma más fina del átomo. Un proceso semejante ocurre probablemente en todos los demás planetas, aunque esta ‗saturación‘ de la atmósfera planetaria con hidrógeno, ha avanzado evidentemente mucho más en Saturno y Júpiter que en la Tierra, y más en la Tierra que en Marte o Venus.

En cualquier caso, la combinación de estos átomos de hidrógeno con átomos de varias sustancias ya existentes en la Tierra, da lugar a todas las formas de vida que nos son conocidas.

De este modo resulta claro que toda la vida en la Tierra, es una condensación de radiación electrónica o solar, así como las gotas de agua en un cristal de ventana representan la condensación del vapor de agua en contato con una superficie fría. Esto es el ‗crecimiento‘ del Sol.

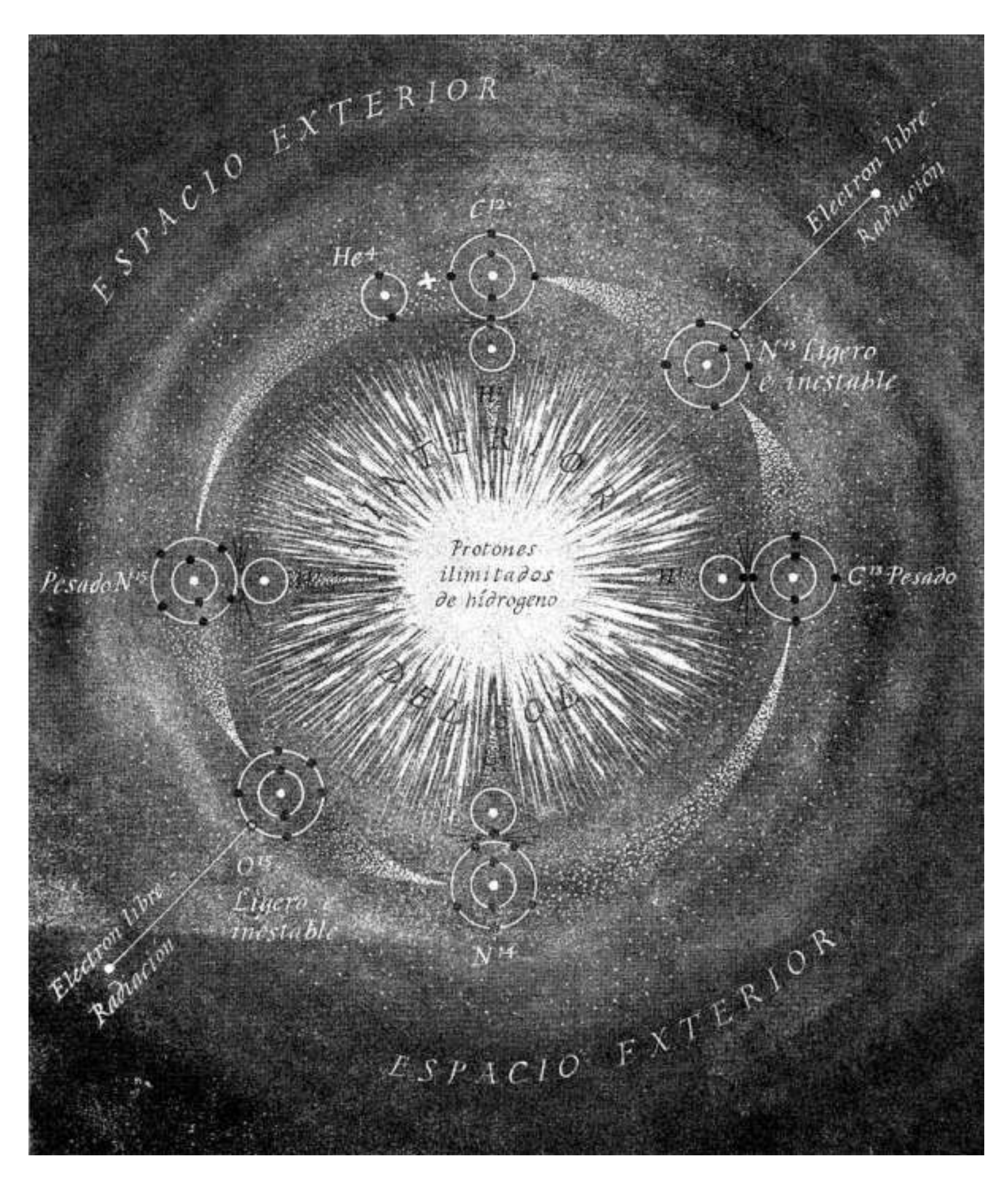
Al mismo tiempo la creación de tal vida no implica una pérdida de la naturaleza electrónica de la materia, sino que, como vimos antes, su temporal encierro bajo formas de aspecto vario y de mayor o menor densidad. Dentro de estas formas los electrones con su afinidad por el Sol, aún existen y, de hecho, todas estas formas están constituidas por esos electrones. Posteriormente, cuando estas formas ‗mueren‘, como solemos decir, sólo significa que el campo magnético que crea uncierto aspecto individual, se rompe, eliminándose los elementos más pesados o terrenos que lo constituyen, desprendiéndose los átomos originales de hidrógeno. Con la mayor probabilidad estos átomos de hidrógeno se desintegran nuevamente, dando electrones y, en este estado, reasumen su libre paso a través del Sistema Solar, temporalmente interrumpido por su incorporación dentro de los

cuerpos.
Es decir que la energía incorporada a los cuerpos físicos, al morir éstos, *se convierte nuevamente en luz. Si* recordamos la conclusión a que acabamos de llegar acerca de la naturaleza de la luz, podemos aún decir que en los cuerpos físicos desintegrados, retorna su materia al estado divino. La prueba de esta tesis solamente está obstaculizada por el hecho que normalmente podemos sólo concebir la conciencia atribuída a los cuerpos físicos o materia en estado celular. Y esto sólo podría establecerse satisfactoriamente llevando efectivamente la conciencia a la materia en estado electrónico.
Toda la cuestión puede ponerse, entonces, en términos como estos: ¿Está esta materia en su retorno al estado divino, acompañada por la conciencia individual? ¿Quién posée una conciencia individual suficientemente permanente y suficientemente intensa para aprovechar esta expansión infinita de su vehículo? Acerca de tales posibilidades poco se sabe de ordinario.

III POSIBILIDADES EN EL SOL

Hay un extraño dicho que afirma que el crecimiento es la limitación de posibilidades. Estamos ahora en aptitud de indagar qué es lo que ésto significa.
Es un principio general que mientras más rara y fina es la materia, mayor es el número de posibilidades que contiene. Físicamente decimos que el Absoluto debe contener por definición *todas* las posibilidades. Y a medida que descendemos la escala de los mundos, en cada nivel disminuye el número de posibilidades contenidas en la materia.
Cuando arribamos al nivel familiar de elementos terrenos, las posibilidades ya están claramente definidas y limitadas. Un átomo de hierro contiene en sí mismo la posibilidad de combinarse con otros átomos para formar una serie completa de moléculas – contiene dentro de sí mismo la posibilidad de incorporarse en acero, hernimbre, un colorante mordente, y hasta en una pasa o en sangre humana. Pero no contiene la posibilidad de transformarse en átomo de cobre. Esta es una limitación definitiva de posibilidades, propia del nivel terreno. De modo semejante los átomos de carbono, oxígeno, nitrógeno e hidrógeno con, tienen entre sí las posibilidades ele toda materia viviente. Pero no contienen la posibilidad de convertirse los unos en los otros. En la Tierra un elemento no contiene la posibilidad de otro elemento.
Si descendemos otro grado hasta el mundo y la escala del hombre encontramos, en cambio, que son las moléculas las que empiezan a estar fijas. Una molécula de madera contiene en sí misma la posibilidad de convertirse en una partícula de una mesa o en una partícula de un lápiz, pero no tiene la posibilidad de convertirse en una molécula de mantequilla, aún cuando sus elementos constitutivos puedan ser los mismos.
Apreciando las condiciones de nuestro satélite la Luna, parece que encontramos un mundo todavía más bajo donde para nuestra percepción, nada contiene ninguna posibilidad. Nada se puede cambiar en algo distinto, sino que está condenado a permanecer eternamente como es. Esta es la antítesis de lo absoluto, el fin de la creación, el cero absoluto.
Volviendo ahora al proceso que parecíamos sorprender sobre el Sol, encontramos un, alcance de posibilidades mucho más alto que el que nos es familiar en la Tierra. Ahí, un elemento se puede cambiar en otro. En la Tierra, uno puede abandonar durante toda la noche un átomo de hierro con la seguridad de encontrar un átomo de hierro al día siguiente. De este axioma depende todo en nuestra vida y percepción. Pero no resulta verdadero en el Sol. Ahí, lo que e, un átomo de carbono en un momento dado, es un átomo de nitrógeno en el siguiente y, en el tercero, un átomo de oxígeno. Un elemento contiene en sí mismo la posibilidad de otro elemento. Hasta podemos aventurar, partiendo del estudio del principio de las reacciones atómicas en cadena, que el átomo de hidrógeno contiene dentro de sí la posibilidad de todos los otros elementos.

Ahora aparece claro lo que el hombre está intentando hacer en sus esfuerzos por escindir el átomo. Empleando el uranio, ha tenido éxito en apartar un electrón de un átomo de densidad no natural, casi patológica. Y aún ésto ha liberado energía en una escala incomparablemente mayor a todo lo hasta ahora concebido. Utilizando la fuerza de que así dispone, como un punto de arranque, se ingenió luego para hacer que átomos de hidrógeno se combinaran para formar átomos de helio, produciendo en el proceso energía prácticamente ilimitada, exactamente como lo hemos descrito.



De hecho lo que intenta, es introducir en la Tierra un fenómeno que en nada es de ella y que pertenece a la naturaleza del Sol. La bomba de hidrógeno implica la creación sobre la Tierra de un sol en miniatura. El resultado de ésta magia negra no puede ser menos que

horrible devastación y la reducción a inerte del material viviente, dentro de una escala completamente nueva. También este proceso parece familiar. El hombre prostituye la fuerza solar para producir tierra muerta. La forma reduce el espíritu a materia. Tal proceso no puede ser otro que el del crimen.
Intentando usar la energía atómica, esto es, intentando descubrir la manera de cambiar un átomo en otro, el hombre investigaba la entrada al mundo donde la materia tiene todas las posibilidades. Probablemente existe una legítima puerta de entrada hacia ese mundo. Si el hombre pudiera descubrir cómo mantener la conciencia individual cuando su materia retornara al estado electrónico, ya pedría librarse de un mundo semejante. Y, por lo que hemos deducido antes, parece que ésta posibilidad se conecta con el problema y el misterio de la muerte.
Pero, evidentemente, existe también un modo ilegítimo de acercarnos a tal mundo. Se refiere éste al uso de las leyes científicas *sin el mejoramiento de la conciencia y del ser del hombre.* Tal acercamiento, dada la naturaleza de las fuerzas involucradas, sólo puede conducir al desastre.
Empero, en la escala del Sol, aún ésto carece de importancia. Debemos darnos cuenta de que ahí, en el mundo solar, nada de lo que consideramos fijo está fijo. Todo lo que vemos como permanente, ahí se trasmuta en pasajero, mientras lo que vemos como transitorio es ahí eterno. Significa que el mundo solar es inconcebible para nosotros. En él se contienen posibilidades infinitamente mayores que las que existen en cualquier mundo que conocemos o imaginamos. De cierto, si recordamos la relación existente entre los cosmos, que ya hemos establecido, caemos en la cuenta de que mientras el mundo de la naturaleza contiene el tiempo del hombre y el mundo de la Tierra, su recurrencia; el mundo solar debe representar para él la sexta dimensión, es de*cir, el Sol contiene todas las posibilidades para el hombre.*
La materia del Sol, o materia eletrónica, está más allá de la forma y más allá del tiempo. Está colocada aún más allá de la recurrencia de la forma y de la repetición del tiempo. En relación con nuestro mundo, es inmortal, eterna y omnipotente. Y cualquier cosa que sus criaturas puedan experimentar o concebir, no es sino una limitación de sus posibilidades ilimitadas.

CAPÍTULO 6. LA ARMONIA DE LOS PLANETAS

I LAS OCTAVAS PLANETARIAS

En el capítulo cuarto se consideraron como una fuerza única las influencias combinadas de todos los planetas. Ahora debemos ver cómo los reflejos de los planetas individuales, cambiando constantemente en su ritmo y modificando así mismo su relación con todos los otros, se combinan para crear a cada momento una escena nueva y un nuevo estado de ánimo.
Con anterioridad tratamos de observar desde un lugar donde el tiempo estuviera detenido y en que el pasado y el futuro de los mundos resultaran sólidos e inmóviles. Pero cuando consideramos la influencia de los planetas sobre los hombres y en la Naturaleza, volvemos al mundo de nuestra propia percepción; y aquí la llave del entendimiento es el sentido de que todo se mueve, todo se cambia, todo se funde, se separa y se recombina, siendo todo transitorio y variable. Por ahora es el punto de vista de la Tierra el que nos concierne. Para una criatura en la superficie de la Tierra, los tiempos orbitales de los planetas que nos son familiares, aún cuando posean armonía y significación en relación con el Sistema Solar, carecen de cualquier significado especial. Lo que tiene importancia es su relación con la Tierra. Del modo como para un observador es importante en las carreras de caballos la posición relativa que estos guardan al cruzar la meta y no sus maniobras alrededor de la pista.
Supongamos que cada planeta refleja alguna influencia de naturaleza e intensidad constantes, por ejemplo, el magnetismo. Para los seres sensibles en la Tierra, esta influencia debe variar, no de acuerdo a la posición de ese planeta en su propia órbita, sino de acuerdo con su distancia de la Tierra y el ángulo que hace en relación con ella – siendo el último la medida de la velocidad a la que se acerca o se aleja.
En términos de brillantez, esta variabilidad es conocida para cada hombre de campo que observe el cielo nocturno de una estación a la otra. Venus y Júpiter varían en brillantez una magnitud estelar completa (2 ½ veces); mientras que Marte es 50 veces más brillante en un tiempo que en otro. El efecto del magnetismo varía en forma parecida.
Por tanto, la periodicidad de la influencia de un planeta sobre la Tierra debe seguir el tiempo que le sea necesario para regresar a la misma posición relativa. Como vimos en un capítulo anterior, todos los fenómenos de la Naturaleza son producto de tres fuerzas – Sol, planetas. Tierra. Tomando como punto de partida el momento en que el Sol, la Tierra y un planeta dado se encuentran en línea recta, el ciclo del planeta será el tiempo que transcurra antes de que tal conjunción ocurra nuevamente. En otras palabras, es el intervalo entre los momentos recurrentes en que estas tres fuerzas actúan en el mismo sentido.
Pero en los cielos hay combinaciones mayores y menores de fuerzas, y también, conjunciones mayores como menores. En tanto que el poder de la influencia de un planeta seguirá en general la periodicidad de su simple conjunción con el Sol, una condición exactamente similar sólo se repetirá cuando la Tierra, el planeta y el Sol se sitúen en igual relación con la Vía Láctea o Zodiaco. Siendo la posición relativa del Sol con el Zodiaco reconocible para nosotros mediante la sucesión de las estaciones, se infiere que esta completa relación sólo hace recurrencia cuando la conjunción planetaria se presenta exactamente en la misma estación en que lo hizo originalmente. Es por esto que en cada planeta hay un doble ritmo de influencia – un ciclo menor de su conjunción con el Sol, incluido dentro de un ciclo mayor donde esta condición está todavía más acentuada por la vuelta a la misma relación con el Zodiaco.
Un cierto y diferente número de ciclos menores ocasiona para cada planeta un ciclo mayor. Y, como veremos más tarde, la total combinación de esos ciclos forma una notación extraordinariamente matemática o musical.
Podemos trazar una tabla de conjunciones menores y mayores de acuerdo con las cuales

puede esperarse que la influencia planetaria se acreciente o amengüe:

Planeta	*Tierra, Planeta, Sol*	*Tierra, Planeta, Sol, Zodíaco*
(Luna	29 1/2 días)	
Mercurio	117 días (4 ciclos lunares)	x 25 : 8 años
Venus	585 " (20 " ")	x 5 : 8 "
Marte	780 "	x 7 : 15 "
Asteroides [26]	468 "	x 7 : 9 "
Júpiter	398 "	x 11 : 12 "
Saturno	378 "	x 29 : 30 "
Uranio	369 "	x 83 : 84 "
Neptuno	367 "	x 163 : 164 "

Por tanto Mercurio y Venus repiten su efecto máximo cada 8 años, los asteroides cada 9 años, Júpiter cada doce años, Marte cada 15 años y Saturno cada 30 años. Si estos varios ritmos se sobrepusieran, encontraríamos una serie muy interesante de intervalos armónicos desarrollándose en el tiempo, cada etapa de la cual está marcada por la conjunción mayor de uno o más planetas.

Notas	*Años*	*Planetas*
DO	24	Júpiter x 2 Venus y Mercurio x 3
RE	27	Asteroides x 3
MI	30	Marte x 2 Saturno x 1
FA	32	Venus y Mercurio x 4
SOL	36	Júpiter x 3 Asteroides x 4
LA	40	Venus y Mercurio x 5
SI	45	Marte x 3 Asteroides x 5
DO	48	y Júpiter x 4 Venus y Mercurio x 6

Para las planetas interiores, encontramos además una serie de tiempo más corto que no se basa esta vez en su conjunción mayor con el Sol y el Zodiaco, sino en su conjunción menor con el Sol y la Luna. esta segunda serie se mide naturalmente así mismo en meses lunares *(29 ½* días) y no en años solares [27].

Notas	*Días*	*meses lunares*	
DO	2340	80	Marte x 3, Venus x 4, Asteroides x 5, Mercurio x 20
RE	2632 ½	90	Venus x 4 ½
MI	2925	100	Venus z 5 Mercurio z 25
FA	3120	106 ⅔	Marte x 4
SOL	3510	120	Marte x 4 ½ , Venus x 6, Mercurio x 30

[26] Conjunción teórica, basada en el período orbitario promedio de su principal concentración.

[27] En esta segunda serie Júpiter y Saturno también parecen tomar parte, aunque como una influencia conjunta, actuando en un ciclo de 390 días. Cada 390 días estos dos planetas repiten una relación media con la Tierra y hacen ángulos iguales con la Tierra y el Sol; es decir, se equilibran sus influencias. Tal ciclo coincide con no menos de cinco de las ocho etapas de esta serie –do (x6), mi(x7 ½), fa(x8), sol(x9), do(x12). Un curioso hecho corroborador será tratado en el capítulo 11, ―El Hombre como Microcomos".

LA	3900	133 ⅓	Marte x 5
SI	4387 ½	150	Venus x 7 ½
DO	4680	160	Marte x 6, Venus x 8, Asteroides x 10, Mercurio x 40

Lo primero que nos sorprende es que esta segunda serie es una repetición exacta de la primera, estando todas las cifras simplemente mul– tiplicadas por tres y un tercio. Estas dos extrañas e irregulares progresiones, aunque aparentemente independientes, son las mismas. Además, ambas pertenecen a una serie armónica que hemos conocido antes.

Por tanto, ya existe un estudio por el cual la serie *24, 27, 30, 32, 36, 40, 45, 48* nos es familiar. Estas cifras, consideradas como vibraciones, representan el valor relativo de las notas de una escala musical mayor. Y súbitamente recordamos viejas historias en que esta misma escala musical, achacada por la leyenda a los pitagóricos, fué inventada por una escuela especial de astrónomos y físicos, *para hacer eco a la música de las esferas.*

Resulta ahora claro que ésta no es una leyenda sino un hecho real. La octava o escala musical es una notación de esta armonía de los cielos planetarios, adaptada al ciclo del hombre, eco a su vez de una gran ley que controla el desarrollo de todos los procesos en el universo. [28]

En la interacción de lo que creemos que son movimientos fortuitos, se revelan ahora dos octavas musicales perfectas y netamente separadas, desarrollándose eternamente a lo largo de la vida del hombre y de la historia de su raza. Más aún, si recordamos y aplicamos el inmenso factor que deslinda el tiempo y percepción humanas del tiempo y percepción del Sol, [29] encontramos que esta armonía planetaria debe afectar a esa sensación divina como la música audible afecta al hombre. Entre el tiempo humano y el tiempo solar se encuentran *36* octavas; exactamente el mismo intervalo separa las vibraciones de la música humana con respecto a las vibraciones del movimiento planetario. Literalmente, los movimientos de los planetas crean música para el Sol.

II LA SIGNIFICACIÓN DE LA ARMONÍA

Lo que hemos tratado de formular hasta ahora es la recurrencia periódica del ciclo total de la influencia de cada planeta, y la relación de estos ciclos entre sí.

Sin embargo, dentro de su ciclo, la influencia de cada planeta se desarrolla y mengua en una forma muy individual. Hemos visto ya que esta variación puede medirse de dos modos – por medio de la cambiante distancia entre el planeta y la Tierra; y por medio de sus variables velocidades en relación con la Tierra.

El grado de su posible distancia depende principalmente de la cercanía de su órbita, porque mientras pase más cerca de la Tierra, mayor será el contraste entre su conjunción y su oposición. Anotamos un efecto de esto en las fluctuaciones de brillantez, que para el vecino Marte varía 50 veces, mientras que el distante Júpiter es sólo 2 y media veces más brillante en su aproximación mayor que en su mayor lejanía. Pero puesto que los planetas interiores no brillan en proporción directa a su distancia, debido al efecto de las fases, la luz por sí sola es una medida dudosa de influencia.

Como dijimos anteriormente, la verdadera influencia de los planetas sobre la Tierra es casi con certeza de naturaleza magnética; y la fuerza magnética varía en proporción directa a la carga del magneto y en proporción inversa al cuadrado de su distancia. Si suponemos que la carga del planeta es proporcional a su masa multiplicada por su velocidad orbitaria, podemos entonces hacer algunos cálculos interesantes acerca de la influencia magnética relativa de los diferentes planetas sobre la Tierra y las variaciones de su influencia.

Si, por ejemplo, tomamos la influencia magnética de la Luna sobre la Tierra estimada en

[28] Véase Apéndice II, ―La Teoría de las Octavas Planetarias".

[29] 80 mil millones de veces – Véase Capítulo II ―Los Tiempos del Universo", pág. 45.

unos 5,000 amperios [30], entonces la influencia media de Júpiter sería de cerca de 900 amperios, de Venus 600 amperios, de Marte 60 amperios, de Saturno 40 amperios y de Mercurio 20 amperios. La influencia de Urano y Neptuno en esta escala sería poco más o menos un amperio.
Por otro lado, el monto de variación en su efecto sería muy diferente para los diversos planetas. Marte en su mayor fuerza sería más fuerte que Venus, y en su punto más débil tan débil como tirano; su influencia en un extremo sería no menos de 80 veces mayor que en el otro. La influencia de Saturno, sin embargo, variaría solamente hasta el doble, mientras que las de Urano y Neptuno permanecerían prácticamente constantes.
Ahora bien, el hombre está constituida de manera que registra contrastes y cambios de toda especie, en tanto que las condiciones constantes pasan desapercibidas. Un hombre que vive en la ciudad sigue en su trabajo sin darse cuenta del bullicio del tráfico, pero se siente muy afectado por un radioreceptor que haga ruido y se calle alternativamente en la casa del vecino. Así que es de esperar que la influencia perturbadora de Marte y Venus alcance notablemente a la humanidad, en tanto que quede más o menos al margen de la de Saturno, Urano y Neptuno, aunque estas últimas pueden ser más fuertes y saludables. Esta no es cuestión de efecto real, sino de prestar atención. Más tarde veremos que mientras hay mucha evidencia de ritmo en los aspectos violentos y procreativos de la naturaleza, tales como la guerra, la abundancia y el hambre, los ciclos en la esfera del pensamiento, de la aspiración, son mucho más difíciles de reconocer y afectan relativamente a pocos. Por tanto, la variabilidad de la distancia es un índice de *disturbio.*
La otra clase de variación de que hablamos, reside en la cambiante velocidad del planeta en relación con la Tierra. Esta puede medirse más simplemente por el ángulo que forma el planeta con el Sol y con la Tierra. Un pequeño experimento geométrico demostrará que si este ángulo es de 0° (cuando el planeta, el Sol y la Tierra están en línea recta), el planeta se mueve paralelamente a la Tierra, por lo que se encuentra. estacionario en relación a ella. Por otra parte, si el ángulo es de 90° (esto es, que una línea de la Tierra al planeta haga tangente con la órbita de éste último), el planeta se aproxima o se aleja a su plena velocidad orbital. Las velocidades entre estos extremos serán proporcionales al ángulo.
Otro ensayo geométrico mostrará que sólo con los planetas internos puede formarse un ángulo recto. Para los planetas exteriores el ángulo máximo es siempre menor a 90° y decrece continuadamente con el alejamiento de la órbita del planeta.
De esto se derivan dos efectos. Mientras más cercano está un planeta al Sol, es mayor su velocidad posible en relación a la Tierra y, consecuentemente, mayor la variación de esa velocidad. Mercurio puede aproximarse a la Tierra a 50 kilómetros por segundo, puede permanecer estacionario o puede: retroceder a esta inmensa velocidad. Por el contrario, Neptuno sólo puede variar entre lo estacionario y 1/7 de kilómetro por segundo en relación a la Tierra. [31]
Para comprender el efecto de esta variación supongamos que el habitante de la ciudad está siendo molestado, además, por un mosquito que revolotea en su oficina. Sentado en su escritorio reconoce instintivamente el grado de peligro por los altibajos del zumbido. Porque cuando la velocidad del insecto que se aproxima se agrega a las vibraciones de su nota, ella se comprime o agudiza, y cuando es substraída, se dilata o se hace grave. De este modo Mercurio cambiará el tono de su nota fundamental y podemos considerar el efecto inquietante y nervioso producido por el zumbido del mosquito como un indicio de

---

[30] Véase pág. 62 y los Cuadros Planetarios, Apéndice 11 (e).

[31] Véase Cuadros Planetarios, Apéndice 11 (d).

la influencia de este planeta. [32]
Si, entonces, como nuestras deducciones eléctricas parecieron demostrar, cada planeta emite una cierta nota o energía transformada para un propósito determinado, esta nota o energía estará sujeta a dos variaciones dentro de su ciclo. Primero, habrá una vibración de volumen dependiente de la distancia. Segundo, habrá una variación de tono, dependiente de la velocidad relativa. Marte y Venus tienen la variación más amplia de volumen. Mercurio y Venus tienen la variación más amplia de tono. Mientras que tanto en tono como en volumen los planetas más exteriores permanecen constantes, sonando con un bajo sostenido que hace fondo a la armonía general.
Todavía debe tomarse en cuenta otra variación. Si comparamos las cifras de conjunciones citadas antes con efemérides astronómicas de posiciones planetarias, encontramos que no coinciden exactamente. Cada planta avanza con adelanto o atraso infinitesimal. Después de ocho años, Venus llega a su mayor conjunción con un adelanto de dos días y cuarto; Marte gana 26 días en su ciclo de 15 años; en tanto que Júpiter pierde cinco días en 12 años y Saturno 8 y un tercio en treinta. Si fueran relojes, no sería muy estimada su exactitud. Marte, el menos preciso, se adelantaría 7 minutos por día; Venus adelantaría también un minuto y Saturno se atrasaría uno; pero Urano estaría casi a tiempo por sólo 3 segundos. Por tanto, aparte de los cambios de tono debidos a la relatividad, cada planeta de por sí suena imperceptiblemente bajo o agudo.
Sin embargo, esta sola imperfección parece significativa. Porque nada en la Naturaleza es inmutablemente exacto. Y mientras que la ley de octavas tiene validez para un esquema muy amplio, para la vasta mayoría, siempre queda un resquicio, una puerta de salida dejada para la excepción y el cambio. Sin esto, él cosmos sería de una rigidez espantable y férrea. Pero debido a que está vivo, tiene un margen de elasticidad. El margen permitido es pequeño, como el que dista entre el pianista que toca con comprensión y arrebato y otro que toca con perfección mecánica. Pero en ese diezmilésimo de segundo de diferencia, mucho puede acontecer en otra escala. [33]
Esta armonía siempre cambiante de ritmo planetario enseña dos lecciones: primero, que la historia siempre se repite a sí misma, y segundo, que la historia nunca se repite. Pues, aunque cada ciclo se repite con una exactitud que hace posible calcular las efemérides con tres años de anticipación y se puede tener seguridad que traerá infaliblemente el mismo delirio por la procreación o la guerra, por la especulación o el suicidio, siempre algún otro ciclo cruzándose diferentemente, acarrea a la escena un nuevo matiz u otras posibilidades. Y aún cuando al final de siglos, todos los ritmos planetarios deben repetirse nuevamente en la misma unida conjunción, todavía así el adelanto infinitesimal de uno o el retardo de otro impide una repetición exacta de lo que ocurrió con anterioridad. En tanto que todavía por encima de ésto, todo el Sistema Solar se situará en una relación diferente con el foco de la Vía Láctea, recibiendo de él alguna nueva influencia intangible, que como la música apenas audible que se toca fuera del escenario, podrá alterar toda la actitud del espectador hacia el juego de luces de la pantomima.
Todo se repite nuevamente, y nada se repite de nuevo. Porque si las grandes conjunciones se repitieran exactamente, entonces todo estaría lo mismo que antes. Después de 2.520 años, el mismo Alejandro, enseñado por el mismo Aristóteles, conduciría a los griegos contra los persas, y cruzaría los mismos desiertos y valles, piedra por piedra, a las mismas fabulosas cortes de la India. El creador del Universo no es tan simple. Quizá otro Alejandro, ¿pero de

[32] Sustituyendo matiz de luz por tono. tenemos el método por el que se mide el acercamiento o alejamiento de estrellas distantes (―Variaciones del Rojo").

[33] El principio de que el afinamiento armónico no es estrictamente matemático es, naturalmente, reconocido en la música Occidental y fué enunciado por J. S. Bach en su ‗Woltemperirte Klavier' (1726–44).

qué raza, de qué educación? Quizás otra marcha hacia Oriente, ¿pero con qué armas y con qué intenciones? Quizá otra apoteosis en Egipto, ¿pero quién desempeña el papel y cuáles son su forma y su significado?
El Universo es simple sólo para quien dice la buenaventura. El hombre puede calcular esta probabilidad o aquella y en modo reducido y general, puede llegar a acertar. Pero no importa cuan elaborada sea su visión, el destino tiene otro factor en reserva. Los cielos siempre de. ben dejar abierta la salida – por la buena razón de que son infinitos.
Dos cuestiones fundamentales se levantan de lo que hemos considerado. La primera concierne al modo en que puede esperarse que el desarrollo y la mengua de las influencias planetarias afectan al hombre. La segunda concierne a la verdadera significación de nuestras octavas.
En primer lugar, pues, ¿qué consecuencias tiene para los seres humanos el hecho de que Júpiter brille ahora de nuevo con la misma intensidad y la misma relación con el Sol y las estrellas que hace dos años?
Conocemos por experiencia la influencia que ejerce sobre todos los seres vivientes y hasta sobre las mareas, la periodicidad de la Luna, así como la periodicidad de la Tierra, con sus concomitantes estaciones y sus efectos. No es por tanto difícil concebir que otros planetas dirijan, en nosotros, ciclos equivalentes a sus períodos de conjunción; y, también, que estos ciclos encuentren ritmos correspondientes en ciertos órganos corpóreos, como sucede en los ovarios femeninos con el ciclo lunar. Por el momento no podemos considerar esto más que como una hipótesis. Encontraremos más pruebas en adelante.
Mientras tanto, podemos imaginar sencillamente a estos mismosórganos como antenas receptoras, sintonizadas cada una en la longitud de onda de un planeta en particular y, variando por tanto, en la intensidad de su acción con la periodicidad de la influencia de los planetas. De ahí que la complejidad de la vida del hombre provenga del hecho de que todos estos ritmos diferentes se entretejen, neutralizándose, acentuándose o modificándose –y, todavía produciendo al mismo tiempo un ―latido" combinado, que puede o no ser reconocido.
Recientemente se ha hecho mucho trabajo interesante sobre el carácter cíclico de muchos fenómenos biológicos y humanos– un ritmo de 9 2/3 años para la fecundidad de los animales; un ritmo de 18 años para la actividad constructiva; un ciclo de 54 años con referencia a la manera en que el hombre emplee la energía natural y a la forma de su sociedad. [34]
Más adelante tendremos ocasión de mostrar que los ritmos mejor establecidos cuadran de hecho con ciclos planetarios. Pero, por el momento, podemos decir solamente que si existe la posibilidad de que un planeta pueda estimular a un órgano de un hombre en particular, parece indiscutible que la misma conjunción podría activar a este órgano en millones de hombres, produciendo olas de actividad o depresión en los negocios, ciclos de guerras, fluctuaciones periódicas en los índices de nacimiento, etc.
Dos planetas que pasan pueden crear una cierta tensión cósmica bajo cuya influencia, y sin saberlo, parece al hombre en la Tierra que debe luchar, matarse entre sí y morir por causas heroicas durante años enteros. Si los planetas gobiernan del todo al hombre, no respetan a las personas, y uno se puede preguntar si, dado el estado general del ser del hombre, puede tener algún otro resultado una excitación universal de las glándulas de la pasión.
Pero ya sea que atribuyamos o no alguna significación a estos ciclos, nos enfrentamos aún a la increíble e ineludible armonía producida por su combinación. Estas octavas perfectas y siempre cambiantes, llenan a uno de asombro tanto por la sutilidad y perfección del órden cósmico, como de maravilla por el hecho de que la percepción humana deba per-

[34] Ellsworth Huntington: ―Mainsprings of Civilation", 1945. E. R. Dewey y E. F. Dakin: ―Ciclos", 1947.

manecer al margen de todo eso.
Dijimos que los planetas, en su calidad de refractores o transformadores de la fuerza de vida. representan forma, color, calidad y función. Pero cada uno representa una forma y función diferentes. Y ahora vemos como, debido a esta ley armónica de sucesión, una forma debe dar paso a su debido tiempo a otra; una función a la siguiente.
Hemos encontrado de hecho, el arquetipo para el desarrollo de todas las progresiones. Cada secuencia en tiempo y densidad –ya se trate de las notas audibles de las escalas musicales, de los colores visibles del espectro, o del crecimiento tangible de formas orgánicas– sigue esta producción de octava. Todas las progresiones y procesos sobre la Tierra traídas a la existencia por la fuerza triple de la creación, continúan y prosiguen conforme a esta ley de influencias sucesivas.
Si la secuencia de los planetas en su vasta marcha a través del tiempo, produce las notas de octavas interminables, podemos estar seguros que las mismas quanta de luz, en su viaje infinitésimo, hacen lo mismo. Todos, la Naturaleza, el hombre, el insecto y la célula, se mueven a tiempo y viven su existencia dentro de este esquema armónico. Tan inevitablemente como el tiempo avanza, esta influencia sucede a aquélla, y ora uno, ora otro aspecto del hombre, o de la empresa, galvanizan la vida merced a la sucesión rítmica. Así como *mi* sigue a *re*, así el amarillo debe seguir al anaranjado, el nacimiento al embarazo, y marzo arador debe estar seguido de abril germinador. Ningún poder en la tierra puede alterar esta secuencia inevitable, ni reemplazar esta variedad por la monotonía de una sola verdad.
Todas las variaciones sobre un tema se deben a ello. La vida es una *idea* solar. Pero la escala de seres vivientes –metales, minerales, plantas, gusano, animal y hombre– son sus formas planetarias. En cambio el metal es una idea – siendo el plomo, mercurio, oro, plata, zinc, cobre y hierro sus variaciones planetarias. Y, como lo vemos desde nuestra octava, cada variación tiene su hora.
Es por esta razón que el hombre, atento para sus propios propósitos a perpetuar una nota o una faceta de entendimiento, está destinado a la desilusión. Por esta razón los procesos que él inicia, cambian de naturaleza ante sus manos y ojos. Porque si hoy un planeta mueve su corazón, otro moverá su razón mañana, y un tercero su pasión al día siguiente. El movimiento humanitarío que aparece bajo el influjo de Júpiter, se vuelve escolástico bajo Saturno y sangriento bajo Marte. Los cielos tocan escalas en su teclado, y éste no puede sonar mas que las notas que aquéllos ejecutan.
Pero nos equivocaríamos si creyéramos que el efecto de esta secuencia se opone directamente a la legítima ambición del hombre. La ley de octavas es una parte esencial ele la estructura del Universo y se aplca a cada una de sus partes y procesos. A ella se debe esa increíble profusión de color. forma, tono y función que deleita al hombre y lo estimula eternamente hacia nuevos esfuerzos y nueva *comprensión.*
Por tanto, tendríamos que estar equivocados al interpretar la idea de influencias sucesivas desde un punto de vista moral, o viendo en ella un determinismo duro e inflexible. Porque el paso de una influencia a otra no sólo significa que se quita del hombre mucho de lo que desearía conservar, sino también mucho de lo que desearía desprenderse. Cuando el frío y oscuridad del invierno se vuelven intolerables, es esto lo que trae la primavera; cuando la doctrina medioeval se expande insoportablemente rígida, es esto lo que acarrea el Renacimiento. Y cuan do parece cierto al hombre que nada de lo que descubra puede salvarlo de la estupidez de su propio afán destructor, esto es lo que le asegura que los cielos deberán despertar a su tiempo otro aspecto de su naturaleza, brindándole una oportunidad fresca e inimaginable.

III LA CIRCULACIÓN DE LA LUZ: VISIBLE E INVISIBLE

Si consideramos a la Luna y los Planetas en relación con la Tierra (y nunca debemos olvidar

que éste es el único punto de observación desde el que el estudio científico del Sistema Solar se ha hecho siem pre), se encuentra que corresponden naturalmente a tres grupos.

(a) Visibles a simple vista dentro de la órbita terrestre – Luna, Mercurio, Venus.
(b) Visibles a simple vista fuera de la órbita terrestre – Marte, Júpiter, Saturno.
(c) Invisibles a simple vista, fuera de la órbita terrestre – Urano, Neptuno, Plutón.

Si se objetara que la percepción humana provee una evidencia muy arbitraria para una clasificación, debemos replicar ahora que no es tan arbitraria como los científicos están inclinados a creer. Como establecimos en el capítulo 2, *un hombre es un cosmos, cuyos* tiempos y percepciones contienen una definida relación cósmica con los tiempos y percepciones de cosmos mayores o menores. Luego su percepción, porsu sola limitación, tiende a dividir los fenómenos de un modo significativo o no–accidental. No es accidente, por ejemplo, que todos los movimientos de desarrollo orgánico y todos los movimientos de los cuerpos celestes permanezcan precisamente por fuera del alcance de su percepción, invisibles para él. La relación de tiempos del cosmos humano tanto con el cosmos de la Naturaleza como con el cosmos del Sistema Solar mecánicamente lo asegura.

Por tanto, para descubrir su posición y posibilidades actuales en el Universo, el hombre debe retornar al estudio crítico de su desamparada percepción. Ello le mostrará lo qué es y desde dónde puede empezar. Pues que telescopios, microscopios, espectroscopios, radio, radar, cinema, etc., de hecho son imitaciones mecánicas de facultades humanas superiores que todavía no llega a disfrutar. El peligro está en que pueden hipnotizarlo en la creencia de que ya posee estas *funciones* superiores y, por tanto, persuadirlo de que se encuentra en una posición diferente de la que en realidad ocupa. Con tal *imaginación* de sí mismo nunca podrá seguir avanzando.

En todo este libro, por tanto, se hace un llamado hacia la evidencia de la propia percepción del hombre, más tal es la influencia de la ciencia teórica sobre la mente en nuestro tiempo, *que en muchos casos ese retardo de percepción tendrá visos de superstición.*

Veamos, entonces, hacia dónde nos conduce nuestra división de planetas en visibles e invisibles. Vemos de inmediato que esta ‗invisibilidad' se expresa a sí misma en múltiples formas. Por ejemplo, los planetas conocidos en la antigüedad no sólo son físicamente visibles, sino que sus ciclos se repiten varias o muchas veces a lo largo de la vida de un hombre, y por tanto pueden ser estudiados en todos sus aspectos por un solo hombre. En contraste, Urano, Neptuno y Plutón no sólo están físicamente más allá del alcance de la mirada humana, sino que sus ciclos temporales (84, 164, 248 años respectivamente) también están por encima del alcance de la vida humana. Sin embargo, Urano existe sólo un poco por encima de la visión natural del hombre y ya es posible verlo con la vista aguda del mismo modo que su ciclo se extiende tan sólo un poco más allá de su tiempo natural de vida y puede de hecho ser alcanzado por un hombre de edad excepcionalmente prolongada.

Por tanto, podemos pensar correctamente si consideramos a los planetas tradicionalmente visibles como una octava, y a los restantes planetas ‗invisibles', como la iniciación de una segunda octava; en la misma forma en que los colores ‗visibles' tradicionales forman una octavade vibraciones, y la restante radiación utra–violeta ‗invisible' es iniciación de una segunda. Posteriormente veremos que hasta dentro de esta octava visible existen ciertos intervalos que están completados invisiblemente, ejemplo de lo cual se encuntra en los asteroides.

Esta disposición puede expresarse en un círculo así:

Más aún, este arreglo de los planetas en una octava visible y otra invisible, no es peculiar de los seres humanos en la Tierra, sino que resulta de la relación entre criaturas de escala humana y el Sistema Solar como un todo, no importa cuál parte de él puedan ellos habitar. Por ejemplo, para la percepción humana en el planeta Marte, Mercurio podría haber

desaparecido completamente en el brillo del Sol, en tanto que Urano se habría vuelto cierta mente visible. Para la visión de un hombre situado en Júpiter, Venus seguiría a Mercurio en invisibilidad, pero Neptuno a su vez penetraría en su campo de visión. Por tanto, para los seres cósmicos en la escala del hombre, serían probablemente visibles en cualquier parte del universo cinco planetas y un satélite o satélites; el resto sería invisible. Así que, después de todo, nuestro círculo aparece como un diagrama generalmente aplicable, en el que de cualquier manera los puntos individuales tendrían diferente significación desde el punto de vista de otros planetas.

Por tanto, en el cielo de cada uno de los planetas serían visibles siete cuerpos mayores o series de cuerpos, y sólo siete –Sol, satélite(s), y otros cinco planetas. Los siete visibles desde nuestra Tierra son, por supuesto, el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Entre estos existe *una circulación de* luz. Puesto que es la reflexión de la misma luz solar la que los hace simultáneamente visibles, y la ausencia de este reflejo la que nos trace invisibles a Urano y Neptuno, y, por tanto, fuera de esta particular circulación.

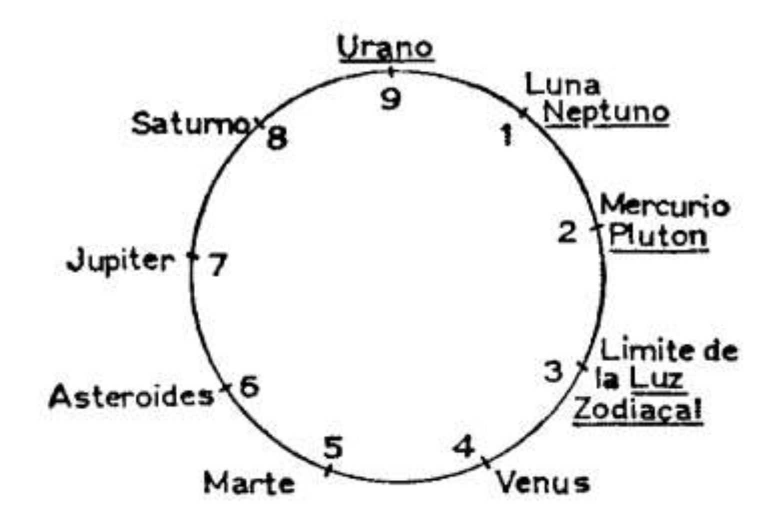


Figura 6: El Octava de los Planetas
(subrayado = invisible)

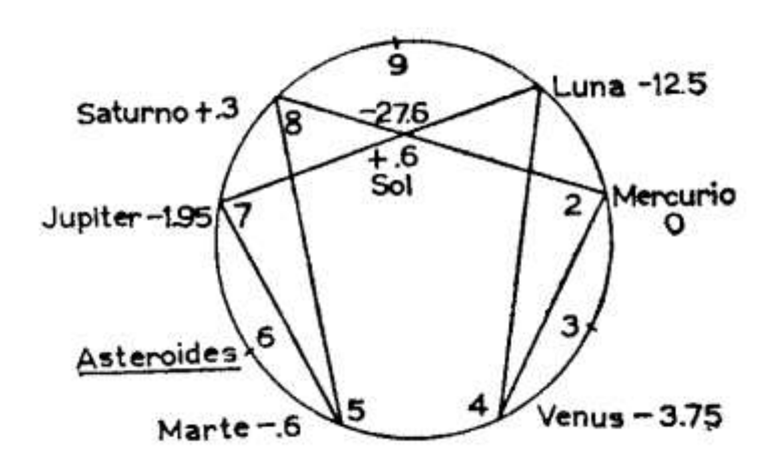
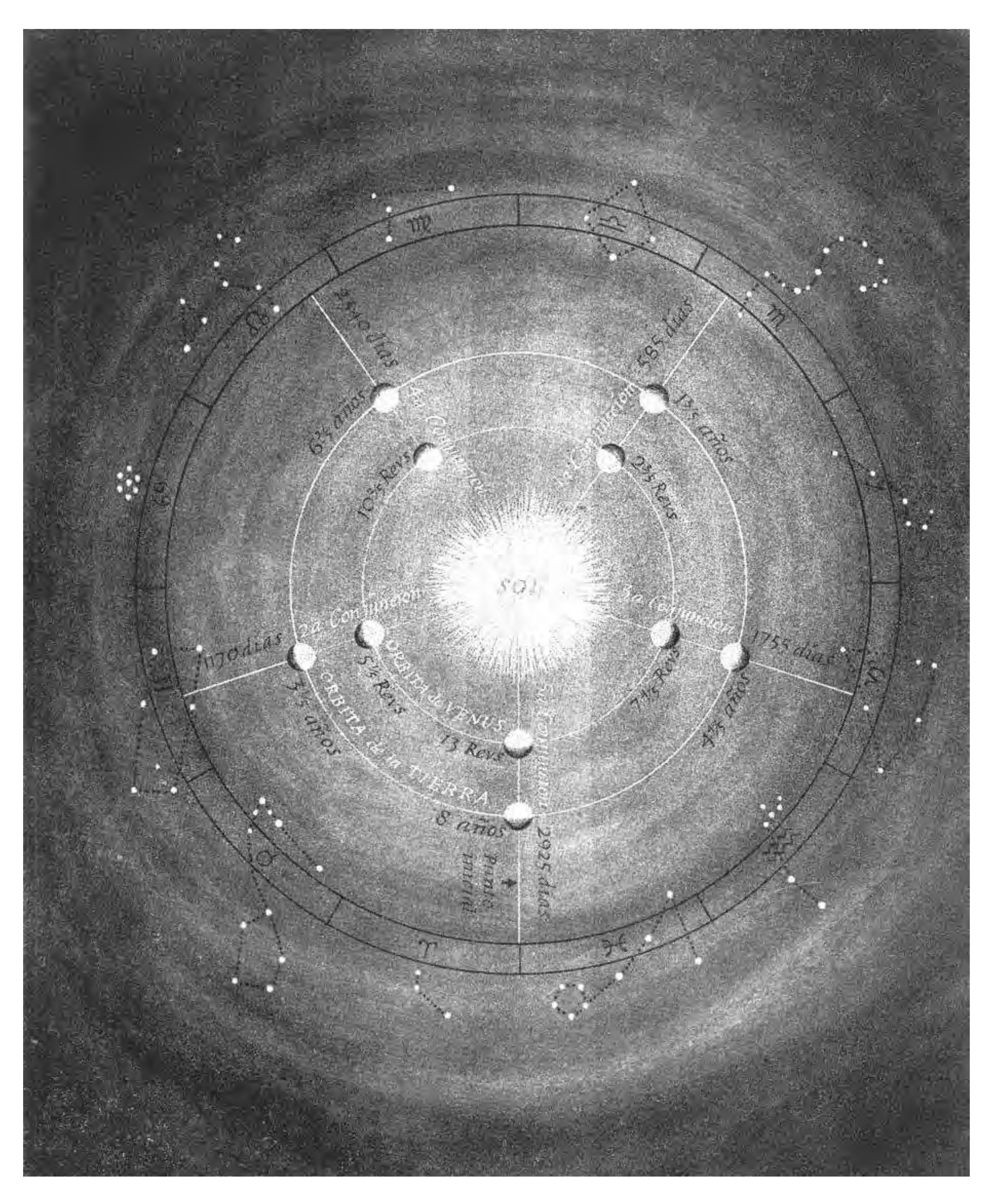


Figura 7: La Circulación de la Luz
(magnitudes estelares)



Esta circulación de luz es un movimiento desde la máxima brillantez que conocemos –la del Sol– hasta la invisibilidad y, nuevamente, hacia la brillantez. En esa pulsación entre la oscuridad y la brillantez, están constantemente implicadas todas las partes del Sistema Solar, como todas las partes del cuerpo humano están constantemente implicadas en la pulsación entre las arterias cargadas de oxígeno y las venas carentes de aquél. ¿Pero cómo se efectúa esta circulación? El Sol emite la luz como el corazón bombea la sangre. ¿Pero qué ocurre después? ¿Cómo se manifiesta esta pulsación de lo radiante y lo oscuro?

Al círculo que muestra los siete cuerpos celestiales, permítasenos agregar cifras que representen su magnitud promedio. Después unamos la serie interna y luego la externa en orden de

brillantez.
Si ahora unimos, además, los dos puntos más brillantes que representan a la Luna y a Júpiter y los dos puntos menos brillantes, que, representan a Saturno y Mercurio, y si hacemos que el punto de intersección represente en la primera línea la máxima brillantez que conocemos, como es la del Sol (mag. −27.6) y en la segunda el punto de invisibilidad (mag. 6), encontraremos que la figura toda (142857) se ha convertido ahora en una escala corrediza de brillantez.
Principiando en el punto de invisibilidad y yendo hacia Saturno, subimos toda la escala de brillantez celeste hasta alcanzar al Sol; entonces, más allá, declinamos nuevamente hacia el punto de invisibilidad de donde empezamos. Posteriormente, podemos delinear sobre esta línea el encendimiento y apagamiento de los diferentes planetas en magnitud, descrito en la última sección, y mostrar así su movimiento individual hacia atrás y hacia adelante, dentro de la circulación general. Y, finalmente, podemos ver en la intersección de las dos líneas cómola máxima brillantez en una línea coincide con la invisibilidad en la otra; es decir, cómo todos los planetas deben desaparecer de la vista en su conjunción con el sol.
La misma figura también indica, si podemos leerla, *la dirección del desarrollo* de cada uno de los planetas. Vemos, por ejemplo, cómo Mercurio se mueve hasta una invisibilidad creada por la brillantez del Sol, mientras que Saturno emerge de una invisibilidad creada por la distancia. Vemos cómo Júpiter se desarrolla por sí hacia la radiación de un Sol, en tanto que la Luna es un vástago reciente de tal radiación.
De hecho esta extraña cifra –142857– puede explicarnos una infinidad de cosas, porque en ella hemos tropezado con una curiosidad matemática que oculta en realidad una de las leyes fundamentales del universo. Cuando la *unidad* se divide entre *siete* este decimal recurrente resulta: 0.142857. Y cuando un cosmos completo se divide entre su principio de vida y sus seis funciones, es precisamente la secuencia de este número la que representa la relación entre ellos.
Si, por ejemplo, consideramos que el decimal está compuesto de seis cantidades separadas, así:

.1
.04
.002
.0008
.00005
.000007

entonces tenemos una serie que parece representar la masa relativa de los órganos que controlan las varias funciones en un cosmos. Es esta secuencia la que explica la extraordinaria variación en masa –que monta hasta cientos de miles de veces– entre las glándulas que controlan al cuerpo, *aunque parecen jugar papeles aproximadamente iguales.* En el Sistema Solar explica la misma extraordinaria variación en masa de los principales cuerpos celestes, desde Júpiter (.001 de la masa del Sol) y Saturno (.0003), hasta los mayores satélites, que promedian solamente .00000007. Y mediante ella podemos ver cómo la masa total de planetas, asteroides, lunas y cometas que componen el todo, está infinitamente dividida.
Sin embargo, en el presente estudiamos esta cifra como un símbolo de la circulación de la luz dentro del Sistema Solar. Y ahora vemos quees la circulación de luz la que conecta todas las partes de este sistema con todas las otras partes, la que lleva todas las posibilidades a todas partes. Exactamente como la circulación de la sangre une todos los órganos del cuerpo humano y hace de ese cuerpo un *sólido,* en lugar de una armazón vacía; o la circulación del habla conecta diferentes tipos y hace de ellos un grupo en lugar de un número de individuos aislados, así la circulación de la luz hace del Sistema Solar un sólido, en vez de una colección de esferas remotas e independientes.
Precisamente porque es un sólido así, ninguna parte está separada de ninguna otra y el todo es

accesible a aquel que pueda descubrir el secreto.

CAPÍTULO 7. LOS ELEMENTOS DE LA TIERRA 1

I LA ESTRUCTURA DE LOS ELEMENTOS

mos considerado a todas las radiaciones solares juntas, como el principio activo de nuestra tríada creadora; a todos los planetas juntos, como el principio mediador; a todos los elementos terrestres juntos, como al principio pasivo, o materia prima. Ahora, así como en el último capítulo principiamos a analizar la fuerza formadora total de los planeta; en sus notas componentes, deberemos considerar con más detalle la naturaleza de la materia prima.

Todo el material terrestre está constituido por átomos que, como sabía, Aristóteles, son las partículas indivisibles más pequefías de los elementos. De acuerdo con las teorías actuales, esos átomos están constituidos por un núcleo o sol cargado positivamente de electricidad, alrededor del cual giran electrones planetarios infinitesimales, cargados negativamente. El núcleo atómico es semejante en todos los materiales como es, también, el electrón; variando entre sí los elementos únicamente por el número de electrones supeditados al núcleo y por variaciones correspondientes a su carga.

A pesar de su tamaño minúsculo, se ha reunido mucho material sobre la estructura del átomo que, con cada nuevo descubrimiento, parece más semejante a nuestro Sistema Solar. Exactamente lo que el Sol es al Sistema Solar y el huevo fecundado es al cuerpo humano, se nos dice ahora que el diámetro del núcleo atómico puede ser de un diez milésiino del de todo el átomo. Y como Júpiter es al Sol, se nos dice que sus electrones pueden medir un décimo de diámetro de su núcleo; de modo que en su escala propia circulan en una inmensidad de espacio tan vasto como el que abarca a la Tierra y los planetas semejantes.

Esta concepción es una *tour-de-force* de la razón humana, porque sobre el patrón de tiempo de la percepción ordinaria el hombre, el átomo no existe realmente en esta forma. Sólo existe el trazo sólido que le pertenece, como existe el trazo sólido del Sistema Solar que tuvimos que visualizar con tanta dificultad en capítulo anterior. Así como para nuestra percepción el Sistema Solar está constituido por esferas volantes y sólo por un esfuerzo de razón y deducción puede visualizarse como un cuerpo sólido en su propio tiempo; del mismo modo para nuestra percepción el átomo es una huella sólida y sólo por un esfuerzo de razonamiento y deducción se le puede visualizar como un sistema de esferas volantes. Si no fuera así, una silla sería simplemente una masa de energía radiante, porque es sobre las trazas de los átomos sobre las que nos sentamos. El modelo es el mismo, pero en un caso, el patrón del tiempo es inmensurablemente mayor y, en el otro, inmensurablemente menor que el del hombre.

Ahora bien, en toda nuestra discusión del Universo, uno de los principales propósitos ha sido descubrir la densidad relativa de los diferen tes mundos o fenómenos. Porque puede suponerse que menos denso significa también, más poderoso, más vasto, de mayor duración, más inteligente. Y es nuestra finalidad la comprensión de la inteligencia. Recordamos que el proceso de crecimiento, por el que creemos ha sido creado todo el Universo, podría describirse con la fórmula: descenso del espíritu a la materia y donación de forma. Densidades que difieren pueden considerarse pues, como proporciones diferentes de materia y espíritu en las sustancias o mundos que se consideran. La misma idea ha sido expresada por algunos escritores, como proporciones diferentes de materia y movimiento o de materia y energía. O., aún más simplemente, como diferentes niveles de energía o, nuevamente, como diferentes escalas de tiempo. La intención es la misma. Se trata de establecer una especie de patrón de medida, capaz de medir todos los seres y todas las fuerzas desde el Absoluto hasta el Abismo.

En un capítulo anterior parecía posible establecer una escala de densidad o, inversamente,

una escala de poder para los planetas. ¿Es posible alguna escala así para los elementos de la Tierra?
En muchas épocas se hicieron intentos para clasificar el pequeño puñado de elementos entonces conocidos, en atención a su ―nobleza" o su ‗virtud'. Pero el descubrimiento de una serie completa de metales raros entre 1735 y 1755, y el aislamiento, después de 1860, de docenas de elementos completamente nuevos, con la ayuda de la espectroscopía, cambió por entero el panorama. En 1869 Mendeleev trató de organizar este nuevo conjunto en un orden basado en el peso relativo de los áto–mos de cada elemento. El estudio de la estructura atómica y del papel desempeñado por los electrones planetarios, hizo posible adaptar la tabla de Mendeleev, mediante el simple agrupamiento de los elementos de acuerdo con el número de sus electrones. Este es el método de números atómicos en el que el hidrógeno, con un electrón, tiene el número atómico, 1; el helio, con dos electrones, 2; etc. Con dos excepciones, los elementos se catalogan ahora merced al número de electrones desde el 1 hasta el 96.
Pero el cuadro no es tan sencillo. Porque el átomo parece diferir del Sistema Solar del modo siguiente: puede tener no uno sino numerosos electrones planetarios (hasta un cierto máximo) en cada órbita [35]. En la órbita más interior es posible que tenga dos electrones; en la segunda, ocho más; en la tercera, ocho más nuevamente; en la cuarta y quinta, dieciocho cada una, y en la sexta, treinta y dos.
Se han encontrado algunos elementos raros con propiedades radioactivas con siete órbitas, y es el último electrón de esta última órbita, el que al fin el hombre ha logrado disgregar. Esto difícilmente puede compararse con el constante movimiento de electrones en la segunda órbita, que parece ser parte del proceso por el que el Sol desprende energía. Aunque, en relación, quizás es igualmente tan grave como el desprendimiento de una Luna invisible de Plutón, fuera del Sistema Solar. Este principio de la bomba atómica era sin embargo, el punto de partida solamente para el desarrollo de una potencial bomba de hidrógeno, en el cual la producción de energía solar sería simulada por la misma. Un aspecto más ominoso de tal pretensión se tratará más adelante.
Ahora bien, si consideramos con mayor realidad como sólidos a los átomos, sus órbitas son cubiertas o capas. Así que los átomos de elementos diferentes tienen un número de cubiertas entre uno y siete. En seguida, la cubierta externa puede tener cualquier número de electrones desde uno hasta su máximo complemento, con variaciones resultantes en rigidez de la superficie; de modo que si una cubierta bien provista de electrones puede considerarse como hecha de acero, aquellas con menor número tendrían la constitución de algo parecido al aceite, el hule o los plásticos.
Este símil da una idea exacta de las densidades relativas de los diferentes elementos. Mientras mayor sea el número de cubiertas será más denso el elemento; y entre el grupo de elementos con igual número de cubiertas, será más denso aquél cuya cubierta exterior sea más rígida.
Por tanto existen siete categorías principales de densidad entre los elementos, conocidos con el nombre de períodos. Pero dentro de cada período hay a su vez, una variación de actividad en relación con el número de electrones en la cubierta más exterior. Cada elemento es atraído por aquel que posee el número complementario de electrones, del modo como el sodio, con un electrón sobrante, se inclina naturalmento por el cloro, al que falta uno, para formar sal. Aquí tenemos un paralelo exacto de la analogía platónica de las almas humanas que buscan la mitad complementaria de la que fueron separadas en la primera creación. Esto es el macho y la hembra de los elementos; el metal positivo es impelido irresistiblemente a combinarse con el

[35] Es posible que este número variable de electrones en cada órbita sea comparable en alguna forma al número variable de lunas dependientes del planeta de cada órbita solar. En el Sistema Solar la órbita de Mercurio contendría sólo al planeta sin lunas mientras que por otra parte, las órbitas de Júpiter y Saturno contendrían todo un complemento de nueve, cada una.

metaloide negativo, en proporción exacta a su contraste. Cada elemento es incompleto por naturaleza y busca completarse, con excepción de aquellos cuyo complemento electrónico es entero y que no necesita de un socio. Estos son los llamados gases raros o –nobles" –helio, neón, argeón, criptón y xenón– cuyas cubiertas serían tan resistentes y pulidas que ningún elemento podría encontrar un resquicio. Recordamos las condiciones de la superficie lunar, donde nada se altera y toda posibilidad de cambio está ausente.
La escala general de densidad de los elementos empieza a aclararse. En la primera categoría, con una cubierta, encontramos al hidrógeno y al helio, cuya rarificación y grado de potencialidad les dan alguna particular afinidad por el Sol donde, como hemos visto antes, desempeñan parte especial en la generación de la energía solar.
En el otro extremo de la escala, con siete cubiertas, encontramos a los elementos radioactivos: radio, actinio, torio, protactino y uranio, cuya densidad es tal que no pueden existir naturalmente en la superficie de la Tierra, sino que son descubiertos por el hombre en cantidades infinitesimales, en lugares completamente alejados de la influencia vivificante de la radiación solar, como en los interiores rocosos de las montañas, en los lechos de lava y en el limo del fondo de los mares. Aún así, estos elementos tienden a hacerse menos densos, siendo precisamente su radiación un recurso para elevarse a sí mismos hasta los elementos más finos de la serie de encima. El uranio (92) tiende a convertirse en radio (89), que a su vez tiende a disgregarse en helio (2) y en el radón (86), gas inerte.
En verdad, el fenómeno de la radioactividad es curiosamente misterioso y paradójico. Es probablemente más común bajo la superficie de la Tierra que lo que se reconoce y, de hecho, puede representar un tercer principio posibilitador en el campo geológico, exactamente como el aire es un tercer principio posibilitador para el mundo orgánico y la luz lo es para el planetario. La radioactividad oomo una tercera fuerza, puede ser a su vez el factor desconocido en ciertas transmutaciones subterráneas, las que resultan en materias de inmensa energía latente – el petróleo, por ejemplo.
Todos los elementos de esta última categoría aparecen en inmensos períodos de tiempo, tratando de trepar hasta el nivel del plomo, el elemento común más denso, que pertenece al período colocado por encima. En este proceso, la sola transmutación natural de átomos que conocemos sobre la Tierra, puede hacer posible apreciar el trazo de algún prolongadísimo proceso de evolución o refinamiento terrestre.
De modo que en el hendimiento del átomo de uranio el hombre está haciendo en la fracción de un segundo lo que la Naturaleza haría en algunos millones de años. Desde el punto de vista de semejante evolución, lo que puede ser más grave es la recolección de grandes cantidades de este material abismal y la creación, por su propio propósito destructivo, de nuevos elementos —neptunio (93), plutonio (94), americio (95) y curio (96)– todavía más densos que aquéllos que la Tierra tiene que elevar a la vida tan penosamente. Todavía están por verse los efectos de esta blasfemia.

II OCTAVAS ELEMENTALES

Cuando buscamos un diseño en la tabla de elementos tal como se dispone de la manera habitual, nuestra impresión es la de un orden extraordinariamente sutil y escondido. Mas cuando pretendemos apartarle el velo, nos elude. Las cosas no son tan sencillas como parecen a primera vista.
En el primer período el hidrógeno está solo. Es un elemento únicoque se combina con la mitad del resto, pero que claramente no tiene semejante. Como la energía solar, no tiene par.
Los dos períodos siguientes tienen ocho elementos cada uno y recordamos la disposición de la octava que, considerando los planetas, deducimos que debería ser válida a través de toda la creación. En el tercer período hay un indicio, la secuencia de los pesos atómicos

del neón (20) al argón (40), es exactamente la recíproca de la secuencia de vibraciones de una octava descendente – con un elemento extra, el fósforo, que llena el medio tono entre *mi* y *fa*.
Por lo tanto, los primeros tres períodos se disponen así, por si mismos:

Do	Si	La	Sol	Fa	—	Mi	Re
			1 H 1				
2 He 4	3 Li 7	4 Be 9	5 B 11	6 C 12	7 N 14	8 O 16	9 F 19
10 Ne 20	11 Na 23	12 Mg 24	13 Al 27	14 Si 28	15 P 31	16 S 32	17 Cl 35½

En el cuarto período encontramos nuevamente una relación casi exacta de pesos en octava, desde el argón (40) hasta el criptón (84), gases inertes. Sólo nosotros disponemos de tan numerosos elementos para las notas interpuestas. Empezamos a preocuparnos por el número de elementos raros descubiertos en el último siglo y sin cuyo conocimiento el hombre se arregló para existir satisfactoriamente durante muchos miles de años. ¿Puede ser –nos preguntamos– que el titanio o el vanadio, que sólo existen en filones de otros minerales, tengan realmente una importancia igual desde el punto de vista de la Tierra, al argón, por ejemplo, que constituye el 1 % de toda la atmósfera?
Y con este pensamiento se nos ocurre (me en algunos casos las notas de nuestras principales octavas están divididas a su vez en octavas menores, y que estos elementos raros no constituyen notas cabales sino sólo notas de octavas interiores, siendo necesarias tres o siete de ellas para obtener una nota completa. Teniendo como base este principio, resulta fácil descubrir las notas del cuarto período.
Llegados a este punto, empieza a filtrarse más luz. Los siete períodos de los elementos, es decir, las categorías de átomos divididos de acuerdo con el número de sus cubiertas, constituyen de por sí una octava descendente. La tabla completa forma una octava multiplicada por una octava, o una octava al cuadrado. La constitución física de la Tierra se revela a sí misma como una escala sólida, cuyas notas son las que forman armónicos más finos. Toda la estructura atómica de nuestro mundo está constituida, de ser así, por música cristalizada y silente.
Luego, con el quinto período hemos alcanzado la nota *mi* en esta octava descendente de períodos. Y empezamos a descubrir una tendencia para que esta octava falle. Lanzados con toda la fuerza de la energía creadora del Sol, los pesos atómicos se quintuplican en el segundo período y se duplican en el tercero. En el cuarto se necesita la asistencia de numerosas octavas internas para lograr el requisito de doblar y, en el quinto, aún con este impulso, el grado de aumento no alcanza esta proporción. El peso atómico del xenón es sólo de 131, en comparación con el de 84 del criptón. Nos damos cuenta que hemos alcanzado el intervalo o medio tono entre *mi* y *fa.*
Y, ahora, en el sexto período, aparece un fenómeno muy curioso. Nos encontramos súbitamente con un grupo de 14 raros elementos terrosos, descubiertos en el siglo XIX, cuya principal característica es el que prácticamente es imposible aislarlos. Forman lo que podría ser un bloque intensamente coherente que sólo mediante los métodos más

complicados de cristalización fraccionada podrían separarse. Y claramente constituyen, no octavas internas, sino *una octava* más *interna, en una nota de una octava interior. Su* sola multiplicidad arrastra la creciente inercia de la escala descendente y, por detrás de esto, encontramos con asombro que el descenso ha recuperado prácticamente su momento anterior. Al tiempo que alcanzamos la nota sol, encontramos plata y oro separados por casi una octava, con pesos atómicos de 108 y 197, respectivamente. El impulso de la octava descendente está rezagado todavía respecto a una duplicación perfecta de densidad – aunque muy poco.

El papel de los elementos raros, sobreponiéndose a la caída de la octava en el semitono, ayuda a explicarnos el método cósmico de pasar este momento universal de resistencia. Como un general que deshace su columna en una masa de individuos independientes para vadear un río, la Naturaleza, en su caso, se rompe en una multiplicidad. Del modo como los catorce elementos raros son usados para cruzar un solo semitono en la tabla de elementos, así el tropel de asteroides llena el medio tono planetario entre Marte y Júpiter. Y, otra vez todavía, la multiplicidad de la vida orgánica hace puente en el intervalo entre el Sol y la elemental esfera desnuda de la Tierra, sin el que no habría medio de absorber la radiación solar.

Cuando en esta forma hemos completado el arreglo de la tabla de elementos encontramos, como anticipamos, que forma una octava al cuadrado. Todo lo que es la *primera octava horizontal o período,* está ocupapado por el elemento hidrógeno, con su afinidad especial por el Sol y su inmensa potencialidad. Por así decirlo, el hidrógeno sería espíritu en la armazón de elementos. La vida misma depende de una exacta concentración de iones de hidrógeno en el líquido orgánico.

El segundo período, desde nuestro punto de vista, está identificado especialmente por los elementos carbono, nitrógeno, oxígeno que forman con el hidrógeno en su infinita unión, la variedad del mundo orgánico. Se han identificado alrededor de un cuarto de millón de tales combinaciones. Representan el vehículo de la vida.

El tercer período introduce al sodio y el cloro, que como sal, son la base de toda la forma y tensión orgánica. Agrega dos metales ligeros y los minerales suplementarios, fósforo y azufre, que son necesarios para la existencia del sistema nervioso con todas sus implicaciones.

En el *cuarto período* empiezan los minerales pesados y los metales, notablemente el potasio y el calcio que juegan un gran papel en la constitución de la sangre y en el mantenimiento de la circulación; y el hierro y el cobre,. que en cantidades minúsculas regulan la combustión del aire y los procesos de la respiración.

Los metales duros del *quinto período* no son asimilables a la vida; sólo el yodo actúa en su serie como una especie de lastre en el movimínto del cuerpo humano. Así que podemos darnos cuenta de que todas las materias del organismo humano están comprendidas en las dos octavas del carbono hasta el oobre, con la sola excepción del principio activante del hidrógeno por encima y el yodo, como lastre, por debajo. Más tarde volveremos sobre esto.

Los elementos del *sexto período,* esto es por debajo del intervalo mifa, parece que no ocupan lugar en la vida. El oro, platino y mercurio, por ejemplo, son apreciados por su gran impenetrabilidad a la acción química y al ablandamiento y absorción que son esenciales para incor, porarse a un organismo viviente.

Finalmente, los elementos del *séptimo período* no participan en nada de la Naturaleza. Como se ha sugerido anteriormente, pertenecen al interior de la Tierra, lejos de la influencia solar y de todas sus consecuencias. En su incompleta capacidad para el cambio y para participar en los procesos viviente, su afinidad está con las condiciones que observamos en la superficie de la Luna.

	do Neptuno	si Urano			la Saturno							sol Jupiter			fa Marte	- Venus	mi Mercurio	re Luna
	Gases inertes	Met. Alk.	Ter. Alk.	Terrosos	Metales				Magnéticos						Metaloides Quadriv.	Triv.	Bivalente	Halógenos
do Neptuno	1 H 1																	
si Urano	2 He 4	3 Li 7			4 Be 9							5 B 11			6 C 12	7 N 14	8 O 16	9 F 19
la Saturno	10 Ne 20	11 Na 23			12 Mg 24							13 Al 27			14 Si 28	15 P 31	16 S 32	17 Cl 35,5
sol Jupiter	18 A 40	19 K 39	20 Ca 40	21 Se 45	22 Ti 48	23 V 51	24 Cr 52	25 Mn 55	26 Fe 56	27 Co 59	28 Ni 59	29 Cu 64	30 Zn 65,5	31 Ga 70	32 Ge 72,5	33 As 75	34 Se 79	35 Br 80
fa Marte	36 Kr 84	37 Rb 85,5	38 Sr 88	39 Y 89	40 Zr 91	41 Nb 93	42 Mo 96	43 Ma	44 Ru 102	45 Rh 103	46 Pd 107	47 Ag 108	48 Cd 112,5	49 In 115	50 Sn 119	51 Sb 122	52 Te 128	53 I 127
— Venus —																		
mi Mercurio	54 X 131	55 Cs 133	56 Ba 137	Terrosos Raros	72 Ct 179	73 Ta 181	74 W 184	75 Re 186	76 Os 191,5	77 Ir 193	78 Pt 195	79 Au 197	80 Hg 200	81 Tl 204	82 Pb 207	83 Bi 209	84 Po 210	85 ?
re Luna	86 Em 222	87 ?	88 Ra 226	89 Ac 227	90 Th 232	91 Pa 231	92 U 238	93 Np	94 Pu	95 Am	96 Cm							

Figura 8: TABLA DE LOS ELEMENTOS

De estas características de los diferentes períodos, emerge una curiosa propiedad de los halógenos – hidrógeno; fluor, cloro, bromo, yodo. Representan los límites entre diferentes estados de materia. Vimos co mo el hidrógeno se encontraba en la frontera entre la materia en estado electrónico y la materia en estado molecular. Del mismo modo el fluor se sitúa en la línea divisoria entre la materia en estado molecular y la materia en estado celular –y posee la curiosa propiedad de disolver la última en la primera. En seguida, el cloro se encuentra en el término entre los estados celular y mineral de la materia— y por su acción en la sal, tiene una capacidad análoga de incorporar al estado inferior (¡entro del superior. Nuevamente, el bromo delinea la frontera entre los estados mineral y metálico de la materia; en tanto que el elemento 85, si supiéramos lo que era, se sitúa entre las materias que pueden aparecer en la superficie terrestre y aquéllas que no deben aparecer.

La tabla se inicia con el espíritu y termina con materia carente por completo de vida, empieza con energía pura y finaliza con inercia pura, da comienzo con el Sol y termina con la Luna. Entre los dos están los períodos que corresponden a las varias funciones de la Tierra —— las llaves respectivas a la forma y movimiento, a la sensación nerviosa, la sangre y la respiración, y a dos reinos inorgánicos. Estas formas entre espíritu y materia, como vimos antes, son del dominio de los planetas. Y podemos intentar asignarles planetas individuales. Por el momento sólo podemos considerar estas asignaciones como membretes convenien–s. Más tarde nos resultarán de utilidad.

Entretanto, hemos comenzado ciertamente a dar por fin un vistazo en la escala general de todas las materias y energías en el Universo, a las que hemos estado buscando. Pues esta tabla de lusos atómicos, extendida hacia arriba en el campo de la materia radiante, se continúa ahí por la medida del quanta de energía que lleva tales electrones libres. Mientras que hacia abajo se continúa nuevamente, a través de lospesos moleculares de todas las substancias orgánicas e inorgánicas compuestas de esos elementos.

La tabla del quanta de energía radiante, la tabla de pesos atómicos de los elementos y la tabla de pesos moleculares de los compuestos, forman de hecho una sola Escala de Jacob que se extiende del cielo al infierno y en cuyos diferentes peldaños se encontrarían todos los fenómenos, conocidos y desconocidos. Desde este punto de vista, todo podría considerarse como físico y todo comparable. Los electrones libres que llegan a la Tierra desde el Sol, representan la forma más alta y rarificada de la materia física que conocemos; cuanto más grandes las colonias de tales electrones encerrados en conjunto por la Tierra, tanto más densa la substancia que de ellos se deriva y más baja la función que la emplea. Todo –de la luz al plomo y desde la aspiración a la excreción– es *mensurable.*

En tal escala, en verdad, el cuerpo, alma y espíritu del hombre, pueden ser comparados exactamente y con la misma exactitud calcularse el destino y la afinidad de cada uno.

III LA TRIPLE CREACIÓN DE LA QUÍMICA ORGÁNICA

Debemos considerar ahora el modo en que estos elementos interactúan para proveer material adecuado para las formas que puede tomar la vida sobre la Tierra. De nuestro estudio de la interacción del Sol, los planetas y la Tierra, deberíamos esperar en principio que lo activo se combine con lo pasivo en presencia de un tercer elemento o catalizador. Esto es exactamente lo que ocurre en la Química Orgánica.

Podemos decir, en general, que el *hidrógeno y los metales* de notas verticales *do, si, la* tienden a combinarse con los metaloides de notas verticales *re, mi,* intervalo, *fa,* en presencia del *aire, y* con la necesidad adicional, en algunas ocasiones, del calor, presión, electricidad o alguna otra forma de energía aplicada. Esto es, los elementos más activos en el extremo superior de los períodos, tienden a combinarse con los elementos más pasivos del extremo inferior de los mismos. En casi todos los casos, tales combinaciones sólo son posibles por la presencia del nitrógeno atmosférico, el catalizador o tercera fuerza. Es un principiotan obvio que no se reconoce, puesto que sabemos que la Química tiene lugar en el aire. Y en conexión con nuestras tablas, sacamos en limpio que el nitrógeno y sus elementos asociados desempeñan el papel especial de llenar el intervalo vertical entre *mi* y *fa.* Ellos forman la tercera fuerza o mediadora entre los elementos.

Por tanto, podemos tomar de manera amplia como activos a los metales, como pasivos a los metaloides y al aire o nitrógeno como mediador. La tríada de la creación, cuyos frutos tratamos de entender en la naturaleza del Sistema Solar, encuentra su menor aunque exacta contraparte en el mundo de la Química. Y si confiamos nuestra investigación a la Química Orgánica, encontramos (con la intervención universal de la energía vital del hidrógeno) que tres elementos representan clara y simplemente a los tres agentes creadores. El carbono es activo, el nitrógeno mediador y el oxígeno pasivo.

Sólo debe recordarse que estos papeles no dependen de la naturaleza interna de estos elementos, sino de su *relación* con los elementos superiores e inferiores. Por tanto, en una combinación de hidrógeno con nitrógeno, el carbono se convertirá en mediador y el nitrógeno en pasivo; en tanto que en otra combinación, el oxígeno, por ejemplo, estará situado entre el hidrógeno y el sodio y actúa como mediador de aquéllos.

Empero, entre estos mismos, el carbono puede actuar siempre como activo, el nitrógeno siempre como mediador y el oxígeno siempre como pasivo. Y podemos suponer que en este mundo de elementos existen, también, seis combinaciones posibles de estas fuerzas y seis procesos derivados, análogos a aquéllos que, en el mundo celeste, mantienen implicaciones tan enormes de crecimiento, destrucción, refinamiento, enfermedad, renovación y regeneración.

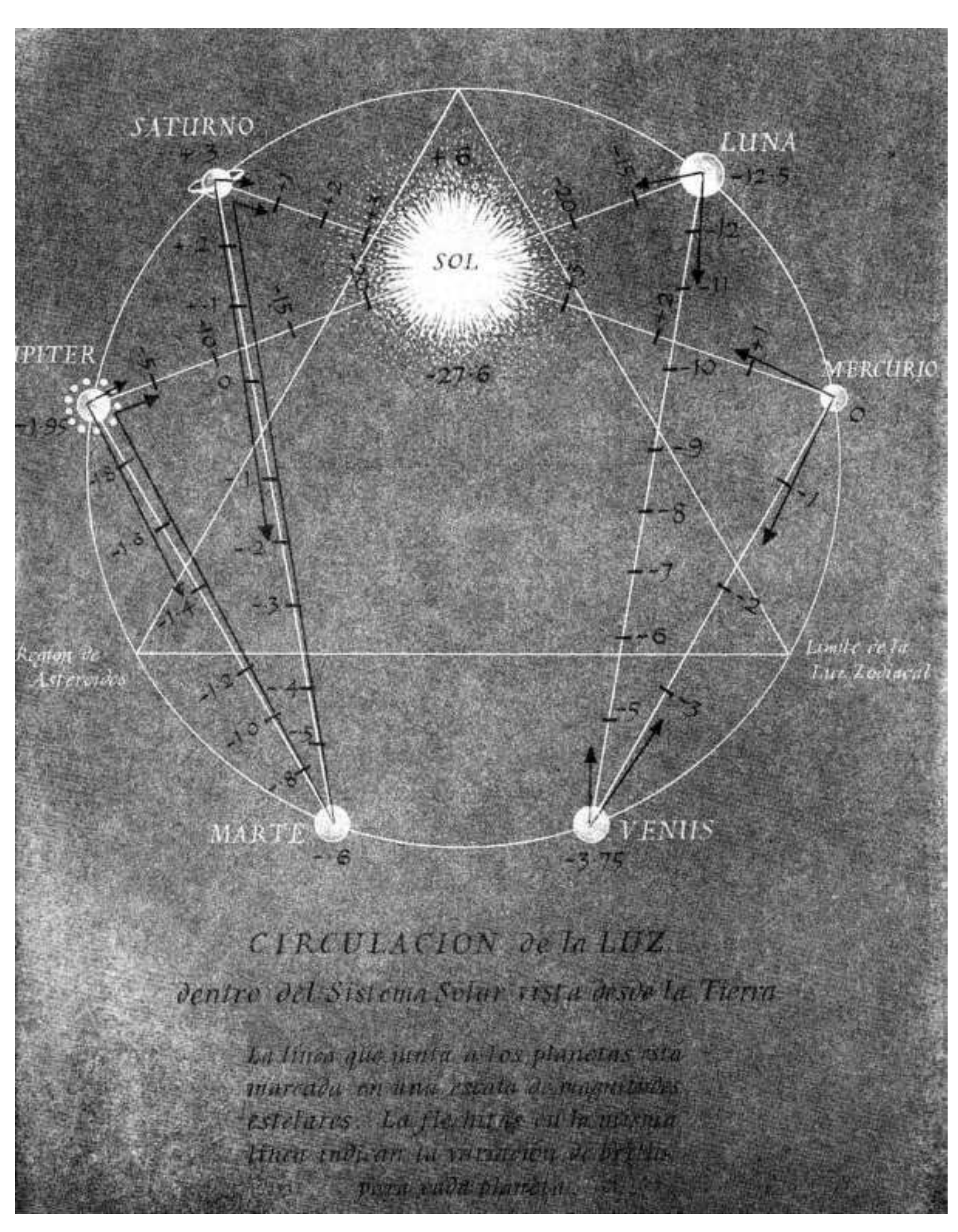
Sin embargo, esto no nos concierne por el momento. Ahora tenemos que intentar el estudio de cómo los átomos de los elementos simples, que representan la materia prima del aire y de la Tierra, de la materia en estado molecular y en estado aminal, son gradualmente incorporados

en las complejas formas de la vida celular.
Primeramente, estos átomos resultan encerrados en conjunto por unidades, pares, tríos, sextetos, docenas, para crear las moléculas de cuerpos compuestos. Dos átomos de hidrógeno (peso atómico –2) y un átomo de oxígeno (16) se combinan para formar una molécula de agua, que por tanto tiene un peso molecular de 18. Las moléculas de compuestos orgánicos simples –tales como el éter, leche, celulosa, glucosa, morfina, etc – son complicadas jaulas o cadenas, formadas por átomos dehidrógeno, carbono, oxígeno y nitrógeno, en ocasiones reforzadas con azufre y fósforo. Estos compuestos orgánicos, esenciales para la vida orgánica, pero de los que no puede decirse que sean orgánicos ni vivientes, tienen en su mayor parte pesos moleculares que fluctúan desde 16 (metano) hasta 1,000 o más.
Y bien, si como hemos visto, los elementos puros están armónicamente relacionados en siete octavas según sus pesos atómicos, deberíamos esperar que estos compuestos orgánicos estuvieran relacionados de modo semejante a los moleculares. Y así resulta que las notas individuales *–do, re, mi, fa, sol, la, si, do–* tocadas por los átomos de diferentes elementos, van haciendo eco a través de las docenas de octavas de compuestos orgánicos, que reproduce en aquéllas las mismas cualidades, pero en forma más complicada. El nitrógeno, con un peso atómico de 14 tiene su eco, así en la istamina de los glóbulos blancos (111), tres octavas más abajo, cinco octavas más abajo por la vitamina K (450) de las hojas verdes, y seis octavas debajo de la clorofila (007). Estas sustancias se enfrascan mancomunadas, en una tarea bien determinada – en un papel específico aunque invisible, conectado con el aire, la sangre, la savia, los *medios* para la vida en diferentes escalas. mientras en la misma serie de octavas descendentes, que representan los pesos moleculares, otras extensas clases de compueto que nos son familiares tocan una por una sus notas respectivas, diferentes y características.
En verdad, con esto disponemos del esquema (le una escala general de densidades de todas las substancias de la Tierra, aunque para el desarrollo ulterior de esta tesis debamos esperar el estudio sobre la acción de los seis procesos cósmicos diferentes desarrollados en el cuerpo humano y en los agentes químicos por cuyo intermedie obran. [36]
Mientras tanto, una serie de sustancias que ocupan una de estas notas –los aminoácidos— debe ahora ocupar nuestra atención, porque actúa como un peldaño especial entre estos compuestos moleculares y las proteínas que, a su vez, sirven como eslabón directo con la vida en su forma celular. Estos aminoácidos poseen una curiosa doble naturaleza, mitad ácido y mitad álcali, y están capacitados, por tanto, para combinarse en complicadas cadenas, tomando el extremo ácido del uno al extremo alcalino del siguiente. Existen alrededor de 25 diferentes aminoácidos —los ladrillos de la vida orgánica— que combinados de diferentes maneras forman una variedad casi infinita de estructuras distintas.
Cuando esas estructuras alcanzan un determinado grade de elaboración, nos encontramos entre las proteínas naturales, un paso más cerca de la vida en su sentido reconocible. ¿Están de por sí vivas las proteínas? Difícil es afirmarlo. En el sentido en que una casa puede vivir, en tanto que no puede ocurrir lo propio con un ladrillo, sí. Pero no, en el sentido en que una planta sobre el muro está viva, mientras que la casa misma no lo está. Sin embargo, considerando su trabajo en una con tena de procesos diferentes de vida, en la digestión de alimentos, en la promoción del crecimiento, haciendo posible la reproducción, no podemos sino pensar que, abordando las proteínas, liemos ya, aún sin saberlo, la desconocida frontera entre lo viviente y lo inerte.
Para obtener la clase más simple aún de molécula protéica, muchos cientos de aminoácidos deben disponerse en una forma definida, llamada ‗cyclolo'. Por tanto,

---

[36] Ver Apéndice II, ―Las Octavas de los Compuestos Orgánicos" y el Cap. 12, III.

mientras que el peso molecular de la mayoría de los aminoácidos es alrededor de 130, una proteína elemental ––—1–t albúmina de la clara de huevo– tiene un peso molecular alrededor de 34,000. Ciertamente el peso molecular de muchas, sino es que de todas las proteínas parece correr en múltiplos de 17,000 o probablemente de 16,384 que es una interesante cifra que se encuentra exactamente siete octavas arriba del grupo de los mencionados aminoácidos y a diez de su elemento básico, el oxígeno.



Es claro que estamos siguiendo una línea bien definida, ese filo de cuchillo situado entre la acidez y la alcalinidad, sobre el que está construído todo el reino de la vida orgánica.
Hemos hablado como si estas estructuras moleculares estuvieran construídas desde abajo. Pero en realidad, como sabemos, son criaturas del cosmos situado por encima de la molécula, esto es, la célula. Esta, en un tiempo increíblemente corto, produce todas las proteínas y otros compuestos que necesita, los mismos que de poder llegar a simularlos el hombre, es sólo mediante esfuerzo y paciencia enormes. ―Los químicos trabajan laboriosamente –dice el Dr. J. A. Y. Butler– transforman compuestos paso a paso, usando poderosas sustancias químicas, calor y algunas veces la acción eléctrica, para lograr los cambios que requieren. Pueden necesitarse meses en una complicada serie de reacciones para construir un compuesto que una sola célula puede hacer en cosa de minutos o de horas". [37]
Esto es bien comprensible porque si la célula labora en tiempo celular, el químico trabaja con el tiempo del hombre que, como vimos antes, es cerca de 5,000 veces más lento. Diez minutos para la célula equivalen a un mes para el hombre y una cantidad comparable de trabajo pueden hacer y hacen uno y otro en los dos períodos respectivos.
¿Qué es en realidad la transición de la molécula protéica a la célula, esa estructura tan característica de la vida orgánica, y cuál es el organismo más inferior al que de ordinario atribuímos la calidad de ‗vida'?
En el interior de la célula existen minúsculas partículas llamadas *genes,* cada una de las cuales, de algún modo misterioso, porta el signo de una sola característica del gran organismo de que esa célula forma parte. Un gene probablemente no consiste más que en diez moléculas protéicas – es un diseño en escala molecular de una característica del organismo celular completo. Cien o más genes forman una *sección* entre las diez o más que constituyen un cromosoma. En tanto que desde diez a cien cromosomas, un núcleo, y otros elementos menores demasiado numerosos para mencionarlos, envueltos dentro de un saco o membrana de celulosa, constituyen juntos una célula.
Anteriormente, considerando a los cosmos en general, establecimos una relación entre el cosmos de una molécula simple y el cosmos de una célula. Ahora vemos que entre estos dos cosmos vecinos se extiende una escala completa de organismos intermedios. Más aún, disponiendo en orden esta escala y colocando a su lado la cifra aproximada de multiplicación de peso de uno al siguiente peldaño, encontramos una serie que nos recuerda mucho a una octava ascendente:

Do	molécula de hidrógeno	x 10
Re	molécula de compuesto simple (ejemplo, agua)	x 10
Mi	molécula de aminoácido	x 1,000
Fa	molécula protéica	x 10
–	*Vida*	
Sol	gen	x 100
La	sección de un cromosoma	x 10
Si	cromosoma	x 50
Do	célula	

Ahora podemos comprender por qué, alcanzando la molécula protéica, tenemos la prevención, si no es que la prueba, de alguna gran transición. El intempestivo factor prolongado de multiplicación entre la molécula del aminoácido y la molécula protéica, representa en verdad ese intervalo natural entre las notas *mi* y *fa* que en otra escala vimos

[37] ―Man as a Microcosm" (El Hombre como Microscosmos), p 22.

ocupado por el reino de la vida orgánica sobre la Tierra. Por debajo de este punto, las notas de nuestra presente octava pertenecen claramente al mundo molecular. Por encima de éste, ellas se alían al celular.

En este intervalo para cruzar el espacio entre los dos mundos, ha intervenido algo invisible e intangible. A este factor –en nuestra limitada comprensión humana de la palabra– llamamos vida.

CAPÍTULO 8. LA LUNA

I LA LUNA COMO EL GRAN CONTRAPESO

La LUNA es el retoño de la Tierra. En la ciencia y en el mito se ha conocido y expresado esta idea en una u otra forma desde los primeros albores de la Historia. La teoría del siglo XIX, que la Luna era un fragmento arrancado a la Tierra aún no formada durante un cataclismo cósmico, hacía eco otra vez en lenguaje nuevo a la leyenda griega de que Selene nació de Theia.

Sólo que la leyenda griega es más sugestiva en muchos aspectos. Porque va más allá, agregando que Selene, la Luna, era hija de Theia, la Tierra y de Hyperión, el Sol; que era amado por Pan, el mundo de la Naturaleza, pero estaba enamorada de Endimion, la Humanidad, a quien Zeus adormeció interminablemente. Hay, aquí, sugerencias de muchos papeles, que hacen a nuestras explicaciones puramente geológicas curiosamente sencillas y nada convincentes.

Sin embargo, debe primero aclararse el cuadro general. Un núcleo vitalizante a cuyo alrededor gira un cierto número de satélites, cada uno de los cuales desempeña una función para el todo, parece ser el esquema fundamental de nuestro Universo. Así está el Sol con sus planetas, los planetas con sus lunas, los núcleos atómicos con sus electrones. Vemos una analogía ulterior en la vida humana en donde el padre sostiene en la misma forma a los ―satélites" de su familia; el patrono a sus trabajadores, y el profesor a sus alumnos. Quizá podamos ir más allá, y sugerir que en el mismo cuerpo humano los varios órganos y sus funciones giran análogamente alrededor del corazón, del que depende la unidad y cohesión del todo.

De modo que en cada escala el desarrollo se mide, en un sentido, por la responsabilidad. El trabajo de un hombre puede sostener a dos que de él dependan; el de otro hombre a doscientos; el núcleo de un átomo de carbono lleva seis electrones, el de cobre, 29. Marte sostiene a dos lunas, Júpiter a 9. Tales satélites pueden imaginarse de muchos modos – como prole, como discípulos, como dependientes, o aún como ―funciones" de su ―sol". Estudiando el Sistema Solar y sus planetas, aparece claro que cada uno de estos símiles contiene un cierto elemento de verdad. En cualquier caso, este arreglo cósmico parece implicar de algún modo una ‗responsabilidad' del Sol para sus satélites, un ‗servicio' que ellos deben rendir en cambio; y, también, un paso de energía o conocimiento del Sol a sus satélites y una aspiración recíproca de estos últimos por adquirir una energía semejante a la de él y finalmente, para emular su luminosidad.

Ahora bien, en relación con su satélite, la Tierra tiene una responsabilidad que parece única en el Sistema Solar. Sólo tiene una Luna, pero el tamaño de ésta comparada con su madre es tal, que ni aún el mismo Sol parece desempeñar una tarea semejante. La masa total de todos los planetas del Sistema Solar es sólo un ochociento avo de la propia masa del Sol. Pero la masa de la Luna es nada menos que un ochenta ayo de la de la Tierra. Parece que la Tierra soporta diez veces más peso, comparando los tamaños, que el Sol.

Es cierto que sostiene este peso a una distancia relativa mucho más cercana. Y la importancia de la distancia será clara si uno trata de sostener un peso de un kilogramo al extremo de un brazo, extendido a un lado, o al extremo de una cuerda de dos metros. La Tierra, de hecho, es como un hombre que lleva un peso de un kilogramo en el extremo de diez metros. En las condiciones más favorables, la tarea colmaría al máximo el límite de resistencia humana.

No sólo por la masa de su satélite está la Tierra especialmente agobiada sino, también, por la distancia a que debe sostenerla. Porque la Luna se desplaza a no menos de 30 veces el diámetro de la Tierra. Solo Saturno sostiene una Luna grande a distancia semejante, y

ésta, comparativamente, es una pluma.
El efecto de esta carga para la Tierra es semejante al del nivelador de pesos de un reloj de péndulo, al del lastre para el navío, o al de las esferas de acero que se desplazan actuando como directrices de un motor. Donde quiera que la energía motriz se aplica a un mecanismo, alguna clase de peso es necesaria para suavizar y acentuar la fuerza animadora, y para impedir que el todo se lance en el espacio. Ya hemos visto cómo en el cuerpo humano, construido con un número reducidode elementos, es necesario el peso denso del yodo, abajo, para balancear el principio activante del hidrógeno, arriba. En nuestro ejemplo tomado de la vida humana, la responsabilidad de un niño actúa como peso o mando sobre los deseos motivadores de sus padres, poniendo freno a sus impulsos centrífugos, y conduciéndolos más allá de momentos de inercia y laxitud. Exactamente en la misma forma, la Luna actúa como mando para la Tierra, igualando y administrando la energía solar.
Este efecto es mejor conocido en la influencia de la Luna sobre las mareas. Sin este equilibrador de pesos, los líquidos tenderían a ser arrojados fuera de la superficie terrestre por la atracción y el calor del Sol, al girar la Tierra. La Luna neutraliza este efecto, estirando las grandes masas líquidas de los océanos, cuando pasa mucho más lentamente sobre ellas. Su efecto real como lo ha asentado el Abate Moreux, [38] es reducir en grado mínimo el peso de los objetos colocados inmediatamente debajo de ella. Aligerado por un diez milésimo de su masa, el océano se eleva un metro bajo la acción directa de la Luna. Todos los múltiples fenómenos de las mareas resultan de esta acción.
Lo que, sin embargo, ha pasado desapercibido en los tiempos modernos, es que no sólo los océanos, sino que todos los líquidos están sujetos a esta acción. El efecto de marea de la Luna actúa igualmente sobre los líquidos incorporados a la materia orgánica, como sobre los que están libres. Y de hecho, el efecto es evidentemente mucho más fuerte, puesto que los minúsculos capilares por los que se mueven los líquidos orgánicos, los dividen en masas tan pequeñas, que obedecen más bien a leyes moleculares que mecánicas, y son por tanto infinitamente más sensibles que las grandes cantidades de agua con las que estamos más familiarizados.
En esta escala molecular, el efecto de atracción o alzamiento de la Luna es muy evidente y, sin duda, provee de base a muchas tradiciones populares, tales como la creencia de que el desarrollo de las plantas se efectúa en la noche y especialmente en las noches de luna. En forma particular la Luna parece ejercer esta influencia en los fluídos sexuales. El científico sueco Svant Arrhenius ha mostrado estadísticamente que la ovulación humana sigue el período de 27.3 días en que la Luna completa su circuito sideral en el firmamento (más bien que en el período ligeramente más largo de sus fases). En años recientes, observaciones cuidadosas han establecido ritmos sexuales semejantes en cangrejos, gusanos, ostras, conchas y erizos de mar, con variaciones correspondientes en su melosidad. El contenido de agua de los melones, calabazas y algas marinas sigue el mismo período. Estudiando los biólogos marinos los lugares de pesca de East Anglia y Milford Haven, han mostrado que las pescas máximas coinciden con la atracción de la Luna, en tanto que los organismos del plankton y las algas flotantes de la costa californiana, varían en la misma forma. [39]
Debe hacerse notar que todos estos ejemplos se han obtenido de organismos cuyo contenido de agua es excepcionalmente alto. Pero, puesto que toda la Naturaleza es

---

[38] Abate Th. Moreux, ―Le Ciel et l´Univers", pág. 196.

[39] Svante Arrenhius, H. Munro Fox, Miss Semmens, Madame E. Kolisko, Señores Savage y Hodgson, C, P. Rickford y otras autoridades citadas por Robert Eisler, ―The Royal Art of Astrology" (Arte Real de la Astrología) Pág. 138–145.

húmeda en esencia, la influencia que ejerce la Luna sobre ella varía sólo en grado. Dondequiera que haya líquido hay movimiento lunar. Selene es, en verdad, amada por Pan, cuyos movimientos dependen todos de su atracción. El mundo de la Natura. leza engendrado por el Sol, hecho de la Tierra y revestido de forma por los planetas, es dotado de movimiento por la Luna.
De este modo la Luna toma su lugar natural entre los cuerpos celestes en su jerarquía de influencia sobre las materias de la Tierra. Hemos visto ya como del Sol puede decirse que controla o influencia la materia en estado electrónico o radiante, cómo los planetas controlan o influencian la materia en estado molecular o gaseoso, y cómo la Tierra –mediante la fuerza conocida por gravedad– controla e influye en la materia en estado mineral o sólido. La influencia de la Luna –mitad planeta menor, mitad satélite terrestre– tiene así efecto, naturalmente, sobre las materias en estado intermedio entre el molecular y el mineral, entre el sólido y el gaseoso; es decir, sobre la *materia en estado líquido.*
Y desde que el organismo humano es agua en el 72%, en ese grado sus movimientos y tensiones no le son propios, sino resultado desapercibido de la atracción de la gran niveladora de pesos de la Tierra. En otras palabras, podemos decir que la Luna, balanceando la atracción de la Tierra y el Sol, mantiene en suspensión a todos los líquidos orgánicos. Sin su apoyo, todos los organismos húmedos se aplastarían, deprimidos por la gravedad solar y terrestre. Si un hombre se yergue derecho con su columna de sangre y linfa erecta sobre el suelo, es la Luna la que permite que esto sea posible. Si levanta un brazo, es la Luna la que le permite vencer la fuerza de gravedad; del modo como la pesa de mi reloj permite que se levante el contrapeso.
Hay una curiosa deducción del poder de la Luna sobre el movimiento. liemos dicho ya que el Sol controla la fuerza de vida, la energía vital del hombre y que los planetas controlan sus diferentes funciones y la forma individual que emerge de sus grados variables de desarrollo. Podemos decir que su vida pertenece al Sol, su tipo o esencia a los planetas. De este modo, cuando el movimiento del hombre surge ya del estímulo de su principio de vida ya de las necesidades de su naturaleza esencial, no es todo un efecto lunar sino resultado, como si dijéramos, de una combinación lunar-solar o lunar-planetaria de influencias. Lo que *totalmente* está bajo la acción de la Luna es el movimiento que no satisface su estímulo de vida ni su esencia, esto es *el movimiento sin objeto alguno, el movimiento completamente sin finalidad.* [40]
Solamente un hombre que ya ha empezado a estudiarse se dará cuenta de qué parte inmensa juegan estos movimientos sin finalidad en la vida humana. No sólo todas las clases de movimientos nerviosos, agita ción, gestos mecánicos de manos y brazos, cambios en la posición del cuerpo, golpes en la cara o las mejillas, los golpes repetidos de pies y tamborilear de los dedos pertenecen a esta categoría, sino también el juego mecánico de los músculos faciales que, en mucha gente, produce incesantemente risa, fruncimiento del ceño, muecas de toda especie, *sin que tengan nada de la emoción correspondiente.* Puede decirse literalmente de la mayoría de los que no entran en el trabajo físico intencionado que utiliza la energía motora en forma correcta y moral, que *nunca* están quietos.
Esto puede ser difícil de creer. Empero, apenas se requiere más que el sencillo experimento de intentar permanecer completamente inmóvil en alguna posición, aún la más cómoda, por cinco minutos, para probar que es un hecho literal. Casi toda la vida de vigilia y sueño de muchos vecinos está ocupada por movimientos involuntarios, no reconocidos, y completamente sin objeto. Estos son los que se entiende están bajo el poder

[40] Es decir, sin sentido desde el punto de vista de los deseos y las intenciones humanas. Es verdad que tal 40 tiene sentido biológico al ayudar a bombear la linfa a todas las partes del cuerpo. Pero esto significa que es la linfa la que mecánicamente dicta esta clase de movimiento, no el *hombre.*

de la Luna. Porque el hombre o la mujer cuyo mecanismo físico ha estado en movimiento involuntario durante, digamos, doce horas estarán tan exhaustos que no les quedarán energías para aquellas cosas que desde el punto de vista de su naturaleza real les gustaría tanto como tanto deberían hacer.
Tememos, así, la extraña situación de que la Luna gobierna lo que no tiene realidad física en el hombre, lo que no existe., la ilusión. Y si se objetase que tener poder sobre la ilusión es, después de todo, no tener poder alguno, atestigua esto solarnente el hecho extraño de que el poder do la ilusión permanece siempre invisible para el hombre por él gobernador – y cuanto más fuerte el poder de la ilusión sobre aquél, más invisible permanece.
Pues una parte inuy considerable de movimientos involuntarios y sin objeto pertenecen al *hábito;* esto es, a algún movimiento, acción o reacción realizado originalmente por alguna razón, buena o mala, pero que continúa repitiéndose por sí misma *ad infinitum,* mucho después que se ha olvidado la razón original y han cambiado las circunstancias. Una vez más, podemos decir que una parte muy grande de la vida humana está entregada a las realizaciones de los hábitos y que toda ésta se halla bajo la influencia de la Luna y nada más que de ella.
Un hábito característico que se extiende generalmente a todos los aspectos de la vida del hombre, en ocasiones es su principal *debilidad.* Por ejemplo, un hombre tiene, por una parte,, la tendencia a ser tímido y, por otra, la tendencia a ser meticuloso en la ejecución de pequeñas tareas. Mientras es niño adquiere el hábito de querer terminar lo que está haciendo antes que reunirse con otras gentes. Gradualmente comienza a parecerle *correcto e inevitable* completar aun la tarea más trivial antes que cumplir una cita. Todavía más tarde, si no tiene una tarea que le demore en su encuentro con la gente, se la inventará. Y así, al final, ocurre que –muy literalmente– nunca cumplirá una cita.
Una debilidad principal de esta clase puede aquejar a toda la vida de mi hombre, echarlo en dificultades sin cuento, impedirle cumplir cuanto intente hacer. Y, cosa curiosa, para este mismo hombre la debilidad puede quedar bastante desconocida e invisible. Porque le parecerá cada caso separado e inevitable y nunca se le ocurrirá que podría actuar de algún otro modo.
De esta manera la debilidad principal se erige sobre el hábito, el hábito sobre la acción involuntaria y la acción involuntaria sobre los movimientos sin propósito. Y toda esta secuencia surge de la influencia aparentemente inocente de la Luna sobre la materia líquida. Es por esta razón que el sendero del desarrollo de la conciencia se describe en ocasiones como ‗escapar del poder de la Luna'.
Pues el ‗lunatismo' todo de la principal debilidad radica precisamente en su mecanicidad, la naturaleza *automática* de su manifestación. Tan pronto como se la ve, cambia de naturaleza. Y con la introducción de conciencia y control, surge la posibilidad de usar *intencionalmente* su debilidad para servir a un propósito definido. Donde esto ocurre, la 'principal debilidad' puede ser gradualmente transformada en la ‗principal fuerza', la ‗capacidad especial' por medio de la cual el individuo se distingue y sólo a través de la cual puede alcanzar su objeto y servir.
Hasta donde es líquido, el hombre hace lo que le dicta la Luna. Pudiera decirse en realidad, que es lunático, si no fuera por sus otras materias y energías más finas que son independientes de esta influencia. Porque así como la luz no está sujeta a la gravedad, así las funciones de la razón y las emotivas, actuando mediante energías eléctricas más que líquidas, no necesitan seguir el flujo lunar. Y en tanto que el centro de gravedad del ser de un hombre resida en ellas, será independiente de la Luna. Pero en cuanto es sangre y linfa, es su criatura. Selene, como lo proclamó la leyenda griega, está enamorada de Endimión, pero él –a diferencia de Pan– sólo es en parte suyo. Y de despertar a la conciencia del sueño al que por hechizo lo sometió Zeus, cesaría de serlo por completo.

II LA LUNA Y EL MAGNETISMO

Ahora demanda atención una función de la Luna completamente diferente. Hemos visto que el peso y distancia de la Luna tienen gran significación desde el punto de vista de la Tierra. Pero varios hechos curiosos acerca de su peso y distancia sólo se pueden explicar suponiéndole una relación igualmente íntima con el Sol.

Es bien sabido que en ciertos eclipses totales el disco de la Luna coincide *exactamente* con el del Sol, oscureciendo toda su superficie pero dejando visible la corona de fuego de que está rodeado. Esto es tan sobradamente conocido, que nadie le considera extraordinario. Pero si la Luna fuera mayor o menor por unos cientos de kilómetros y estuvieramás o menos lejana unos miles de kilómetros, no podría ocurrir la coincidencia exacta. Se ha escogido este aspecto particular entre todo el inmenso rango de tamaño y distancia que es, al parecer, posible para un satélite. De modo claro, tal combinación de tamaño y distancia debe tener algún significado, representar un foco en algún campo de fuerza no percibido.

Dicho en otras palabras, si imaginamos que un rayo convergente de luz que emana del Sol estuviera enfocado en el punto central de la Tierra, la Luna estaría colocada exactamente para cortar ese rayo de luz, en ciertas circunstancias recurrentes que llamamos eclipses. En términos propios de nuestra analogía eléctrica del Sistema Solar, considerado como una serie de transformadores, significaría que una de las funciones de la Luna es modificar en cierto modo la influencia constante del Sol, en una corriente interrumpida. El principio es semejante al utilizado en un timbre eléctrico, donde se usan un imán y un resorte para permitir el paso y suspender una corriente continua y por medio de una armadura o laminilla que es atraída alternativamente por ellos, producir una oscilación mecánica que escuchamos en forma de sonido.

Investigando más, encontramos que la secuencia de esos eclipses o cortes de la corriente solar son completamente regulares y se repiten tras períodos que duran dieciocho años y once días, llamados Saros por los antiguos. En el interín, son observados 28 eclipses totales del Sol en una u otra parte del mundo. Por tanto, el mecanismo de la Luna parece interrumpir la radiación solar con una frecuencia de alrededor de 120 ciclos en los 80 años que calculamos sería un momento de percepción del Sol. Correspondiendo 80 años en el tiempo del Sol a un treintécimo de segundo del tiempo del hombre, [41] equivaldría esto a una frecuencia de 4 kilociclos.

Otro hecho poco señalado apoya esta apreciación de la Luna como un mecanismo productor-interruptor de la corriente solar. Cuando se toma en cuenta el mismo movimiento terrestre, la velocidad de la revolución lunar alrededor de la Tierra en 27.3 días se encuentra que es exactamente la velocidad de la rotación solar sobre su propio eje en 25.3 días. Ya sea que este engranaje sea motivado por alguna razón mecánica invisible o por una influencia fotoeléctrica, el efecto es como si el Sol. diera vuelta a la Luna en su órbita, como lo hacen dos dientes de rueda de igual diámetro, que siempre oponen y engranan la misma cara. Nuevamente, es imposible creer que tal coincidencia de velocidad sea accidental y uno sólo puede suponer que, aunque la Luna está agregada al campo de la Tierra, forma, también, parte de un mecanismo solar para producir la fuerza alterna requerida.

En relación con la frecuencia interruptora de la muna (4 kilociclos), las radiaciones solares son indudablemente de una frecuencia mucho más alta. Por tanto, el efecto de la Luna es producir pulsaciones de corriente de alta frecuencia. La teoría eléctrica ordinaria, esto daría lugar a una corriente alterna en cualquier circ hilo adyacente, sintonizado en la

---

[41] Véase Cap. 2 —Ls Tiempos del Universo", pág. 45*.

frecuencia en que ocurren las pulsaciones. Justamente puede considerarse a la Tierra como tal circuito.
Suponiendo que nuestro análisis es correcto, ¿cuál es el propósito o efecto de crear una corriente de alta frecuencia en el campo dei la Tierra? Las implicaciones cabales de esta pregunta se encuentran muy por encima de nosotros. Empero, tenernos un efecto específico asociado con corrientes de alta de que es sugestivo desde nuestro punto de vista. Este es el fenómeno conocido por los electricistas como ―efecto de superficie". Si una corriente directa de baja frecuencia pasa por un alambre, corre uniformemente a lo ancho de toda la sección, como el agua por un tubo. Pero mientras mayor sea la frecuencia, más tiende la corriente a correr cerca de la superficie del alambre, y en las rápidas radio-frecuencias es casi enteramen‘e conducida por la superficie. Precisamente en la misma forma el agua pasa por un cañón espiralado, tendiendo a ir hacia la periferia y dejando un vórtice en el centro.
Luego, uno de los resultados obtenidos por la creación lunar de un efecto de alta frecuencia, puede ser el de hacer que la energía solar transformada se mantenga discurriendo por la superficie de la tierra en el tiempo; es decir, corriendo a través de la parte de la Tierra cubierta por el mundo de la Naturaleza y por la vida orgánica. Después, ya sea que consideremos eléctricamente al fenómeno como un ―efecto de superficie" o mecánicamente como la tendencia centrífuga del agua en un tubo en espiral, el efecto será producir un *jalón excéntrico* o un *efecto de levantamiento* en la superficie de nuestro conductor.
Habiendo partido de un punto de vista completamente diferente, llegamos de nuevo a la misma concepción de la Luna como sostenedora de la vida orgánica, como aquello que mantiene a las cosas vivientes erectas en la superficie de nuestra Tierra. Tal como el invisible operador de títeres que sostiene los hilos por los que se anima a los muñecos. Es, como antes vimos, el gran *magneto* de toda la Naturaleza, que ejerce sobre ella su influencia magnética tres veces más potente que la de todos los planetas juntos. Sostiene los millones de campos magnéticos separados que animan a todos los cuerpos individuales vivientes sobre la Tierra y que así se distinguen de los muertos.
Cada organismo vivo, dotado de vida por el Sol, constituye un tal campo magnético efemérico individual. Puede decirse en verdad, que posee un *cuerpo magnético.* además de su cuerpo físico. Y son tales cuerpos magnéticos los que tanto son producidos como influídos por la acción magnética de la Luna, aunque reciben su forma y variedad por el magnetismo menor y siempre cambiante de los planetas.
En el caso del hombre, este campo magnético o cuerpo magnético tiene muchos aspectos interesantes. Este es el que, estudiado por Kilner y Bagnall a través de pantallas de tintura de cianina, se presenta como una especie de aura que se extiende dos o tres pulgadas en todas direcciones afuera del cuerpo físico. Como podríamos esperar, tiene una afinidad particular por los cuerpos líquidos, en especial por la sangre arterial que es, a base de su contenido férreo, el vehículo del magnetismo; y es más fuerte en aquellos individuos que tienen un rico y abundante caudal sanguíneo y es más tenue en los delgados y anémicos. Se conecta estrechamente, así, con el estado de salud tanto del cuerpo en su conjunto como de sus partes separadas.
Es por este cuerpo que un hombre es sensible a los estados físicos de otros y siente de inmediato simpatía hacia uno y aversión por otro. Este es, también, el medio de la ‗simpatía‘, es decir, de la comprensión o del ‗sentir con el sufrimiento físico o la necesidad o el bienestar de otro, aunque esta capacidad no debe confundirse con la comprensión emocional que es mucho más rápida y penetrante.
La estrecha conexión entre el cuerpo magnético y el torrente sanguíneo hace de aquél un factor importante de curación. Aparte del poder del individuo mismo para concentrarlo

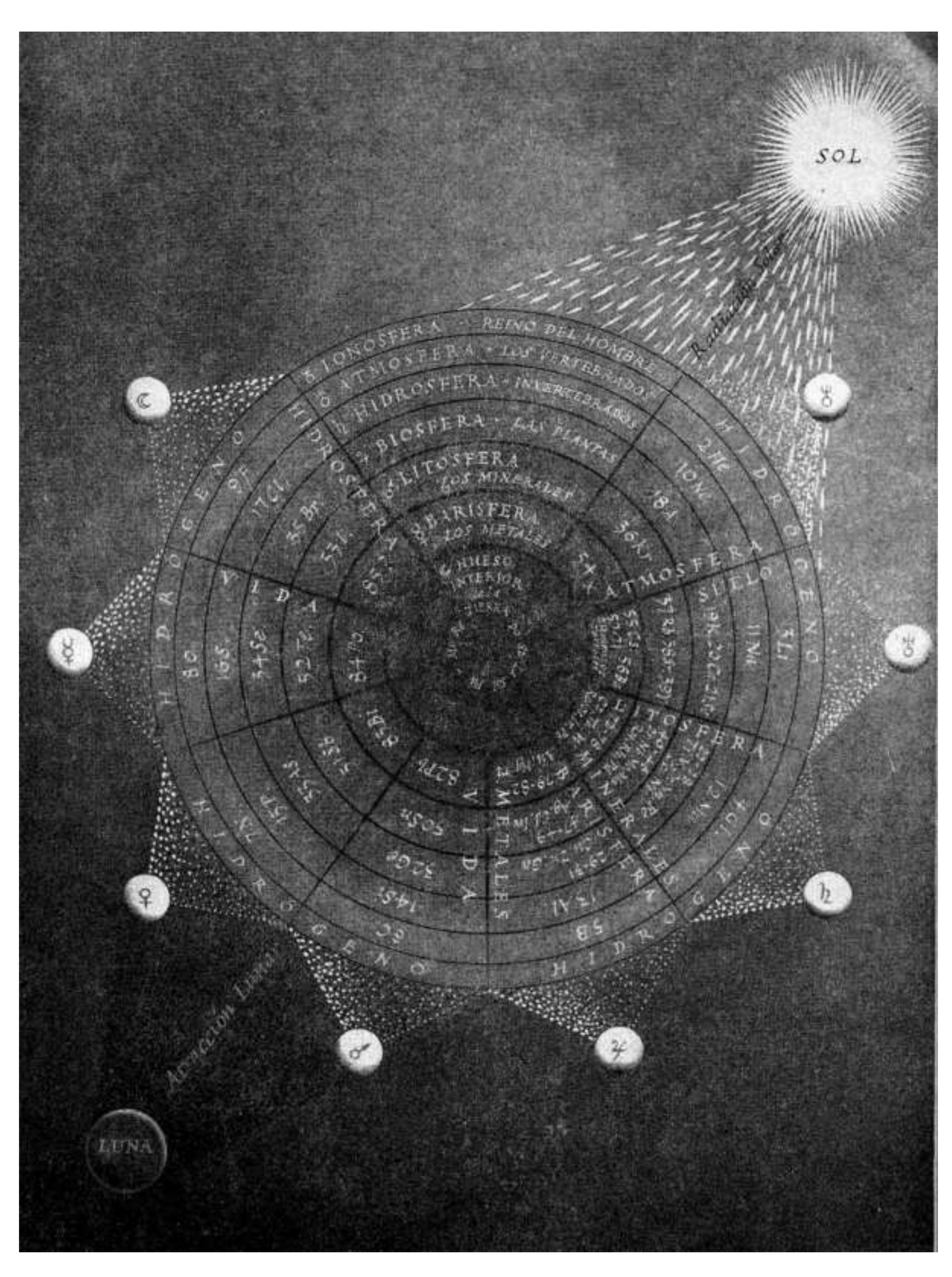
por la atención en un lugar determinado, algunas personas tienen la capacidad natural de suavizar o polarizar los cuerpos magnéticos de otros. Cuando es éste un poder auténtico, nos encontramos con los ‗curadores por la fe' o los ‗sanadores psíquicos'. En algunos lugares donde se ha concentrado muchísima fuerza magnética durante largo tiempo, tales como determinados centros de peregrinación, es pos tole que este ‗suavizamiento' del cuerpo magnético pueda hacerse impersonalmente y que en las personas sensitivas se produzca una sensación de bienestar especial y aún ‗milagros' físicos. Enotros casos, la acción sobre el cuerpo magnético de otros puede adoptar la forma del mesmerismo o hipnotismo.
En su estado normal el cuerpo magnético es fluído y nebuloso, que abarca todo el cuerpo físico o quizás está más concentrado alrededor del corazón. La atención fija tiene el poder de concentrarlo y, por medio de esto, de incrementar el torrente sanguíneo a un sitio particular. Pero, también, existe la posibilidad de que algún choque o violencia terrible de naturaleza emocional, particularmente en el momento de la muerte, pueda ‗congelarlo' de modo permanente o semi-permanente en una forma dada. En este caso puede retener su forma o campo aun después de la desintegración del cuerpo vivo que le dió origen. Es esta posibilidad la que está en el fondo de todos los relatos de fantasmas, espectros, aparecidos y de la leyenda de la existencia independiente de un doppelgánger.
En lo que respecta tanto a los fenómenos normales y anormales conectados con el cuerpo magnético, empero, es más importante recordar que este último es un fenómeno puramente mecánico. Nada conectado con el cuerpo magnético y, en general, nada sometido a la influencia de la Luna, puede tener jamás ninguna conexión sea con el desarrollo psíquico sea con el de la conciencia.

III LA LUNA COMO VÁSTAGO DE LA TIERRA

Una de las principales características de la Luna, se apuntó con anteterioridad, es que ahí nunca sucede nada. Los telescopios modernos dan la visión del hombre tan cerca a la Luna, como lo alejan de la Tierra los cohetes equipados con cámaras. En otras palabras, el hombre puede ver ahora a la Tierra y a la Luna desde iguales distancias. En realidad, iluminada por la luz cegadora del Sol que no se ha hecho difusa por la presencia de la atmósfera, la superficie de la Luna se revela tan vívidamente como una planicie terrena vista desde un aeroplano transcontinental.
Pero, aún estudiándola de principio al fin del año, el observador se da cuenta con una sensación de horror creciente, que ahí nada cambia jamás. Las mismas cadenas de dentadas montañas iluminadas por unblanco brillante en contraste con las hundidas sombras negras; los mismos cráteres de treinta kilómetros de ancho como salpicaduras en un platillo de leche congelada por toda la eternidad; los mismos interminables desiertos de ceniza volcánica, ora a la temperatura del agua hirviente bajo un sol vertical, ora a 80°C. bajo cero cuando pasa al interior de la sombra – todo esto es exactamente idéntico hoy y mañana; así fué en la época de César y así será de aquí a mil años.
No sólo no existe ahi cosa alguna que crezca, no hay estaciones, ni vientos, ni aún escarcha o hielo. Solamente una columna aislada y silenciosa de polvo cuando choca un meteorito, sólo un día cegador y una noche negra como azabache petrificada por el frío del espacio exterior, – éste es el grado de variación. Extrañamente, la descripción más precisa que puede darse de la Luna, se puede encontrar en las descripciones medioevales del infierno. Porque sólo éstas dan idea del fuego *eterno* y del frío *eterno,* de la *imposibilidad de mejoramiento.* Estamos tan acostumbrados al constante flujo y calidad transitoria del mundo de la Naturaleza, que nos es casi imposible concebir, en términos ordinarios, un mundo en el que el tiempo no acarrea cambios.
Todo esto es característico de un mundo en que las primeras octavas de materia que discutimos en el último capítulo, faltan por completo. Si fuera posible trazar una tabla de elementos lunares, principiaría probablemente por abajo del oxígeno, donde las principales materias de la vida orgánica se esfuman. En todo caso estas materias se encontrarían sólo ‗aprisionadas' en la

forma de sales metálicas y minerales.
La única especie de cambio que parece ocurrir en la Luna y que puede ser posiblemente la primera preparación para la vida ahí después de innúmeras edades, es una tendencia del polvo, originado por los meteoros que caen y las rocas fragmentadas, a precipitarse hacia una sola región donde parece estar llenando los cráteres apagados y donde estaría creando, con lentitud inmensurable, una vasta planicie de limo en polvo. Anteriormente estudiamos la conexión entre la rotación y la separación de materias en diferentes estados que puede dar origen a la atmósfera, y la vida orgánica. La Luna no rota y es, como supondríamos de un cuerpo donde todavía no se ha producido una fuerza centrífuga, una masa sólida y homogénea de materia en estado mineral.
¿Qué posibilidades tiene la Luna de adquirir el movimiento de rotación y así, con el tiempo, ganar aire y vida? ¿Está realmente creciendo? En respuesta, podemos presentar cuatro hechos. Al presente la Luna está a una distancia 30 veces el diámetro de su progenitora, la Tierra. No rota. Mercurio está alejado a 42 veces el diámetro de su progenitor, el Sol. No rota. [42] Venus está alejado a 77 veces el diámetro de su progenitor, el Sol, y ha comenzado a rotar. Todos los planetas más lejanos rotan y en general, cuanto más lejos son lanzados tanto más rápido giran. Entretanto, ciertamente la luna y probablemente los planetas, están alejándose lentamente de su luminaria.
Parece de este modo en extremo probable que un planeta o satélite, originariamente desprendido del cuerpo de su progenitor, adquiere el poder de rotación y, consecuentemente, de vida propia independiente, sólo cuando se ha emancipado a una determinada distancia definida de su fuente de origen. Esta distancia parece estar entre cincuenta y setenta veces el diámetro del progenitor. Sobre este cálculo, la Luna tendrá que estar dos veces más lejos de la Tierra de lo que está ahora, antes que pueda comenzar a rotar y generar vida. Está, de hecho, a mitad de camino entre la concepción y el nacimiento como *planeta independiente.*
Si ésta es, entonces, la criatura de la Tierra, ¿qué clase de criatura es? Buscando una analogía humana, tenemos que retroceder más allá de la niñez, de la infancia y aún del nacimiento, para descubrir algún paralelo. El vástago no sólo no ha nacido, sino que ni siquiera ha sido vivificado. Es como el embrión o forma de un mundo futuro que hasta ahora carece de vida o movimiento propios.
Para un observador que estuviera familiarizado con los seres humanos vivientes, con sus movimientos y cambios constantes, su incesante juego de expresión, de tono, de posturas, etc., y que en alguna forma estuviera capacitado para observar un feto inanimado en el vientre de su madre, le parecería que este feto estaba completamente desprovisto de vida inalterable. Podría decir que nada le estaba ocurriendo y que carecía de posibilidades. Y, de hecho, durante varios meses, en los que un adulto puede vivir una infinidad de experiencias, aquél observador estaría en lo cierto, porque ninguno de los cambios superficiales con que estuviera familiarizado, seria aparente. Comparándolo con los hombres y mujeres que conociera, podría decir gire el feto estaba muerto. Tal puede ser el estado de desarrollo de la Luna terrestre.
Pero sí esto es así, ¿cómo es que se nutre la Luna? Un embrión deesa naturaleza depende para su existencia misma, hasta que nazca como organismo independiente, de su participación en la corriente sanguínea de la madre. Recibe de ella la necesaria nutrición para su crecimiento. La esfera desolada de la Luna no es todavía capaz de transformar directamente la luz solar. Hasta que adquiera vida y atmósfera propias debe recibir esta energía pre-digerida por la Tierra.

[42] La llamada rotaciónn de Mercurio una vez en el curso de su revolución alrededor del Sol es, simplemente, resultado de que mantenga una relación fija con el último. Es un movimiento prestado. y no, después de todo, una rotación en el son tido del movimiento planetario independiente.



Hemos visto las variadas influencias de la Luna sobre la Tierra. ¿Cuál es la influencia correspondiente (le la Tierra sobre la Luna? ¿Qué pasa de la madre al vástago? De nuevo, en esta ocasión el fenómeno que hemos descrito diversamente, como atracción lunar, su efecto de alzar o chupar, su creación de una corriente centrífuga hacia afuera de la Tierra,

nos ayudaría a responder a la pregunta. Porque todas son maneras simples de describir el efecto de cierta corriente de la Tierra a la Luna, como la corriente de sangre de la madre al producto no nacido.
La Luna alza o chupa a toda la creación orgánica de la superficie de la Tierra. Pero su poder de atracción no se detiene ahí. Y existen muchas razones para sospechar que en el momento en que los organis mos mueren y sus elementos retornan al seno de la Tierra, esta atracción es satisfactoria en alguna forma y se completa un circuito magnético. Cuando el titeritero suelta a sus muñecos estos caen en el escenario y se convierten en fragmentos inertes de yeso y ropa. Algo pasa de regreso desde éstos a aquél. Es su movimiento, su ilusión de vida, su alma de polichinela
Todo lo que se ha deducido sobre el papel de la Luna nos empuja a creer que es precisamente esta tensión electro-magnética lo que constituye la diferencia entre la materia viviente y la muerta, lo que provee la corriente necesaria para la existencia de la Luna. Cada organismo viviente, dotado de vida por el Sol, constituye un campo magnético individual, y efímero. Cuando muere y su capacidad de transformar la fuerza de vida solar se le escapa, se desprende esta tensión magnética. El desprendimiento en cada hora y en cada momento de millones (le esos campos magnéticos, grandes y pequeños, sobre toda la superficie de la tierra, induciría una corriente enorme en un conductor adyacente. Y dado que no hay señales de que esta energía sea nuevamente utilizada en la Tierra –puesto que la nueva generación de seres vivientes siempre provendría de nueva energía solar– tenemos que suponer que es sacada a alguna parte.
De hecho, la corriente magnética libertada por la muerte de la criatura viviente, vuela al nivel más bajo de la ionósfera, que se reconoceahora como el nivel donde tiene efecto el magnetismo lunar, [43] se une ahí a la corriente magnética general que conecta a la Tierra y la Luna. Cálculos basados en la demora entre las perturbaciones magnéticas en la superficie del Sol y las repercusiones en la atmósfera, han demostrado que las influencias magnéticas viajan alrededor de 700 kilómetros por segundo. [44] En 10 minutos, aquello que hace la diferencia entre un cuerpo viviente y otro muerto, ha volado a la Luna, que lo sustentó durante la vida.
Esta corriente magnética es la línea de vida de la Luna, el cordón umbilical que la conecta con su madre la Tierra.

[43] ‗The Earth‘s Magnetism‘ (El Magnetismo de la Tierra) por Sydney Chapman, p. 77.
[44] Ibib pp. 114-5

CAPÍTULO 9. EL MUNDO DE LA NATURALEZA

I LOS SEIS REINOS DE LA NATURALEZA

Hay muchas cosas que sugieren que los reinos de la Naturaleza rodean a la Tierra con la misma significación con que los órganos vitales sirven al cuerpo. Organos tales como el pancreas o la glándula tiroides, aunque están corporizados materialmente en un lugar, secretan hormonas apropiadas que alcanzan a todo el organismo. Así, por ejemplo, el reino mineral, aunque su centro de gravedad se encuentra en el reino geológico de las rocas y los depósitos sedimentarios, penetra a través de cada aspecto de la naturaleza y aún del hombre, en cuyos huesos y sangre desempeñan las sales un papel importante. El reino vegetal, con su centro de gravedad en árboles y plantas, también existe en el hombre a través de la vida vegetativa de los tejidos y la carne.

Luego, estos reinos de la Naturaleza no son clases separadas de criaturas, sino niveles de una forma particular de vida o de una densidad particular. Las criaturas individuales difieren no tanto porque pertenecen a tal o cual reino sino, más bien, por el número de reinos naturales que en ellas se contiene y con los que está en deuda.

Por tanto, un pedazo de roca pertenece pura y simplemente al reino mineral. La cosa que crece sobre ella, por otra parte, pertenece tanto al reino mineral como al vegetal; en tanto que la oruga que devora la rosa pertenece a éstos y, además, al reino de los animales invertebrados. Un perro es mineral por su estructura ósea, vegetal por su carne, semejante al gusano en su sistema digestivo, pero, por encima de éstos, vertebrado por su columna vertebral y el sistema nervioso que depende de aquélla y que involucra poderes de movimiento, sensación, coordinación de percepciones y acción lógica, todo inconcebible para los invertebrados.

Puesto que una de las principales causas de incomodidad y de confusión del hombre es el hecho de que considera habitualmente a todos estos aspectos diferentes de sí mismos como igualmente humanos e igualmente individuales, será provechoso aclarar sus diferencias con más detalle.

En un sentido muy general, los diferentes reinos de la Naturaleza se disponen en el globo de la manera en que todas las materias se acomodan naturalmente cuando se abandonan a sí mismas – las más densas en el fondo y las más livianas arriba.

El reino más bajo es el de los metales que parece tener su centro de gravedad en la barisfera. Esta es una pesada capa de casi 2,500 kilómetros de espesor que encierra la desconocida porción de la Tierra que está en el centro, que no transmite vibraciones y que debe ser más ―muerta" y densa que lo que pudiéramos concebir sobre la superficie de la Tierra. Del modo como la barisfera responde a las ondas sísmicas, se ha deducido que sus niveles más bajos están constituidos por hierro o niquel que ha adquirido una increíble rigidez debido a la presión; y que esta rigidez disminuye a medida que se acerca a la superficie. [45] Este es el *reino de los metales.*

Envolviendo a la barisfera se encuentra la capa mucho más delgada de rocas y minerales, que se conoce con el nombre de litosfera. La capa sólo tiene 80 kilómetros de espesor y está constituida principal mente por basalto, granito y otras rocas volcánicas vítreas. Estas rocas son formas cristalinas de sílice, hierro, titanio y magnesio y, puesto que parecen formarse de la oxidación o combustión de estos metales, podemos concebirlas como viviendo o alimentándose de la última. Forman el *reino de los minerales.*

Este reino incluye en su estrato más superior el suelo de la superficie terrestre y éste, a su vez, está cubierto con la delgada capa verde del *reino de las plantas,* que se alimenta de sales minerales. Dos cambios muy definidos aparecen en este punto. El reino de las

---

[45] Sir James Jeans: ―Through Space and Time" (A través del Espacio y el Tiempo) pág. 17.

plantas o del tejido viviente es de estructura celular y es sensible a la luz. Siendo celular, está dotado de forma en un sentido completamente diferente al de las formas cristalinas de metales y minerales. Siendo sensible a la luz, es capaz –merced a un mecanismo fotosintético basado en la clorófila– de transformar la radiación solar en energía para su propio uso. Por tanto, en contraste con los reinos inferiores que, en comparación, parecen amorfos y muertos, el reino de las plantas está sujeto particularmente a la influencia formadora de los planetas y a la influencia donadora de vida del Sol.

Viviendo y alimentándose del reino de las plantas se encuentra el reino sumamente delgado pero inmensamente importante *de los invertebrados.* Diez de cada docena de las principales categorías (le animales, incluyendo el ejército infinito de gusanos e insectos de la tierra, de moluscos y crustáceos del mar, pertenecen a este reino que comprende cientos de miles y hasta millones de especies. La mayoría de los invertebrados disfruta del poder de la locomoción y, a cambio de alimentarse de las plantas, prestan el servicio de romper y airear el suelo para ellas.

Apuntamos que la barisfera es alrededor de 300 veces más gruesa que la litósfera y, de una manera muy general, la litósfera es alrededor de 300 veces más gruesa que el reino de las plantas– Este parece que es el orden general de relación de los sucesivos reinos naturales, porque cuando llegamos al *reino de los vertebrados,* encontramos una capa mucho más desligada y tenue. Cada centímetro cuadrado de la superficie templada y tropical de la tierra se agita con la vida de los invertebrados pero, en comparacion, los vertebrados requieren metros cuadrados y hasta hectáreas para vivir desahogados.

Nuevamente, parece haber aquí un cambio definitivo, tan evidente como el que separa las plantas de los minerales. Porque son enormes las implicaciones de una columna vertebral, un sistema nervioso y un cerebro en los vertebrados, por más que estos sean rudimentarios. Implica dos sistemas paralelos de nervios aferentes y motores; es decir, un sistema para conducir impresiones del mundo exterior a un centro donde son clasificadas y acornodadas, de cuya disposición resultan ciertas deducciones, de las que proviene una orden motriz apropiado que se envía, por medio de un segundo sistema, a los músculos. Los vertebrados, potencialmente en todo caso, disfrutan del poder de ver y actuar. Son capaces de transformar, en general, no sólo la radiación solar para su propio uso, sino las impresiones individuales creadas por tal radiación. No sólo reaccionan a la brillantez de la luz, sino a un diseño específico de luz, sonido y otras vibraciones, como el formado por la imagen del hombre, su olor y el rechinar de sus botas.

Finalmente, alcanzamos el *reino del hombre,* una capa tan rarificada y tenue, que sólo se encuentran cuatro seres humanos en cada kilómetro cuadrado de la superficie terrestre. El hombre vive de las plantas, de los invertebrados y de las partes correspondientes de los vertebrados. Cuando preguntamos en qué difiere objetivamente el hombre de los demas reinos de la Naturaleza, nos sentimos en principio confundidos para contestar. ¿Qué hay en el hombre que no sea metal, mineral, vegetal y que no pertenezca, al menos potencialmente, a los animales?

Sólo podemos decir que parece que es un sistema nervioso superior el que le hace posible darse cuenta de su propia existencia y de su relación con el Universo que le rodea. El hombre puede ser consciente y, merced a la conciencia, puede comprender. Sólo por esto es hombre. Por tanto, es hombre por la *potencialidad de su organismo* más que por su actividad efectiva; así como un vertebrado es tal por la *potencialidad* de su estructura para la acción lógica, de acuerdo a sus impresiones. Con una sola excepción, todos los impulsos y sensaciones que el hombre encuentra en sí mismo pertenecen a los reinos inferiores de la Naturaleza. Su único atributo humano es la potencialidad de su conciencia. Si recuerda esto, muchas cosas le serán más claras.

La misma secuencia de los reinos de la Naturaleza parece sugerir, también, el destino

verdadero de esta cualidad humana. Pues cuando establecimos las funciones de la Tierra – metales, minerales, vida de las plantas (sin calor propio), carne invertebrada (con calor propio), vertebrados y hombre– parece que también hemos establecido una curiosa progresión natural de comedores y comidos, de quienes son alimentados y de quienes son alimento.

Las plantas comen sales metálicas, los invertebrados comen la materia mineral, los vertebrados comen plantas enteras. El alimento del hombre difiere del de los demás vertebrados en que aquél es cocido y caliente, mientras el de éstos es frío y crudo. Así, de los hombres puede decirse –sea naturalmente o por artificio– que ingiere alimentos de la carne caliente de los invertebrados. Solamente que sepamos, una criatura se alimenta de vertebrados enteros, incluyendo el esqueleto completo de caballos, elefantes y asnos, con la columna vertebral y los huesos – y ésta es la Tierra.

Si, así, todo el Universo come y es comido, ¿qué, entonces, come al hombre? La respuesta parece que es, algo más alto que la Tierra. Aquéllo que es de la siguiente naturaleza superior, por encima de la Tierra y de los planetas, es el Sol. El Sol se comería al hombre.

Pero sabemos que los cadáveres de los hombres, como organismos completamente vertebrados, son comidos por la Tierra y como almacénde sales minerales, por los invertebrados, los gusanos. ¿Qué podría significar, entonces, que los hombres debieran ser comidos por el Sol? Esto sólo puede referirse a la parte del hombre que lo distingue de todos los demás vertebrados; esto es, su conciencia. El Sol vive de la conciencia de los hombres. Más adelante podemos ver mejor lo que puede significar este enigmático principio.

II LA NATURALEZA EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO GEOLÓGICO

La disposición de los reinos de la Naturaleza que ahora se nos presenta, nos aclara algo que hasta el presente había sido más bien incierto. Unas veces hemos tomado a la Tierra como un Cosmos y al mundo de la Naturaleza como un segundo cosmos; otras veces hemos tomado a los dos juntos como si formaran entre sí un solo cosmos. Esta imprecisión ha sido inevitable debido al curioso doble papel de la Naturaleza en la escala general de la creación – que sirve, como lo hace, en parte, como elemento integral del planeta Tierra y, en parte, como mecanismo separado por su propio derecho para crear nexos vitales entre una y otra parte del Sistema Solar.

La Naturaleza, como hemos visto, recibe y transforma la luz del Sol, creando con ella una multiplicidad de formas vivientes transitorias, las que a su desintegración van a alimentar a la Tierra con sus cadáveres y a la Luna con su magnetismo. Literalmente, la Naturaleza enlaza al Sol, la Tierra y la Luna.

Pero habiendo ahora analizado los diferentes reinos de la Naturaleza, encontramos que *toda la Tierra está involucrada* por ella. Ninguna de sus partes queda afuera. Así, Naturaleza y Tierra forman un solo ser, un cosmos, del cual toda la variedad de formas vivientes que conocemos sólo constituyen las *funciones superiores.* De este modo, la Naturaleza puede ser considerada como el lado emocional, el creador o el artístico del cosmos Tierra; exactamente como cuando decimos Mozart o Beethoven, no estamos pensando en sus huesos ni en sus músculos, sino en sus papeles creadores o artísticos.

Así, en adelante tomaremos a la Tierra y la Naturaleza como un cosmos. Mas cuando nos refiramos a la Naturaleza tendremos especialmente en la mente este aspecto artístico o poético de nuestro planeta, que –vistiéndose y desvistiéndose inacabablemente en nuestros atavíos de forma y de color– envuelve continuamente a la humanidad en su aura de belleza y deleite. Porque sin un concepto así, todo nuestro conocimiento científico sólo nos da una descripción seca y sin vida.

Ahora bien, aunque estos diferentes reinos de la Naturaleza– metálico, mineral, vegetal,

invertebrado, vertebrado y humano– se encuentran superpuestos como capas o estratos de materia en un orden natural de densidad decreciente, sabemos que, en realidad, no están netamente divididos sino que, de modo sutil, se interpenetran.

La ley que rige su interpenetración se conoce mejor cuando se la relaciona con el movimiento browniano de partículas diminutas. Las motas de polvo en un rayo de luz o las partículas de un colorante en un vaso de agua, por ejemplo, no obedecen individualmente la llamada ley de gravedad sino que, impulsadas por el bombardeo de moléculas, cada una danza errática y al parecer sin sentido en el medio en que existe. Sin embargo, cuando se ve todo el campo se descubre que la totalidad de partículas se han acomodado en tal forma que su difusión está perfectamente graduada desde el fondo hasta la cúspide y que disminuye en progresión geométrica exacta al ascenso a capas más altas. [46]

Esta ley de difusión que podemos observar muy bien cuando derramamos leche en un vaso de café helado, realmente no está confinada a las partículas diminutas. La disposición al parecer fortuita de las ‗efímeras' sobre el techo. alrededor ele una lámpara, se traduce en una perfecta graduación de densidad desde la luz a la oscuridad. La errática colonización de un país nuevo, según el capricho de los inmigrantes individuales, se convierte en una difusión perfectamente graduada de población entre los centros de comunicación y abundancia hacia el territorio salvaje. De hecho, toda la población humana de la Tierra sigue esta ley. Las partículas individuales se distribuyen desde un medio más favorable hacia uno menos favorable en una perfecta gradación geométrica decreciente.

Exactamente del mismo modo los reinos inferiores de la Naturaleza se difunden o penetran en los superiores y estos, a su vez, en los inferioros. Hasta podemos imaginar al mundo natural en su conjunto como un recipiente en el que las partículas de seis líquidos de diferentes gravedades específicas se entremezclan de acuerdo con esta ley, La idea es más clara cuando vemos cómo los diversos reinos de la Naturaleza tienen sus centros de gravedad en diferentes períodos de la tabla de elementos. Porque, entonces, es evidente que los elementos de cada período particular aunque se hallan concentrados en su reino propio, se difunden hacia arriba y abajo en la forma descrita.

Por ejemplo, podemos suponer que el verdadero sitio de los elementos radiactivos no naturales dei período 7 es el centro inerte de la Tierra. Sin embargo, minúsculas partículas de aquéllos se encuentran a la altura de las capas superiores de la litosfera, aunque no se encuentran –como antes anotamos– en el suelo o superficie actual de la Tierra.

El centro de gravedad de los metales densos y de los raros elementos del período 6 se halla probablemente en la barisfera. Estos se filtran, también, hacia arriba, presentándose en filones más cercanos a la superficie terrestre que los elementos radiactivos aunque, como ellos no tienen un lugar natural por encima de la superficie, como no sea en los artefactos fabricados por el hombre.

La afinidad de los elementos del período 5 es con la litosfera. Estos elementos penetran en los reinos orgánicos colocados por encima, aunque rara vez, con excepción del yodo que existe en notables cantidades en el mar y en la vida marina y que tiene un papel estabilizador qué desempeñar hasta en el organismo humano. Sin embargo, empezamos a notar aquí no sólo la difusión de partículas de niveles bajos hacia arriba sino, también, la de aquellas de niveles superiores hacia abajo, ya que encontramos en el mundo de los minerales, hierro, sílice y magnesio provenientes de períodos más altos y hasta oxígeno en la forma de los óxidos de estos metales.

En el período d se producen el potasio y el calcio y metales como el hierro y el cobre, cuyas sales constituyen el suelo, el medio de existencia para el reino de [1]as plantas y que

[46] D'Arcy Thompson: ‗On Growth and Form' (Del Crecimiento y la Forma) pp. 74** y siguientes.

da la clave hacia la estructura celular y al tejido y el sistema de savia, característico de la vida vegetal. Este reino también se caracteriza por la penetración descendente del carbono, nitrógeno y oxígeno.
El centro de gravedad del reino de los invertebrados se encuentra en el período 3, donde tenemos el sodio y el cloro de la sal y el fósforo necesario a la fosforecencia de muchos insectos y de invertebrados marinos. Particularmente el agua de mar es el medio de los invertebrados y es en los océanos donde se encuentran las más grandes concentraciones de sal y fósforo. Muchos de los elementos de este período se filtranhacia arriba en pequeñas cantidades hasta en el organismo del hombre. Los gases nitrógeno y oxígeno del período 2, forman el aire, que es el medio de existencia del reino de los vertebrados y con el carbono, son la base de su vida misma. [47]
Finalmente deducimos alguna conexión especial entre la potencialidad del *hombre* y el hidrógeno que llena toda la octava del período 1. La tensión, vitalidad y perspicacia de un ser humano, dependen, como sabemos, de la concentración de iones de hidrógeno en su sangre. El hidrógeno ejerce de algún modo en el hombre, el mismo papel en lo que se refiere a las funciones superiores y su poder de transmitir la radiación solar en las formas más elevadas de energía, que el que tiene en relación con la Tierra. Porque es la ionosfera o esfera de hidrógeno, 100 kilómetros o más por encima de la superficie de la Tierra –el cielo de los antiguos– la que recibe y transforma la energía electrónica del Sol en su forma más pura.
Encontramos, por tanto, que los elementos de cada período constituyen, por así decirlo, el medio de vida para un reino de la Naturaleza, en el que ese reino existe y del que extrae los materiales característicos de su estructura. El reino de los metales en la barisfera, el reino de los minerales en la litósfera, el reino vegetal en el suelo, el reino de los invertebrados en el mar, el reino de los vertebrados en el aire, y alguna afinidad entre la naturaleza más alta del hombre y la atmósfera superior impregnada de Sol –todos, en forma general, son ejemplos de este principio.
Sin embargo, debemos recordar que la Naturaleza nunca se satisface con octavas en una dimensión. Cada fenómeno participa de octavas que avanzan en todas direcciones. La estructura de la tabla de elementos sólo se esclarece cuando se la ve como una octava al cuadrado. En la misma forma, aunque el aire parece el medio característico del período horizontal 2, incluye realmente en su composición a todos los gases inertes –helio, neón, argón, criptón y xenón– de la nota vertical *do*. Aunque el océano parece el medio característico del período 3, incluye trazas de todos los halógenos –fluor, cloro, bromo y yodo– de la nota vertical *re.* Aunque el medio del suelo parece característico del período 4, comprende a todos los álcalis de la nota vertical *si*. Y, de modo semejante, esto ocurre en la litosfera y la barisfera.
Es este cuadro de octavas el que produce la difusión infinitamente sutil hacia arriba y abajo sobre lo que antes llamamos la atención. Explica ciertas anomalías de la materia que se encuentra en lugares insospechables y que continuarían incomprensibles si tratáramos de entenderla a través de sólo octavas horizontales. Significa que cada reino de la Naturaleza entra en cada uno de los otros, constituyendo estos algo como los cuarteles generales de una forma de vida que existe en todas partes. Con esta idea volvemos a nuestro mismo punto de partida en este capítulo.
Dijimos que cada fenómeno tiene lugar en octavas que pertenecen a todas las dimensiones. Si puede elevarse al cuadrado una octava puede, también, elevarse al cubo. De modo que si la octava de los reinos de la Naturaleza ha de descubrirse proyectándose

[47] Mucho material detallado de esta secuencia de conexiones puede encontrarse en ‗La Biosphére' por G. Vernadsky y en ‗The Cycle of Weathering' por B. B. Polynov.

verticalmente en ambos sentidos desde el centro de la Tierra hasta la ionosfera y, otra vez, horizontalmente dentro de cada uno estos estratos, podemos, también, verla en la dimensión del tiempo.

Y. en realidad, extendiéndose a través de los iones del tiempo geológico, encontramos con exactitud una octava así. En las rocas precámbricas libres de toda vida fósil y que datan de más de mil millones de años atrás, vemos huellas de un mundo mineral cabal. En la Era Primaria, a pesar de los primeros experimentos de la Naturaleza con los moluscos y trilobitos, deben haber sido los bosques cálidos y húmedos los que predominaban en la Tierra – aquellas inmensas masas de vida vegetal cuyos remanentes están representados por lechos de carbón. En el Secundario los océanos se levantaban y caían y en ellos la horda invertebrada de moluscos, amonitas y corales, de número infinito y de gigantesco tamaño, alcanzaron la supremacía. El Terciario es el período en el que los mamíferos vertebrados, anunciados por los monstruosos dinosauros del Secundario, se desarrollan súbitamente en miles de formas ingeniosas y delicadas. En tanto que el Cuaternario incluye toda la historia de ese experimento especial que ha producido al hombre tal como lo conocemos.

Cada una de las grandes edades geológicas representa el predominio de uno de los reinos naturales, teniendo cada uno su época de supremacía seguida de su servidumbre a la creación siguiente. En cada era los primeros experimentos en bruto se hicieron en la preparación del tipo de ser al que pertenecía el mundo que seguía – los solitarios trilobitos del Primario anunciaban el mundo invertebrado del Secundario; el voluminoso diplodocos del Secundario, perdido en su propia época, es el precursor del ligero caballo y del tigre de la edad siguiente; el mono del Terciario, parecido al hombre, supone un mundo de verdaderos hombres del presente.

Este experimento de formas ulteriores en la época precedente, corresponde a la difusión hacia abajo de los elementos superiores que anotamos antes. El molusco en la edad de los helechos arbóreos es como el sílice proveniente del período de los invertebrados, incrustado al reino de los minerales. Y, en sentido inverso, las formas primitivas de vida que todavía existen en la era del hombre, desempeñan –como el elemento yodo en su cuerpo– un papel estabilizador en el mundo superior en que ellas han penetrado.

Esta octava geológica muestra bien, asimismo, la duración variable de las diferentes notas según su densidad. Así como la barisfera tenía un espesor de 2,500 kilómetros, la litosfera 80 kilómetros, la biosfera vegetal sólo algunos centenares de metros y el reino de los animales y del hombre una película de delicadeza suma, así la secuencia de períodos geológicos muestra una disminución logarítmica. La era de los metales y minerales debe haber durado desde la formación de la Tierra hasta el principio del período cámbrico, quizás mil millones de años. La duración de la era Primaria de vida vegetal se calcula a veces en 300 millones de años; la del Secundario en 140 millones, la del Terciario en 60 millones y la del Cuaternario nuestro y actual en 2 millones. [48]

Las notas de una octava ascendente duran menos y menos tiempo, porque sus vibraciones son siempre más comprimidas. Los períodos se desarrollan más cortos porque es más lo que acontece en ellos. ―La vida humana ha cambiado más en los últimos cincuenta años –escribe Sir James Jeans– que la vida del reptil en 50 millones de años en las eras jurásica y permiana", [49] Es una característica de la energía más sutil provocar más acontecimientos en menor espacio y en más corto tiempo. De modo que, como antes dijimos acerca de las vidas de seres de diferentes escalas, todas las eras geológicas son realmente de la misma duración.

[48] Richard M. Field en ―Van Nostrand's Scientific Encyclopedia".

[49] Sir James Jeans: ―Through Space and Time", pág. 47.

Pero esta compresión creciente de las notas a medida que se elevan, entraña otra implicación. Mientras más pueda suceder en el tiempo, más limitada será la cantidad de tiempo y más velado será su transcurso. La era de los helechos arborescentes, por la pura limitación de sus posibilidades, duró 300 millones de años pero, aún así, tuvo su fin a su debido tiempo. Sir James Jeans probablemente exagera cuando dice que nuestro patrón de tiempo se ha acelerado un millón de veces desde entonces. Al menos, esto es de esperar. Porque eso significaría que el hombre sólo dispusiera de un millonésimo de aquel tiempo para realizar todas sus posibilidades.

III LA PERCEPCIÓN DE LOS ANIMALES

El problema de cómo piensan o cómo ven el mundo los animales ha tenido siempre interés para el hombre. Como Ouspensky señala en ‗Tertium Organum', el hecho de que nunca se hayan encontrado medios directos de comunicación entre hombres y animales con los que conviven, es prueba suficiente de que estos carecen definidamente de ciertos poderes mentales –tales como desarrollar conceptos o imaginar una tercera dimensión– que el hombre tiene asegurados y sin los cuales no podría reconocer el mando. Ouspensky intentó deducir la naturaleza de las percepciones que constituyen la psicología animal, imaginando un mundo de criaturas que existían en una o dos dimensiones, en vez de tres.

Debemos considerar ahora el mismo tema desde un ángulo diferente; desde un punto de vista físico más que filosófico.

Si, por ejemplo, principiamos con la clase de los insectos, nos damos cuenta de que lo que fundamentalmente separa a la percepción humana (le la de los insectos es el *tiempo.* Supongamos un insecto cuya vida dure un día, como algunos mosquitos de verano, por ejemplo. Según el principio comprendido en el Capítulo 2, de que todas las vidas tienen la misma duración, tal mosquito vivirá su vida alrededor de 30.000 veces *más rápidamente* que el hombre. Todas las formas de energía que alcanzan al mosquito, medidas en vibraciones por segundo humano, se reducirían 30.000 veces o cerca de 15 octavas, medidas en el tiempo del mosquito.

El efecto de tal transposición depende, por supuesto, de la presencia y naturaleza de los correspondientes órganos receptores sobre los que, en el. caso del mosquito, conocemos muy poco. Pero, de modo general, podemos decir teóricamente que para el mosquito el ‗sonido' humano (de la cuarta a la décima quinta octava) desaparecerá del todo o se convertirá en una lenta pulsación rítmica. Las ondas hertzianas del radio y las bajas frecuencias eléctricas (de la vigésima quinta, a la trigésima octava) adquirirán la naturaleza del magnetismo; el calor y la luz, la de la electricidad; y los Payos X, la del calor. A su vez, la luz estará representada por los rayos Gamma y el hecho de que estos rayos no existan en la Naturaleza, puede tener algún significado cósmico. Puede significar que, por ciertas razones, la Naturaleza, al relegar las criaturas a la escala de los insectos los ha exiliado a una región en donde no hay luz y, por tanto, ninguna posibilidad de que ésta se pervierta.

Muchas otras extrañas transformaciones del mundo, derivadas del tiempo de los mosquitos, se podrían calcular. Si cambia la percepción de la radiación, debe cambiar proporcionalmente la percepción del espacio lineal, puesto que nuestros principales métodos de medir el espacio se basan en la distancia recorrida, en un tiempo dado, por las diferentes energías. Por ejemplo, el sonido que camina a 330 metros por segundo para un hombre, no cubrirá más que un centímetro por segundo para un mosquito. Si un hombre se detiene en el extremo de su jardín y grita a un mosquito a 100 metros de distancia, su voz lo alcanzará cerca de tres horas después, en una serie de choques sísmicos que durarán ocho horas. De hecho, el hombre se encontraría a una distancia equivalente a casi 3,000 kilómetros y su grito sólo podría ser percibido, si lo fuera, por el insecto, del modo que los

seres humanos sienten un ligero temblor o la erupción de un volcán distante. En una escala así, el centro de la Tierra está tan lejos del mosquito como el Sol está de nosotros, mientras que el Sol resulta casi tan remoto como la estrella más cercana.
La densidad estaría, también, transpuesta a la escala de tiempo del insecto y en relación a su tamaño y peso diminutos. Un aguacero significaría la caída durante varios años, de grandes bloques redondos de agua, como los ‗icebergs' de un océano septentrional. El agua sería para el mosquito, un sólido y por supuesto, no sería alcanzado por una gota de lluvia como el hombre no es alcanzado por un glaciar, aunque algunas veces grandes extensiones de agua –charcos, por ejemplo– podrían romper su dura costra creada por la tensión superficial, a consecuencia de un temblor de tierra, chupando al infortunado mosquito en un abismo sin fondo. El aire sería líquido y en éste podría nadar hacia abajo y a los lados, o flotar a cualquier nivel. En tanto que el aroma de lasflores tomaría, probablemente, junto con el olor de la putrefacción, el lugar del aire respirable.
Gran parte de esto puede verificarse mediante la observación directa y por experimentos sencillos. De inmediato vemos que los mosquitos caminan sobre el agua como en un sólido, y pueden nadar, flotar y tenderse sobre los lados o de espaldas en el aire como si fuera un líquido. Les vemos, también, atraídos irresistiblemente por las fuentes de luz, no por ser luz sino del mismo modo como la migración de las aves sigue ciertos campos invisibles de magnetismo terrestre. Y, otra vez, podemos probar con prontitud que la vibración del sonido está más allá del alcance de la percepción del mosquito, por la futilidad de atemorizarlo con gritos.
Por otra parte, un experimento más raro demostraría que ciertos insectos y hasta determinados reptiles pequeños, como las lagartijas, pueden detenerse y mantenerse inmóviles por el solo acto de mirarlos con atención. Mientras, por ejemplo, se está mirando fijamente a una araña, ésta podrá quedarse inmóvil y, apenas se distrae la mirada, escapará en una fracción de segundo. Aunque son insensibles al sonido, evidentemente la mirada humana enfocada con atención conduce algunas vibraciones ante las que determinados insectos reaccionan mecánicamente. En relación con estos insectos el hombre está situado como un cosmos superior frente a uno inferior y su mirada atenta, incalculable para él mismo, actúa sobre aquéllos de manera semejante a como el Sol y el viento actúan sobre el hombre, alterando por completo su velocidad de movimiento y su manera de actuar.
Esto, en verdad, es característico del mundo no de los animales sino de las células, para las cuales tampoco hay ‗arriba', ‗abajo', ‗derecha' e ‗izquierda'; que tampoco reaccionan al sonido pero que, también, (en el cuerpo humano) responden directamente a las vibraciones intangibles de su atención. De hecho, el tiempo de los pequeños insectos los sitúa en la categoría de los cosmos inferiores y podemos comprenderlos mejor si los recordamos no como criaturas con significado individual sino como células libres, por así decirlo, entre las que el tejido conjuntivo de los cuerpos animales falta de modo extraño. Tales seres sólo tienen significación en su repetición, es decir, en el cuerpo completo de que forman parte – la colmena, el Hormiguero, el termitario, el remolino giratorio de mosquitos suspendido del aire en una noche de verano.
En los pájaros y los peces pequeños, cuyo tiempo de vida de unos cuantos años, sitúa sus percepciones a cuatro y no a 15 octavas de distancia del hombre, la individualidad tiene todavía poco significado. Una parvada* de estorninos o un cardumen de escombras se entrelaza, voltea, rueda y emigra distancias inmensas en el aire o en el mar con la misma unidad y coordinación de un enjambre de abejas o de un cuerpo humano. La relación directa con el cosmos de la Tierra, que es característica de los grandes mamíferos y se expresa por el sentido de lo que es arriba, abajo y a los lados, es todavía muy vaga en un ave o pez separados. Ciertas aves domésticas, como los patos, cuando están solos

pueden desarrollar una conducta individual en su relación con un ser humano, pero tan pronto como vuelven al grupo, pierden tales reacciones de distinción y hasta dejan de reconocer a su amigo.
Para las criaturas en esta escala de tiempo sólo están perdidas las cuatro octavas más bajas del sonido, Pero sus propios sonidos y cantos están naturalmente dentro o más allá de las octavas más altas de sonido para el hombre, El chirriar de los murciélagos y el piar de las aves pequeñas con frecuencia nos resultan inaudibles y se comprende esto por completo al reconocer que tales criaturas disponen de cuatro octavas *más de sonido* por encima de las más altas que puede escuchar el hombre.
En el fenómeno extraordinario de la migración, en el que bandadas de pájaros viajan miles de kilómetros año tras año sobre rutas que repiten exactamente, es probable que tengamos una respuesta a los cambios de estación en el campo magnético de la Tierra, para los cuales ha hecho sensibles los órganos de las aves esta transposición de cuatro octavas. Otra vez, el hecho de que los buitres distinguen claramente la carroña o carne muerta desde inmensas alturas, mientras, por el contrario, sólo los animales vivos son distinguibles para otros pájaros en tanto que no distinguen los muertos, parece sugerir que la vista de los mismos pájaros puede variar para incluir o excluir ciertas emanaciones ultravioletas a las cuales es insensible la vista humana inferior.
De hecho tenemos que imaginar las cinco bandas de ondas recibidas por los cinco sentidos de diferentes criaturas, que modifican hacia arriba o hacia abajo en la escala electromagnética, segán sus diferentes tiempos, exactamente en la misma forma en que una relación fija de cinco frecuencias podría sintonizarse en diferentes antenas de radio para recibir diferentes grupos de estaciones transmisoras. En esta forma muchos –si no todos–, los ejemplos del llamado ‗sexto sentido' en la Naturaleza, pueden explicarse por semejante modificación que presenta a uno de los cinco sentidos una banda de radiaciones que permanece fuera de aquéllas que el hombre percibe normalmente.
Si en el insecto y, aún en las aves y los peces, la Naturaleza parece haber experimentado con el tema de las células libres, cuándo llegamos a los animales domésticos parece que contemplamos variaciones sobre el tema de los órganos libres. El tiempo del caballo, la vaca, el cerdo, el gato o el perro, no está separado del tiempo humano por más de una o dos octavas y, por tanto, sus reacciones y percepciones son más comparables con las su vas. Sobre esta escala obtendremos una comprensión más interesante de la naturaleza del animal por medio de la comparación del rnecanismo en vez del tiempo.
Examinando en está forma la anatomía de diferentes animales y comparándola con la del hombre, vemos en cada caso una función u órgano enormemente exagerado, mientras que el resto está al mínimo necesario para hacerlo una criatura independiente. Se desprende de esto que un caballo es un sistema muscular en marcha, una vaca una glándula mamaria que camina, un cerdo es un estómago ambulante, una gallina un ovario caminante y un perro una nariz con patas. Una comprensión muy auténtica de la psicología animal se puede obtener con certeza, aprendiendo a concentrar la atención en una sola función en sí mismo y ‗sentir' directamente la naturaleza de sus percepciones particulares, sus intereses y necesidades.
Vemos y valoramos en el caballo el placer del movimiento la habilidad y delicadeza de coordinación, la sensual respuesta al calor y el contado, la inmensa capacidad de trabajo, que podemos descubrir en nuestro propio sistema músculo-motor. Apreciamos al perro no sólo por su poder olfativo en la caza, sino, también, por la rápida respuesta al cambio de escenario o de humor y el apego fundamental al amo y la casa familiar, que van parejas con un sentido del olfato altamente desarrollado.
La estructura mecánica de estos animales revela mucho, también, tanto sobre ellos mismos como sobre las funciones que parece simbolizar. El caballo, con facilidad y

placer puede saltar, reforzar, girar, caracolear y moverse y mirar en las tres dimensiones que le son asequibles. La estructura del cerdo, por otra parte, es de tal naturaleza que después de unas cuantas primeras semanas le es, *imposible mirar hacia arriba*. Su cuello tremendamente pesado, sólidamente unido al pesado cuerpo, la cortina colgante de las orejas, sólo le permiten levantar la vista á unos centímetros sobre el suelo y nunca por encima del nivel de los ojos. El cerdo vive, en un mundo plano: para él no existe el cielo. Para el estómago no puede haber astronomía.
Mas tal vez la limitación mecánica más importante en estos animales está en que sus ojos se colocan a los lados de la cabeza. Cada ojo puede percibir un amplio campo y aún pueden ‗ver' un mayor arco de horizonte que los seres humanos. Pero este rasgo significa, también, que son incapaces de ‗enfocar' su mirada en objetos específicos como lo hace el hombre. Este poder de enfoque lleva una posibilidad psicológica inmensamente importante de la que están privados definitivamente los animales. El acto de enfocar los ojos crea una relación definida entre observador y objeto observado. Hace posible la sensación de ―Estoy aquí y ese objeto está ahí". Esta sensación es el principio de la *auto–conciencia.*
Tal conciencia inteligente de uno mismo dentro de sus alrededores es lo que nunca pueden alcanzar por completo los animales. Y la limitación de su poder de enfocar los ojos es nada más que un signo externo de una diferencia interna en la estructura nerviosa, que les aparta definitivamente del camino que conduce hacia la autoconciencia y la regeneración.
Al mismo tiempo, ciertos animales parecen aproximarse a la posibilidad de una conciencia mucho más que otros. El gato, por ejemplo, ha desarrollado hasta alto grado el poder de enfocar, no sus ojos, sino sus oídos. Cuando un gato mira a una mosca o un ratón, con los oídos intensamente enfocados sobre su presa, parece que expresa en el máximo grado posible del mundo animal, el sentido de la relación consciente de ―Yo gato – tú ratón".
Y, en realidad, el gato parece exhibir muchos signos de conciencia propia, ausente aún en la mayoría de los hombres. En un día cálido, un perro se echará en la tierra dejando que sus miembros se acomoden como sea y, a pesar de que puede ser pisado. Evidentemente *no sabe dónde se encuentran las diferentes partes de su cuerpo.* Esta conducta es inconcebible en un gato, que siempre es cuidadoso para *acomodar su propio cuerpo y que,* también, con toda evidencia nunca pierde por completo el sentido del conjunto de su cuerpo. La Naturaleza parece haber jugado una curiosa broma al gato. Si un perro es un experimento en la función del olfato, un gato *es un experimento en la función de la conciencia.* Pero es conciencia sin relación con la mente, ;¡ti significación y sin posibilidad de desarrollo.
Por tanto, es una curiosa ironía de la Naturaleza el que el hombre tenga que adquirir, mediante un duro esfuerzo, lo que un gato disfruta normalmente. La diferencia está en que el hombre tiene que adquirirlo sabiendo que lo está adquiriendo y por qué lo está adquiriendo y sabiendo que es sólo un paso necesario hacia algo diferente. A ninguna otra criatura del mundo de la Naturaleza se le brinda una posibilidad como ésta.

CAPÍTULO 10. EL HOMBRE COMO MICROCOSMOS

I LOS SIETE SISTEMAS ANATÓMICOS Y SUS REGULADORES

Cuando tratamos de imaginar el cuerpo largo del Sistema Solar, las cubiertas o hilos entrelazados formados por el trazo de los planetas nos evocaron el recorrido de los varios sistemas del cuerpo humano –esquelético, linfático, arterial, nervioso, etc.–, que parecían estar constituídos y reunidos de modo semejante.

La asociación no era accidental. Mientras más estudiamos estos sistemas, más nos parece que en efecto son exactamente análogos, que son redes distribuidoras que se destinan a transportar energías de tensiones diferentes.

La estructura humana consta de siete u ocho sistemas que se pueden reconocer, sostenidos por un armazón esquelético y reunidos en un todo sólido merced al tejido conectivo. Estos sistemas están unidos y armonizados por la acción vivificante del corazón, del que depende la existencia del organismo como individuo.

Cada sistema abarca al cuerpo entero; y sobre cada uno parece gobernar una de las glándulas de secreción interna, colocadas en lugares particulares, en calidad de reguladoras y transformadoras. La glándula transforma la energía vital general producida por el organismo y' que obtiene de los alimentos, aire, luz, etc., a la tensión requerida por su propio sistema y función.

Además, esta séptuple disposición de las funciones humanas se deberá ver sujeta a tres controles nerviosos diferentes que interactúan entre sí –el cerebro-espinal, que produce funciones conscientes; el simpático, que estimula funciones inconscientes o instintivas; y el parasimpático o vago, al que se atribuye el frenamiento de estas funciones instintivas y que, por tanto, actúa como complemento del último. Estonos sugiere un control para soltar impulsos nerviosos activos, otro para soltar impulsos nerviosos pasivos y un tercero para soltar los impulsos *mediadores* de pensamiento, razón o conciencia.

Tenemos, en verdad, muchas razones para suponer que estos tres controles nerviosos representan la ley de tres fuerzas en el cuerpo humano, así como las glándulas endocrinas y sus productos reflejan la ley universal de octavas. Es precisamente esta sujeción de una mezcla sien pre cambiante de siete ingredientes sometida a un triple control nervio so también en continuo cambio, que hace del mecanismo humano una imagen de todos los demás cosmos.

Al mismo tiempo, esta combinación crea un modelo tan sutil que su manifestación puede analizarse en cien maneras diferentes, todas verdaderas y todas falaces. Por ejemplo, sería sencillo decir que los nervios, como agentes de la ley de tres, controlan las glándulas como agentes de la ley de octava. Pues aparte de controlar los sistemas glandulares, los nervios mismos constituyen tales sistemas, siendo controlados a su vez –tal como en el Sistema Solar– donde cada planeta actúa sea como fuerza mediadora de acuerdo con la ley de tres, sea como una sola nota en concordancia con la ley de octavas.

En otras palabras, las tres fuerzas y los siete aspectos son diferentes modos de ver un mismo fenómeno. Con nuestras mentes ordinarias no somos capaces de comprender la operación de los dos principios a la vez, así como el ojo humano simultáneamente no puede enfocarse sobre la superficie de un espejo y sobre los objetos distantes que se reflejan en el espejo. Si fuéramos capaces de comprender la ley de tres y la ley de octavas simultáneamente, deberíamos comprender al Sistema Solar o al mismo organismo humano. No podemos simplificar mentalmente la interacción de estas dos leyes, puesto que un cosmos viviente es el modelo más sencillo de su unión.

Por la misma razón, nunca podemos tener verdadero éxito al separarlas. Ni ningún intento de describir en detalle –digamos, en el cuerpo humano– la operación de una ley, primero; y,

después, la de la otra, puede ser lógicamente satisfactorio. Las dos explicaciones parecerán traslaparse siempre y siempre parecerán contradictorias o incongruentes a la mente lógica.
De cualquicr manera tenemos que intentar una aclaración. Principiemos desde el punto de vista de la ley de octavas. Cada uno de los varios sistemas y su glándula directriz se considera, ahora, que dotanal hombre de un conjunto especial de cualidades y capacidades. Merced al sistema esquelético, es una criatura erecta y articulada; gracias al sistema linfático, puede digerir y asimilar; gracias al respiratorio, respira; gracias al arterial, se calienta por sí mismo; gracias al cerebro-espinal, ve, piensa y actúa; y mediante otro sistema todavía, está sujeto a la emoción y a la conciencia. De hecho, estos sistemas constituyen dentro del hombre, los reinos de la Naturaleza.
Volviendo a nuestra analogía eléctrica encontramos que las energías usadas en los diferentes sistemas o circuitos varían tanto en tensión cuanto en cantidad de corriente. En el sistema linfático, por ejemplo, la cantidad de corriente es muy alta y constante pero la tensión es extremadamente baja. El canal linfático central de una vaca, cuando se le ha punzado, produce 95 litros de linfa por día, [50] pero esta sustancia es tan diluída y de acción tan moderada, que sólo en estas cantidades puede rendir el trabajo relativamente sencillo de distribuir las materias alimenticias. En otras palabras, el amperaje es alto, pero es muy bajo el voltaje.
Se contrasta esto con la energía que manifiestan en el hombre las emociones de temor religioso, amor, odio extremo, etc. En este caso la corriente es tan pequeña que pueden pasar semanas, meses y aún años sin que un hombre pueda percatarse más que de un escurrimiento ocasional e insignificante. Por otra parte, cuando se puede lograr la energía transformada en esta forma, su poder es enorme; puede impelirlo a establecer una orden monástica o a cometer un asesinato. El amperaje es bajo, pero extraordinariamente alto el voltaje.
Ahora bien, estando de acuerdo en que estas diferentes glándulas dan muchas señas de ser adaptadores o transformadores de la energía general creada por el organismo, ¿cuál es la relación que entre ellas existe? ¿Es que están dispuestas en un orden definido? ¿Podemos descubrir una escala general de sus tensiones?
Una sugestión inesperada inspira su disposición. Si, tomando el corazón como centro, trazamos un diagrama esquemático del cuerpo humano en donde estén marcadas las varias glándulas, encontraremos que todas descansan sobre una espiral logarítmica regular, semejante a la que representa las líneas de fuerza o de crecimiento en muchos fenómenos naturales. [51] Así como el Sistema Solar aparecía como una espiral de planetas en expansión, así el cuerpo humano da ahora la impresión de una espiral de funciones que se expanden.
El sol y fuente de esta espiral es el corazón. Desde ahí se desdobla a través del timo del páncreas, de la glándula tiroides y las paratiroides, del plexo solar donde tienen efecto las suprarrenales, de la pituitaria anterior y posterior y en su circunvolución final, a través de las glándulas sexuales hasta el cuerpo pineal, la última y más avanzada posibilidad del organismo.
Si retrocedemos hasta la diferenciación primordial del embrión humano en tres cubiertas germinales durante la primera quincena de su existencia, podemos ver efectivamente esta espiral en su forma originaria. Las capas germinales que se desarrollan de la primera multiplicación de las células se enrollan unas sobre las otras. De la capa germinal que forma la bobina interna (entodermo) se desarrollan las funciones conectadas con las tres glándulas mencionadas en primer término, es decir, el crecimiento, la digestión y. la respiración; de la que forma la bobina intermedia (mesodermo) se desarrollan las funciones conectadas con las

[50] ‗Grand Memento Encyclopédique Larousse‘, Vol. s, pág. 754.

[51] Para detalles corroborantes en lo referente a estas espirales en muchas escalas diferentes, ver–de J. Bell Pettigrew, ‗Design In Nature‘ (El Diseño en la Naturaleza), en especial las págs. 633 y siguientes.

tres siguientes, esto es, circulación de la sangre, el movimiento voluntario y el involuntario; de la capa germinal que forma la bobina exterior (entodermo) se desarrollan las funciones conectadas con las tres últimas, esto es, mente, emoción y reproducción.
Si añadimos a este orden lo que sabemos acerca de las funciones de las diferentes glándulas, de los sistemas por ellas controlados, de sus elementos clave y de su aparente correspondencia con los planetas, obtenemos la tabla siguiente:

Planeta	*Nota*	*Glándula*	*Función*	*Sistema*	*Elemento clave (problemático)*
Sol	*do*	Timo	Crecimiento	?	
Luna	*re*	Páncreas	Digestión, asimilación de alimentos	Linfático	?
Mercurio	*mi*	Tiroides	Respiración, combustión de aire	Respiratorio	24-30 Cr-Zn
Venus	–	Paratiroides	Circulación de sangre, construcción de tejidos	Tejido conectivo	20-Ca
Marte	*fa*	Suprarrenales	Movimiento externo, lucha y fuga	Cerebroespinal y músculo voluntario	19-K
Júpiter	*sol*	Posterior Pituitaria	Reflejos internos, sensación física	Simpático y músculo involuntario	11-Na
Saturno	*la*	Pituitaria Anterior	Mente y razón, estructura ósea	Corteza cerebral y esqueleto	9-F (?)
Urano	*si*	Gonadas	Reproducción, creación, emoción superior	Genital	1-H
Neptuno	*do*	Pineal	(?)	(?)	

Las funciones controladas por las glándulas dan, en este orden, la fuerte impresión de estar graduadas de lo tosco a lo fino, de lo material a lo inmaterial. Todas las funciones que estonios acostumbrados a considerar como físicas se sitúan hacia el principio aquellas que apreciamos como psíquicas, hacia el final. Traduciendo esto a nuestra terminología eléctrica, podríamos decir que por la evidencia de su producción, los transformadores parecen estar dispuestos en órden creciente de voltaje y en orden decreciente de amperaje.
Mas aún, este orden hace eco en forma sorprendente a la disposición los planetas en el Sistema Solar – pero con la secuencia de tensiones *a la inversa*. Lo que está más cerca del centro, es el Sistema Solar más pequeño, más fino y de mayor presión; pero más grande, más grueso y de menor presión en lo humano, En el primer caso, el amperaje aumenta tracia la circunferencia; en el segundo, el voltaje. Esto parece extraño hasta que recordamos, con referencia a la radio, la idea obvia de que el alcance del receptor está en proporción inversa a la potencia de la estación emisora.
Y, en este punto, empieza a sernos evidente la inmensa significación de la correspondencia entre estos dos sistemas de transformadores. Las glándulas endocrinas *son* precisamente esos receptores de influencias planetarias son precisamente esos receptores cuva existencia supusimos con anterioridad.
Quizás sería imis exacto decir que la intrincada antena de los grandes plexos nerviosos –el cervical, cardíaco, solar, lumbar y sacro– aparato sensitivo para tal transmisión planetaria, mientras que las glándulas endocrinas a través de las cuales ésta se produce, copio un altavoz o una pantalla de televisión, suministran el mecanismo medio del cual tales impulsos invisibles se manifiestan como acción físicos. En todo las glándulas, de acuerdo consu distancia del corazón, obedecen a la misma ley, del modo como los planetas lo hacen

de acuerdo con su distancia del Sol. Creados bajo el mismo diseño, uno responde al otro. Y cada glándula se revela como un instrumento sensible que no sólo transforma energía humana en la tensión requerida por su función, sino que está sintonizada a un instrumento análogo en una escala cósmica, a cuyo gobierno obedece.

II Tipos Endocrinos

Tenemos ahora una base para estudiar la posibilidad de que los planetas dirijan órganos diferentes y, por extensión, los tipos en que tienen dominio estos órganos receptivos.
De hecho, muchas tentativas se han realizado en la historia para distinguir y satisfacer a los diferentes tipos de hombre en esta forma, desde los sistemas medioeval y oriental de castas, a través de las diferentes órdenes de la Iglesia Católica Romana, hasta la clasificación de la sangre y la clasificación endocrina del presente.
Esta idea fué desarrollada particularmente en las enseñanzas astrológicas de la Edad Media, aunque la falta de un conocimiento químico y biológico precisos y, en particular. el hecho de que los planetas tirano y Neptuno todavía eran desconocidos, asignándose sus efectos entre los planetas conocidos, acarrearon gran confusión y conjeturas. Como quiera que sea, la idea general del gobierno de diferentes órganos por planetas diferentes, produjo algunos intentos muy intresantes por describir y distinguir los llamados tipos planetarios. [52] Y es un tributo sorprendente a los estudios de las escuelas alquímicas entre los siglos XIII y XVII, el hecho de que no obstante que todo lo demás ele ser sistema se ha perdido desde hace mucho tiempo, las palabras que usaron en relación co aquél lían pasado al uso general y todavía evocan en los hombres ordinarios la mejor idea de los tipos que es posible tener sin una preparación especial.
Estas palabras –lunático, mercurial, venéreo, marcial, jovial y saturnino– se derivaron de afinidades entre el hombre y el Sistema Solar, conectando cada tipo con el correspondiente planeta. Naturalmente, en su origen, ―lunático" se refería sencillamente al tipo que servía a una función semejante en la humanidad, a la de la Luna en el Sistema Solar y sólo después vino a referirse en especial a la gente *anormal* de este tipo. Análogamente, la palabra ―venéreo" se refería en general al tipo con afinidad por *Venus*. Todas las demás palabras han retenido sorprendentemente bien su significado. Por esto, con dos ligeras modificaciones, intentaremos estudiar los tipos humanos bajo éstos que son los mejores nombres de que disponemos.
Si tratamos de pasar revista a las principales teorías de la Astrología, a la luz de las ideas modernas y libres de la superstición y la asociación acumuladas, disponemos de la proposición siguiente:
Cada glándula endocrina, o su plexo nervioso asociado, está sincronizada al magnetismo de un planeta individual. Naturalmente, este magnetismo particular será más fuerte cuando un planeta se encuentre en el zenit, brillando verticalmente a través del mínimo grosor de la atmósfera, exactamente como la luz y el calor solar son más fuertes a mediodía. Mientras más bajo se hunde en el cielo y mientras más agudo sea el ángulo por el que su influencia deba pasar a través de la cubierta de aire, más débil será el efecto, como lo es el del Sol al amanecer y al anochecer. Cuando se encuentra por debajo del horizonte, su efecto sólo se recibirá en una forma difusa, y será pasivo más que activo por su paso a través o alrededor de la Tierra. La altura de un planeta dado en el cielo, será, por tanto, una medida exacta del grado de estímulo impartido a la glándula correspondiente en un momento dado.
Cada una de las glándulas tiene tres aspectos. Estos aspectos son puestos en acción en

---

[52] Por ejemplo Robert Fludd ―De Naturae Simia" pág. 627 y sig. (Libro III. ―De Planetorum dispositionibus et naturibus"). Frankfurt 1618

diferentes momentos, de acuerdo con el estímulo planetario entonces operante. El aspecto primero y más elemental, que probablemente está conectado con la raza y la herencia en una forma muy general, se pone en acción mediante el acomodo de cromosomas en el huevo en el momento crítico de la concepción, y está determinado por la disposición de los planetas en ese instante.
El segundo aspecto, que probablemente sea más responsable de lo que ordinariamente reconocemos como el tipo físico, es puesto en acción en el momento igualmente crítico del nacimiento cuando el niño, súbitamente removido del aislamiento en el útero materno, es expuesto por primera vez al aire y a la radiación solar y planetaria directa. En este momento las glándulas, en su segundo aspecto, reciben cada una unímpetu diferente y preciso, que las pone en acción y fija su arreglo relativo por toda la vida. Si imaginamos un grupo de siete fotómetros fotográficos, cada uno sensible a la luz de un planeta diferente, y que son afectados permanentemente por las indicaciones que registran en el momento en que se les saca del cuarto oscuro, obtenemos cierta visión de este ‗arreglo' de la maquinaria humana en el nacimiento. Las sucesivas exposiciones que se hagan según estos siete fotómetros, serán siempre diferentes y características. Y así ocurre con el rendimiento de las diferentes glándulas y las funciones que a ellas están asociadas. Por el arreglo que les hacen los planetas que las gobiernan en el momento del nacimiento son, como antes supusimos, determinados definitivamente la forma, el color, el tamaño, la rapidez de reacción y demás cualidades internas y externas del individuo.
El tercer aspecto potencial de las glándulas es o puede ser puesto en acción en un momento posterior de la vida, cuya fecha exacta es difícil determinar. Puesto que este tercer aspecto debe estar conectado con funciones humanas potenciales, desarrolladas con el crecimiento de un alma. Pero ahora pasaremos por alto el primer y tercer aspecto y nos concretaremos al segundo aspecto de las glándulas, provocado y determinado por estímulos planetarios en el momento del nacimiento y del que depende la naturaleza física del hombre como individuo, es decir, lo que ordinariamente reconocemos como su tipo.
Organicemos el material que han puesto a nuestra disposición la química y la fisiología modernas en la investigación de la naturaleza y la función de los diferentes tipos endocrinos y podremos apreciar cómo concuerda o difiere con las antiguas descripciones. Al mismo tiempo debe recordarse que no existe aquéllo de los tipos puros, puesto que en cada hombre todas las glándulas deben funcionar, siendo incapaz de vivir el individuo si una sola de ellas es destruida.
Más aún, cada glándula afecta y es afectada por cada una de las otras, de modo que en la práctica es imposible aislar el efecto de una cualquiera de ellas. Si estudiamos pues los llamados ―tipos", significa sólo que intentamos encontrar ejemplos extremos y hasta patológicos del dominio de una u otra glándula, para determinar su naturaleza particular. En un hombre ―perfecto" la acción de todas las glándulas estaría exactamente balanceada, y en cuanto un hombre se acerque más a este equilibrio, será tanto menos fácil clasificarlo como un tipo. El organismo ideal sería una síntesis de todos los tipos; pero éste, haría que unhombre disfrutara de poderes extraordinarios y tales hombres parece que no se producen por accidente.
Considerando a las glándulas en el orden de nuestra espiral y de nuestra tabla, principiamos con el limo, que forma una larga masa esponjosa montada a horcajadas sobre el tubo conductor de aire y en las inmediaciones del corazón. Se conoce muy poco sobre esta glándula, excepto que desempeña un papel muy importante en el crecimiento del organismo durante la infancia y que en la mayoría de los casos tiende a atrofiarse después de la adolescencia, en relación aparente con la intervención del sexo. Y las suprarrenales. Sus células son idénticas a las células linfáticas y probablemente aquélla ayuda a promover un alto abastecimiento de linfa, necesario por la gran velocidad del proceso me-

tabólico en la infancia. El tipo tímico conocido por los endocrinólogos por su tez sonrosada, huesos y dientes delicados y especial aire de bella fragilidad, es sólo una descripción de Peter Pan, el niño grande. Hasta donde podemos ver, el timo, asociado tan estrechamente al corazón, es –como podemos suponer por la disposición en nuestra espiral– la glándula que suelta el resorte del crecimiento. Cuando se completa el crecimiento, su primera tarea está cumplida. La posibilidad de una función potencial ulterior, que normalmente no se realiza, se discutirá más adelante. Este tipo no se describe habitualmente en los textos astrológicos, aunque hay sugestivos intentos ocasionales por distinguir un tipo *solar,* que nos recuerda que el lugar y la función del timo le señalan como el regulador de ese indiferenciado impulso de vida original que sólo puede provenir del Sol.
La siguiente glándula, el *páncreas,* está asociado con el sistema linfático y en compañía del hígado controla la digestión de los alimentos. Esta es la naturaleza ‗húmeda' del hombre, que en un capítulo anterior encontramos que está particularmente sujeta a la atracción de la Luna. Una parte del páncreas secreta insulina. que promueve el almacenamiento del azúcar y actúa contra las suprarrenales que dirigen su combustión súbita bajo demandas urgentes y altamente emotivas. Por tanto, tiende a abatir o extinguir el ‗fuego' de la actividad adrenal. Aunque la moderna endocrinología no distingue un tipo pancreático tan claramente como aquéllos producidos por otras glándulas, la gente con este predominio tendrá todas las formas carnales llenas Y redondeadas (‗cara de luna'), debido a la plenitud de linfa. Serán pasivas, caprichosas e introspectivas, características todas opuestas a aquéllas del apasionarlo, vigoroso y violento tipo adrenal. De hecho, se aproximarán a las descripciones del tipo melancólico o *lunático* y que se asociaba con el elemento acuoso y a sus consecuentes características de fluidez e inestabilidad.
Como siguiente, en orden ascendente de acuerdo con la tensión del voltaje o de la energía utilizada, tenemos la glándula *tiroides,* situada en la garganta debajo de la manzana de Adán. Esta glándula controla la combustión del aire que se respira y, como la llave del caldero de una locomotora a vapor, regula el calor producido y, en consecuencia, la *velocidad* de todo el mecanismo. Mientras actúa más intensamente la tiroides, más inquieta y nerviosa será la apariencia. El elemento pesado, yodo, que frecuentemente se menciona en relación con esta glándula, es como el peso sostenido sobre la llave de ese caldero para prevenir que se abra y que se funda el mecanismo.
En endocrinología el tipo tiroideo se describe como delgado de cuerpo, con rasgos bien acusados, pelo grueso y con frecuencia ondulado, ojos brillantes, dientes y boca muy desarrollados; percepción y volición rápidas, impulsivo, con tendencia a las crisis explosivas de expresión, revoltoso, insomne e inagotable. En otras palabras, el viejo tipo aéreo, sanguíneo o *mercurial,* al que estrechamente corresponde esta descripción moderna. [53]
En lo que se refiere al efecto del siguiente grupo de glándulas, las pequeñas *paratiroides,* que están situadas en la tiroides y que actúan como su pareja o complemento, la endocrinología no dispone de mucho material. Sólo se sabe que su acción contra la tiroides (que produce movimiento y volatilidad) se logra mediante la promoción del metabolismo del calcio, elemento estabilizador, y del fósforo, elemento mediador. Con las paratiroides poco desarrolladas, el individuo resulta patológicamente nervioso, inquieto e hipersensible ante los estímulos más moderados, aún ante la luz. Las paratiroides acentúan la vida pasiva, vegetativa: producen firmeza y tono del músculo y los nervios – una calma sensitiva y una tibia pasividad. Su campo es el de carne y sangre', de la mitrición celular y

[53] La mayor parte de las descripciones de tipos glandulares so basan en la obra de Louis Berman, ―The Glands of Personality" (Las glándulas de la Personalidad).

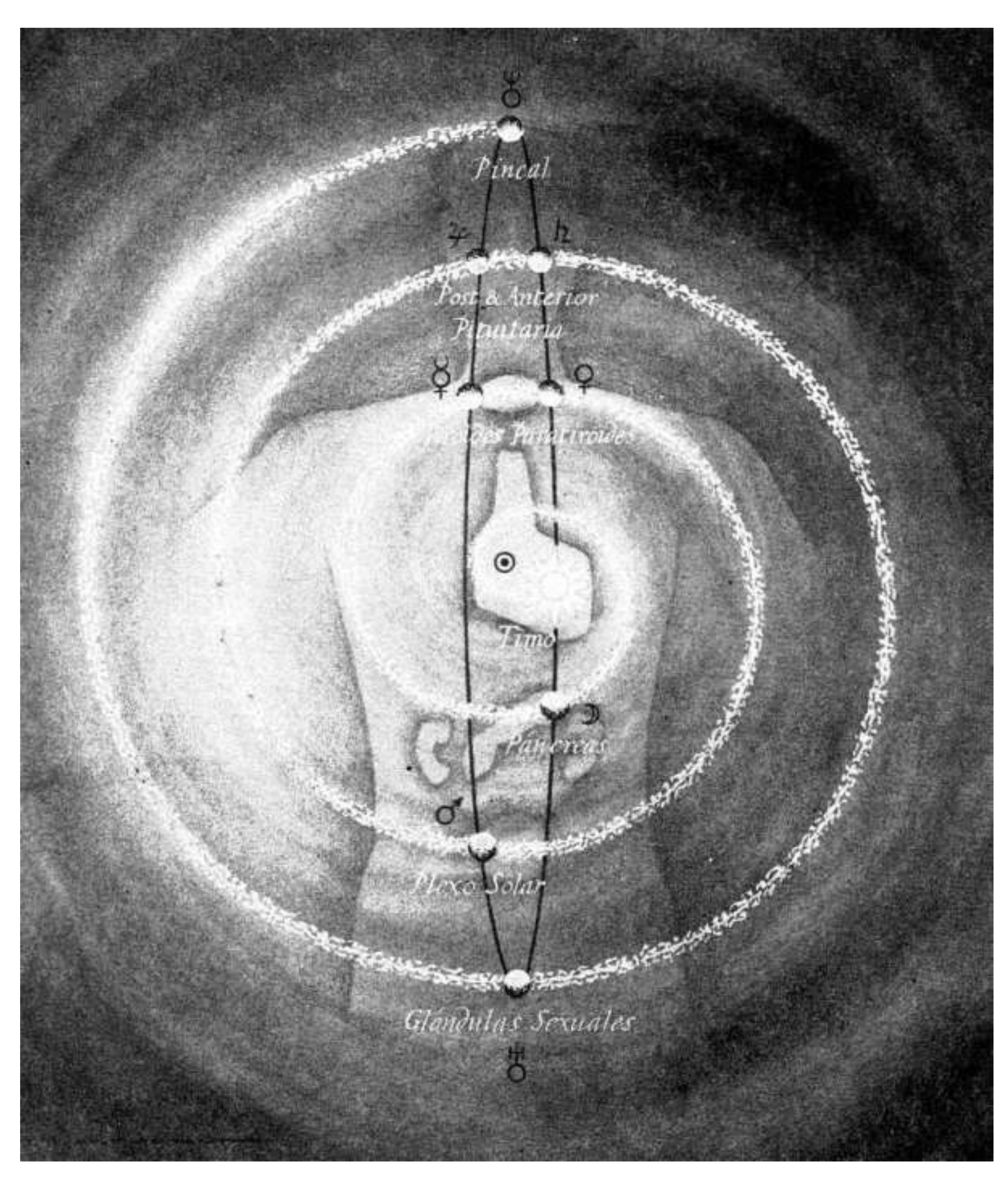
el desarrollo del volumen. Este, en la vieja astrología, es el tipo *venusino,* el papel femenino de crecimiento en la inactividad.
Las glándulas *suprarrenales,* que usan energía del siguiente poder superior, son dos pequeñas cápsulas montadas sobre los riñones. Están formadas de dos partes, el corazón o médula que produce una hormona que motiva todos los fenómenos en relación con el miedo y la huída, y la cubierta o corteza, que secreta otra hormona, que se caracteriza por manifestaciones de ira y rijosidad. Ambas, probablemente por intermedio de su elemento clave, el potasio, crean una elevación general del tono y sensibilidad del organismo. Son las glándulas de la ―pasión", y en estas diferentes maneras expresan el impulso fundamental de autoconservación. El tipo adrenal tiene piel morena o pecosa, de rostro y cuerpo hirsutos, frecuentemente con pelo de color poco común –negro entre los escandinavos, amarillo entre los latinos, pelirrojo entre otros pueblos. Tiene dientes caninos y una línea baja de pelo y es vigoroso, enérgico y apasionado –el tradicional guerrero–, pequeño, fiero y marcial.
Las dos glándulas siguientes, como la tiroides y paratiroides, forman una pareja que controla cualidades complementarias balanceándose recíprocamente. Juntas, forman los dos lóbulos de la pituitaria, un pequeño órgano del tamaño de una semilla de cereza colocado en una caja ósea por detrás del puente de la nariz. El primer lóbulo, desde nuestro punto de vista, es el de la pituitaria posterior. Esta glándula, en cuya acción el sodio desempeña un papel clave, controla los músculos involuntarios de la porción interna e instintiva del organismo, particularmente los de los intestinos, vejiga y útero. Regula, también, la producción de leche para amamantar y, en general, es la glándula de las cualidades maternales. El tipo es bajo, redondeado, robusto, con cabeza grande, de vientre voluminoso y con poco pelo en el cuerpo. Tiende a la periodicidad de funciones, apareciendo el ritmo aún en las crisis de temperamento y actividad y está dotado de una inclinación hacia la poesía y la música. Gente así es alegre, animosa y tolerante – los Falstaffs, el clásico tipo jovial.
La pituitaria anterior promueve rasgos masculinos tan claramente como la posterior lo hace con los femeninos. Esta glándula está íntimamente relacionada, por una parte, con el sistema esquelético y, por la otra, con la función del pensamiento abstracto y la razón. Su secreción exagerada resulta en un crecimiento anormal de los huesos largos y particularmente de las articulaciones y extremidades, tales como las manos, pies y mandíbula (acromegalia). El tipo pituitario anterior es largo de huesos, con formas bien desarrolladas. músculos largos y firmes; de cabeza alargada, cara huesuda y marcada por una nariz larga y prominente, mandíbula cuadrada, pómulos desarrollados y dientes largos, con una mente comprensiva, habilidad para aprender y capacidadpara controlarse a sí mismo y mandar sobre lo que le rodea. Este, en la vieja momenclatura, es el tipo flemático o saturnino.
Por tanto, las primeras seis glándulas se disponen en tres pares –conteniendo cada par un elemento masculino y otro femenino, que se complementan y oponen entre sí. Las suprarrenales y el páncreas, o Marte contra la luna; las tiroides y las paratiroides, o Mercurio contra Venus; y las pituitarias anterior y posterior, o Saturno contra Júpiter – estos forman entre ellos un conjunto de seis valencias, perfectamente contrapesado.
Cuando llegamos a las gonadas o glándulas sexuales, que corresponden en cierta forma a la posición de Urano en el Sistema Solar, logramos entender ahora por qué su papel ha dado lugar a tanta confusión. Porque cada una de las otras glándulas afecta al sexo, le prestan su color y tratan de disfrazarse como sexo. A efecto de comprenderlo en su pureza, el sexo debe ser separado de la sensualidad venusina de las paratiroides, de la pasión marcial de las suprarrenales, de la afección maternal de la pituitaria posterior, y de la maestría suturnina del lóbulo anterior. El sexo debe ser algo diferente a todo esto y más

fundamental. Debe estar relacionado con el principio esencial de los dos sexos y su poder conjunto de creación. Deberá incluir todas las emociones más profundas originadas en su interacción y, aparte de dar hijos del cuerpo, deberá inspirar música, poesía, arte y toda la aspiración del hombre por crear, emulando a su Hacedor.
La última glándula sobre nuestra espiral, como Neptuno es el último planeta mayor en el cielo, es el misterioso cuerpo pineal, enterrado en el punto focal del cerebro y relacionado con los sistemas psíquicos más delicados del hombre. Sola entre las glándulas, es única más bien que doble en su forma y, de esto, los viejos fisiólogos y psicólogos como Descartes, por ejemplo, dedujeron que era el lugar donde se alcanzaba la *unidad* o equilibrio, y que ése era el asiento esencial del alma. La glándula pineal es un tejido en forma de cono, cuyas células nerviosas contienen pigmento similar al de la retina y que ordinariamente se fosiliza después de la adolescencia, mediante el depósito de sales de calcio. A medida que avanza este proceso, los músculos relativos se desgastan y son reemplazados por grasa. Prácticamente nada se conoce o se supone acerca de las funciones de la glándula pineal, y sólo podemos decir. por ahora, que todo indica que estas funciones son potenciales y hasta el momento irrealizadas.
Así se completa la serie de receptores planetarios por los que las diferentes funciones del cuerpo se sostienen y regulan. Y si se objeta que las descripciones de sus tipos conexos se acercan a la adivinanza, debemos admitir, entonces, que no son sino un intento de aproximación a la naturaleza de las diferentes energías, mediante un estudio empírico (le sus manifestaciones. Esto, en esencia, no es satisfactorio, como no lo será tratar de expresar la naturaleza de un perro detallando su figura, color, modo en que crece su pelo, etc. Sólo puede desarrollarse una intima comprensión de las glándulas, estudiando su acción peculiar e individual *en uno mismo.* En un libro, por su propia naturaleza, este método se excluye.
Recordemos, entonces, que las glándulas actúan mediante energías diferentes en una escala de creciente frecuencia, hasta que logremos alcanzar reinos en donde su poder (le penetración sea tal, que no podamos siquiera soñar las potencialidades involucradas en aquél.

III La Corriente Sanguínea como Indice del Ser del Hombre

El corazón es el sol del cuerpo y la corriente sanguínea, como la radiación del Sol en el Sistema Solar, se extiende a cada una de sus partes. Ningún rincón del cuerpo es demasiado remoto para que no sea calentado y vitalizado por ella. Se derrama en los órganos endocrinos del modo como la luz y el calor del Sol brillan sobre todos los planetas, dotándolos de vida *y* uniéndolos en un todo único.
Ahora bien, la radiación solar tiene dos aspectos. En primer lugar, lleva. a los planetas luz, calor, radiaciones ultravioleta *y* otras igualmente vitalizadoras que provienen del Sol, centro de su sistema. Fn segando lugar, reflejándose individualmente en ellos –de acuerdo con su tamaño, atmósfera, superficie. velocidad de rotación, etc:–, actúan como un vehículo para la difusión de sus influencias separadas, Cuando vemos a Venus o a Júpiter en el cielo es, por supuesto, porque nos llega la luz qne refleja del Sol. No hay ninguna otra luz en el Sistema Solar, Pero esta luz reflejada se convierto en la portadora de vibraciones y ritmos peculiares del reflector. De ahí que la luz del Sol no sólo nos alcance en forma directa sino que nos llega por la vía de cada planeta individual: y cuando vemos a la vieja Luna en los brazos de la Luna nueva, es que aún está reflejada de la Tierra a la Luna y luego, de regreso, otra vez a la Tierra. La radiación solar forma una especie de inmensa circulación, no sólo uniendo cada parte del Sistema Solar con el centro sino, también, cada parte con cada una de las otras partes. Es el modo por el que el Sol influye en los planetas y, también, por el que ellos se influencian entre sí.

La corriente sanguínea cumple el mismo cometido en el cuerpo. Llevando vida y calor, llevando hidrógeno y carbono, nitrógeno y oxígeno, es bombeada desde el corazón al cuero cabelludo y a la punta de los dedos. Es la difusora de la energía central hacia todos los órganos Al mismo tiempo, al pasar de uno a otro órgano, conduce las secreciones de cada uno a través de todo el organismo. Por ella se conducen for– mas concentradas de energía, desde los centros de producción hasta los órganos de almacenamiento, como el hígado y el bazo; así mismo, por ella estas mismas energías son difundidas instantáneamente cuando alguna emergencia lo demanda.



Cada glándula endocrina secreta en la corriente sanguínea su hormona particular en mayor o menor volumen, con un flujo rítmico. Las proporciones de estas diferentes hormonas

llevadas en suspensión por la corriente sanguínea hacen al hombre en cualquier momento lo que entonces es – pensativo, simpático, apasionado, activo, sensual. etc. De modo más general, la composición promedio de su corriente sanguínea durante un período mayor, determina sus tendencias y características más permanentes y modela, en concordancia, los diferentes aspectos de su físico. Al mismo tiempo, de momento a momento, él mismo afecta la composición y mediante la conducción de su interés y atención ante ésta o aquella manifestación propia, acentúa o restringe sus tendencias naturales.

Posteriormente, el *orden* en que las glándulas derraman su influencia en la corriente sanguínea sigue una secuencia definida, similar a aquélla en que, como vimos, los planetas hacen sonar sus notas características en la corriente del tiempo. Por tanto, los productos digeridos del *páncreas,* van a servir a las *paratiroides* en la nutrición de los tejidos: esta nutrición tisular demanda la aereación que se hace posible gracias a la *tiroides:* a su vez, la velocidad de la respiración afecta el vigor del pensamiento y determinación que se generan en la pituitaria *anterior:* el pensamiento y la determinación se traducen en la actividad apasionada de las *suprarrenales:* tal actividad requiere una labor correspondiente de los órganos interiores del lóbulo *posterior:* y esta actividad instintiva demanda a su vez más productos de digestión del *páncreas.*

Es inútil buscar la causa y el efecto en tal secuencia. El todo sigue una inevitable y continua cadena de acción y reacción. La alimentación produce movimiento, el movimiento ambición, la ambición acción apasionada, y el agotamiento de la actividad apasionada el hambre, para alimentarse nuevamente. Esta es la vida del hombre al nivel de la corriente sanguínea.

Pero si las arterias reúnen todas las glándulas reguladoras de la función humana de un modo, debemos recordar también que están igualmente relacionadas y unidas de otras tres maneras por los tres sistemas nerviosos. De hecho, estos tres sistemas nerviosos están conectados probablemente con las tres partes diferentes o aspectos de cada glándula a los que nos hemos referido. Algunos de estos aspectos secundario y terciario de las glándulas se encuentran ya en actividad, pero no se los reconoce generalmente, como la actuación de la tiroides en el acopio de la memoria musical y verbal no se reconoce aún. Otros aspectos –de la glándula pineal, por ejemplo– permanecen ignorados porque son potenciales y solamente entran en actividad en estados superiores de conciencia. En todo caso, si su rendimiento mis crudo se distribuye por la corriente sanguínea, controles mucho más delicados son y pueden ser ejercidos por estos tres sistemas de nervios.

Por tanto, el sistema arterial y los tres sistemas nerviosos, parecen tener la misma relación entre sí que tenían en la filosofía medioeval la Tierra, el Agua, el Aire y el Fuego. Agua, aire y fuego representaban los vehículos de las tres fuerzas creadoras, en tanto que la Tierra representaba el vehículo en que ninguno de ellos había actuado, o el vehículo perteneciente a una serie inferior.

Cambiemos completamente nuestro enfoque y consideremos el papel combinado de los tres sistemas nerviosos como la intervención de un poder creador triple, proveniente de un nivel más alto, esto es, desde por encima del nivel de la corriente sanguínea.

Al igual que la corriente sanguínea, los tres sistemas nerviosos alcanzan todas las partes del cuerpo y conectan todas las glándulas. Pero tienen diferentes rutas. El sistema *cerebro-espinal* está principalmente localizado en la corteza cerebral y en la médula espinal, desde la cual se extienden ramas a todos los miembros dentro del campo de sensación y control del hombre. El sistema *simpático* consta de un gran mímero de ramas separadas y de plexos que conectan las vértebras individuales con algún órgano voluntario correspondiente. El *vago,* por otra parte, es un nervio único que se origina en la base del cerebro, y después de pasar por los plexos cardiaco, gástrico y sexual, se reune con la parte terminal de la espina dorsal.

Estos dos últimos sistemas nos recuerdan el circuito eléctrico de un automóvil o de un aeroplano, donde cada instrumento está individualmente conectado con la fuente positiva de fuerza, aunque la porción negativa de todos sus circuitos puede completarse simultáneamente mediante la armazón de acero. En este símil, el sistema cerebro-espinal representaría, entonces, al conductor o piloto, que introduce acción consciente en el mecanismo – *pero sólo en aquellos lugares en donde están situados los controles.*
¿Cuál es la relación efectiva entre estos tres sistemas y cuál su relación potencial? En primer lugar, debemos suponerlos trabajando con tres energías diferentes a tres velocidades distintas. El más lento es el sistema cerebro-espinal, que sólo puede trabajar tan rápidamente como podemos pensar. El que sigue en mayor velocidad es el sistema simpático que permite a los complicados procesos instintivos de la digestión, nutrición celular, etc., ser conducidos mucho más rápidamente de lo que podemos seguirlos con la atención mental. En tanto que el más rápido de todos debe ser el parasimpático o sistema yago, que conduce los ¡irpulsos incalculablemente rápidos de la intuición, de la auto-conservación y del sexo. Este último sistema, sin embargo, trabaja ordinariamente con solo una fracción de su poder debido, y desde el punto de vista de sus potencialidades, casi podemos considerarlo como no utilizado.
Ahora bien, ya hemos visto que donde quiera que tres fuerzas interactúan, pueden manifestarse en seis diferentes combinaciones u órdenes. Así que estos tres sistemas nerviosos, combinándose de modos distintos, sujetan el cuerpo humano a los seis procesos cósmicos que hemos discutido en otra parte. Algunos de estos procesos resultantes del dominio del pensamiento o del instinto, esto es, del sistema cerebro–espinal o del simpático – nos son familiares en la vida ordinaria. Otros, producidos por el dominio del sistema yago, *trabajando con su propia energía,* son desconocidos o muy extraños para nosotros. Porque ocurren sólo cuando la categoría más alta de emoción se convierte en la fuerza motivante de todo el organismo.
Sin embargo, por ahora todavía hay otra posibilidad que nos concierne. Hay de hecho una séptima combinación de fuerza, normalmente in–comprensible, pero que es teóricamente posible y que levanta al cosmos en que ocurre a su conexión directa con el que está por encima. En esta combinación, *todas las tres fuerzas actúan simultáneamente en todas las partes.*
En el modo ordinario, los tres sistemas nerviosos operan más o menos independientemente, en secuencia, por así decirlo; estando confinadas sus diferentes energías a las funciones para las que son más apropiados. Y cuando pequeñas cantidades de estas energías se filtran de un sistema al otro –como cuando un hombre trata de pensar cuando se encuentra lleno de excitación instintiva o, por otra parte, cuando trata de razonar acerca de una emoción profunda–, sólo producen malos resultados.
Sin embargo, estos tres sistemas están dispuestos de modo que, *en ciertas circunstancias y en un punto particular del cerebro,* puede crearse una conexión entre ellos. En este caso las tres energías podrían correr libremente a través de los tres sistemas. ¿Con qué resultado? Mediante la circulación general de la energía intelectual, un hombre estaría *consciente de todas sus funciones.* Mediante la circulación general de la energía instintiva, *todas sus funciones actuarían con las mayores ventajas y en armonía.* Mediante la circulación general de la energía emocional, *todas sus funciones actuarían con la intensidad del miedo o del amor.*
Una condición así, en que los procesos instintivos fueran tan conscientes como pensar, en que el pensar fuera tan rápido como la atracción, y en que la razón, emoción y acción se combinaran tan armoniosamente como respirar y dormir, es imposible imaginar. Sólo podemos decir que la máquina humana, de hecho, está diseñada para hacerlo posible.

CAPÍTULO 11. EL HOMBRE EN EL TIEMPO

I LA ESCALA DE TIEMPO DECRECIENTE DEL HOMBRE

Uno de nuestros principales errores es que tomamos siempre el tiempo del hombre como el mismo. Consideramos que una hora de la niñez tiene el mismo valor que una hora de la senilidad. Esta es una apreciación completamente falsa, y por una razón que podemos discutir ahora.

El hombre inicia su existencia oomo una célula única, el óvulo, en el momento en que es fertilizado por el espermatozoide. Por tarto, inicia su carrera en la escala de tiempo de una célula grande que, como calculamos en nuestro estudio sobre los tiempos del Universo, [54] es nada menos que mil veces más rápida que aquélla con la que el hombre desarrollado mide y percibe. La increíble velocidad de los procesos de multiplicación y diferenciación en los días que siguen a la concepción, es evidencia clara de esta idea.

Es sólo hacia la última parte de la vida, cuando se acerca ya a la vejez y a la muerte, que la percepción humana alcanza la amplitud y comprensión necesaria que se puede decir son completamente características del hombre.

Por tanto, entre la concepción y la muerte, la vida del hombre se mueve más y más rápidamente, hasta que al final las horas y los minutos pasan sobre él mil veces más rápidamente de lo que lo hicieron en las horas de su concepción. Esto significa que le ocurre cada vez menos en cada hora a medida que la vida progresa. Su percepción se extiende sobre un periodo progresivamente largo, pero, de hecho, este período más prolongado es sólo una ilusión, porque no contiene más de lo que contenía la fracción infinitesimal de un segundo de su primera sensación. El cree domeñar el tiempo midiendo su paso en años, pero el tiempo le chasquea poniendo cada vez menos en ellos. Así que cuando mira hacia su vida pasada y trata de calcularla por el número de sus cumpleaños, está acortando su existencia de la extraña manera en que un hombre mira un cuadro que, eludiéndole, se curva alejándosele. Empleando otra imagen, podemos decir que el hombre cae a través del tiempo, como los objetos pesados caen a través del espacio – esto es, ganando ímpetu, o pasando cada vez más rápido a través del medio a medida que cae.

Ahora bien, la duración de la vida del huevo es, como anteriormente también lo hemos reconocido, de un ciclo lunar. Toda la vida de un hombre es alrededor de un millar de tales meses. Para llevar su vida dentro de una verdadera perspectiva, debemos formar por tanto una escala del uno al mil y dividirla en una progresión logarítmica, en vez de la acostumbrada progresión aritmética. [55]

Sin embargo, estos límites de uno y mil meses, nos recuerdan otros dos aspectos interesantes. El hombre nace diez meses lunares después de su concepción, y se acepta normalmente que su niñez termina des

pués de cien (siete años). Estos, claramente, son puntos clave en su vida. De modo que si ahora marcamos nuestra escala 1, 10, 100, 1,000: dividimos, por tanto, toda la carrera del hombre en tres partes logarítmicamente iguales – gestación, niñez y madurez.

Mientras más pensamos en estos tres períodos, más surgen entre ellos una especie de semejanza, como si los últimos fueran ecos del primero, como si a una melodía se le hiciera eco con una y después con dos octavas más bajas. Durante el período prenatal de

---

[54] Ver Capítulo II, ―Los Tiempos del Universo", pág. 45

[55] Por la idea general del tiempo logarítmico en relación con la vida humana, estoy en deuda con mi amigo el Dr. Francis Boles y en cuanto al mes lunar como unidad de ese tiempo, con la señorita Helen Wright. Esta idea, bajo el nombre de ‗Tiempo Biológico', fue planteada en primer lugar por Pierre L ecomte de Noúy (1883–1949) durante la Primera Guerra Mundial, a base de estudios sobre la rapidez de la cicatrización a distintas edades, y después desarrollada en su libro ‗El Tiempo y la Vida'.

gestación se forma gradualmente el cuerpo físico y al final es lanzado hacia la existencia independiente en un medio diferente, el aire. Durante la niñez se forma la personalidad sobre la base del cuerpo físico y la combinación es lanzada dentro de la existencia independiente en el mundo de los hombres. Durante la madurez, el organismo psicofísico así creado rinde sus varias posibilidades y cuando éstas se completan, es lanzado a la eternidad.
La naturaleza y posibilidades del agua cambian completamente en los dos puntos, cuando cambia de vapor a líquido y de líquido a hielo. En la misma forma, el nacimiento y el final de la niñez señalan los dos puntos críticos ele la vida del hombre cuando se transforman por alguna intervención cósmica, toda la naturaleza y posibilidad de su ser. En estos momentos el alma surge a la superficie y se manifiesta a sí misma en una forma nueva y más concreta.
Tenemos nuestra escala logarítmica de la vida del hombre basada en los puntos fijos –1, 10, 100, 1,000 meses– que separan los tres períodos fundamentales de su existencia, y dispongámosla en forma circular. El círculo representaría el ―cuerpo largo" de la vida del hombre, que no está medida de acuerdo al cálculo acostumbrado, sino de acuerdo a la velocidad a la que los procesos vitales se efectúan en él. Será una escala de su tiempo verdadero u orgánica, completamente distinta a la escala general de tiempo que da un calendario de años. En la parte superior del círculo, la concepción y la muerte ocuparán el mismo punto. Más tarde podremos comprender que lo que parece un círculo, puede verse con más acierto como la sección de una espiral.
Por conveniencia dividamos nuevamente cada uno de nuestros tres períodos fundamentales, en tres. Los nueve hitos principales así obtenidos en la vida del hombre estarán más o menos a los 2, 4 1/2, 10, 20, 45, 100, 200, 440 y 1,000 meses de la concepción. Esto es, a los 2 y 4 1/2 meses de preñez, en el nacimiento, y luego a los 10 meses, 2 3/4 años, y 7, 15, 35, y 76 años. Los períodos entre estos hitos serán de igual duración en nuestra escala de tiempo orgánico.
Una corta reflexión muestra que estos puntos corresponden realmente a ciertas etapas definidas del desarrollo humano. Es alrededor de los dos meses de preñez cuando el feto resulta completamente humano en forma y estructura, con sus varias partes y órganos definitivamente delineados. A los cuatro meses y medio se presentan indicios de vida y adquiere movimiento involuntario y circulación sanguínea individual. El nacimiento está señalado por el comienzo de la respiración. A los diez meses el niño empieza a gatear y generalmente adquiere control sobre sus movimientos voluntarios. A los dos años tres cuartos empieza a hablar frases completas, a referirse a sí mismo como ―yo", y a desarrollar procesos intelectuales simples. Esta es una preparación para el momento, alrededor de los siete años, en que se hace posible la lectura y conella, la digestión mental de las impresiones. Los quince aires marcan la pubertad y el principio de la *función sexual.* A los treinta y cinco se les considera tradicionalmente los de la plenitud de la vida, marcados por el equilibrio momentáneo de todas las fuerzas y, de acuerdo con algunos, por la posibilidad de aparición de *nuevas funciones, po*tenciales pero normalmente no desarrolladas en hombres ordinarios. [56] Setenta y seis años representan el término normal de la duración del hombre, la muerte, y el principio de cualquier existencia que deba seguirse.
Ahora bien, si estos puntos se escalonan con precisión en días desde la concepción, y se hace otra división aún más fina de los períodos intermedios, comienzan a surgir algunas correspondencias muy interesantes. El primer hito principal equivale a un ciclo *lunar* desde el principio de nuestra escala. El segundo hito está señalado por el redondeamiento

[56] Por ejemplo, la posibilidad es desarrollarda por el Dr. B. M. Bucke en ―Cosmic Consciousness".

de un ciclo menor de *Mercurio*. [57] El tercer hito o nacimiento, ocurre a los diez ciclos lunares; el cuarto, en un ciclo menor de *Venus.* Cien ciclos lunares señalan el sexto hito. El séptimo está señalado por el ciclo mayor de *Marte,* el octavo por el de *Saturno,* en tanto que el término de un ciclo de *Urano* coincide con el noveno hito, de la muerte.

Confusa pero magníficamente se desarrolla la idea de que en el transcurso de la vida humana *todas* las correspondencias que encontramos relacionadas con la armonía de los planetas y la armonía de la fisiología humana, milagrosamente se aproximan y coinciden. Así como en el cuerpo humano los diferentes órganos están dispuestos en orden ascendente desde el corazón o centro, así sus funciones entran en el mismo orden en su vida, una después de otra, dominando al organismo y dirigiendo su destino. Mas aún, los períodos de su entrada y ascenso están determinados por el ciclo astronómico particular del planeta que los gobierna. El hombre es un microcosmos no sólo estáticamente en su estructura, sino también dinámicamente en el tiempo. El hombre es un modelo *en funciones* del Sistema Solar.

Colocando los cuerpos celestes y las funciones humanas así sincronizadas, en el orden de su frecuenta alrededor del círculo, surge otro extraño paralelo. Como vimos, las primeras dos funciones, creación de forma física y movimiento involuntario, que se inician antes del nacimiento, lo hacen así sin la necesidad del aire. Sólo en el tercer hito o del nacimiento, ocurre el choque del aire. Siguen dos funciones más, el movimiento voluntario y el poder del pensamiento. Después, en el sexto hito, todavía otro choque, el impacto emotivo de impresiones basadas en luz, conduce hacia las restantes funciones de madurez y hacia la función potencial de la conciencia, la función que se relaciona con la creación de un alma.

Imaginando a la Luna y los planetas como funciones del Sistema Solar, se ve en acción algún principio muy semejante. Los cuerpos celestes que dominan los primeros dos puntos, la Luna y Mercurio, carecen por completo de atmósfera. Ellos sólo tienen forma física y movimiento involuntario, es decir, revolución alrededor de su luminario. Pero como vimos antes, Mercurio, no teniendo atmósfera propia, está envuelto en luz zodiacal, abrazado y protegido dentro del cuerpo externo del Sol, como el niño no nacido es abrazado y protegido dentro del cuerpo de la madre. Así, la Luna está similarmente rodeada por el campo magnético de la Tierra. Estos cuerpos, que carecen hasta ahora de atmósfera individual y de movimiento propio, y que participan de la atmósfera y el movimiento de sus padres, son como si todavía no nacieran.

Por otra parte, todos aquellos planetas que se han emancipado de la inmediata vecindad del Sol –a partir de Venus– encontramos que han adquirido una atmósfera propia. Y también han adquirido algo correspondiente al movimiento voluntario, el poder de rotar sobre su propio eje. Como el niño después del nacimiento, han empezado a respirar y moverse.

Finalmente, sólo los planetas más externos –particularmente Júpiter y Saturno– se acercan a ese estado físico en el que sabrían absorber plenamente la luz solar y empezar a ser radiantes por sí mismos. Que efectivamente disfruten de cierta luz individual, no es seguro. Pero lo cierto es que en su estado presente gaseoso ellos pueden hacerlo, por más que para Mercurio y la Tierra tal radiación interna es inconcebible sin una completa transformación de su estado físico. Puede decirse que Júpiter y Saturno gozan de la potencialidad de radiación, como puede decirse del adulto colocado más allá del sexto hito, que goza de la potencialidad de la conciencia.

De ahí que en el ciclo cósmico de funciones, no importa en qué escala deban tomarse,

---

[57] Para refrescar la memoria en el tema de los ciclos planetarios, ver el Capítulo 6, "La Armonía de los Planetas" pág. 101 y sigs.

pueden distinguirse tres líneas paralelas de desarrollo que se inician en diferentes puntos – la primera, basada en el desarrollo de la materia sólida o física, que empieza en el punto nueve; la segunda. basada en el desarrollo del aire o atmósfera que principia en el punto tres; y la tercera, basada en la transmutación de la luz o percepciones, que se inicia en el punto seis. Lo que impliquen en la escala del Sistema Solar el ciclo de respiración y el ciclo de transmutación de la luz, es difícil de decir; pero está suficientemente claro que algunos ciclos semejantes existen – en paralelo al ciclo anteriormente reconocido de cuerpos sólidos o físicos.

El hombre vive y se desarrolla por la asimilación paralela de alimentos, aire y percepciones. El Sistema Solar consiste de un desarrollo paralelo de esferas sólidas. de esferas atmosféricas y de esferas de luz. Y, de hecho, este desarrollo paralelo de tres diferentes niveles de materia, que se origina en puntos diferentes, es un rasgo distintivo del Universo y uno que permite que el inevitable marchitamiento de cualquier línea única de desarrollo. sea magníficamente superado.

II LOS HITOS DE LA VIDA

Todo esto es bastante sugestivo para hacernos desear un estudio más detallado de esta escala de la vida del hombre y de sus hitos.

Nuestra escala comienza un mes después de la concepción. Logarítmicamente habrá todavía un ciclo más rápido para el primer mes de gestación, otro todavía más rápido para los tres primeros días (1/10 de mes) y. teóricamente, otro para las primeras siete horas (1/100 de mes) y los primeros cuarenta minutos (1/1000 de mes). En ―trabajo realizado" estos períodos podrían compararse a las divisiones principales de gestación. niñez y madurez. Poco se sabe acerca de escalas tan cortas. Sin embargo, la de tres días parece referirse a la existencia independiente del óvulo fecundado en la trompa de falopio. Y una vez establecida la conexión con la circulación sanguínea materna. en el útero, es el primer mes el que ve pasar al embrión por las etapas de pez. reptil y otras formas prehumanas, que se aducen con frecuencia en apoyo de la teoría darwiniana.

Un mes después de la concepción, se inicia el desarrollo ‗humano' del embrión y comienza muestra escala mayor. Podemos ahora considerar los hitos de la vida. en orden, así como en el último capítulo consideramos en orden a los órganos y sus funciones.

En el *primer hito,* a los sesenta días de la concepción, encontramos que el embrión es una criatura marina. con agallas y aletas. que vive y habita en el líquido amniótico. Todo su trabajo consiste en tomar y transformar las sustancias alimenticias que recibe de la madre. Este es el momento de dominio de hígado y *páncreas* maternales. Todo lo relacionado con este punto –ya sea que se considere anatómicamente o por el tiempo– está particularmente bajo el influjo de la *Luna y* puede esperarse que fluctúe con el ciclo lunar de unos 29 días.

El *segundo hito,* como vimos. coincide con el ciclo corto de *Mercurio* (117 días). De algún modo el redondeamiento de un ciclo mercurial suelta el siguiente mecanismo en el embrión humano, que se adapta a la utilización del aire. Se forma ahora el sistema respiratorio. preparándose para el comienzo de la respiración en el tercer hito; se establece la circulación independiente y el feto adquiere movimiento involuntario propio. Todas estas funciones están claramente relacionadas con el dominio momentáneo de la glándula *tiroides.*

El nacimiento, en el *tercer hito,* es la culminación de la adaptación del organismo para transformar el aire. El embrión emerge en su muevo medio. respira y vive. De aquí en adelante se nutre no sólo con alimentos sino, también, con aire.

En el período que sigue al nacimiento encontramos que los ciclos menores de la Tierra. los asteroides. Venus y Marte golpean sobre puntos sucesivos de progresión logarítmica. No está claro el significado par ticular de esto. aunque parece que se relaciona con la

formación de diferentes aspectos del cuerpo físico individual.
Sin embargo. podemos considerar con más detalle la correspondencia entre el *cuarto hito y* la conclusión de un ciclo de *Venus.* Esto se conecta con el simple acrecentamiento del volumen. agregándose más peso al cuerpo (9 kilogramos) en el año que sigue al nacimiento que en cualquier otro de la existencia. En la cúspide de este proceso (10.1/2 meses) se marca el predominio de la formación de tejidos y carne, función de las paratiroides en conjunción con el timo. De acuerdo con Louis Bergman, [58] ―la infancia, siendo la época del timo. explica por qué en cualquier localidad geográfica los niños se ven y actúan iguales. Los especialistas en la observación y tratamiento de infantes han notado que no es sino hasta el segundo año (esto es, acercándose al hito siguiente) cuando se manifiesta entre ellos la tendencia a diferenciarse discerniblemente en cualquier grado". El infante en este punto, es un ‗pequeño vegetal'.
El ritmo planetario que gobierna el quinto hito es más sutil y difícil de aprehender que en los ejemplos anteriores. Este período (1302 días) está, sin embargo, muy cerca de un cuarto de ciclo mayor de Marte (1362 días) y a un octavo de ciclo mayor de Saturno (1323 días). Estos planetas que trabajan en armonía, parecen gobernarlo conjuntamente y no hay duda de que por esta razón encontramos confusas las llamadas características saturninas que aquí se presentan, así como la influencia marcial que deberíamos esperar, dada la secuencia matemática de los planetas y órganos correspondientes.
En este *quinto hito* (2.3/4 años) la velocidad del crecimiento corpóreo en peso, disminuye súbitamente. Sin embargo, el cerebro continúa creciendo y a los cinco años ha alcanzado el 90% del peso de un adulto, mientras que el cuerpo en su conjunto queda a no más de un cuarto de su peso final. El efecto de este dominio repentino de la función cerebral se ve en la facilidad para hablar, tan distinta del uso temprano de nombres propios para objetos individuales. Ouspensky [59] ha señalado cómo el habla y la formación de conceptos abstractos –que es la función principal del cerebro– son dos aspectos de la misma cosa y que la una no existe sin la otra. Así que podemos decir que es en la quinta marca donde el infante adquiere la capacidad de elaborar conceptos abstractos. Forma con estos una personalidad individual. Y, como prosigue Bergman, ―es sólo después del segundo año, o alrededor de esa edad, cuando el niño empieza a individualizar y se manifiestan sus perfiles con claros trazos individuales y con una personalidad".
Hacia el *sexto hito (*7 años) la formación de la personalidad es más o menos completa. El cerebro funciona cumplidamente como un mecanismo receptor y notoriamente los niños pasan por una edad inquiridora, cuando están llenos de preguntas ‗difíciles' – es decir, preguntas que provienen de una corriente continua de nuevas percepciones que para los adultos, de quienes esperan la respuesta, son ya obsolutamente familiares y dadas por sabidas. Estas percepciones son digeridas laboriosamente en ideas, opiniones, un molde completo de experiencia. Desde esta época el organismo no sólo se nutre de *alimentos y* de *aire* sino, también, de *percepciones* digeridas con mayor plenitud.
Los puntos logarítmicos que siguen al final de la niñez, están señalados por los ciclos mayores de los asteroides, Júpiter y Marte, así como las etapas que siguen de inmediato al nacimiento están marcadas por ciclos menores análogos. Sin embargo, en este caso los ciclos parecen partir desde el nacimiento (es decir, de la exposición a la luz y el aire) y no desde la concepción y sin duda influyen en la formación de la personalidad adulta, así como los ciclos menores parecen haber influido en la formación del cuerpo físico de la infancia.
El *séptimo hito* indica la pubertad. Coincide ésta con el ciclo de Marte y con el

[58] Louis Berrean, ―The Glands Regulating Personality" (Glándulas que regulan la Personalidad), pág. 257.
[59] P. D. Ouspensky, ―Tertium Organum", pág. 72.

ascendiente de las *glándulas suprarrenales. Es* la edad de la actividad pasional, expresada en carreras, saltos, trepamientos y una devoción por los deportes y juegos peligrosos. Se nota por el comienzo de la voluntad, la firmeza, el valor. Las suprarrenales también liberan la función sexual, controlada hasta ahora por el timo. Aunque quizá sea más verídico decir que la función sexual en su sentido completo y con todas las implicaciones que señalamos en el capítulo anterior, es incipiente en la pubertad, del modo como los procesos del pensamiento que dominaron el quinto hito resultan incipientes en el redondeamiento estructural del cerebro, en el cuarto. En muchas gentes el verdadero sexo permanece incipiente durante toda la vida, imitado por las pasiones adrenales de la adolescencia.

En el *octavo hito,* 35 años, el hombre se encuentra en la plenitud de la vida, con el máximo de su fuerza y responsabilidad. Se completa un ciclo de Saturno. Controlando las riendas a todas sus otras funciones y creando con ellas esa unidad que proporciona el autocontrol propio y la fuerza para actuar, la *pituitaria anterior* ocupa porción dominante. En esta edad, la generalidad de los hombres ha creado y debe mantener una familia; el trabajo alcanza su mayor productividad y el mando sobre lo que le rodea se encuentra en su cenit.

En los hechos, el crecimiento continuado de las fuerzas creadoras más allá de este punto, señala la excepcionalidad de un hombre – un Rembrandt en la pintura, un Shakespeare en el drama, un Paracelso en la medicina. Y es precisamente la existencia de tales excepciones que trae la idea de que con este hito puede empezar a actuar una función nueva normalmente no realizada. Del modo como la función de respirar se inició con el nacimiento y la de pensar con el término de la niñez, así en este momento de madurez puede ocurrir el comienzo de una nueva función basada en la conciencia del hombre, de su propia existencia y de su relación con el universo.

El despertar de esta nueva función parece conectarse con el punto medio de la duración normal de la vida del hombre, la que –como veremos en breve– es de cerca de 76 años. A los 37 o 38 años el hombre está, como si dijéramos, en un punto exactamente opuesto a los momentos de su concepción y de su muerte, y como si fuera a través de una grieta en el tiempo, se le ocurrirá reflexionar sobre los misterios universales de los que ha surgido y a los que deberá retornar. Dante, en el prefacio de su tremenda visión del universo se refiere a esta idea, al decir: “En el punto medio de esta vida mortal, encontréme extraviado en tenebroso bosque....”.

Esta nueva función, que despierta en la cúspide de la vida, puede revelar al hombre una repentina visión del *todo,* del que todas sus demás funciones sólo le habían dado vistazos parciales y contradictorios. Algunas veces al despertarse, esta nueva función puede revelar también una *nueva expresión* del todo, a cuya satisfacción dedicará todo el resto de su vida.

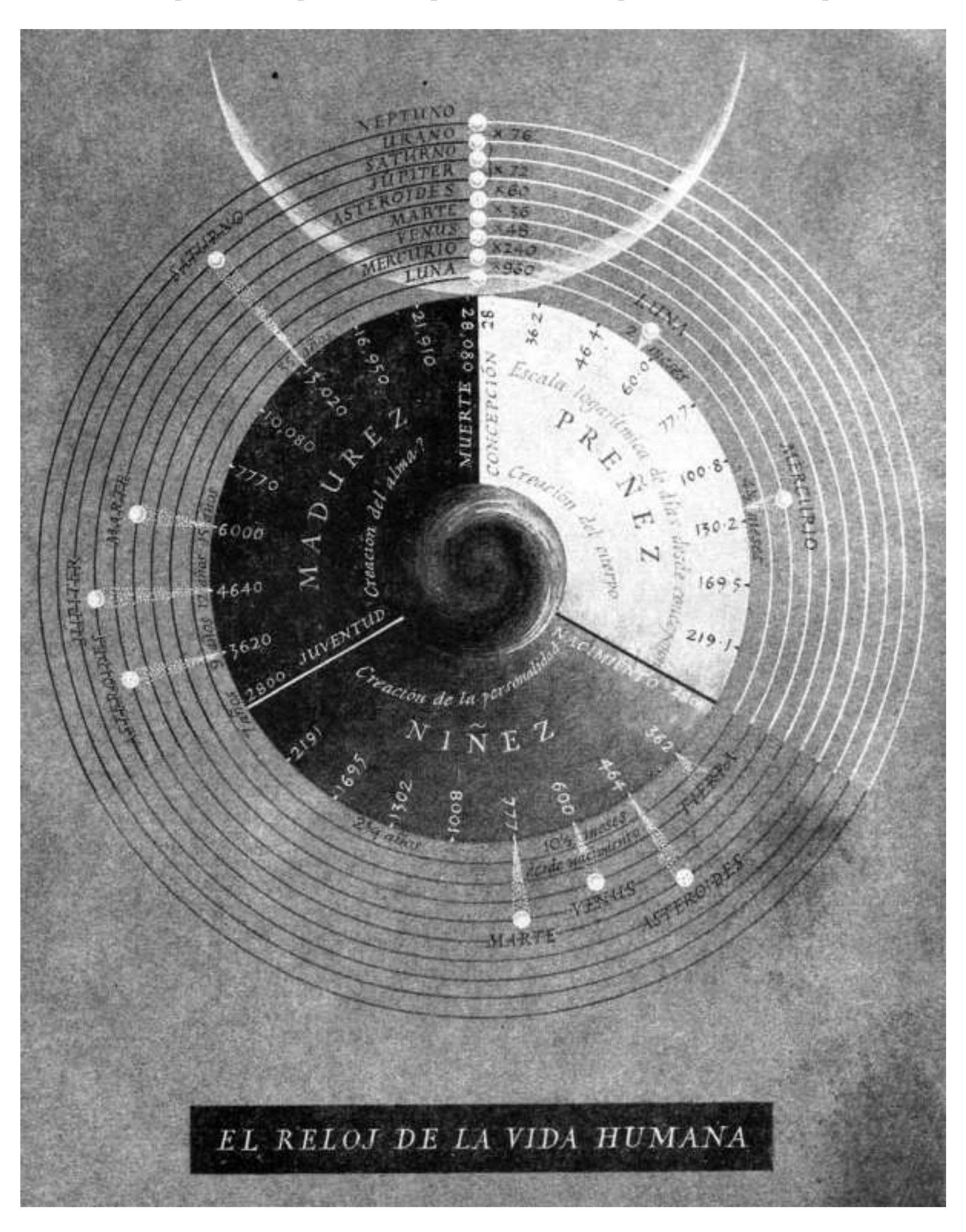
A los 38 años Kepler completó su “Nueva Astronomía” que, al formular las leyes que se refieren al movimiento palnetario, expresaron por primera vez la unidad verdadera del sistema solar. A los 37 el gran físico Clerk Maxwell, retirándose intempestivamente de una vida brillante y activa a su lejana propiedad en Escocia, percibió y probó ahí el principio de la vibración electromagnética, explicación científica de la unidad del universo. A los 37, en una ráfaga repentina de iluminación en Sils –María de los Alpes austríacos, Nietzsche tuvo conciencia de la misma visión que, expresada en la idea de la recurrencia eterna, habría de hacer accesible a la comprensión humana la unidad del tiempo. Así, también a la misma edad, Balzac concibió su “Comedia Humana”, Tolstoy su “Guerra y Paz”, Ibsen su “Peer Gynt”, en los que cada uno intenta expresar en forma literaria la *totalidad de la vida humana.*

Fueron éstos, evidentemente, casos en los cuales la última función potencial *despertó,* sea

plena o parcialmente. Y muestran que su despertar hace posible que el hombre perciba directa y personalmente *un cosmos en su unidad.*
Pero para que esto suceda es necesario que sus energías superiores sean canalizadas en *una nueva vía. Y* esto, a su vez, requiere el más intenso deseo, trabajo, conocimiento, amparo y suerte.
Sólo el descubrimiento de semejante función nueva capacita al hombre para continuar ascendiendo después de la madurez. Al hombre ordinario una declinación siempre en aumento lo conduce al *noveno y último hito,* la muerte. Exactamente a los 28,080 días de la concepción, Marte completa 36 ciclos, Venus 48, los asteroides 60, la combinación Júpiter–Saturno 72, Urano 76, Mercurio 240 y la Luna 960. Para nuestro asombro, tenemos que todo el conjunto de planetas ha vuelto de nuevo a la misma disposición que gobernaba cuando se inició el proceso.
A lo largo de la vida del hombre sus diversos *tempi* han gobernado esta o aquella función o aspectos de su existencia. El rápido pulso lunar de la linfa, el tempo vivace de su naturaleza mercurial, el latido moderado de su carne y su sangre, el andante de su empeño intelectual, el lento largo de su instinto y el majestuoso grave de la emoción más profunda del hombre – todos se han levantado y caído en él, de acuerde con los ritmos más rápidos y más lentos de los planetas. Mediante su perpetua armonía han elaborado el intrincado contrapunto de su vida. Al fin, al unísono, ejecutan el gran acorde que hace sonar el doblar a muerto.

III El Calendario: Tiempos Subhumanos y Superhumanos
Hemos demostrado que el hombre tiene su propio tiempo individual, por completo independiente del calendario y del reloj y que deriva del desembobinado proveniente de su propia vida individual. Es muy importante comprender esto, porque es esta hora que le dice su tiempo la que indica su posición, su perspectiva, su destino. Es esta hora expresada por su tiempo, la única que puede contestarle la más penosa de todas las preguntas, ¿Cuánto le queda?
Esto no obstante, los hombres –estando cada propio reloj interior a un tiempo diferente y personal– tienen que vivir juntos y haciéndolo así, deben establecer una medida común y conveniente de tiempo al que todos deben concurrir, no obstante lo erróneo que pueda ser ese tiempo común. A este propósito han recurrido naturalmente a una unidad de tiempo del cosmos superior que los contiene. Miden la vida propia, de los demás y de sus antepasados por la *respiración de la tierra,* esto es, por el tiempo que emplea la tierra en girar alrededor del Sol, los años.
Ahora bien, un año es una unidad de tiempo en extremo interesante y completa; plena de conexiones íntimas y de relaciones, y la cual puede quizás tomarse como el molde clásico de una forma de tiempo orgánica. Pues, como lo establecimos en el capítulo segundo, siendo intercambiables las dimensiones de espacio y tiempo cuando pasamos de uno a otro cosmos, entonces evidentemente ciertos esquemas de tiempo deben representar formas orgánicas exactamente como con ciertos esquemas de espacio. El año es una forma de tiempo orgánica como aquéllas, que tiene sus propias funciones o festivales y su propia circulación interior entre ellas. De modo que, aunque diferentes individuos pueden pasar a través del año a diferentes velocidades, de acuerdo con su propio tiempo personal; ese año empero, traerá a todos experiencias y posibilidades comparables y representará una relación fija común para todos.
Así, para todos los hombres en un hemisferio de la Tierra, el mismo día del año será el más corto, los mismos días marcarán la creciente del poder solar, el mismo día su máxima longitud de luz. Fracciones definidas del año separarán la época de la siembra de la cosecha, la humedad de la sequía, la flor del fruto. Si hombre y mujer engendran un hijo,

los siete novenos del año señalarán la fecha de su nacimiento, no importa cuán diferentes sean sus tiempos personales. En realidad, el año representa una gran danza en la que todos los hombres, los animales, los pájaros, los árboles y demás plantas sobre la superficie de la tierra toman parte, no importa cuán rápida o lentamente pasen ellos mismos por ella.



Marquemos 360 días del año alrededor de los 360 grados de un círculo; dejando de contar y ‗fuera del tiempo‘ los cinco días que están entre Navidad y Año Nuevo, entre el fin y el

principio. En este circulo del año la tradición señala tres puntos mayores – el festival del solsticio de invierno o Navidad, cuando toda la vida está oculta e invisible; el festival del renacimiento o Pascua, de Resurrección; y el festival de la cosecha. Estos tres festivales se tipifican por las tres etapas del desarrollo natural –raíz, flor y fruto– y, en forma muy general, sus períodos intermedios representan no sólo en cuanto a las plantas sino para todos los seres vivientes, un ciclo siempre repetido de gestación, madurez y siega.

De este modo, una vez más, hemos vuelto a la figura que nos es familiar ahora del triángulo dentro del círculo. Si ahora hacemos que el centro de este círculo represente la Tierra, y disponemos alrededor del triángulo los doce signos del zodiaco contra los cuales se mueve el Sol en el transcurso del año, vemos también que este triángulo divino representa el camino del Sol. Y si agregamos, además, los seis puntos intermedios y el movimiento extraño entre ellos, que encontramos que en el Sistema Solar representa la circulación invisible de la luz, hallamos que el esquema del año corresponde en verdad con el esquema fundamental de todos los seres y formas realmente cósmicas.

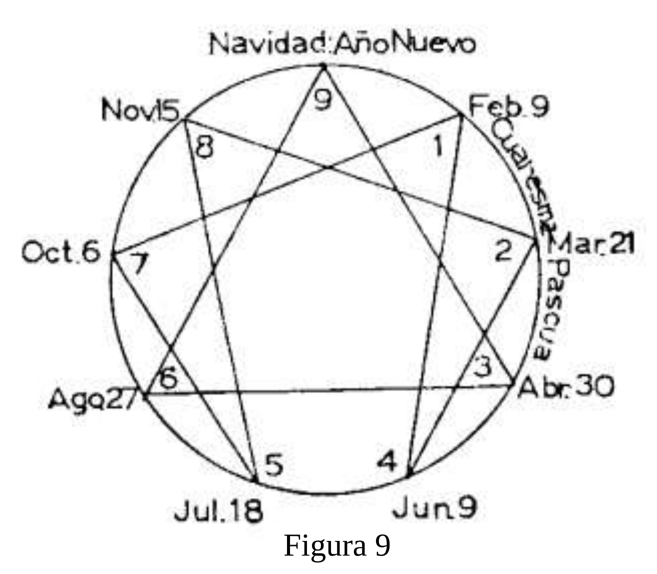


Figura 9

Muchos sistemas de calendario –por ejemplo el azteca, de 18 meses de 20 días, con 5 días ‗muertos‘ derivan evidentemente de este concepto de círculo con nueve puntos. Porque cada división representa de este modo cuarenta días. En los tiempos modernos estas divisiones orgánicas del año están indicadas claramente por ciertas festividades móviles –el Miércoles de Ceniza oscila entre los puntos uno y dos, la Pascua de Resurrección entre los – puntos dos y tres y el Domingo de Ramos entre los puntos tres y cuatro. Los cuarenta días– permanencia de Cristo en el desierto – representan de este modo un período definido en el cual se pueden lograr, madurar o fijar ciertas cosas. Mientras que los múltiplos de cuarenta días, que se unen por medio de la línea de la circulación interior invisible, quedan conectados a través del tiempo por los procesos no visibles de la germinación o de la comprensión.

El trigo de invierno que se siembra en el punto siete (octubre seis). siguiendo el misterioso movimiento 142857, se cosecha en el punto 4 (junio 9); el maíz de primavera sembrado en el punto 2 (marzo 21) se siega a su vez en el punto 7. El suelo, helado o seco en una fecha, debe ser regado o suavizado con la lluvia en otra fecha que interiormente se conecta con aquélla. Mientras que, para los seres humanos, recuerdos, estados de ánimo y resultados de acciones largamente olvidadas, emergen súbitamente de la invisibilidad a lo largo de esta circulación oculta entre una y otra parte de un año.

En este paso a través de los años, el hombre, que lleva dentro de sí su propio tiempo interior, pasa no obstante, por series extraordinariamente intrincadas de formas de tiempo que se repiten. Un día dado en una primavera dada debe experimentarse con la velocidad apropiada para la edad y tipo del observador. Pero aparte do esto le deberá traer, también, ecos del mismo día en otras primaveras y aún se le podría conectar en otra forma como un día determinado de aquel verano y de todos los otros veranos, con un cierto día de aquel otoño y de todos los demás otoños. De este modo, un año representa para el hombre, en vez de una línea, un oleaje de maduración y cintilación de ecos transtemporales.

Después de todo, un año no es una unidad de tiempo individual como a menudo

suponernos, sino más bien el escenario a través del cual pasa el tiempo personal. Un error semejante es considerar al tiempo histórico o astronómico, como una extensión del tiempo humano, de nuestro tiempo personal. Esto es erróneo por completo y causa toda clase de puntos de vista falsos sobre los hechos que se registran en el mundo y en el universo que nos rodea.

Como veremos más adelante, el tiempo histórico, es decir, el tiempo de las civilizaciones se desarrolla, también, logarítmicamente –pero sobre una escala de siglos y no de décadas–. En tanto que en el capitulo sobre el mundo de la Naturaleza parece que discernimos ese tiempo terrestre, que cubre períodos de millones de años, desarrollado no sólo logarítmicamente *sino a la inversa;* esto es, que cada edad sucesiva era más corta en vez de ser mayor y más bien comprimida que expandida.

Por tanto, una imagen aproximada del fondo temporal del hombre podría obtenerse por medio de la esfera de reloj en que las manecillas de los meses, días, horas, minutos y segundos corrieran simultáneamente. Mas para lograr con mayor corrección esta imagen sería necesario imaginar a algunas de las manecillas aumentando velocidad y a otras, perdiéndola y, todavía otras, que se movieran en sentido contrario. Ahora bien, si la manecilla de los segundos imaginara que la circunferencia de la esfera del reloj era una línea recta infinita, que se mueve en una dirección y a una misma velocidad y dividida en partes iguales con significación fija para todas las manecillas, representaría hasta cierto grado la percepción e ilusión normales del hombre en lo que concierne a la naturaleza del tiempo.

Un efecto muy común y fácilmente verificable de esta ilusión es que para cada hombre los acontecimientos externos de su juventud –cuando contenía más su *propio* tiempo–– parecen magnificados en relación con los de su edad adulta. Para el anciano octogenario, las guerras Hispano-americanas o la Boer son acontecimientos *mayores* que la Segunda Guerra Mundial. El por qué es claro. Para él, el año de guerra en su juventud es tres veces más prolongado que el año de guerra de su senilidad y todos los sucesos contenidos por ese año son tres veces másintensos, extensos, grandes y llenos de significación que los de los últimos. Por otra parte, en ciertos períodos de la historia, algunos acontecimientos insignificantes en lo externo –tales como aquéllos que se conectan con la vida de Cristo, por ejemplo– pueden ser de inmensa importancia y continuar produciendo efectos durante cientos o miles de años porque, sin saberlo los observadores humanos pertenecen a los primeros momentos de una civilización, cuando sus procesos están desarrollándose a tremenda velocidad.

Los seres humanos, que miden inconscientemente por medio de su propio tiempo interior, tienden así a hacer todos los sucesos externos más largos o más cortos, más grandes o más pequeños que lo que son en realidad; esto es, como aquéllos son según su propio tiempo.

Por tanto, cuando consideramos asuntos de tiempo lo primero que debe preguntarse es ¿tiempo de quién, tiempo de qué? En las dos primeras secciones de este capítulo hemos estado considerando el tiempo del hombre. Pero en realidad ¿qué significado tiene esto? Parece significar la escala de tiempo de un organismo celular muy elaborado, que se inicia en la primera división y multiplicación de su célula germinal y que termina con su desplome como un todo operante y su desintegración en materia subcelular. Es la línea de tiempo del hombre orgánico, el hombre con cuerpo físico. Y normalmente es éste el único tiempo que conocemos y del que estamos advertidos.

Cuando hablamos del ―hombre", hablamos en realidad de su grado de conciencia o advertencia, aunque rudimentaria. Porque el resto no es humano sino químico, biológico o animal. Ahora bien, una de las características de la conciencia ordinaria del hombre, aún la del grado más penetrante, es que está confiado a una forma celular. Ordinariamente el hombre no puede juntar su conciencia a la materia en estado electrónico o molecular, ni a

formas superhumanas tales como los continentes o las civilizaciones. Puede meditar sobre esta posibilidad y soñarla en forma poética, pero no puede alcanzarla en términos reales. Estamos, por tanto, justificados al apreciar este tiempo orgánico de su forma física como el tiempo del hombre ordinario.

¿Pero, es éste su único tiempo posible? ¿O es que existen para él otros tiempos potenciales? En el capítulo referente al Sol se discutió cómo, con el impacto de la energía solar creadora en la Tierra, los electrones resultaban encerrados en moléculas, las moléculas en células y, podemos añadir ahora, la célula en cuerpos orgánicos, incluyendo el del hombre. Pero los electrones, moléculas y células continúan existiendo en estos cuerpos y *continúan actuando de acuerdo con su propio tiempo.* Luego, dentro de su tiempo familiar el cuerpo del hombre contiene el tiempo más veloz de las células, el aún más veloz de las moléculas y el de rapidez casi inconcebible de los electrones. Y así como la propia duración y tiempo de una civilización contiene no solamente el tiempo mucho más rápido de los hombres individuales sino que, también, se compone de sus tiempos, así cada parte del cuerpo humano está compuesta y es penetrada por estos tres tiempos paralelos.

Como ya hemos dicho, no podemos imaginar normalmente la conciencia de un hombre sino adherida a un cuerpo celular y operando nada más que con el tiempo de este cuerpo. No sabemos que se deben crear nuevas conexiones psicológicas y hasta fisiológicas para que sea posible que la advertencia humana se conmute, por ejemplo, al tiempo de su contraparte molecular. Sin embargo, registros de breves estados místicos que contienen una riqueza incalculable de experiencia, de extrañas sensaciones de abundancia de tiempo en momentos de peligro extremado, de sueños prolongados en el instante de despertar, que parecen referirse a los procesos internos del cuerpo, sugieren todos que esta conmutación de la conciencia a otro tiempo ocurre, en ocasiones, bajo una emoción intensa o un aprieto instintivo.

Sin embargo, las condiciones en las que se transfiere intencionalmente la conciencia a un tiempo más rápido, no nos son conocidas y, evidentemente, caso de existir este poder, está situado en nivel mucho más elevado de la conciencia que cualquiera de los que nos son familiares. Porque no requiere mucha imaginación darse cuenta de que un poder así debe involucrar no sólo la desviación en extremo difícil de impulsos nerviosos entre los sistemas cerebro-espinal y simpático sino, también, una educación general y la vigorización de conciencia y voluntad para resistir los embates y terrores provenientes de sensaciones completamente nuevas e imprevistas. Es por esta razón que la labor de penetración práctica dentro de otros tiempos se ha tenido que confinar a escuelas creadas con ese propósito.

De hecho, esta penetración en otros tiempos, que se relaciona con la creación de conciencia en funciones actualmente inconscientes o inoperantes, tiene un doble efecto. Como resultado de las fuerzas expansivas y penetradoras de la materia en estos estados más rápidos, la percepción de sus tiempos acarrea una cierta percepción de los mundos de donde provienen. La penetración en el tiempo subhumano de las moléculas crea la percepción del tiempo terrestre superhumano, en tanto queuna penetración más avanzada en el tiempo electrónico, implica un análogo despertar hacia el tiempo solar. Por tanto, el paso de la conciencia hacia cada función superior, lleva al hombre al conocimiento de dos mundos nuevos – uno por debajo y otro por encima.

Surge todavía otra idea de esta multiplicidad de tiempos humanos. Es en el cuerpo celular donde tiempo se inicia con la concepción y termina con la muerte. Pero la materia molecular de que está compuesto el huevo y a la que se reduce el cadáver cuando se desintegra, no perece ni acaba su tiempo. Desde el punto de vista del hombre, no sólo existen el tiempo molecular y el electrónico *dentro* de su cuerpo físico sino, también, *después y antes* que aquél. De ahí que el tiempo molecular y el electrónico, con todo lo que implican, deben estar íntimamente relacionados con el problema de los estados después de la muerte y antes del nacimiento.

Es castigo de la débil percepción del hombre –que normalmente no quiere escapar del tiempo y forma de su cuerpo celular– que no le concierna esta inmortalidad de la materia molecular y

electrónica. Pero si lograra crearse para sí una conciencia bastante poderosa para penetrar en esos otros mundos y tiempos contenidos en su cuerpo propio, que le es familiar, ciertamente que sería diferente toda su relación con la inmortalidad.

CAPÍTULO 12. LOS SEIS PROCESOS EN EL HOMBRE (I)

I CRECIMIENTO

Tenemos ahora material suficiente para intentar descubrir cómo los seis procesos fundamentales que vimos desenvolverse en el Sistema Solar, tienen expresión en el microcosmos del hombre. Los consideraremos en el mismo orden en que lo hicimos entonces, principiando por el *proceso de crecimiento* original.

El uroceso de crecimiento es aquel que, en una escala universal, crea toda la secuencia de mundos, produciendo de la unidad y potencialidad la diversidad, la forma y la expresión. Los agentes creadores actúan aquí en el orden: *vida, materia, forma.* Un impulso activo se precipita dentro del material pasivo, para crear algo viviente situado a mitad de los dos.

Como en todos los seres de la creación, comienza este proceso en el hombre inmediatamente *después* de la concepción. No se refiere al acto de la concepción misma, el cual pertenece a un proceso diferente –el de la regeneración– que estudiaremos al final de todos. En este acto misterioso la marca o sello intangible e invisible de un ser individual, que actúa desde una dimensión de tiempo desconocida, hace que el óvulo atraiga irresistiblemente al esperma activo que lo fertilizará y le dará vida. De dónde procede este sello y por medio de qué medios materiales, están entre los más grandes de los misterios de la existencia. Y sólo más adelante veremos que llega *a través del tiempo,* precisamente de la agonía mortal de quien habrá de ser concebido.

Pero cumplido el instante de la concepción, comienza el *crecimiento.* Donde antes hubo dos elementos, macho y hembra, hay ahora nada más que uno – el huevo fertilizado o impregnado. En esta célula única se forman dos polos, uno activo, pasivo el otro, y una vez que los genes se polarizan entre ellos, la célula se parte en dos, luego en cuatro, ocho, dieciséis, trentidos y así sucesivamente. Nos encontramos con un modelo viviente exacto de la esfera Absoluta, de las galaxias que se propagan al infinito que imagináramos al comienzo de este libro. La radiación de *vida,* que actúa sobre la materia, produce la multiplicación infinita de la *forma.*

Alrededor del octavo día, el huevo fertilizado y activo ahora *(vida),* que ha multiplicado su volumen algunos centenares de veces, emerge de la trompa de falopio y encuentra un lugar de descenso y un sitio donde nutrirse en la pared del útero *(materia),* de donde extrae sustento del organismo materno y empieza a desarrollarse en la compleja estructura embrionaria *(forma).* Esta etapa da origen a la *diferenciación;* la casi indiferenciable masa celular del huevo se divide en las envoltu– ras del amnios y del alantoides, los fluídos que éstos contienen y el mismo embrión situado en su interior. Este proceso está ya bien avanzado hacia el vigésimo octavo día. En una escala cósmica resulta análoga la diferenciación de las partes del Sistema Solar en su Sol central y las esferas planetarias que le envuelven.

De la siguiente etapa del crecimiento podemos decir que parece que se relaciona con la separación dentro del embrión mismo, de los aspectos vegetal, invertebrado y vertebrado, que se establecen ahora en los intestinos, el tórax y la cabeza, respectivamente. Al mismo tiempo, en su reflejo transitorio de las plantas, peces y mamíferos, proporciona esta etapa una analogía con la creación del mundo de la Naturaleza. En realidad no hay nada externo que distinga a un embrión humano de un mes, del de una rana, un pollo o un caballo.

Al final del segundo mes el embrión, que ha pasado ya por las etapas galáctica, solar y por varias orgánicas, está en el umbral de la humanidad. Este es el primer hito en la escala de la vida. El embrión es pasivo, está a la espera. Y, ahora, una fuerza activa –que a falta de comprensión más completa podemos llamar herencia– surge súbitamente del tiempo para crear la forma humana. Todavía nada hay de un hombre individual en esto. como nada de

individual hay en la urgencia sexual de la pubertad. Este es el nivel de la humanidad o quizá de la raza — la siguiente etapa de diferenciación dentro de la gran categoría de la vida orgánica. La herencia humana *(vida),* entrando en el embrión expectante *(materia),* crea el verdadero feto de un hombre *(forma).*

No nos es posible distinguir las muchas tríadas sucesivas de crecimiento que grandualmente completan la creación del infante presto para el nacimiento. Sin duda cada período entre los principales hitos de la vida puede tomarse como una octava de siete etapas, tales como las que hemos escrito por separado. Cada una de estas etapas comprenderá la precipitación cada vez más profunda de un principio activo en la materia y en la forma, iniciando el propio organismo resultante el siguiente paso hacia la limitación organizada. Cuando este proceso, que sigue el curso natural de una octava descendente, alcanza un intervalo o pausa, una fuerza activa parece que entra desde el exterior, proveyendo al feto de un nuevo impulso hacia la etapa siguiente de su desarrollo.

Hemos visto ya cómo ocurrió esto en el primer hito. En el segundo (130 días) se presenta otro embate. Como por una curiosa anticipación de lo que será en la madurez –cuando como hombre completamente desarrollado haya alcanzado el máximo de fuerza y experiencia– en su quinto mes de gestación el feto súbitamente adquiere el sello o rúbrica de un ser humano individual, por sobre el molde general de humanidad. En la primera marca, por alguna afinidad con la pubertad, el feto se convierte en humano; en la segunda, por alguna afinidad análoga con la madurez, se torna en individuo. De qué modo pueden relacionar estas prefiguraciones una parte con otra de la vida a través del tiempo, se nos podrá revelar más adelante.

Ahora bien, cada uno de los procesos fundamentales da lugar a ciertas sustancias que le son características, como las materias de desecho o inertes son características del proceso de destrucción y los venenos son característicos de su enfermedad. Sin intentar todavía aislarlos química o físicamente, podemos decir que aquellas características del proceso que ahora estudiamos son materias delicadas que tienen la propiedad de producir

multiplicación,
diferenciación,
organización,
función y forma.

Todas estas funciones reunidas y vistas en el tiempo, nos parecen el fenómeno general del crecimiento.

No sabemos mucho del origen de estas sustancias en el organismo humano. Sin embargo, sabemos que el timo está relacionado íntimamente con la multiplicación celular, puesto que cuando un renacuajo es alimentado con su extracto, su tejido se multiplica sin nueva diferenciación, produciéndose renacuajos gigantes. Sabemos, luego, que la diferenciación de funciones y la perfección de la forma son de algún modo estimuladas por la tiroides. Los renacuajos alimentados con extracto tiroideo sufren una metamorfosis prematura hasta convertirse en ranas tan pequeñas como moscas. Por tanto, puede ser que todas las glándulas de secreción interna, como una de sus funciones, secreten las sustancias delicadas del crecimiento, que actúan en secuencia para producir el ciclo completo del desarrollo corporal.

Podemos decir en todo caso, que la actividad del crecimiento, lanzado con todo el enorme ímpetu de la Naturaleza en la iniciación del círculo de la vida, decrece gradualmente a medida que avanza la vida. A los 10 años prácticamente deja de crecer el cerebro; a los 12 se han alcanzado las proporciones defintivas de la forma; a los 17 se hace la estatura casi estacionaria y a los 22, el peso. Cualquier aumento posterior es resultado de la edematización o estiramiento de las células existentes y de la agregación de grasa, proceso

que nada tiene que ver con la multiplicación y diferenciación del crecimiento.
Considerando en conjunto la vida del hombre, podemos decir que la mengua del crecimiento está aparejada, a medida que avanza la edad, con el aumento de la enfermedad. Los padecimientos y la muerte son la contraparte inevitable y el límite del crecimiento. El descaecimiento vence a la organización.
Mas, antes de pasar al proceso siguiente, podemos tocar el proceso de crecimiento desde un punto de vista más general. ¿Cómo se expresa psicológica y emocionalmente este proceso, en lo que respecta a la conducta y el hábito?
Hemos visto que representa el impacto del espíritu sobre la materia, que produce como resultado algo situado entrambos. Del mismo modo, en la vida psíquica del hombre indica el eterno compromiso, el impulso encontrado a la resistencia, la necesidad que se enfrenta al obstáculo, para llegar al descanso en la solución intermedia, en el punto de equilibrio. Es el modo como todo acontece en la vida de la Humanidad – las maneras, costumbres, hábitos, la interminable complicación y diversidad que parte del acomodamiento de la ambición a las circunstancias, o de un deseo a los demás deseos. Es la resultante de fuerzas.
Tomemos un ejemplo trivial. En su juventud un hombre experimenta una intensa aspiración por llegar a ser un gran pintor. Este deseo activo se encuentra lanzado a la materia general o a la resistencia de lavida – pobreza, falta de oportunidad, los deberes para con la familia, etc. Cuando alcanza 40 años de edad, como resultado del juego de las fuerzas activas y pasivas, se encuentra que es un artista comercial que diseña bosquejos de propaganda. Esta es la ‗forma' final a que llegó su ambición.
Este proceso ocurre por sí mismo como por sí mismo sucede el crecimiento, que multiplica causas y efectos a través de la vida del hombre, donde cada resultado es principio de una nueva complicación. Es necesario darse cuenta que desde el punto de vista de la psicología individual no hay nada de noble o significativo en este proceso. El crecimiento prosigue independiente de los deseos, ganancias o control del hombre. Aquel que está por arriba penetra al que está. por debajo y, por el mismo proceso, el hombre mismo debe involucrarse aún más hondamente.

II DIGESTIÓN

En este segundo proceso la materia pasiva es puesta en acción por una fuerza vital, elevada o transformada por aquélla a un nivel más alto. Todos los procesos de purificación, refinamiento, cocción y destilación son de esta naturaleza. En ella los agentes creadores actúan en el orden: *materia, vida, forma.*
En muchos puntos hemos considerado cómo las diferentes funciones de la máquina humana actúan con energía a tensiones diferentes, con diversos combustibles, por así decirlo. Es posible imaginar, por ejemplo, a los sistemas digestivo, respiratorio, arterial y a los varios sistemas nerviosos, alimentados con carbón, madera, petróleo, gasolina de alto octanaje y electricidad, respectivamente. El proceso por el cual estas energías o combustibles superiores se refinan partiendo desde los materiales básicos alimenticios y del aire, es exactamente el que ahora estamos considerando. Y las etapas por las que esto se logra son perfectamente análogas a los varios procesos de destilación y ‗escisión' de las grandes refinerías de aceite sintético en las que, principiando con el carbón como ‗materia prima', van apareciendo a cada nivel los coproductos, según su peso específico, hasta llegar al derivado más fino destinado a la aviación y cuya manufactura es el verdadero propósito de la planta.
Principiemos con la materia prima: los alimentos. Tal como los toma el organismo, constituyen *materia* pasiva. Al entrar a la boca se los somete a la acción masticante de los maxilares y al amasamiento de la lengua combinada con la acción liquidadora de la saliva. Las enzimas de la saliva y de los jugos digestivos rompen las pesadas moléculas de los alimentos y los reducen a partículas cada vez más finas. Todo esto representa a la fuerza activa de *vida.* La *forma*

resultante es un líquido nutricio conocido por quimo, que ya puede ser absorbido por el sistema linfático.
Una de las características del proceso de digestión es que es continuo, es decir, que el producto de una etapa resulta la materia prima de la siguiente. Por tanto, la comida digerida que fué producto de la primera operación, se constituye en *materia* pasiva para la segunda y, a su vez, es modificada por la bilis y otras secreciones activas del hígado *(vida).* Una serie de intrincados procesos químicos produce como *forma* o resultado un líquido que está bastante refinado para ser absorbido directamente en la circulación venosa.
Ahora bien, ya hemos visto que los diferentes sistemas del cuerpo y sus energías apropiadas pueden compararse a una octava ascendente. De modo semejante, las etapas sucesivas de refinamiento de las materias asequibles para uso de estos sistemas, pueden verse, también, como una octava ascendente. Así, la comida pasiva del plato puede expresarse con *do,* el quimo resultante de la primera etapa de transformación con *re* y el alimento muy refinado que pasa osmóticamente a la corriente sanguínea, con *mi.* Aquí llegamos a un semitono y, como anotamos en la disposición del Sistema Solar y de la tabla de elementos, la Naturaleza parece que siempre dispone de un choque especial para actuar en contra de la tendencia declinante que representan estos medios tonos.
Exactamente es a un recurso así al que en este caso apela, y hallamos que la *materia* ahora pasiva de la sangre venosa, encuentra un principio activante, aunque no se origina esta vez en el interior del cuerpo, sino en el exterior. La corriente sanguínea expuesta al aire sobre la enorme superficie de los pulmones, súbitamente es vitalizada por la suma del oxígeno exterior *(vida)* y surge como sangre refinada o arterial *(forma).*
Hasta ahora hemos intentado expresar los productos de las diferentes etapas de refinamiento en términos fisiológicos. Pero ya en la etapa que se refiere a la circulación de la sangre arteríal, una descripción de esa clase resulta demasiado inadecuada. Porque sabemos que la circu–lación sanguínea cuenta con ciertas sensaciones subjetivas que no pueden dejarse de tomar en cuenta. Un amplio flujo sanguíneo se relaciona con sensaciones de calor y bienestar; uno deficiente, con sensaciones de frialdad y depresión. Tales sensaciones hasta pueden dotar de color al conjunto de la vida emocional del hombre y afectar su actitud general ante el mundo.
Mientras más nos elevamos sobre la escala de energías humanas, resulta más importante esta sensación subjetiva de ellas y menos satisfactoria una sencilla descripción fisiológica de las mismas. Por tanto en la etapa siguiente podemos decir, en verdad, que la sangre arterial (ahora *materia* pasiva) pasa a través del cerebro, donde se encuentra con cierto principio que la activa hasta el grado de poder inducir reacciones eléctricas o nerviosas en la corteza cerebral. Aunque sabemos muy bien que el importante resultado de *forma* producida en esta etapa particular es lo que nos parece subjetivamente que es nuestro registro de imágenes, nuestra asociación de ideas y, en general, lo que llamamos nuestros pensamientos.
En la etapa siguiente, la energía es refinada todavía más, hasta el grado que resulta el combustible de los sistemas nerviosos que controlan, por una parte, los impulsos motrices y, por otra, las operaciones involuntarias del interior del cuerpo. Es decir, la energía por la que el hombre se mueve y actúa.
Finalmente, una última transformación produce las manifestaciones extraordinariamente sutiles de energía que podemos describir fisiológicamente en términos de función sexual o, más sugestivamente, como fuente de toda la gama de emociones altas y creadoras de que es capaz el ser humano. Más allá de esto, no conocemos una nueva transformación que efectúe normalmente la refinería humana.
De estos ejemplos resulta claro que en cada etapa una materia prima *pasiva,* trabajada o digerida por un principio *activo,* ya existente en el cuerpo, rinde como resultado una sustancia refinada o *intermedia* que, a su vez, alimenta una función apropiada.
Nos conformamos con este análisis del proceso de refinamiento experimentado por los

alimentos comestibles. Pero se debe recordar, también, otras dos formas de nutrición humana – aire y percepciones– que deben pasar a través de una serie semejante de transformaciones, dando lugar a nuevas manifestaciones y funciones en cada etapa.

Mientras que el alimento sólido es refinado automáticamente hasta su etapa final, la digestión de aquellas dos formas más finas de alimento depende mucho de la atención, comprensión y decisión del individuo interesado. En el caso de las percepciones en particular, la digestión no es automática, no está en nada asegurada por la Naturaleza. *Depende por entero del grado de conciencia de quien la recibe.* Y con el incremento de su conciencia, las percepciones pueden ser refinadas hasta un punto donde dan origen a grados de éxtasis que de ordinario no nos son imaginables.

Por ejemplo, cada día pasa uno junto a un mendigo en la calle. Algunas veces se percibe su rostro, si es que se lo percibe, como una leve mancha en el escenario general, que no tiene más significado que un viejo pedazo de periódico. La percepción llega a nuestros ojos, pero no va más allá, no da origen a un proceso dentro del organismo. Pero otro día, exactamente la misma imagen fotográfica impresionará en la forma más vívida la conciencia de uno, y entonces súbitamente se *verá* al mendigo como es, se *verá su* pobreza, enfermedad, habilidad, el regocijo o la desesperanza escritos en su rostro, y uno puede darse cuenta repentinamente de lo que lo redujo a ese estado y de lo que inevitablemente le espera.

Esta sencilla percepción dará origen a un centenar de pensamientos, conjeturas y emociones. Podrá ser refinada en alimento para la mente, el sentimiento y hasta en la más alta actividad curativa o creadora. Y esta digestión de la percepción será el resultado de un incremento momentáneo de la conciencia de parte del que percibe, *riquezas de haberse recordado a sí mismo.* Esto, empero, está bordeando ya otro proceso.

Sin embargo, la principal característica de este proceso es que avanza en todo por vía natural. Cada hombre, por derecho de nacimiento de su cuerpo humano, disfruta del uso de las energías que así se producen. Y aunque en muchas formas puede interferir y estorbar su rendimiento normal, toda la milagrosa serie de transformaciones marcha con toda independencia de su voluntad, intención o deseo.

De ahí que este refinamiento natural que, como vimos, se inicia con materia inerte y termina con forma, no debe confundirse con el refinamiento intencional, inducido por la voluntad y aspiración del hombre, que se inicia con forma y termina con vida. Esta última involucra un proceso diferente y más difícil. Posteriormente veremos el punto en el que puede principiar.

III ELIMINACIÓN Y PAPEL DE LOS COMPUESTOS ORGÁNICOS

Simultáneamente al proceso de digestión y transformación de los alimentos, se efectúa en el cuerpo un proceso de destrucción y eliminación. Este proceso actúa según el orden: *vida, forma, materia.* Es, como vimos con anterioridad, el procso en el que la fuerza de vida rompe nuevamente la forma cayendo en la materia inerte. Aquí, cada etapa se completa por sí y se manifiesta en un producto particular de desecho que ya no tiene más uso en el organismo, Las materias típicas de la destrucción fisiológica son las excreciones.

Las principales características de las excreciones son que ya no poseen ninguna posibilidad de transformación y, por tanto, son exudadas a través do los poros y orificios del cuerpo. Algunas excreciones son evidentes y tangibles, pero sin duda hay otras muchas, menos conocidas pero igualmente importantes, que aún pueden adoptar la apariencia de funciones constructivas.

Tratemos de estudiar el proceso de eliminación en cada uno de los niveles funcionales que anteriormente hemos clasificado. Así la digestión, respiración, circulación sanguínea, actividad cerebral, actividad de los músculos voluntarios e involuntarios y, finalmente, las funciones sexuales y emotivas, deben tener sus propias y particulares excreciones. Porque sólo así, deshaciéndose por sí solas de sus desperdicios, pueden mantenerse estas

funciones en un estado saludable y eficiente.

Recordemos cómo en el proceso de la digestión, la comida ingerida (materia) se unía con los jugos digestivos activos del cuerpo (vida) y se transformaba en quimo o forma, que podía ser asimilada por el sis tema linfático. En este proceso, el mismo principio activo (todavía v*ida)* interviene primero y atacando a los alimentos (ahora *forma),* mediante la misma escisión, separa su porción indigerible *(materia)* que se elimina por los intestinos. El producto de esta tríada, excrementos, se sitúa entre su forma original de comida y la materia orgánica completamente fosilizada, tal como la madera y, aunque ya no ofrece ninguna utilidad al organismo, puede servir todavía como elemento nutritivo para un nivel diferente de creación, representado por el reino vegetal.

Sin embargo, en este caso lo interesante es ver cómo los dos procesos de digestión y eliminación están indisolublemente ligados en cadaetapa y que *el mismo elemento activo* actúa en ambos pero en diferente lugar, desempeñando un papel diferente. Así:

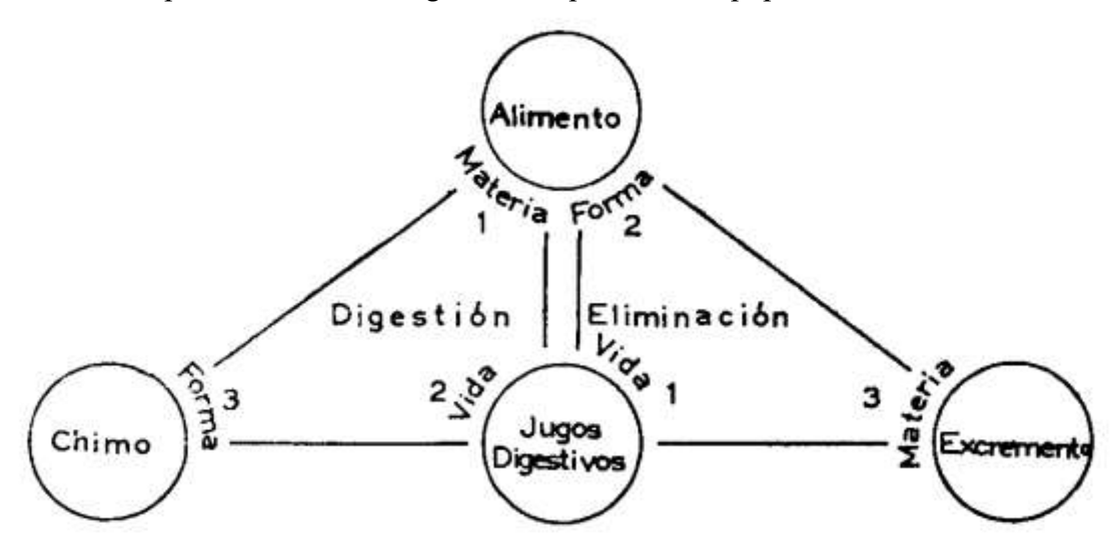


Figura 10: Triadas de Digestión y Eliminación

De modo análogo, un principio activo filtrante en los riñones, en tanto que purifica y refina la sangre que pasa por ellos, separa y elimina al mismo tiempo la orina. Así como las heces son el producto final e inerte de la comida, así también la orina puede decirse que es el producto inerte del agua, a la que excede en densidad por la presencia de urea, fosfato de sodio y otros varios productos de desecho y de pigmentos. Esta, también, puede ser útil al mundo de las plantas.

En la etapa siguiente, el mismo oxígeno inhalado que carga a la sangre venosa, elevándola a un estado superior, actúa también como impacto mecánico por el que la presión del bióxido de carbono queda en libertad en los pulmones, de los que se retira en forma de aire exhalado. Este difiere del aire inhalado en la pérdida de gran parte de su oxígeno y de otras materias delicadas, por estar carbonizado y, particularmente, porque está cargado de vapor de agua, factores todos que tienden a hacerlo inerte e inútil en lo que respecta al hombre.

Nuevamente llegamos a un punto en que las explicaciones fisiológicas son insuficientes. En la etapa siguiente, la fuerza activa es vista más claramente en forma de ejercicio y calor, que aumentando el metabolismo, tienden a demoler los productos de desecho en las células y tejidos, dando lugar al sudor como excreción.

En tanto que más allá aún, llegando al nivel de la actividad cerebral, encontramos que la excreción mental está representada por la ‗imaginación', esto es, una producción continua de imágenes de desperdicio, producto derivado de las percepciones pasadas, que fluyen a

través de y fuera del cerebro en una corriente ininterrumpida y sin sentido. Así como es intermitente la comida, así es la excreción de las heces; pero como la corriente de ingreso de las percepciones es continua, así de continua es la actividad de la imaginación. Cuando el impacto directo del mundo exterior se ha aquietado por el sueño, se nos hace visible por el ensueño. En realidad, los ensueños siguen día y noche, sin interrupción, como cualquiera que haya adquirido la facultad de sofrenar el proceso más activo del pensamiento durante unos cuantos minutos, lo puede establecer con certeza.
Esta ‗imaginación' o materia de desecho del cerebro alcanza una etapa ulterior hacia su eliminación por la palabra. Y en cierta clase de conversación, familiar a todos, que avanza sin rima, razón, propósito o intención y que se mueve tan automáticamente tras su cerebración como el sudor después del ejercicio, reconocemos literalmente ‗la excreción de la mente' que discutieran los primeros racionalistas.
En efecto, cierta conversación es necesaria para la salud mental. Sin cierto desalojo de los subproductos de la percepción, los pensamientos se hacen estacionarios y se coagulan, la mente es abrumada por los humos de la fantasía que generan. Empero, el problema es que mucha gente elimina por medio de la conversación no sólo las materias de desecho de la mente sino, también, gran cantidad de percepciones y pensamientos que no han sido siquiera digeridos. Imágenes, que podrían ser alimento del entendimiento, entran en torrente por los ojos y salen por la boca de aquéllos sin que ningún bien deriven de éstas. Y en este caso la frase vulgar de ‗verborrea' brinda no sólo una descripción pintoresca sino, también, exacta de este mal.
Es así como para algunos tipos, en particular el silencioso y saturnino, puede ser necesaria más conversación para ventilar y limpiar sus mentes constipadas. Mientras que para otros, el gárrulo y jovial, la salud mental puede ser cuestión de hablar menos, o de retener dentro de sí las percepciones y pensamientos hasta que éstos hayan sido mucho mejor digeridos y comprendidos. En ambos casos, el papel de la conversación puede verse correctamente como el de una excreción.
Las excreciones de las funciones instintivas internas que dependen del sistema simpático son muchas y sutiles. Las lágrimas de alivio fi siológico, por ejemplo, quizás puedan catalogarse dentro de esta categoría. Sin embargo, a este nivel, las ‗excreciones' tienden a ser más y más tenues y psicológicas y se expresan en el cambio continuo de la cara, los ojos, los gestos, las posturas y en las inflexiones vocales del hombre.
Actividades como el canto o la danza pueden. verse quizás, también, con las características de una excreción psico–emocional, con su consecuente sentimiento de limpieza y bienestar en este particular nivel.
Finalmente, en relación con las funciones sexual y emocional, pensamos menos en excreciones fisiológicas que en el hondo llanto del dolor, de la angustia o de la alegría y en todo el juego de la más alta expresión humana. Es erróneo tratar de asociar los productos de desecho de este nivel con sustancias tangibles, puesto que, evidentemente, toman la forma de emanaciones que son demasiado sutiles para la medida y el análisis físico. Ciertas formas de risa, que son maneras de rechazar impresiones demasiado contradictorias o difíciles de comprender por quien las recibe, pueden también incluirse aquí. Pero, en general, podemos decir que lo que se ‗entrega como desecho', es decir, lo que pasa al mundo, debe ser proporcional a lo que en él está refinado. Un hombre sólo puede entregar el coproducto de lo que ha digerido, refinado y comprendido – pero esto es lo que tiene que hacer.
Por tanto, el proceso de destrucción que se desarrolla como se ha descrito, es enteramente necesario y natural y se traduce en la eliminación completa de materias inertes y no asimiladas; y de este modo, mantiene al cuerpo con vitalidad y salud. Y, además, lo que se aplica a todo el cuerpo se aplica, también, por separado a cada función, de la más alta a la

más baja. Cada función debe desprenderse de sus materias de desecho si es que ha de trabajar a toda su capacidad. El castigo de no hacerlo así corresponde al siguiente proceso.

✵ ✵ ✵

De estos tres procesos que hemos examinado en detalle ya resulta claro que ciertas materias características están asociadas en cada uno. Ahora, si nos referimos a la tabla en que dispusimos una selección de compuestos orgánicos en octavas descendentes de pesos moleculares, encontramos a esto una interesante confirmación. [60]

Si consideramos que carbono, nitrógeno y oxígeno —bases de toda vida orgánica– están situados entre las primeras notas de nuestra primera octava, y, que esta última se completa con un duplo de peso molecular a partir del 12 inicial del carbono, obtenemos algo como esto:

PAPEL DE LOS COMPUESTOS ORGANICOS

do	12	carbono
—	13	
si	14	nitrógeno
la	15	acetona
sol	16	oxígeno
fa	18	agua
—	19	
mi	20	
re	22	
do	24	

En una octava descendente habrá, como se ha mostrado, intervalos entre *do* y *si* o entre el carbono y el nitrógeno, y entre *fa* y *mi*, o un poco debajo del agua. Posteriormente encontraremos que estos intervalos tienen una significación muy especial.

En tanto que si continuamos con octavas ulteriores en la misma proporción toda la disposición se expresa mejor en la forma de una espiral, en la que cada nota puede verse claramente que hace eco en formas más complicadas todavía de materia, en esta forma:

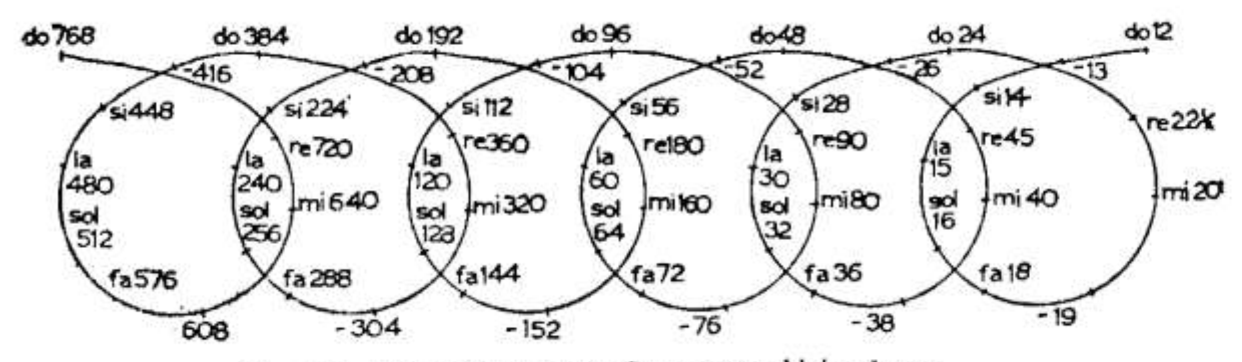


Figura 11: Las Octavas de los Compuestos Moleculares

Supongamos ahora que empezamos con la nota sol, representada originalmente por el oxígeno, y veamos dónde suenan sus armónicos. Una octava por debajo encontramos al

[60] Véase Apéndice IV, ‗Las Octavas de los Compuestos Orgánicos'.

alcohol metílico y dos por debajo el ácido nitrito. En la cuarta octava esta ruta se hace más interesante. Tenemos aquí a la leucitra (130) y la lisina (132), dos aminoácidos que son tan esenciales al crecimiento que las proteínas, como la harina del maíz que no las incluyen, son inadecuadas para la nutrición infantil y, como dieta exclusiva, conduce a la pelagra y a otras enfermedades del desarrollo físico inadecuado. Los animales pequeños no se desarrollan cuando su única proteína es la gliadina del pan, aunque la misma proteína puede mantener al adulto bien desarrollado, en completa salud. Después, en sol en la quinta octava, encontramos el ácido mecónico (254) con que se nutren los recién nacidos antes de hacerlo con la leche materna; la estrona, la hormona maternal, la misma lactosa de la leche, y la famosa vitamina A del aceite de hígado (le bacalao, especialmente necesaria en la preñez y en la infancia. Todas estas sustancias están claramente asociadas con el *proceso del crecimiento.*

Pasando a la nota *re* no encontramos de nuevo nada revelador en las tres primeras octavas, pero en la cuarta encontramos un notable grupo integrado por el ácido butírico de la mantequilla (88), la alanina del huevo (89) y el ácido láctico de la leche (90). Una octava más y estamos sobre el ácido ascórbico (176), los carbohidratos y los azúcares de la fruta y la leche – fructosa y galactosa (todos 180). Finalmente, la sexta *re* ofrece el azúcar de malta y la riboflavina o vitamina 132 (360) que se encuentra a todo lo largo del tubo digestivo y parece estar íntimamente relacionada con la producción de enzimas, cuya misión es demoler las moléculas de los alimentos. Todas las grasas, azúcares y vitaminas de esta nota, están referidas evidentemente al *proceso de digestión.*

Fa, la nota representada onginalmente por el agua (18), que continúa con el ácido salicílico (138), una base de colorante violeta, y el ácido para–amino–benzóico (137), que tiende a restaurar el color al pelo encanecido, tiene un extraño significado. La nota fa de la quinta octava proporciona los colorantes brillantes, alizarina anaranjada y amarilla y malaquita verde, y la vitamina A de la que se forma la púrpura visual del ojo, dando sensibilidad al color. La *fa* de la sexta incluye a los pigmentos xantolila, bilirrubina y hematina, que colorean el plasma, la bilis y la sangre de amarillo, café y rojo, respectivamente. No sólo todas las sustancias de esta nota parecen estar relacionadas con el color y los colorantes sino que, a medida que descendemos las octavas, los mismos colores representados recorren el espectro desde lo incoloro hasta el violeta, azul, verde, amarillo, anaranjado, café y rojo. A primera vista no nos damos cuenta que este efecto especial de *fa* –al colorear o al descomponer la luz blanca– es un aspecto curiosamente oculto de la desintegración general, esto es, del *proceso cósmico de destrucción*.

Pasando a la nota mi, nos parece encontrar a los agentes de un proceso que todavía no hemos abordado en detalle. En mi, al nivel de la cuarta, quinta y sexta octavas encontramos toda una serie de alcaloides herbarios como el eucaliptol, mentol, nicotina, timol, tanino, quinina, estricnina, laudanina y acónito, que desde tiempo inmemorial se han usado como medicamentos o como agentes naturales del *proceso de curación.*

La también representa un proceso que tendremos que considerar con mayor detalle en el capítulo siguiente. *La* originalmente está ocupada por la acetona (15). En seguida tenemos al formaldehida (30), un líquido acre irritante que encaliece o produce llagas en la superficie de la piel y que se utiliza para endurecer, preservar o embalsamar sustancias orgánicas. Tenemos después a la úrea (60) que forma los cristales reumáticos y el ácido acético (60) que degeneran al vino y el azúcar en vinagre. En tanto que en la cuarta octava se presenta el anestésico cloroformo (119), cuya función particular es deprimir la conciencia. Esta capacidad general de convertir las cosas vivientes en más resistentes, más cristalinas, menos sensibles y menos conscientes nos damos cuenta que pertenece al *proceso de degeneración o corrupción.*

La primera si es el nitrógeno (14). Su contraparte de octava, el etileno (28) es un gas

extraño que, se ha visto, desprendése cuando la fruta está madura y descompuesta y que acelera esta maduración. Dos octavas más adelante encontraremos la histamina (111) de la médula ósea donde se generan las células sanguíneas, y la creatinina (111), sustancia que se encuentra particularmente en los testículos humanos y en el útero grávido y cuya producción se incrementa mucho durante la preñez. Mientras que en la si de la sexta octava tenemos la vitamina E (450) cuya ausencia ocasiona esterilidad y, su abundancia, fertilidad, tanto en el hombre como en la mujer. Todas estas sustancias están estrechamente relacionadas con el sexo y la posibilidad de reproducción ya sea en los animales o en el nivel de la célula. Por tanto, podemos asignarle a esta nota lo que en otros respectos hemos llamado el *proceso de regeneración.*

Debe agregarse al mismo tiempo que muchas de las sustancias orgánicas esenciales para la generación de la prole, tales como la testosterona masculina y la estrona femenina, se encuentran en o cerca de la nota sol, que asignamos al proceso de desarrollo. Y, en general, las sustancias de estas dos notas, si y sol, que representan entrambas las posibilidades conjuntas de reproducción y desarrollo, interactúan, se combinan y dependen entre sí de un modo bien extraordinario, tal como sus representantes primarios, el nitrógeno y oxígeno se combinan y actúan recíprocamente para formar el aire que es la base de todo el desarrollo y generación orgánicos. [61]

Con esta exclusión, parece ahora que seis de las siete notas de nuestras octavas descendentes de compuestos orgánicos, pueden con justificación asignarse a los seis procesos cósmicos, de los que estos compuestos son, por así decirlo, los agentes moleculares. Por tanto, podemos resumir así nuestros hallazgos:

Do		
–		
si	ciertas vitaminas:	agentes de reproducción (regeneración)
la	ciertos tóxicos:	agentes anestésicos (degeneración)
sol	aminoácidos, etc.:	agentes de crecimiento
fa	colorantes:	agentes de color (destrucción)
–		
mi	medicamentos naturales:	agentes de curación
re	grasas y azúcares:	agentes de digestión

No tocaremos aquí la nota *do* que completa cada octava vieja e inicia una de las nuevas, que resume en sí misma todo lo que ha quedado atrás y todo lo que está por delante.

Pero quedan por considerar los intervalos naturales entre *do* y *si y* entre *fa* y *mi* donde, como hemos visto, cualquier impulso original tiende a perderse o a disminuir y que en el arreglo cósmico están compen

sados por la entrada de algún nuevo impulso proveniente de otra escala y otro nivel.

El intervalo *do–si* en la primera octava podría representarse por el peso molecular 13 aunque no se conoce tal sustancia. En la octava siguiente encontramos el acetileno (26), fuente de luz intensa. El elemento con peso molecular semejante, el magnesio, también tiene esta propiedad. En el mismo intervalo en otras octavas, hallamos los narcóticos raros derivados del mezcal, la adormidera y el henequén, que tienen el poder de poner al hombre en comunicación temporal con funciones superiores que normalmente están adormecidas y que –en lenguaje místico– ‗liberan luz interior'.

Las sustancias del intervalo *mi–fa* –benzeno, cocaina, morfina, hioscina– parecen tener

[61] Nótese también la interacción e inseparabilidad de las notas *sol* y *si* en la octava de tiempos planetarios, ya mencionada en la sección referente a los hito, de la vida humana. (Véase Capítulo 11, p. 188).

propiedades análogas, tanto por proporcionar luz como porque en algunos casos hacen al hombre inmune al dolor físico, elevando su conciencia a otro reino. El primer intervalo *mi–fa,* representado por algo poco más pesado que el agua, fué llenado artificialmente por el ‗agua pesada‘, inventada por el hombre como un escalón para la escisión del átomo y la liberación de la energía atómica o, con mayor precisión, de la energía electrónica.
‗Podo esto contiene un fuerte elemento de ‗magia‘, un sentido de que las leyes del mundo que estamos considerando, han sido súbitamente abrogadas en favor de aquéllas de un mundo más alto. La acción, de las sustancias encontradas en estos intervalos es, de algún modo, incomparable con la acción de sustancias pertenecientes a las notas entre intervalos, en la misma forma que el nacimiento y la muerte son incomparables a la vida. La acción productora de luz del acetileno y benceno nos proporciona un resquicio hacia la comprensión de esta inconmensurabilidad.
Hemos llamado a ésta una tabla de compuestos moleculares y la acción de la mayoría de las sustancias referidas es molecular, es decir, sobre la escala y tiempo de las moléculas y mediante la combinación e interacción de moléculas. Pero en lo referente al acetileno y el benceno y, de modo diferente, con los narcóticos, encontramos de pronto la intervención de la luz. La luz no se refiere para nada a moléculas o a materia en estado molecular; se refiere al mundo de electrones y a la materia en estado electrónico. En otras palabras, los intervalos representan la intervención de materia en un estado superior, desde un mundo situado por encima. Este es el secreto de los intervalos cósmicos en todas las escalas. Ellos representan la puerta entre uno y otro mundo.
En el siguiente capítulo veremos que el proceso de regeneración, que debemos considerar entonces, está exactamente conectado con el *legítimo forzamiento de semejante puerta.*

CAPÍTULO 13. LOS SEIS PROCESOS EN EL HOMBRE (II)

I ENFERMEDAD

Tal proceso de corrupción o enfermedad se inicia cuando la forma, E desligándose de su propia función, se sobrepone a la vida y reduce el todo a inercia y materia muerta. El orden de los agentes creadores de este cuarto proceso es: *forma, vida, materia.*

El origen más claro de la enfermedad en el organismo humano reside en la cesación del proceso de destrucción. Vimos que este último proceso rendía ciertas sustancias inertes o de desecho, sin posibilidad de refinación, que se eliminaba en una u otra forma. Pero tales sustancias inertes pueden, también, retenerse en el cuerpo, donde degeneran en venenos. Y, en este caso, dan lugar a un fenórneno enteramente nuevo, que en lo que atañe a las relaciones humanas se conoce como rebelión o crimen.

Inquiriendo sobre lo que puede corresponder al crimen en el cuerpo humano, llegamos a la conclusión de que es el mal funcionamiento o rebelión dé las varias partes del organismo. Y, además, nos perca. tamos de que este mal funcionamiento principia cuando hay retención de materias inertes en el cuerpo, suplementada en algunos casos por el exceso ‗deliberado' de producción.

Principiando en el nivel más bajo, las comidas muy abundantes originan una cantidad anormal de heces, cuando hasta cantidades normales de ese material de desecho pueden retenerse en vez de eliminarse. En ambos casos las heces normales *(forma)* retenidas en el cuerpo por un *material de desecho de nivel más alto,* que en relación a ellas es activo o vivificador, se modifican en una sustancia que podemos caracterizar como heces degeneradas, junto con todos los venenos que diseminan *(materias).* El veneno ‗más alto' o activante, en este ejemplo, esdesecho celular que, estando en los tejidos, induce espasmos y tensiones en los músculos internos.

Aquí disponemos de un buen ejemplo del principio de que lo activo, pasivo y mediador, o la vida, materia y forma son términos relativos. Porque en el proceso (le enfermedad el agente activo es casi siempre el material de desecho de una función superior que, aunque inerte en su propio nivel, tiene el poder (le dar principio a una sucesión de males en las funciones inferiores. De este modo es que el proceso (le corrupción, al contrario del de destrucción, es continuo, desarrollándose cada etapa automáticamente desde la situada por encima.

Por supuesto, el ejemplo anterior es simplemente una descripción técnica del estado patológico de la constipación. En el grado siguiente, la orina normal, retenida por una sustancia de desecho superior, produce los cristales de ácido úrico del reumatismo y enfermedarles análogas. Esto, como viinos al final del último capítulo, es uno de los venenos de la nota la en nuestra tabla de compuestos orgánicos. De la misma manera, el bióxido de carbono que no es exhalado, produce en el cuerpo venenos que se dejan sentir como dolores de cabeza, flojedades de cuerpo, etc.

Al nivel del tejido celular vemos cómo el desarrollo adecuado del proceso de destrucción, estimulado por el trabajo y el ejercicio, conduce a la eliminación de productos de desecho mediante la exudación. Entre los malos funcionamientos derivados de la ausencia de sudoración y eliminación consecuente de materias celulares de desecho, se encontrará toda clase de tensiones físicas que impiden el flujo sanguíneo y la debida producción (le calor. Recíprocamente, es experiencia común que el sudor y el ejercicio alivian las tensiones físicas e inducen ese sentido de calma y tono que asociamos con la actividad normal de las paratiroides y el correcto equilibrio en el control del calcio. El veneno producido per el proceso de enfermedad en esta etapa, puede quizás relacionarse con el ácido láctico depositado en los músculos en estados de tensión y letargia.

Pasando a la función siguiente, tomamos cierta clase de conversación y de expresión, como legítima excreción de la actividad mental. Para permanecer saludable en este nivel, un hombre debe actuar y hablar según piensa. Debe ser sincero. Sin embargo, patológicamente el producto de desecho del pensamiento permanece sin excretarse, sin expresarse y se revuelve en su mente dando lugar a imaginaciones mórbidas, ideas fijas y pensamientos y sueños recurrentes de los que nopuede escapar. Estos son, de modo enteramente literal, tóxicos mentales de un nivel de densidad perfectamente definido, que en tiempo y en cantidad pueden hacer terribles penetraciones en todo el bienestar físico y moral de un hombre.
En la función nerviosa del simpático, en donde el proceso de eliminación produce lágrimas, risa, canto u otras expresiones externas físico–emotivas, el proceso de corrupción convierte estas materias de desecho en temores y penas sin fundamento, sueños negativos en la vigilia, etc. Estos malos funcionamientos, también tóxicos en su propio nivel, se hacen notables por el matiz desagradable y sospechoso que prestan al pensamiento. Porque es exactamente de este modo que los tóxicos de la función superior se introducen como fuerza activa en las funciones inferiores que, a su vez, resultan afectadas.
Finalmente, en lo que se refiere a las funciones sexual y emotiva, donde el desecho está representado por lágrimas de emoción más profunda, la risa y todas las formas más sutiles de gesticulación y expresión, la retención en el cuerpo de este producto y su corrupción patológica, darán lugar a la imaginación sexual en su forma más intensa y a todos los grados de emociones violentas, mórbidas, desesperantes y criminales. Sin embargo, ¿qué es lo que en esta etapa puede servir de agente activante, puesto que debe tratarse de un tóxico derivado de una función superior a aquéllas que son normales en el hombre? Al intentar responder a esta pregunta, nos encontramos cara a cara con el diablo.
De todo lo anterior resulta que los procesos de destrucción y crimen, o de eliminación y enfermedad, en cierto sentido, empiezan a aparecer alternativos – el uno natural y saludable, el otro anormal y degenerado.
Pero como quiera que la destrucción, en casos normales, se limita a la adecuada eliminación de los productos de desecho en relación a aquéllos refinados por la digestión, el proceso patológico no sufre tal limitación. Hernos anotado que en este proceso las sustancias inertes de un nivel superior sirven como intoxicantes de sustancias inertes de un nivel inferior y, recíprocamente, que las sustancias inertes de un nivel inferior sirven como material pasivo para la infección de las situadas por encima. Como pronto veremos por observación, las tensiones físicas conducen a los pensamientos mórbidos, que conducen a los temores sin fundamento y a las aprehensiones, que a su vez conducen a las emociones violentas y autodestructivas. Y, análogamente, a la inversa. El proceso de enfermedad tiene la característica particular de –propagarse" o in–fectar a toda materia prima, tanto superior como inferior con la cual se pone en contacto y a la que corrompe de inmediato.
Tiene, en verdad, el poder de trabajar retroactivamente, consumiendo, si no se le detiene, inacabables cantidades de material bueno, que bien puede representar el resultado de trabajos muy prolongados de acumulación. En el reino molecular tenemos algo análogo cuando se cuaja una jarra de leche dulce con sólo una cucharada de leche agria; o en la degeneración, por descuido, del alcohol en vinagre. Y, en el mundo celular, la casi incontrolable proliferación de células cancerosas a expensas del tejido sano.
En el mundo de los hombres este proceso aparece como crimen. Y su comprensión suministra una prueba mediante la cual diferentes concepciones sociales del crimen pueden juzgarse objetivamente.
El verdadero crimen será aquél en que el conocimiento, habilidad, comprensión y

premeditación *(forma)* se emplean para destruir posibilidades más altas *(vida),* dejando a la situación o la víctima en un grado inferior que antes *(materia).* Según este criterio, la sociedad acier. ta al considerar el asesinato –en el que el hombre emplea el *pensamiento* para privar a otro de vida, dejando sólo la materia inerte de su cadáver– como el crimen clásico. El robo intencional, en el que la víctima es despojada de objetos, ahorros o posibilidades, también es crimen. Pero así, también, es la mentira intencionada que deja corrupta una situación y a otros hasta entonces sinceros, llenos ahora de malicia, sospecha, envidia o desconfianza.

Por otra parte, vemos que el no poder obedecer por completo una restricción arbitraria, o la imposibilidad de poseer un documento o el pedazo de papel obligatorio, cuando nadie es afectado por esto, de ninguna manera puede decirse que pertenece al proceso cósmico del crimen.

En esta forma, mucho de lo que la sociedad contempla como criminal no lo es en realidad, sino cuando más no es aconsejable o es meramente torpe. En tanto que, por otro lado, muchas cosas que la sociedad apoya y justifica como ‗patriotismo‘, ‗lealtad‘, ‗libertad‘, ‗deber‘, ‗responsabilidad‘, etc., pueden contener una fuerte tendencia criminal. ¿A qué otro proceso, por ejemplo, puede perteneoer la propaganda que –usando ingeniosamente la habilidad del artista, la experiencia del psicólógo y la técnica del científico– se esfuerza por adormecer o destruir el vívido juicio natural para reemplazarlo por una sola actitud uniforme, valedera temporalmente desde el punto de vista de una política única, un solo gobierno o un solo propagandista? En el mundo moderno la destrucción deliberada y, con frecuencia, oficial del juicio y la conciencia individuales, constituye un crimen en escala tan vasta que resulta invisible y el hombre no puede ni imaginar la vida en otras condiciones.

De este modo, pues, la mayor de todas las posibilidades –el desarrollo consciente– puede quedar destruida para miles y aún millones de personas. Gente así, que ya no posee juicio individual, conciencia individual, remordimiento individual o el poder de reaccionar como individuos vivos a las circunstancias y urgencias de la vida, pueden continuar hasta el fin de sus días sirviendo como eficientes y obedientes ciudadanos. Pero su esencia ha muerto. Ellos son los muertos en vida, los zombies de nuestra moderna civilización y –como otros asesinados– son el producto del proceso criminal, tanto propio como de los demás.

Por tanto, mientras que el proceso de destrucción se manifiesta como la separación de lo inerte y lo viviente y la consecuente preservación del último, el proceso de corrupción, por el contrario, se manifiesta como la reducción de lo viviente mismo a la inercia y la muerte.

II CURACIÓN

Si el proceso patológico no tuviera rechazo, entonces, por el solo contagio natural el universo estaría perdido. Pero sabemos que el enfermo se recupera en ocasiones, que las epidemias menguan, que los desiertos se resiembran solos y que hasta las guerras acaban. Hay un proceso de curación en el que la sustancia enferma, redescubriendo la forma original de la naturaleza, vuélvese un canal para la vida y le es restaurada la salud. Su orden: *materia, forma, vida.*

Aquí está implicado el redescubrimiento de un principio original y su adaptación a las circunstancias nuevas o anormales. Por ejemplo, ciertas sustancias tóxicas empiezan a acumularse en las capas musculares del cuerpo. Pasado un tiempo, la condición se vuelve demasiado aguda para aliviarse con los métodos normales de excreción. Los glóbulos blancos de la sangre, sin embargo, están perfectamente dotados con el poder y deber de eliminar las toxinas. Rodeando y aislando el veneno con pus, *inventan* una forma de excreción. Se desarrolla un absceso, se pone tenso y revienta. Las toxinas son expelidas y si la condición no está muy – generalizada, sana el tejido.

En el cuerpo existen agentes curativos de todas clases. Pero en algunos casos puede ayudarse su acción con la asistencia de medicamentos y drogas de naturaleza semejante – exactamente las sustancias cu rativas que encontramos asociadas, en el último capítulo,

con la nota *mi.* Estas son materias que contienen en esencia concentrada ese principio natural necesario para corregir la anormalidad y restaurar la forma saludable. En el caso del absceso, el médico aplica ciertas sales que poseen la tendencia natural a sacar o aspirar las toxinas de la carne. Utiliza el mismo principio en un nivel molecular, aplicando calor en forma de compresas calientes. En otras palabras, recuerda y usa leyes naturales para *inventar* una forma de volver el organismo a la forma en que la vida y la sangre puedan fluir de nuevo libremente.

En este ejemplo vemos ya el proceso de curación a dos niveles. Primero, hay la curación fisiológica natural al cuerpo mismo. En segundo lugar, este proceso está apoyado por el ingenio humano, expresado en el arte de la medicina. Los (los son el mismo proceso: la escala y el medio de operación son diferentes. En el primer caso lo vemos operando en el inundo celular; en el segundo, en el mundo humano. En el primer caso, nos parece como curación propia, en el segundo, como invención, habilidad o ciencia aplicada, esto es, el uso intencional de las leyes naturales.

Fundamentalmente, la curación es aquella que restaura la salud a las cosas afectadas por el proceso criminal o corruptivo. Hemos visto cómo este último agria la leche, convierte en vinagre el vino e infecta la sangre con la sepcia. En el caso de productos libres corrompidos así, el hombre puede ya abandonarlos, como los alimentos podridos, ya emplearlos en otros usos pero inferiores. Cuando, empero, la corrupción comienza a degenerar la materia de su propio cuerpo, no puede permanecer tan indiferente y debe procurar detener la descomposición y regenerarla por entero. El vinagre puede utilizarse por su misma ‗agriura', pero la sangre emponzoñada debe ser curada o el hombre mismo sucumbirá. Así nació la medicina.

En la Edad Media se desarrolló un sistema muy elaborado e interesante (le medicina sobre la base (le la clasificación de los órganos y del organismo, de acuerdo con los cuatro ‗humores' –caliente, frío, húme do y seco– y después de diagnosticar el exceso de uno o la deficiencia de otro, procuraba restaurar el equilibrio suministrando el ‗humor'opuesto, mediante tratamientos y medicamentos clasificados de modo semejante. El método de curación por el equilibrio de los cuatro humores se usa todavía, por ejemplo, al aplicar compresas frías a las fiebres calientes, o al prescribir clima seco para una condición húmeda como la tuberculosis. Y si bien este sistema en su conjunto está ahora desacreditado, no ha sido porque fue erróneo o supersticioso en sí mismo sino sólo porque el principio de sustentación de entonces acá se ha perdido y un sistema de medicina completamente diferente se ha erigido sobre otras bases.

La antigua medicina se basaba casi enteramente en el tratamiento del cuerpo como un todo o en el tratamiento de los órganos individuales. Además de estudiarlos desde el punto de vista de los humores se clasificaron estos órganos de acuerdo a su afinidad con los planetas y los remedios herbolarios –clasificados en la misma forma– acostumbraban estimular la respuesta a una u otra influencia planetaria. Nuevamente, el principio empleado en la curación era el restablecimiento de la armonía, – en el *mundo de los órganos.*

Fué el estudio de la estructura celular de plantas y animales en los afros de la década 1830 y posteriormente el descubrimiento de la danza de las ‗moléculas activas' por Brown casi al mismo tiempo, los que realmente condujeron a la caída de la medicina medioeval. Porque con este conocimiento llegó la posibilidad de una medicina que restaurase la armonía no sólo en el mundo de los órganos sino en el mundo de las células y aún de las moléculas. Tal tratamiento, aplicado directamente a los cosmos inferiores, *y que utiliza los tiempos de esos cosmos,* naturalmente podría rendir resultados mucho más rápidos que los del tratamiento antiguo de los órganos. Y, literalmente, su velocidad y exactitud parecen milagros en comparación, del modo en que la intervención de las leyes de otro cosmos

debe parecer siempre milagrosa desde el punto de vista del nuestro.
El estudio de la vida de las células puso a luz el papel de la bacteria, agente de corrupción o enfermedad en el nivel celular. Y mucho del enorme progreso de la medicina bajo Pasteur y Lister en la segunda mitad del siglo XIX se basaba en la *asepsia y* la *antisepsia,* esto es, la eliminación o destrucción de estos agentes de enfermedad en el mundo *celular.*
Posteriormente, con el trabajo de Ehrlich, quien combinó los germicidas con los tintes que se sabía que teñían sólo tejidos específicos, los químicos empezaron a trabajar en un mundo todavía más pequeñoy más rápido. Ehrlich, creó casi un millar de diferentes combinaciones moleculares en el intento de producir mensajeros químicos que, introducidos al cuerpo, realizaran una tarea específica, en el *mundo molecular.*
Esta técnica llevó al descubrimiento de las varias drogas ‗sulfa', de sorprendente poder de penetración y velocidad de acción. Actuando de este modo en forma directa para restablecer el equilibrio en el mundo de las moléculas, los doctores modernos pueden, en algunos casos, efectuar curas en el transcurso de horas, que la antigua medicina que actuaba en el mundo de los órganos, podría tomar semanas y aún meses para realizarlas. Desde el punto de vista de la velocidad y la precisión es éste un adelanto inmenso.
Lo que, empero, todavía no se ha tomado en cuenta es el hecho de que al trabajar directamente en el mundo de las moléculas, la medicina moderna pasa por alto y socava la *inteligencia de los órganos.* Fundamentalmente, la antigua medicina reconocía que cada órgano tiene su propia inteligencia, capaz –con ayuda– de diagnósticar su propio mal y de producir su propio antídoto. Estas inteligencias de los diferentes órganos están realmente enlazadas en un todo, en la inteligencia general para la totalidad de la función instintiva la que, si se confía en ella y no es desbaratada, puede salvar al organismo humano de casi todas las enfermedades que hacen presa en él.
La medicina moderna, que trabaja en un nivel molecular, en su mayor parte ignora del todo esta inteligencia instintiva y al avanzar por debajo, por así decirlo, socava a menudo su autoridad y poder. Esto es como si un paciente, en vez de confiarse a la responsabilidad de un gran hospital, con su sagaz director y sus muchos especialistas y departamentos subordinados, acudiera directamente al laboratorio de investígación y persuadiera al ayudante para que le prescriba la droga novísima. Aunque un caso ocasional pudiera ser alarmante, una práctica de esta clase pronto haría la labor curativa del hospital en conjunto, por completo imposible. En la misma forma, el exceso de confianza en las drogas moleculares, que actúan con velocidad y poder sorprendentes, pueden minar el poder de autocuración y recuperación del organismo en el futuro.
Al mismo tiempo, es bastante claro que la medicina no puede abandonar sus propios descubrimientos, no puede retirarse del mundo de las moléculas al que ha penetrado ahora su curación. En realidad, sólo hay una salida. Para que la curación sea completa, esto es, para que logreel beneficio real de todo el hombre en vez de la muerte de un germen particular o el estímulo de una hormona particular, el paciente mismo debe trabar conocimiento con la inteligencia de su propia función instintiva. Debe, primero, escuchar dentro de sí su voz y cuando reconozca y distinga esta voz, debe confiar en sus deseos y obedecer sus ór denes. Y si así lo hace, el proceso de curación comenzará en él en una escala que a su tiempo, hará del todo innecesaria la intervención de la medicina externa.
Es esta inteligencia instintiva, en verdad, la que ofrece el enlace entre la curación fisiológica y la invención intelectual – aspectos principales estos dos, del proceso que estamos estudiando. Tan pronto como nos elevamos por encima del nivel de las células y los órganos, resulta crecientemente difícil separar estos dos aspectos; y lo que inventa la mente del hombre y lo que inventan sus otras funciones trabajando mediante la inteligencia instintiva, están cada vez más confundidos entre sí. Podemos tratar de suponer que todas las invenciones de la mente humana son el resultado de alguna sutil

realización de principios naturales, leyes o artificios que están operando todo el tiempo en la mecánica de sus movimientos esqueléticos, la química de su digestión, los fenómenos eléctricos de su sistema nervioso, etc.

Supóngase, por ejemplo, que una mujer tiene que hacer una intrincada labor de punto. Si es hábil, algo en su centro motriz descubre muy rápidamente un modo de manipular y combinar las múltiples palancas de las manos con ingenio y sutileza extraordinarios para producir el resultado deseado. Después, un observador avisado podrá inventar una máquina que imite los movimientos que ya ha inventado su centro motriz. Mediante la multiplicación de esta máquina o mediante su manejo a gran velocidad, puede llegar a producir mucho más por hora de lo que podría hacer un par de manos femeninas. Pero, en esencia, el invento sólo ha *redescubierto* un procedimiento que ya existe en la Naturaleza. En este sentido, la grúa es un redescubrimiento del principio del brazo; la cámara un redescubrimiento del principio del ojo; y una central telefónica, un redescubrimiento del principio de la corteza cerebral. Con el fin de alcanzar un propósito señalado, la materia está dispuesta en una *forma* especial, en la que puede operar la ley natural apropiada *(vida).*

Sin embargo, no debemos permitir que las aberraciones del ingenio humano nos impidan ver el hecho de que el verdadero producto final de este proceso es precisamente *vida* – vitalidad aumentada, poder, oportunidad, etc. Esto es todavía más claro en la curación fisiológica y hasta en la psicológica, donde este proceso realmente significa la corrección de una anormalidad, esto es, que se opone a una tendencia o secreción que ha excedido su función o estimula una que es deficiente. Por tanto, la meta del proceso de curación es la producción de un organismo *normal* o armonioso, porque sólo es en ese organismo donde la vida fluye con mayor abundancia.

Exactamente el mismo proceso y los mismos agentes en el cuerpo, reorganizan a la materia en una forma con objeto de preservar la vida en circunstancias modificadas. Por esto el organismo humano se adapta milagrosamente al calor y el frío extremos, al ayuno prolongado o a la falta de sueño. Por esto el ciego empieza a ‗ver' con la piel de su rostro y el sordo a ‗oír' con los huesos de su craneo.

Este es el proceso por el que pueden repararse los errores y desastres, volver a la salud un órgano dañado y acercarse un hombre a la normalidad mediante la correcta comprensión de la ley natural.

III REGENERACIÓN

Nos queda un proceso que todavía no hemos considerado. Este se refiere al orden: *forma, materia, vida.* El cual, en el nivel cósmico, caracterizamos como la forma que organiza a la materia en imitación del principio de vida: la criatura emulando al creador.

Entre los organismos simples podemos ver ejemplos frecuentes de este proceso en acción. Un gusano que ha sido cortado por la mitad, no sana tan sencillamente como puede sanar un hombre al que le ha sido amputada una pierna, si tiene suerte. El gusano se *regenera* a sí mismo; es decir, desarrolla completamente una nueva mitad con todos los órganos y funciones que contenía la mitad perdida. Aún la más pequeña porción de ciertos gusanos de mar contiene este poder de regenerar al organismo por completo. La misma forma, en algún modo misterioso, se rehace a sí misma.

De la misma manera la lagartija puede regenerar su cola, la langosta sus garras y el organismo humano su piel y, hasta cierto límite, su hígado. Empero, para los órganos humanos superiores, no obra el proceso así. Ningún hombre puede desarrollar una nueva cabeza si le es cortada, ni siquiera una mano. Si desearnos encontrar la significación para el hombre (le este proceso de regeneración, debemos considerarlo de modo diferente – desde el punto de vista de la regeneración interna o psicológica. El hombre tiene la

posibilidad de re-crearse a sí mismo o, más correctamente, el ser humano tiene la posibilidad de hacerse a sí mismo un hombre. Como vimos antes, lo que distingue a un hombre de los animales es su posibilidad (le llegar a ser consciente (le su propia existencia y de su lugar en el universo. Sólo quien es así consciente puede ser verdaderamente llamado un hombre. Por tanto, la regeneración para un ser humano es la re-creación de sí mismo como hombre consciente.
¿Cómo puede desarrollarse tal proceso? El orden del proceso de regeneración es que la *forma* organiza a la *materia* en imitación de la *vida. El* hombre mismo es esta *forma:* en este proceso todo depende de su iniciativa, su voluntad, su perseverancia. Por esta razón, este proceso no sucede por sí mismo. Es como si fuera un capricho del ser, del que sólo muy pocos hombres son capaces y, entonces, sólo en relación con un fin determinado y esfuerzos concretos muy definidos.
¿Cuál es la *materia* con la que el hombre labora para re-crearse a sí mismo? Con objeto de comprender esto más claramente estudiaremos sólo una función por vez. Cuando tratamos de la actividad mental del hombre, por ejemplo, encontramos dificultad en definir a sus productos de desecho. Pero pudimos distinguir hasta cierto límite la función propia de la mente es decir, el registro de percepciones de todas clases y su almacenamiento de un modo ordenado a fin de poder compararlas y relacionarlas–, de las funciones desechables, como el giro ocioso de pensamientos y las imaginaciones obtusas. La mente de cada hombre elimina una a corriente interminable de tal desecho mental que de modo ordinario pasa completamente desapercibida. Pero mediante el proceso de regeneración, la *forma* o función trabaja sobre su propio material de desecho. Esto significa que la porción ‗fresca' de la mente, el poder de registro, observa su propio producto final, esto es, la errante corriente de pensamiento asociativo que es su excreción. La mente está como dividida en dos, una parte vigilando a la otra.
Cualquiera que haya intentado con perseverancia este experimiento será testigo de su dificultad extrema y el gran esfuerzo de atención continua que es necesario para sostenerla por sólo un minuto. También encontrará que esto es completamente imposible si la excreción de la mente, es decir, la corriente ordinaria de asociación, ha sido intoxicada por el proceso patológico y ha tomado un matiz mórbido, amargo, violento o resentido. En esta etapa, la materia de la mente Ta más allá temporalmente de toda posibilidad de regeneración. Sin embargo, si el esfuerzo puede ser sostenido con éxito, aún durante cortos períodos, se genera una energía muy sorprendente y el hombre ha dado el primer paso hacia el conocimiento de sí mismo.
Una aplicación ulterior de este proceso a la función mental se encuentra en la imaginación intencional. Esta es muy diferente de la imaginación *mecánica* la que, como vimos, podemos considerar que es una excreción natural del cerebro. En este caso la parte registradora de la mente organiza la corriente de imágenes en un canal determinado y controla su naturaleza con un fin particular en mira. Por ejemplo, un hombre imagina deliberadamente cómo sería si su cuerpo fuese tan grande como una casa. Evoca las imágenes de su memoria de escenas y gentes vistas desde arriba, de fuerzas superhumanas que trabajan en arrancar árboles de raíz y nivelando montes, de gigantes por un lado y enanos por la otra; todas éstas combinadas con sensaciones actuales de su propio cuerpo y de sus poderes, pueden con atención, producir una sensación extraordinariamente vívida de cómo sería si fuese tan grande como una casa.
Cuando imágenes y recuerdos de varias funciones, reunidas en un todo por tal ‗imaginación' intencional, encuentran expresión a través de alguna aptitud manual o mental, nace el *arte.* Tal arte en el mejor de los casos es una recreación planeada o una reconstrucción de la experiencia del mundo por el artista. Implica ésta la regeneración de la experiencia pasada. Y participa de la naturaleza de este proceso general.
Pasando a las funciones de movimiento y sensación, nuevamente se expresa la misma

posibilidad con una división. La parte superior de la función sensitiva registra a sabiendas el ‗clima‘ psico-emocional del organismo. Se tiene la sensación de los movimientos de uno mismo, la sensación de lo que uno siente, percepción física del cuerpo y más o menos de los procesos que en él ocurren. Este es el sentimiento de uno mismo, de la propia existencia física en ciertos medios y en determinado tiempo, que si se la cultiva seriamente, produce de un modo notable una emoción muy intensa y valiosa.
Pero, nuevamente, con excepción de momentos accidentales y raros, mantener la ‗separación‘ entre la sensación que registra y los múltiples sentimientos e impulsos registrados, requiere la mayor atención posible, ya que siempre tienden a confundirse en una sensación vaga y desapercibida del ‗yo‘.
Con estos dos ejemplos podemos llegar a comprender la idea de atención en relación con la posibilidad de diferentes procesos *dentro de cada función.* Cuando se sostiene deliberadamente la atención en su mayor intensidad –como cuando son enfocados deliberadamente el poder de registro mental o el de la sensación física– podemos confiar en que el proceso de regeneración está en desarrollo. Cuando la atención es atraída, es decir, cuando los productos de desecho del pensamiento o de la sensación se están ‗vertiendo‘ en el hablar incontrolado, en la acción o en otras formas automáticas de expresión, podemos decir que está desenvolviéndose el proceso de eliminación. Y, finalmente, cuando no hay atención o hay atención distraída, es decir, cuando estas materias de desecho no son vertidas, sino que degeneran en el interior del organismo en forma de irritaciones, imaginaciones mórbidas y odios o temores apasionados, es cuando podemos suponer que está activo el proceso de corrupción. Así, la atención sostenida, atraída y distraída son, en cierto aspecto, las llaves biológicas para el proceso de regeneración, eliminación y corrupción, respectivamente.
Y, ahora, llegamos a la última y más difícil etapa de este proceso: la que se refiere a la función sexual–emotiva. De la analogía de los dos ejemplos anteriores vemos que ésta debe implicar una emoción superior o ‗pura‘, observando o actuando sobre el desecho emocional inferior. Esto último sería la corriente normal de deseos emocionales, anhelos, atracciones y repulsiones del caracter más ferviente. ¿Cuál es la emoción ‗pura‘ que pueda hacer frente o luchar con este torrente, a pesar de su velocidad y fuerza? Parecería que sólo lo lograría alguna finalidad emocional sobre–potente, alguna aspiración constante e intensa hacia Dios o hacia la conciencia o, por otra parte, alguna revulsión permanente del nivel ordinario del hombre y un intenso temor a sus consecuencias. Es necesario hacer hincapié sobre la necesidad de la permanencia de tal finalidad para que el proceso de regeneración se desenvuelva, porque debido a la gran velocidad de las reacciones emotivas ordinarias, cualquier cosa que no esté presente permanentemente, carecerá de tiempo para aprehenderlas y luchar con ellas. Siempre se retrasará o, como aquéllas, será demasiado transitoria para producir una impresión bastante profunda y duradera.
Sin embargo, de llegar a crearse una meta emocional permanente, se hace posible ahí una lucha intensa entre lo superior y lo inferior en el hombre. Esta división interna – que puede experimentarse como juicio interno, produce *fricción.* Por una fricción interna es precisamente que puede generarse la conciencia, del modo como por la fricción física pueden generarse el calor y la luz.
Mientras un hombre separe más su meta de los hábitos y fallas de su cuerpo y personalidad y mientras más fuerce esta última, aún de mala gana, para servir a tal finalidad, resultará más intensamente consciente de sí mismo. Gradualmente sus debilidades, liberalidades, excusas más recónditas y, por otro lado, sus anhelos, capacidades y aspiraciones, serán llevadas a la luz de la conciencia; así como en la regeneración de los cuerpos celestes, cada vez más de su interior duro y oculto debe convertirse en una envoltura gaseosa capaz de ser irradiada y vitalizada por el Sol.
En realidad, el proceso de regeneración implica exactamente la transmutación de materia

de la opacidad a la radiantez. Esta transformación involucra dos etapas. Físicamente, un cuerpo opaco primeramente debe volverse translúcido, es decir, debe adquirir la capacidad de ser penetrado por la luz de otro cuerpo. Sólo después de un largo período en este estado, puede surgir la posibilidad de radiación o de brillo con luz propia. En la misma forma, un hombre que desea desarrollarse debe primero hacerse translúcido, es decir, debe exponer todos los aspectos de sí mismo, sin reserva, a la penetración de la conciencia de otro hombre, la de su maestro. Esta sola exposición y penetración puede convertirse en el medio que le capacite para conocerse a sí mismo y, al final, adquirir una conciencia permanente de lo propio.

Estas tres etapas –opacidad, translucidez, radiación– corresponden a los tres estados de la materia, mineral o celular, molecular y electrónico, de los que hemos hablado antes. En el mundo planetario la segunda etapa está relacionada con el desarrollo de la atmósfera y la tercera con la generación de luz. En el hombre, la segunda etapa está conectada con el desarrollo de un nuevo cuerpo *molecular,* capaz de asimilar la conciencia de otro y, la tercera, con la creación de un cuerpo *electrónico* ulterior, capaz de generar su propia conciencia y comprender a otros dentro de ella. En alguna otra parte llamaremos a estos nuevos cuerpos potenciales el *alma y* el *espíritu.*

Mucho puede entenderse acerca de nuestro estado actual de conciencia y los otros estados potenciales que le siguen, si se considera lacuestión de la invisibilidad. Pues el desarrollo de estos nuevos cuerpos envuelve la creación de vehículos con los cuales penetrar en los mundos invisibles.

Para nosotros hay muchas clases diferentes de invisibilidad. Las cosas pueden ser invisibles porque están demasiado lejos, como alguna estrella lejana, o porque están demasiado cerca, como las glándulas dentro de nuestro cerebro. Pueden ser invisibles porque son demasiado grandes, como la Tierra; o demasiado pequeñas, como una célula. Pueden ser invisibles porque están demasiado rarificadas, como el aire o el pensamiento; o demasiado densas, como el interior de una montaña. Pueden ser invisibles porque son demasiado rápidas, como el vuelo de una bala; o demasiado lentas, como la forma de una civilización.

Todas estas diferentes clases de invisibilidad se originan porque en su estado ordinario nuestra conciencia sólo funciona libremente en relación a los mundos mineral y celular. Confinada a un cuerpo celular, se da cuenta solamente de los *objetos* minerales o celulares.

Si esta conciencia pudiera elevarse a un grado de penetración donde pudiera funcionar con igual libertad en relación al mundo molecular, muchas de estas especies de invisibilidad dejarían de existir para ella. Una conciencia que tuviese los mismos poderes en relación al mundo molecular, como la nuestra los tiene en relación al celular, podría percibir efectivamente la materia molecular como el aire o la emoción; penetraría efectivamente al interior de los objetos densos, como las montañas; y gozaría de tal velocidad de movimiento que toda la escala de ‗lejos‘ y ‗cerca‘ se transformaría por completo.

Sobre todo, una conciencia en libertad en el mundo molecular, esto es, en el estado siguiente al nuestro, no solamente reconocería los *obje*tos sino también, las *relaciones entre los objetos.* Puesto que en la gran mayoría de los casos el campo de fuerza que representa la relación entre los objetos se compone de materia en estado molecular. Reconocería, entonces, la relación entre un gato y una silla, un hombre y una mujer, la persona y su ambiente. En comparación con este reconocimiento de relaciones vívidas y siempre cambiantes, la percepción de objetos separados parecería referirse a un mundo muerto e increíblemente laxo.

Ahora bien, para todo propósito práctico, el primer paso hacia esta penetración de la conciencia en el mundo molecular o mundo de relaciones yace en la práctica de la

atención dividida. El hombre que comienza a aprender cómo dividir su atención deliberadamente entre su propio cuerpo y el objeto o persona con la que está tratando, esto es, *quien simultáneamente se reconoce y reconoce lo que le rodea,* en realidad empieza a vivir en un mundo de relaciones, en el mundo molecular. Ha empezado a ser auto–consciente. *Ha comenzado a crearse un alma.*

Ciertamente, sus primeros esfuerzos para lograr esto le demostrarán muy claramente la dificultad extrema de sostener este estado y le probarán sin lugar a dudas que el dominio sobre aquél no es natural en el hombre sino que debe adquirirlo laboriosamente. Al mismo tiempo, estos mismos esfuerzos abrirán ante él un mundo enteramente nuevo, el mundo de las relaciones, y le demostrarán que este mundo se puede alcanzar efectivamente por su propia conciencia, *a través de la atención dividida.* Aún más, con este progreso de su conciencia hacia el estado siguiente, *disminuirá para él la esfera de lo invisible.*

Acerca de la creación de todavía otro cuerpo más allá del alma, esto es, el espíritu, no podemos ocuparnos aquí. Esto está demasiado lejos de nosotros. Mas ahora empezamos a comprender el significado literal de la palabra ‗regeneración'. Mediante este proceso las criaturas de cuerpo mineral o celular literalmente renacen, primero con cuerpos moleculares y, después, con cuerpos electrónicos. Cada renacimiento significa la entrada en un mundo nuevo, la entrada a nuevas percepciones, a una relación completamente nueva con el universo. De hecho, todas las nuevas posibilidades consideradas hasta ahora el juicio interno, la conciencia, la fusión de los sistemas nerviosos, la penetración dentro de otros tiempos, la percepción de otros mundos, la inmortalidad – todos se refieren nada más que a diferentes aspectos o diferentes etapas de esta *regeneración.*

CAPÍTULO 14. PSICOLOGIA HUMANA

I ESENCIA, PERSONALIDAD Y ALMA

Todo el esquema rítmico y el diseño temporal discutidos en los capítulos anteriores sobre el hombre, se refieren por supuesto, al hombre normal o, mejor dicho, al arquetipo del hombre. Presume que todos los órganos están dispuestos para una sensibilidad igual, de modo que las varias influencias planetarias serán recibidas y tendrán efecto en su justa armonía y proporción. De hecho, no hay hombre individual que refleje perfectamente semejante armonía, puesto que en el hombre ordinario algunas glándulas son de una sensibilidad supranormal y otras de sensibilidad subnormal. Las descripciones que se dieron de tipos endocrinos o tipos planetarios fueron un intento por describir el efecto de la sensibilidad supranormal de una glándula o del aparato receptor. Un hombre perfectamente armónico, en el que todas las influencias planetarias estuvieran equilibradas y ninguna ausente o exagerada, difícilmente puede concebirse, excepto como resultado de un inmenso trabajo de autoperfeccionamiento.

Admitiendo el principio de sensibilidad variante en las diferentes glándulas o aparatos receptores, vemos cómo pueden originarse todas las complejidades y anormalidades de la forma humana y de la edad. Si suponemos que Marte emana ciertas influencias que estimulen las funciones adrenal y sexual, en tanto que Venus, influyendo en las paratiroides y el timo, tienda a promover el desarrollo físico y detener la diferenciación sexual; si los dos órganos receptores son igualmente sensibles, los mismos movimientos planetarios aseguran que la influencia marcial eclipsará a la otra a la edad de quince años, produciendo la pubertad. Pero supongamos que el órgano receptor para la influencia marcial sea excepcionalmente sensible y que el sincronizado con la radiación venusina sea insensible; entonces, el primero eclipsará naturalmente al segundo con mucha anticipación, ocurriendo la pubertad no a los quince, sino a los trece y aún a los doce años.

Ciertamente que razas enteras están estructuralmente más sincronizadas con uno que con otros planetas y, por tanto, disponen de su propia ‗normalidad' de tiempo, desviándose más o menos de la ‗normalidad' prescrita para la humanidad. Además, esas gentes o razas se percatarán más agudamente del ritmo de ‗su' planeta y les será difícil comprender las manifestaciones derivadas de la percepción con ritmo completamente diferente de otras gentes.

Ciertos casos patológicos arrojan luz sobre el problema, como por ejemplo aquéllos en que un tumor de la glándula pineal produce senilidad prematura, adquiriendo un niño de ocho años la apariencia marchita de un anciano de ochenta.

En los casos antes mencionados consideramos el efecto de las varias glándulas ‗colocadas' a grados diferentes de sensibilidad. Por otra parte, aquí nos parece ver que la glándula misma, debido a estímulo patológico, aumenta fantásticamente su receptividad. Imaginamos una antena de radio de sensibilidad fija, sincronizada con una sola longitud de onda: su volumen variará con la producción y la distancia de la estación transmisora. Este es el caso normal. Pero supongamos que la antena aumenta súbitamente su sensibilidad; empezará a hacer ruido, ahogando a las antenas vecinas, aunque el poder de la estación transmisora permanezca constante y aún disminuya. Si la glándula pineal es sensible a la influencia de cierto planeta, que al actuar en su ciclo prolongado y lento controla el envejecimiento gradual del organismo humano, un estímulo anormal inesperado para esia glándula puede hacerla responder desnaturalizadamente a esta influencia envejecedora, hasta que por disten dimiento de volumen, apaga todas las influencias moderadas que provienen de cualquier otra parle.

En sus formas extremas, estas dos clases de aberración –una sensibilidad o deficiencia

patológica de alguna glándula y una variación patológica en su función– responden de todas las anormalidades congénitas y orgánicas que se pueden encontrar. En estos casos se daña gravemente el mismo mecanismo del hombre, quizás sin posibilidad de reparación. Y no puede evitarse que toda la vida psíquica derivada de tal mecanismo resulte, también, desviada y desequilibrada.
Sin embargo, existe una clase diferente de anormalidad, mucho más común, encontrada en organismos más o menos saludables. Esta anomalidad, que da lugar a toda la gama de la psiquiatría humana y, en una gran proporción a los pensamientos y sentimientos de la gente ordinaria, es la que debe tratarse ahora.
Con anterioridad llegamos a la conclusión de que la proporción en determinado momento, de las diferentes hormonas endocrinas llevadas en la sangre, hacen de un hombre lo que entonces es. Su estado es el resultado de todos los impulsos que estas energías dictan por separado. Impulsos para estudiar, para buscar compañía, hacia el movimiento inquieto; para hacer el amor, mezclándose en diferentes intensidades, producen el sabor y humor del presente. Esto es lo que se conoce por su psicología.
Pero vayamos más adelante y tratemos de imaginar a la corriente sanguínea del hombre como una sola entidad a lo largo de toda su vida, a toda la sangre que ha pasado por él desde la concepción hasta la muerte. La sangre empieza a fluir en el preciso momento en que el huevo impregnado se adhiere al útero materno; y no cesa de hacerlo hasta que su corazón cesa de latir. Esta ‗larga' corriente sanguínea es una tela de araña que une cada parte del círculo de su vida, que bosquejamos en el capítulo 11. En cada momento, la composición de su corriente sanguínea dicta su humor; la totalidad de su sangre viva, lle. vando la suma final de influencias que han contribuido a su ser, es el hombre. Representa su verdadera naturaleza, lo que objetivamente es, su esencia.
Lo malo es que nadie conoce lo que es esta suma. Nadie se conoce objetivamente a sí mismo. Nadie puede analizar la elevada química de su sangre y honestamente avaluarse a sí mismo de acuerdo con ella. Este sería un tremendo logro y el hombre que conociera su esencia tendría en el mundo una enorme ventaja.
En realidad, lo que un hombre piensa de sí mismo y de sus posibilidades tiene muy poco que ver con su química-física reales. El hombre que por su estructura natural y por sus capacidades puede ser un labriego competente y próspero, estima que es un poeta ignorado, aún cuando nunca haya escrito un renglón de poesía. Por otra parte, el poeta innato siente que sería verdaderamente feliz en una granja, aunque no haya pasado más que fines de semana fuera de la ciudad. La estudiosa rata de biblioteca se considera un tenorio en potencia, etc. Estos son sus sueños y ellos ven cuanto les ocurre y a cuantos conocen, en parte a la luz de su propia naturaleza esencial y, en parte a través de esos sueños.
Con el objeto de dar apoyo a estos suefios tienen que adaptar a todo una determinada actitud inventada, diferente a aquélla que le dicta su sangre, su esencia, lo que realmente son. Esta actitud inventada la toman las demás gentes como su personalidad y hasta puede ser muy solicitada y admirada.
Sin embargo, esto nos trae una idea de la personalidad con un sentido acertado y útil; como aquélla situada entre la esencia del hombre y el mundo exterior. La personalidad legítima es la ‗piel' psicológica del hombre, su protección contra la vida y su recurso para adaptarse a ella. Incluye todo lo que ha aprendido sobre cómo orientar a su organismo en su ambiente, el modo que ha aprendido para hablar, pensar, caminar, actuar, etc., todos sus hábitos adquiridos y su idiosincracia. Sólo en el hombre ordinario esta adaptación a la vida, este *savoir faire* que le capacita para proteger su vida interna de las distracciones y de los choques innecesarios, está tan entrañablemente mezclada con las actitudes pretendidas e inventadas, que las dos son completamente inseparables. Tenemos que tomarlas como un fenómeno, como personalidad

que, aún a su óptimo, es algo irreal, sin sustancia material.
Si pensamos que el círculo de la vida del hombre es algo como una esfera, su esencia vendría a ser la naturaleza física del interior de la esfera, su consistencia, densidad, composición química, eta Luego, su personalidad es algo imaginario, que no existe para nada *en* la esfera. No tiene grosor ni dimensión. Proviene únicamente del exterior. Es como la luz del mundo que le envuelve, reflejada en la superficie de la esfera. Podemos aún decir que sólo se refleja desde una mitad de su vi. da, desde un hemisferio, puesto que antes de la edad de dos o tres años un hombre carece de imaginación sobre sí mismo, no pretende y, de hecho, no es sino esencia.
Podemos lograr una mayor comprensión de la naturaleza de la personalidad cuando nos damos cuenta que esta luz que refleja es exactamente la *que no absorbe.* Se la reconoce por lo que no recibe, por lo que no comprende. Esta es su personalidad. Cuando realmente comprende y absorbe algo, penetra dentro de él y se convierte en parte de su esencia. Entonces, ya no es visible para los demás como su personalidad, ya *es él.*
Ahora bien, la anormalidad o locura fundamental del hombre reside en la divergencia entre la esencia y la personalidad. Mientras más de cerca se conozca un hombre en cuanto a lo que es, más próximo seencuentra de la sabiduría. Mientras más diverja su imaginación acerca de sí mismo en relación con lo que es en realidad, estará más perturbado. En la primera parte de este capítulo estudiamos anormalidades orgánicas. Entonces hablábamos como si se tratara de asnos o caballos enfermos. Ahora estamos considerando el problema de asnos perfectamente sanos que se consideran caballos y de caballos perfectamente sanos que se consideran asnos. Este es el contenido de la psicología ordinaria.
Sin embargo, existe una posibilidad de curar esta ilusión psicológica. Esta es la potencialidad que existe en el hombre de llegar a ser cons. ciente de su propia existencia y de su relación con el universo que le rodea. Porque en el momento que es consciente de su existencia, *conoce lo que es y lo que no es él;* es decir, conoce la diferencia que hay entre su esencia y su personalidad. También en el mismo momento conoce *qué es lo que está en él y qué lo que está fuera de él* – esto es, se conoce a sí mismo y su relación con el mundo.
Recordarse a sí mismo y sólo recordarse a sí mismo capacita al hombre de este modo para mudar la piel exterior de la personalidad y para sentir y actuar libremente con su esencia, esto es, le permite ser *él mismo*. En esta forma puede separarse por sí mismo de las pretensiones e imitaciones que lo han esclavizado desde su infancia y retornar a lo que realmente es, retornar a su esencial naturaleza propia. Este retorno a la esencia está ligado con un sentido de libertad y de liberación, distinto de otro cualquiera, y que puede suministrar exactamente la fuerza de motivación requerida para intentar las tareas enteramente nuevas que el hombre libertado ve ahora que son necesarias.
Este famoso tema del ‗Peer Gynt' de Ibsen –Hombre, a tí mismo sé fiel'– es ciertamente el primer y obligatorio mandamiento en el camino de la conciencia y del autodesarrollo. Porque a menos que el hombre se halle a sí *mismo,* encuentre su propia naturaleza y destino esenciales y desde aquéllos parte, todos sus esfuerzos y logros se construirán sobre la arena deleznable de la personalidad y en los primeros choques graves se hundirá toda la estructura, destruyéndolo quizás en la caída.
En un hombre que todavía está desarrollándose, la personalidad es el servidor de la esencia. Tan pronto como la esencia se convierte en sirviente de la personalidad, esto es, tan pronto como la fuerza natural y capacidad de un hombre se hace que sirvan al falso *retrato de sí mismo,* cesa el crecimiento interior y en el curso debido declina la esencia, haciéndose incapaz de nuevo crecimiento. El camino único en el cual estadeclinación puede ser contrarrestada y restaurarse la vida a la esencia es por el recordarse a sí mismo; es decir, por el cultivo deliberado del auto-conocimiento y de la auto–conciencia.
¿Qué es lo que implica esto?
En el capítulo de las funciones de las distintas glándulas, vimos que no sólo estaban conectadas

y unificadas por la corriente sanguínea, sino potencialmente, también, de un modo diferente. Estaban conectadas en un orden diferente por un sistema nervioso sin uso. El funcionamiento de este sistema se relaciona con la posibilidad de que un hombre estuviera enterado de sí mismo. Del modo como su sensación subjetiva de la corriente sanguínea es una sensación de tibieza corpórea, así la sensación subjetiva de este sistema, de trabajar completamente, debe ser la *conciencia de sí mismo.* Esta es la nueva función que, aventuramos, deberá entrar en actividad en la plenitud de la vida.

Dijimos que la esencia del hombre es la totalidad de su corriente sanguínea, toda la sangre que fluye a través de él desde la concepción a la muerte. Ahora podemos decir que el *alma* del hombre es la totalidad de los momentos de *auto–conciencia* en el transcurso de su vida, o toda la energía superfina que fluye por su no-utilizado sistema nervioso.

Pero aquí tropezamos con un problema, porque ya hemos admitido que esos momentos son excesivamente raros, unos cuantos por año o, quizás, por vida. En la forma ordinaria un hombre no es consciente de su existencia. La energía para nada fluye a través de este sistema. Es más, los momentos de auto-conciencia que un hombre puede experimentar en circunstancias de gran tensión, gran alegría, dolor, resistencia, sufrimiento y penalidad, de hecho son nada más que momentos y se van tan pronto como vienen. De modo que aún sumados, resultan casi nada, como una serie de puntos no llega a tener dimensión mensurable.

¿Qué es lo que ha ocurrido, pues, con el alma del hombre? No tenemos más que admitir que *el hombre ordinario no tiene alma. Tiene que ser creada.*

Por derivación, la psicología es la ciencia o la sabiduría del alma. Pero si el hombre no tiene alma, nada de lo que ahora se considera psicología es tal. Todo lo que lleva ese nombre es, en realidad, psiquiatría,; esto es estudio de la enfermedad del alma o las condiciones de la ausencia del alma. Por tanto, la verdadera psicología es el estudio de lo que todavía no existe; el estudio del arte de crear un alma.

Hemos hablado de esencia, personalidad y alma. Ahora es posiblepensar en la relación de estas diferentes partes del hombre. El ‗mundo' de un hombre individual se encuentra rodeado de otros mundos de es. cala similar, calado por los mundos más pequeños de células y moléculas e incluídos dentro de los grandes mundos de la Naturaleza, la Tierra, el Sistema Solar, etc. De estos otros mundos se nutre bajo la forma de alimentos, aire y percepciones de todas clases. Ya hemos visto cómo los diferentes períodos de vida con su diferente medio y sus diferentes] funciones dominantes, utilizan alimentos que proveen especialmente a uno u otro aspecto del hombre. Esto con referencia especial a los diferentes aspectos de su organismo físico. Ahora se trata del desarrollo de otras partes del hombre que no sean su cuerpo, es decir, de su esencia y de su alma.

Acabamos de decir que cuando un hombre absorbe realmente algo y lo comprende, ese algo penetra en él y se vuelve parte de él. Así que, de un modo más general, podemos decir que ciertas percepciones del mundo exterior llevan la posibilidad de penetrar en la esencia, que pue-de ser modificada por aquéllas en su debido curso. En particular, percepciones de mundos más altos, de fuerzas superiores, ideales elevados, posibilidades superiores o, inversamente, percepciones terribles y dolorosas, *tomadas de cierto modo,* tienen este poder. Si tales percepciones penetran realmente dentro de un hombre y éste las digiere, puede ser nutrida y empezar a desarrollarse la esencia.

Y, a la inversa, es una cierta categoría de percepciones no absorbidas, la que se refleja desde la superficie en forma de personalidad, así como los rayos solares que no son absorbido por la Luna, se nos reflejan de vuelta en su llamada ‗luz'.

Además, así como las percepciones propiamente recibidas a través de sentidos corpóreos pueden alimentar la esencia y alterar su naturaleza; así estas finísimas materias que se acumulan en la esencia pueden alimentar el alma embrionaria. Estas mismas percepciones de mundos y posibilidades superiores, o estas percepciones de dolor, sufrimiento y gran peligro,

profundamente absorbidas dentro de su esencia, pueden despertar en el hombre un deseo de llegar a ser consciente de su existencia y de su relación con el Universo. Si esta clase de nutrición se recibe durante suficiente tiempo y con la debida consistencia, lo pueden conducir a la realización de esfuerzos directos por ser consciente. Y estos, a su vez, con suerte y condiciones apropiadas, pueden lograr con el tiempo una creciente recurrencia de momentos de auto-conciencia y su mayor duración. De este modo nace un alma.

Tal desarrollo en la esencia y el nacimiento del alma implicarán un cambio de todo el ser del hombre, una acumulación interna de fuerza y energía. Y, así como el reflejo de percepciones como una personalidad se halló que es análogo a la luz reflejada por la Luna, así la transformación interna de impresiones para crear un alma se parecerá al proceso por el que el cuerpo resplandece por su propia luz. Lo hará semejante al Sol.

II AUTO-RECUERDO, CONCIENCIA Y MEMORIA

Si recordarse a sí mismo es tan deseable, ¿por qué es tan difícil de alcanzar? Para contestar esta pregunta debemos volver una vez más, con más detenimiento, a la cuestión de la atención. Porque la posibilidad de estados más elevados de conciencia en el hombre depende precisamente de ciertas materias finas que produce el cuerpo siendo sometidas a su *atención.*

El proceso de digestión en el hombre se compone de un enrarecimiento progresivo del alimento, el aire y las percepciones que ingiere; y la materia fina de que hablamos se puede tomar como el producto final de este enrarecimiento en condiciones normales. A desemejanza de la carne o la sangre, que se componen de células, esta materia se puede visualizar como en estado molecular – esto es, como en un estado análogo al de los gases o los perfumes. Es, así, extraordinariamente volátil, inestable y difícil de contener.

En el caso del hombre, sin embargo, está sujeta al control psicológico y este control psicológico es la *atención.* Combinada con la atención, esta materia deviene el vehículo potencial de la *auto-conciencia.*

En el estado ordinario del hombre –esto es, al actuar como máquina cuando su proceso interno opera muy independientemente de su voluntad o de su deseo– esta materia fina sigue las leyes que gobiernan a toda materia libre en estado molecular. Se difunde desde aquél en todas direcciones o en las direcciones que le ‗cogen la atención'. Tan pronto como fabricada, o con muy breve retardo, esta materia fina sale a través de él en una u otra forma. Pues para contenerla o para acumularla requiere *voluntad* que normalmente no posee, y produce unatensión interior que sólo puede mantenerse con auto–conocimiento y autocontrol grandes.

Esta difusión de la energía fina del hombre desde él mismo, toma muchas formas. Puede salir de él normalmente como energía sexual; explotar desde él anormalmente como ansiedad o irritación; filtrarse desde él como envidia o autocompasión. Mas comúnmente que esto, sencillamente se difunde desde él para crear el curioso estado psicológico de ‗fascinación', en el cual un hombre pierde por completo su identidad en una conversación, una tarea, un amigo, un enemigo, un libro, un objeto, un pensamiento o en una sensación. Esta ‗fascinación' es sencillamente, efecto del discurrir hacia fuera de la materia fina desde un hombre, en una dirección determinada por su tipo y personalidad, y que arrastra su atención con ella. En casos extremos esta succión hacia fuera de la atención puede ser tan completa que el cuerpo del hombre queda por entonces como un ser vacío aún de los rudimentos de la individualidad psíquica. Esta fascinación es el más usual de los modos de gastar la materia fina de la energía creadora del hombre. Constituye, en realidad, el estado habitual del hombre y por esta misma razón es irreconocible por completo e invisible de ordinario.

Por las clases más finas y más productivas del trabajo humano, un hombre aprende por el

uso de la atención a conservar su ‗fascinación‘ en una dirección determinada. Por ejemplo, un buen zapatero permanece durante una hora ‗fascinado‘ por la confección de un par de zapatos, un político queda ‗fascinado‘ por el discurso que pronuncia, una mujer queda ‗fascinada‘ por la carta que está escribiendo a un amigo. Sin esta retención más elemental de la atención en una dirección, ningún buen trabajo de ninguna clase, ni aun el más simple, puede producirse.
Así, hay tres categorías en el gasto ordinario o difusión de la materia fina. La corriente al exterior puede vagar simplemente de uno a otro objeto, de la vista al oído y el pensamiento, a medida que uno u otro fenómeno le coja la atención. Nuevamente, la corriente hacia fuera puede ser atraída por algo que ejerce un fuerte asidero a la atención, una persona que lo divierte, una persona que lo irrita, un libro que interesa, un sonido grato y así sucesivamente. 0, por último, por simple esfuerzo de atención, la corriente puede ser retenida durante cierto tiempo en una dirección deseada.
Como hemos dicho, estos diferentes modos en los cuales la materia fina es consumida normalmente, representan diferentes aspectos de lafunción particular en actividad – un aspecto puramente automático, un aspecto emotivo, o un aspecto intelectual. Más aún, son característicos de tres procesos distintos y producen tres grupos de resultados muy diferentes.
Al mismo tiempo, estos son igualmente mecánicos y la característica principal de todos ellos es que la atención sólo es suficiente para hacer posible que la materia fina que trae el estado de alerta, se aplique a una cosa cada vez. Este es el estado ordinario del hombre. Solamente puede darse cuenta de una sola cosa cada vez. Puede darse cuenta ya *sea* de la persona a quien está hablando, o de sus propias palabras; puede darse cuenta del malestar de alguien o de un dolor en su propio cuerpo; puede darse cuenta de una escena o de sus propios pensamientos. Pero, excepto en muy raras ocasiones, no puede darse cuenta simultáneamente de sus propias palabras y de la persona a quien las está dirigiendo; o de su propio dolor y del de alguna otra persona; o de la escena y de sus pensamientos acerca de aquélla. Así, al darse cuenta de *todos los* hombres en este estado ordinario puede clasificarse como ‗fascinación‘. Porque si se da cuenta de algún fenómeno exterior pierde su darse cuenta de él mismo; o al devenir alerta de algo en él mismo, pierde su darse cuenta del mundo exterior – esto es, deviene ‗fascinado‘ por una cosa, interna o externa, con exclusión de todo lo demás.
Ciertamente la experiencia de cada hombre contiene casos de atención dividida y de no ser así, no tendríamos indicio alguno de cómo proceder. Por ejemplo, una de las razones para el extraordinario poder que las sensaciones del amor y del sexo tienen sobre los hombres, es que en determinadas circunstancias provocan *un intenso estado de alerta de uno mismo y de otro, al mismo tiempo.* Esto es un verdadero pregustar del siguiente estado de conciencia. Pero si esta sensación llega a hombres después de todo impreparados, es enteramente accidental y totalmente más allá de su control.
Una de las cosas principalmente enseñadas en las escuelas del cuarto camino es *la división intencionada de la atención entre uno mismo y el mundo exterior.* Mediante larga práctica y el ejercicio constante de la voluntad, la materia fina del estado de alerta no se le permite que fluya ininterrumpidamente en una dirección, sino que es dividida, por decir así. Una de cuyas partes es retenida en uno mismo, mientras que la otra se dirige al exterior, hacia aquello que pueda estar haciendo o estudiando. Mediante la división de la atención, el estudiante aprende a darsecuenta de él mismo cuando habla a otro, de él mismo mientras perinanece en determinado escenario, de él *mismo actuando, sintiendo o pensando en relación con el mundo exterior.*
De este modo aprende a *recordarse a sí mismo,* primero por momentos y luego con frecuencia creciente. Y en proporción a su aprendizaje de recordarse a sí mismo, sus

acciones adquieren consistencia y significación en la misma proporción, las que le habrían sido imposibles mientras su darse cuenta se movía únicamente de una a otra fascinación.
La característica de este segundo estado, recordarse a si mismo, es *la atención dividida.* Hay varias cosas extrañas respecto a este estado. Primero, por ciertas razones cósmicas, nadie puede intentarla o practicarla hasta que se le haya hablado de aquella y se le nava explicado. Segundo, cuando se le ha explicado, toda persona normal tiene, suficiente voluntad y energía para recoger un vistazo momentáneo de lo que ello significa. *Si lo desea, puede en el momento que acaba de enterarse, devenir alerta de él mismo en su medio ambiente* – de él mismo, sentado en una silla, atento a una nueva idea.
Pero este recordarse a sí mismo no puede repetirse o mantenerse excepto por su esfuerzo consciente. No ocurre por sí mismo. Nunca se convierte en un hábito. Y en el momento en que la idea de *recordarse a sí mismo* o de *atención dividida se* olvida, todos los esfuerzos, no importa cuán sinceros sean, degeneran una y otra vez en ‗fascinación', esta es, en el darse cuenta de una cosa a un tiempo.
Es así necesario señalar que la estrecha atención puesta en un trabajo, en el darse cuenta físico del cuerpo de uno. en el ejercicio mental de una u otra clases, en visiones o visualizaciones, aún dentro de emociones profundas, no constituyen por si, *recordarse a sí mismo.* Porque todo esto puede hacerse con la atención indivisa, esto es, uno puede devenir ‗fascinado' por una tarea, por un darse cuenta físico por un ejercicio mental o por una emoción: y lirio tan fascinado en el momento que cesa la atención de estar dividida entre un actor u observador en uno mismo y aquello que él o sobre lo que actúa.
Otra curiosa treta psicológica se debe mencionar en conexión con el momento en que escucha por primera vez un hombre de recordarse a sí mismo. Si él lo relaciona con algo que ha escuchado o leído antes, con algún término filosófico, religioso u orientalista que le es va familiar, inmediatamente la idea se le hace invisible, pierde su poder. Porque ésta sólo puede abrir nuevas posibilidades para él como *idea completamente nueva.* Si se conecta con alguna asociación familiar, significa que ha ingresado a La parte equívoca de su mente, donde podrá quedar alojada como cualquier otro fragmento de conocimiento.
Se ha desarrollado un impacto y sólo con gran dificultad puede volver el hombre a La misma oportunidad. [62]
Cuando por primera vez un hombre escucha algo sobre recordarse a sí mismo, si lo toma en serio, toda clase de nuevas posibilidades parecen abrirse inmediatamente para él. No puede comprender como es que jamás había pensado en ello. Siente que únicamente tiene que hacer esto y todas sus dudas, artificialidades y dificultades desaparecerán y toda clase de cosas podrán convertirse en posibles y fáciles para él, Las mismas que antes consideraba completamente más allá de su alcance. Su vida toda podrá ser transformada.
Y esta sensación está tan en lo cierto como en el error. Está en lo cierto en su creencia que si pudiera recordar todo por sí mismo sería tan diferente como se Lo imagine. Sólo que en un principio no ve la enorme resistencia que hay en él mismo para dominar este nuevo estado. No se da cuenta que conseguir recordarse a sí mismo como estado permanente o aun conseguir frecuentes momentos de recurrencia, requiere el deber de reconstruir completamente su vida, pues esta tarea exigirá ima gran parte de La materia fina que su máquina puede ahorrar o hacer, toda La voluntad y atención que puede desarrollar por el ejercicio más constante. Tendrá que Luchar contra de y eventualmente abandonar todas Las farmas psicopáticas de quemar su materia fina, La cual forma ahora parte tan familiar y aparentemente necesaria de su vida – ansiedad, irritación, indignación, autocompasión y

[62] La extraordinaria elusividad de este nuevo estado psicológico, el siguiente abierto al hombre más allá de su estado habitual, es muy bien descrito en el Cap. de ―Fragmentos de una Enseñanza Desconocida" por P. D. Ouspensky, donde el autor describe con gran exactitud sus propios experimentos y experiencias cuando por primera vez se le habló de la idea de recordarse a sí mismo.

toda clase de temores, toda clase de sueños, todas Las formas en Las cuales se hipnotiza a sí mismo en La satisfacción con Las cosas como son. Sobre todo, debe *necesitar* recordarse él mismo, constante y permanentemente, no importa cuán doloroso e incómodo pueda ser hacer esto, ni cuán desagradables Las cosas que ve así en sí mismo y en otras gentes. Porque en el momento que cese de *necesitar* recordarse a sí mismo, pierde –en todo grado por algún tiempo– la posibilidad de hacerlo.
De este modo *recordarse a sí mismo* o la práctica de la *atención dividida* –aunque a la primera mirada pueda parecer extraordinariamente sencilla, fácil y obvia— requiere en realidad tina reconstrucción completa de toda la vida de uno y de puntos de vista tanto hacia uno mismo tomo hacia otras personas. Mientras uno cree que se puede alterar a uno mismo o alterar a otra gente; mientras uno cree que tiene el poder de *hacer,* esto es, de hacer cosas distintas a como son, sea interna o externamente, el estado de recordarse a sí mismo parece retirarse de uno cuanto más esfuerzos se hacen para alcanzarlo. Lo que en un principio pareciera estar al alcance de la mano comienza a parecer infinitamente lejano, imposible ele lograr.
Y, sin embargo, muchos años de lucha y, de fracasos pueden ser necesarios antes de arribar a un curioso hecho psicológico, que en realidad se conecta con ley en verdad muy importante. Este hecho es que, aunque es extraordinariamente difícil dividir la atención de uno en dos, es mucho más posible dividirla en tres: aunque es extraordinariamente difícil recordarse uno mismo y el medio ambiente de uno simultáneamente, es mucho más posible recordarse uno mismo, el medio ambiente ele uno y *alguna cosa más.*
Como hemos visto, ningún fenómeno es producido por dos fuerzas: cada fenómeno y cada resultado real requiere de tres fuerzas. La práctica de recordarse a sí mismo o La división de la atención se conecta con el intento de producir un determinado fenómeno, el nacimiento de una nueva conciencia en uno mismo. Y para hacer esto con éxito, La atención debe ser dividida no en dos sino en tres – debe dedicársela simultáneamente al propio organismo de uno, al sujeto del experimento, la situación a La cual este organismo está expuesto en el momento y, finalmente, a algo permanente que se mantiene en un nivel más alto que ambos y el cual sólo puede resolver La relación entre Los dos.
¿Qué es este tercer factor que debe ser recordado? Toda persona debe encontrarlo por sí misma y su propia forma de aquel – su escuela, su maestro, los principios que ha aprendido, el sol, algún poder superior en el universo, Dios. Debe recordar que é1 mismo y su situación perma necen ambos en presencia de poderes superiores, ambos están bañados por La influencia celestial. Fascinado, es absorbido totalmente por el árbol de que se da cuenta con la atención dividida, ve tanto al árbol como a sí mismo que lo mira: recordando, se da cuenta del árbol, de él mismo y del Sol que imparcialmente brilla sobre ambos.
Hemos hablado del mundo mineral, del mundo celular, del mundo molecular y del mundo electrónico. La situación del hombre, sus preblemas, su medio ambiente, las dificultades existentes en el mundo material, celular –esta es la fuerza pasiva; la energía fina de la conciencia dirigida por su atención existe en el mundo molecular– esta es la fuerza activa; y aquella que puede resolver la lucha eterna entre estos dos mundos puede derivar solamente ele un modo todavía alto – el mundo del Sol, el mundo electrónico. A semejanza de la luz del *Sol* que une e interpenetra a todo, creando y disolviendo ambas la individualidad, este tercer factor debe ser (le tal manera que en el recuerdo de *él,* el que recuerda está unido a su medio ambiente, él adquiere tanto como pierde la individualidad separada.
Si un hombre puede descubrir tal tercer factor, *recordarse a sí mismo* deviene posible para él y puede llevarlo éste mucho más lejos de lo que prometiera en un principio.
Recordarse a sí mismo debe, así, contener tres principios, tres cosas para ser recordadas. Y si una está sola y ocupada con alguna tarea interior, será entonces necesario recordar

tics *mundos en unzo mismo, tres lugares en uno mismo.*
Por esta división de la atención en tres, la materia fina que es la conductora de la fuerza creadora del hombre derechamente se divide en tres corrientes – una dirigida a la acción directa en el inundo exterior, otra dirigida hacia la creación de una conexión con poderes superiores y otra que se retiene en uno mismo. Aquella que es retenida en uno mismo en el curso del tiempo se cristalizaría en un vehículo permanente de la auto-conciencia, esto es, en un alma.

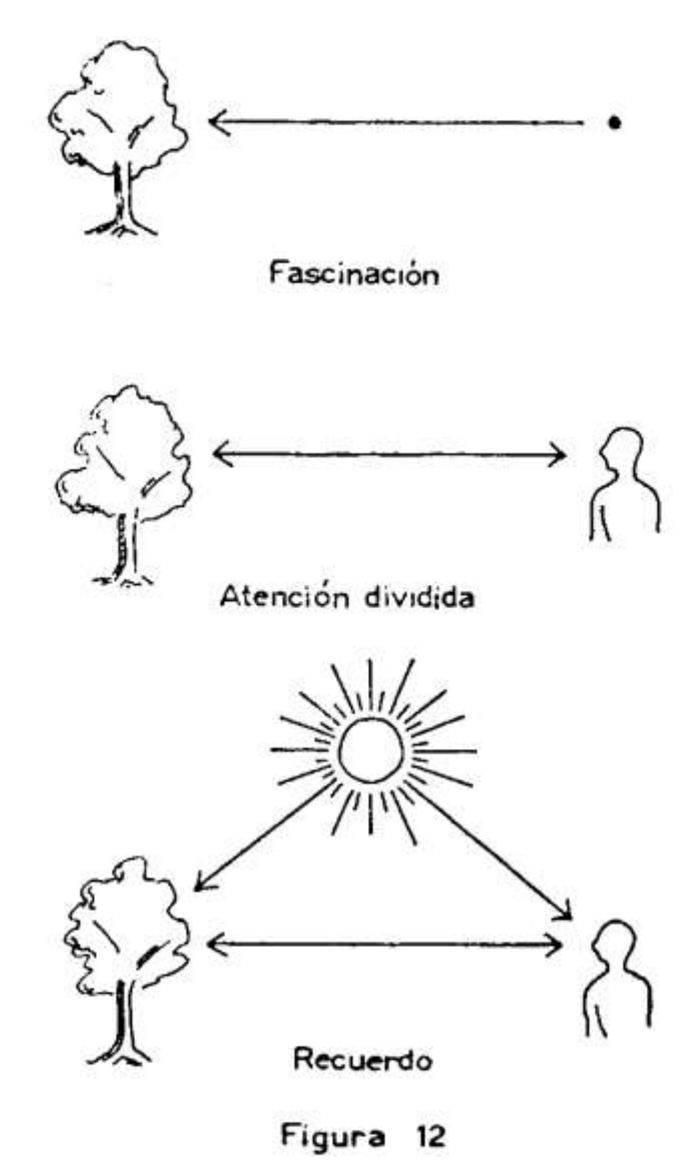


Figura 12

Ahora podemos tratar de la relación entre la conciencia y la memoria.
De ordinario la memoria es un impulso que se transporta alrededor del círculo de la vida del hombre, *en la sola dirección del tiempo.* Surge de un momento de conciencia máxima; si no hay conciencia, no se crea memoria.
Aquí es posible una analogía muy exacta. En relación con la línea de la vida corpórea del hombre, su esencia es bidimensional; conecta simultáneamente todos los puntos de la línea, creando una superficie. En relación con la superficie de la esencia del hombre, el alma sería un sólido, puesto que no sólo se conectaría con todos los puntos de su vida y con todas las superficies de su esencia sino que uniría éstos a otras posibilidades y fuerzas existentes en *otra dimensión.*
Supongamos, entonces, que el círculo de la vida corpórea del hombre está hecho de

alambre, que la superficie conectante de su esencia sea una lámina metálica, y que el alma potencial sea un prisma sólido que toque la vida en la concepción, el nacimiento, el final (le la niñez y la muerte, y del que la superficie de la esencia sería una sección aislada. El fenómeno de la conciencia será, ahora, exáctamente análogo al calor.

Nuestra sensación ordinaria de la vida es como un punto de tibio calor que avanza alrededor del círculo. Pero suponed un momento de conciencia, digamos a la edad de quince años. En este punto el alambrese calienta. Los impulsos de calor corren por el alambre desde este punto, en ambas direcciones. Pero, naturalmente, para una percepción que avanza en adelante a lo largo del alambre desde el punto en cuestión, como estamos acostumbrados a movernos en el tiempo, siempre parecerá que proceden de *atrás*, esto es, desde el pasado. La conducción de calor o memoria hacia atrás, esto es, hacia una edad más temprana, nos será desconocida debido a nuestro método de percepción. Y nuevamente, mientras más nos alejemos del momento de conciencia, del punto calentado, más débiles parecerán gradualmente.

Al mismo tiempo, aunque la memoria de los momentos de conciencia presenta una tendencia a decaer, es importante comprender que este decaimiento no es consecuencia del paso del tiempo. Nuestra principal ilusión acerca de la memoria es que ella decae con el tiempo, como las ropas o los edificios. No es así. Decae por falta de alimento. La memoria se genera por la conciencia y debe nutrírsela por la conciencia, esto es, debe ser nutrida conscientemente.

De hecho, la *memoria es un fenómeno no sujeto a las leyes del tiempo*. El hombre que realmente comienza a comprender esto encontrará mundos nuevos que se abren ante él. Y prácticamente podrá ver el modo de entrar y poseer estos mundos.

Permítasenos examinar primero, cómo se pierde la memoria y, luego, cómo se la puede cultivar y darle vida.

Como hemos dicho, la razón más frecuente para la pérdida de mentoria es sencillamente la negligencia y la muerte por hambre. El hombre ordinario en circunstancias ordinarias no hace esfuerzo de alguna clase para mantener vivos sus recuerdos, para alimentarlos, recordarlos y prestarles atención. A menos que sean tan gratos o tan dolorosos que la emoción misma la aten a su conciencia, desaparecen naturalmente. Esta es la pérdida pasiva de memoria.

Pero hay, también, una destrucción activa de la memoria. Se halla en la sustitución de la memoria por la imaginación o, más sencillamente –por la mentira. Por ejemplo, doy un paseo por la calle, donde encuentro a un conocido. Al principio el encuentro puede ser muy claro en mi mente –lo que dije, lo que dijo él, como aparecía y otras cosas más. Pero cuando vuelvo a casa recapitulo el incidente a mi familia. Al hacerlo, hago todo el incidente más divertido y dramático que lo que era en realidad –hago mis propias observaciones más graciosas, las sirvas más torpes; sugiero algo acerca de sus hábitos; quizás introduzco algún otro carácter o adapto la conversación para incluir un chiste que escuché ayer. Después no recordaré más la escena como fue, sino *solamente como la he recapitulado.* Imaginación y mentira destruyeron la memoria.

Y si empleo toda mi vida en esta forma, entonces con certeza, después de algunos años será totalmente imposible para mi distinguir lo que realmente me ocurrió de lo que deseaba que me ocurriera o que temía podría ocurrir, o de lo que ocurrió a otros o de lo que sencillamente leí acerca de eso. En esta forma la memoria es destruida activamente. La diferencia radica en el hecho de que cuando se pierde la memoria por negligencia ésta queda todavía entera aunque sepulta y con tesonero esfuerzo se la puede recobrar, mientras que la memoria destruida por la mentira se la perjudica de modo permanente si es que no ha sido totalmente aniquilada.

¿Cómo es que se puede reanimar y utilizar la memoria? Únicamente devolviéndole la vida intencionalmente y *conscientemente.* Supóngase que tengo una razón particular para desear recordar un encuentro con alguien –me parece que cometí un error con aquél o que dejé de aprovechar una oportunidad que me ofrecían y es muy importante para mí corregir esto. Cuidadosamente, *con atención,* comienzo a desenrollar mi memoria. Me acuerdo de haber llamado a la puerta de la habitación en la que estaban, sentir que me abrían, que entraba, me sen taba. Recuerdo la posición en que ellos estaban sentados, las sillas, los muebles, los cuadros en los muros, el modo como caia la luz sobre la escena, entrando por la ventana. Luego recuerdo lo que dije, mi voz, cómo la sentí, el modo cómo reaccionaron las otras personas, lo que dijeron y así sucesivamente. En forma gradual, *si puedo sostener la atención,* todos mis varios sentidos –vista, oído, tacto, modales– comenzarán a contribuir con sus distintas memorias y poco a poco la escena recuperará su vigor en mi interior *exactamente como fue.* De una vez, también, mis errores se reactualizan. Los veo con toda claridad: *se han hecho conscientes.*

Sea que pueda o no enderezar las cosas en el presente o aprovechar la oportunidad que perdí, son cuestiones diferentes. Esta corrección puede necesitar de mucho tiempo y aún puede no ser posible en esta vida. Pero lo principal es que la *conciencia ha sido retrotraída al pasado.* Ahora soy más consciente en relación a este incidente que lo que era cuando realmente ocurrió. De este modo, por la memoria intencional. nuevos momentos de conciencia se pueden agregar siempre a aquéllos que ocurren naturalmente en la secuencia del tiempo. Y no hay limite a este proceso de hacer más consciente el pasado.

Ahora bien, si estos puntos de conciencia en el círculo de la vida son multiplicados suficientemente, podemos imaginar que se genere bastante calor para calentar la figura bidimensional de la esencia del hombre y, con el tiempo, hasta el sólido del alma. Por supuesto, la tarea de calentar una superficie desde una línea sería una labor inmensa y probablemente la mayor parte del alambre tendría que ponerse al rojo vivo para poder lograr que la esencia se calentara apreciablemente. Si, además, se transfiera el calor de la superficie de la esencia hasta el sólido del alma, será evidente la misma desproporción y sin duda la figura bidimensional tendría que estar, a su vez, al rojo vivo para lograr calentar al sólido.

En realidad, semejante método de calentamiento manifiestamente no es práctico. Y, en la misma forma, la idea de crear conciencia en el alma exclusivamente *desde abajo,* por así decirlo, se opone a todas las creencias y experiencias humanas. Tenemos que suponer que sus esfuerzos para ser consciente pondrán en contacto al hombre, tarde o temprano, con una fuente de calor o conciencia situada por encima.

En una forma práctica, está bien claro que la sola idea de conciencia, que penetra profundamente en la esencia del hombre, le hará buscar a hombres más conscientes que él y a las 'escuelas' conducidas por tales hombres. Por tanto, su interés especial actuará como por magnetismo, atrayéndolo a aquéllos en cuya presencia puede adquirir mayor conciencia. Y si verdaderamente se trata de un interés *esencial,* éste no le dará descanso hasta que los encuentre.

Además, si un hombre empieza a adquirir un principio de conciencia permanente o alma, aunque sólo sean los rudimentos, es seguro que esta alma en virtud de su capacidad de penetración dentro de otra dimensión, puede relacionarlo con algún nivel del universo donde la energía cósmica creadora es ilimitada y puede emplearse para intensificar la conciencia hasta el límite de la resistencia. Volviendo a nuestra explicación anterior, podemos suponer que el alma puede relacionar directamente a un hombre con la materia en estado molecular, con el infinito mundo de energía molecular.

Por tanto, en la búsqueda de la conciencia debe comprenderse, primero, que *el hombre debe hacer todo por si mismo* —es decir, debe penetrar en otro nivel sólo por sus propios esfuerzos; y, segundo, que *él no puede hacer nada por sí mismo*— es decir, que toda su tarea

sea de ponerse en contacto con fuentes y niveles superiores de energía. Porque, a menos que tenga éxito al intentar esto, no podría ni puede conseguir nada.
En todo caso, ahora es posible empezar a apreciar el efecto de diferentes niveles o grados de conciencia. Los momentos de conciencia en el círculo de la vida corpórea, como hemos visto, producirán recuerdos intensos para los demás de la vida; teóricamente, también, debería producir impulsos que pasen hacia atrás, hacia el nacimiento. Sin embargo, de empezar a penetrar la esencia, los efectos de la conciencia acarrearán cambios mucho más grandes. De modo que si el alambre se enfría casi instantáneamente, una lámina puede retener calor durante un tiempo mucho más largo. En lugar de ser momentánea, como debe ser en el círculo de la existencia corpórea, la conciencia que ha penetrado a la esencia tiene ya cierta duración, cierta garantía. No puede perderse súbitamente. Más aún, irradiará calor en todas direcciones, calentando el entrelazamiento de círculos paralelos y cruzados de la interre-lación de vidas humanas que, sabemos, están tejidas en una masa sólida e intrincada. Por tanto, el contacto o presencia de un hombre con tal esencia puede aumentar realmente la perspicacia de aquéllos que llegan a su esfera de radiación o de influencia.
Y, sin embargo, de calentarse el sólido interior, es decir, de crear un hombre un alma dentro de sí mismo con el material de conciencia acumulado, resultará un cambio enorme. En primer lugar, un sólido caliente puede retener calor casi indefinidamente. Para tal hombre la conciencia se habrá hecho permanente, convertida en el fuego central de su ser. Más, radiará sobre un área enormemente extendida, quizás cien veces mayor que la calentada por la radiación de la sola esencia.
Así, pues, tenemos una base para clasificar a los hombres de acuerdo con su grado de conciencia. Primero tenemos la enorme masa de hombres comunes en los que la conciencia, si realmente existe, ocurre sólo momentáneamente y por accidente en el curso de la vida corpórea. En segundo lugar, tenemos aquéllos para quienes la idea de conciencia ha penetrado en la esencia y, así, han adquirido duración y contabilidad. Y, finalmente, hay un reducido puñado de hombres, regados a través de la historia y del mundo, que han creado almas conscientes para sí mismos, para quienes la auto-conciencia es permanente y que, por intermedio de esta conciencia, tienen el poder de influir en é iluminar a miles y aún millones de hombres.
Por fin e invisiblemente, pueden existir hombres de espíritu consciente.
La verdadera historia de la humanidad es la historia de la influencia de estos hombres conscientes.

III EL PAPEL DE LOS TIPOS HUMANOS

Nueve decimos de los problemas de psicología ordinaria y más aún de los argumentos de la literatura, la poesía, el drama y la leyenda dependen de la interacción de los tipos humanos; es decir, de la interacción de diferentes tipos de esencia. Desde el principio de la historia nunca ha dejado el hombre de fascinarse por este misterio que llena su vida diaria con esperanza, envidia, temor, dolor, admiración r‘ anhelo y cuya explicación por siempre le rehuye.
Todos los tipos son claramente necesarios en el mundo y. obviamente, la vida sería más pobre si no imposible si faltara cualquiera de ellos, Y, sin embargo, ¿por qué algunos tipos son evidentemente incompatibles, mientras otros se atraen irresistiblemente entre sí? ¿Por qué algunos sólo desean ser lo que son más intensamente, en tanto que otros se esfuerzan incesantemente por convertirse en sus tipos opuestos? ¿Por qué ciertos tipos sólo pueden entenderse entre sí en presencia de un tercero? Y, así, sucesivamente hasta el cansancio.
Todo esto carecería de respuesta a menos que empecemos a estudiar la humanidad como un cosmos y consideremos los diferentes tipos de hombres como funciones sucas igualmente esenciales, pero completamente diferentes –teniendo cada función sus capacidades propias e

innatas, sus potencialidades, debilidades y afinidades por una parte diferente y distinta del universo.
Sin embargo, antes de que prosigamos, recapitulemos lo que hasta ahora hemos establecido acerca de la naturaleza general de un cosmos. El cosmos es una criatura cósmica completa, que contiene dentro de sí todas las posibilidades, incluyendo las de conciencia propia y auto-transformación. Consiste de tres partes, cada una de las cuales recibe una diferente clase de alimento o sustento desde fuera; y seis funciones principales que digieren, transforman, utilizan y combinan estos tres alimentos, creando de ellos toda la energía, materia y comprensión de que es capaz el cosmos. Las seis funciones y los tres alimentos se combinan para formar muchos procesos internos diferentes que se desarrollan de acuerdo a la ley de octavas musicales, donde las funciones ocupan lugar de notes completas y los alimentos se presentan en los medios tonos conocidos.
Cuando estudiamos el Sistema Solar bajo el aspecto de tal círculode nueve puntos (Capítulo 6, II) vimos que sus seis funciones se manifestaban por intermedio de esferas visibles, en tanto que los medios tonos estaban ocupados por cierta clase de fuerza o influencia ‗invisible‘. Si tomamos el mismo circulo para representar a la humanidad, podemos colocar inmediatamente en sus lugares los diferentes tipos y los ‗alimentos serán los mismos que nutren al hombre individual, es decir, alimento material. aire y percepciones del mundo externo derivadas de la luz.
Sin embargo, debemos recordar al mismo tiempo que cada uno de estos ‗alimentos‘ debe tener un aspecto ordinario o inconsciente que es absorbido por el hombre inconsciente y ordinario, y un aspecto consciente que nutre a los hombres que han alcanzado conciencia, El ‗alimento consdente‘ nos es habitualmente desconocido, pero tenemos que suponer que es la forma en que la divinidad se hace asequible a los hombres y, en ciertos casos, logra transformarlos desde su estado natural. Se distinguen claramente en el Nuevo Testamento tres categorías de ‗alimento consciente‘ bajo los nombres de ‗pan de cada día‘, *‘alimento* de la vida‘ y ‗luz del mundo‘. Puede ser más correcto decir que las mismas tres categorías de alimento al alcance de la humanidad en general *aparecen* inconscientes para los hombres inconscientes, pero que son vistas como conscientes por los hombres conscientes.
Empero, lo que aquí nos concierne es la *circulación interna* que conecta las diferentes funciones y que establecimos en el Sistema Solar como una circulación de luz, o ‗escala de brillantez‘. Así tenemos:

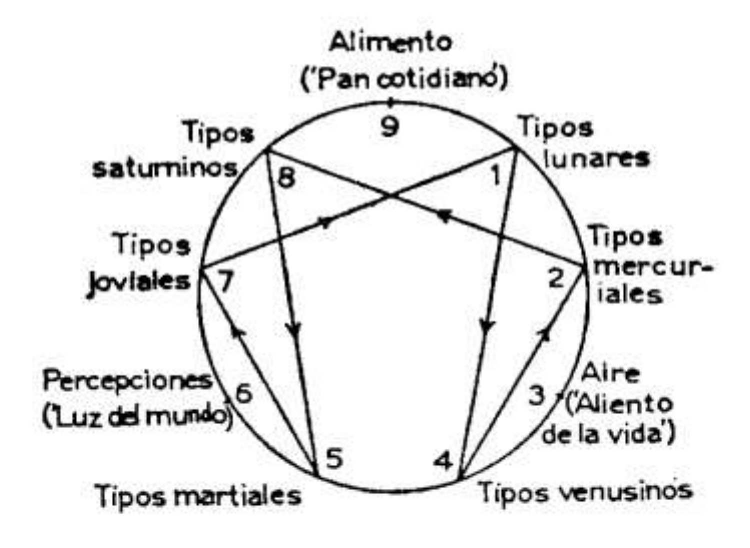


Figura 13: Tipos de la Humanidad

Alguna circulación conecta de este modo a toda la humanidad, fluye a través de todos los

tipos de que está compuesta, pero en *un orden definido.* Esta circulación no es temporal; no se ‗desarrolla‘ merced al tiempo sino que se entrecruza con el tiempo, une a todas las partes y edades de la humanidad y conduce en su corriente hombres individuales, del mismo modo que la corriente sanguínea conduce los glóbulos rejos de que está compuesta.
Cuando estudiamos los tipos, los estudiamos como fijos, estáticos e inmodificables. Y estudiando las glándulas de las que derivan sus características, vimos que deben afectarse entre sí inevitablemente en su estado estático. Vimos que los tipos lunar y marcial, como el páncreas y las glándulas suprarrenales, son completamente natural y antítesis entre sí y que el marcial y el mercurial, como las suprarrenales y la tiroides, son rivales por naturaleza. Siendo como son mecánicos los hombres, en todas estas reacciones se puede confiar perfectamente.
Como antes hemos dicho, el primer mandamiento en el camino del desarrollo es que el hombre se libere por sí mismo de la pretensión y la imitación, que descubra cómo reacciona, que descubra la naturaleza de su tipo y que procure vivir de acuerdo con aquéllos. Debe aprender a *ser él mismo.*
Pero la circulación de que ahora hablamos se refiere a algo completamente diferente – se refiere a la posibilidad de *movimiento* para los hombres, la posibilidad de escaparse de sus tipos y realizar la transición hacia una función diferente de humanidad.
Cuando en la práctica pensamos en esto nos damos cuenta de que no se refiere a algo que ocurre dentro de la vida de un hombre. Un muchacho saturnino, con su preocupación interior y sus huesos largiruchos no se cambia en hombre marcial, bajo, fiero y ‗extrovertido‘. El cuerpo en el que nace un hombre permanece más o menos lo que era y desenvuelve las mismas características de su principio.
Luego, esta circulación debe referirse a algún movimiento cósmico en la escala de toda la humanidad y en un hombre individual aparecerá sólo como una *tendencia.* Pero esta tendencia, plantada en él por la circulación cósmica de la humanidad, le representará personalmente mejoramiento, el *sentido de desarrollo. El* obstinado tipo lunar debe adquirir el calor y simpatía del venusino; el perezoso venusino debe cultivar la rapidez y agilidad del mercurial; el inquieto mercurial debe aprender la liberalidad y sabiduría del saturnino; el introspectivo saturnino debe lograr el valor y el vigor del marcial; el destructivo marcial debe adquirir la facilidad y atracción del jovial; y el intrigante jovial debe volver a aprender la fría certeza instintiva del lunar – en un nivel más alto.
Si ahora recordamos que en la escala del Sistema Solar este movimiento representa un acrecentamiento y una disminución de brillantez, veremos que esto tiene, también, un paralelo psicológico que se conecta con el que ya se ha dicho. La gente, como los planetas, también se mueve o se está moviendo potencialmente, ya hacia la brillantez ya hacia la invisibilidad. Cada uno, al pasar revista a sus conocidos, sentirá que algunos debieran expresarse a sí mismos con mayor vigor, que debieran ‗salirse de sí mismos‘, brillar, crecer más *brillantes,* mientras que otros, por el contrario, debieran hacerse más apacibles, menos demostrativos, menos chillones, más invisibles. En uno de los casos, el movimento hacia la brillantez es progreso; en el otro es hacia la invisibilidad. Y nuestra estraña circulación entre tipos, representada por la figura 142857, nos muestra cómo así sucede.
El grado en que un hombre no auxiliado por el trabajo especial de las escuelas puede moverse en realidad a lo largo de la ruta hacia el siguiente tipo, es muy dudoso. Pero su *actitud* hacia otros tipos, tanto aquéllos que va dejando atrás como aquéllos hacia los que se dirige, ciertamente puede variar mucho. Y esta actitud sirve de índice de su ser y de su grado de conciencia.
El tipo más elemental y primitivo del hombre puede sentir que las reacciones de su tipo son las únicas normales y en este caso las acciones de todos los demás tipos le parecerán

fundamentalmente *equívocas y perversas.* O, si es débil y fracasado como individuo puede, por el contrario, sentir que todas sus reacciones propias están equivocadas y que aquéllas de todos los demás tipos son más deseables. Ambos casos representan al hombre completamente subjetivo, al Hombre sin tendencia alguna al movimiento– que ocupa cm punto fijo en la línea de circulación.
Un hombre de mayor desarrollo notará que posos una simpatía natural y comprensión por ciertos tipos y una natural antipatía y falta de comprensión para otros. Y hasta puede llegar a sentir de un modo vago en sí mismo, reacciones completamente diferentes y contradictorias en distintas épocas. Sin saber por qué podrá llegar a cansarse ocasionalmente de las cualidades de su tipo y enfadarse con sus propias reacciones. Y encontrará que esporádicamente surgen en él las manifestaciones más mecánicas del tipo hacia el que se mueve. El venusinodesarrollará un gusto por el movimiento sin rumbo, el mercurial caerá en vagas especulaciones, el saturnino dará salida a rabietas marciales, etc. Un hombre así, se ha vuelto va menos subjetivo, menos fijo. Su ser ha empezado a extenderse a lo largo de la línea tanto hacia atrás como hacia adelante y disfruta de una vaga comprensión de que existe un esquema de tipos, aunque no pueda aprehenderlo del todo. Pero si algún movimiento tiene es todavía mecánico, es decir, se mueve solamente hacia manifestaciones débiles y fáciles del tipo siguiente y sólo trata de escapar de los más penosos y aburridos aspectos de su mismo tipo.
La siguiente etapa de desarrollo, que raramente se alcanza sin ayuda y preparación especiales, es la del hombre que ha comprendido completamente que existe un esquema de tipos, en el que todos son igualmente necesarios y valiosos; que ha descubierto su propio tipo y aquél hacia el que se mueve; y el que hace esfuerzos conscientes por abandonar uno y alcanzar el otro.
En semejante hombre las reacciones mecánicas entre tipo y tipo ya estarán mucho más modificadas. *Aceptará a los otros como son.* Porque empezará a comprender el verdadero papel de la gente que previamen te le pareciera completamente ‗inútil e irritante‘. La actitud para consigo mismo será, también, enteramente diferente. Porque considerará ciertos rasgos mecánicos de su tipo como algo de lo que debe librarse, es decir, como algo que *debe morir en él.* Y verá todas las posibilidades y responsabilidades superiores del tipo que tiene delante, como algo que intencionalmente tiene que crear en él, como algo que *tiene que nacer.* Por tanto, *cesará de aceptarse a sí mismo como es.* Porque habrá emprendido incesantemente una doble tarea de eliminar lo viejo y generar lo nuevo en sí mismo. Lo primero será extremadamente penoso, lo último inmensamente arduo. Pero comprenderá que este dolor y este esfuerzo son exactamente lo que puede generar la fuerza *que lo haga morerse.*
Un hombre así, tiene ya cierta percepción de todas las partes de la línea, y empezarán a abrírsele posibilidades enteramente nuevas por el hecho de su movimiento consciente con la corriente cósmica. Más aún. haciéndose libre del lado débil de su tipo abandonado, encontrará, sin embargo, que se halla capacitado para llevar consigo en esencia toda la experiencia y comprensión que en esto ha ganado. Al moverse, sólo pierde sus limitaciones. El progreso de tal hombre hacia la comprensión del todo ha resultado, por tanto, enormemente acelerado. Y podrá. con suerte y ayuda, aún dentro de una sola vida, pasar por las tareas y experiencias de varios tipos diferentes.
En la etapa final de este movimiento, desde el jovial otra vez hacia el tipo lunar –pero ahora en nivel superior– surge una posibilidad especialemente interesante. Porque, como vimos en cl capítulo sobre la circulación de la luz en el Sistema Solar, el lugar de la Luna o punto uno, está también ocupado en la siguiente octava u octava invisible, por el planeta Neptuno. De este modo tal vez podamos decir que el verdadero movimiento para el tipo jovial no es regresar al lunar, sino avanzar basta un séptimo y todavía potencial tipo *neptuniano.* Si

pensamos en la afinidad entre Neptuno y la glándula pineal y, a través de ésta, en el proceso de regeneración en general, comprenderemos que el tipo neptuniano podría significar una clase de hombre completamente nueva, en quien el esfuerzo hacia la conciencia ha rendido frutos físicos y efectivamente ha remodelado su cuerpo de acuerdo con nuevos poderes.
El movimiento 112875 es de hecho la vía hacia la conciencia, hacia la creación de un alma. Porque precisamente un alma es lo que une a todos los tipos, los reconcilia y da comprensión tanto de las partes como del todo. En el punto en que llega a ser consciente de sí mismo, un hombre empieza a absorber los tres alimentos en su aspecto consciente más que en el inconsciente. Y al hacerlo así, contempla el más alto plan tras su conciencia y comienza a participar en él.
Hablamos del movimiento hacia la brillantez y del movimiento hacia la invisibilidad. Como vemos en la figura de circulación, un hombre que empieza a moverse conscientemente es conducido a un paso siempre acelerado hacia uno de estos dos extremos y hacia el punto donde ambos extremos se encuentran. El hombre que conscientemente se mueve hacia la invisibilidad es el que, habiendo abandonado su antiguo yo, se retira más y más del mundo, retrocede cada vez más profundamente en su comprensión interior, y' que aprende a lograr, actuar y cumplir invisiblemente, sin recursos externos. El hombre que conscientemente se mueve hacia la brillantez es el que, habiendo abandonado, también, su viejo yo, se involucra en un papel más y más proy ectado al exterior, de influencia cada vez mavor sobre los hombres, de más y más valor, conducción y heroísmo visible, *de acuerdo con algún alto plan.*
En cierto punto, como vimos en el Sistema Solar, se cruzan las los líneas. El sendero de invisibilidad, de extinción de la personalidad indivi–ual, se funde con el sendero brillante, de pura instrumentalidad de un plan cósmico. Y ambos hombres disfrutan de todo. comprenden todo y son todo. Este punto de intersección de las dos líneas está simbolizado por la muerte. Y en todos los casos que podemos imaginar – implica muerte.

CAPÍTULO 15. LA FORMA DE LAS CIVILIZACIONES

I FUNCIONES Y CASTAS

En el capítulo anterior comenzamos a considerar a la humanidad como un cosmos y a los diferentes tipos humanos como sus funciones. Pero es muy difícil visualizar a la humanidad en el conjunto de sus etapas de desarrollo, en todas las partes del mundo y en todas las edades históricas y prehistóricas. En la práctica, la unidad más grande de la sociedad que podemos estudiar en detalle y desde muchos ángulos simultáneamente, es una civilización o cultura.
Cuando tratamos de penetrar en los patrones de tiempo para diferentes entidades, intentamos sin mucho éxito considerar a una civilizaciónción como un organismo vivo. Ahora hemos acumulado suficiente material sobre la ‗forma‘ o modelo general de las entidades orgánicas en el espacio y el tiempo, para volverlo a intentar.
Nuestra primera proposición es que los hombres individuales son las células de una civilización. Y, de inmediato, nos percatamos que existen células de clases muy diferentes. Hay campesinos y agricultores que, como las células de los órganos y los jugos digestivos, tienen el deber de preparar el alimento para la nutrición del organismo en su conjunto. Existen comerciantes que, como las células sanguíneas, distribuyen los varios productos del organismo a todas sus partes. Hay albañiles, constructores y arquitectos que construyen las ciudades, los pueblos, las fábricas o las líneas de comunicación que corresponden a los diversos tejidos y órganos. Hay soldados y policías prestos –como los productos almacenados de las glándulas suprarrenales– para actuar en defensa de todo el organismo cuando se encuentra en peligro. Existen científicos, inventores y pensadores que representan las células de la corteza cerebral yde la máquina intelectual; y poetas, artistasy místicos que corresponden a aquella parte del sistema nervioso, conductora de la vida emocional. Finalmente, hay criminales de todos los rangos, desde los carteristas hasta los falsos profetas que desempeñan un papel semejante al de los venenos que dan origen a la patología y a la enfermedad.
Esta analogía exacta entre células y ciudadanos, entre el cuerpo y el Estado fué totalmente elaborada por el fundador de la patología celular, el prusiano Rudolf Virchow, en los años de la década de 1850. Posteriormente, llegó a considerársela demasiado ‗pintoresca‘ por los científicos positivistas de finales de siglo. Y un moderno compendio científico, [63] típico de muchos otros, dice: ―Los animales y las plantas como los conocemos, son una comunidad de células, así como el Estado es una comunidad de hombres, *aunque la analogía no debe llevarse demasiado lejos".* Pero ni en ésta ni en otras obras se ha explicado nunca qué es ése ‗demasiado lejos‘, ni el *por qué* no puede desarrollarse esta analogía. En realidad no hay una sola célula en el cuerpo humano cuyas funciones no puedan tener paralelo en alguna función o profesión humana. Y estas células funcionales se refieren unas a otras y se comunican con todas las demás en formas análogas a todas las existentes entre los hombres.
Estas funciones principales dentro del organismo de una civilización se han expresado de modo simplificado en la idea de castas, que ha servido de ideal estructural de la sociedad en diferentes épocas. Naturalmente, una idea semejante fácilmente se distorsiona y se pervierte. Pero, en su origen, las castas medioevales de la clerecía, caballería, burguesía y paisanaje, o las correspondientes castas hindúes de brahamanes, kshatriyas, vaisyas y sudras eran expresiones de las verdaderas funciones de los hombres individuales como células en un gran organismo.

---

[63] F. Sherwood Taylor ‗The World of Science‘ (El Mundo de la Ciencia), pág. 819.

En diferentes épocas tales funciones de casta pueden llevarse a cabo por pueblos o razas diferentes dentro de una civilización, como en la India los dravidas originarios tendieron a convertirse en sudras y los conquistadores arios en brahmanes y caballeros; o como en el moderno Nueva York los chinos tienden a ser lavanderos y dueños de restaurantes y los irlandeses policías y choferes. Esto no altera el hecho principal de que cada una de las varias funciones orgánicas debe, en una verdadera civilización, realizarse por un grupo definido, con sus propios ideales y disfrutando de una armoniosa relación con todos los demás grupos funcionales. Si esto parece ahora imposible y utópico, es meramente una indicación de los males de nuestra sociedad del presente.

Todavía hay una aplicación más de esta idea. Un hombre individual puede, como sabemos, ser dirigido por cualquiera de sus funciones. Puede ser dirigido por su digestión y su estómago y vivir sólo para comer y beber. Puede estar dirigido por su función motriz y vivir sólo para el movimiento, la actividad, los viajes. Puede estar dirigido por su mente y vivir para las teorías, la investigación y la búsqueda del conocimiento. Puede estar dirigido por algún deseo o meta fuertemente emocional e intentar vivir su vida de acuerdo con esto.

Exactamente en la misma forma las civilizaciones pueden estar dirigidas por cualquiera de sus grupos funcionales. Es posible imaginar estados gobernados por campesinos como Checoeslovaquia, o estados dirigidos por comerciantes como la Inglaterra del siglo XIX, o estados dirigidos por guerreros como la antigua Esparta, o estados dirigidos por el clero como el antiguo Egipto, el Imperio monástico-cluniacense del siglo XII y el moderno Tibet.

Mientras que los hombres individuales continúan existiendo bajo cada uno de los impulsos de control mencionados, en forma ordinaria pensamos que el hombre está más altamente desarrollado si está dirigido por sus funciones superiores, tales como la razón o las emociones más finas. Lo mismo se aplica a las civilizaciones. Aunque, por supuesto, también debemos reconocer que, así como el hombre puede ser gobernado por una inteligencia o emoción perversa, así las civilizaciones pueden estar dirigidas por una inteligencia degenerada o por una clerecía corrompida. Esto no altera el hecho de que tales funciones son en su esencia de una naturaleza superior y más apropiadas para dirigir. Al mismo tiempo, no podemos dejar de tomar en cuenta que cualquiera de las funciones puede llegar a estar incurablemente enferma y caer el Estado bajo el control de un proletariado criminal, un alto mando criminal, o de políticos criminales. En este caso, corresponde desafortunadamente a un hombre gobernado por una enfermedad mental o física y no por una función sana.

Sin embargo, teóricamente podemos decir que –aunque cada civilización tendrá sus propios gustos, capacidades y comprensiones especiales– la civilización perfecta sería una en la que los diferentes grupos funcionales estuvieran dispuestos en una jerarquía ascendente, de acuerdo con la finura fundamental de la energía que concierne a sus deberes. Como vimos en la fisiología humana, la función de respirar supone unamateria más fina que la digestión; la circulación de la sangre, materias superiores a la de la respiración; y los varios sistemas nerviosos, energía todavía más refinada. Mediante una apreciación objetiva, las funciones se acomodan entre sí en este orden. Y así sucede con los grupos funcionales de una civilización. El que tal orden de castas, objetivo u orgánico, haya sido alcanzado alguna vez en la historia es, por supuesto, asunto diferente y muy dudoso.

Nos hemos referido a estados que estuvieran dirigidos por uno u otro grupo funcional. Pero esto, sólo para clasificar ciertos principios. De hecho, los estados no son de gran importancia orgánica. Es la civilización la que es un ser orgánico – en el sentido en que hablarnos de la civilización griega, de la civilización romana, de la civilización cristiana

medioeval, del renacimiento, o de la civilización maya. El Profesor Toynbee [64] ha descrito diecinueve civilizaciones orgánicas de esta especie, cada una de las cuales tiene una etapa de gestación, su nacimiento, desarrollo, período de máximo poder e influencia y, aparte de muy pocos casos aún existentes, su declinación y muerte. La mayoría de ellas, como él sefiala, están relacionadas con una o más de las otras como progenitor y descendiente. Y aunque no puede describir cabalmente a las criaturas de su estudio como seres vivientes, toda su evidencia y argumentos se dirigen a demostrar que de hecho lo son.
La lista hecha por el Profesor Toynbee de civilizaciones completamente desarrolladas es como sigue: Occidental, Ortodoxa, Iránica, Arábiga, Hindú, del Lejano Oriente, Helénica, Siria, Indica, Sínica, Minoa, Sumérica, Hitita, Babilónica, Egipcia, Andeana, Mexicana, Yucateca y Maya. También describió tres –los esquimales, los polinesios y los nómadas– que como seres humanos de desarrollo reprimido no llegaron a desarrollarse sino hasta cierto grado, mas permanecieron placenteramente detenidos en la edad escolar de la caza, la pesca y el trepamiento de árboles. Y de nuevo agrega dos más, la cristiana irlandesa y la escandinava que fueron finiquitadas o sacrificadas por otras civilizaciones en el apogeo de su juventud. El hecho de que las dos últimas tenían ya tras sí trecientos o cuatrocientos años de historia cuando fueron sobrepujadas, ya da una idea de la escala de vida de un organismo semejante.
Sin embargo, hay una observación que podemos hacer a la lista del Profesor Toynbee. Algunas de sus civilizaciones, como la Europa Occidental que él proyecta al tiempo de Carlomagno (siglo VIII), parecen ser muy largas. Posteriormente trataremos de demostrar que nuestra civilización occidental ha *renacido* en varias ocasiones, con ciertas características hereditarias, aunque con nuevo carácter y forma nueva. Y que lo que nos parece ser una sola civilización es, de hecho, un desfile de varias generaciones succesivas de civilizaciones, cada una de las cuales tiene una duración orgánica tan definida y limitada como la señalada al hombre por la Naturaleza.

II ESENCIA Y ALMA DE LAS CIVILIZACIONES

¿Cómo podemos estimar el tiempo de una civilización? Quizás podamos encontrar un indicio si tratamos de descubrir cómo se concibe y se hace nacer una civilización.
Los hombres son sus células. En el último capítulo llegamos a la conclusión de que ha existido cierta categoría invisible de hombres, con *espíritus conscientes,* en cuya virtud están relacionados con otras dimensiones del universo y pueden influir y levantar a miles y hasta millones de hombres comunes. Si estudiamos la escala de la historia, vemos que tales hombres son para los hombres comunes como el espermatozoide es para la célula ordinaria de los tejidos, y que ellos originan civilizaciones del modo como un espermatozoide en su unión con el óvulo da lugar a un nuevo ser humano. La vida y la labor de tales hombres representa la concepción de una nueva cultura.
Por supuesto que esto no significa que todos los hombres con este nivel de existencia fundan nuevas civilizaciones, como no todas las células del esperma generan hombres. El tiempo debe ser adecuado; las condiciones y la materia prima del mundo en derredor, estar dispuestos a la germinación. Como quiera que sea, en principio esos hombres, por así decirlo, el microcosmos de su civilización, tienen el poder innato de originar una nueva.
Ciertamente, en la mayoría de los casos es en extremo difícil referir una cultura nueva hasta un solo hombre, así como es prácticamente imposible estudiar la historia del embrión humano antes de que tenga ocho días, cuando ya contiene algunos cientos de células. Más aún, es unextraño principio el que mientras más alto es el nivel del fundador, debe permanecer históricamente más desapercibido. Así es como de Jesucristo, el más grande y claro de los

[64] Arnold J. Toynbee, ‗A Study of History' (Estudio de la Historia), en varios pasajes.

fundadores de Occidente, no tenemos –aparte de los Evangelios– huella histórica ninguna.
Si un hombre superior es a una civilización lo que una célula reproductora es a la vida humana, entonces deberíamos esperar una multiplicación análoga de las diferentes fases del ciclo de vida, en la proporción de uno a otro organismo. En el hombre la gestación, la niñez y el término de la vida completa dura 10, 100 y 1000 meses lunares, respectivamente. Propongamos, pues *100, 1000 y 10,000* meses lunares (o, burdamente, 8, 80 y 800 años) como las fases correspondientes de una cultura. Recordando que el primer período o de gestación es el ‗invisible', transcurrido en las entrañas de la madre en el caso del embrión y en alguna oculta incubación –en un monasterio, en el desierto, en alguna ‗escuela' oculta o con algún maestro en el exilio– en el caso del fundador de una cultura, vemos entonces que estos períodos aparecen suficientemente probables.
Ocho años sería el período de gestación de ciertas ideas básicas de la nueva cultura. El fundador trabaja intensamente con su círculo interno de discípulos o alumnos, asimilándolos, por así decirlo, a sus propias ideas y hacia su propio nivel de ser. Se formula una enseñanza, son redactadas las escrituras, ciertos descubrimientos, inventos o códigos de ley se alcanzan. Se crea algún momento intensamente concentrado –las leyes de Solón para los griegos, los Evangelios para los primeros cristianos, el Corán para los árabes– que hasta los últimos días de esa cultura constituyen su ley e inspiración. El período de gestación de una civilización, es de notar, no es la vida del fundador, sino su década más intensa de creacióni y realizaciones.
Ochenta años constituirán el período de expresión física de estas ideas o enseñanzas fundamentales y corresponderán a aquellos períodos de invencion, descubrimiento y creación fabulosos, históricamente visibles al principio de cada verdadera civilización. Este es el trabajo de una vida del círculo inmediato del fundador. Para una cultura contemplamos un florecimiento y difusión increíbles de la religión y la arquitectura; para otra, la relampagueante difusión del orden, la administración y la moral; para una tercera, una súbita abundancia de creación artística y descubrimientos científicos, etc. Y, mientras tanto, detrás de cada una aparece, si pudiera verse, un cierto modelo básico y cierto conocimiento interno de una naturaleza esotérica.
personalidad, su edad de oro, en comparación con la que todo lo que viene después parece extrañamente tedioso y pedestre. Posteriormente las generaciones la aprecian según su estado de ánimo, del modo como los hombres miran a su niñez – ya como la edad en que los milagros eran posibles, o como la edad que han superado para ingresar a la ‗sabía' desilusión de la edad adulta. La existencia de un período así, explica también esos extraordinarios y repentinos florecimientos que en un siglo o menos surgen de la barbarie a la civilización y desaparecen con igual rapidez.
Por ejemplo, la cultura pitagórica en Sicilia y el sur de Italia en los siglos VI y V a. C., encumbró en aquellas tierras vírgenes los templos y ciudades más grandes del mundo griego y perfeccionó todo un sistema potencial de ciencia y filosofía – sólo para ser barrida en la cúspide de sus realizaciones por la rival civilización romana procedente del norte. En el patrimonio del Mediterráneo Occidental, entonces no había cabida para dos civilizaciones hermanas y fué la pitagórica la que sucumbió.
Finalmente, tenemos un período de 700 u 800 años que constituirá la vida total de la civilización, al final de la cual ‗morirán' sus ideas e instituciones fundamentales. Es decir, perderán toda seña de su significado y uso originarios, aunque en algunos casos pueden subsistir como momias o monumentos del pasado muerto – como en el caso de las catedrales góticas en relación con nuestros días.
Recordando cómo el tiempo de vida de un hombre se termina por una extraordinaria conjunción de todos los ciclos planetarios, debemos preguntar si el período de vida de una civilización no corresponde, también, a algún gran ritmo cósmico. Porque cualquier período que no la tiene será una invención y no un ser orgánico. En realidad, exactamente encontraremos un período

semejante. ―Un período que abarca casi exactamente un número integral de días, años, períodos de manchas solares y todas las varias revoluciones lunares –escribe Sir Naiper Shaw incluiría casi todo lo externo que pueda conseguirse que afecta a la atmósfera de la Tierra. Tal período es de 372 años, la mitad de un período todavía más prolongado de 744 años....” [65] Durante este tiempo una civilización experimenta cada combinación posible de. influencias y, al final, ha acabado con sus potencialidades y muere.

Sin embargo, en un período de vida de 744 años, el transcurso de la mitad del período marcará el máximo desarrollo, difusión, poder e influencia de la civilización que, a partir de entonces, decaerá lentamente, dando lugar a una nueva civilización de la que, con toda posibilidad, será progenitora. La disminución logarítmiga de tiempo que hicimos notar en la vida del hombre y que significa que en cada año sucesivo acontece cada vez menos, algunas veces da lugar a la impresión de que las culturas son más duraderas de lo que realmente son. La nueva generación resultará tan vigorosa que la vieja, por así decirlo, se vuelve invisible, como un rey que al ceder su trono al hijo y vive en el retiro, se vuelve invisible, aunque de hecho continúe viviendo y persista su influencia en una forma limitada. Hoy día, por ejemplo, aunque la civilización del renacimiento todavía no cumple cuatro siglos, sus maneras e instituciones están a medio eclipsar por las de su sucesora todavía innominada.

Por otra parte, ocurre con frecuencia que la historia no percibe el nacimiento de una nueva cultura y puede encadenar dos y hasta tres generaciones de culturas, sucediéndose una a las otras, bajo un solo nombre. Así, las civilizaciones Cristiana Primitiva, la Cristiana Monástica y la Cristiana Medioeval son consideradas habitualmente Como una sola, aunque tengan momentos completamente distintos y claramente definidos de nacimiento, tres distintas carreras y tres muertes. En esta forma una cultura puede parecer mucho más larga de lo que es.

Cuando una cultura proviene de otra, nuevamente parece seguir la analogía de la generación de los niños humanos y emerger en el tercer o cuarto siglo de la cultura progenitora. Habitualmente la última ya ha alcanzado un nivel muy alto y el fundador de la nueva, sería como su producto más alto que combina en sí mismo todas sus realizaciones y comprensiones. Gautama el Buda, fundador de la primera civilización budista; por ejemplo, era un aristócrata Sakya que reunió en si, en el más alto grado posible, todo cuanto podía dar lá herencia y la educación de su tiempo; y lo mismo se aplica a San Benedicto [66] que parecería ser el fundador de la cultura monástica cristiana del siglo IV D. C.

También con mucha frecuencia la unión de elementos procedentes de dos culturas distintas y geográficamente separadas, se reconoce con claridad en la paternidad de la nueva. Así, aunque la cultura medioeval cristiana nace en el siglo XI del cuerpo de la cultura monástica anterior, muestra señales de haber sido engendrada por el nuevo conocimiento y por la influencia de la brillante cultura mahometana floreciente en España y el Medio Oriente. Pero el desarrollo completo de esta idea debe esperar los ejemplos detallados que se darán en el capítulo siguiente.

Entre tanto, podemos decir por la concepción de una cultura, como por la concepción de cualquier criatura viviente, que los dos factores se encuentren en las condiciones adecuadas y en el tiempo adecuado. Primero, debe haber un suelo fértil y virgen, en el cual ya sea que no haya crecido una civilización anterior ya sea que la civilización anterior haya muerto, dejándolo otra vez desocupado. Excepto en muy raras circunstancias, una nueva cultura no puede crecer en el

---

[65] Sir Napier Shaw, ‗Manual of Metereology' Vol. II, págs. 318–9. Sir Napier continúa: ―El ciclo lunar solar de 744 años ha sido invocado por el Abad Gabriel. Combina 9202 revoluciones sinódicas, 9946 tropicales, 9986 diaconáticas, 9862 anómalas, 40 revoluciones de nudo ascendente de la órbita lunar y 67 periodos de manchas solares”. Es digno de anotar que un intento por establecer un patrón de tiempo para el surgimiento y caída de las civilizaciones, sobre la base de un ‗gran año' de 360 años y su doble período de 720 años, fué hecha por John Napier, el inventor de los logaritmos, a modo de interpretación del Apocalipsis (‗A Plaine Discovery 0f the Whole Revelation 0f S, John; Londres, 1611).

[66] 480–543 d. C.

sitio de otra que existe ya. Debe tener espacio libre, suelo fresco. Al mismo tiempo, este suelo debe mostrar signos de nueva vida. Debe tener un calor natural y un vigor propios, que hará germinar cualquiera sea lo que en aquél se plante. Debe ser rico, sano y fértil.
Todo esto se refiere al factor pasivo, femenino, de la concepción de una cultura –al suelo en la cual se sembrará. Y si vemos el mundo de mediados del siglo XX, encontraremos– aparte de aquellas áreas que obviamente son el escenario de una cultura en declinación, si es que no en sus agonías – ciertos suelos que parecen satisfacer esas condiciones. Un país tal como México, en el cual las osamentas de las antiguas civilizaciones azteca y maya se han borrado desde hace tiempo, donde la pseudo–cultura prestada de la España Colonial ha muerto y donde, empero, comienza a despertar una vitalidad nueva y tremenda, parece ciertamente maduro para ser impregnado.
Sin embargo, lo que no podemos calcular o preveer es el elemento *activo* en este advenimiento de una cultura, el gérmen masculino. Pues, como decimos, éste puede venir solamente de un nivel muy alto de escuela esotérica y en la persona de un hombre real y extraordinario – *un fundador de espíritu consciente.*
Tal impregnación no podemos simularla. Sólo podemos esperar y vigilar, seguros por la historia de que en algún lugar y en alguna forma *debe estar ya preparado* el nacimiento de una nueva cultura.

III LOS CUATRO CAMINOS Y RELIGIÓN COMPARATIVA

Hemos tomado como la *esencia* del hombre, toda la corriente de su sangre desde la concepción a la muerte y todas las influencias que contiene. Y su *alma* como la suma de todas las energías que tienden a hacer conciencia en él, el total de todos aquellos momentos en que ha estado realmente consciente de su propia existencia y de su relación con el Universo que le rodea.
Pero antes ¿qué es la esencia de una civilización? En una forma poética o artística cualquier persona con sensibilidad reconoce por supuesto que cada cultura tiene su propia ‗esencia'. Esta esencia se expresa a sí misma en su arte, literatura, música, maneras, costumbres, intereses, ideales, debilidades, modas, vestidos, posturas, gestos, extravagancias, etc., todas las cuales deben ‗verse juntas' para lograr entrever la esencia que está detrás del modo como los atributos correspondientes a un hombre individual deben ‗verse juntos' para tener noción de su esencia individual.
Esta esencia de una cultura es muy difícil de definir de modo exacto. Pero nociones sumamente interesantes de ella son proporcionadas por los monumentos artísticos de una civilización, sus instintuciones características y su característico modo de transmitir sus ideas. Por ejemplo, los momentos característicos de la civilización romana son sus grandes obras públicas, sus caminos, acueductos y anfiteatros; su institución característica es su código de ley y su sistema de administración; y su método de transmisión de ideas es mediante la orden pública, la ley y la literatura. En la civilización medioeval cristiana el monumento característico es la catedral, la institución característica la organización eclesiástica, la transmisión de las ideas por la arquitectura, la escultura y el ritual. La cultura del renacimiento se caracteriza, nuevamente, por la universidad como monumento, el humanismo como institución y la pintura naturalista como medio de transmitir ideas. Todas éstas son expresiones de esencias completamente diferentes y completamente definidas.
Algunas veces, también, un relámpago de comprensión de esta idea acude cuando percibimos curiosas similitudes de esencia en civilizaciones ampliamente separadas por el tiempo y el espacio. Hay un parecido sorprendente en el ‗sabor' de los tiempos, por ejemplo, entre la culturade los Partos de los primeros siglos de nuestra era y los principios de la Edad Feudal en la Europa Occidental – ambas civilizaciones de caballería, de cortes que habitaban tiendas y de gentes de violenta emotividad, por momentos dedicada con pasión a la batalla y, al siguiente, a las flores de los jardines. O, también, entre el Imperio Romano del siglo II y el Imperio

Británico del XIX.
La misma esencia se expresa por sí misma en una literatura característica. Piénsase en la esencia de la cultura involucrada en *Beowulf* o en la *Canción de Rolando,* por ejemplo, en contraste con la que se encuentra en Shakespeare, por una parte, y en *La Guerra y la Paz* de Tolstoy, por la otra. Todas estas obras son duraderas, pertenecen a toda la humanidad. Son, al mismo tiempo, perfectas expresiones de la esencia de una civilización particular, en una edad determinada.
Al mismo tiempo no debemos distraernos aquí por la diferencia surgida de la edad de una cultura, porque su esencia es la que relaciona todas sus edades, la que permanece constante a lo largo de toda su exis– tencia. En esta forma la idea directriz del misticismo y la iglesia, aunque haya tomado diferentes formas y servido a diferentes propósitos, persistió constante a lo largo de la civilización Cristiana Medioeval, así como el conocimiento y la educación lo hicieron durante todo el Renacimiento. La esencia es la permanente o innato en la naturaleza de una cultura.
En esta esencia de su raza y su cultura, cada hombre participa directamente. Es verdad que su memoria consciente del pasado está limitada por la generación de sus abuelos, de quienes siendo niño escucha relatos del mundo de medio siglo pasado, y dentro de cuyo mundo puede entrar muy vívida y personalmente. Pero más allá de sus abuelos el hombre tiene ya ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos y así sucesivamente. Veinte generaciones o siete siglos atrás –si suponemos que no hay mezcla– ese mismo hombre ya es descendiente de un millón de individuos de su propia raza. Un inglés nacido en 1950 puede muy bien ser descendiente de quizás una cuarta parte de la población total de Inglaterra en los días de Chaucer. Es, así, heredero de la esencia de la Inglaterra chauceriana en una forma verdadera; y si es hombre de sensibilidad y observación puede encontrar que existe en sí mismo –como actas antiguas– trazas de diferentes aspectos de su raza y su cultura que podrían asombrarlo tanto como hombre moderno cuanto como individuo.
Esto explica por qué sienten los hombres mucha más profunda lealmás antiguo y legendario es el pasado tanto mayor es el poder de atracción sobre él. En su misma sangre se refleja, no importa cuán débilmente, *toda* la sangre de los primeros fundadores de su patria. Y si ex. tendemos nuestra analogía del hombre individual a la cultura, y decimos que su *esencia es la totalidad de la sangre de esa cultura,* podemos agregar entonces, que todo hombre de las postrimerías contiene en él mismo muy literalmente toda la esencia de las primeros días de su cultura.
¿Qué es, entonces, esta alma? Si es difícil de definir la esencia, ésta es diez veces más. Pero de algún modo el alma de una civilización será la totalidad de las almas de sus criaturas, la suma de todos aquellos hombres que durante su término han adquirido conciencia. Sus trazas pueden aparecérsenos, quizás, en aquellas altas escrituras que describen el modelo del universo y el modo de hacerlo consciente. Esto podrá revelar diferentes almas – así como el Nuevo Testamento es diferente del Corán y ambas, de los Vedas. Pero en el fondo, el alma de una civilización no puede hacerse de otro material que no sea el alma de los hombres y aquél con el que las almas de los hombres se relacionan.
Ahora bien, esta alma de una civilización se alimenta en tres formas – aquellos tres caminos tradicionales por medio de las cuales el hombre puede devenir consciente y desarrollar almas individuales pro pias. Estos ‗caminos' y las escuelas de regeneración que existen para administrarlas y enseñar sus métodos en la tierra, dependen de la idea de desarrollar la conciencia primero en una función particular. Al hacerse plenamente consciente de una función, encuentra un hombre su camino hacia la conciencia de todo su ser, al transformar la naturaleza de esa función, transforma la totalidad de su ser; al adquirir un instrumento de control sobre una función, adquiere un instrumento de control sobre todas las funciones, esto es, adquiere un alma.
El primer camino hacia la conciencia es a través de las funciones instintiva y motriz. El segundo

es a través de la función emocional. El tercer camino es a través de la función intelectual.
El primer camino es algo semejante a lo que se conoce en Occidente como *ascetismo.* Aunque contiene mucho más que lo que esta palabra ha llegado a significar y la utilizamos únicamente a falta de otra mejor. Este es el camino del logro de conciencia por el dominio de las funciones físicas, por la *superación del dolor.* Es el camino de la transmutación del dolor en voluntad. En el Oriente incluye muchas prácticas de faquiresy en su forma completa se le conoce como el hata yoga. Pero, mientras que los orientales más pasivos pueden seguir este camino sosteniendo en alto sus brazos, encima de la cabeza, o sentándose en la cúspide de una columna durante siete años, como San Simeón el Estilta, en el Occidente el dominio del cuerpo toma una forma bastante diferente.
En la vida moderna, los mejores ejemplos de hombres que siguen el camino ascético son ciertos exploradores o escaladores de montañas, hombres que al intentar llegar a los polos o escalar los picos del Himalaya, soportan tremendas penalidades y fuerzan a sus cuerpos más allá de su límite de resistencia, bajo una compulsión que ellos mismos nunca pueden explicarse por entero. Scott y sus compañeros, helándose paulatinamente hasta la muerte en el Polo Sur, Irving y Mallory trepando solitarios hacia la cumbre del Monte Everest, que nunca pudieron alcanzar y de donde nunca podrían volver, eran de hecho faquires occidentales, empeñados en *hacerse almas en el camino primero o ascético.*
El segundo camino recuerda lo que se conoce en Occidente como el *misticismo,* aunque, otra vez, la palabra no es satisfactoria. Es el camino de lograr conciencia por el dominio de la función emocional, *venciendo al temor.* Es el camino de la transmutación del temor en amor. Por este camino un hombre recibe con regocijo todas las situaciones que de ordinario dan origen al temor o el disgusto, precisamente para mostrar que esas emociones pueden transformarse en algo muy diferente, esto es, en la sensación enteramente nueva del éxtasis. Da la enhorabuena a la pobreza, el celibato, la enfermedad, la obediencia absoluta a la voluntad del superior religioso y a muchas otras limitaciones al placer ordinario. Sacrifica todas las emociones pequeñas y triviales con el objeto de adquirir una emoción grande y transcendental.
San Francisco de Asís es tal vez el mejor ejemplo occidental de un hombre que sigue este camino y su abrazo al leproso es una demostración clásica del método de adquirir amor por la superación del temor. Otros que –como Florence Nigthtingale– vencen deliberadamente su repugnancia natural con el objeto de servir al enfermo, el pobre, el anciano y el oprimido pueden ser, también, candidatos involuntarios para este segundo camino o camino emocional hacia la conciencia.
El tercer camino es el que se acostumbra entender por *filosofía. Es* el camino de lograr conciencia por el dominio de la función intelectual, por la *superación del pensamiento.* Es el camino de la transmutación del pensamiento en comprensión. Por este camino un hombre procura someter el divagar sin sentido de la mente al esquema de las leyes cós. micas. Se esfuerza por pensar en todo lo que le acontece, sobre todos quienes encuentra, sin ninguna relación con lo que le agrada o le desagrada, sino en relación con los grandes principios. En esta forma deviene gradualmente liberado de un punto de vista subjetivo y adquiere una comprensión objetiva. Este ha sido el camino no sólo de grandes pensadores de escuelas eclesiásticas y filosóficas en el pasado –de Santo Tomás de Aquino y de Isaac Newton, por ejemplo– sino que en nuestros días, también, está particularmente abierto para aquellos de mentalidad científica, *supuesto que efectivamente se esfuerzan por vivir todos los lados de su vida de acuerdo con las grandes leyes que estudian o descubren.*
Vemos así que los tres caminos a la conciencia –ascetismo, misticismo y filosofía– no solamente produce escuelas independientes propias, sino que también pueden ser incluídas como ‗órdenes' separadas dentro de alguna gran escuela histórica, tal como la Iglesia Católica Romana; y, otra vez, aún puede ser seguido por individuos independientes, sin conexión exterior con alguna escuela.

Al capacitar a los hombres para crearse sus propias almas mediante el trabajo consciente sobre sus diferentes funciones, al capacitarlos para crear tres clases diferentes de almas, por así decirlo, estos caminos literalmente *alimentan* la gran alma de su cultura. Ciertamente, suministran las tres clases de alimento que requiere esta gran alma, exactamente como el alimento material, el aire y las percepciones, digeridas por las diferen. tes funciones, proveen de tres clases de nutrición requerida por el cuerpo.
Empero, hay un cuarto camino, acerca del cual se conoce mucho menos de ordinario. Este camino consiste en el dominio de las funciones instintiva, emocional e intelectual *al mismo tiempo;* en la transmutación del dolor, el temor y el pensamiento en sus contrapartes más altas de voluntad, amor y comprensión *simultáneamente.* En este camino un hombre se esfuerza por ser consciente por lo menos en las tres funciones a la vez. Y procura armonizar el trabajo de estas funciones, hacer que la una ayude a las otras y sirvan a la misma aspiración. Así, si fuerza a su cuer po a realizar alguna tarea física muy difícil, también deliberadamente trabaja para transformar sus pequeños temores y resentimientos que puedan surgir de él y, todavía más, procura comprender lo que está haciendo y por qué lo hace, y referir todo cuanto se conecta a su conducta a las grandes leyes naturales con las cuales ya se ha familiarizado. En este camino, tiene tres campos separados de estudio, cada uno de los cuales explica y refuerza a los demás.
De este modo, la conciencia que se desarrolla por el cuarto camino es más general. Abarca todos los lados del hombre y es menos probable que pueda dejar sin ver alguna debilidad fundamental o alguna deficiencia peligrosa. Por esta razón –a desemejanza de los caminos ascético y místico, que habitualmente requieren el sacrificio inmediato de cuanto es familiar y la traslación a condiciones muy diferentes, como aquéllas del desierto o las del monasterio– el cuarto camino se sigue en las condiciones de la vida ordinaria. El hombre que emprende este camino tiene que llevar adelante todos sus experimentos y esfuerzos en su ambiente habitual, y todos estos experimentos –aparte de los resultados internos por los que trabaja– deben producir resultados externos que son razonables y benéficos desde un punto de vista ordinario.
El cuarto camino hacia la conciencia es algunas veces más rápido y otras más lento que los demás. Pero su característica principal es que es más armonioso y, así, más seguro. El hombre que ha aprendido a transformar sus emociones en la atmósfera especial de un monasterio, si es intempestivamente requerido por el destino a luchar por su vida en los negocios mundanos, puede hallar que sus métodos son inútiles y que ha desperdiciado su trabajo. El asceta que ha adquirido voluntad viviendo en una caverna y en el ayuno, si intempestivamente se le pone en condiciones donde todas las clases de placer físico son libremente accesibles, puede encontrarse abrumado por los apetitos cuya existencia ni siquiera sospechaba. El hombre que ha trabajado en el cuarto camino, por otro lado, y que ha procurado devenir consciente en todas sus funciones y en todas las situaciones, no podrá caer tan fácilmente. Para él la conciencia no dependerá de asociaciones especiales, sino que será aquélla que le acompañará toda la vida, ayunando o bebiendo vino, solo o entre la multitud, trabajando o meditando. Será *aquélla que ilumina todo cuanto acontece.*
Han existido y existen escuelas del cuarto camino, así como han existido y existen escuelas de los tres caminos tradicionales. Pero aquéllas son mucho más difíciles de reconocer porque –a diferencia de las otras– no pueden reconocerse por alguna práctica, método, tarea o nombre. Están inventando siempre nuevos métodos, nuevas prácticas, adecuadas al tiempo y las condiciones en las cuales existen y cuando han alcanzado la tarea que se fijaron, pasan a otra, cambiando a menudo su nombre y toda su apariencia en el proceso.
Así, indudablemente las escuelas del cuarto camino estuvieron trás los diseños y construcciones de las grandes catedrales góticas, aunqueno tenían nombre especial y se adaptaron a la organización religiosa de la época. En el siglo XVII, escuelas análogas

fueron responsables de mucha de la nueva investigación científica y médica, algunas veces bajo un solo nombre, otras veces, bajo otro. Otra vez, en el siglo XVIII, escuelas del cuarto camino tomaron de prestado muchos de los descubrimientos de la arqueología griega y egipcia para vestir sus ideas y su organización, mientras que algunos de sus dirigentes –en orden a penetrar en los círculos amantes del lujo y sofisticados, donde tenían que realizar su trabajo– podían aún aparecer a la guisa de magos y mesmeristas de moda.

Porque el cuarto camino procura introducir la conciencia en todos los lados de la vida y su forma siempre está conectada con aquélla que es la novísima, con aquélla que prepara el futuro.

Al mismo tiempo, por definición, el cuarto camino –como en los otros tres caminos– se preocupa primordialmente del desarrollo de las almas humanas. Y su verdadero trabajo, como el de aquéllos, es nutrir el alma de la cultura en la que actúan. Puede decirse, así, que el estado del desarrollo del alma de cualquier cultura dada será el resultado directo de estos cuatro caminos, y del trabajo de las escuelas que los estudian.

Existe en realidad una manera de poder clasificar las almas de las civilizaciones y sus diferentes fases. Esto es de acuerdo con su visión del universo.

En la primera parte del presente libro, intentamos establecer la estructura general del universo. Tuvimos que suponer un *Absoluto* filosófico en que nadaran, por así decirlo, un número infinito de *galaxias.* De modo semejante, dentro de nuestra propia galaxia o Vía Láctea nadan innumerablés soles. Dentro de nuestro Sistema Solar nadan *planetas.* Sobre la superficie de nuestro planeta, la Tierra, nada el mundo de la *vida orgánica.* Dentro de este mundo de vida orgánica nadan *hombres* individuales; dentro del hombre, *células;* dentro de las células, *moléculas;* dentro de las moléculas, *electrones.*

Ahora bien, cada mundo o cosmos es inconmensurable para el que lo contiene. Desaparece en el mayor; en relación con él, resulta invisible. El cosmos superior contiene posibilidades infinitas para el inferior, constituye para él un Dios. En este sentido cada mundo puede considerarse como Absoluto o como Dios para la escala de entidad menor. No obstante, el hombre, por su naturaleza extraordinariamente complicada, está al parecer dotado del poder de aprehender no sólo el mundo situadoinmediatamente encima de él –es decir, el mundo de la vida orgánica del que forma parte– sino muchos mundos superiores, la Tierra, el Sol, la Vía Láctea y, aún, llega a suponer filosóficamente un Absoluto de absolutos. Así que el hombre tiene a su disposición muchos absolu. tos o dioses por escoger.

Si ahora consideramos diferentes civilizaciones y aún pueblos diferentes dentro de la misma civilización, comprendemos que, en forma general, el hombre ha situado su Absoluto, esto es, su concepción de Dios, unas veces más y oiras veces menos alto en el universo.

En varias épocas, frecuentemente en los comienzos de las civilizaciones, se han hecho intentos por difundir la idea de un Absoluto de absolutos, un Uno abstracto y sin forma. Pero, evidentemente, esta idea es imposble para fines ordinarios, pues al agregársele cualquier nombre o atributo, o al asociarle con un cielo o cuerpo celestial particular, se le hace descender ya a otro nivel. Y desde que ningún homenaje o estudio general puede realizarse sin nombres o imágenes, este nivel de ‗dios' está completamente fuera del alcance del hombre.

Ocasionalmente encontramos un absoluto galáctico, como el Khepera egipcio, creador de los mismos dioses, o como Shiva, para quien toda la vida del Sistema Solar transcurre en un parpadeo de su ojo. Pero semejante concepción es todavía mucho más difícil para los hombres ordinarios y nunca rebasa al sacerdote o la casta de brahmanes.

Generalmente, en el mismo despertar de cada civilización, junto con estas ideas abstractas, se sitúa en el nivel del Sol un absoluto más posible. Los hombres pueden sentir el calor y la luz del Sol, comprender su completa dependencia a él, estudiar intelectualmente su naturaleza y regocijarse emocionalmente en él como fuente de vida, de las estaciones, la belleza del color,

etc. Así que, con frecuencia, una deificación del Sol proporciona a los hombres un absoluto real y viviente que puede atraer su adoración en forma muy inmediata. Ra en Egipto, Apolo en Grecia, Baal en Siria, Tonatiuh en México e Indra en India, fueron dioses colocados a ese nivel.

En otras épocas, frecuentemente en una etapa posterior y más bien decadente de una civilización, la veneración general empieza a moverse hacia el nivel de los planetas o de la Tierra misma. En las últimas fases de los mundos griego y romano, al final de la Edad Media y particularmente en muchas sectas del siglo XVII, los seres planetarios se convirtieron en la concepción más alta o absoluta, y de la idea de la ínteracción de sus influencias, o de cierta forma de utilizar o laborarcon estas influencias, erigióse la pseudociencia de la magia. El prevalecimiento de ideas de magia está casi siempre relacionado con el politeísmo inherente a la consideración de los planetas como dioses o absolutos.

En una etapa todavía más avanzada de degeneración, que en general se aprecia en los descendientes lejanos de una civilización antigua que viven como salvajes, los poderes más altos están asociados con manifestaciones de la naturaleza –relámpago, lluvia, bosques, montañases decir, en el mundo de la vida orgánica, inmediatamente por encima del hombre. Esto es colocar al absoluto en un nivel todavía más bajo.

De esta suerte, disponemos de un esquema para el estudio de la religión comparada y, también, apreciamos que el desarrollo de cada civilización está acompañado generalmente por la degeneración de la idea del absoluto a niveles cada vez más bajos. Esto, observado directamente, parece absurdo, puesto que se puede esperar que los últimos hombres puedan mirar hacia atrás y contemplar concepciones más altas reveladas en la historia que ven tras sí. Pero una treta curiosa de la psicología humana hace muy sencilla la transición descendente. Estas concepciones más altas, vistas a través de las lentes distorsionadas del tiempo, aparecen al hombre más degenerado como superstición. Y aplicando a ellas este nombre, queda enteramente satisfecho con su propio nivel de comprensión.

Hablamos de salvajes que tomaban por absoluto o Dios al mundo de la Naturaleza. Sin embargo, todavía existe otra etapa de degeneración, particularmente prevaleciente en nuestra propia época. Esta se expresa en la captación de un *hombre* como absoluto o dios, es decir, que considera al hombre común no desarrollado como el ser o poder más alto en el universo. Esto, por supuesto, es completamente distinto de la idea de santos, puesto que de inmediato la santidad presupone un dios o poder mucho más alto, para el que el santo actúa como intermediario. La deificación de un emperador romano, la veneración a un Hitler, la obediencia absoluta a algún gobierno de partido o, por otra parte, la idealización de una figura imaginaria como el Hombre Común, *cuando no se reconoce un poder superior,* son ejemplos de considerar al hombre como dios o absoluto. Este es el nivel más bajo de aprehensión humana que podemos concebir.

Más aún, es una indicación del desarrollo del proceso criminal o corruptivo en el cuerpo de una civilización. Puesto que la característica de este proceso, como vimos muy atrás cuando lo consideramos en el Sistema Solar y en el hombre, es la relación equivocada entre la parte y el todo. Una creencia general en el hombre como poder más alto del universo, significa que la humanidad ha perdido completamente su acertada relación con todo el cuerpo cósmico. De semejante estado patológico raramente se recuperan las civilizaciones. Y, entonces, es llegada la hora de reconstruirlo todo desde el principio para una civilización enteramente nueva que esté por nacer.

CAPÍTULO 16. EL ARBOL GENEALÓGICO DE LAS CIVILIZACIONES [67]

I NACIMIENTO Y RENACIMIENTO DE LAS CULTURAS

La civilización ancestral de nuestra cultura Occidental es, evidentemente, la Griega. Antes de ella Europa era un boscoso Edén habitado por tribus dispersas, con hábitos tribales. No había producido ciudades, ni literatura, ni ciencia general ni religión. Civilizaciones más tempranas –en Egipto, Mesopotamia, India Y China– se habían desarrollado entre gentes de raza bien diferente y bajo condiciones climáticas completamente distintas y, por tanto, no pueden considerarse pertenecientes a esa línea de desarrollo.

Ignoramos la identidad de los hombres conscientes que a principios del siglo VI a. C., concibieron la primera verdadera civilización de Europa. Tenemos a Solón, medio legendario, promulgador de leyes, poeta, reformador, civilizador, tradicional ―padre de su pueblo"; y al contemporáneo suyo, Thales de Mileto, figura igualmente indefinida de primer científico, observador y demostrador de las leyes de la Naturaleza y del Universo. Estos apenas emergen todavía del invisible ―período de incubación" de que liemos hablado. Quizás no son más que figuras representativas. Porque los verdaderos fundadores deben haber introducido el conjunto intensamente concentrado de conocimientos necesarios a un nuevo principio análogo desde alguna civilización ya altamente desarrollada –probablemente la Egipcia– y parece posible que aquéllos fueron hombres de esa raza extranjera.

En cualquier caso, es en el término de la vida de sus discípulos que los perfiles de una nueva cultura resultan magníficamente evidentes. En el término de ochenta años, en las playas de Grecia y en el sur de Italia, donde antes sólo se construía con palos y tejas, se elevan templos más delicados como jamás fueron hechos por el hombre. Para hacer posible este logro técnico, Pitágoras ya había desarrollado las leyes internas de la armonía y trabajó en sus manifestaciones por crear una nueva arquitectura y una música nueva. Anaximandro, discípulo de Thales, había inventado los instrumentos básicos de una nueva tecnología – el gnomo, el reloj, la esfera astronómica. Escultores desconocidos habían despertado a la estatuaria egipcia de su inmovilidad intemporal para crear la figura del kouroi, el hombre de vivos ojos de la nueva edad.

Pintores de vasos habían colocado una simbólica mitología de la relación entre los hombres y los dioses en cada hogar; y la forma dramática de la tragedia, creada por Thespis, reveló el eterno choque entre la obstinación del hombre y las leyes superiores del Universo en grandes festivales dramáticos donde, en esta forma, el pueblo entero podía ―ser purgado con piedad y terror".

Mas, tras esta diversidad sentimos una fuente informadora, algún centro escondido de vitalidad que es sugerido, aunque nunca revelado, por el extraño papel de los misterios de Eleusis.

Por tanto, en el término de una vida, una nueva forma se había establecido para cada aspecto y función de la nueva civilización. Su ‗personalidad' era completa y sólo quedaba que todas las implicaciones técnicas e intelectuales de estas nuevas formas fueran perfeccionadas, elaboradas, popularizadas y, todavía, volverse más tarde estilizadas, exageradas, decadentes.

En este punto es interesante observar la labor de las leyes de escala. Vimos cómo el organismo humano se desarrolla de acuerdo con una curva definida desde una sola célula, hasta muchos miles de millones. Así acontece con una civilización. Esta cultura griega, con todas sus potencialidades comprimidas al principio del siglo VI dentro de un hombre

[67] Véase el Apéndice VII, ‗Vida y Muerte de las Civilizaciones'.

o un puñado de hombres, a la mitad del siglo ya había absorbido algunos centenares de los individuos mejores y más creadores y, hacia el final, había ‗organizado‘ dentro de un nuevo modelo de vida a millares de ciudadanos de Atenas, Crotón, Siracusa y media docena de otros centros.
Este crecimiento o incorporación de un número cada vez mayor de ‗células‘ humanas continuó firmemente. A lo largo del siglo Y, colonias en el Mar Negro, en Sicilia y en Asia elevan gradualmente la población del mundo griego a centenares de miles. En el siglo IV mediante la instrumentalidad de un gran conquistador del mundo en la persona de Alejandro el Grande, la escala alcanzó los millones.
Al mismo tiempo, en exacta relación con este ‗crecimiento‘, disminuye la intensidad de la helenización y los últimos millones incorporados al cuerpo político griego, tienden más bien a oscurecer su naturaleza – del modo como las capas de grasa acumuladas por un hombre robusto, aunque incorporadas a su cuerpo, sólo sirven para opocar su naturaleza y posibilidades verdaderas. Sin duda habrían logrado su destrucción completa si no fuera por los hombres más conscientes como Sócrates, Platón, Aristóteles y otros que continuaron produciéndose desde el centro o cúspide de la civilización. Estos mantienen vivo el organismo. Sin ellos resultaría un monstruoso autómata o Frankenstein lanzándose a la destrucción.
Aún así, llega la hora en que la vida interna de la cultura es insuficiente para contener la tendencia patológica que siempre está esperando atacar a un organismo maduro. Las conquistas se desvanecen y el mundo griego, como un anciano, empieza a opacarse y abatirse. Cuando no tiene sino cuatro siglos y medio cae bajo el influjo de la nueva civilización Romana y, a partir de entonces, vive una vida de servidumbre, enseñando o alcahueteando a su joven ama, hasta que, ochocientos años después de su fundación, la patria griega es arrasada por los godos y, finalmente, fenece la civilización helénica como organismo independiente.
Pero, ¿de dónde ha surgido esta nueva civilización Romana? En los comienzos del siglo IV a. C., cuando la civilización griega tenía dos siglos y medio tras sí, existía en Samos la escuela de Epicuro y en Atenas la de los estoicos presidida por Zenón. Quien haya pasado en esa época desde estas escuelas a la frontera todavía bárbara de la ciudad de Roma, lo ignoramos. Pero sabemos que más o menos en esa época ocurrió en Italia exactamente el mismo fenómeno de asombroso crecimiento, de súbitas manifestaciones brillantes en cada fase ¯a la actividad humana, como previamente ocurriera en Grecia Y sabemos, también, que esta nueva civilización Romana desde sus más– tempranos días hasta su devastación por los hunos y los vándalos, ochocientos años después, estuvo informada por las ideas gemelas del Epicureísmo y el Estoicismo.
Y, sin embargo, la esencia de esta cultura Romana era bien diferente de la Griega. Sus monumentos no eran templos, sino caminos y acueductos; y su instrumento de expansión no era la Filosofía sino las legiones que marcharon por esos caminos. Atrajo a los hombres no porla influencia del arte o del pensamiento, sino por el de la ley y el orden. Así que, después de tres siglos de crecimiento, su musculatura de caminos y campos sirvo a un imperio todavía mayor al que precedió, unido por el sistema nervioso de la filosofía griega.
Fué entonces, en este momento de su madurez, que se concibió en el mundo romano un hombre a quien conocemos históricamente por Jesús Cristo y que, de acuerdo con el relato, en una actividad de pocos años no sólo fincó los cimientos de la siguiente civilización, sino que estableció aún cierta forma o ideal hereditario para tres o cuatro generaciones de culturas sucesivas. En este caso disponemos de trazas literarias definidas de un fundador único, de su circulo inmediato de doce discípulos y de las ‗Actas de los Apóstoles‘ por las que, en el transcurso de unas cuantas décadas, ideales y organización fueron difundidos a través de todo el Mediterráneo Oriental.

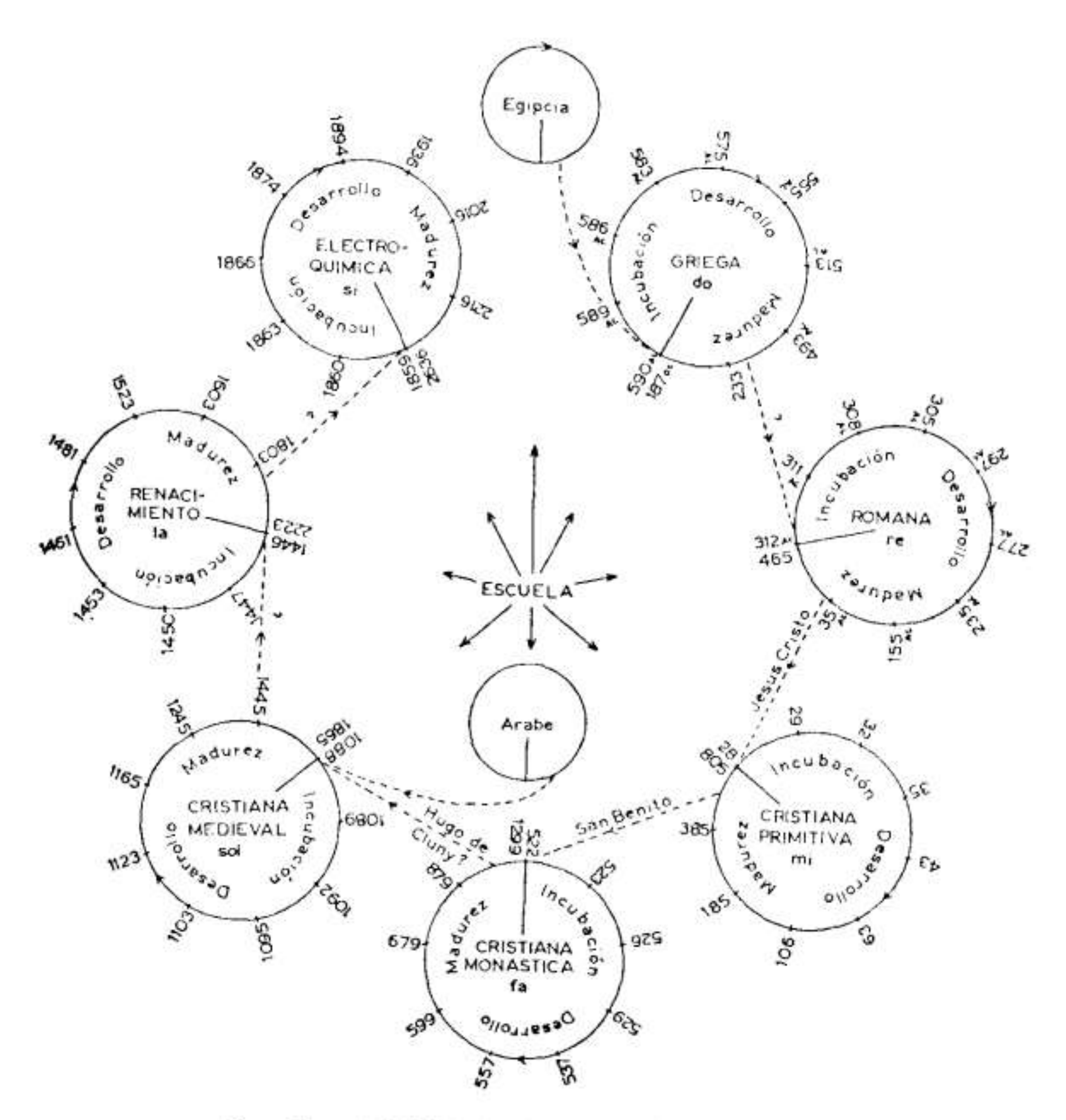


Figura 14: LA SUCESION DE LAS CIVILIZACIONES EN EUROPA

Civilización	*Transmisión de Ideas*	*Monumento*
Griega	Drama, música	Templo, teatro
Romana	Código y leyes	Carreteras, acueductos
Cristiana Primitiva	Predicación	El Nuevo Testamento
Cristiana Monástica	Manuscritos iluminados	Monasterio, abadía
Cristiana Medioeval	Ritual, escultura	Catedral, iglesia
Renacentista	Libros impresos, pintura.	Universidad, escuela
Sintética	Radio, cinema	Aparatos electro-magnéticos

Esta Civilización Cristiana Primitiva tenía su centro de gravedad en un nivel más sutil que la Griega o la Romana. Su mayor monumento no fué ni el camino ni el templo, sino un libro, el Nuevo Testamento; y en sus primeras etapas creció y estaba unida, no por un

sistema artístico político, sino por uno metafísico de extraordinario refinamiento. Por así decirlo, su centro de gravedad quedó más cerca de su alma que en cualesquiera ele sus predecesores.
Más aún en este caso, el cuerpo material de la civilización también creció de acuerdo con las mismas leves y desde las ‗siete iglesias en Asia' del siglo 1, alcanzó a su vez madurez imperial en el reconocimiento de la Cristiandad como dogma oficial del Imperio Romano alrededor del año 32 D. C. La Civilización Cristiana abrazó al mundo, declinó, degeneró. Ochocientos afros después de su concepción, el Papado, su expresión temporal más alta, era objeto de regateo comercial en el mercado romano.
Así murió la Civilización Cristiana Primitiva. Pero ya en 529 un hombre que fué quizás su producto más alto, San Benedicto, había fundado en Monte Cassino un convento donde, en un pequeño circulo cerrado; todo fué reconstruido, hecho otra vez desde el principio, en una forma nueva, apta para una nueva edad. Era el nacimiento de la Segunda Civilización Cristiana o Monástica.
Carecemos de tiempo o de lugar para trazar con mayor detalle este nacimiento de una civilización partiendo del cuerpo de otra, la Cristiana Medioeval derivada de la Cristiana Monástica, el Renacimiento desprendido de la Medioeval, la nueva civilización sin nombre del futuro, derivada de la del Renacimiento. No podemos más que ver en principio que, en cada caso, esta nueva concepción fué prohijada por una influencia vitalizadora proveniente de alguna cultura bien extraña – la Medioeval por nuevo conocimiento (le] mundo árabe; el Renacimiento, por los sabios expulsados de la civilización Bizantina a la caida de Constantinopla; la nueva civilización de nuestros días por la difusión de la antigua sabiduría procedente de la India y el Tibet.
Todo lo que podemos ver con certidumbre es que, para aquellos involucrados, el nacimiento ele una nueva civilización debe haber significado una y otra vez en la historia que *todo tenía que ser reconstruido, todo tenía que hacerse nuevamente desde el principio,* en una nueva forma, apropiada a la nueva edad. Mirando hacia atrás, desde nuestro punto de vista, sobre toda la pendiente de la Historia, podemos ver que cada nuevo comienzo no era en realidad sino un tremendo esfuerzo para proseguir. No había principio, sino sólo una continuación de la vida de la Humanidad. Para aquellos que tuvieron que iniciar, que engendrar una nueva fase de desarrollo humano, este principio era vida o muerte. Pero desde el punto de vista de las estrellas nada se alteró porque la Humanidad y todas sus potencialidades, permaneció la misma.

II LA HORA TERRESTRE DE LA CIVILIZACIÓN

Cuando contemplamos con más objetividad esta secuencia o pendiente de civilizaciones, surgen varios hechos extraños. En primer lugar, en contramos que más o menos los mismos elementos raciales están incorporados ora en el cuerpo de una cultura de cierto tipo, ora en el de unta cultura basada en capacidades, ideales y comprensiones absolutamente diferentes. Durante la mayor parte de estos dos milenios, las actuales razas de Europa han permanecido notablemente invariables y todavía continúan distinguiéndose neta y claramente entre sí en nuestros días Y, sin embargo, este mismo material, esta misma aglomeración de células, podría formar civilizaciones diferentes de contrastes extraordi narios.
Casi pareciera que estas diferentes civilizaciones expresan el dominio de una o de otra función de su cuerpo mayor. En el mundo griego, la mente tiene ascendiente, en el romano es una función motriz que se expresa en un interminable marchar y construir; en el Cristiano Medioeval, cierta emoción mística especial.
La calidad de cada una de estas civilizaciones corresponde ciertamente al tipo psico-físico y la capacidad de la raza que la patrocina. Una civilización es concebida por los griegos,

otra por los romanos, una tercera por los franceses y una cuarta, nuevamente, por los italianos. Pero muy pronto todas las otras razas de la familia europea se encuentran imitando con más o menos éxito el ejemplo del líder y, visto en una escala de siglos, el empeño principal de todo el Continente parece cambiar del pensamiento al trabajo, el arte, el misticismo, en forma muy extraordinaria e inexplicable.

Puesto que el material del gran cuerpo de estas civilizaciones es el mismo ¿qué ha cambiado para producir esos diferentes intereses, esos diferentes logros y esos diferentes ideales en épocas sucesivas? ¿Podemos trazar algún movimiento cósmico que parezca corresponder a este grado de cambio?

Cuando estudiábamos los tiempos del Universo llegamos a la conclusión de que el tiempo de un respiro solar era reminiscente del período de la precesión de los equinoccios, durante los cuales la Tierra mueve su eje alrededor de un círculo completo de estrellas fijas. El efecto de este movimiento es que la posición del Sol en el equinoccio primaveral pasa gradualmente a través de todo el ciclo del Zodíaco, siendo recuperada la posición original sólo después de 25.756 años. Por tanto, los signos del Zodiaco usados como divisiones matemáticas del curso del Sol ya no corresponden a las constelaciones actuales que llevan estos nombres, porque las últimas han sido, por decirlo así, dejadas atrás. En otras palabras, la radiación del Sol actúa en la Tierra en una combinación que cambia lentamente, con cualquier influencia que pueda recibirse desde el centro de la galaxia.

En un capítulo anterior consideramos la vida en la Tierra según la analogía de una obra escenificada en un foro alrededor del que las luces de colores de los planetas se movían constantemnte para producir efectos emocionales siempre cambiantes. Pero al mismo tiempo, consideramos que el efecto estuviera sutilmente influído en otra forma bien distinta, por una música tenue ejecutada fuera de escenario, que alteraría el sentimiento del espectador hacia la obra, sin que siquiera se diera cuenta de ello. En nuestra analogía, esta mística distante puede cambiarse con el efecto de nuestra relación cambiante con el Zodiaco, esdecir, con la Vía Láctea. Entonces, si consideramos a una civilización como la ejecución completa de la obra, quiere decir que cada ejecución tendría un acompañamiento musical muy diferente. Y esto, a su vez, significa que el efecto total emotivo será sutilmente cambiado y que la misma obra conmoverá a aspectos muy diferentes de humanidad, según vayan siendo incitados.

Como recordamos, el eje entre la Tierra y el Sol se mueve gradualmente alrededor de todo el Zodíaco en 25.765 años. Este período no sólo parece equivalente a un respiro solar sino que, considerando que la vida de la Tierra tiene una duración entre 1.1/2 y 2 mil millones de años, también representa exactamente la mitad de un día terrestre. Por tanto, el tiempo que emplea este eje en pasar a través de uno de los signos zodiacales, esto es, 2,150 años, corresponderá a cierta hora en este gran día de la Tierra; y como una hora de la mañana, el mediodía o el atardecer en los días comunes del hombre, cada hora cósmica tendrá su calidad propia, sus propias posibilidades y su propio llamado emocional.

Más aún, si imaginamos a esta hora cósmica de 2,150 años, formando una octava, cada nota de esta octava durará un poco más de 300 años. Estos tres siglos parecen corresponder completamente a una generación de cultura, es decir, el tiempo entre el nacimiento de una civilización y el momento en que, habiendo alcanzado madurez, da a su vez nacimiento a la nueva civilización que habrá de suplantarla.

En esta forma vemos que la octava de civilizaciones europeas que hemos intentado discernir puede, en cierto modo, representar el efecto de las siete notas sucesivas de una hora terrestre en el mundo de los hombres y, teóricamente, una cadena de M civilizaciones semejantes debe representar un día entero en la escala de la Tierra.

Pero aparte del ciclo europeo que hemos estudiado, es verdaderamente difícil establecer cualquier cosa de modo bien definido, aunque una octava previa o, quizás, hasta dos

octavas de civilizaciones puedan discernirse en Egipto; y existen indicios de otros milenios de cultura en América, China, India y Mesopotania.
Empero, remontándose todavía aún más, es interesante considerar las muchas leyendas de cierta catástrofe terrestre, a la que se atribuye la destrucción del continente de la Atlántida y haber producido una rotura casi completa en la cadena de la cultura humana. Hoy día, la comparación de evidencias astronómicas, geológicas, arqueológicas ymíticas, parece confirmar semejante catástrofe y situar su fecha entre los años 11,000 o 12,000 a. C. [68]
En ese remoto período, el Sol estuvo en el equinoccio primaveral, en vez de estar en Picis o en Aries, como en esta última edad, estuvo en el signo de Libra. Esto significa que en el solsticio, en lugar de quedar colocado el Sol en dirección opuesta al centro galáctico como ahora, queda en la misma dirección. Estas dos inmensas fuerzas, actuando en la misma *dirección,* pueden haber producido realmente, en esa conjuncíón, una tensión insoportable en la superficie de la tierra y el desastre consiguiente para la humanidad.
En cualquier caso, toda la relación de influencias solares y galácticas debe haber sido, entonces, el reverso de lo que es ahora y muy bien puede ser que semejante desastre estuviera conectado en alguna forma con la noche cósmica que precedió a nuestra presente cadena de civilizaciones, separándola por completo de los trabajos del hombre en una edad más temprana no consignada.

III LA ERA DE LA CONQUISTA DEL TIEMPO

Cuando más estudiamos este ciclo de civilizaciones pasadas, más urgentemente se nos plantean estas preguntas: ¿Qué es *muestra* civilización? ¿Cuáles sus características? ¿Cómo puede desarrollarse? ¿Estamos asistiendo a un nuevo nacimiento o sólo a una muerte obvia?
Estas preguntas son muy difíciles de responder. Porque visto de cerca, con mucha frecuencia la decadencia parece progreso y el progreso parece decadencia; igual que pueden parecer idénticos por un momento un día primaveral y otro de otoño.
Empero, si contemplamos el pasado, observamos que realmente vivimos en un mundo muy diferente al que existió hace cien años – diferente en ideales, expresión, comprensión, intereses, posibilidades y en cualquier otro aspecto. Y si consideramos que una generación de cultura dure de 300 a 400 años y situamos el nacimiento de la civilización del Renacimiento alrededor de 1450 D. C., nuevamente aparece claro que una nueva era va *debería* haberse iniciado para nosotros.
Pero ¿cuándo se inició? ¿Cómo se la puede reconocer? ¿Por medio de qué signos podemos distinguir a la nueva en desarrollo, que parte de la antigua agonizante?
La principal característica de esta nueva cultura, que algún día podrá ser llamada ‗la Era de la Conquista del Tiempo' no fué aparente en un principio. Así como el Renacimiento, era de la conquista del espacio, no principió con el descubrimiento de América sino con la invención del dibujo en perspectiva, que capacitó por primera vez al hombre para proyectar con precisión tres dimensiones espaciales en dos, así esta nueva era fué lanzada por novedades mecánicas y filosóficas cuyo significado real quedará oculto en el futuro.
‗La conquista del tiempo' es, en verdad, una anomalía, así como lo fué la ‗conquista del espacio'. Nadie puede conquistar ni el tiempo ni el espacio. Ellos representan, siempre representarán dos diferentes proyecciones de nuestro universo; el plano y la elevación, por así decirlo. Y tan imposible es conquistar alguno, como imposible es ‗conquistar' la superficie de una mesa o una manzana. Sin embargo, tales superficies pueden ser estudiadas, exploradas, penetradas; y se puede alterar permanentemente su configuración como cuando uno siente, pellizca y por fin muerde la manzana. Y en este período, cuya concepción está en un lapso

[68] H. S. Bellamy: ‗The Atlantis Myth', (El Mito de la Atlántida), especialmente pág. 113.

alrededor del año 1865, de hecho los hombres aprenden a explorar el tiempo, a comprender al tiempo y a entrar en una relación con el tiempo, diferente a la que disfrutaron con anterioridad.
Entre las innúmeras invenciones de este período sólo necesitamos escoger tres para demostrar esta tendencia. En 1872, Edward Muybridge anticipó la cinematografía rompiendo el movimiento en unidades constitutivas con cámaras coordinadas que registraron las posiciones sucesivas de caballos de carreras. Oculta en esta invención se encontraba la posibilidad de volver a unir estas ‗unidades' de movimiento *en formas diferentes,* esto es, de reproducir eventos ya más rápida ya más lentamente de lo que realmente fueron, o a la inversa. De un solo golpe se había mostrado una técnica para destruir la ilusión con la que los hombres habían vivido durante millares de años – *la de que el tiempo fluye en una dirección, a una velocidad uniforme.*
Cuatro años más tarde, Alexander Graham Bell inventó el micrófono. Y, nuevamente, dentro de este invento aparentemente sencillo quedaba la posibilidad de que un solo hombre se dirigiera no a centenares sino a millones de hombres simultáneamente, de proyectar su voz y su presencia sobre todo el mundo, sin *la mediación del tiempo.* Previamente la comunicación humana más allá del alcance del oído se basaba en el tiempo. Si un hombre deseaba dirigirse a un gran número de otras personas, tenía que hablarle a la multitud en un lugar; luego, transportarse a un segundo lugar, hablar ahí; moverse a un tercer lugar, etc. Aún si escribía un libro, el libro tenía que ser impreso y las copias tenían que enviarse a los lugares o países donde vivían los lectores. Y todo esto significaba *tiempo.*
Una tercera invención, la del fonógrafo de Edison, lograda en 1877, tuvo el efecto inverso. Anteriormente, las ondas del sonido desaparecían casi instantáneamente con su producción. No había manera de conservarlas más allá del tiempo que tardaban en reverberar o en hacer eco, medio minuto a lo sumo. Ahora, de repente, el sonido pudo conservarse en la misma forma que las imágenes visuales se habían conservado durante siglos. Un discurso pronunciado hoy, podía reproducirse exacta. mente en diez o en cien años. Súbitamente el tiempo se introdujo como una dimensión en fenómenos donde antes no estaba presente.
Hay, de hecho, una definida condición en este cambio de ra relación del hombre con el tiempo y esta condición empezó a ser descubierta en la séptima década del siglo XIX. El movimiento mecánico implica tiempo; en tanto que el movimiento electromagnético, en relación con la percepción humana, es instantáneo. Por ejemplo, una carretilla sólo puede existir en un solo lugar en determinado momento; mientras que la misma luz puede existir simultáneamente en muchos lugares. Desde el principio del mundo los hombres han estado rodeados por fenómenos de estos dos órdenes. Pero hasta el siglo XIX habían permanecido enteramente distintos. El movimiento de un cuerpo físico solo podía conducirse mecánicamente con el empleo de tiempo. El movimiento de una impresión visual, que depende de vibraciones electromagnéticas, era instantáneo e impreservable.
Las invenciones que constituyeron la simiente de la Era del Tiempo se originaron del descubrimiento gradual de que el movimiento mecánico y el movimiento electromagnético eran intercambiable. Merced al cambio de las ondas electromagnéticas en movimiento mecánico, como en el cinema o en el fonógrafo, se introdujo el tiempo en donde nunca había estado. Reemplazado el movimiento mecánico con impulsos electromagnéticos, como en la radio o en el teléfono, los fenómenos se hicieron instantáneos, cuando antes sólo podían efectuarse con la ayuda, del tiempo.
Hasta en medicina, el reemplazo de medicamentos naturales que actúan sobre los órganos, por los sintéticos, que actúan sobre las células, o por el tratamiento de onda corta que actúa sobre las moléculas, era un intento de acelerar el proceso de curación transfiriéndolo al tiempo más rápido de un cosmos inferior. Todo esto implicó una nueva intercabia-bilidad de dimensiones.
La biblia de estas nuevas posibilidades fué ‗A Treatise on Electricity and Magnetism',

publicado por Clerk Maxwell en 1865. Y se necesitó de una generación para que sus leyes se tradujeran en realidades. En 1895 vino el cinema, la radiotelegrafía y el descubrimiento del radio, ese curioso hijo del mundo de los minerales y del mundo de la luz. Diez añosmás tarde Einstein, con su teoría de la relatividad, se empeñaba sin gran éxito en pintar un cuadro del fantástico universo que comenzaba a revelarse ante los incomprensivos ojos de los hombres. Mientras que en 1950 los instrumentos penetradores del tiempo –el cinema, la radio, la televisión, el hilo registrador, la penicilina– se adquirían como juguetes por todos aquellos que en la era anterior habrían poseído libros o pinturas.

Mientras tanto, la tensión impuesta al antiguo orden por estos cambios en el valor del tiempo y el sentido de universalidad de él derivado, no podían confinarse al mundo de la ciencia. Pronto se vió claro que ellos también debían operar en la esfera política y acarrear ahí cambios similares y engendrar hombres de análogo temperamento. El pequeño principado elástico, que se expandía y contraía con las alianzas de la familia reinante, no podía esperar resistir una presión semejante. Se hacía necesario algo más grande, más rígido y más consciente de su propia unidad.

Una tendencia hacia la federación de pequeñas unidades para crear otras mayores ya había estado desenvolviéndose previamente, durante más de cien años. Esta tendencia' se mostraba ahora a sí misma con una apasionada preocupación por las fronteras, en las que tanto las grande' naciones (en el deseo de consolidar sus ganancias) como las pequeña (en el temor de perder su individualidad) participaban por igual. Así que la temprana idea de ‗Gran' Bretaña se traducía ahora en ‗Italia unida', ‗Todas las Rusias', ‗Alemania más grande', etc. Por cierto que la na ción mayor era lo más cerca a que podía llegar el prejuicio humano en ese momento, a esa hermandad universal que implicaban los adelanto: técnicos del día.

La aparente contradicción entre este creciente sentido de nacionalidad y la tendencia general hacia la difusión, es sólo el resultado de una pausa en esta tendencia que se hacía visible. En la Edad Media, un hombre pertenecía a la unidad de su ‗señorío', de su villa, de su orden religioso, y –los hombres en las villas cercanas eran tan extranjeros como serían después los países vecinos. En el siglo XVIII un hombre nacido en Inglaterra, era más ‗Cornish' o ‗Kentish' que ‗Inglés'– el condado era el que representaba la unidad no la nación, que no actuaba ni podía actuar prácticamente como un todo, excepto simbólicamente por intermedio de sus dirigentes o de su ejército de prensa. Pero hacia 1865 la nación se había convertido, de hecho, en la unidad social y los hombres se consideraron con razón como ingleses, franceses o alemanes. Aunque las naciones habían existido durante largo tiempo, esto representó una gran prolongación de la imaginación humana.

En realidad hay mucho que sugiere que la unidad natural para la que el hombre siente ‗fidelidad' orgánica, su ‗tierra', está medida por un día de viaje. Es lo que él puede ver entre la salida y la puesta del Sol. Aún en los primeros años del siglo XIX ésta era una región de no más de 80 kilómetros de largo. Luego, súbitamente, con la aparición de los ferrocarriles, un día de viaje ya no era de ochenta sino de ochocientos kilómetros. Y es sorprendente que en Europa las naciones que empezaron a cristalizar alrededor de 1865, y hacia las cuales sus habitantes empezaron a sentir un patriotismo tan nuevo y apasionado, eran en su mayor parte de esta escala de tamafio. Así como a mediados del siglo XX, el hábito de pensar en continentes y subcontinentes ha sido impelido en el hombre por el alcance del aeroplano en un día de vuelo.

De hecho, la autoconciencia creciente de las naciones, que tan marcadamente se desarrollaron desde 1860, tiene otro aspecto. Brinda, en otra escala, un paralelo con la creciente autoconciencia que, también, se esperaba con toda evidencia del individuo por

razones cósmicas, y que más adelante debemos estudiar con detalle.
Como siempre el nuevo concepto del estado cristalizó alrededor de individuos dramáticos. Así como el Rey Arturo, Carlomagno, el Cid, habían personificado a la primera Inglaterra, la primera Francia y la primera España, ahora, muy repentinamente, se levantaron también nuevos héroes nacionales o fueron inventados, para personificar su renacimiento. Estos héroes representaban ‗unidad', ‗reforma', ‗democracia'. Representaban la lucha contra las castas, contra el principio aristocrático que –haya tenido éxito o no– era obligado a representar esta vez el papel de villano, desde que el ‗pueblo', de acuerdo con la nueva tendencia a la difusión, asumió la parte noble. Así que los mismos héroes que en los países más antiguos, maduros y estables aparecieron a guisa de escritores y filósofos, en los más jóvenes que surgían se elevaron como rebeldes políticos y unificadores.
En los Estados Unidos, Lincoln, el pobre muchacho campesino, había de simbolizar la derrota del viejo sur aristocrático; en México, el indio Juárez, la derrota del conquistador europeo; en Italia, el marinero genovés Garibaldi, la derrota del poder político de la religión. Todos ellos representaron, también, la nueva unificación de sus países y los tres habían de ser transformados por la imaginación popular en figuras suprahumanas, mucho mayores y grandiosas de lo que fueron en vida – los nuevos héroes nacionales.
Tanto los físicos que trataban de ver ahora todo en términos de vibraciones, como los políticos que intentaban consolidar áreas cada vez más grandes dentro de sus respectivas fronteras, representaban, por tan– to, una profunda tendencia hacia la síntesis, hacia la unificación. La Cruz Roja Internacional de *1864,* la Unión Postal Internacional de *1875 y la* Primera y Segunda Internacionales de Trabajadores, de *1864 y 1889,* fueron otras tantas expresiones del mismo impulso por borrar las fronteras, por reconciliar lo lejano y lo próximo, que siguió espontáneamente a la superación de ciertas, hasta entonces, rígidas barreras del tiempo
Sin embargo, todo esto había sido anticipado en una forma muy cu riosa. Más o menos al mismo tiempo en que los científicos habían estado haciendo sus asombrosos descubrimientos, aunque completamente separada de ellos, una extraordinaria pléyade de poetas y escritores se ha bía levantado en los grandes países de Occidente y, a su propio modo. estaban reconstruyendo, también, todo el pasado, el futuro y el múlti ple presente del hombre moderno.
En el año 1870 Víctor Hugo tenía 68 años, Hans Andersen 65, Tenny son 61, Whitman 51, Tolstoy e Ibsen 42 y Nietzsche 26. Y todos se encontraban en plena creación. La presencia de tal grupo de profetas poé ticos en Occidente es extraordinaria de por sí. Todos fueron profunda mente religiosos, pero de una nueva manera libre, no confinada a hin guna doctrina. Todos poseyeron un hálito y un alcance, una inmensidad de visión del tiempo y del espacio, que hicieron posibles por primera vez los descubrimientos de la nueva era. Y todos, en forma muy especial, resumieron y encarnaron el espíritu de sus respectivos países, reconstru yendo, por así decirlo, la herencia de cada uno para que sobreviviera er la era por venir.
Durante el florecimiento gótico tales hombres habrían sido abades o eclesiásticos; en el Renacimiento, pintores y escoliadores. Ahora aparecían fundamentalmente como escritores, pero como escritores que, al modo de Hugo y Tolstoy, podían, si había ocasión, penetrar y actuar en el mundo externo de la política y de la reforma social y aparecer ahí con estatura mayor que la de los políticos y estadistas profesionales.
Una de las misiones de estos hombres, en su efecto sobre el tiempo, tenía un curioso paralelo con la de los hombres de ciencia antes mencionados. Era la de remodelar el pasado de sus respectivos países y hacer aceptable tal pasado, *desde un nuero punto de vista.* Un ejemplo sorprendente es ‗Notre Dame de París' de Víctor Hugo– Porque en este libro no solamente evoca París medioeval en pavoroso realismo, sino que coloca dentro de

ese París un punto de vista humanitario *que ahí nunca* existió. Y logra esto de tal manera que el cuadro del París medioeval resulta permanentemente alterado – para todos los hombres que llegan después resulta un compuesto de la realidad y de la reconstrucción de Hugo, y nunca podrán anular su trabajo.
En la misma forma, Anderson reconstruyó y fijó permanentemente un cuadro de la Escandinavia pre-cristiana. Tennyson reconstruyó y fijó permanentemente un cuadro de la Inglaterra de Arturo. Tolstoy reconstruyó y fijó permanentemente un cuadro de la Rusia Napoleónica y Whitman reconstruyó y fijó permanentemente un cuadro de la patria de Lincoln. En cada caso la reconstrucción fué tan grandiosa, tan completa y correspondió con tanta veracidad a ciertas actitudes de la nueva era, que fué aceptada casi al instante, con preferencia a cualquier otra memoria.
En un aspecto, todos estos hombres desempeñaron el extraño papel de mejorar el pasado, es decir, de hacerlo aceptable para el presente y el futuro, que corresponde a todos los fundadores de una nueva era. Esta extraordinaria labor, que cada hombre que cultiva la memoria se ve forzado a realizar en relación con su propia vida, la efectuaron ellos en relación con sus países. Porque esta labor de reconstrucción del pasado es la tarea primera y esencial para lograr cualquier cambio real en el futuro; y de esto, también, Karl Marx se dio cuenta cuando preparó el camino al bolcheviquismo mediante la reconstrucción de la historia sobre una base de ‗motivos económicos‘ y de ‗lucha de clases‘.
Pero Hugo, Andersen y Whitman laboraron sobre el tiempo en forma inversa a la de Marx. En lugar de eliminar los ideales que existían y regían en el pasado, reemplazándolos con los motivos humanos más bajos, de codicia y violencia como él hizo, intentaron proyectar en el pasado un ideal más alto que el que realmente prevaleció o, en cualquier grado, ideales más comprensibles para la nueva era. Por tanto, su intento con o sin éxito, era regenerar el pasado; mientras que el de Marx, otra vez con o sin éxito, sólo pudo servir para degenerarlo.
Los mismos hombres ayudaron, también, a reconstruir la consideración general de los ideales humanos y de la misma religión. Las mismas invenciones que removieron el tiempo de la comunicación humana y neutralizaron el espacio, hicieron inevitable que ciertas formas religiosas y comprensiones fijas, que sirvieron muy bien a cierto tipo racial o grupo autónomo, se vieran sujetas a tensiones imposibles cuando se las enfrentaban con otras formas – también perfectamente satisfactorias para las razas que las practicaban, pero que, unas al lado de las otras, sólo podían aparecer contradictorias. Semejante ensanchamiento no podía provenir del interior de las iglesias o de los guardianes de formas religiosas particulares por sí mismas puesto que, claramente, su tarea era preservar la pureza de sus ritos. Y cuando se hicieron tales intentos condujeron por lo general a un debilitamiento tal de la práctica religiosa, que no quedó sino una débil forma dé benevolencia social.
Sin embargo, estos nuevos profetas poéticos fueron más libres y, precisamente por su falta de lazos con una sola forma, estuvieron capacitados para dejar correr por el mundo un fuerte viento fresco de tolerancia y mayor comprensión. ¿Si el tiempo no cuenta, no existía entonces Cristiandad antes de Cristo? ¿Si no el espacio no pueden ser unos los dioses de Oriente y de Occidente? Parecía que todo lo que era verdad tenía que reunirse en un todo y mostrarse *complementario* y no hostil. Tal nueva visión universal de la religión y de Dios, está expresada por Whitman en 'Chanting the Square Deific' (1871), por Víctor Hugo en 'Réligions et Religión' (1880), por Tolstoy en 'En lo que creo' (1884).
Este abrazo y reconciliación de diferentes formas y mensajes, *sin destruir su individualidad,* y cuyo paralelo fue posible en el reino físico por el nuevo uso de las ondas electromagnéticas, es muy característico de la nueva línea de pensamiento religioso que empieza a desarrollarse de 1860 a 1880. Y lo que hicieron Hugo y Whitman en una forma amplia y poética para la religión, los eruditos y los místicos desarrollaron independientemente con un estilo propio.

Fue en 1876 cuando el estudioso orientalista alemán Max Muller, lanzó un programa para hacer una traducción de los 'Libros Sagrados del Oriente', que había de incluir las escrituras clave del Hinduísmo, Budismo, Zoroastrismo, del Islam y de China. Un año antes, una mujer rusa, Madame Blavatsky, había fundado la Sociedad Teosófica, primer intento hacia una nueva religión sintética o básica, que habría de mostrar la unidad fundamental de todas las formas religiosas anteriores. En tanto que la única gran figura religiosa contemporánea del Oriente, Ramakrishna, entre 1865 y 1875, practicó uno tras otro no sólo todos los ritos de las diferentes sectas hindúes sino, también, aquéllos del Islam y de la Cristiandad, con el objeto de alcanzar, mediante diferentes caminos, el mismo propósito trascendental.
Como resultado de una generación con esta nueva visión 'universal' del misticismo y la religión, el doctor R. M. Bucke fue capaz de intentar en 1901 una 'psicología' objetiva de conciencia más elevada o 'conciencia cósmica', como él la llamó, sin distinción de raza, credo o época.
Por tanto, la nueva cultura en conjunto parecía estar basada en la posibilidad completamente nueva de trascender las divisiones del espacio merced al escape desde un tiempo monodimensional. Sin embargo, este intento se desarrolló sobre dos líneas bien diferentes. Los científicos, físicos y diseñadores se concretaron a la posibilidad de un escape *mecánico* desde el tiempo; en tanto que los poetas, escritores y místicos estudiaron la posibilidad de un escape *consciente.* Lo que seguía faltando era am puente entre los dos puntos de vista.
Viendo retrospectivamente la génesis de las civilizaciones anteriores, donde todos los aspectos y aplicaciones del nuevo conocimiento parecen derivar de una sola fuente —ya sean los misterios de Eleusis en el siglo VI a. C, o la Orden de Cluny en el siglo XI d. C.— nos preguntamos si en algún lugar o entre cierta gente estos dos lados aparentemente con-tradictorios de la cultura del siglo XIX no estaban unidos de hecho en un entendimiento superior. ¿Existió en algún lugar una escuela de regeneración oculta desde la cual todas irradiaban?
La extraordinaria velocidad de difusión de las ideas en el siglo XIX, las nuevas posibilidades del transporte que en pocos meses pudieron regar a los discípulos de una escuela semejante por sobre todo el mundo, hacen difícil decirlo. En verdad, las mismas características de esta era parecen implicar que las ideas nuevas pueden empezar a vivir en muchos lugares simultáneamente, sin comunicación directa.
Al mismo tiempo, es extraño cuantos de los trabajos clave que acompañaron a su nacimiento y que tienen la cualidad peculiar del conocimiento directo de una escuela esotérica, parecen derivarse de Roma.
El 'Fausto' de Goethe fue completamente reconstruido después del famoso ‗Viaje italiano' de 1796, por el que había esperado tan largamente y él, en su vejez, atribuye su éxito al hecho de que *conserva permanentemente el período de desarrollo de un alma humana.* Del mismo período do en Roma data su ‗Teoría de los Colores', que proclama que *la luz* es la forma más elevada de materia que conocemos, y que los *colores* no son sino modificaciones o corrupciones de la luz pura. Identicamente la misma idea es expresada en forma poética por Shelley en 1821, *inmediatamente después de su regreso de Roma:*

La vida, cual domo de cristal de múltiples colores,
tiñe la alba radiantez de la Eternidad. [69]

Esto es particularmente sorprendente cuando recordamos que precisamente a esta época Roma era el escenario del nacimiento de la escuela alemana de pintores pre–rafaelitas, cuya labor se basaba en una nueva comprensión del color, en relación con la idea de una percepción diferente y del cambio requerido del ser para lograrla. En 1848 la Fraternidad Pre–Rafaelita inglesa

---
[69] Adonais

surgió del mismo grupo. Y aunque es difícil perseguir a los impresionistas franceses hasta el mismo origen, excepto posiblemente por medio de la visita de Manet a Roma entre 1855 y 1860, es notable que desde el principio su objetivo fué precisamente pintar luz por el empleo contrastado de colores puros en lugar de las mezclas. Los artistas tenían que hacerse conscientes de sus *propias impresiones resultantes de la luz y* reproducirlas, porque es por medio de éstas que cada hombre vive y conoce la realidad.

Hacia 1865 y años subsiguientes, la analogía de Clerk Maxwell entre las octavas de colores y sonidos, entre la altura del tono y el matiz, entre la sonoridad y la sombra puso, por fin, al estudio de la luz por los pintores, en relación directa con el nuevo conocimiento de la electricidad y el magnetismo y demostró su sujeción a las mismas leyes que gobiernan otros fenómenos innúmeros, anteriormente considerados como inconexos.

Esta nueva teoría de la luz y de vibraciones fué utilizada por otro del grupo de Roma, Charles Sebastián Cornelius, para reconciliar los fenómenos de los mundos material y espiritual en libros tales como ‗Sobre la influencia recíproca del cuerpo y el alma‘ (871). Mientras que más o menos en este período las implicaciones de esta nueva comprensión en el reino del *tiempo* empezaron, también, a conocerse. El ‗Peer Gynt‘ de Ibsen, que sugiere ésta tantas otras verdades esotéricas en forma dramática, fué escrito durante su estancia en Frascati, cercana a Roma, en 1867, como lo fué ‗Eterna Recurrencia‘ de Nietzsche, durante su viaje por Italia en 1881. Este último libro, que por primera vez relaciona la idea de recurrencia (implícita en la teoría electromagnética de vibraciones) con los temas de la conciencia y el desarrollo del hombre, habría de influir profundamente primero en Hinton y después en Ouspensky, cuya explicación de las tres dimensiones del tiempo abrió el camino hacia una reconciliación final entre el nuevo conocimiento de la ciencia moderna y las viejas ideas de eternidad y regeneración.

No podemos saber con exactitud qué categoría de escuela existió en Roma entre 1800 y 1880, de la que emanaron tantas ideas creadoras de la nueva era. Sin embargo, en todas sus huellas hallamos la misma comprensión – la luz como la única fuerza creadora y unificadora del universo, la *octava* como la modificación de la luz pura en forma y color, y el *tiempo, recurrencia y* el *alcance de todas las posibilidades, co*mo las tres etapas del ascenso del hombre hacia la naturaleza de la luz.

De modo que si preguntamos cuál es la característica de la nueva era y cómo puede distinguirse de la anterior, podemos contestar: Lo que separa y divide pertenece al pasado. Lo que reconcilia y une pertenece al futuro. Y el camino hacia la unidad se encuentra por medio del escape del tiempo.

CAPÍTULO 17. LOS CICLOS DE CRECIMIENTO Y GUERRA

I FISIOGNOMÍA: ESPEJO DE MERCURIO

Antes que prosigamos al estudio de los ciclos planetarios, esto es, al estudio del efecto variable de los planetas individuales sobre el hombre en el tiempo, se hace necesario estudiar con más detalle el mecanismo mediante el cual puede actuar esa influencia.

Hemos comenzado ya a considerar el plan general de un cosmos y– hemos visto cómo – estando erigidos todos los cosmos conforme a un mismo plan general– cada parte de un cosmos menor refleja y reacciona con la parte correspondiente de otro mayor. Hemos visto el cosmos del Sistema Solar reflejado en el cosmos del mundo de la Naturaleza y, ambos, reflejados a su vez en el cosmos de la humanidad y del hombre individual.

Cuando consideramos el posible efecto de los planetas individuales sobre el hombre, debemos darnos cuenta primero de que cada uno de ellos es en sí mismo un cosmos o un cosmos potencial, así como la Tierra es un cosmos. Y, en seguida, que el instrumento en que cada uno se refleja debe tener el mismo modelo, así como los controles de un aeroplano dirigido a control remoto, deben ser una réplica exacta de los controles manipulados a distancia por un piloto en tierra.

En el capítulo sobre ―El Hombre como Microcosmos" llegamos a la conclusión, después de descubrir en el cuerpo humano una tal réplica del Sistema Solar, que los planetas individuales deben controlar las glándulas endocrinas individuales y, por intermedio de ellas, las funciones individuales del hombre. Por ejemplo, el planeta Mercurio parece tener afinidad por las glándulas tiroides, con las que, puede con trolar toda la *función del movimiento.*

Esta función del movimiento actúa merced al sistema muscular voluntario del cuerpo, es decir, mediante todos los músculos que pueden moverse intencionalmente por la voluntad mental, por su coordinación, velocidad de reacción, capacidad de dominar nuevos movimientos, etc. A su vez, este sisrtema completo está reflejado en escala reducida en los músculos de la cabeza y el rostro, en donde toda la vida mental, emocional y física del individuo está constantemente reflejada como el *movimiento.*

Como ya vimos, todos los cosmos están divididos en tres partes y poseen seis funciones o, potencialmente, siete. De la misma manera la cabeza, como espejo de todo el cuerpo, se encuentra, también, dividida en tres partes:

(a) Parte superior de la cabeza, que incluye el cerebro, espejo de la misma como asiento del intelecto;

(b) La parte media de la cabeza, que incluye el cerebelo, espejo del pecho, como asiento de las emociones;

(c) La parte inferior de la cabeza, espejo de las entrañas, como asiento de las funciones físicas.

Al mismo tiempo, la cabeza también tiene músculos y controles nerviosos que reflejan las siete funciones que produce el cuerpo. Por supuesto que es el *movimiento y la* expresión de la cara, más que la ana tomía interna de la cabeza, lo que ahora nos interesa; preferimos ocuparnos de la octava de orificios y órganos externos por los cuales los alimentos, el aire y las percepciones se reciben en el organismo y por los cuales se emiten las sustancias allí elaboradas.

Los cuatro grupos de orificios ordinarios en la cabeza, son:

(1) la boca, que recibe la comida y la bebida; emite el habla;

(2) la nariz que recibe el olor y el aroma; emite bióxido de carbono;

(3) los oídos que reciben el sonido; emiten ?;

(4) los ojos, que reciben impresiones luminosas; emiten señales emocionales.

Además, toda la cabeza y los orificios referidos están cubiertos por:

(5) la piel, que recibe impresiones táctiles y térmicas; emite calor físico y magnetismo.
Además, también, la vieja fisiología señalaba en la cabeza dos posibles orificios invisibles, no desarrollados en el hombre ordinario pero que, caso de estar desarrollados, servirían para recibir y emitir dos clases diferentes de influencia superfísica:
(6) Un orificio entre las cejas;
(7) Un orificio en la corona de la cabeza.

La disposición de estos orificios en la cabeza, indica su servicio primordial. Así la boca, situada en la parte más baja de la cabeza, sirve a las entrañas y a las funciones físicas. Las ventanas de la nariz, situadas en el límite entre las partes media e inferior de la cabeza, sirve al pecho y a las entrañas, sirve por igual a funciones físicas y emocionales. Los ojos, en el límite entre las partes media y superior de la cabeza, sirven tanto a la cabeza como al pecho, a funciones intelectuales y emotivas. La piel que cubre toda la cabeza sirve a todas las funciones. Mientras que el orificio situado entre las cejas serviría a la cabeza misma y el orificio en la corona –situado en el límite entre la cabeza y el mundo no-físico de arriba– serviría como la salida final a otro estado de existencia enteramente distinto.

Estudiando la fisiognomía, es decir, los signos externos de la psicología del hombre común, tenemos que omitir los dos últimos orificios, que son invisibles. Por tanto, la fisiognomía consiste principalmente en el estudio de la relación entre las tres partes de la cabeza, y en el estudio de la forma, tamaño y movimientos relativos a la boca, nariz, ojos y oídos, junto con los efectos correspondientes de estos movimientos sobre la piel en la forma de líneas y arrugas. La fisiognomía es el estudio del ser del organismo individual reflejado en el movimiento de su rostro y en las trazas ahí dejadas por las expresiones habituales en el pasado.

En el rostro todas las funciones –digestión, respiración, metabolismo, pensamiento, emoción física, sexo– se encuentran traducidas en movimiento, en expresión. Y, como es bien sabido en endocrinología, la sutileza y vivacidad de este juego de expresión consecuente, está relacionado directamente con el rendimiento equilibrado de la glándula tiroides. Muecas afiebradas, salvajes, incontroladas, implican una sobrefunción de esta glándula; una cara de palo señala su deficiencia. Por tanto, el rostro es el instrumento del movimiento, el espejo de Mercurio.

Si examinamos más cuidadosamente este espejo o instrumento de la función del movimiento, controlado por la glándula tiroides, hallamos cada vez más evidencias de su diseño cósmico. Por ejemplo, las formas externas de la boca, la nariz, los ojos y las orejas son, a su vez, divididas en tres partes, en las cuales, están reflejadas los espectos intelectuales, emotivos y físicos de las funciones correspondientes. En los ojos, la forma y el movimiento del párpado superior reflejan especialmente el estado de la función intelectual; el ojo mismo, el estado de la función emotiva; y el párpado inferior, el estado de la función instintiva.

De modo análogo, la configuración de la parte superior del pabellón de las orejas, se relaciona con la percepción intelectual, la de la entrada del conducto auditivo, con la percepción emocional y la del lóbulo, con la percepción instintiva. Y, otra vez, en la nariz, la exageración de la parte superior representa predominio del intelecto, de la parte central la emoción y del bulbo inferior y ventanas de la nariz, del instinto; así que una nariz recta, apreciada siempre como signo de belleza, representa en realidad un equilibrio perfecto entre estos tres aspectos.

Aunque no es aparente a la vista y, por tanto, no concierne a nuestro estudio inmediato, es interesante hacer notar que la piel está similarmente dividida en tres capas diferentes, con análogas significaciones.

En principio, son posibles tres estados para cualquier orificio –estado normal o relajado, estado

dilatado y estado contraído– y las tres posiciones principales de la boca, nariz, ojos y oídos se basan en este principio. Los ojos y los párpados pueden encontrarse en su forma normal de reposo, pueden ser anchos y dilatados o ser estrechos y contraídos. Sucede del mismo modo con la boca y las ventanas de la nariz; y aunque en el caso de los oídos el grado de dilatación y contracción es casi imperceptible, pueden observarse, como quiera que sea, estados musculares y fisiológicos correspondientes.
Nuevamente, en principio, un estado de dilatación de los orificios de la percepción representa un deseo de recibir más del mundo exterior, en tanto que uno de contracción representa un deseo de recibir menos o, al menos, por controlar y limitar lo que se aprehende. Mas, la dilatación de un orificio, digamos los ojos, y la contracción de otro, digamos la boca, representa el deseo de tomar alimento para una función pero de rechazarlo para otra, o de emitir el producto de una función mientras que se reprime la expresión de otra. De aquí arranca la posibilidad de discriminación en el hombre y la infinita variedad de expresión que se origina de la diferente dilatación y contracción de la boca, nariz, ojos y oídos.
Mayor sutileza se introduce por la variación de las contracciones en las diferentes partes de cada órgano, que representan sus aspectos intelectual, emocional e instintivo. Por ejemplo, en el ojo, el párpado superior puede estar arqueado representando atención intelectual o puede caer, lo que representa somnolencia intelectual; el párpado inferior puede estar tenso, que representa bienestar instintivo y control, o estar flojo, que representa fatiga instintiva y agotamiento; el ojo mismo pue–de estar brillante, representando el estímulo emocional, o ser opaco, que representa la indiferencia emocional. Ciertamente, el iris a su vez, constituye espejo exacto de todo el organismo y de sus diferentes órganos, cuya salud individual se puede diagnosticar claramente en esta forma. [70]
Estos diferentes estados de los párpados superior e inferior y del mismo ojo pueden cambiarse en número casi ilimitado de expresiones, cada una de las cuales suministra un índice exacto del estado del individuo interesado. Más aún, cada persona puede tener una expresión usual o habitual de los ojos, la cual será la resultante de los estados relativos de sus funciones intelectual, emocional e instintiva durante muchos años. En relación con esto puede señalarse que en los cánones artísticos orientales se requiere que los hombres ordinarios sean representa-dos con los párpados superiores e inferiores curvados, los dioses con los párpados superiores arqueados y los inferiores rectos, y los demonios, a la inversa.
Y, otra vez, aparte de estar dilatados o contraídos, los ojos pueden ver hacia la izquierda o hacia la derecha, hacia arriba o hacia abajo; y la boca, aparte de estar cerrada o abierta, puede curvarse hacia arriba o hacia abajo. En general, el movimiento hacia arriba puede considerarse que representa aspiración o placer, el movimiento hacia abajo, abatimiento o tristeza, y el movimiento hacia uno u otro lado, distracción sin ningún sabor emocional en particular.
En esta etapa es necesario introducir un principio más inherente al estudio de la fisiognomía, es decir, que todas las manifestaciones del hombre pueden dividirse en dos categorías – aquéllas derivadas de su esencia, esto es, las cualidades físioas, las capacidades y las tendencias con las que ha nacido, y aquéllas derivadas de su personalidad, es decir, todo lo que desde entonces ha aprendido, adquirido, pretendido o impreso sobre su esencia. En fisiognomía se supone que la mitad derecha de la cara es el espejo de la personalidad, y la izquierda, la esencia; como lo son en la quiromancia, las manos derecha e izquierda.
Por tanto, aparte de todos los demás movimientos de la boca, nariz, ojos y oídos antes referidos, encontramos también que el ojo derecho, reflejando el estado de la personalidad, puede diferir del izquierdo que refleja la esencia; y, del mismo modo, ocurre con la ventana izquierda de la nariz respecto de la derecha. Es proverbial la contradicción de la ‗sonrisa torcida' en la que,

[70] La moderna iroscopia fué elaborada por el húngaro Von Peczeley y desarrollada por Nils Liljequist, Ángel Bidaurrazaga y otros.

mientras la mitad derecha de la boca se curva hacia arriba por la personalidad, la mitad izquierda lo hace hacia abajo por efecto de los sentimientos reales de la esencia. De estar desarrollados los dos orificios invisibles y desconocidos, situados en la línea céntrica de la cabeza, referirían al hombre como un todo, o referirían la unificación completa de la esencia y la personalidad.

Veamos pues que todas estas expresiones de la faz humana están gobernadas por seis principios principales:

(1) La triple división de la cabeza, que refleja las partes intelectual, emotiva e instintiva de todo el organismo.

(2) La séptuple división de los orificios y órganos de percepción, correspondientes a las siete funciones humanas;

(3) La triple división de cada órgano, que representa a las partes intelectual, emotiva e instintiva de la correspondiente función;

(4) La dilatación, el relajamiento y la contracción de cada órgano, que representa la aceptación, el equilibrio o el rechazo en la función correspondiente;

(5) El movimiento hacia arriba, a los lados y abajo de cada órgano, que representa la aspiración, la distracción o el abatimiento en la función correspondiente;

(6) La división en dos de la cara y, por tanto, de todos los orificios y órganos de percepción, correspondiente a la esencia y personalidad, respectivamente, del individuo.

Todas las expresiones posibles asequibles a la faz humana, desde la más diabólica a la de mayor éxtasis, son producidas por la interacción de estos seis principios; con cuya ayuda pueden analizarse aquéllas con éxito.

El propósito principal de este análisis del instrumento externo de una función particular, es mostrar que tales instrumentos están destinados a reflejar en miniatura todos los movimientos y leyes de un cosmos más alto que ejerce control. Es difícil decir cómo responden exactamente esos instrumentos a la influencia de sus arquetipos celestes, si exceptuamos una modalidad general. Pero así como al descubrir en un lugar el mecanismo de un aeroplano controlado por radio y en otro lugar el mecanismo exactamente correspondiente de su control terrestre, podemos deducir que uno fué diseñado para responder al otro; así deducimos que el mecanismo funcional del hombre está diseñado para responder al mecanismo funcional del Sistema Solar.

Existe en realidad un modo de hacer comprensible la forma en queoperan ese control y esa respuesta. Si pudiéramos probar que el estímulo y la inercia de tales instrumentos, entre la humanidad como un todo, habrían de seguir el mismo ciclo que los correspondientes planetas en relación con la tierra, esto podría ser entonces, si no una prueba, por lo menos un indicio muy claro de relación.

En el caso de una relación entre la función del movimiento controlada por la glándula tiroides y el ciclo de Mercurio, nos vemos estorbados por la cortedad del ciclo de éste último y por su término en extremo errátil. En la práctica obviamente es imposible descubrir si la humanidad en conjunto se hace o no más activa, más móvil, más expresiva cada tres meses. Muchos otros factores contribuyen a hacer confusa una observación de periodicidad tan corta.

Para intentar mostrar una relación entre las funciones humanas y los planetas debemos recurrir, por tanto, a ciclos de mayor duración.

II Venus y la Fertilidad

Nuestro primer problema cuando tratamos de estudiar los ciclos planetarios en la vida de la humanidad, se refiere a nuestra incapacidad para reconocer fenómenos análogos cuando se trasladan a diferentes escalas. Es un lugar común que los hombres consideren el crimen y el robo cometidos por un individuo bajo una luz y, bajo otra muy distinta, al crimen y el robo cometidos por miles o millones de individuos al amparo de la palabra guerra. Modificada la

escala, el fenómeno parece diferente en su naturaleza para nuestra percepción.
Así que, primero, tenemos que reconocer ampliamente la acción de cada función en el hombre individual y el efecto del estímulo planetario de esta función en un caso dado, y, después, mediante un esfuerza de imaginación, tenemos que representarnos el modo como tales efectos del estímulo aparecerían multiplicados un millón de veces, esto es, cuando repentinamente cambian de una debilidad individual a una *modalidad* universal, respaldada por toda la autoridad de la moral, la conveniencia política y la aprobación religiosa.
Con mucha frecuencia el efecto de este cambio de escala es hacer que el fenómeno se convierta en su opuesto, al parecer. Porque, en elprimer caso, se presentará como expresión de lo que solemos designar: ‗elección‘, ‗libertad de conciencia‘, ‗felicidad personal‘, etc., en tanto que en el segundo, precisamente lo mismo puede tomarse desde el punto de vista del ejemplo de la masa, como ‗deber‘, ‗destino‘, ‗costumbre‘ o alguna otra limitación de la acción individual. En realidad, ambos casos representarán la actividad de la misma influencia o ley, mientras que las diferentes interpretaciones surgen de la creencia ilusoria del hombre en que está haciendo, decidiendo y arreglando su vida, independientemente del mundo en que vive. Muchos de los sufrimientos de la vida humana proceden del conflicto en el individuo entre la escala personal y la escala nacional o racial de tales impulsos; y es este conflicto el que casi por entero suministra el tema fundamental de la tragedia griega clásica.
Otra dificultad al estudiar estos ciclos en acción, reside en el hecho de que ellos se afectan mutuamente entre sí y un ciclo nunca puede desprenderse del modelo general, como una flauta no podría ni debería ser separada de la orquestación general. [71] Al estudiar las funciones anotamos cómo en el organismo individual las manifestaciones del sexo, por ejemplo, pueden combinarse con otras funciones –ya con acción apasionada, con sensualidad, con intelecto, etc–, para producir resultados enormemente distintos. Y así, de modo similar, para los ritmos que afectan a toda la humanidad.
Sin embargo, principiamos con el más sencillo y menos complejo de los ritmos. Supongamos que la estimulación de las glándulas paratiroides se produce por el planeta Venus, para acelerar el engrosamiento ti. sular de los organismos afectados. Cuando tal influencia está al máximo y brilla por igual sobre toda la Tierra, es decir, sobre hombres, animales, peces, aves– y plantas, induciendo en ellos un metabolismo igual o comparable, tendremos los ‗siete años gordos‘ de la leyenda. Cuando aminore la misma influencia, estarán presentes los ‗siete años flacos‘.
Empero, la gordura también está relacionada con la fertilidad o, cuando menos, con el grado de sobrevivencia de la producción, de modo que probablemente esos ‗siete años gordos‘ también atestiguarán un aumento de la fecundidad en un nivel biológico. Así que el ‗engrosamiento‘ no sólo se aplicará a los cuerpos individuales sino, también, al crecimiento de comunidades sean estas de hombres, animales, peces u orugas.
En el caso de los hombres, cuya vida es diez veces más prolongada que el ciclo de ocho años de Venus, los efectos de los cambios en la fecundidad, de acuerdo con el último ciclo, se ven suavizados y difícilmente repercuten en la población total. Pero si nuestra tesis es correcta, con criaturas cuya vida es tan corta o más corta que este ciclo, los números deberán variar en cierta proporción directa con este periodo sinódico. Si recurrimos a trabajos hechos recientemente en el estudio de los ciclos biológicos, encontramos una interesante confirmación. Elton, en particular, encontró un claro ritmo de cuatro años en el número, migraciones y epidemias de turones, ratones, ardillas y lobos que las acechan, en regiones tan distantes y separadas como Noruega, Terranova y Canadá. Toda la periodicidad venusina de ocho años fué establecida oon toda claridad por Moore en la producción de las principales cosechas en los estados del Medio Oeste de los EE. UU. y, en consecuencia, se refleja particularmente en los precios del algodón.

[71] Ver Apéndice IV, ‗Períodos Planetarios y Ciclos de Actividad Humana‘.

72

Sin embargo, en la búsqueda de más ritmos biológicos en gran escala, encontramos en seguida un ciclo muy curioso de 9 años dos tercios que quizá es el más característico de todos. Los ritmos de muchas pestes de corta duración, las de las orugas (como la clisiocampa americana) que atacan los árboles frutales y el piojo–chinche que ataca a los cereales, pueden establecerse con mucha exactitud, habiéndose encontrado que estas dos plagas siguen el período de 9.2/3 años durante largos períodos, la última por más de un siglo. El mismo ciclo se observa en la pesca del salmón en Nueva Brunswick y en la captura de animales de piel fina, como el lince canadiense, la marta, el pekan, el visón y la almizclera.
Un intento interesante se ha hecho, y con buen éxito, para relacionar este ritmo de poder biológico y de fecundidad, con un ritmo exactamente semejante que se ha trazado en el ozono atmosférico. Se sabe que un aumento del ozono tiene un efecto muy estimulante en el sexo y en el tono de las criaturas vivientes, incluyendo al hombre. Esta relación es particularmente interesante desde nuestro punto de vista porque presenta con claridad la interrelación de diferentes escalas – cambios en el mundo de la vida orgánica que dependen directamente de los cambios en las condiciones atmosféricas que pertenecen al mudo inmediatamente superior, es decir, el mundo de la Tierra. Y, a su vez, puede demostrarse que los cambios en la composición de la atmósfera resultan de las variaciones en las radiaciones eléctricas y magnéticas recibídas desde el exterior de la Tierra que resultan de cambios en el mundo astronómico.
Dicho en otras palabras, la radiación electrónica de los cuerpos celestes produce cambios moleculares en la atmósfera de la Tierra, mientras que tal cambio molecular en la atmósfera produce a su vez cambio celular en los cuerpos orgánicos que ahí habitan. En esta forma, podemos apreciar la influencia práctica de los fenómenos celestes sobre las criaturas vivientes en la superficie de la Tierra y atravesar la brecha al parecer insuperable situada entre el movimiento de un planeta y los impulsos individuales de un hombre, un salmón o un lince.
Sólo que, ¿cuál es la conexión, si es que existe, entre este curioso período de 9.2/3 años y los ciclos venusianos de 585 días y ocho años? Nos encontramos totalmente desorientados si no recordamos el principio establecido anteriormente, a saber, que los ritmos planetarios nunca se realizan independientemente sino siempre en combinación con otros ritmos, produciendo en sus diferentes conjunciones la interminable variedad de la Naturaleza.
Pues debemos considerar evidente que el aumento de la fecundidad no sólo se refiere al estímulo de las paratiroides o glándulas de la construcción tisular sino que, también, depende de ciertas urgencias pasionales relacionadas con el estímulo de las suprarrenales. Los impulsos adrenales por sí, sin la condición favorable de ‗engrosamiento‘, tienden a ser estériles, en tanto que la obesidad sin el estímulo para el acoplamiento, resultante de la actividad suprarrenal, tampoco conduce a la reproducción prolífica. Luego, si como hemos supuesto, las paratiroides se encuentran bajo la influencia de Venus y las adrenales bajo la influencia de Marte, deberíamos esperar que las condiciones favorables a la fecundidad de produjeran cuando coincidiera el efecto máximo de estos dos planetas.
El ciclo de fecundidad de 9.2/3 años que se ha observado, expresa justamente esa doble conjunción. Porque a los 3,510 días la integración de seis períodos de Venus coincide exactamente con la integración de 4 periodos y medio de Marte. Las dos influencias ‗brillan juntas‘, por así decirlo, con los resultados que se han descrito y que eran de esperarse.
Huntington hace una observación todavía más reveladora acerca de este ciclo. ―Cuando pasamos de los mamíferos, insectos y peces, a los árboles y cosechas, el ciclo de 9.2/3 años resulta menos preciso. Si atendemos en otro extremo de los animales a la salud humana (enfermedades del corazón), también se hace menos preciso. Esto sugiere quelas condiciones que originan el ciclo tienen efecto particularmente directo sobre el vigor animal”.

[72] Elsworth Huntington, ‗Mainsprings of Civilization, pág. 462–3.

En otras palabras, los ciclos ligados a las paratiroides y suprarrenales, glándulas del crecimiento y la pasión, se refieren esencialmente a la constitución animal, no importa que se halle embrionariamente en los insectos, típicamente en los animales, o combinadas con funciones más elevadas en el hombre. El ciclo no puede ser bien apreciado en el mundo vegetal porque aquí está oscurecido por el ritmo más fuerte de funciones todavía más inferiores. También es impreciso en el hombre porque precisamente en él el impulso a la gordura y la procreación está modificado por la razón, la visión lejana, la lealtad y la aspiración derivadas de ritmos más elevados que dirigen la mente y la emoción. De este modo difiere el hombre de los animales y en esta atenuación de los ritmos de Venus y Marte reside el principio de su selección individual y una cierta oportunidad de desarrollo.

III Marte y la Guerra

Es tan fuerte la tradición de que Marte es el dios de la guerra que difícil resulta considerar su ciclo sin llevar en la mente esta significación. Y el efecto aparente de Marte sobre las glándulas suprarrenales, de las que la médula controla impulsos de temor y huida, y de las que la corteza gobierna los de la ira y la rijosidad, apoya esta tesis. Por la sola existencia de diferentes tipos de hombres, siempre debe haber diferencias, disputas, riñas. Pero cuando las suprarrenales o glándulas de la pasión son estimuladas, esas diferencias están más en inminencia de traducirse en acciones violentas e incontroladas. Obviamente una tendencia hacia el pánico, por una parte, y hacia la ira por otra, inducidas simultáneamente en millones de gentes, producirá condiciones muy favorables para el principio de la guerra.

Por tanto, el primer aspecto que es necesario comprender acerca de la guerra es que todos los hombres son responsables de ella, todos los hombres son culpables de las reacciones pasionales en contra de los demás y que, multiplicadas y armadas en una dirección definida, hacen posibles las guerras. El movimiento de una glándula determinada produce en el hombre ‗pasión' y en su estado ordinario de subjetividad e ilusión esta pasión encuentra salida dirigiéndose en contra *de otros.* Este es el modo de ser ordinario del hombre. Y sin un cambio definido en el nivel del ser, sin el abandono definido de cierto sentido ilusorio del ‗yo', ningún hombre –por más que esté cultivado, por mucho que sea ‗liberal'– queda exento de esta culpa.

La ‗pasión' es un factor constante en la vida humana. Lo único que cambia es la causa que provoca la pasión o los medios de que se sirve. Algunos tipos ‗marciales' pueden, en verdad, apasionarse y reñir por cualquier motivo y, en el pasado, en ciertas ocasiones en que este tipo tenía ascendiente particular, tuvieron que inventarse conceptos especiales como ‗honor desairado' o ‗decencia ultrajada' para justificar la completa sinrazón de sus actos. Al mismo tiempo, es necesario darse cuenta que todos los tipos se convierten en apasionados y rijosos. Los tipos instintivos discutirán o pelearán por el alimento o las mujeres, los emotivos por la religión o la ‗justicia', mientras que los intelectuales, que se sienten orgullosos por su ‗amplitud de miras' respecto al sexo o la religión, discutirán y reñirán con igual acritud por teorías científicas rivales o por algún concepto enteramente subjetivo de ‗gusto' de arte o literatura.

En realidad no hay sino una salida de este estancamiento. Se la alcanza mediante una revisión completa de toda la actitud de un hombre para consigo mismo y para con los demás. Sólo cuando comienza a darse cuenta del lugar de los hombres en el universo y de sus acciones inevitables bajo diferentes influencias, sólo cuando se da cuenta completa de que ni él ni ningún otro hacen más que lo que deben hacer a la luz de su tipo y de su ser; sólo cuando una cierta ilusión fundamental de su personalidad ha muerto, se encontrará libre de lucha y argumentación. Porque sólo entonces su naturalza pasional cesará de estar dirigida contra otros y lo capacitará para conquistarse a sí mismo, para lograr lo imposible y para luchar no contra otros hombres, sino con la materia y la mecanicidad. Semejante transformación del

papel del impulso pasional es raramente posible, excepto con la ayuda de una escuela esotérica.
Las reacciones pasionales contra otros, que hacen inevitables las guerras son, por tanto, la responsabilidad y culpa de todos los hombres. Es la mayor de las ilusiones posibles creer que una sola clase o interés o país o religión particular son responsables de una guerra. Y, por cierto, esta idea es causa fundamental de nuevas guerras, y en su porfía–da propagación por las facciones contra sus opositores, vemos el proceso corruptivo de criminalidad, aliado de por sí al terrible pero natural proceso de destrucción. Aún el hecho de que las guerras sean instigadas ocasionalmente por verdaderos criminales, no puede justificar semejante mentira. Pues, por el contrario, las reacciones pasionales son un signo inequívoco del estado ordinario del ser del hombre. Y puede aún decirse que la ‗paz', en un sentido político, es meramente resultado de millones de reacciones apasionadas que se neutralizan entre sí por su misma trivialidad y subjetividad.
Sin embargo, habiendo entendido plenamente esta culpa general de la humanidad, habiendo entendido cabalmente que todos los hombres son responsables de las guerras, es necesario comprender en seguida que *ninguno es responsable.* Desde otro punto de vista, la guerra puede considerarse como fenómeno puramente cósmico, producto de influencias celestes en una escala en que las razones de los hombres y los sentimientos de los mismos carecen, como quiera que sea, de significado. Un planeta determinado, en determinada etapa de su ciclo, crea una tensión general en la superficie de la Tierra, como resultado de la cual los hombres *–en su estado ordinario de ser–* no tienen más alternativa que luchar.
Si se investigara, por ejemplo, en la historia de los dos últimos siglos una correspondencia entre la incidencia de la guerra y el ciclo de quince años característico de Marte, la evidencia parece apoyar de inmediato una relación así. Cada quince años, con regularidad extraordinaria, encuentra a algunas de las naciones de Europa envueltas en guerra entre sí, o en aventuras guerreras y desastres en otras partes del mundo. [73] Y, mientras tanto, si no exactamente pacíficos, los períodos intermedios, como quiera que sean, parecen traer la más cercana aproximación posible de paz en el presente estado de la humanidad, así como una abundante oratoria sobre ideales y aspiraciones pacíficas. Quizá la más clara indicación de este ciclo es que sus cúspides seña lar una moda general de patriotismo beligerante, mientras que en sus simas hasta los políticos tienden a adoptar una actitud conciliatoria e internacional.
La extrema claridad de este ciclo en comparación con otros, se debe probablemente al hecho de que lo acentúa otro ritmo planetario que tiene con aquél una relación de octava. Como vimos, el ciclo de Saturno tiene una duración de 30 años y la glándula pituitaria anterior, controlada por Saturno, se relaciona desde un punto de vista, con el impulso y poder de dominación, de vencer tanto a uno mismo como a los demás. Es la glándula relacionada con el ejercicio de la voluntad. En vista del nivel promedio del ser de las masas de la humanidad, el estímulo general de esta glándula producirá inevitablemente un deseo de dominar – pero no de dominarse a sí mismo, que es difícil y penoso, sino de dominar a algún otro.
En combinación con las urgencias pasionales producidas por el estimulo suprarrenal, esto acarrea un estado mental particularmente provocador de guerra. Por tanto, si el período sinódico de Marte produce una inclinación hacia la guerra cada quince años, el período sobrepuesto de Saturno puede esperarse que exagere esta tendencia cada treinta años, es decir, en cúspides alternas.
Además, cada tercer cúspide, o cada cuarenta y cinco años, esta tendencia marcial coincidirá con una cúspide en el ritmo de nueve años de los asteroides y, por tanto, se

[73] Ver Apéndice Y, ‗El Ciclo de Guerras.

realizará en forma diferente por la depresión general económica y psicológica, junto con su concomitante curva de crimen.
El hecho de que la influencia de Marte siempre se encuentra junta con alguna otra influencia, es lo que hace tan difícil señalar la verdadera naturaleza de la guerra en sí. Sólo podemos decir con certeza que debe haber muchas clases diferentes de guerra, de acuerdo con la naturaleza de la influencia sincronizarte – habrá guerras de dominación y conquista cuando Marte se combina con Saturno; guerras de pánico y crueldad cuando se conjunciona con los asteroides; guerras resultantes del aumento de población bajo Venus, y aún guerras santas cuando el ciclo marcial está modificado por el de Neptuno.
¿Cuál es el factor común de todas estas guerras? Seguramente es la *destrucción.* Toda guerra, aún la más noble, la más santa, destruye – vidas, propiedad, hasta sociedades y civilizaciones. Un estallido bélico no puede sino destruir y lo más que se puede agregar es que durante algunos períodos es evidente que la Naturaleza requiere que ciertas cosas sean destruídas. En general, sin embargo, el hombre parece destruir mucho más de lo que necesita ser destruido. La destrucción del monasterio de Monte Cassino en 1944, con todo lo que implicaba, debe tomarse como un ejemplo. En último término, todas las civilizaciones san destruídas por la guerra y *en ninguna* otra *forma.*
Habiendo dicho todo lo anterior, debe ponerse nuevamente en relieve que el proceso de destrucción en sí mismo es necesario a la Naturaleza y no puede evitarse. Es completamente diferente del proceso de crimen o corrupción que nunca puede, bajo ninguna circunstancia, conducir a resultados buenos o útiles. Sólo en la guerra la destrucción casi siempre está combinada con el crimen.
Esta distinción permite comprender por qué la Naturaleza de la guerra ha engañado a los hombres a través de las edades y explica lo quimérico para los hombres comunes de una posición puramente pacifista. Porque el pacifista nunca puede explicar cómo es que, aunque parezca la guerra absolutamente fútil e indeseable, como quiera que sea, algunos de los hombres más fuertes y nobles toman parte en ella y, con frecuencia, actúan luego con mucho mayor valor, lealtad, devoción y espíritu de sacrificio que en cualquier otro tiempo.
Contemplando otras edades, encontramos alguna veces a ideales muy elevados, sostenidos por una clase guerrera de caballería. Y en ciertas condiciones especiales el arte de la guerra puede proveer hasta la forma de una escuela esotérica, como la tuvo con los Caballeros Templarios y ciertas escuelas de arquería en Persia y la India. Si la, guerra en si misma perteneciera al proceso criminal, esto sería completamente imposible, porque cualquier participación en ella resultaría sucia. Y una de las primeras condiciones de cualquier empresa esotérica es que *no puede ser tocada por el crimen.*
Luego, la guerra es una expresión del proceso destructivo cuando actúa por intermedio de la humanidad. Mediante la introducción del temor, del odio y la crueldad, el hombre la torna criminal. Esta distinción se encuentra muy bien expresada en el evangelio hindú Thagavad Gita', donde el caballero Arjuna, encontrándose en el campo de batalla y encargado del deber de combatir a muerte con sus propios parientes, pide a Krishna, su guía divino, ser excusado del mandato. Krishna replica: ―Date cuenta que placer y dolor, ganar y perder, la victoria y la derrota son todas una y la misma cosa. Así, vé a la batalla. Haz esto y no cometerás ningún pecado. [74]
La repulsión de Arjuna representa la emoción más elevada posible del hombre civilizado en relación con la guerra. Y, todavía, le está indicada tina actitud más elevada aun. Por tanto, la guerra como el sexo, proporciona una de las pruebas finales del ser del hombre y por su actitud o su acción hacia ella, cada individuo demuestra lo *que es,* con exactitud matemática.

[74] ‗The Bhagavad Gita', traducido al inglés por Swami Prabhavananda y Gristopher Isherwood, pág. 44.

CAPÍTULO 18. LOS CICLOS DE CRIMEN, CURACION Y CONQUISTA

I LOS ASTEROIDES, LA ECONOMÍA Y EL CRIMEN

Explicando los mismos principios que estudiamos en los casos de MarAte y Venus, deberíamos esperar que el movimiento de Mercurio, que actúa sobre la tiroides, produjera ondas de instabilidad universal o de movimiento. Pero como antes notamos la órbita de Mercurio es tan excéntirca y tan corto su período, que cualquier ciclo que pueda inducir sería demasiado errático para un estudio serio.

Pero lo extraño es que este inquirir nos introduce a un ciclo semejante de actividad – pero al parecer relacionado con un ritmo astronómico de una categoría completamente diferente. Este ciclo es de 9 años y los estadísticos subrayan su distinción del ritmo biológico de 9 años 2/3 que ya se ha discutido.

El ritmo de 9 años controla los precios y la Bolsa, la recurrencia de crisis financieras, la actividad constructiva (18 años) y otros muchos factores que reflejan las curiosas curvas de optimismo y pesimismo, iniciativa y depresión que caracterizan a todos los fenómenos económi. cos e industriales. Ese ciclo resulta más pronunciado en las sociedades industrializadas. Aparece con mucha fuerza en las grandes ciudades y es particularmente característica de los EE. UU. de Norteamérica. Otros ciclos, por ejemplo de once años, tienen mayor dominio en Europa.

Traducido del lenguaje estadístico al emocional, este ciclo de nueve años representa, con evidencia, una fluctuación en esa extraña fuerza oculta que parece mover a las apuradas muchedumbres de cualquier gran ciudad, ora de un modo, ora de otro; en la mañana a un ‗tempo‘, por la tarde a otro, y llenar a estas muchedumbres con una extraña agitación en una época y, en otra, de apocamiento e indiferencia completas. Cualquier observador de las calles de Nueva York o Londres habrá notado, casi con horror, la extraordinaria impresión de ser chupado en algún lugar, que dan las muchedumbres urbanas en movimiento y la aparente indiferencia de esta succión invisible, para cualquier consideración de felicidad o de beneficio humano. Esta es la fuerza que mantiene siempre en movimiento a las masas citadinas, apurándose, a la carrera, sin saber hacia dónde, aunque en realidad a ninguna parte que no sea la tumba.

¿Qué dios o demonio puede inducir tal inquietud? Buscando en los cielos un ritmo de 8 años, encontramos uno en un lugar completamente inesperado.

De acuerdo con la regla armónica conocida ahora como ley de Bode, debe existir un planeta entre Marte y Júpiter a una distancia de 420 millones de kilómetros del Sol. Sin embargo, no se había descubierto ningún indicio de semejante planeta hasta 1801, cuando el primero de una serie de planetas minúsculos fué localizado en esta área. Desde entonces se han registrado alrededor de 1,200 que varían en diámetro desde 400 hasta sólo unos cuantos kilómetros. El 95% de estos asteroides están situados en una banda dispuesta de 325 a 480 millones de kilómetros del Sol, siendo la distancia promedio casi exactamente igual a la supuesta por la ley ya referida. De acuerdo con la tercera ley de Kepler, el período orbital de un cuerpo a esta distancia del Sol es de cerca de 1,700 días que, de hecho, es la periodicidad promedio de los asteroides. Una masa planetaria que gire a esta velocidad, debe efectuar una conjunción menor con la Tierra y el Sol cada 468 días, en tanto que su ciclo sinódico completo debe ser exactamente de nueve años.

Por tanto, la periodicidad de la masa de asteroides corresponde a las notas *re, sol* y si. Empero, la nota *re* corresponde sólo a los asteroides y, por tanto, parecería ser mayormente característica de ellos. En la octava siguiente esta nota estará representada por 54 años, en la siguientepor 108, etc. Luego, con el objeto de estudiar la influencia de los asteroides sobre la vida humana, debemos buscar fenómenos de una periodicidad no sólo de 9 años, sino también de 27, 54 y 104

años.
Recordemos la octava de periodicidad sinódica verdadera que fué establecida en el capítulo 6:

Júpiter x 2 Venus y Mercurio x 3	Asteroides x 3	Marte x 2 Saturno x 1	Venus y Mercurio x 5	Júpiter x 3 Asteroides x 4	Venus y Mercurio x 5	Marte Asteroides x 5	Júpiter x 4 Venus y Mercurio x 8
Años	*Años*	*Años*	*Años*	*Años*	*Años*	*Años*	*Años*
24	27	30	32	36	40	45	48
Nota	Nota	Nota	Nota	Nota	Nota	Nota	Nota
do	*re*	*mi*	*fa*	*sol*	*la*	*si*	*do*

Las características del ciclo de nueve años ya se ha descrito. Sin embargo, un ritmo mucho más fuerte de más o menos el mismo carácter, se observa cada 54 años, por ejemplo, en los precios de mayoreo norteamericanos que han alcanzado cumbres notables en 1413, 1865 y 1919, fechas que coinciden incidentalmente con la terminación del conflicto de 1812, la Guerra Civil y la Gran Guerra. También se ve la misma periodicidad en la producción del hierro y de carbón y en las ganancias industriales.
Kondratieff y otros observadores van más allá y proclaman que esos ciclos de 54 años están marcados por cambios radicales en toda la estructura económica – el período de 1788-1842 que cubre la revolución industrial en los EE. UU. de N. A., y en Inglaterra; de 1842-1896, la era del carbón, el vapor y los ferrocarriles; de 1896-1950 el de la química, el período venidero, señalado potencialmente por una nueva estructura económica y una nueva fuente de energía. Otros más han intentado asociar este ritmo con la incidencia de las guerras, aunque este fenómeno depende probablemente de una conjunción de ciclos asteroidales y marciales que ya se ha considerado.
En el fondo, todos los ciclos anteriores en múltiplos de 9 años parecen conectados con cierto estímulo o agotamiento nervioso entre las grades masas que habitan las ciudades. A su vez, se han hecho intentos por relacionar esto con el potencial eléctrico del aire, que muestra un ritmo de 9 o 10 años en un observatorio citadino (Kew), por más que tal ciclo no fué notado en una estación rural (Eskdalemuir). [75]
A este respecto es interesante especular sobre qué clase de radiación puede esperar que provenga del movimiento de innúmeros asteroides, y qué efecto podría producir esa radiación en el campo magnético de la Tierra. Consideremos, en primer lugar, la naturaleza física de este tropel de partículas de diversos tamaños, persiguiendo a diferentes velocidades, cientos de órbitas separadas y sumamente excéntricas. Recordemos, después, la impresión discordante o confusa que dan las conversaciones diversas de mil gentes durante un entreacto del teatro, comparadas con la impresión armoniosa que crea el mismo número cuando toma parte en un canto coral bajo un solo director. Tal es la relación física entre la masa asteroidal y los planetas individuales.
En alguna forma la naturaleza de los asteroides es para representar, así, la influencia de la multiplicidad en el concierto del Sistema Solar, para simbolizar la independencia o insurrección de las unidades componentes contra el todo. En tal sentido, las condiciones patológicas son causadas por la acción independiente o la inercia de distintos órganos o células del cuerpo, mientras que las rebeliones y las revoluciones representan una condición semejante en el cuerpo político. Ese Individualismo es notoriamente una característica de la economía industrial moderna y, particularmente, de la vida de las grandes ciudades.
Todo esto parece insinuar, en alguna forma, una influencia maléfica, perturbadora e inquietante. Pues aún desde el punto de vista económico, este ciclo se describe acertadamente como un cielo

[75] Ellsworth Huntington, ‗Mainsprings of Civilization‘ págs. 477¯84.

de depresión, es decir, ciclo de temor y pánico general. Ese temor, como vimos en nuestro estudio de los procesos psico-físicos, representa un veneno psicológico definido. Y éste, a su vez, da lugar a las ondas de suicidio, crimen, hurto y otros delitos que también se ha encontrado – siguen un ciclo de 9 años y se corresponden con las simas de la depresión económica.

A esta luz, recordamos con interés que cierta nota en las octavas de los compuestos orgánicos hallamos que era característica de los venenos, es decir, de las sustancias que ocasionan enfermedad. En cada mundo, por la triple naturaleza de la creación, deben operar todos los seis procesos y no puede estar exento ni siquiera el mundo planetario.

Todavía más, las diferentes notas de cualquier octava parecen corresponder de algún modo a estos diferentes procesos o a las sustancias que involucran. Debemos, por tanto, esperar que los diversos planetas, en su propio nivel, estén asociados en alguna forma con la operación de estos procesos. Ya hemos visto cómo la influencia de Venus parece relacionada con el proceso de crecimiento, y la de Marte con el de destrucción.

Así, pues, es difícil evitar la conclusión de que el ciclo de los asteroides y su influencia se encuentra asociado al proceso que, faltando una mejor descripción, hemos designado como de corrupción o crimen.

Esta extraña afinidad entre los asteroides y la corrupción recuerda, a su vez, las viejas leyendas sobre el crimen en nivel angelical o planetario –la rebelión de Satanás, la caída de Lucifer. Tales leyendas se presentan siempre con el contacto de las bien conocidas imágenes planetarias o demiúrgicas –Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno– que bajo uno u otro nombre se producen en la cosmología babilónica, griega, romana, azteca, árabe y medioeval. Los asteroides nunca son mencionados con su nombre pero en cada caso se nos habla de un ‗ángel caído‘. ―Cómo has caído del cielo, tú, oh Lucifer, estrella de la mañana” (Isaías XIV).

En el capítulo 9 del Apocalipsis de San Juan esta leyenda es elaborada en lenguaje mítico-místico. Se describen extrañas visiones que se refieren a cada uno de los siete ángeles planetarios. Particularmente nos interesa la visión del quinto ángel, puesto que, en realidad, los asteroides ocupan el quinto lugar en la secuencia planetaria – después de Mercurio, Venus, la Tierra y Marte. Se nos dice que cuando este ángel resonó, se vió caer una estrella al ‗abismo sin fondo‘, del cual se levantaron nubes de humo que oscurecieron el Sol. Mas de este humo surgió un enjambre de ‗langostas‘, con ‗pelo‘ ondulante y ‗petos de hierro‘, el sonido de cuyas alas parecía el de innúmeros carros precipitándose a la batalla. El ‗rey‘ de estas ‗langostas‘, o el ángel del abismo sin fondo, era Apollyon, que más tarde vino a ser Satanás.

Una versión posterior describe a ―una mujer vestida con el Sol, y la Luna bajo sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas” [76] (personificación de la escala descendente de mundos, desde los doce signos del Zodíaco de la Vía Láctea, a través de nuestro Sol, hasta la Luna, abajo) y que está a punto de dar a luz – presumiblemente a un nuevo satélite. Sin embargo, Satanás o el dragón, espera devorar al infante y, como resultado de esta amenaza, hay guerra en el cielo entre. Miguel y sus ángeles (el Sol y los planetas mayores) y Satanás y sus demonios. Estos últimos son derrotados ―ni se encuentra más lugar en el Cielo para ninguno.... y el gran dragón fué echado, esa vieja serpiente llamada Diablo y Satanás, que defraudó a todo el mundo, fué arrojada a la Tierra y con él fueron arrojados sus ángeles”.

En el siglo XVII estas varias leyendas fueron sintetizadas por Milton en su ‗Paradise Lost‘, donde la caída de Lucifer se relacionaba con el ‗orgullo‘, la independencia o la rebelión contra un órden cósmico. A través de ésta y de todas las referencias análogas se agita la idea de que Lucifer es el espíritu de la multiplicidad, del caos, del desorden en una masa de individuos desorganizados. El es el ‗príncipe de los demonios‘ cuyo nombre es ‗Legión‘.

Al principio del siglo XIX el astrónomo Olbers, que descubrió el segundo asteroide, se hizo eco extrañamente de estas leyendas cuando sugirió que los cuerpos recién descubiertos eran

[76] Representada por la Virgen de Guadalupe, por ejemplo.

fragmentos de un planeta que existió alguna vez y que había estallado en innúmeras par. tículas. También se supuso que el pequeño volumen total de estos fragmentos (aproximadamente el de la Luna) debía explicarse por el hecho de que mucho de lo que componía el planeta perdido había sido atraído a las órbitas de la Tierra, Marte o Júpiter, ya como meteoros en caída y ya formando satélites a estos planetas.
Esta teoría de Olbers recuerda y está acorde con la idea, bosquejada en el penúltimo capítulo, de que en algún remoto período, una tremenda tensión cósmica pudo registrarse, representando la ‗noche' para la Tierra y produciendo el cataclismo que sumió a la Atlántida, que provocó una ruptura casi completa en la historia de la humanidad. Exactamente la misma tensión creada por el Sol y el centro galáctico en conjunción, puede haber causado en ciertas circunstancias la ‗explosión' de un planeta defectuoso, con todas las consecuencias descritas.
En esta forma la leyenda de la caída de Lucifer, ‗estrella matutina', la guerra contra aquél por los otros planetas, su caída a la Tierra desde su lugar en la altura, y su relegación final a un papel nuevo de príncipe de una legión de demonios o ‗langostas volantes' – estaría exactamente transcrita en el lenguaje científico.
Más aún, la influencia de estos ‗demonios' o asteroides sobre la Tierra, se halla ahora, fluctúa según un ciclo de 9 años que, de hecho, corresponde a las ondas de depresión, suicidio, asesinato y locura que se observa entre los hombres.

II JÚPITER O LAS ARMONIAS DE LAS LUNAS

Desde un punto de vista astronómico el hecho más sorprendente acerca de Júpiter es la complejidad del sistema de satélites que soporta. Júpiter tiene once lunas conocidas, cuatro de las cuales se ven fácilmente con ayuda de gemelos y tienen un tamaño aproximado al de la Luna de la Tierra. Este planeta se encuentra entre el Sol y la Tierra en cuanto a tamaño, teniendo un milésimo del volumen del primero y 1,300 veces el volumen de la segunda. Y, por cierto, toda la relación de Júpiter con el Sol sigue, al parecer, una proporción definida y significativa. El Sistema de Júpiter por el número de sus satélites, su tamaño, su distancia, sus velocidades de revolución, etc., parece presentarnos un perfecto modelo a escala del Sistema Solar. En todo caso, la aproximación es tan estrecha que se hace imposible no creer que los dos están construidos o se han desarrollado de acuerdo a las mismas leyes. Por ejemplo, la órbita y los períodos de las lunas de Júpiter se ha encontrado que tienen una relación constante con órbitas y períodos de los planetas del Sistema Solar aunque, *naturalmente,* con factores diferentes para la distancia y el tiempo orbitales.
Considerando a los satélites de Júpiter: lo, Europa, Ganymedis y Calixto (I, II, III, IV) como correspondientes a Mercurio, Venus, Tierra y Marte, se ve que las distancias en el Sistema Solar promedian 140 veces las del Sistema de Júpiter, en tanto que los períodos promediarían 50 veces más. [77] Estas cifras confirman aproximadamente la fórmula que relaciona el tiempo y la distancia relativos en mundos diferentes (t = d 2/3), que establecimos en el capítulo 2, y demuestran que el principio expresado en la tercera ley de Kepler no sólo se aplica a los satélites dentro de un mismo sistema sino, también, a la relación entre uno y otro sistema. Y confirma, además, que Júpiter como el Sol, es un cosmos o una entidad viviente completa.
Hay toda una serie de implicaciones en el sistema muy desarrollado de Júpiter y su reflejo casi completo, en miniatura del Sistema Solar. En primer término, la influencia o radiación que produce un Sistema de esta clase, debe ser en extremo sutil, incorporando gran número de frecuencias diferentes dentro de una relación armónica. Mientras que el planeta Venus sólo tiene dos movimientos (rotación y revolución) y así produce sólo dos clases de frecuencias, el Sistema de Júpiter incluye 15 o 20 movimientos diferentes, es decir, 15 o 20 diferentes armónicos. En otras palabras, Júpiter debe producir una abundancia extraordinaria de

[77] Véase Apéndice VIII, ‗Relación de los Sistemas Solar y Jupiteriano'.

sobretonos que lo sitúan con Venus en la misma relación que hay entre un violoncello y un pito de feria.
Más aún, el hecho de que el sistema de Júpiter es un modelo a escala de todo el Sistema Solar, acarrea otras implicaciones. Supusimos que la estructura del hombre era una imagen de la del Sistema Solar y que las glándulas endocrinas en su interior, correspondían a los varios planetas, que reaccionan a sus varias influencias. Júpiter, por su lugar en el Sistema Solar, parece emitir una ‗nota‘ o frecuencia que activa la glándula pituitaria posterior, produciendo en ella un ritmo correspondiente. Pero por las mismas leyes, las lunas de Júpiter producirán armónicos débiles que afectarán a todas las demás glándulas. Aunque cada una de estas glándulas estará primordialmente controlada por la influencia de su ‗propio‘ planeta, también, en forma mucho menos apreciable, reaccionará a la influencia de la correspondiente luna de Júpiter, la que –como hemos visto líneas arriba– emite una frecuencia armónicamente referida a la de aquel planeta ‗propio‘, pero cerca de seis octavas más arriba.
Este cálculo nos da una idea completamente nueva acerca de la significación de los satélites de un planeta en relación con el hombre. Si cada planeta controla una de sus funciones, el número de las lunas de ese planeta controla la interacción de esa función particular con las demás, su poder de armonización con otras. En esta forma vemos que las funciones que corresponden a Mercurio y Venus, que carecen de lunas, serían funciones ‗crudas‘, por así decirlo, por la falta de los armónicos que los capacitarían para ‗mezclarse‘ con otras. Marte tiene dos lunas, aunque muy pequeñas y en embrión. Esto significa que la función de la pasión suprarrenal tiene armónicos que la relacionan, aunque muy débilmente, con otras dos funciones. Esto significa también, que con las funciones restantes –como el pensamiento abstracto– no puede mezclarse la función de la pasión, y que siempre chocará con ellas.
Sólo tienen un sistema completo de lunas, Júpiter y Saturno y producen armónicos que se corresponden con todas las demás funciones y, por tanto, la glándula pituitaria en sus dos porciones, tiene una relación muy especial con todas las demás funciones y con el organismo en su totalidad.
El poder de armonizar o de producir ecos en todas las otras funciones que posee la pituitaria en virtud de los sobretonos de su planeta, tiene un significado diferente en sus dos mitades. Sería más simple decir que toma una significación femenina en el lóbulo posterior, y una significación masculina en el lóbulo anterior. De ahí que dote al lóbulo anterior con la función de vigilar, dirigir y ‗controlar‘ a todas las demás funciones – dominándolas, por así decirlo. Mientras que dota al lóbulo posterior con la función de cuidar a todas las antes mencionadas, de conciliar las discordias entre dichas funciones, de curarlas y, en general, de ejercer una función maternal en el organismo. Del modo oomo Saturno y Júpiter actúan de ‗padre‘ y ‗madre‘ de sus respectivos sistemas de satélites, del mismo modo los lóbulos anterior y posterior de laglándula pituitaria, actúan de ‗padre‘ y ‗madre‘ para todas las demás glándulas y funciones del cuerpo. La referencia a sus características en cualquier libro de endocrinología, confirmará este análisis.
Si Júpiter promueve una función conciliadora y armonizante en el individuo, su ciclo –que afecta a millones de gentes– se reflejará dentro de una fluctuación universal de los instintos más bondadosos y humanitarios del hombre. Por tanto, pueden buscarse indicios de su ritmo de doce años en la medicina, las obras de caridad, la prestación de servicios sociales y, en general, en los aspectos más piadosos de la vida humana.
Sin embargo, con el objeto de investigar más efectivamente lo que se refiere a este ritmo, haríamos bien estableciendo con mayor cuidado la naturaleza de su actividad curativa. Fundamentalmente, como dijimos, la curación restaura la salud a las cosas afectadas por el proceso corruptivo o criminal. En realidad, puesto que casi todo lo que conocemos y cuantos conocemos están manchados –ya que el ‗pecado original‘ de la humanidad, en el curso de las edades ha penetrado en todos los ámbitos de nuestro mundo–, *necesitan todas de la curación*, en una forma o en otra.

A fin de participar del proceso de regeneración, el sujeto debe ser normal. El anormal y el subnormal no pueden regenerarse, no pueden renacer. La semilla podrida y la imperfecta no germinan. Por tanto, la curación no sólo es restaurar la normalidad, sino también, preparar la regeneración. Es el antídoto cósmico de la corrupción.

Cuando estudiamos el ritmo del proceso corruptivo en relación con la humanidad, vimos que se expresaba por sí mismo en dos formas – en períodos de laxitud y desesperación conocidos como ‗depresiones' por los economistas; y en períodos de violencia expresados por motines y rebeliones. Esto es interesante ya que este proceso se desarrolla merced a dos categorías principales de emociones humanas –emociones violentas o malignas y emociones sin espeeranza o desesperadas. Llevadas a su extremo, las primeras conducen al asesinato, las últimas al suicidiorepresentando ambas la destrucción de toda posibilidad, para otro, la primera; para uno mismo, la última.

Así pues, en sentido general la curación –en tanto se refiere a la humanidad– significa neutralizar los indicios de las emociones malignas y desesperadas. Significa la prevención del asesinato y del suicidio, restaurando las posibilidades perdidas.

Si, además, pensamos en los resultados objetivos de estas dos actividades completamentarias vemos que, en tanto que el crimen deja naturalmente tras sí una atmósfera de sospecha, odio y temor, así tam. bién la curación inevitable y naturalmente, deja tras sí una atmósfera de amor y gratitud. Si pensamos en la enorme calidad de amor y gratitud evocados por el ejemplo de Florence Nightingale o por Louis Pasteur en la curación de los cuerpos, en San Vicente de Paul para el saneamiento de una condición social, en Bartolomé de las Casas reparando los males hechos por una raza a otra, en Juana de Arco curando a una nación; comprenderemos, entonces, que esta actividad no sólo alcanza el resultado inmediato de la salud restaurada, sino que también da lugar a gran cantidad del crudo material emotivo necesario para que se inicie el proceso de regeneración.

Dentro de ciertas condiciones abyectas de pobreza y degeneración, en ciertas condiciones de enfermedad muy arraigada, en la locura y bajo el hipnotismo, la regeneración es imposible. Deben subsanarse primero estas condiciones. Y, luego, puede iniciarse la regeneración.

Por tanto, los hombres aciertan cuando instintivamente reconocen que, *salvo una,* la curación es la actividad más elevada en la que pueden participar los seres humanos.

III SATURNO Y LA CONQUISTA

El ciclo sinódico de Saturno tiene una duración de 30 años. Ya hemos visto cómo este período es una octava más alta que el ciclo material, en el cual imprime la urgencia, de otro modo inexplicable, *de dominar* que de súbito posee a una ú otra nación y que presta a las guerras en que luego se embarcan, .un carácter extraño y muy especial.

En psicología individual este ‗afán de dominio' es característica reconocida de los tipos de pituitaria anterior. Y, probablemente, hay ciertas naciones en las cuales la estirpe típica se aproxima a ese tipo. De los siglos XVII al XIX los británicos parecen haber tenido una tendencia especial en esta dirección. Pero, al parecer, la misma estirpe racial se modifica gradualmente por si misma, pues desde el comienzo del presente siglo parece que esta tendencia se extingue progresivamente en la raza británica, que primero se dió por satisfecha con el *status quo* y después llegó aún a depreciarse en su propio papel internacional.

En vez de aquélla, desde la mitad del siglo XIX hasta promediar el siglo XX, esta necesidad de dominación parece pasar a los pueblos germanos, quienes en 1870, 1914 y 1939 se embarcan en una serie de guerras todavía planeadas más cuidadosamente, que no podían tener otro designio que la eventual conquista del mundo. En nuestros días, tendencias análogas, aunque sin duda combinadas con cualidades muy diferentes, parecen manifestarse en Norteamérica y en Rusia.

Aparentemente, cuando determinada combinación de influencias alcanza su máximo, esta urgencia de dominio expresada temporalmente en una o en otra nación, alcanza fuerza

explosiva. La increíble expansión de los griegos bajo Alejandro en 332-326 a. C., de los tártaros bajo Gengis Khan en 1215-1223, de los españoles en México bajo Cortés en 1520-1525, de los franceses en Europa bajo Napoleón en 1810-12, de los alemanes bajo Hitler en 1938-43 y de los japoneses en Asia en los mismos años, son claros ejemplos.
Aventuras así son por completo inexplicables por cualquier razón lógica y, en algunos casos, como el español, en que se adquirió en el curso de dos años un vasto imperio merced a cuatrocientos hombres, parecen colindar con lo milagroso. La urgencia de dominación, acentuada por ciertos ciclos cósmicos y por los tipos raciales de conquistadores y conquistados, se convierte para el tiempo de vigencia, en algo irresistible.
Esta calidad aparentemente milagrosa de algunas conquistas, que es evidentemente el resultado de condiciones cósmicas, dota al hombre, naturalmente, que viaja en la cresta de tales ondas – Alejandros, Napoleones, Hitlers– de una apariencia de dioses o demonios. En realidad, esos conductores pueden ser muy nobles o muy pérfidos, pueden ser también otra cosa que no es ni la una ni la otra. Hay ejemplos de conquistadores del mundo de cada una de esas clases. Pero, en todos los casos, es muy importante comprender que *ellos no hacen lo que parecen hacer.* En realidad, no hacen nada. Los ciclos planetarios lo hacen todo y más que todos, quizás, el ciclo de Saturno. Los conquistadores son sencillamente hombres con cierta capacidad natural retórica o estraté. gica que, en forma curiosa tipifica su carácter racial y que sobre todo, se percatan muy especialmente de las influencias planetarias – o, que expresa con mayor frecuencia que tienen ‗sentido de la historia'.
Este ‗ciclo de dominación' es un aspecto de mayor o menor influencia de Saturno sobre la glándula pituitaria anterior en millones de gentes. Pero es nada más que un aspecto del rendimiento de este órgano. Porque, como vimos antes, la pituitaria anterior es también la glándulaque al funcionar activamente, produce el poder del pensamiento abstracto, es decir, de coordinar el conocimiento adquirido mediante todas las demás funciones y, en consecuencia, del logro de invenciones o descubrimientos. Porque, después de todo, la invención es sólo la percepción de nuevas conexiones entre rubros de conocimientos, prácticos y teóricos, que anteriormente no llegaron a relacionarse en forma semejante.
Debemos esperar, por tanto, que la fase máxima del ciclo de Saturno no sólo acarree una urgencia de conquistas sino que, también, tenga algún efecto en el conocimiento e inventiva humanos. Y en realidad nos encaramos al curioso hecho, señalado con frecuencia, de que en ciertos períodos de guerra agresiva, la ciencia y la invención se adelantan fabulosa y desproporcionadamente en relación a su progreso en tiempos de paz. El avance revolucionario hecho durante la primera guerra mundial en medicina y en aviación, y el desarrollo todavía más revolucionario de la ingeniería, la física, la electrónica, la bacteriología y, prácticamente, toda rama del conocimiento humano durante la segunda guerra mundial, exactamente 30 años después, han sido frecuentemente indicados.
La observación es enteramente correcta. Pero la deducción de que la guerra *estimula* la invención o *induzca* una sed de conocimientos, es completamente injustificada. Parece mucho más correcto ver en esto un reflejo de diferentes aspectos de la estimulación pituitaria en gran es. cala. Esta glándula es el asiento de la invención y la inventiva de las naciones un expresada tan prosaicamente en las cifras de las patentes registradas – se ve que varían en realidad dentro del ciclo de 30 años, esto es, de acuerdo al período sinódico de Saturno.
Empero cuanto más entendemos de esta influencia saturnina –con su estímulo de la conquista tanto física como intelectual, así como también de la invención y la comprensión intelectual – tanto más nos parece, no sólo en una forma recurrente sino, también, en forma muy especial, la influencia dominante de nuestra presente era.
Hemos mostrado cómo civilizaciones diferentes parecen basarse en el predominio o en el desarrollo especial de una sola función. Y de acuerdo a nuestra tesis, esto es como decir que cada cultura se encuentra a sí misma bajo la influencia especial de un planeta – aquél que

controla la función entonces ascendiente.
Si pensamos en lo último, en la cultura del Renacimiento por ejemplo, inmediatamente describimos su suntuosidad ostentación, colorido y versatilidad. En agudo contraste con la fría interioridad que surge de la cultura Monástica Cristiana, el Renacimiento se caracterizó por sugregarismo y espíritu de empresa, por su vasta mezcolanza y fundición, su tendencia a abarcar y tolerar todos los lados de la vida. Y esto se acompañaba por un desarrollo muy especial de la medicina y del arte de curar. En un individuo estas cualidades las calificaríamos de joviales y las asociaríamos con el estímulo de la glándula pituitaria posterior. El Renacimiento, podemos aventurar, fué una cultura *bajo Júpiter.*
Pasando a nuestra propia cultura, cuyo origen intentamos trazar en el capítulo 16, nos sorprenden muy otras características. Ciertamente, la invención –desde la máquina a vapor hasta la bomba atómica– ha inundado con dones malos y buenos a un ritmo sin paralelo en la historia. Pero si pensamos en el *efecto total* de estos inventos, nos damos cuenta que ha sido principalmente para poner un acento extraordinario en el *intelecto* de la humanidad. Tal cosa habría sido inimaginable en la edad media. En aquellos días, como hoy en los lugares de México o la India, un campesino no recibía impresiones de fuera de su valle o aldea. Los objetos o las historias procedentes de diferentes terrenos no le provocaban asociaciones, *no tenían significado.* Lo que sabía un hombre del clima, sus vecinos, las cosechas, lo sabía muy profundamente, con todas las partes de sí mismo. Pero nada sabía alrededor de cosas distantes y se le requería no saber nada de ellas.
Imtempestivamente, con el telégrafo y la educación popular y su corolario de la prensa, todos los hombres fueron requeridos a conocer la existencia de China o Alaska, sino que aún se preocuparan cada día del destino de sus habitantes; a seguir las guerras, hambrunas y plagas en partes tan remotas de la Tierra y, en general a tomar como propias las preocupaciones de todo el mundo. Posteriormente la radio y la televisión aseguraron que aquellos que habían escapado hasta ahora a tal responsabilidad no podrían hacerlo en adelante.
Aparte de esta presión intelectual del presente, fueron los hombres requeridos también a conocer y preocuparse por las guerras y revoluciones del pasado distante, por la caída de las antiguas civilizaciones, por la desintegración de remotas estrellas y aún por el destino de todo el universo.
De todo esto surgían preguntas que *ocuparon las mentes de los hombres.* Mas, tenían los hombre que conquistar no sólo el frío y el calor, el suelo, los alimentos y la vegetación como por toda la historia lo habían hecho sino que en adición, tenían que conquistar máquinas extra-ordinariamente intrincadas, tratar con fuerzas cuya existencia ni siquiera sospechaban sus abuelos. Fueron requeridos *a comprender* todas es–tas máquinas, todos estos países extranjeros, toda la historia, todo el universo, aunque fuese de modo rudimentario. Un inmenso y completamente nuevo esfuerzo o un estímulo inmenso y completamente nuevo, se estaba haciendo sobrellevar en la comprensión intelectual de la humanidad en su conjunto. Si en edades anteriores no había habido des canso para los músculos de los hombres, ahora no lo había para sus mentes. Y el foco principal, en cualquier hombre. individual, era *la glándula pituitaria anterior.* De este modo, en forma muy real puede decirse que la cultura presente está especialmente *bajo Saturno.*
Ahora bien, si la procesión de influencias celestes requiere que la comprensión intelectual del hombre sea especialmente estimulada ahora, muchos aspectos de nuestra actual civilización se hacen más comprensibles. Pues vemos que sus debilidades, fracasos y crímenes son también predominantemente intelectuales, esto es, que surgen de *las mentes* incapaces de adaptarse por sí mismas a este nuevo estímulo – exactamente como las debilidades, fracasos y crímenes de la Edad Media fueron predominantemente emocionales, esto es, que surgieron de los *corazones* que fueron incapaces de responder a la tensión requerida de ellos.
Cada estímulo celestial que viene a ponerse sobre el hombre es, así, su oportunidad y su peligro.

Le abre nuevas posibilidades pero también, trae una nueva prueba a su ser. En la Edad Media, el auto de fe, la persecución religiosa y las fantasías de brujas fueron resultado de la naturaleza de los hombres expuestos a un estímulo universal y cósmico del corazón. El prevalecimiento de la locura mental, de la superstición científica, de la tonta trivialidad de pensamiento y entretenimiento que caracterizan a nuestra edad, es el resultado de la débil naturaleza de los hombres expuestos a un estímulo universal y cósmico de la mente.

Todo esto es el resultado negativo de tal estímulo, el cual puede observarse por cada uno de sus lados. Lo que, empero, debemos estudiar son las posibilidades positivas de tal estímulo, al alcance de los hombres de naturaleza fuerte. Pues éstos, y sólo éstos, son capaces de expiar por todos los demás.

Por tanto, a partir de un estudio de los varios ciclos planetarios en relación con ciclos observados en los diferentes campos de actividad humana, llegamos a la conclusión de que los planetas no sólo gobiernan las varias glándulas o funciones de los seres humanos individuales sino que, también, gobiernan en toda la humanidad las seis diferentes variedades de procesos cósmicos que hemos encontrado en tan gran núrnero de escalas.

El ciclo de Venus parece gobernar el crecimiento y multiplicación de la humanidad. El ciclo asteroidal gobierna el crimen del hombro y su enfermedad. Marte gobierna la destrucción en el mundo humano. Júpiter su curación y Saturno su conocimiento e invención. En tanto que en relación con el ciclo lento de Neptuno, todavía por considerar, se encuentra el proceso de regeneración, tanto en lo que hace al hombre individual como en lo que hace a la humanidad.

Las luces cambiantes de la influencia planetaria producen a través de la historia un juego siempre cambiante de estos seis procesos y sólo de estos seis. Porque no existen otros y es imposible que suceda nada que no se produzca por uno u otro, o por varios de ellos en combinación. Estos procesos en acción efectúan toda la historia humana, toda la vida humana – tanto en lo que vemos como en lo que no vemos.

Más aún, están unificados y armonizados estos procesos entre sí por el séptimo ciclo, que los mezcla en un todo único y crea, merced a su concordancia, *otro cosmos*. Este es el ciclo del sexo gobernado por el planeta Urano.

CAPÍTULO 19. EL CICLO DEL SEXO

I FASES MASCULINA Y FEMENINA DE URANO

El estudio del largo ciclo que afecta al sexo es de interés especial porque nos ayuda a comprender mejor la manera general como actúan todos los ciclos semejantes. Pues con toda evidencia, el sexo se encuentra siempre presente en el hombre como principio dominante y en todos los países y en todas las edades es la fuerza motriz de la mayor parte de sus ocupaciones y propósitos.

A pesar de esto, toma formas muy diferentes, se cubre por sí mismo con modas diversas. Ora es abierto e impúdico, ora es muy oculto y disfrazado. Más aún, estas fases alternan y siendo su período la mitad del ciclo de Urano, que es de 84 años, tenemos el eterno espectáculo de los abuelos serios, consternados por los nietos descarriados, o el de las solteronas pudorosas que se sonrojan ante viejos verdes. Siempre ha ocurrido así y así ocurrirá siempre.

La actitud de una época hacia el sexo está indicada muy claramente por su literatura, su poesía, su arte y, sobre todo, por su vestido. Ejemplos innumerables de una completa conversión de actitud hacia el sexo y las mujeres en el transcurso de cuarenta años, pueden reunirse en esta forma. Un período de esta clase separa a las etéreas mujeres de Pinturricchio, inadvertidas tras sus cascadas de raso y brocados, de la sensual promiscuidad del ‗Venus, Cupido, Tontería y Tiempo' de Bronzino y la desnudez de moda de la Escuela de Fontainebleau. Nuevamente, cuarenta años separan esto, de los austeros ángeles y vírgenes del Greco, mientras que los cuarenta años subsiguientes nos traen la carnal desnudez de Rubens.

Estos ejemplos se refieren a la sexualidad de las mujeres, pero evidentemente, esto no abarca sino la mitad del tema. Y es interesante hacer notar que en los períodos intermedios, cuando las mujeres se representan, se ve florecer a los hombres en colores alegres y ropajes fantásticos o, cuando menos, posar ante el artista en actitudes vigorosas y excesivamente varoniles.

Al mismo tiempo que las mujeres anémicas de Pinturricchio, tenemos una sexualidad casi cómica que adorna la mitad inferior de la indumentaria masculina. En la edad de los ángeles vestidos de cilicio del Greco, los caballeros de la Inglaterra de Isabel marchan en colores de oro, de rubí y de zafiro, realzados con olanes, cortes, calzones bordados y elaborada joyería. Períodos en los cuales las mujeres se desvisten, parecen alternar con períodos en los cuales los hombres se engalanan. Porque, ciertamente, son éstas las tendencias fundamentales de la ostentación sexual, tal como se aplican a los diferentes sexos.

De todo esto parece más correcto considerar el ciclo de 84 años de Urano, no tanto como una alternativa entre la sexualidad franca y la oculta, sino más bien como la alternativa entre una edad femenina y otra masculina. [78]

Si emprendemos ahora el estudio del planeta Urano en sí, encontramos un paralelo astronómico muy curioso para este estado de cosas. A diferencia de todos los demás planetas, cuyos ejes están más o menos en ángulos rectos con el plano del Sistema Solar y que, por tanto, presentan sus ecuadores principalmente al Sol y a sus compañeros, el eje de Urano está casi al ras del plano de su órbita. Esto significa –único entre los planetas– que presenta sus polos directamente y en torno al Sol y a la Tierra. Cada 84 años su polo positivo, iluminado por toda la radiación solar, brilla verticalmente sobre la Tierra, en tanto que su polo negativo queda oculto y en la oscuridad. En los períodos intermedios es el polo negativo el que refleja hacia nosotros tan directamente la luz solar y el positivo el que queda oscurecido en la dirección del espacio exterior.

Si es cierto que los polos positivo y negativo de los planetas tienen alguna afinidad cósmica por la masculidad y la feminidad en general, podemos comprender, entonces, por qué Urano – en

[78] Véase Apéndice VIII, ‗El Ciclo del Sexo'.

razón de su movimiento único – es el planeta que gobierna la función sexual del hombre y, además, por qué el estímulo alternante de los dos sexos sobre la Tie. rra, sigue el ritmo de 84 años que vemos claramente en la historia.
Ambos sexos están siempre presentes y siempre con fuerza exactamente igual, como dos polos cualquiera; pero entre la humanidad, como en el caso de los polos de Urano, la luz de la moda brilla primero sobre uno y luego sobre otro, dejando invisible y eclipsado en cada fase al compañero– Ahora la feminidad está alumbrada; en 42 años la masculinidad estará en su cenit; y en 84, nuevamente la feminidad. En tanto que en los años intermedios –dado que los dos polos de Urano comparten la luz solar– los dos sexos deben brillar durante un corto lapso con brillantez igual.
Hemos tomado nuestras ilustraciones de la moda, porque ésta es el espejo más claro de las ideas sexuales de la gente o de un período. El vestido es, por así decirlo, la expresión artística natural del sexo. Y el vestido de cada edad y de cada individuo, es una firma fiel de su sexualidad, sus sentimientos y sus ideas sobre el sexo. En esta forma cada uno sin excepción, expresan públicamente su yo sexual.
Al mismo tiempo, la idea de períodos masculinos y femeninos alternativos, puede ser igualmente bien demostrada en cualquier campo del esfuerzo humano. La edad de Isabel, del despliegue masculino, es tam. bién la edad de los filibusteros, cuya extraña vida de piratas representa un aspecto muy definido de virilidad. Ciertamente que en cada edad existen aventureros semejantes pero, en ésta, en cierta forma fueron aceptados, estuvieron de moda y representaron un ideal sexual y social.
Como vimos antes, el sexo puede combinarse con cada una de las demás funciones para producir interminable diversidad de expresión humana. Y, en la misma forma, estas dos fases del ciclo sexual de Urano pueden coincidir con cualquiera de los otros ciclos planetarios, pro duciendo toda idea y actitud concebible en este respecto.
Algunas veces los ciclos sexuales coincidirán con ciclos de guerra o crimen, con ondas resultantes de sadismo y rapiña. Por otra parte, en algunos países donde el tipo racial es de una casta sensual –como en la India o en Malaya– los ciclos sexuales pueden combinarse creadoramente con los ciclos ‗espirituales'. En este caso, el sexo se convierte en un ‗misterio' simbólico del poder creador del universo y en un ‗camino' hacia la experiencia mística y la unión con Dios– Aunque la idea es extraña para los tipos raciales más intelectuales y menos sensuales del Occidente, la unión física puede usarse en ciertos períodos como un verdadero sacramento; y que las intensas energías liberadas de este modo, se aumenten deliberadamente para desarrollar la conciencia.
Encontramos claros indicios de tal enseñanza en la escultura de la civilización Kushan del siglo II en la India Meridional; y, otra vez, en los templos shivaítas del siglo VIII, los placeres místicos de un mundosuperfísico están representados en las figuras de sensuales jovencitas para cuyo regocijo el adorador, representado como un hombrecillo, suspira a distancia. Otra vez más, en otras épocas entre los sufis persas, por ejemplo– un aspecto más emocional del sexo ha servido de insinuación y alegoría de la más alta posibilidad del hombre.
Tales desarrollos sólo parecen posibles durante la fase femenina del ciclo de Urano y, entonces, sólo entre razas de tipo físico sensual. En cualquier caso, estas posibilidades implican evidentemente gran comprensión, una emocionalidad muy especial y la absoluta purificación del sexo de la más leve mezcla de vergüenza o de violencia. Aparte del conocimiento secreto de la alta fisiología requerida por tales ‗caminos', aun estas condiciones externas son prácticamente imposibles para los tipos occidentales, de educación occidental y habituados a las costumbres sociales del occidente.
No obstante esto, muchos individuos, digamos por casualidad, alcanzan su más alto grado de conciencia en el sexo; y merced al sexo adquieren su primera intuición de su desarrollo potencial.

II LA PSICOLOGÍA DEL SEXO

Uno de los aspectos extraños en el ciclo de 84 años del sexo, gobernado por Urano, es su casi exacta correspondencia con la duración media de la vida humana. Significa que. un hombre de larga existencia o, más significativaménte, cualquier generación dada, muere en una atmósfera sexual análoga a aquélla en que nació. En un capítulo ulterior, cuando tratamos de penetrar el misterio del amor y la muerte, o de la muerte y la concepción, comprenderemos que este hecho puede tener significado muy especial.

El mismo hecho implica, también, que en la flor de la vida, cuando es más plena la comprensión del sexo por el hombre o la mujer y es más profunda, él o élla viven en la atmósfera sexual opuesta a la de su nacimiento, es decir, en una atmósfera de estímulo máximo. Esto explica el hecho raramente admitido de que los sentimientos sexuales son muy a menudo más vigorosos y ricos a los cuarenta que a los treinta. Entretanto, el estudio de varias modalidades sexuales en el pasadoapenas podrá tener algo más que interés académico o erótico para la gente común, que no tiene más alternativa que vivir en la atmósfera sexual de su propia época y adaptar su comprensión individual del sexo de aquélla, en la mejor forma posible.

Lo primero que debe comprenderse por ellos acerca del sexo es que debiera ser *la función creadora más elevada,* resultante de la armonización de todas las demás funciones – sea ya en la creación de niños, con la imagen física de sus padres, ya en la creación de las artes o simplemente en la creación del verdadero papel en la vida del individuo. Desafortunadamente, en mucha gente el sexo, lejos de armonizar las funciones, las obstruye, interfiere con ellas, les impide llevar adelante su tarea propia.

Debe recordarse que la energía sexual es la energía más fina que normalmente se produce y conduce a través del cuerpo humano. Esto significa, también, que es la más volátil, la más difícil de almacenar o conservar bajo control. Como una reserva de gasolina, su presencia significa una fuente de inmenso poder y potencialidad y, también, un peligro constante de explosión catastrófica. En cualquier momento puede infiltrarse en el mecanismo de otras funciones y, como la gasolina al infiltrarse en el sistema calorífico o en el interior de un almacén, dar lugar súbitamente a grandes incendios que en pocos segundos pueden destruir reservas largamente acumuladas de otros materiales y aún dañar la estructura fundamental del edificio.

Empero, generalmente estas manifestaciones violentas y destructoras de energía sexual se derivan directa o indirectamente, de una actitud negativa hacia el sexo en general – es decir, la sospecha, el miedo, un sentido cínico, brutal u obsceno del sexo– Porque esas actitudes negativas impiden que el sexo encuentre su expresión apropiada y natural y fuerzan su energía dentro de canales y funciones *para las que es demasiado fuerte.*

Esto puede manifestarse en una actividad violenta, desmañada y sin sentido, que conduce con frecuencia al accidente físico y a la destrucción. O en llamaradas de ira apasionada, en amarga réplica nociva, en imaginación ardiente, en violentas denuncias de otros o en la imposición a los demás de tareas y disciplinas imposibles. Todos estos y otros incontables aspectos desagradables del comportamiento humano resultan de que la energía sexual es forzada en sistemas aptos para energías más bastas requeridas por el pensamiento, la acción o la fisiología. Recorriendo estos sistemas, la energía sexual recuerda a la corriente eléctrica que pasa a través de un cable demasiado pequeño para conducirla – el cable se calienta, primero, y por fin, puede fundirse del todo. Aquéllos que comprenden emocionalmente la idea del sexo como fuerza que armoniza a todas las demás funciones y que saben vivir su vida según esta comprensión, aunque obviamente no pueden verse enteramente libres de las manifestaciones desagradables antes descritas, nunca serán dominados por ellas en la misma forma. En cualquier caso, ellos nunca justificarán tal violencia ni pretenderán que pueda tener alguna

función útil, porque se darán cuenta de su origen y naturaleza. En dos formas el sexo puede convertirse en un elemento destructivo en vez de ser integrador de la vida del hombre – puede desempeñar un papel demasiado extenso o uno demasiado pequeño.
Huntington traza una sorprendente descripción de las condiciones sociales en un distrito tropical de Centroamérica, en donde los jóvenes gastan todo su tiempo en planear cómo poseer a cierta mujer o cómo descansar después del éxito de tales planes– Obviamente, en un estado así, no es posible ninguna civilización, ninguna cultura, ni siquiera el mejoramiento material.
Por otra parte, grandes cantidades de personas en ciudades altamente civilizadas, de hecho emplean el mismo tiempo en soñar no en la mujer deseada o en el hombre deseado, sino en el sexo en general o sobre el sexo en relación con alguna figura imaginaria de la escena o la pantalla. Ellos no se dan cuenta de que esos sueños utilizan el fino ma. terial del verdadero sexo gastándolo más rápidamente que en la satisfacción inmediata.
Más aún, esa imaginación produce una especie de impotencia psicosexual que hace que, cuando los hombres se enfrentan a las urgencias sexuales de la vida –que nunca, en ninguna forma corresponden a la imaginación– se hallan confusos e incapaces de responder a aquéllas en algún modo normal.
El sentido sexual es extraordinariamente sutil, actuando a gran velocidad merced a su fina energía. La mayor parte de sus manifestaciones tienen lugar en un nivel molecular, donde los impulsos son transmitidos miles de veces más rápidamente que los de la mente. Los efectos del aroma que también tienen lugar en un nivel molecular y, por tanto, tienen una estrecha afinidad con la función sexual y poder sobre ella, nos pueden enseñar mucho sobre esta velocidad y sutileza extraordinarias del sexo. Por ejemplo, un perfume puede difundirse a través de todo el volumen de una extensa habitación en un instante inmensurablemente breve; esto es, instantáneamente puede envolver todo en el interior de esa habitación, desde todos los lados al mismo tiempo– Capacidades análogas corresponden al funcionamiento adecuado del sexo– La idea del amor a primera vista, de ocurrir realmente, está basada en el hecho de que en ciertos casos la función sexual puede percibir cuanto puede saberse de una persona en un solo instante– Esto se relaciona con su velocidad de acción y con la naturaleza del estado molecular de la materia con que opera.
La mente lógica o la imaginativa es mucho más lenta para percepciones de esta clase. No puede seguir, controlar o estimular el trabajo de la función sexual. Sólo puede inhibir su acción, interferir con ella. Y esto casi invariablemente resulta cuando la mente se ocupa mucho del sexo, ya sea imaginándolo o ya razonándolo. El verdadero sexo no puede ser mejorado en forma alguna por la imaginación o por la razón y, prácticamente, siempre es destruído por éllas o éstas lo vuelven estéril.
Ya hemos mencionado a este. respecto el efecto de la imaginación. Pero es necesario comprender que la introducción de demasiada ‗razón o demasiada ‗voluntad' en los asuntos sexuales, tiene exactamente el mismo efecto. Evidentemente, un hombre debe tener el suficiente autocontrol para conservar dentro de ciertos límites su expresión sexual y no gastar demasiado esta energía fina con mucha promiscuidad, o no le quedará nada para emprender otra actividad creadora. Por otra parte, es tan volátil la naturaleza de la energía sexual, que el hombre que decide ‗controlarla' para ejercitar su ‗voluntad' sobre ella, para ‗sublimarla' o algo parecido, pronto se da cuenta que no le queda tiempo para ninguna otra cosa.
La lucha por conservar el sexo ‗en su lugar', sin expresión, es como un intento de circunscribir un aroma al rincón de un cuarto. Es completamente imposible. Así que el hombre que se aprecia a sí mismo de tener mayor auto-control emplea con frecuencia mucho más pensamiento, tiempo, energía e ingenio en el sexo que ningún otro. Nunca puede apartar el sexo de su mente y, por tanto, nunca es capaz de considerar imparcialmente cualquier otro aspecto de la vida. Cada problema, hasta el más trivial o académico, se decide en él sobre la base de la oportunidad

sexual que ofrezca o prohiba. En esta forma toda su vida resulta envenenada y él sacrifica aún posibilidades y oportunidades ordinarias. Un hombre así, es el esclavo más abyecto del sexo, y sin ningún provecho ni placer.

La llave de la comprensión del sexo es el conocimiento de que la energía sexual es la más fina y sutil producida naturalmente en el organismo humano. Por tanto, la energía sexual puede aplicarse a cualquier propósito, se puede expresar por sí misma en cualquier nivel. Contiene la potencialidad de formas más elevadas de creación y, también, contiene la posibilidad de destruir a un hombre, de quebrantarlo, física, moral y emocionalmente. Puede combinarse con el lado más bestial del hombre, con criminales impulsos de crueldad, odio o temor, o puede combinarse con las aspiraciones más refinadas y las sensibilidades más intensas. Y, en cualquier caso, elevará inmensamente la tendencia a la que se encuentra agregado.

En forma muy misteriosa la energía sexual contiene dentro de sí misma, en un nivel molecular, el sello universal o el diseño cósmico. Este diseño cósmico puede estar cubierto de carne, en la forma de criaturas físicas engendradas por la energía sexual de los padres. Pero, también, puede transmutarse en alguna expresión artística o literaria de este diseño cósmico o de cualquier aspecto de él que pueda llamar al artista. La energía sexual contiene la imagen de toda verdad; de ella cada hombre deriva toda la verdad de que es capaz.

Este hecho de que la energía sexual contiene dentro de sí una imagen cósmica completa y, particularmente, la imagen cósmica completa del individuo del que emana, tiene otro aspecto. Cuando en el acto sexual un hombre o una mujer se abandonan, separados de su energia sexual, significa que en forma extraña ellos son separados, puestos aparte de sí mismos. El acto sexual es un extraño simbolismo de la muerte cuando el hombre y la mujer son separados, no sólo de su simiente, sino de todo su cuerpo físico, del que esa simiente es sello microscópico.

Muchas analogías, tanto físicas como psicológicas, sugieren que el éxtasis sexual, en el que se reconcilian los contrarios, donde el sentido de unión está en proporción con el sentido de aniquilamiento y donde uno parece perderse y encontrarse a sí mismo al mismo tiempo, puede ser un verdadero anticipo de lo que puede esperarse de la muerte. Y así como un hombre que se separa de su semen en el acto sexual tiene al instante la revelación o la experiencia de todo su ser, cae en olvido, es dominado por la desesperación o es tansportado en éxtasis, así puede un hombre que se separa de su cuerpo en la muerte, ser revelado y premiado – no sólo durante una hora, sino durante toda una vida.

Al mismo tiempo, en la unión sexual el hombre y la mujer sin saberlo crean una imagen cósmica del todo. Las mitades separadas, divorciadas desde el amanecer de la vida, devienen por un momento una criatura perfecta, miran sus ojos a la tierra y el cielo simultáneamente, unido el ritmo de sus corazones, respirando sus propios alientos, satisfaciendo sus propios anhelos y completándose – es una nueva criatura purgada del mal y del yo y plena de un solo éxtasis, imagen de un cosmos en su perfección.

Por tanto, para cada individuo, el sexo da un presentimiento de la muerte y un presentimiento de la vida perfecta– En las palabras de la parábola, es su ‗talento' donado por la naturaleza y con el que puede hacer todo lo que apetezca su ser. En esta forma el sexo proporciona una prueba o examen universal de cada ser humano y, mediante su uso, determina sus posibilidades futuras.

III LA ATRACCIÓN DE LOS OPUESTOS

Consideramos al sexo como la función que, trabajando adecuadamente, armoniza en el individuo a todas las otras funciones. Esto es, puede producir acuerdo entre todas las diferentes funciones y procesos y lograr de ellos la potencialidad más alta del material asequible.

Pero esta capacidad armonizadora tiene otro aspecto. Por su naturaleza, la función sexual busca la perfección. No sólo pugna por crear armonía entre las otras funciones de su

organismo sino que, también, procura completar cada una de estas funciones, para suplir, lo que en ellas hace falta, para corregir alguna deficiencia y, por tanto, para crear un todo perfecto. Este todo perfecto será logrado al encontrar otro ser que puede suplir exactamente lo que hace falta a su propio organismo, función por función y que, combinado con él, constituirá el hombre completo o perfecto. Luego, el sexo literalmente es la facultad por la que, como lo expresa Platón, ―las almas buscan la otra mitad de la que fueron separadas en la creación".

En el capítulo sobre los elementos químicos vimos cómo estos elementos eran atraídos juntos o tendían a combinarse, de acuerdo con el número complementario de electrones en su cubierta externa. Estando constituída la cubierta perfecta por un número definido de electrones, el sodio, con un electrón sobrante, corre irresistiblemente al abrazo delcloro, al que falta uno. Por otra parte, el sodio con su electrón extra, jamás podría combinarse con otros álcalis compuestos de modo análogo. Este era el principio del matrimonio de los elementos y la base de toda la química.

Exactamente el mismo principio se aplica a la atracción y matrimonio de hombres y mujeres. Sólo que en este caso la búsqueda de un complemento ocurre en cada función y el sentido de atracción, indiferencia o repulsión entre un hombre y una mujer es, por así decirlo, el resultado de un cálculo altamente complicado del factor de reciprocidad existente en cada función y del promedio o total de todos estos factores juntos. Afortunadamente este cálculo abstruso no tiene que ser hecho por la mente lógica sino mediante la función sexual, que puede obtener un resultado correcto en cosa de un segundo o aun menos.

Es digno de recordarse, del capítulo sobre el Hombre como Microcosmos, cómo las diferentes glándulas y sus sistemas y funciones dependientes, actúan por pares, una controlando una característica masculina y la otra, una femenina. El ejemplo más obvio puede apreciarse en la pituitaria, en donde el lóbulo anterior está relacionado con la razón, la voluntad, el poder de coordinación y dominio, tanto sobre el propio organismo de uno como de sus alrededores; y el lóbulo posterior, con los procesos internos del cuerpo, el poder del organismo para cuidarse y curarse, y para curar y cuidar a otros. Evidentemente el lóbulo anterior afecta los instintos masculinos y el posterior, los femeninos o maternales, como lo expresan los endocrinólogos. Estas dos partes juntas, forman un solo órgano.

En la misma forma la tiroides y las paratiroides, o las glándulas del movimiento y el crecimiento; y la corteza y la médula de las suprarrenales, induciendo respectivamente a la lucha y la huída, representan contrapartes masculinas y femeninas. Esta unión de los dos elementos sexuales en cada una de las glándulas del cuerpo está bien representada en las imágenes del tantracismo tibetano, en donde cada ‗dios' o ‗poder' puede estar representado en unión de su shakti o contraparte femenina.

Ahora bien, cada hombre y mujer tendrán dominante uno u otro de estos dos aspectos en cada función –en proporciones infinitamente variadas. Y en cada función él o ella buscará instintivamente a uno del sexo opuesto que tenga una proporción exactamente complementaria. Más aún, puede encontrar una compañera que es precisamente el recíproco de una función, pero de ningún modo el de las demás– De esto sederiva la infinita complejidad de las relaciones sexuales humanas – las ‗amistades platónicas', las ligas puramente físicas, la ‗amitié amoureuse', etc. También explica por qué hombres y mujeres pueden no sentir contradicción alguna en varias relaciones con el sexo opuesto y, sin embargo, hallar totalmente imposible justificar este sentimiento ante lo convencional o ante la crítica.

Las mismas causas se encuentran detrás del eterno argumento en que A ama a B, pero B, sin corresponderle, quiere a C. Verdaderamente, un hombre cuyo centro de gravedad reside en una función puede encontrar a una mujer que sea en ésta su complemento y que, por tanto, despierta su excitación más aguda. Pero ella, la mujer, aunque en esa determinada función es una verdadera compañera, puede tener su pro. pio centro de gravedad en una función totalmente

diferente, a la que él, el hombre, nada puede ofrecerle y donde las necesidades instintivas de la mujer pueden ser satisfechas por algún otro hombre.
De nuevo, el trabajo de estas relaciones naturales todavía se complica y confunde más con las representaciones sexuales por completo imaginarias que pueden existir en la mente del hombre – en cuanto a él mismo y a la compañera deseable– Estas rpresentaciones, modeladas según héroes y heroínas de libros, obras teatrales o cinematográficas, e influídas por consideraciones de ‗buen tono' o de moda, hacen a quienes creen en ellas particularmente sensibles a la pseudos-sexualidad del maquillaje exagerado, del vestido provocativo, de la conversación sugestiva, etc. Esto conduce, a su vez, a la pornografía, que en nada corresponde a la naturaleza esencial del organismo y sólo puede frustrar en cada ocasión sus verdaderos deseos.
Como quiera que sea, el instinto sexual de cada individuo debe continuar en la búsqueda de un ejemplar del sexo opuesto que pueda proporcionar simultáneamente su completo a cada función. Y la atracción se experimentará con intensidad creciente a medida que la mujer (o el hombre) encontrada se aproximó a este ideal. Una mujer que es su complemento o casi su complemento en todas las funciones, siempre dará origen en el hombre a un sentido inagotable de fascinación y misterio, y siempre deberá constituir para él un *ideal,* esto es, aquél por el que él mismo se completa y perfecciona.
Cuando hombres y mujeres escuchan por primera vez esta idea, comienzan de inmediato a soñar en tal compañero ideal, en éxtasis imaginativo de complementación y sobre su infortunio de tener un compañero real tan alejado de este ideal.
Este es un gran error. Porque en la vida real tales atracciones intensas, si se encuentran por casualidad, se ve que con más frecuencia acarrean desastre y tragedia que satisfacción completa. Y aunque traigan algún breve período de intenso éxtasis y comprensión, todavía el complemento perfecto puede ser muy inapropiado compañero de vida. Pues aquel ocupará demasiado la atención del hombre, impidiéndole pensar seriamente en algo más o que aprecie otras posibilidades y deberes en su verdadero valor. El ser de la mayoría de hombres y mujeres no es suficientemente fuerte para enfrentarse a los problemas que derivan del encuentro del complemento de cada uno.
Más aún, esos sueños impiden muy efectivamente al soñador reconocer al hombre o mujer real que constituye su complemento, aun en el caso de encontrarlo. Porque soñando así estará dormido, *y dormido no podrá reconocer ni lo que más desee.*
Las relaciones entre los sexos sólo pueden comprenderse bajo la base de tipos planetarios. Y los tipos planetarios sólo pueden reconocerse *si uno está despierto.*
Tres de estos tipos –el lunar, el venusino y el jovial– son predominantemente femeninos en su naturaleza y el ideal más generalizado de belleza y perfección femenina gira eternamente entre ellos. Diana representa el ideal de mujer lunar; Afrodita de mujer venusina; Juno, de mujer jovial. Mientras que en forma complementaria, el ideal popular masculino se desplaza de uno a otro de los tres tipos viriles – el mercurial, el marcial y el saturnino.
Una vez más es el arte el que nos proporciona muchos indicios acerca de estos tipos y de la atracción sexual natural existente entre ellos. Porque el artista siempre se inclina a pintar hombres de su propio tipo, y mujeres del tipo que más intensamente le atráe. Y el artista triunfador, deliberada o casualmente expresa los tipos ideales de su época, por. que precisamente en el reconocimiento de éstos reside su éxito. De este modo, con mucha frecuencia el arte revela las leyes fundamentales del tipo, con mucha mejor claridad que la vida, donde son raros los tipos puros y la infinidad entre los tipos se confunde pór la imaginación, el convencionalismo, el temor, la pretensión y el interés material.
Divagando por galerías de pinturas, notamos pronto que la mayoría de los artistas no sólo pintan siempre los mismos tipos sino que pintan el mismo tipo de hombre en combinación con el mismo tipo de mujer– Por ejemplo, vemos que Durero y el Greco pintan hombres altos, enjutos, ascéticos, *saturninos,* con mujeres apacibles, redondeadas, pálidas, lunares– Que el Veronés y

Rubens pintan hombres fieros, rudos, *marciales* con mujeres llamativas y *junescas.* Que Correggio, Fragonard y Boucher pintan jóvenes delgados, *mercuriales* con tiernas diosas *venu.* sinas. Y esto no es accidental, porque tales combinaciones de tipo son verdaderamente naturales y fundamentales.

Sin embargo, en la vida la situación no es tan sencilla. Porque, como sabemos, gente de cualquier sexo puede pertenecer a cualquiera de los seis tipos y puede haber mujeres mercuriales o marciales, que aún siguen siendo muy mujeres, y hombres lunares o joviales que, empero, siguen siendo muy hombres. Al mismo tiempo, en estos casos, el sentido del sexo no está tan claramente definido, no es tan exclusivo, por así decirlo. Y si consideramos que Venus sea el ejemplo de mayor feminidad y el de Saturno el de mayor masculinidad, podremos comprender por qué la mayoría de las tendencias hacia la homosexualidad se encuentran, por una parte, entre hombres venusinos y, por otra, entre mujeres saturninas.

Esto no obstante, el círculo de tipos que elaboramos cuando estudia. mos la psicología humana y que, entonces, mostramos que reflejan un modelo cósmico, puede arojar una gran cantidad de luz sobre esta cuestión de la atracción de los contrarios– Pues, si doblamos este círculo por la mitad, es claro que los tipos se disponen por sí mismos –tanto diagramticalmente como en realidad – en tres parejas de esa clase. El saturnino es el contrario del lunar; el jovial es el contrario del mercurial y el marcial es el contrario del venusino.

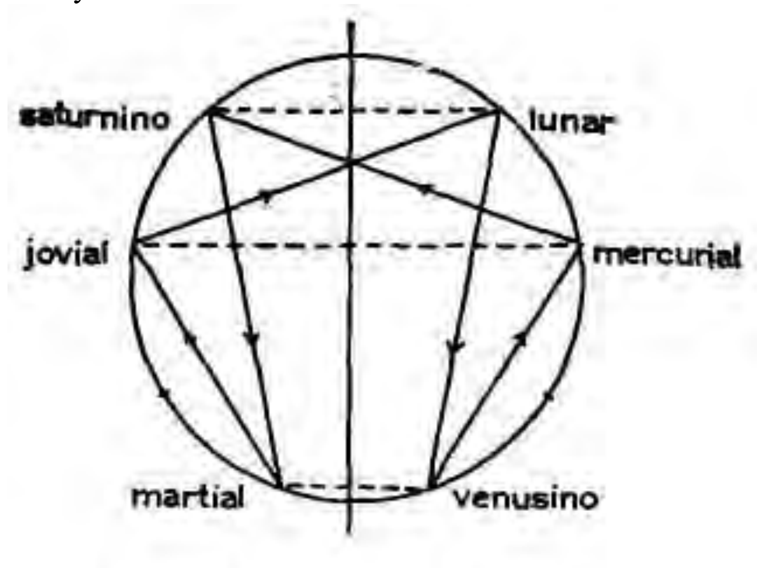


Figura 15 La Ronda deTipos

Esto representa la combinación de la atracción máxima. Tales parejas gravitan naturalmente juntas, sea ya en el amor sexual, en la amisdarle el gusto de la rapidez, la ligereza, la agilidad y la dedicación de que ella carece. Y en la misma forma la mujer jovial, que ama y admira el valor del hombre marcial, puede comenzar a dominar su violencia y conducirlo hacia la comprensión y la tolerancia.

Al estudiar a hombres y mujeres en la vida real a la luz de esta secuencia, vemos que la asociación más duradera y permanente surge cuando una de las partes –el dirigente, por decirlo así– está toda una etapa más adelante de la otra. Así Venus puede conducir a la Luna, Mercurio conducir a Venus, Saturno conducir a Mercurio, Marte conducir a Júpiter. Porque en tales combinaciones, si ambos procuran por igual moverse avanzando hacia el tipo siguiente, ambos quedarán tan mutuamente atraídos entre sí y tan completarios como antes. Y sola mente si uno deviene fijo y queda atrás, cesarán de poseerse y de ayudarse el uno al otro.

En verdad son posibles otras combinaciones sexuales de tipos, y aun pueden provocar el éxtasis y gran comprensión. Pero pocas tendrán la permanencia y calidad de asegurar la creatividad que

pertenece a la unión de aquéllos que naturalmente siguen el uno del otro. De éstas puede decirse que producen crecimiento, donde las producen explosión.
Todavía entre otros tipos las relaciones sexuales son ilegítimas de un modo diferente –ilegítimas porque no existe en absoluto el sentimiento sexual; y, si se las intenta, solamente podrían violar la naturaleza sexual de los interesados, dejándoles profundas heridas psíquicas difíciles de cicatrizar– Porque la función sexual es de aquéllas en la que es muy peligroso el *fingimiento*. Y la mayoría de las anormalidades resultan de fingir que no existe atracción sexual, donde debe existir por razón de tipo, o que exista la atracción, donde por razón de tipo no puede existir.
Por otro lado, merced al sexo –donde éste se conserva puro y sin pervertirse– se da a hombres y mujeres la comprensión de las más grandes leyes del universo y, como si fuera, por derecho de nacimiento. Por esta fuerza, si la respetan, están capacitados para discriminar entre lo que es bueno y lo que es malo para ellos. Por esta fuerza, si permiten que les enseñe, pueden ser conducidos por la senda del desarrollo humano, a través de todos los tipos, hacia la perfección. Por esta fuerza, si mantienen lejos de sí cuanto es negativo, les está concedido gustar por breves momentos y en una conexión, aquellas sensaciones de éxtasis y de unión, que son de la naturaleza de la conciencia más alta.
Por el sexo puro el hombre ordinario puede ganar en un momento lo que el asceta se niega durante años a alcanzar, lo que el santo implora sentir durante una vida. Pero esto solamente a condición de que se aproxime al sexo libre del temor, de la violencia y de la codicia. Y a condición, también, de que no niegue después de todo cuanto ha aprendido en el sexo sino, por el contrario, permita la comprensión alcanzada pase a todos los otros aspectos de su vida, madurándolos, armonizándolos y también enriqueciéndolos.
Para el hombre la mujer debe ser aquello que le recuerde de donde vino. Para la mujer el hombre debe ser aquello que le recuerde hacia donde irá en adelante. Juntos deben recordar el uno al otro del principio y el fin, del todo y de la perfección.

CAPÍTULO 20. EL CICLO DE REGENERACION

I ÉPOCAS FAVORABLES

El 23 de septiembre de 1846, Neptuno, el planeta más exterior, fué descubierto a cerca de cinco mil millones de kilómetros del Sol, en un lugar señalado anteriormente merced a deducciones matemáticas puras. Posteriormnte se encontró que este planeta tenía un tamaño intermedio entre el de los planetas interiores y el de los gigantes Saturno y Júpiter. Parecía extremadamente rarificado, que generaba su propio calor interno y, sobre todo, que poseía una atmósfera de metano puro.

Ahora bien, si recordamos la idea de que la atmósfera es aquella parte de los planetas mediante la cual transforman y retransmiten la luz solar, este hecho resulta muy interesante. Por que de todos los gases principales de los que se ha hallado trazas en las atmósferas planetarias, el metano es el más fino, el menos denso. En tanto que el bióxido de carbono de Marte y Venus tiene un peso molecular de 44, el oxígeno (O_2) y Nitrógeno (N_2) de la Tierra, 32 y 28 respectivamente, y el amonio de Júpiter 17, la cifra para el metano es sólo de 16. Por lo cual Neptuno posee el mecanismo transformador más ‗delicado‘ en el Sistema Solar. Y podemos creer que su influencia corresponda a aquél.

En el diagrama del cuerpo humano, donde encontramos que las distintas glándulas endocrinas se hallan en una espiral que irradia desde el corazón, en orden que corresponde al de los planetas, notamos que la glándula situada más exteriormente era la pineal, instalada en el centro del cerebro. Hasta donde pudimos ver, esta glándula no funciona en el hombre ordinario o, al menos, sólo rinde una pequeña parte de sus funciones posibles. Y, puesto que las glándulas están distribuidas en orden creciente a su intensidad de energía, esto parecía tener explicación en que el hombre no dispone ordinariamente de la suficiente intensidad de energía para lograr poner en funciones a esta glándula más exterior y de mayor alcance. Otros indicios sugirieron que su funcionamiento estaba realmente relacionado con la regeneración de todo el ser del hombre y con la aparición en éste, de nuevos poderes y percepciones.

Si existe alguna conexión o influencia desde el planeta Neptuno que gobierna la glándula pineal y su función potencial, nada podemos saber a este respecto en relación al hombre individual. Pero para el conjunto de la humanidad debiera existir algún efecto visible del acrecentamiento y la mengua de esta influencia. El ciclo de Neptuno es de unos 165 años. Y aunque Neptuno está tan alejado que su influencia resulta casi constante, de cualquier manera debe haber dentro de este ciclo una época durante la cual esta influencia se encuentra en su mayor fuerza, o quizás en su conjunción más favorable con otras fuerzas en el Universo, como las provenientes del centro galáctico; y otra época en la cual se encuentre en su menor fuerza.

¿Cuál podría ser el efecto en la Humanidad, del momento más favorable de esta influencia? Se creería que es posible encontrar en general, un interés más profundo que el ordinario, en la *idea* de regeneración, una *búsqueda* más extensa sobre la humanidad, de un nuevo camino, una nueva vida, un escape hacia lo desconocido. Y, también se podría esperar que el mayor número de hombres o, mejor dicho, que algunos hombres llegarían a alcanzar la regeneración, lograrían ser transformados en nuevos seres. Sin embargo, sobre esto es difícil hablar porque con mucha frecuencia, aunque no siempre, por el hecho de su transfigura. ción desaparecen del curso ordinario de la historia y dejan de ser visibles.

Como quiera que sea, pueden quedar ciertas trazas de su existencia. Una vez que han logrado llegar a regenerarse o transformarse, su labor consistirá en organizar ‗escuelas de regeneración‘, acerca de las cuales prácticamente nada se sabe de ordinario. Pero tales escuelas pueden, también, haberse enfrascado en alguna expresión externa de su labor, como en la construcción de templos, la redacción de escrituras, la conducción de la investigación científica, etc. Y es merced a estos coproductos, por así llamarlos, que podemos tener un indicio de las épocas en

que *existieron muchos o quizás algunos hombres conscientes.*
Probablemente algunas escuelas siempre existen en una u otra forma. Pero en épocas no favorables, pueden existir en forma muy oculta y concentrada, del modo como en invierno permanece escondida y concentrada la vida de una planta en la semilla. Por otra parte, en épocas favorables, aunque la escuela interior se halle todavía oculta y concentrada, sus escuelas preparatorias y su labor o efecto externos pueden alcanzar grandes proporciones y hasta afectar fundamentalmente el curso de la historia visible. En tales épocas algunos de los hombres que han logrado alcanzar en sí mismos el objetivo de la escuela, pueden aún aparecer como figura famosa en carácter de sacerdotes, santos, arquitectos, pintores, etc.
Aparte de esto habrá gran número de escuelas de imitación que se levanten espontáneamente del interés general por la regeneración, pero que carecen de hombres consciente conectados con aquéllas y que, por tanto, tienen que contentarse con el estudio de la literatura antigua, la invención de métodos fingidos y, en general, con polémicas sobre la idea de regeneración. Pero, curiosamente, son éstas las que frecuentemente nos proporcionan el mejor indicio de la existencia de períodos favorables. Entonces, podríase decir, la auto-perfección es una idea en boga.
¿Cómo son las verdaderas escuelas, cómo están organizadas, cuáles son sus reglas y métodos, cómo se obtienen los alumnos apropiados o la materia prima del curso general de la vida? Lo ignoramos. Evidentemente, uno de sus principales requisitos es el secreto y lo anónimo, así como es necesario un lugar oscuro, oculto y encerrado del suelo para la germinación de la semilla. Porque, aunque podamos suponer la existencia de una escuela en funciones –como en los misterios de Eleusis, en ciertas épocas, o entre los grupos de constructores de catedrales todos cuentos se relacionan con aquéllas, nos son completamente desconocidos como individuos. [79] Como en el caso de la germinación de la semilla, esto es bien comprensible. La germinación o regeneración de los hombres sólo se puede iniciar en un medio imperturbado y favorable, apartado de interferencias exteriores.
En realidad, casi toda nuestra muy reducida información acerca de ‗escuelas de regeneración' y de su conocimiento original nos llega de discípulos renegados o merced a circunstancias excepcionales que algunos discípulos interpretaron como la liberación de sus votos. Por ejemplo, gran parte de nuestro conocimiento sobre los Misterios Orficos nos proviene de aquéllos, como Clemente de Alejandría y Athenágoras, que fueron apóstatas de grados elementales de los misterios para convertirse al cristianismo y, luego, utilizaron su información parcial para delatarlos.
Otro caso curioso concierne a la escuela conducida en Alejandría, en el siglo III, por el misterioso Amonius, vendedor de sacos. Aparentemente una de las reglas de la escuela era que nada debería escribirse y los principales discípulos de Amonius Herrenius, Origen el Cristiano y Plotinus– habían aceptado esta condición. Empero, Herrenius, rompió su voto, razón por la cual tanto Origen como Plotinus creyeron que les incumbía corregir una falsa impresión. En la actualidad nada queda de los escritos de Herrenius, más Plotinus ha quedado como nuestra principal fuente de indicaciones acerca de la enseñanza interior de las verdaderas escuelas neoplatónicas.
En ocasiones parece que ciertas escuelas dejan escapar intencionalmente conocimientos por medio de algún intruso o merced a algún científico, profesional o escritor simpatizante. Por ejemplo, una de las mejores exposiciones de las teorías cosmológicas secretas de los Rosacruces del siglo XVII, se debe a un doctor inglés, Robert Fludd. Fludd es por naturaleza un grandilocuente porfiado, pero al haber interpretado retóricamente esta teoría cosmológica y al haber denostado violentamente a su oponente materialista, John Kepler, dejar caer una curiosa

[79] Los nombres revelados por recientes investigaciones, en la construcción de catedrales, parecen que son sencillamente de los capataces y artesanos.

observación:

"¿Pero, cree Ud. realmente que es imposible para un hombre, mediante la virtud divina, *crear un nuevo universo* llamado microcosmos? Si esta es vuestra opinión, estáis enteramente equivocados.... Pero mejor es que el zapatero no deje su horma. En *eso* confieso no saber nada; me conformo con mi investigación de la Naturaleza".

Fludd se refiere a la posibilidad de crear un nuevo *hombre,* de la regeneración, y admite que él no pertenece a la 'escuela de regeneración', sino que sólo algo se le ha dado de su teoría cosmológica. En alguna otra parte describe cómo le fueron mostrados ciertos experimentos por hombres "que, sin duda, son mil veces preferibles a Fludd y Kepler en los misterios filosóficos y en su profundo y verdadero conocimiento de la armonía cósmica". [80]

Tales revelaciones accidentales del conocimiento especial de 'escuelas de regeneración' por medio de discípulos renegados o de expertos invitados desde el exterior, es en cierto sentido la fortuna de quienes llegan más tarde a la Historia, como nosotros mismos. Si no fuera por esto, nada sabríamos acerca de las escuelas o de su conocimiento, excepto a través de lenguaje altamente cifrado de ciertas 'escrituras' dejadas por ellas, o por medio del simbolismo de ciertas escrituras o construcciones especiales,

Así que estas revelaciones sólo pueden referirse a ciertos conocimien. tos teóricos del Universo y de la fisiología del hombre. Nunca pueden conducir los *métodos y prácticas* de tales escuelas, aún cuando deseara revelarlas el escritor.

Al tratar de relacionar el desarrollo y la contracción renovados de las 'escuelas de regeneración' en el ciclo de Neptuno, nuestra primera dificultad está en saber por dónde empezar. Ciertas tendencias generales son claras, pero el año preciso del máximo desarrollo es difícil encontrar. Probablemente los ejemplos más claros en épocas históricas están ligados a la consolidación de las escuelas de las catedrales góticas, alrededor de 1125, y el momento más manifiesto de la escuela alquimista de los Rosacruces, alrededor de 1620, a partir de la cual la referida escuela 'devino secreta', desapareciendo toda referencia en la literatura.

Si tomamos períodos de 165 años desde estos dos puntos de referencia, tenemos marcados los años 30 a. C., 135 d. C., 300, 465, 630, 795, 960, 1125, 1290, 1455, 1620 y 1785. Incidentalmente, en estos años Neptuno se halla en el punto central de Libra, esto es, se halla en la dirección del centro galáctico, cualquiera que sea el significado que esta conjunción pueda tener. [81]

Aunque éste no es lugar para examinar en detalle este desarrollo de movimientos esotéricos en relación con la Historia, muchas de las fechas citadas recuerdan de inmediato el surgimiento de una influencia completamente nueva de esta naturaleza. El año 135 d. C. marca el renacimiento sorprendente del Budismo, que en esa época se lanza súbitantes desde la región originaria y hace surgir al nordeste hasta la China y al oeste hasta el Afganistán. Alrededor de 300 d. C. el desarrollo de la vida anacoreta en el desierto egipcio proveyó una puerta inesperada de escape del mundo romano, arruinado y en quiebra, y el principio de un nuevo aspecto de Cristiandad. Un ciclo más tarde San Benedicto crea en Monte Cassino un modelo para todo el sistema monástico de Occidente, en tanto que en 630 d. C., Mahoma había dado cima a los preparativos conducentes a la extensión del Islám desde la India hasta el Atlántico. Todavía otro ciclo y Padma Sambhava introducía en el Tibet esa influencia que había de convertirse en el punto matriz del conocimiento esotérico hasta nuestros propios días.

Acerca de los efectos de aquellas escuelas que en el principio del siglo XII diseñaron las catedrales góticas y remodelaron la sociedad y las costumbres medioevales de arriba abajo,

---

[80] Robert Fludd, 'De Monochordum Mundi', Frankfurt, 1623.

[81] Véase Apéndice Y, 'El Ciclo de Regeneración'.

tenemos quizás más materiales que en todos los demás casos. Por doquier apreciamos su influencia en arquitectura, música, arte, ritual eclesiástico, en la extensión de la paz política, en la acertada organización de castas y gremios, hasta en la sabiduría popular de leyendas y proverbios. Sobre la estabilidad así creada, Europa continúa existiendo en memorias vivientes. Quizás ninguna otra corriente esotérica en la Historia haya creado un efecto de tal manera tan profundo y duradero.

Sin embargo, debemos recordar al mismo tiempo, que todos estos son en realidad, sólo *efectos* muy remotos de la verdadera labor de esas escuelas. Los hombres que produjeron esos cambios en la vida exterior y en la Historia y cuya existencia podemos verificar, probablemente no pertenecieron a estas escuelas. Ellos pudieron haber sido influídos o guiados por hombres de escuela, o simplemente pudieron haber imitado a otros que ya habían tenido esa influencia de segunda mano.

En cualquier caso podemos estar prácticamente seguros de que aquellos que formaron los círculos internos de tales escuelas, permanecen tan invisibles para nosotros como fueron, sin duda, aún en su propia época. Porque la verdadera y *única* labor de tales hombres es regenerar a otros hombres, esto es, ayudar a algunos hombres escogidos a crear almas conscientes. Esta es una labor muy especial e intensa que sólo puede conducirse aislada, por decirlo así, de las ásperas influencias disgregadoras de la vida. Porque aunque los hombres que producen estas escuelas, deben ser suficientemente fuertes para volver a la vida mundana e influirla, puede haber etapas en su desarrollo en las que son muy vulnerables, más que los hombres comunes y durante las cuales toda la labor puede ser anulada por influencias que los últimos, protegidos por su caparazón de hábitos e indiferencia, no llegan siquiera a notar.

El bienestar material de la sociedad moderna es producto de máquinas cuya existencia depende a su vez de la industria comparativamente pequeña pero de gran precisión requerida para fabricar herramientas con qué hacer máquinas. Precisamente en la misma forma, todos los efectos verdaderamente civilizadores son producidos indirectamente por hombres conscientes. Más, ellos dependen a su vez de la existencia de escuelas *para crear hombres conscientes.* Y estas son las que nunca podemos ver. Tal es la relación entre el mejoramiento visible, producidopor las influencias civilizadoras en la historia y la labor invisible de escuelas de regeneración.

Hasta qué altura penetra esa labor invisible es cosa que no podemos saber. Pero podemos encontrar un indicio en los principios reconocidos de la enseñanza académica. Supongamos que cincuenta hombres buenos de la vida ordinaria, pueden ser dotados de justa comprensión por un hombre para quien el alcance de la conciencia se ha convertido en rasgo permanente de su esencia. Y supongamos que cincuenta hombres de este último nivel sean instruídos por un hombre de alma consciente. ¿Qué categoría de hombre será, entonces, necesario para conducir una escuela para cincuenta hombres conscientes?

Nuevamente somos incapaces de responder. Pero podemos comprender, a partir de este principio, que la ‗época de oro' más grandiosa ciertamente puede crearse por no más de cincuenta hombres conscientes que, a su vez, pueden depender de la presencia en el mundo, en ese tiempo, de un solo hombre de una categoría desconocida pero todavía más alta. En papeles históricos, tales como los de Cristo, Buda, Mahoma, parece que vemos por lo menos la traza de esos últimos hombres.

Desde el punto de vista de los hombres comunes, la característica de los períodos favorables será que en ellos es más fácil responder a influencias superiores. Sin embargo, visto desde arriba, el punto principal sobre esos períodos puede ser que ciertas condiciones cósmicas permiten entonces la entrada en el mundo de un hombre de desarrollo nor. malmente inconcebible y que todo lo demás depende de él. En realidad, estas dos ideas son igualmente valederas e igualmente importantes.

Al mismo tiempo debe recordarse que los períodos favorabls y desfavorables en sí mismos *no*

cambian nada para el hombre ordinario. Nunca se nos ocurre imaginar que un mosquito que vive en un asoleado día de mayo, sea un mosquito *mejor* al que vive en un día nublado de septiembre. Sólo que aquél es más afortunado. La diferencia reside sencillamente en que en mayo el Sol se hace relativamente visible a los mosquitos, así como en los tiempos de los festivales dramáticos de los Misterios de Eleusis o de las peregrinacione organizadas por los constructores de catedrales, la verdad era relativamente visible para los hombres comunes.
Estas ideas paradójicas están bien expresadas en un relato que nos llega desde los tiempos de los ermitaños egipcios, precisamente uno de los períodos favorables antes mencionados. Un anacoreta tuvo una visión. Parecía estar junto a un ancho mar, desde cuya cercana playa, mientras miraba, se elevó un monje y volando con poderosas alas se remontó derechamente hacia una playa distante y casi invisible. En tanto el ermitaño contemplaba esto, se levantó un segundo monje, pero con alas mucho más débiles, así que apenas podía mantenerse por encima de las ondas y, sólo después de esforzado trabajo y demasiados peligros, llegó por fin al otro lado. Sin embargo, mientras contemplaba, se levantó un tercer monje, pero con un vuelo tan débil que cayó una y otra vez al mar, escapando de ahogarse sólo tras un gran esfuerzo. Empero, al final, contra toda *posibilidad,* este monje alcanzó también la playa distante.
Después de considerarlo mucho, el ermitaño fué con su superior y le narró la visión. El Superior dió esta interpretación. –El primer monje que viste, es el que aspira a subir al Cielo en nuestro tiempo –es relativamente fácil; el segundo monje representa a aquellos que intentan la tarea en el tiempo que nos seguirá– será mucho más difícil; el tercer monje es uno que trata de llegar al Cielo en el futuro muy distante, cuando es casi imposible lograrlo. Alégrate que vivas en nuestro tiempo; pero no olvides esto – el esfuerzo del tercer monje vale por el de los demás".

II LA OBRA DE LAS ESCUELAS

Aunque es poco lo que sabemos de las escuelas de regeneración, no podemos omitir un aspecto de su labor.
Dijimos que su objetivo debe ser ayudar a algunos hombres capacitados para crear almas conscientes. Desde un punto de vista el éxito, o hasta el éxito parcial de esta labor, significaría que esos discípulos adquirirían muchos poderes nuevos en comparación con los hombres comunes. Por ejemplo, los describimos como llegando a percatarse de su propia naturaleza y de su verdadera relación con el Universo que les rodea. Partiendo de esto, podrían empezar a comprender lo que eran capaces de hacer y lo que no podían hacer. Por tanto, estarían capacitados para concentrar toda su fuerza en objetivos posibles y se ahorraría el desgaste que el hombre común hace de grandes trabajos y esfuerzos Para tareas imposibles, nunca realizables por las leyes de la naturaleza.
Por tanto, todos los hombres comunes gastan una buena cantidad de energía física y emocional en un esfuerzo para alterar a la gente que les rodea. Simpre están queriendo que sus amigos, enemigos, socios o conocidos se comporten de modo contrario a como lo determina su tipo. Quieren que gente intelectual respete sus sentimientos, que gente emotiva acepte sus teorías; quieren que los tipos lentos sean rápidos, que los impacientes sean pacientes, que los gitanos sean diligentes y los guerreros, apacibles. Todo esto es esfuerzo infructuoso.
Una de las primeras cosas que aprende un hombre que se hace más consciente de sí mismo y de lo que le rodea, es que no puede cambiar a nadie: sólo puede modificar su propio punto de vista. Y, paradójica. mente, esta comprensión, si penetra realmente su ser, le dota de poderes imnediatos enteramente nuevos y con una libertad totalmente nueva. En virtud de ella se encuentra en el mundo con una inmensa ven. taja. Todas sus fuerzas son liberadas, para el logro de lo que realmente puede alcanzar.
Esto se refiere a la adquisición subjetiva de nuevos poderes merced al hecho de ser liberado de ciertas ilusiones comunes. Pero más allá de esto, la conciencia acrecentada, también, puede acarrear poderes objetivos relacionados con el desempeño de una nueva función, mediante un

sistema nervioso que no ha funcionado hasta entonces, como se discutió en capítulos anteriores. Un poder así es la verdadera telepatía, esto es, el poder de colocar pensamientos definidos en la mente de otros, a voluntad. En la cuestión de estos objetivos o poderes verdaderos no podemos entrar aquí. Sólo podemos saber que es posible su desenvolvimiento y que debe formar parte del trabajo de toda escuela verdadera.

Hemos visto cómo hasta la eliminación de ciertas ilusiones da una enorme ventaja al hombre. Sin embargo, en el momento en que deja de pensar que puede cambiar a otros y empieza a darse cuenta de que *puede confiarse absolutamente en la debilidad de cada hombre,* puede ocurrírsele cualquiera de estas dos preguntas – cómo puede sacar ventaja personal de su nuevo coocimiento de los demás, o cómo puede ayudarlos. Y el solo hecho de que ahora ve más claramente, significa que puede hacer una u otra cosa con mucho más éxito que antes.

Es una prueba fundamental del *ser* del hombre, cuál de estas dos interrogantes se plantee. Y, aún más, las dos posibilidades nos aclaran una distinción muy patente que se debe entender con toda lucidez. Los *poderes* nada tienen que ver con el *ser.*

Ya habíamos visto que los mosquitos afortunados no eran necesariamente mejores mosquitos. En la misma forma, un hombre fuerte no es necesariamente un hombre bueno. Estas dos posibilidades son inconmensurables, porque la primera se refiere a los poderes y la segunda al ser. Por tanto, un hombre fuerte puede usar su fuerza sea ya para trabajar para otros, ya para forzar a otros a que trabajen por él, o bien, puede ser muy perezoso para hacer algún uso de sus poderes. Estas diferentes actitudes se refieren a diferentes estados de ser.

Exactamente el mismo problema se origina en forma mucho más aguda en relación con la adquisición de nuevos poderes gracias a una conciencia acrecentada. Pues, aunque un hombre fuerte puede encontrar otro más fuerte en cualquier población a que llegue, un hombre más consciente puede viajar extensamente por el mundo sin encontrar a ningún otro en situación análoga. Por tanto, puede aparecer durante algún tiempo como libre de la *force majeure. Al* mismo tiempo, sus nuevos poderes pueden ser tales que, desde el punto de vista de la humanidad en conjunto, sencillamente *no se pueden permitir* en hombres impreparados. Que se imaginen, por ejemplo, los efectos terribles de la telepatía –esto es, de poner pensamientos en las mentes de otra gentesi se ejerce por un hobre cruel o temible o, siquiera aun por un hombre todavía sometido a la curiosidad ordinaria, la ambición o la malicia.

Es por estas razones que en todas las escuelas genuinas la labor por una conciencia acrecentada, debe tener paralelo exacto con la labor por el mejoramiento y purificación del ser. Esta labor se refiere principalmente a *la forma en que el hombre se considera a sí mismo.* Y, para algunas gentes, puede ser la parte más difícil de comprender y soportar de los trabajos de la escuela.

Al mismo tiempo esta cauta labor previa sobre el ser, sólo es necesaria durante cierto tiempo. Es muy importante en el período en que un hombre ya comprende más que lo que puede comprender en la vida ordinaria, pero cuando todavía no comprende lo suficiente para ver todas las implicaciones de su nuevo conocimiento. Durante este tiempo la disciplina de la escuela puede parecer muy ardua y estricta, porque es entonces cuando el nocivo puede destruirse tanto a sí mismo como a los demás, por medio de su conocimiento incompleto. Posteriormente, cuando comprenda *lo suficiente,* esto es, cuando vea todos los principios involucrados y los resultados inevitables del mal uso de nuevos poderes, ciertos cuerpos equivocados le resultarán completamente imposibles. Por tanto, el mayor peligro es que se detenga en el camino de desarrollo ose conforme con un pequeño progreso hacia la conciencia. Y esto, a su vez, puede definirse como un fracaso del ser.

Ahora es posible comprender mejor qué es lo que se altera y lo que no se altera por este ciclo de regeneración gobernado por el planeta Neptuno. En períodos favorables de este ciclo, como los ya mencionados, la adquisición de nuevos poderes relacionados con el aumento de concien. cia, puede resultar algo muy fácil. Por otra parte, el problema del *ser* permanece siempr exactamente el mismo y el trabajo sobre el ser nunca es más fácil o más difícil cualquiera sea el

tiempo.
Más aún, en tanto que el acrecentamiento de la conciencia sólo puede ser posible con ayuda de escuelas de regeneración, el problema del me. joramiento del ser es uno al que se enfrentan todos los hombres, en todas partes, por el solo hecho de su nacimiento en el mundo. Proporciona una prueba para cada individuo viviente y, a menos que esta prue ba se pase con éxito, no se levanta siquiera el asunto de las escuelas y sus posibilidades.
Anteriormente, nos referimos a la idea de que en el camino del ver. dadero desarrollo, *algo viejo debe morir en el hombre y nacerle algo nuevo*. Podemos ahora discutir más ampliamente esta idea, porque en realidad todo el trabajo de las escuelas se conecta con uno u otro de estos procesos y nada más que estos.
De modo que, aunque la meta secundaria de una escuela puede ser difundir una verdadera comprensión de las leyes naturales y de la naturaleza del hombre y sus posibilidades entre gran número de miembros, su aspiración primordial en relación con aquellos que le están más íntimamente adscritos, debe ser
(a) ayudarlos a destruir sus antiguas personalidades,
(b) ayudarlos a adquirir almas.

Y, obviamente, todos quienes están sometidos a la disciplina de la escuela deben –hasta donde les concierne personalmente– comprender y concurrir plenamente a ambos objetivos.
Es muy necesario darse cuenta de que estos son dos procesos separados y que no siguen necesariamente el uno al otro. En una forma muy general, lo que se ha descrito acerca del mejoramiento del ser puede decirse que se refiere al primer proceso, mientras que el trabajo directo para el desarrollo de nuevos poderes conduce al segundo. En cualquier caso, están involucrados en los procesos métodos de escuelas y ejercicios muy diferentes, aunque pudieran ir y debieran ir juntos. Si no hacen así, puede ocurrir que se destruya la vieja personalidad sin que se adquieraun alma, que resulta en alguna forma de posesión por otra o en la insanía. O puede ocurrir que se adquiere un alma sin que haya sido destruída la vieja personalidad, caso en el cual la última, con todas sus debilidades, crueldades, lujurias y ambiciones se hace permanente y queda dotada con poderes extraordinarios para llevar a efecto sus impulsos irracionales. Afortunadamente, ambos casos son sumamente raros.
El trabajo más exotérico de una escuela es, así, la difusión de la comprensión. Este aspecto del trabajo puede afectar a centenares y aún millares de gentes.
La parte siguiente del trabajo de una escuela es el rompimiento gradual de la antigua personalidad entre sus discípulos más íntimos. Este trabajo puede también tocar en grado más fuerte o más débil a un número bastante considerable. Y en un individuo el proceso puede operarse durante años o aún durante todo el resto de la vida.
Este proceso puede compararse con la disecación de nueces para prepara su descascaramiento Cuando la corteza, por ejemplo, está verde es imposible removerla sin dañar gravemente la pulpa. Corteza y pulpa, entonces, forma nun todo inseparable. Después de un proceso adecuado de secamiento, sin embargo, la cáscara se hace quebradiza y se separa de la pulpa, momento en el cual un golpe comparativamente suave la partirá, revelando la pulpa en su perfección.
Todos los que ingresan del exterior a una escuela pueden ser considerados _verdes'; mientras que aquellos que honestamente se exponen a la influencia de la escuela, después de cierto número de años comienzan a acercarse al estado en que la esencia y la vieja personalidad se han desenlazado una de la otra y un golpe comparativamente ligero es suficiente para separarlas. Este desenlazamiento de la personalidad y la esencia es uno de los principales propósitos de la disciplina de la escuela. Métodos diferentes, que van desde la reprobación violenta hasta la humildad completa, pueden ser usados por el maestro, de acuerdo a su naturalza, para producir el mismo resultado.
Mientras que se está produciendo este efecto en el discípulo por la influencia de la escuela, su

propio trabajo interno es de auto-purificación. Dicho en otras palabras, significa esto que procura eliminar de su organismo todo cuanto no quiere conservar permanentemente. Tales cosas pueden incluir estados físicos desarmónicos y enfermedades corpóreas: emociones dañinas y aficiones y deseos incontrolables; pensamientos maliciosos, de temor y egocéntricos. Para cada uno de estos aspectos de la purificación física, emocional y mental hay métodos y ejercicios apropiados.

El aspecto de la purificación física no es absolutamente esencial, pero si se lo ignora, el sufrimiento del aprendiz se incrementa grandemente en una etapa ulterior y sobre su voluntad recae un tremendo esfuerzo a fin de superar la inercia y el dolor físico. Uno de los efectos de la purificación física es eliminar el sufrimiento innecesario.

Durante este período de preparación, tiene también que aprender el discípulo el modo de hacer por sí mismo cosas difíciles y como llevar adelante ciertos ejercicios dolorosos o reiterados, que más tarde pueden ser necesarios para fijar en él un estado determinado. No podría ir muy lejos en esta etapa porque no necesita fijar algo– Al mismo tiempo debe dominarlos de modo que le sean bastante familiares en el momento que necesite usarlos intensivamente.

Toda esta preparación conduce al punto en que es posible destruir la vieja personalidad. Este momento después del poder del maestro, de la preparación del discípulo y de que alcance un cierto ‗intervalo' en su vida– Si toda esta preparación ha avanzado rectamente y alcanzado su propio término, la destrucción de la vieja personalidad no será necesa. riamente muy dolorosa para el discípulo. Es un error pensar que esto envuelve gran sufrimiento mental o desasosiego. Como en la analogía d la nuez, el desecamiento es completo, y un ligero golpe rompe la cáscara que se abre por sí sola.

Lo que queda carece de posición, dinero, familia, conocidos, ambi ción, poder de actuar por sí mismo. Muchas de estas cosas podrán retornar al discípulo posteriormente en una forma diferente. Más por el momento se encuentra sin nada y sin pasado alguno. Es como si su cuerpo fuese colocado, todavía viviente, en una isla desierta donde no ha tenido ninguna clase de conexiones previas– Por un corto instante es como niño recién nacido.

Muy separada del aniquilamiento de la antigua personalidad, aun – que puede tener lugar al mismo tiempo, es la implantación de un alma en el discípulo por el maestro. Este proceso parece ser análogo a la concepción de un cuerpo físico. La esencia del papel del discípulo es como si fuese la parte femenina y dentro de ésta el maestro –por métodos solamente conocidos por él –inyecta una partícula viviente de su propia alma. Es por esta razón, entre otras, que un verdadero maestro debe ser por lo menos un *hombre de alma consciente.*

Estos dos procesos –el aniquilamiento de la personalidad vieja y la implantación de un alma – quizás puede entenderse mejor por la analogía del injerto de un vástago de un árbol frutal cultivado, en el tronco de otro silvestre. Primero el árbol silvestre es cortado casi a ras del suelo, dejándole solamente intactos las raíces y el comienzo del tallo. Se hacen entonces una o dos incisiones en el tallo y en éstas se colocan los vástagos del árbol cultivado. Pronto comienza la savia a fluir de las raíces silvestres dentro del vástago y, a su tiempo crece el nuevo árbol, portador del fruto deseado pero nutrido por el vigor y las raíces del viejo.

Una vez que el alma se ha ‗puesto', por decirlo así en cuerpo del discípulo y en su esencia llega la oportunidad de que todo sea fijado. El discípulo siente en sí mismo un llamado irresistible a marchar solo, probablemente en condiciones de dificultad especial, quizás sin alimentos ni bebidas – aunque todo esto pudiera habérsele dispuesto.

Cerrado por sí mismo, el discípulo es librado a sus propios recursos. Una serie de sugestiones pueden reunirse sobre él por el maestro, pero la forma de llevarlas al cabo, los métodos que usa y las conclusiones a que llegue, derivan todas de su propia esencia. Ahora tiene que poner en práctica con tanta intensidad como pueda los ejercicios fijativos que aprendió anteriormente. En general, el dolor y la repetición son agentes fijativos y la mayoría de los ejercicios concernientes, emplean uno u otro o ambos principios intencionalmente para fijar el alma en él

y para establecer ciertas aptitudes generales, creencias y principios. Por ejemplo, los ejercicios pueden usarse para fijar una determinada actitud hacia Dios, hacia sus compañeros, hacia su deber propio y así sucesivamente. Si se hacen con suficiente intensidad, estas aptitudes permanecerán con él por todo el resto de su vida.
Es en esta época cuando se aclara la importancia de una larga y cuidadosa preparación y purificación. Pues no solamente la actitud general surgida en él por la situación y el maestro devendrá fija, sino también cualquier pensamiento casual, deseos, rechazos, temores y ambiciones que quedaron todavía de su personalidad. Por ejemplo, esta anticipación de lo que más desea hacer cuando emerja de su retiro se fijará en él como una tendencia permanente y en la misma forma puede adquirir gustos totalmente nuevos en los alimentos y bebidas.
Mientras está haciendo los ejercicios fijados y encuentra que surgen en él arrespentimientos, deseos o imaginaciones aparte del entendimiento que desea fijar, puede considerar seriamente si es que desea vivir con tales sentimientos o pensamientos por el resto de su vida. Esta idea le dará fuerza para mantener su mente en una sola dirección.
En este momento también aparece el valor de la purificación física. Si esta ha sido descuidada, la abstinencia y los ejercicios fijativospueden involucrar gran sufrimiento. Es verdad que si el discípulo es suficientemente fuerte, la superación de este sufrimiento podrá darle una enorme energía emocional. Por otro lado, puede resultar una distracción demasiado considerable y dejarle marcado con ciertos temores que es incapaz, de hacer a un lado. Pero si la purificación física se ha llevado algún trecho adelante, este momento de fijación no necesita ser demasiado difícil para el discípulo. En cualquier caso, no necesita ser nada que esté más allá de su poder de sobrellevar.
Durante este tiempo también se establece el curso futuro de la vida del discípulo y su trabajo. Todas sus capacidades naturales, sus intereses adquiridos, todo cuanto realmente ha aprendido y domina, su propia comprensión y aun sus propios placeres verdaderos contribuyen a esto. Todo esto puede juntarse y combinarse con las actitudes y creen cias generales que está fijando para mostrarse su línea de trabajo er el futuro y quizás aún, algo de los acontecimientos exteriores y etapa; que se le conectarán.
Cuando ha acabado el tiempo de retiro, el discípulo habría de saber sin duda y permanentmente qué es, qué cree y qué debe hacer. Esto no significa que esas ideas se hagan fijas en un sentido estrecho: mas cier tas ideas fundamentales se establecen que no podrá traicionar y soba las cuales su comprensión deberá crecer en el futuro.
Si el proceso de fijación ha avanzado con éxito, el momento de este emerger del confinamiento puede ser comparado con el momento en que el vástago frutal se ha ‗establecido' definitivamente en el tallo silvestre. Los dos han crecido en un solo organismo y ahora queda al nuevo árbol crecer hasta la madurez.
Los cuatro procesos que se han descrito – el desenlazamiento de la personalidad y la purificación preliminar; el aniquilamiento de la personalidad; la implantación de un alma, y la fijación de esta alma de la comprensión y las actitudes características a aquélla – pueden representarse más sencillamente por la imagen de preparación y teñid de la lana. Primero, la lana debe lavarse y limpiarse, quitándole las in purezas y la grasa. Esto corresponde a la preparación y purificación. Segundo, debe ser blanqueada. Esto corresponde al aniquilamiento de la antigua naturaleza. Tercero, debe teñírsela con el color requerid Corresponde esto a la dación de un alma con su actitud particular hacia Dios y el hombre. Cuarto, debe bañársela en un mordente, que abre los poros del material y fija permanentemente el color. Esto correspon–de al período de aislamiento con sus austeridades. Se deberá notar quecuando todos estos procesos están completos, la lana está lista para ser tejida en algún material o para recibir diseños o bordados de acuerdo a los requerimientos de una inteligencia superior.
Hasta donde sabemos al presente, la destrucción de la vieja personalidad y la dación de almas constituyen todo el trabajo de las escuelas.

III LA ESCUELA COMO UN COSMOS

Lo que distingue a una verdadera escuela de regneración de todas las otras categorías de sociedad humana, es el hecho de que se propone simular y, en los casos que logra éxito, crear *un cosmos.*

La razón de esto es clara. Como hemos visto, un cosmos y sólo un cosmos contiene los seis procesos cósmicos, incluso el de regeneración. Para poder llegar a regenerarse, un hombre debe participar en el proceso de regeneración de un cosmos superior. Pero este proceso, en cosmos que existen naturalmente, como la Tierra o el mundo de la Naturaleza, es mucho más lento desde el punto de vista del hombre individual. Con una vida que dura ochenta años, no se ve auxiliado para participar en la regeneración a escala de decenas y aún cientos de millares de años. Sólo hay una puerta de salida. Debe ser creado un cosmos artificial, que exhiba los mismos procesos y permita las mismas posibilidades – *pero mucho más rápidamente.* Esta es la labor de una escuela.

Progresivamente hemos revelado los diferentes aspectos de un cosmos –su círculo de vida que se desarrolla logarítmicamente en el tiempo; su triángulo informativo sob;e los puntos del cual tres clases de ‗alimento' o inspiración le penetran y le sustentan desde cosmos superiores; la circulación interna que une sus diferentes funciones. Todos estos movimientos se cruzan y entrecruzan y en sus puntos de unión crean fenómenos definidos – ‗baterías' u ‗órganos' que se cargan y descargan alternativamente, de acuerdo con los movimientos que pasan a través de ellos. En un determinado cruce dentro del cosmos, la regeneración –es decir, el escape de una ‗célula individual desde una circulación inferior a una superior– es posible.

Todo esto debe ser perfectamente sabido y comprendido por los con–ductores de escuelas. No sólo deben comprender el plan general de un cosmos sino, también, el significado interno de todos sus movimientos y partes en el mundo de los hombres. Y deben organizar una especie de ritual viviente que dure décadas o siglos y en el que decenas, cientos o hasta millares de hombres desmpeñen los movimientos requeridos por ellos Si pensamos en los juegos de ajedrez viviente que se jugaron en algunas ocasiones en la época del Renacimiento; y si los imaginamos conducidos no sólo en un estadio en un día particular sino, sobre todo el mundo, durante veintenas enteras de años, y si imaginamos, además, que las piezas humanas *cambian su ser y naturaleza* cuando se las mueve de uno a otro cuadro, entonces tendremos una débil idea de lo que significa.

Ahora resulta claro el por qué todas las sociedades comunes creadas para el mejoramiento moral o cultural de los hombres, todas las prácticas religiosas y los métodos filosóficos ordinarios, difieren de las verdaderas escuelas de regeneración. Los hombres en la vida ordinaria nada saben acerca de la constitución de un cosmos o de que semejante cosa exista y, aún si les llega a mostrar su plan teórico, nunca podrán suadir a todos los diferentes tipos requeridos para *moverse con comover* su aplicación detallada en el reino de la psicología humana o per*prensión, cada uno hacia su propia meta.* Esto sólo es posible para un hombre que ha alcanzado un nivel completamente diferente de conciencia, un nivel de conciencia en el que puede percatarse del trabajo de los cosmos en el mundo que le rodea. En realidad, una escuela verdadera o completa sólo puede ser iniciada por un hombre de espíritu consciente.

Una de las cosas más difíciles de comprender sobre el trabajo del cosmos de la escuela, es la naturaleza del triángulo informativo que le conecta con cosmos superiores y le dota con todas las posibilidades. El primer punto de este triángulo, el principio y el fin, el lugar donde en el hombre ordinario se origina el primer impulso y donde culmina el proceso final de regeneración, puede llamarse ‗escuela superior'. Este significa, escuela en un nivel más alto a la que está creándose, escuela donde se conduce la regeneración de los seres superiores a los hombres ordinarios. De la escuela superior debe derivar el plan

necesario, el conocimiento necesario y la fuerza necesaria, en su forma abstracta.
El segundo punto del triángulo donde el aliento entra en el hombre, es el ‗maestro visible‘ que aparece en el mundo, agrupa hombres a su rededor y dota del ‗aliento de la vida‘ a principios demasiado abstractos y que no son comprensibles de otro modo. En este punto se encuentranCristo, Buda y en grado más alto o más bajo, todos los grandes maestros de la humanidad.
Es el tercer punto del triángulo el más difícil de comprender por la mente lógica. Es el punto donde las percepciones de luz penetran al hombre y, como resultado la posibilidad de comprender se agrega a la de sentir. Reside aquí ‗el conocimiento del bien y del mal‘. Y uno de sus aspectos más extraños es que este punto, también, implica desacuerdo, división, hostilidad. Por la sangre y el aliento los hombres se comprenden entre sí en cierto nivel. Por las percepciones y las diferentes interpretaciones de ellas puestas por cada tipo, los hombres desacuerdan entre sí. El contraste entre lo ‗pacífico‘ del primitivo hombre ‗instintivo‘, y la ‗rijosidad‘ del civilizado hombre ‗mental, muestra muy claramente la naturaleza encontrada de estas dos etapas sucesivas. De ahí en adelante los hombres pueden comprenderse entre sí sólo en un nivel *muy superior,* cuando una nueva función empieza a despertar.
En la escuela es este punto 6 el mecanismo mediante el cual debe romperse la ‗creencia‘ instintiva, con miras a hacer posible una ‗comprensión‘ superior. Todos los hombres normales ‗creen‘ en un Cristo. Pero, ¿cómo se les puede hacer comprender su labor? Para lograrlo, debe crearse una oposición u hostilidad artificial. Así como es necesaria una intensa fricción cuando se prende un cerillo, así también se necesita una intensa fricción para producir luz. Por tanto, la escuela tiene que oponerse a su propia primera expresión. Este es el ‗segundo choque‘.
Una insinuación muy interesante de este papel se expresa en el Nuevo Testamento por la figura de San Pedro, quien empieza ‗persiguiendo‘ a los primeros cristianos y, posteriormente, ‗persigue‘ la propia enseñanza de Cristo, dando a sus preceptos internos una forma externa y organizada y, al mismo tiempo que los distorsiona, los hace accesibles. La lucha implícita entre Platón y Sócrates o de sus correspondientes Sufi, Jellal–edim Rumi y Shems–ediin, sugieren lo mismo. El primer maestro está muy lejos de los hombres ordinarios, que le pueden amar pero no le pueden comprender. La escuela debe proporcionar, también, un mediador que explicará al mundo lo que es el maestro, que arrojará luz sobre él. Este mediador dejará los fundamentos de una organización y, para quienes conocieron y amaron al primer maestro, *parecerá que aquél está destruyendo la obra del último.*
Si deseamos, pues, dar nombres a los tres lados del triángulo, podemos poner al primero ‗Efusión desde una Escuela Superior‘, al segundo ‗Lucha con resistencia‘ o ‗Persecución‘ y al tercero, ‗Retorno a la Escuela Superior‘. Este triángulo representará, entonces, los tres aspectos de comunicación directa con el impulso original.
El círculo, como todos los demás cosmos que hemos estudiado, representará la ‗vida‘ de la escuela en el mundo, su desarrollo en el tiempo. De ahí que el primer tercio o gestación, representará la aparición oculta de las ideas de la escuela en el mundo, los primeros pocos años de la íntima instrucción por el maestro a su propio círculo. Luego, en cierto punto donde el círculo toque nuevamente al triángulo el maestro se quitará el disfraz y aparecerá francamente como el representante de una escuela superior. Se le verá ‗transfigurado‘.
Desde este momento su propio grupo ‗sabrá‘ y ya no será posible la duda de ellos. Pero simultáneamente con esto, se levantará súbitamente una oposición violenta, tanto desde el mundo exterior como *desde otra aspecto de la escuela.* Se iniciará el período de ‗persecución‘. Y, precisa. mente el fuego de esta persecución, extraerá de la influencia del maestro toda la significación, toda la comprensión, todas las implicaciones, en escalas grande y pequeña, que

contenga. Semejante lucha, coma apreciamos en la escala logarítmica, puede continuar por varias generaciones.
Sin embargo, en el segundo punto, donde el círculo toca nuevamente al triángulo, la figura que ha llegado a personificar ‗persecución‘, arro– jará también su disfraz, también aparecerá francamente como representante de una escuela superior, también parecerá ‗transfigurado‘. De ahí en adelante, la labor de las dos figuras se fundirá, estarán reconciliada." las formas externa e interna y una sola ‗iglesia‘ o ‗tradición‘ se habrá creado. El tercer tercio del círculo, que se desarrolla todavía más lenta mente a través de muchos siglos y todavía más ampliamente entre lo! hombres, representará la influencia y labor de esta ‗iglesia‘, de esta ‗tra dición‘. Hasta que, al final, la forma de esta escuela particular llegue a su fin y su experiencia y sus logros retornen a la escuela superior de la que se desprendió.
Apreciamos ahora que el cosmos de una escuela sigue el mismo pa trón de tiempo del cosmos de una civilización. Y, de hecho, compren demos que son una sola y la misma, puesto que es sólo la presencie oculta de una escuela la que dota a una civilización del poder de auto desarrollo y, así, la hace efectivamente un cosmos. ‗Civilización‘ significa la forma externa, ‗escuela‘ el significado interno.
Desde aquí vemos, también, lo que significan las ‗épocas favorables‘ – significan épocas cercanas a los puntos donde el triángulo informador de la influencia de la escuela superior, toca al círculo del tiempo. Y vemos simultáneamente, que en realidad ningún punto es más favorable que los otros, puesto que para los hombres individuales la posibilidad de cambio no reside en ninguna forma, a lo largo del círculo del tiempo, sino a lo largo de la figura de la circulación interna que cruza al tiempo en todas direcciones y que comienza en cada punto.
El significado de esta figura de circulación interna en relación a la escuela ya ha sido tratado en el capítulo sobre ‗Psicología Humana‘. Cooro en la humanidad, las ‗funciones‘ de la escuela están simbolizadas por los diferentes tipos de hombres y, por tanto, esta circulación se convierte en un consciente aumento de velocidad del intercambio entre tipos y en un desarrollo consciente de ‗super-tipos‘ equilibrados. En este aspecto, como en su labor total, la escuela representa un experimento controlado, dirigido a aumentar enormemente el proceso general de regeneración del universo, dentro de límites y condiciones definidos.
Por tanto, la figura de circulación nunca debe considerarse como un movimiento continuo sobre un solo nivel. En la escuela es un movimiento hacia arriba o en espiral, siendo cada cambio no sólo hacia un tipo diferente, sino hacia aquel tipo *sobre un nivel superior* al que se ha abandonado, acompañado de una mayor comprensión, mayor conciencia y mayor percepción del todo.
A diferencia de la figura del círculo, este movimiento no adelanta en el tiempo sino que es una ‗corriente‘ compuesta del movimiento de todos los hombres de todos los tiempos, que caen bajo la influencia de la escuela particular en todas las edades. Como quiera que sea, será necesario que el maestro establezca la forma del movimiento al escoger entre sus discípulos a representantes de los seis tipos distintos y ayudándoles para que, cada uno por sí mismo, logre un movimiento hacia la siguiente etapa. El cambio del beligerante, impaciente Simón Pedro, que corta la oreja del soldado en el huerto de Getsemaní, al sabio, comprensivo, versatil, ‗jovial‘ Pedro de las Actas de los Apóstoles, es un ejemplo de tal ‗movimiento‘.
Se notará que el trazo de esta circulación interna hace muchos ‗cruces‘ — se cruza a sí misma dos veces fuera y una vez dentro del triángulo, y cruza doce veces el triángulo mismo. Cada uno de estos cruces tiene un significado definido. En el cosmos del cuerpo del hombre, como se ha dicho, sus cruces del triángulo están representados por ciertas ‗baterías‘ u órganos que almacenan la energía de la conciencia en forma muy concentrada, recogiéndola de la corriente sanguínea y cediéndolanuevamente a la misma corriente. Los cruces *por fuera* del triángulo, representan ciertas formas fijas, como el pelo o los huesos que, aunque son una parte integral del organismo, no incluyen la posibilidad de conciencia al alcance de las demás partes. El cruce

dentro del triángulo, como se explicó en el capítulo sobre ‗Psicología Humana‘, representa el punto donde coinciden la radiantez y la invisibilidad, donde se cruzan dos sistemas nerviosos diferentes y, por tanto, donde las células individuales pueden finalmente ‗escapar‘ o resultar regeneradas.
En la ‗actuación‘ de esta figura, dispuesta por el dirigente de la escuela, no sólo tienen que lograrse los movimientos individuales de los tipos, sino que tienen que producirse los fenómenos correspondientes en los cruces. En las doce intersecciones con el triángulo tienen que crearse ‗monumentos‘ caracterizados, de los que en adelante y por siempre los hombres que pertenezcan a la escuela serán capaces de obtener diferentes clases de inspiración, cada una de acuerdo a su tipo y que servirán de señales indicadoras a cada uno de cómo debe proceder.
Estas doce ‗baterías‘ están simbolizadas en el drama de Cristo por los doce apóstoles, quienes establecen una serie de ideales permanentes, a uno de los cuales puede aspirar o apelar cada hombre en particular, en el punto particular de su movimiento. Gradualmente, estas ‗baterías‘ se ven suplementadas por expresiones concretas de la labor de la escuela en forma duradera – sobre el lado de salida del triángulo, por los cuatro Evangelios; en el lado inferior, por los ‗credos‘ y ‗dogmas‘ en conflicto; sobre el lado de regreso, por las grandes catedrales, los rituales y las obras de arte.
En algunos casos, la creación de una ‗batería‘ necesaria se logrará mediante la instrumentalidad de un individuo particular, escogido por el dirigente como una condición, por así decirlo, de su movimiento. En cierto punto, se constituirá en su ‗tarea‘, como el Evangelio de San Juan o el establecimiento de la sucesión apostólica de San Pedro. A medida que pasa el tiempo, nuevas expresiones se continuarán agregando a cada una de las diferentes baterías – como varias ‗órdenes‘, ‗reformas‘ y aún ‗herejías‘ se continuaron agregando a la tradición cristiana.
Por tanto, estas doce baterías representan rcursos mediante los cuales la corriente de tipos individuales, continuando en el transcurso de las edades, pueden alimentar y aspirar al impulso creador original, proveniente de la escuela superior.
Los cruces por fuera del triángulo se manifiestan en la escuela en forma muy curiosa. Están representados por los cuerpos fijos de opinión, que se han acumulado alrededor de uno u otro de los aspectos externos de la escuela, que emplean todo su tiempo en defender este aspecto particular, atacando todos los demás aspectos y que han resultado completamente disociados del triángulo informador, único que da significado al todo. Estos son aquellos que Pablo describe declamando: ―Yo soy de Pablo, y yo soy de Apolo, y yo de Cephas, y yo de Cristo" – aquellos para quienes el grupo es más importante que la obra. Y en los tiempos posteriores se convierten, por una parte, en ‗Cristianos primitivos‘ que ridiculizan todas las formas de ritual de iglesia, tachándolas de hipócritas y, por otra, en ‗eclesiásticos profesonales‘, sólo ocupados en perpetuar un dogma particular o una particular organización. Entre estos dos cuerpos fijos, por fuera del triángulo, nunca puede haber comprensión o conciencia y, lo más que puede decirse de ellos, es que, como el esqueleto, sirven para dar forma y rigidez al todo.
Poco puede decirse acerca del cruce dentro del triángulo, excepto que, para todos los individuos puestos en contacto con la escuela en todas sus edades, este punto representa el punto de escape, muerte y renacimiento, la posibilidad efectiva de regeneración. En la presencia de este punto y en la real penetración de las posibilidades en él contenidas, reside todo el propósito de la escuela.

CAPÍTULO 21. EL HOMBRE EN LA ETERNIDAD

I MUERTE

En la escala logarítmica de la vida del hombre alcanzamos el nivel del noveno hito y, luego, nos detuvimos. El noveno hito es la muerte. En el círculo, el noveno hito es también el cero, el comienzo, la concepción. La muerte y la concepción son una. Este es el misterio del amor y la muerte.

En cada hito entró una energía más intensa. En el primero, la energía de la digestión, en el segundo la de la respiración, en el cuarto la energía edificadora del cuerpo, en el quinto la energía del pensamien. to, en el séptimo la energía de la acción pasional, en el octavo la energía del sexo, la creación y el dominio de sí mismo.

En el noveno entra una energía de tal intensidad que para el hombre ordinario es absoluta y final, del modo como el fuego es absoluto y final para un pedazo de madera. Su individualidad se desvanece por completo en ella. El queda destruido y esta energía le parece la muerte.

Pero existe la posibilidad de que tal energía, que llega al hombre ordinario sólo para destruírlo, pueda tener un significado bien diferente para otros seres. Para una mariposa la energía de la llama de la vela sólo existe para destruirla, pero la llama hace posible que vea el hombre. Es *demasiado fuerte* para la mariposa, pero esta misma fuerza proporciona al hombre una nueva percepción.

La energía de la muerte es la energía que une a todas las cosas, las convierte a todas en una, del modo como todos los objetos de madera puestos al fuego, se unen en el mismo calor y en la misma ceniza. El hombre ordinario no tiene suficiente conciencia para resistir esta energía, así que no puede *saber lo* que significa tal unificación.

¿Qué es lo que sabe acerca de la muerte? Todo lo que podemos describir ordinariamente son puros signos físicos – la cesación inmediata de la respiración y del latido cardíaco, la pérdida gradual del calor corpóreo en 15 o 20 horas, la onda de rigidez que pasa lentamente desde el maxilar hasta los pies y desaparece en la misma forma, y el comienzo de la putrefacción en dos o tres días.

Todo esto nos habla solamente de la desaparición de un cuerpo individual fuera de la línea del tiempo histórico. Nada nos dice acerca de lo que acontece a la esencia del hombre, a su individualidad. Tampoco nos dice qué ocurre con su conciencia, si es que la ha adquirido. Y no arroja luz sobre lo que podría significar la unificación en la muerte.

¿Hacia dónde va la esencia del hombre en la muerte? ¿Cuál es el misterio de que la muerte y la concepción sean una? Ningún conocimiento ordinario, ninguna experiencia común y, en verdad, ningún ordinario ‗espiritualismo' nos da indicio alguno.

Sin embargo, hemos encontrado un indicio de la muerte. A partir de nuestra escala de tiempo podemos establecer que con cada respiración de un hombre, todas las moléculas de su cuerpo ‗mueren' y son reemplazadas por otras. Con cada respiración posee un *cuerpo molecular completamente nuevo. Y* en un pulso de atención difícilmente perceptible, ‗él mismo' –todo lo que sabe, comprende, recuerda, todos sus hábitos, gustos, repulsiones, todo lo que él llama ‗yo'– se ha quedado dormido y ha despertado nuevamente para encontrar todo igual que antes.

De modo análogo cada noche, mientras duerme, una gran parte de sus células mueren y son reemplazadas por otras. Por la mañana posee *un nuevo cuerpo celular.* Sin embargo, cuando despierta, su nuevo cuerpo tiene la forma, constitución y estado de salud idénticos a los del an. tiguo y despierta en él exactamente el mismo yo que habitaba en el otro.

En esta forma el hombre está muriendo y renaciendo continuamente. Empero, él mismo, su individualidad, permanece la misma. Pues aquellas partes que mueren son recreadas como *antes lo fueron.* Sólo un cambio infinitesimal, suficiente sólo después de decenas de miles de repeticiones para producir la diferencia entre la juventud y la vejez, ocurre en cada

renacimiento.
¿Qué causa esta continuidad? Es la relación de los cosmos y la relación de dinmensiones. El tiempo de la célula no está integrado por generaciones de moléculas, sino por su *recurrencia,* esto es, por su quinta dimensión. El tiempo del hombre no está integrado por las generacio– nes de células, sino *por* su recurrencia, por su eternidad.
Con cada respiración el cuerpo molecular del hombre muere y renace. Se queda dormido por un momento. Y en este momento cada molécula recurre, renace la misma. Renace en el punto idéntico en la célula idéntica que antes ocupaba, en el instante idéntico de su muerte, de material idéntico y heredando todos los efectos previamente produ. cidos sobre su alrededor – no puede ser otra que la misma. Si así no fuese, la célula no podría ser la misma.
Con cada noche, el cuerpo celular del hombre muere y renace. Se queda dormido. En este sueño cada célula recurre, renace la misma. Renace en el mismo punto idéntico del cuerpo humano que antes ocupaba en el instante idéntico de su muerte, de material idéntico y heredando todos los efectos que previamente produjo sobre su alrededor – no puede ser otra que la misma. Si así no fuese, no podría continuar el cuerpo humano.
Con cada vida, el cuerpo humano muere y renace. Cae dormido. En este sueño su cuerpo recurre, renace el mismo. Renace en el mismo punto idéntico del mundo de la humanidad que antes ocupaba, en el idéntico instante de su muerte, de material idéntico y heredando todos los efectos producidos previamente sobre su alrededor – no puede ser otro que el mismo. Si así no fuese, la humanidad no podría continuar.
Hemos dejado a la analogía seguir su curso. ¿Cuál es el significado de este extraño y terrible resultado? Sólo puede significar que a cada acabamiento la vida deja un residuo de efectos – sobre la naturaleza, sobre el medio ambiente, sobre otros hombres y mujeres– que devienen las causas automáticas de la vida por venir. La impresión dejada por los hechos de este cuerpo es el molde exacto de la forma del próximo cuerpo. Esta impresión es la huella de la esencia del hombre. La huella es la imagen de su causa y la causa de su imagen próxima. La esencia y sus efectos son uno.
En el momento de la muerte, el esquema de estos efectos, transformado por este relámpago cósmico en un signo único, es lanzado a través del tiempo sobre el embrión que espera. Este es el secreto de lo que ocurre a la esencia del hombre en la muerte. *Causa el nacimiento de nuevo del mismo cuerpo, en el mismo lugar, de los mismos padres, al mismo tiempo.*
Tal posibilidad no puede pertenecer al tiempo ordinario, esto es, a la cuarta dimensión del hombre. Sólo puede pertenecer a su quinta dimensión, su recurrencia, su eternidad.
Muerte y concepción son una en la *eternidad.* La vida de cada hombre radica en el tiempo, pero la suma de sus vidas radica en la eternidad. El punto en que una vida se une a la siguiente es el punto donde el tiempo se une a la eternidad. En este punto los efectos de su vida pasan de un tiempo a otro tiempo. Lo que fué crea lo que será. Y todo lo que el hombre llama su ‗yo‘, debe quedar dormido para despertar nuevamente en el mismo cuerpo, el mismo medio ambiente, los mismos problemas dejados antes – sin darse cuenta de que hubiera sido otro.
Porque no podemos penetrar directamente en mundos inferiores, no podemos conjeturar qué desintegración, explosión y fusión de éxtasis cegadores acarrea el oxígeno de cada una de nuestras inspiraciones a las moléculas de la sangre. Pero por nosotros mismos nos damos cuen. ta que este choque que separa el fin de una vida del comienzo de la siguiente, que arranca la esencia del cadáver y la lanza hacia atrás, hasta la misma simiente, es el más tremendo con que ha de enfrentarse el ser humano. En realidad, es demasiado fuerte para los hombres ordinarios que *no tienen más alternativa* que olvidar y dormirse.
Anteriormente comparamos el nacimiento y el fin de la niñez con los puntos críticos en los que el vapor se convierte en agua y el agua en hielo. El momento de la muerte y el de la concepción podrían, entonces, enlazarse a un punto en el cual, en un solo instante, el hielo re-

gresara a través de todas las etapas, desintegrado en oxígeno e hidró. geno y, al mismo tiempo, de nuevo condensado en vapor. Pero para desintegrar la molécula en sus átomos separados y unir nuevamente estos átomos, se requeriría no solamente el calor, sino un intenso choque eléctrico. La energía de la muerte parece tener algún efecto análogo sobre todo el ser humano, desintegrándolo en las partes componentes del cuerpo, esencia, personalidad y vida y de reunir al mismo momento, en una forma diferente, aquello que sobrevive.

El instante en el cual todas las causas insatisfechas implantadas en la vida pasada son arrancadas del cadáver por la muerte, es el mismo terrible instante de impregnación, cuando los genes o la rúbrica del cuerpo que será, se precipitan a unirse en su nuevo esquema. Esto es aquello.

El cuerpo viejo decae y retorna a la tierra. El cuerpo magnético que fuera su vida, vuela a la Luna. La personalidad, en cualquier caso un reflejo, se desvanece con el objeto que reflejaba. Y la esencia, ahora una quintaesencia de causas acumuladas, pasa instantáneamente a través del tiempo para lanzar el cuerpo de otra vida.

Mas el hombre ordinario carece de alma consciente para que le acompañe. Así, no puede *saber* qué es la muerte, ni qué es la unifica–ción de la muerte. Las causas pasan de una a otra vida, sin ser acom pañadas por la conciencia. Si tuviese el hombre un alma consciente entonces, tendría la muerte para él un significado diferente.

II RECURRENCIA

Habitualmente el hombre imagina su viaje al fin del tiempo como la Edad Media describía un viaje al fin del mundo. Se creía, siendo plana la Tierra, que en cierto punto se debe llegar al límite y caer para siempre en lo desconocido. Sólo cuando un valeroso hombre sostuvo un solo curso y, después de grandes penalidades y de extrañas aventuras, navegó de vuelta por los mismos escenarios de donde había partido, se supo que la Tierra era redonda y que su curso es un círculo.

Ahora nosotros aprendemos que el tiempo también es redondo y que nuestro viaje a través de él nos traerá inexorablemente hasta los mismos años que habíamos dejado atrás. Este es un conocimiento difícil y peligroso. Cuando los hombres aprendieron que la Tierra era re. donda, su sentido de lo conocido se ensanchó, pero se debilitó su sentido de lo desconocido. Esta es la tentación del conocimiento nuevo. Lo conocido, cuan extraño sea, nunca es más que cero para el infinitio desconocido. Unicamente con este sentido de salvaguardia puede utilizar el hombre ideas fuertes.

Por ejemplo, dijimos que los *efectos* de una vida se convierten en las causas de la siguiente. Las mismas causas dan lugar a los mismos efectos, nuevamente, a las mismas causas. Esto es la recurrencia. Pero podemos ahora añadir que uno de los muy escasos *efectos diferentes* que pueden actuar directamente en la vida del hombre es aquél producido por esta actitud hacia el conocimiento nuevo.

Para prepararnos nosotros mismos a pensar acerca de la recurrencia se hace muy necesario comprender que los incidentes y los acontecimientos que nos ocurren en una corriente continua desde el nacimiento hacia la muerte emergen en formas muy diferentes. Las causas de estos sucesos se encuentran a diferentes distancias de nosotros, por decirlo así, y es importante para nosotros, en relación con cualquier incidente dado, comenzar a reconocer qué cerca o qué lejos, hacia atrás, se encuentra esta causa.

Por ejemplo, hay una clase de sucesos cuya causa radica en el incidente mismo, está en el presente. Estoy caminando por la calle en forma normal. Bruscamente sale velozmente un hombre de una tienda, me colisiona, empujándome a la cuneta y desaparece entre la muchedumbre. Nunca vuelvo a ver a ese hombre y ahí termina el incidente. Tales acontecimientos, que no son guiados por nada del pasado y cuya causa yace dentro del

momento mismo, les llamamos *accidentes.*
Otra clase de sucesos que nos ocurren son resultado de una tendencia general o de una larga serie de causas acumuladas en el pasado. Cada día guio mi automóvil siguiendo determinado camino, a más velocidad del límite autorizado. Durante treinta y cinco días nada ocurre. Pero el trigésimo sexto soy arrestado y multado. Este arresto no se puede decir que ha sido causado únicamente por guiar el automóvil el día del accidente, es claramente resultado de todas las treinta y seis violaciones juntas, porque si no hubiera ocurrido ese día, ciertamente habría sido unos días después. Tales acontecimientos, resultados de una tendencia típica y continuada y cuyas causas radican en el tiempo, son semejantes a lo que se llama en oriente el *Karma.*
Para una tercera clase de acontecimientos, aunque obviamente son los más profundos y de la importancia más íntima para un hombre, no se le puede encontrar ninguna causa dentro de su vida presente. He nacido en determinado año, en cierto día y cierto lugar. Con¯toda evidencia nada he hecho ni podría hacer en esta vida que pudiera afectar a ésta, justamente porque sucedió antes de que yo comenzara a crear causas. Hasta donde me interesa, tales sucesos son del *destino y* podemos quizá decir que sus causas deben radicar, no en el tiempo, sino en la recurrencia, esto es, en alguna o algunas vidas anteriores.
Teóricamente, para el hombre es posible una cuarta clase de acontecimientos. En este caso la causa no radica ni en el presente, ni en el pasado, ni aun en la recurrencia. Y únicamente si comenzamos a comprender la retención casi ineludible que su destino tiene sobre cada aspecto de la vida de un hombre, podremos darnos cuenta de que desde su punto de vista tales sucesos serán *milagros.*
En esta forma se hace claro que si un hombre necesita estudiar la posibilidad, personalmente, de la recurrencia, tendrá que estudiar en particular su propio destino y comenzar a distinguir las clases de acontecimientos correspondientes a este destino.
Ahora bien, si una vida es una recurrencia de aquello que ocurrió antes, lo que pensamos como el círculo de la vida humana es en realidaduna espiral. El destino o la totalidad de un ser humano se nos presenta ahora no como un círculo que existe en el tiempo –el cuerpo largo del hombre– sino como una espiral que existe en la eternidad, la se. cuencia embobinada de cuerpos largos. Su forma más grande repite la espiral del movimiento de la Luna alrededor de la Tierra, el movimiento de la Tierra alrededor del Sol, el movimiento del Sol alrededor del centro galáctico. Una vida se embobina desde la última, traspuesto el aislador de la muerte, así como el día embobina del anterior, al trasponer el aislador del sueño.
Esta es la recurrencia eterna, la cual penetró Ouspensky y de la cual escribió Nietzsche: ―Desea vivir de nuevo, porque ésta será tu parte en cualquier caso". El círculo de una vida se encuentra paralelo al círculo de la vida anterior y al de la vida posterior, formando como si fuera una imagen repetida de aquella en cada detalle. El día del nacimiento de un hombre en esta vida se encuentra al lado del día de su nacimiento en la vida anterior y en la próxima; el día de su matrimonio se encuentra al lado de aquellos otros días de su matrimonio de entonces; el día de su muerte tiene paralelo en los días de todas sus otras muertes. .... cada visión, sonido y movimiento que llenaron aquellos días anteriores, deben llenarlos una y otra vez.
Cuando por primera vez un hombre escucha esta idea, pregunta: ―¿Cómo puedo saberlo? ¿Por qué no puedo recordar?" En la forma ordinaria no puede saberlo, no puede recordarlo. No puede recordar otras vidas por la misma razón que no puede recordar la mayor parte de su vida presente – *porque no es consciente de su existencia en ésta.*
Como vimos mucho antes, su forma de percepción es un punto de leve calor o de alerta, que pasa lentamente hacia adelante, siempre en la misma dirección – no solamente alrededor del círculo de la vida sino que da vueltas a la espiral de muchas vidas. Su calor o su estado de alerta es escasamente suficiente para afectar el ‗presente' de segundos o minutos y para extenderse aún más brumosamente sobre días y semanas. Más allá de esto, delante y detrás del punto en movimiento, todo es frío y nada se recuerda salvo unos cuantos momentos brillantes, pero en su

mayor parte irrelevantes y desconectados.
En el capítulo sobre la ‗Psicología Humana' estudiamos cual debe ser la significación de conciencia y memoria en relación al círculo de vida; cómo los momentos de conciencia aumentada eran semejantes a puntos de calor intensificado súbitamente, los cuales deben trasmitir impulsos hacia el momento de percepción que se aleja y al cual llega como memoria. Esta memoria ordinaria corresponde al fenómeno de conducción de calor a lo largo del alambre de la vida.
¿Cómo podría uno concebir que la memoria de otra vida deviniera posible? No es necesario decir que cuanto más grande es la conciencia, más lejos penetrará la memoria en la línea del tiempo. Pero cuando la conciencia se eleva más allá de determinada intensidad –o cuando el punto calentado se levanta por encima de determinada temperaturaentra una posibildad completamente nueva. Podemos suponer que las espirales sucesivas en nuestro modelo no se tocan efectivamente, sino que están separadas por pequeños espacios. Así, un punto en el décimo quinto año se encontrará exactamente abajo pero ligeramente separado del punto semejante de la siguiente recurrencia.
Si llegara este punto en el décimo quinto año a ponerse, digamos, al rojo vivo, comenzará a calentar los puntos correspondientes de arriba y abajo en las espirales – pero en esta vez por *radiación.* La transmisión del calor por radiación está bajo leyes muy diferentes a las de trasmición por conducción y por ésta será necesario *un calor mucho más intenso.* Esto no obstante, en esta forma podemos concebir un mo mento de conciencia tan intenso que se crea la memoria en otra vida. Otra vez, aunque podemos imaginar solamente nuestros puntos corporales de perspicacia avanzando a lo largo de la espiral, es éste el punto del décimo quinto año en la vida *siguiente* que podrá despertar la memoria de recurrencia.
Nos es más difícil de concebir la afectación de una vida *pasada,* aunque es esencial recordar este principio. Porque significa que el aumento de conciencia en la vida del hombre implica el aumento de conciencia en todas direcciones. esto es, no sólo en el pasado y en el futuro del tiempo, sino también en el pasado y futuro en eternidad.

❋ ❋ ❋

Habiendo llegado a una imagen de las muchas vidas del hombre en la espiral de una recurrencia, podemos intentar representarnos las conexiones de los diferentes individuos en la recurrencia. Supongamos que un esposo en la flor de la vida y su mujer, una joven, conciben un niño. Tenemos en una vida tres círculos que hacen intersecciones, uno en el octavo hito, otro en el séptimo y el tercero, el de su retono, en el noveno. Esta relación siempre será fija para los hombres en niveles ordinarios y es inconcebible que las edades relativas del marido, la esposay el hijo cambiaran, cualquiera sea el número de vidas que pudiera imaginarse. Puesto que este día de su conjunción será el mismo para cada uno, también debe ser el mismo para todos.
En la recurrencia tendremos tres espirales entrelazadas, todas las cuales cruzan en el mismo punto relativo de cada espiral. Por esta construcción se ve que las vidas de todos los individuos son iguales y completas, no importa si el esposo vive cien años, la mujer cincuenta y su hijo sólo diez. Tan pronto como nos aproximamos a la recurrencia, dejamos atrás del todo la medición del tiempo por año, la cual, como ya hemos visto en el patrón retardante de un círculo de vida, tiene solamente un significado relativo aún ahí.
Más también debemos recordar que esta intersección de diferentes espirales de vida es sólo una forma de mirarlas. Porque los individuos también se encuentran en diferentes niveles de energía – por contacto puramente físico, por comunidad de pensamiento, por sensualidad y atracción física, por el más alto amor, reverencia y sexo puro. Todavía más importante, todas estas reacciones pueden proceder a ciegas o *experimentárselas conscientemente.* Quizás *esto* pueda cambiar, y si lo pudiera, entonces cada cosa podría permanecer la misma y, empero, ser

profundamente diferente.
Si intentamos representar la interconexión no de tres sino de centenares de vidas diferentes, las cuales tocan a cada individuo entre el nacimiento y la muerte y la interconexión fuese no en un momento sino en momentos recurrentes o en períodos continuos, alcanzaríamos una figura inimaginable de recurrencias.
Es inimaginable porque, nuevamente, ha cambiado la dimensión. Pues está claro que si extendemos esta interconexión de espirales para incluir a todos los hombres que existen sobre la Tierra, se ha producidc una figura tan densa que es en realidad un sólido. El total de todas las espirales de recurrencia de todos los seres humanos produce el sólido de la humanidad, en la misma forma que la recurrencia de todas las células produce el sólido de un hombre.
De este sólido aun podemos tener una cierta aprehensión vaga. Se rá como una especie de alfombra sólida, compuesta de miles de millo nes de hilos, los que a pesar de su tejido inconcebiblemente intrincado parecen todos estar en la misma dirección, que es la eternidad. Podemos aún suponer que cada uno de estos hilos tiene una naturaleza o colo diferentes de acuerdo al nivel de energía que domina su totalidad de vi das. Y podemos encontrar que en grandes áreas o períodos de humanidad una naturaleza o color determinados domina todo el diseño – el rojo de la existencia puramente física, el amarillo de la actividad intelectual o el verde de la habilidad o sensación motriz.
Al recordar la existencia de hombres con almas conscientes y con espíritus conscientes supondremos también hilos de materialidad diferente que sobresalen del tejido en forma muy excepcional, los cuales imparten vida al resto y alrededor de los cuales se forma todo el diseño del cuerpo sólido de la humanidad.
Porque esos hilos son tales únicamente en nuestra metáfora. En realidad están vivos y está viva su masa total. Son las células y capilares y nervios de un cuerpo, el Adam Kadmon de la Kabala, la humanidad.

III MÁS ALLÁ DE LA RECURRENCIA

La vida de un hombre, su extensión en el plano de la Historia, por así decirlo, constituye su propio ‗tiempo' y en la forma ordinaria nada puede saber fuera de este tiempo por experiencia directa. *Esta es su cuarta dimensión.*
La idea de una recurrencia eterna de su vida, una repetición infinita de la misma duración histórica, nos introduce a una segunda dimensión del tiempo, esto es, a la *quinta dimensión* del hombre.
Teóricamente esa dimensión implica una reactuación de la vida absolutamente exacta e inexorable en cada detalle, como la imagen de una cara reflejada hacia adelante y hacia atrás entre dos espejos. Porque si supiéramos que algo –aún la más pequeña palabra o gesto– pudiera ser diferente en una vida repetida, nos encontraríamos de inmediato todavía con una nueva dimensión, así como la más pequeña desviación de una línea recta implica de inmediato un plano, o como hasta un minúsculo cambio de expresión en una de las imágenes reflejadas significaría un milagro.
Si supusiéramos que en otra vida un hombre pudiera escuchar algo que antes no escuchó, encontrar a alguien a quien no conoció antes o visitar algún lugar que antes no hubiera conocido, entonces tendríamos que admitir la posibilidad de movimiento – aunque ligero en una tercera dimensión del tiempo, es decir, en la *sexta dimensión* del hombre. Como vimos en el segundo capítulo, la sexta dimensión en cualquier cosmos es aquella en la que todas sus posibilidades se hallan actualizadas. Y si sólo una nueva posibilidad es actualizada que antes no lo haya sido, significa esto el principio de movimiento en la sexta dimensión.
Por tanto, el primer principio que debe comprenderse es el de la repetición, esto es, que los mismos hábitos y tendencias deben volver a crear las mismas circunstancias y situaciones una y otra vez en cien vidas, con tanta certidumbre como en una y cada vez con más inevitabilidad

que antes. Pero debe comprenderse igualmente el segundo principio – que nada puede permancer siempre lo mismo y que por el puro peso de la repetición las cosas tienen que cambiar eventualmente. Un tranvía que se mueve sobre las mismas vías con suficiente frecuencia, tarde o temprano tendrá que desgastar sus rieles y quedarse inmóvil o adquirir un nuevo método de avance y elevarse en el aire. El mismo principio de repetición implica por sí mismo que las cosas tendrán que volverse mejores o peores, es decir, que eventualmente deben moverse en la sexta dimensión

Entonces, tenemos que admitir que la idea de una recurrencia de vidas –aunque absolutamente necesaria– es muy incompleta. Más allá de esto debe existir para el hombre una dimensión donde todo es posible. Y es en *esta* dimensión que deben colocarse las posibilidades de cielo e infierno, de iluminación y condenación y todas las demás concepciones de *estados completamente nuevos,* no realizados antes, que han ocupado las mentes de los hombres desde el principio del pensamiento. Si tales conceptos corresponden de algún modo a cualquier realidad, esa realidad debe existir en la sexta dimensión.

La gran equivocación que han cometido los hombres es suponer cambio antes de adivinar siquiera la verdad terrible y tremenda de la recurrencia, es decir, tratar de imaginar la sexta dimensión sin la quinta. Este error fundamental ha viciado todas las ideas ordinarias respecto al cielo y el infierno y siempre hizo pensar a los hombres que esos estados son extensiones absurdas de sus condiciones físicas y de sus vidas personales. Es tan imposible reflexionar sobre la omnipotencia, omnipresencia e inmortalidad, calidades de la sexta dimensión, sin comprender la impotencia, falta de significado e inevitabilidad del destino del hombre en la quinta dimensión, como es pensar en una esfera sin comprender antes la naturaleza de una superficie.

Más aún, sólo la comprensión profunda de todo el error y futilidadde una repetición eterna de la vida ordinaria, puede generar en el hombre la suficiente fuerza emocional para emprender la tremenda tarea de penetrar conscientemente en esa desconocida e inimaginable dimensión que se encuentra más allá.

¿Cómo es posible esa penetración? ¿Dónde tocamos esta dimensión de todas las posibilidades? Desde el principio del–tiempo los hombres han sabido intuitivamente que es en el momento de la muerte. A ningún hombre en quien todavía está vivo el juicio interno tiene que decírsele que aquí llega al umbral de estados completamente nuevos e inconcebibles. La misma imposibilidad de imaginarse a sí mismo o a sus percepciones y sentimientos sin el cuerpo físico que los aloja y los origina, es prueba de esto. Y, tradicionalmente, el hombre siempre ha atribuído a este estado desconocido los destinos más magníficos, así como los más temibles que quedan dentro de su poder de concepción. En otras palabras, colocó ahí *nuevas posibilidades,* inconmensurables con toda su experiencia en esta vida presente.

Sin embargo, ya alcanzamos la conclusión de que el momento de muerte y concepción son uno y de que en ese instante el hombre pasa al principio de una nueva vida que no es más que una repetición simultánea de la pasada. Si esto es así, entonces su movimiento en la muerte será en la quinta dimensión, la dimensión de recurrencia eterna. ¿Dónde está, pues, nuestra vía de acceso a la sexta dimensión? ¿Qué ha sido del cielo y el infierno?

Nos llega ahora una extraña idea en relación con la escala logarítmica de vida, que curvamos sobre sí misma para formar un círculo. *Esa escala no tiene principio.* Como todas las escalas logarítmicas no principió en cero, sino en uno. En otras palabras, la misma escala pudo haber continuado *desde alguna otra parte,* fuera del círculo de vida física Y, por tanto, aún *fuera de la espiral de su repetición.*

Retornando hacia el nacimiento y, más allá, hacia la concepción, encontramos que cada unidad de tiempo está llena con experiencia cada vez más comprimida, con mayor intensidad de crecimiento. En la concepción, la velocidad de los procesos no era ya medible por el tiempo de los cuerpos orgánicos sino por el tiempo de una sola célula, que en un capítulo anterior vimos que era muchos miles de veces más rápido que el tiempo del hombre adulto. Una rapidez mayor

que ésta hace los Procesos demasiado explosivos para la estructura celular.
Por tanto, el círculo representa el límite de la existencia del hombre en forma celular, la duración de su cuerpo orgánico o físico. En este sen–tido, la muerte marca su salida del mundo de materia celular y la con. cepción su entrada en él. Desde un punto de vista, su puerta de acceso es el otra lado de la puerta de salida. Pero, después de todo, ¿existe otra *puerta* en el mismo umbral? ¿Y hacia dónde podría conducir?
La respuesta sólo puede ser, *hacía un estado más rápido de materia.* Si la escala logarítmica continúa retrocediendo a velocidad siempre creciente hacia su fuente desconocida, entonces tenemos que imaginar que aún antes de la concepción la individualidad está agregada, no a materia celular, sino a materia en estado molecular o, aún más allá, en estado electrónico. Tenemos que imaginar que la rúbrica del hombre, su dise. ño o naturaleza fundamental está impresa primero sobre un vehículo parecido al aire y, segundo, sobre un vehículo parecido a la luz. Es decir, tenemos que imaginar a la individualidad del hombre agregada a un alma sin cuerpo y, todavía, a un espíritu sin alma.
Admitamos que no podemos imaginar cosa semejante. Nuestras ideas e imaginación, condicionadas por las percepciones de los órganos de los sentidos físicos, no son bastante sutiles para esta tarea. Porque en forma ordinaria todas nuestras funciones –aún aquellas relacionadas con materia muy fina, rara y penetrante– se encuentran tan fuertemente aprisionadas en el organismo físico, que todas sus percepciones son recibidas e interpretadas en términos de nuestra materia celular y de su placer, dolor o bienestar. Sólo en algunas condiciones especiales, como en el ayuno prolongado o en el aire enrarecido de montañas muy altas, las diferentes funciones se desenlazan un poco entre sí y empezamos a tener una impresión de lo que pueden significar algunas de éstas si fuesen liberadas de su pesada carga de carne y de sus procesos concomitantes de digestión.
¿Cuál sería, por ejemplo, la función del pensamiento lógico, sin un cuerpo material que cotejara resultados en el mundo material? ¿Cuál sería el significado de la función emocional, separada de un cuerpo celular, o la función sexual separada de la posibilidad de la unión física? En verdad, puesto que todos los cuerpos deben ser hechos sobre el mismo molde, ¿cuál sería la naturaleza de las siete funciones de un cuerpo molecular, o las siete funciones de otro electrónico? ¿Cuál sería la anatomía y fisiología del alma o del espíritu?
Ciertamente que disponemos de poco material para una especulación de esta clase. Empero, la preparación para estados que sobrevengan después de la muerte o estados antes del nacimiento, implica exactamente una tarea semejante de imaginación intencional. Y si la intentamos, empezamos a comprender vagamente que de agregarse la individualidad humana a los cuerpos moleculares o electrónicos, estos cuerpos disfrutarían de toda clase de poderes, propiedades y posibilidades, que son inconcebibles y milagrosos desde el punto de vista de los cuerpos celulares.
Los cuerpos moleculares, como los gases, podrían abarcar y pene trar otros cuerpos: podrían tomar cualquier forma: no degenerarían y serían indestructibles. A su velocidad, toda una vida de experiencia podría contenerse en algunas semanas. Los cuerpos electrónicos podrían viajar con la velocidad de la luz, ocupar simultáneamente, como la luz, vastas proporciones de espacio; como las ondas de radio, producir fenómenos objetivos a distancia, sin medios visibles y, sobre todo, podrían participar en ese estado donde toda la materia del Sistema Solar es intercambiable y de la misma naturaleza. A velocidad electrónica, el tiempo de una vida de experiencia se podría compendiar, no en años, sino *en minutos.*
Entonces, podemos concebir más allá del círculo de vida del hombre, en el mundo celular, otro círculo inconmensurable de vida en el mundo molecular y, todavía otro círculo de vida nuevamente incon–mensurable en el mundo electrónico, cada uno completo en sí mismo, que conduce cada uno hacia los otros y que todos se tocan en un punto – el momento simultáneo de muerte y concepción, donde todo es predestinado y donde, sin embargo, todo es posible.

Vimos al principio el modo cómo las dimensiones especiales del cuerpo del hombre podrían representar el tiempo o la cuarta dimensión para la célula, la eternidad o la quinta dimensión para la molécula, y el absoluto o sexta dimensión para el electrón. Ahora percibimos que la inversa es también verdad. La desintegración de este cuerpo celular del hombre hacia el mundo molecular en la muerte, representa su advenimiento a la eternidad o recurrencia; en tanto que la desintegración de su cuerpo molecular hacia el mundo electrónico podría significar su entrada a la sexta dimensión, su fundición en un absoluto.
Este principio –de la existencia sucesiva en diferentes estados de materia– debemos concebirlo como una característica completamente mecánica del universo. En este principio no hay nada moral, nada deseable o indeseable, nada que dependa en el menor grado del mérito o el defecto del individuo. Para las grandes masas de hombres comunes semejante transición, si es un hecho, no tiene mayor significación que el cambio de un quantum dado de energía del carbón y del calor al movimiento mecánico y la electricidad. Y si en la muerte fuera liberado el sello de tales hombres dentro del mundo electrónico, esto no tendría por qué ser diferente a la liberación por el radio de millones de melodías por palabras dentro de este mismo mundo, en cada hora del día y de la noche,
Muerte y transformación son el destino inmodificable y no escogido del hombre. Todo lo que puede escoger y cambiar es la conciencia. Pero cambiar ésta es cambiarlo todo, Porque ahora, por fin, comenzamos a dis. cernir la única inmensa diferencia entre los hombres sobre la Tierra. Su común posesión de un cuerpo físico con cabeza, brazos y piernas puede tentarnos en este mundo, a no tomar en cuenta la diferencia entre hombres conscientes e inconscientes. En el sentido en que los alimentos entran y las palabras salen de sus bocas, son iguales Cristo y el criminal. Es sólo la desintegración de este cuerpo engañoso y el paso a otros estados de lo que sobrevive, que nos revela el vasto golfo que separa al hombre que está dormido de aquel que ha creado un principio indestructible y permanente de conciencia.
El uno es un impulso mecánico que reproduce interminablemente la misma tediosa melodía que le lanza; el otro es un espíritu humano, heredero de todas las posibilidades y tareas que contiene el universo.

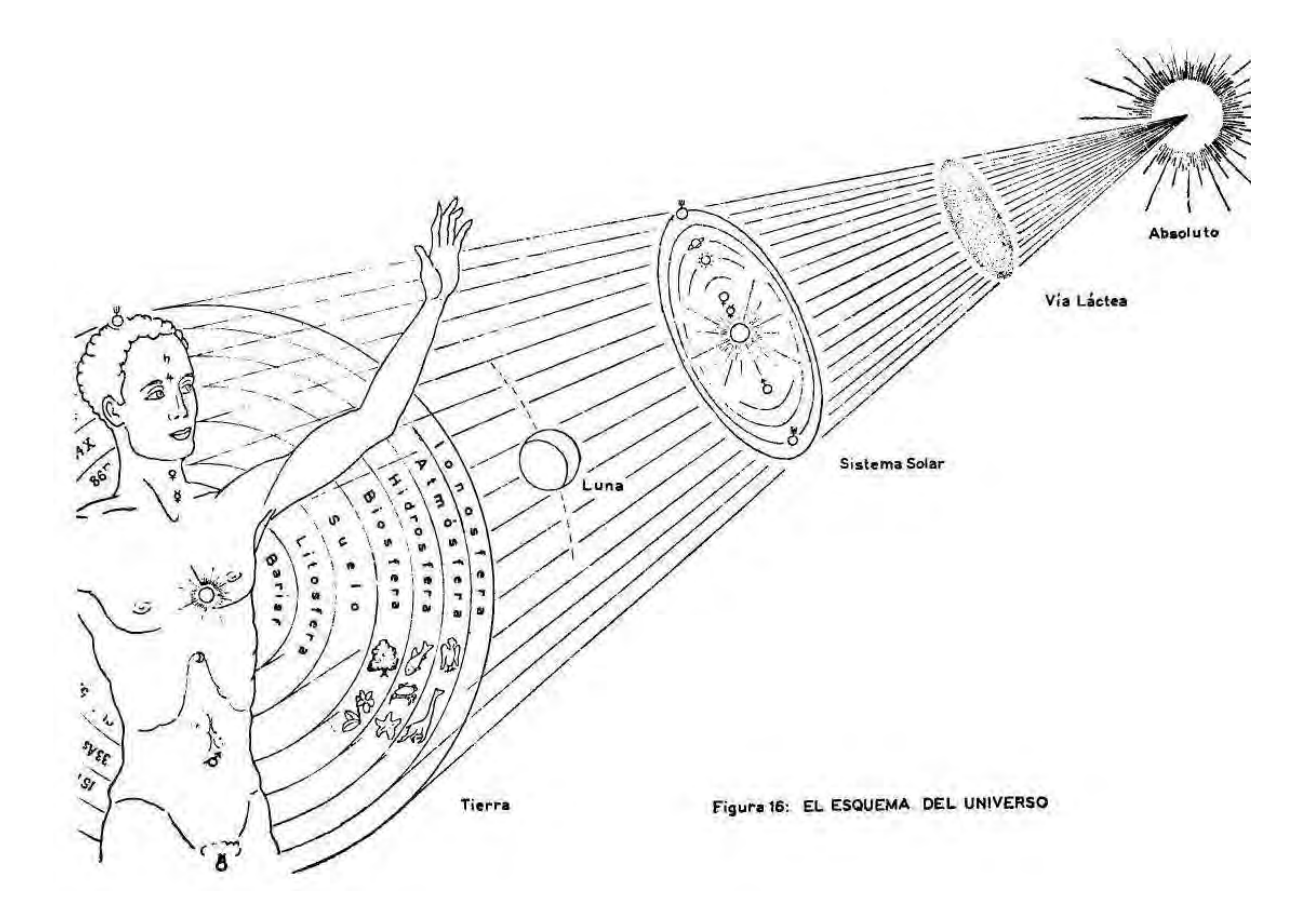


Figura 16: EL ESQUEMA DEL UNIVERSO

APÉNDICES

APÉNDICE I LAS MENTES LÓGICA Y SUPERLOGICA EN LA ILUMINACIÓN CIENTÍFICA

(Véase la Introducción)

(a) El químico alemán Kekulé y el descubrimiento de la idea del anillo de benzeno:
"Pero ésta no avanza bien (la redacción de su texto de química); mi espíritu estaba ocupado por otras cosas. Volví la silla hacia la chimenea y me hundí en duermevela. Ante mis ojos volaban los átomos. Largas olas variables se unen íntimamente; todas en movimiento, agitándose y girando como serpientes. Y, vean, ¿qué era eso? Una de las serpientes atrapó su propia cola y la imagen giró desdeñosamente ante mis ojos. Desperté como herido por el fogonazo del relámpago. Ocupé todo el resto de la noche en trabajar en las consecuencias de la hipótesis.... Aprendamos a soñar, caballeros".
Citado por W. L. W. Beveridge en *'El Arte de la Investigación Científica*, p. 56.

(b) El matemático Gauss en la solución de un teorema aritmético: "Finalmente, hace dos días, tuve éxito, no por consecuencia de mis
penosos esfuerzos, sino por la gracia de Dios. Como fogonazo intempestivo de luz, el rompecabezas quedó resuelto. Yo mismo no puedo decir cuál fue el hilo conductor que conectó lo que previamente sabía con lo que hizo posible mi éxito".
Citado por J. A. V. Butler en *'El Hombre es un Microcosmos',* p. 147.

(c) El matemático francés H. Poincaré en la solución del problema de las funciones fucsianas: "Precisamente por este tiempo abandoné Caen, donde estaba viviendo, para ir a una excursión geológica bajo los auspicios de la Escuela de Minas. Los incidentes del viaje me hicieron olvidar mi trabajo matemático. Habiendo llegado a Coutances, subimos a un ómnibus para ir a cualquier sitio. En el momento que puse mi pié en el estribo, me vino la idea, sin antecedente en mis anteriores pensamientos que pudiera ha-
ber preparado el camino para aquélla, de que la transformación que había usado.... era idéntica a aquellas de la geometría no-euclidiana. No comprobé esta idea; no habría tenido tiempo, ya que, al ocupar mi asiento en el ómnibus, reanudé la conversación que había comenzado — pero tuve la sensación de una certeza perfecta. A mi regreso a Caen, para satisfacción de mi conciencia, comprobé los resultados con toda comodidad". H. Poincaré, *'Los Fundamentos de la Ciencia".*

(d) El astrónomo Kepler en el descubrimiento de su tercera ley: "Lo que profeticé hace veintidós años, cuando apenas había descubierto los cinco sólidos entre las órbitas celestes....lo que hace dieciséis años instaba a que se buscara, aquello por lo que me establecí en Praga, por lo que he dedicado la mejor parte de mi vida a la contemplación astronómica, por fin lo he traído a la luz, y lo he reconocido en su verdad, no de la manera como yo había imaginado (que ésta no es la menor parte de mi regocijo), sino en forma muy diferente y empero más perfecta y excelente. Hace hoy dieciocho meses desde que conseguí el primer chispazo de luz, tres meses desde la aurora, muy pocos días desde que el sol desvelado —lo más maravilloso de contemplar— ardió so-
•bre mí.... Si usted me perdona, yo me complazco; si está usted enojado, yo puedo sobrellevarlo. La suerte está echada, está escrito el libro. Puede muy bien esperar un siglo a su lector, así como Dios ha esperado seis mil años a un observador".
Kepler, en *'Harmonicis Mundi',* libro V.

(e) Francis Bacon, en el descubrimiento de las leyes;
"Los hombres están más bien sometidos generalmente a la suerte o algo así, que a la lógica, para la invención de las artes y las ciencias.... El presente sistema de lógica más bien ayuda a confirmar y hacer inveterados los errores fundados en nociones vulgares, que a la búsqueda de la verdad, y es por ello más perjudicial que útil".
Citado por W. L. W. Beveridge en *'El Arte de la Investigación Científica'* p. 81.
Schiller en el descubrimiento de las leyes:
"No es decir demasiado que cuanto más deferencia los hombres de ciencia han prestado a la lógica, tanto peor ha sido para el valor científico de su razonamiento.... Afortunadamente para el mundo, sin embargo, los grandes hombres de ciencia se han mantenido en saludable ignorancia de la tradición lógica".
Citado, *ibid,* p. 82.
Albert Einstein en el descubrimiento de las leyes:
"No hay un camino lógico hacia el descubrimiento de estas leyes elementales. Solamente hay el camino de la intuición, ayudado está el cual por el sentimiento de un orden que yace detrás de la apariencia".
Citado, *ibid.* p. 56.
Max Planck en el descubrimiento de las leyes:
"Una y otra vez el plan imaginario sobre el cual uno intenta edificar un orden, se desmorona y, entonces, debemos intentar otro. La visión imaginativa y la fe en el éxito final son indispensables. Aquí no tiene cabida el racionalista puro".
Citado *ibid.* p. 55

(f) Un moderno comentarista del método científico:
"Hay, creo, dos niveles diferentes de 'simplicidad' y entre ambos hay una región de 'complejidad'. Hay la clase inferior de simplicidad que encontramos cuando aislamos un fragmento de la Naturaleza del resto e ignoramos todos los hechos notorios que se niegan a encajar dentro del esquema que aplicamos a ese fragmento. Hay, o puede haber muy bien, una clase superior de simplicidad, en la que hemos reconocido la estructura fundamental de la Naturaleza en su conjunto y hemos visto cómo la estructura de regiones especiales de la Naturaleza es precisamente un caso especial de esas relaciones fundamentales. Pero, en orden a pasar de la simplicidad inferior a la superior, debemos atravesar un estado intermedio de confusión y complejidad, en el cual confrontamos la simplicidad inferior con los hechos notorios que aquélla ha ignorado....La etapa final, aquélla del hallazgo del plan simple sobre el cual se construye toda esta complejidad, puede cumplirse solamente por hombres que combinan la *perspicacia del genio* con la *habilidad técnica matemática* del orden más alto.... Todavía esperamos al hombre que pueda mostrarnos en detalle cómo el mundo de la física y el mundo de la apariencia sensible están unidos en un todo en la Naturaleza".
C. D. Broad en *'El Pensamiento Científico',* p. 547.

APÉNDICE II LOS TIEMPOS DE LOS COSMOS

(Véase Capítulo 2)

	Segundo	*Respi-ración*	*Minuto*	*Hora*	*Dia*	*Semana*	*Mes*	*Año*	*Tiempo de Vida*
Electrón	—o—	—o—	—o—	—o—	—o—	—o—	—o—	—o—	—o—
Molécula x 28,000	—o—	—o—	—o—	—o—	1/1500 s	1/200 s	1/50 s	1/4 s	18 s
Célula sanguínea x 4,800	1/4500 s	1/500 s	1/90 s	2/3 s	18 s	1.3/4 m	7 m	1.1/2 h	6 d
Hombre x 28,000	1 s	3 s	1 m	1 h	1 d	7 d	29 d	1 a	76 a
Naturaleza 365	1/3 d	1 d	18 d	3.1/4 a	76 a	537 a	2150 a	25800 a	2.1/4 m a
Tierra x 7,800	1/3 a	1 a	18 a	1075 a	25800 a	187000 a	750000 a	9.1/2 m a	750 m a
Sol x 100,000	2250 a	7000 a	135000 a	8 m a	200 m a	—o—	—o—	—o—	5.6^{12} a
Vía Láctea	225 m a	700 m a	13500 m a	—o—	—o—	—o—	—o—	—o—	5.6^{17} a

(s = segundo; m = minuto; h = hora; d = día; a = año; m a = millón de años).

APÉNDICE III LA TEORÍA DE LAS OCTAVAS

(Véase Capítulo 6)

Extractado del *Grand Memento Encyclopedique Larousse,* París 1937:

"Los siete sonidos en el orden: *do, re, mi, fa, sol, la, si, do* sirven de basa de progresión musical o tonal en todo lo que es música. El conjunto de los sonidos producidos por la voz o los instrumentos musicales.... está representado por el encadenamiento repetido de las siete notas de esta progresión musical.... La secuencia de sonidos se llama *ascendente* cuando el desarrollo se hace de abajo a arriba, y *descendente* cuando el desarrollo es de arriba a abajo....

"Los pasos de esta progresión se encuentran separados iniguabnente entre sí. Ellos están separados, bien por un *semitono* o bien por un *tono.* El *semitono* es la distancia más corta entre dos pasos sucesivos; tenemos un semitono entre *mi y fa, si y do.* El *tono* es la mayor distancia entre dos pasos sucesivos; tenemos un tono entre *do y re, re y mi, fa y sol, sol y la, la y si".*

(II, pág. 938).

"Para determinar la frecuencia de todos los sonidos que constituyen una *escala armónica* (octava), basta fijar la frecuencia de una de ellas....Estos sonidos, situados según la agudeza creciente y separados por los simples intervalos de una escala armónica, tienen el nombre de 'notas':

Nombre de las notas:	*do*	*re*	*mi*	*fa*	*sol*	*la*	*si*	*do*
Intervalos de las notas con relación a *do:*	1	9/8	5/4	4/3	3/2	5/3	15/8	2

"La octava nota en la octava de la primera nota o *tónica,* tiene una frecuencia del doble de la tónica; lleva el mismo nombre y sirve de punto de partida, esto es, de tónica, para una nueva escala, cuyas notas tienen nombres similares a aquéllos de la octava precedente y están separadas respectivamente por una octava de las notas de nombres iguales a los de esa octava". (II, *pág.* 413. *Parág.* 588).

APÉNDICE IV TABLAS PLANETARIAS

(Véase capítulos 3 y 6)

(a) *El Sistema Solar como Transformador,* tensiones comparativas de carretes conductores planetarios.

Planeta	*Carretes en 84 años*	*Voltios*	*Amperios*
Neptuno	.5	1	10,000
Urano	1	2	5,000
Saturno	2.75	5.5	1,820
Júpiter	7	14	770
Marte	43 5	87	115
Tierra	84	168	60
Venus	137.5	275	36
Mercurio	343.5	687	14.5

(b) *El Sistema Solar como Transformador,* tensiones corregidas por áreas de cruce seccional y conductividad.

Planeta	*Sección (millones de kil. citad.)*	*Metal*	*Conduc-tividad*	*Sección conduc-tividad*	*Sec. x Cond. x Factor igualador* (6.6)	*Amperios (Ver (a)*
Neptuno	2.14	Plata	60	128 4	8474	10,000
Urano	1.86	Oro	41	76.2	5029	5,000
Saturno	11.43	Antimonio	2.5	28 6	1888	1,820
Júpiter	15 95	Bismuto	.77	12.3	812	770
Marte	.03	Cobre	56	1.7	112	115
Tierra	.13	Hierro	7.2	.9	59	60
Venus	.12	Estroncio	4	.5	33	36
Mercurio	.02	Latón	9	.2	13	14.5

Recíprocos del factor resistencia: "Tablas de Constantes Físicas y Químicas", por G. W. C. Kaye y T. H. Laby pág. 85

(c) *Distancia de los Planetas desde la Tierra* (en millones de kilómetros)

Planeta	*Distancia Mínima*	*Distancia Máxima*	*Coeficiente de variación*
Neptuno	4,350	4,660	1 : 107
Urano	2,880	3,160	1 : 1.1
Saturno	1,180	1,650	1 : 1.4
Júpiter	585	966	1 : 1.7
Marte	45	401	1 : 9.0
Venus	28	260	1 : 6.8
Mercurio	78	222	1 : 2.8

(d) *Velocidad de los Planetas en relación a la Tierra.*

Planetas	*Velocidad orbital kilos, por hora*	*Ángulo máximo*	*Velocidad máxima en relación a la Tierra kilos por hora*
Neptuno	5.3	2 1/2	.16

Urano	6.5	4	.24
Saturno	9.6	6	.52
Júpiter	13	11	1.6
Marte	30	40	13.3
Venus	36	90	36
Mercurio	48	90	48

(e) *Fuerza Estimada de los Campos Magnéticos de los Planetas en la Atmósfera de la Tierra.*

(Masa x velocidad orbital x el recíproco del cuadrado de la distancia)

Sol			62,000 amps.	*	
Luna (en equinoccios)			5,300 amps.	*	
Júpiter	*Máxima:*	1,300	*Mínima:*	500 amps	
Venus	1,200			50	,,
Marte	125			3	,,
Saturno	75			8	,,
Mercurio	40			5	,,
Urano	1.3			1	,,
Neptuno	0.5			0.5	,,

(* Sydney Chapman: 'El Atmósfera de la Tierra").

APÉNDICE V LAS OCTAVAS DE COMPUESTOS ORGÁNICOS

(Véase los capítulos 7 y 12)

Los pesos moleculares de ciertas substancias orgánicas en relación a una escala de octavas descendentes:

do	————		
—	narcóticos	:	agentes mágicos
si	ciertas vitaminas	:	agentes de reproducción (regeneración)
la	ciertos venenos	:	agentes anestésicos (degeneración)
sol	amino-ácidos, etc.	:	agentes de crecimiento
fa	tintes	:	agentes de color (destrucción)
—	narcóticos	:	agentes mágicos
mi	drogas naturales	:	agentes de curación
re	azúcares	:	agentes de digestión

Primera Octava — Si

do	12	Carbón 12
—	13	
si	14	nitrógeno 14
la	15	acetona 15
sol	16	oxigeno 16, metano 16, amonio 17
fa	18	agua 18
—	19	
mi	20	
re	22 1/2	

Segunda Octava — La

do	24	
—	26	acetileno 26
si	28	etileno 28, carbón monóxido 28
la	30	formaldehido 30, etano 30
sol	32	alcohol metílico 32, peróxido de hidrógeno 34
fa	36	
—	38	
mi	40	
re	45	ácido ciánico 43, óxido nitroso 44, dioxido de carbono 44, ácido fórmico 45

Tercera Octava — Sol

do	48	ozono 48
—	52	
si	56	
la	60	urea 60, ácido acético 60, isopropil 60
sol	64	ácido nítrico 63
fa	72	ácido propiónico 72, éter 74
—	76	ácido carbólico 76
mi	80	
re	90	triptofano 88, ácido butírico (mantequilla) 88, alinina (huevo) 89, ácido láctico (leche) 90, glicerina 92, ácido homogentístico 93

Cuarta Octava — Fa

do	96	fosgeno 99
—	104	ácido valeriánico 102, aspirina 104, cresol (antiséptico) 108
si	112	histamina 111, creatinina 111, ácido caproico 116, amil-nitrato 117
la	120	cloroformo 119, coniina 121, cisteno 121, niacina 123 eromano 130, leucina 130, usina 132, creatina 131, ácido salicílico 138, ácido para-aminobenzoico 137
fa	144	anethol 148
—	152	alcanfor 152, vainillina 152, eucaliptol 154, mentol 156, nicotina 162, glicógeno 162, celulosa 162, timol 165, sulfanima-lida 172, ácido carbónico 174
re	180	ácido ascórbico (vitamina c) 176, carbohidrato 180, fructosa 180, galactosa 180

Quinta Octava — Mi

do	192	efedrina 183, adrenalina 186, cafeina 194
—	208	ácido opiánico 210, mezcalina 211, sulfaguanidina 214 amitol 226, ácido pícrico 229
la	240	
sol	256	ácido mecónico 254, sulfatiazol 255, estronio 270, belladonina 271, vitamina A 286, testosterona 288
fa	288	alizarina anaranjada 285, alizarina amarilla 288, malaquita verde 288, atropina 289
—	304	cocaína 303, morfina 303, yoscina 303, tebaína 311, codeína 317
mi	320	ácido tánico 322, quinina 324, stricnina 334, laudanina 343, vitamina B, 337
re	360	maltosa 360, azúcar láctea 360, lactoflavina (Vitamina B,) 364, heroína 369, riboflavina 376

Sexta Octava Re

do	384	colesterol (vitamina D) 385, ergoesterol 396, yodoformo 393
—	416	narcotina 413
si	448	vitamina E 450, vitamina K 450, ácido ghcocókco (sal biliar) 465
la	480	
sol	512	ácido taurocólico (sal biliar) 515, carotina 536
fa	576	xantonpila 568, bilirubina 573, hematma 592
—	608	tiroxina 629
mi	640	aconita 643
re	720	

Séptima Octava — Do

do	768	
—	832	
si	892	oleína 884, tristearina 890, clorofila 907

APÉNDICE VI VIDA Y MUERTE DE LAS CIVILIZACIONES

(Véase capítulo 16)

Estas tablas deben estudiarse con la carta de las civilizaciones que se da en el Capítulo 16. Se incluyen sin hacer distinciones, las influencias que producen la concepción y el crecimiento de la civilización, así como aquellas que conducen a su desintegración.

(do) *Civilización Griega*
(590 A.C. — 187 D.C.)

Incubación

590 A.C.	Arconte Solón de Atenas: sus reformas, código legal, poesía.
640/562	Thales de Milcto: ciencia y cosmología.
580	Código de Pittakos en Metilena.

Desarrollo

ca 570	Vaso Francois.
561/527	Edad de Oro de Pisístrato.
ca 535	Primer festival trágico en Atenas.
ca 550	Anaximandro de Mileto: instrumentos técnicos, funda la colonia de Apolonia.
ca 530	Pitágoras: fundación de la colonia pitagórica en Crotón.
530/480	Templos dóricos en Paestum, Agrigento, Selinunte.
ca 510	Organización de la clase libre campesina en Atenas.
ca 510	Heráclito de Efeso, "Concerniente al Universo".
ca 510	Fin de la escultura arcaica; principio del estilo jónico.

Madurez

494-479	Guerras Médicas: Marathón, Termopilas, Salamina; fortificación de Atenas y construcción de El Pireo.
ca 490/460	fl. Esquilo: ca 470/410 Sófocles, ca 450/405 Eurípides.
468/457	Templo de Zeus en Olimpia; 447/438 El Partenón, Fidias.
470/399	Sócrates; 427/348 Platón.
ca 440	Era de Pericles; colonización del sur de Italia, Sicilia, Mar Negro.
ca 400	Principio del estilo corintio.
385/322	Aristóteles, maestro de Alejandro el Grande.
323	Máxima difusión de la cultura griega bajo Alejandro.
283	Ptolomeo Soter da a Alejandría el desarrollo de una ciudad griega.
146	Grecia cae bajo la dominación de Roma.
260 D.C.	Grecia es arrasada por los Godos.

(re) *Civilización romana*
(312 A.C. — 465 D.C.)

Incubación

312/304 A.C.	Fin de la guerra samnita: los romanos gobiernan Campania y Apulia.
312	Appio Claudio, censor; apertura de la Vía Apia a Capua. primer camino romano; el acueducto más antiguo.
322	Escuela estoica en Atenas bajo Zenón; 306 escuela de Epicuro en Samos; influencias formadoras de la cultura romana.

Desarrollo

280/275	Guerra Pírrica: unificación de Italia.
264/241	Primer Guerra Púnica; conquista de Sicilia.
ca 300/240	Desarrollo de la maquinaria militar: la legión.
284/204	Livio Andrónico: traductor de los clásicos griegos.

Madurez

219/201	Segunda Guerra Púnica: conquista de España.
ca 220/190	fl. Plauto: ca 160 Terencio.
ca 200	Introducción de religiones orientales a Roma.
168	Conquista de Macedonia; 146 Grecia y Túnez, 133 Asia Menor, 146 destrucción de Cartago.
87	Todos los italianos adquieren la ciudadanía romana.
74/63	Conquista de Siria y Palestina por Pompeyo; 58/51 conquista de Galia por César.
70/13	Cicerón; 71-19 Virgilio; 59-17 DC. Livio; 2-66 DC. Séneca.
31 AC	Conquista de Egipto.
29 AC-14 DC	Era de Augusto; reconstrucción de Roma: Pax Romana.
41/54 D.C.	Conquista de Bretaña; el Senado abierto a los galos.
ca 100	Máxima expansión del Imperio bajo Trajano.
100/300	Emperadores provincianos procedentes de España, Iliria, Siria.
211	La ciudadanía romana se hace universal.
270/300	Revueltas en Galia, África, Grecia, Siria, Egipto.
410	Saqueo de Roma por Alarico.
453	Asolamiento de Italia por Atila.
476	Insignias imperiales enviadas a Constantinopla por Odeacer el Vándalo; fin del Imperio Occidental.

(mi) *Civilización Cristiana Primitiva*
(28 — 805 D.C.)

Incubación

28/35 (?)	Supuesta enseñanza de Cristo.

Desarrollo

ca 35/60	'Los Hechos des los Apóstoles': viajes de San Pablo; fundación de iglesias en Antioquía, Efeso y Roma.
ca 100	Los Evangelios y El Apocalipsis de San Juan de Patmos.
ca 100	Establecimiento de los 'Siete Templos en Asia' y la autoridad de los obispos.

Madurez

ca 150/200	Establecimiento de iglesias en Alejandría, Cartago y Lyon.
ca 200/220	Tertuliano de Cartago ataca a las herejías.
ca 200/258	Percecución de los cristianos por la Roma imperial.
ca 230/250	Origen de Alejandría combina las filosofías cristianas y helénicas.
285	Principio de la vida monástica en el desierto egipcio: primeras peregrinaciones a los lugares santos.
ca 300/400	Se desarrolla el culto a los mártires.

ca 350	El Credo Atanasiano.
ca 400	Principio de la vida monástica en Occidente: Tours, Lerins.
ca 390/430	San Agustín: 'La Ciudad de Dios'; su lucha contra los maniqueistas.
ca 480/500	Conversión de los francos bajo Clovis.
ca 500	Cisma entre la iglesia occidental de Roma y la iglesia oriental de Constantinopla.
800/850	Nivel más bajo del Papado.

(fa) *Civilización Cristiana Monástica*
(522 D.C. — 1299 D.C.)

Incubación

ca 520	fl. San Benedicto, Dionisio el Areopagita, Betíus, Prisciano
523	Betius: 'El Consuelo de la Filosofía'.
ca 526	Construcción de capillas para peregrinos en Jerusalem por Justiniano; desarrollo de la escuela del arte mosaico.
529	San Benedicto funda el monasterio de Monte Cassino.

Desarrollo

532/537	Construcción de Santa Sofía en Constantinopla.
547	Construcción de San Vitalus en Ravena: trabajos de mosaico.
529/534	Código, Digesto e Institutos de Justiniano.
533/554	Pacificación del Mediterráneo; recuperación de África del Norte de manos de los vándalos, Italia de las de los ostrogodos, España de las de los visigodos.
563	Santa Columba convierte en lona a los escoceses; desde 600 en Irlanda.
589	Conversión de los visigodos.
590/600	El Papa Gregorio el Grande; 596, envía a Agustín a Bretaña.

Madurez

627/635	Cristianización de Inglaterra por Agustín.
656/682	Primeros conventos benedictinos en Inglaterra: Peterborough, Weannouth, Jarrow.
732	Derrota de los árabes en Poitiers por Carlos Martel.
741/768	Difusión de la vida monástica en Francia bajo Pepín el Pío
768/814	Imperio Cristiano de Carlomagno; escuela cortesana bajo Alcuín.
754/800	Cristianización de Alemania por San Bonifacio; 800, de Escandinavia; 864, de Moravia y Bohemia.
817	Fundación de la Abadía de Cluny; 926/942 el Abad Odo; 948/994 Maieul, 994/1049 Odilo.
ca 1100	Máxima extensión del Imperio Cluniacense en Europa bajo el Abad Hugo.
1215	Cruzada albigense contra los herejes; 1228 establecimiento de la Inquisición.
1250/1300	Decadencia de la vida conventual y control por poderes seculares.
1306	El Sacro Imperio Romano se separa de Roma.
1309	El Papa queda cautivo en Aviñón.

(sol) *Civilización Cristiana Medioeval*

(1088 — 1865 D.C.)

Incubación

1089/1130	La iglesia Abadía de Cluny es reconstruida bajo Hugo; extensión máxima de la influencia cluniacense.
ca 1090/1110	Escuela en Chartres bajo Ivo; en Monte St Michel; en Canterbury bajo Anselmo.
1073/1085	Papa cluniacense, Gregorio VII: 1088/1099 Urbano II.
ca 1090	Construcción de catedrales en Pisa, Mainz, Winchester, Saint Albans.
ca 1070/1110	Normandización de Inglaterra y Siciüa.
ca 1070/1110	Normandización de Inglaterra y Sicilia.
1095	La primera cruzada despoja a Francia de elementos guerreros.

Desarrollo

1100	Reinado Normando se establece en Palestina.
ca 1110/1140	Adelardo de Bath en el Cercano Oriente: misión expedicionaria desde Chartres en España; traducción del Corán, tablas logarítmicas, trabajos de alquimia.
1122/1152	Suger, abad de St. Denis, primer hombre de Estado bajo Luis VI y VII
1118	Se funda la Orden de los Caballeros Templarios.
1134/1150	Fachada occidental de la catedral de Chartres; estudios científicos y clásicos establecidos ahí por Thierry.
1148	Conquista normanda de Túnez y Trípoli.

Madurez

ca 1165/1200	Notre Dame de París, Sens, coro de Canterbury, Chichester, campanario de Pisa.
ca 1215	San Francisco de Asís, Walter von der Vogelweide, Nibelungenlied. Universidades de Oxford 1167, Padúa 1222, Napóles 1224,
1167/1243	Tolosa 1229, Salamanca 1243.
1200/1240	Catedrales de Lincoln, Chartres, Reims, Amiens, Bamberg,
	Mainz, Burgos, Toledo, León, Wells, Peterborough.
1200/1225	Cima del poder veneciano; comercio Veneciano-Oriental; comercio Germano-Ruso; Paso de San Gotardo: Lubeck, una ciudad libre.
ca 1260	fl. Cimabue, Roger Bacon; ca 1300 Dante, Alberto el Grande, Tomás de Aquino, Chaucer.
1347/1351	La Muerte Negra en Europa.
1378	El Gran Cisma: dos Papas en Roma y en Fondi.
ca 1480/1500	La Inquisición española bajo Torquemada.
1520	Lútero lanza la Reforma.
1530/1540	Independencia de la Iglesia Anglicana: disolución de los conventos ingleses.
1789	Revolución francesa, 1793 desposesión de la iglesia en Francia y 'abolición de la cristiandad'.
ca 1830	Lo gótico revive en Inglaterra.
1867	Karl Marx, 'la religión es el opio de las masas'.
1870/1880	Abolición de las órdenes y congregaciones católicas en Alemania, de conventos y facultades teológicas en Roma; expulsión de las órdenes católicas de Francia, de los Nuncios Papales de Bélgica y de Suiza.

(la) *Civilización Renacentista*
(1446 — 2223 D.C.)

Incubación

1440	Invención de la imprenta por Gutemberg.
1453/1456	Impresión de la Biblia de Gutemberg en Mainz.
1450	Formación de la Biblioteca Vaticana por Nicolás V.
ca 1440/60	Escuelas de pintura y arquitectura en Italia: della Francesca y Brunellesco en Florencia; Mantegna en Padúa; los Bellinis en Venecia.
1453	Captura de Constantinopla por los turcos, lleva a que artistas y científicos se refugien en Italia.

Desarrollo

1450/1480	Universidades de Cambridge (Queens) 1447, Glasgow 1451, Freiburg 1457, Oxford (Magdalen) 1458, Basle 1459, Ingolstadt 1472, Buda 1475, Mainz y Tubingia 1477, Copenague 1479.
1463	Se completa el Palacio de los Dux en Venecia; 1489 la Capilla Sixtina en Roma; 1506 primera piedra de San Pedro, Roma; 1520 la Capilla de los Médici en Florencia.
ca 1500/20	fl.Miguel Ángel, Leonardo, Rafael, Durero.
1509	Establecimiento de la prensa Aldina en Venecia.
1487/1500	Viajes al Cabo de Buena Esperanza de Díaz en 1487; a San Salvador, de Colón en 1492; a Labrador, de Cabot en 1498: a Calcuta de Vasco de Gama en 1498; a Venezuela por Vespucio en 1499; a Brasil de Cabral en 1500; alrededor del mundo, de Magallanes en 1519/1522.
1519/1521	Conquista de México por Cortés; 1532/1534 de Perú por Pizarro.
ca 1520	fl. Erasmo, Sir Thomas More, Maquiavelo, Ariosto.

Madurez

ca 1530/1560	Principio de la medicina moderna con Paracelso, de la astronomía con Copérnico, de la anatomía con Vesalio, de la zoología con Gessner.
ca 1590/1620	Renacimiento isabelino en Inglaterra: Spencer, Shakespeare, Bacón, Marlowe, Donne.
ca 1600	fl. Cervantes, Montaigne, Galileo, El Greco; 1620 Boehme, Spinoza, Rembrandt. Descubrimiento del magnetismo terrestre por Gilbert en
ca 1600/1630	1600; leyes de gravitación de Galileo en 1602; leyes del movimiento planetario de Kepler en 1603; 1614 logaritmos de Napier; 1616 leyes de refracción de Snellius; 1628 leyes de la circulación de la sangre, de Harvey.
1661	Fundación de la química moderna por Boyle.
ca 1800	Principios de la música moderna: fl. Beethoven, Haydn, Mozart.
1810/1835	Primeras sociedades públicas científicas: museos, galerías de pintura.
1874	Educación universal en Inglaterra.
ca 1890	Popularización de periódicos, bibliotecas.
ca 1915	Propaganda comercial y política sin límite.

(si) *Civilización Sintética*

(1859 — ?-636 D.C.)

Incubación

1859	Darwin, 'Origen de las Especies'; J. S. Mili, 'Sobre la libertad'; 1862 Víctor Hugo, 'Los Miserables'; 1865 Clerk Maxwell, 'Tratado sobre la Electricidad y el Magnetismo'; Tolstoy, 'Guerra y Paz'; 1866 Dostoievsky, 'Crimen y Castigo'; 1867 Ibsen, 'Peer Gynt'.
1861	Emancipación de los siervos en Rusia; 1862 socialismo de Estado propugnado por Lasalle; 1864 Asociación Interna cional de Trabajadores; 1867 Karl Marx, 'Das Kapital'.
1863	'Salón des Refusés' en París: Monet, Renoir.
1859	Se inicia el Canal de Suez: se descubre el primer pozo de petróleo en EE.UU.; primera planta de luz eléctrica en Nueva York; descubrimiento del espectroanálisis; 1861 construcción del teléfono por Reiss; 1866 del dinamo por Siemens, del cable transatlántico; 1867, invención de la dinamita, la máquina de escribir, el proceso de fototipia.
ca 1866	Madame Blavatsky en Nueva York; Mary Baker Eddy funda la Christian Science. 1860/85 Shri Ramakrishna imparte enseñanzas en la India.
1865	Unificación de los EE. UU. después de la Guerra Civil.

Desarrollo

1868	La 'Alliance Internationale' de Bakunin; 1869 Partido Social Demócrata alemán; 1871 legalización de los sindicatos obreros en Inglaterra.
1870	Guerra Franco-Prusiana.
1871	Primera exposición impresionista en París.
1874	Cruz Roja Internacional; 1875 Unión Postal Internacional
1875	Fundación de la Sociedad Teosófica por Madame Blavatsky; 1876 programa de Max Müller para traducir los libros sagrados del Oriente.
1876	Invención del teléfono por Bell; 1877 el fonógrafo de Edison; 1878 rifle de repetición Mannlicher; micrófono de Hughes; 1879 bulbo eléctrico de Edison; 1883 primera fábrica de automóviles.
1883	'Zaratustra' de Nietszche; 1889 'Ensayos Fabianos' de J. B. Shaw; 1897 'Resurrección' de Tolstoy; 1900 'Psicología Comparada' de W. Wundt.
1881	Se forma la Canadian Pacific Railway Co.; se inicia el Canal de Panamá; 1884 el túnel de San Gottardo; 1889 la Torre Eiffel; 1891-1901 ferrocarril trans-siberiano; 1894 ferrocarril transandino; 1895 submarino eléctrico.
1895	Descubrimiento del cinema, de la transmisión inalámbrica, de los Rayos X; 1897 del helio; 1898 del radio.
1903	Separación del Partido Bolchevique ruso bajo Lenin y Trotsky.
1905	Teoría de la relatividad de A. Einstein.
ca 1908	Primeros vuelos en aeroplano por los hermanos Wright; vuelos aéreos de Zeppelin y Santos Dumont.
1914/18	Primera Guerra Mundial.
1917	Revolución Rusa.
ca 1915	Popularización del cinema.
ca 1920	Popularización del automóvil.
ca 1925	Popularización del radio.
ca 1935	Popularización del transporte aéreo.

Madurez

1939/45	Segunda Guerra Mundial.
1944	La desintegración del átomo; 1945 primeras bombas atómicas.

APÉNDICE VII PERIODOS PLANETARIOS Y CICLOS DE ACTIVIDAD HUMANA

(Véase capítulo 17)

En la columna de la izquierda se consignan ciclos de periodicidad observados en varios fenómenos humanos y biológicos con los nombres de los observadores, y también ciclos de fenómenos que tienen referencia en el presente libro. En la columna de la derecha se muestra la relación de estos ciclos con múltiplos de los períodos sinódicos de los planetas, que están dados en días.

Ciclos Observadas	*Días*	*Ciclos Planetarios*
ciclo de 41 *meses*		
Precios, producción industrial, ventas — Beverage, Hoskings, Dewey). Tos ferina (King).	1170	Marte x 1 1/2 (oposición)
	1170	Venus x 2
	1170	Mercurio x 10
	1170	Júpiter y Saturno x 3
ciclo de 4 *años.*		
Número, migración, epidemias de turones, ratones, ardillas, zorras (Elton).	1462	*Venus x* 2 1/2
	1462	Luna x 50
	2340	
6 *años* 5 *meses.*		
Un doceavo de vida humana.	2340	Marte x 3 Venus x 4
	2340	Asteroides x 5
	2340	Júpiter y Saturno x 6
ciclo de 7 1/2 *años*		
Presión barométrica (Clayton), anillos arbóreos, depósitos en lagos, láminas de roca (Gillette).	2730	*Marte x* 3 1/2
	2740	Saturno x 7 1/4
ciclo de 8 *años*		
Precios del algodón (Dewey).	2925	*Venus x* 5
	2925	Mercurio x 25
	2925	Luna x100
ciclo de 9 *años.*		
Precios, bolsa, suicidios, etc.	3276	*Asteroides x* 7
ciclo de 9 2/3 *años*		
Pesca del salmón (Canadá), orugas (N.J.), chinches (Shelford y Flint), cueros de lince (Canadá), ozono (Londres y París).	3510	Marte x 4 1/2
	3510	Venus x 6
	3510	Júpiter y Saturno x 9
	3510	Mercurio x 30
ciclo de 11.2 años		
Tiempo, manchas solares, etc.	4095	Venus x 7
	4095	Mercurio x 35
ciclo de 12 *años* 10 *meses*		
Un sexto de la vida humana.	4680	Marte x 6
	4680	Venus x 8
	4680	Asteroides x 10
	4680	Júpiter y Saturno x 12
	4680	Mercurio x 40
ciclo de 15 años		
Guerras (ver capítulo 18).	5460	*Marte x* 7
	5460	Saturno x 14 1/2

	ciclo de 18 *años*	
Bienes raíces, construcciones (Dewey y Dakin), potencial eléctrico (Kew).	6552	*Asteroides x* 14
	ciclo de 22.4 *años*	
Temperatura en S. Dakota, nivel de los lagos africanos, manchas solares, corrientes del Nilo, anillos arbóreos (Clayton).	8190	Marte x 10 1/2
	8190	Venus x 14
	8190	Júpiter y Saturno x 21
	8190	Mercurio x 70
	ciclo de 36 *años.*	
Tiempo europeo (Bruckner).	13104	*Asteroides x* 28
	13134	*Júpiter x* 33
	ciclo de 54 1/2 *años.*	
Nivel de precios en EE. UU., precios ingleses del trigo, seguros, producción de carbón, períodos industriales (Kondratieff).	19890	Venus x 34
	19656	*Asteroides x* 42
	19900	Júpiter x 50
	19890	Mercurio x 170
	ciclo de 77 *años*	
Vida humana (ver capítulo 11).	28080	Marte x 36
	28080	Venus x 48
	28080	Asteroides x 60
	28080	Júpiter y Saturno x 72
	28094	Urano x 76
	28030	Mercurio x 240
	28080	Luna x 960
	ciclo de 84 *años*	
Sexo (ver capítulo 19).	30646	*Júpiter x* 77
	30627	Urano x 83
	ciclo de 165 *años*	
Regeneración (ver capítulo 20).	60000	

Los períodos sinódicos mayores o mitad de períodos, como los de conjunción entre el planeta, la Tierra, el Sol y el Zodíaco, están subrayados.

APÉNDICE VIII EL CICLO DE LAS GUERRAS

(Véase capitulo 17)

Las fechas colocadas arriba son aquellas entre las que el planeta Marte. pasó desde 15? Libra a 15° Geminis. Los sucesos históricos se basan en las 'Tablas Históricas' de S. H. Steinberg, y en su mayor parte se refieren a guerras y rebeliones originadas en Europa o relacionadas con Europa.

Mientras más se retrocede en la Historia, más temprano en el verano cae la máxima influencia de Marte, y se hace notable una tendencia que el rompimiento de las guerras se proyecte al año anterior. Esto puede estar relacionado con las variantes de tiempo y cosechas.

Septiembre 16, 1944 - *Agosto* 15, 1945	
Julio 6, 1944	Invasión de Normandía.
Octubre 20, 1944	Invasión de Filipinas.
1944-45	Lucha generalizada en Europa Occidental en Europa y en el Pacífico.
Mayo 8, 1945	Rendición de Alemania.
Agosto 15, 1945	Rendición de Japón.

Septiembre 14, 1929 - *Agosto* 5, 1930	
Enero 20, 1930	Rompimiento de la guerra del Chaco: Bolivia - Paraguay.
Septiembre – Octubre 1930	Revoluciones en Argentina y Brasil.

Septiembre 7, 1914 - *Julio* 28, 1915.	
Agosto 1914	Declaraciones generales de guerra.
Septiembre 6-9, 1914	Batalla del Mame.
1914-15	Lucha general en los frentes Occidental y Oriental y en el Cercano Oriente.
1914-15	Época más intensa de la Revolución Mexicana.

Agosto 30, 1899 - *Julio* 19, 1900	
Octubre 10, 1899	Rompimiento de la Guerra Boer.
Mayo 1900	Levantamiento Boxer en China.
Septiembre 1900	Anexión de Transvaal por Bretaña y de Manchuria por Rusia.

Agosto 21, 1884 - *Julio* 10, 1885	
Octubre 1884	Principio de la guerra en el Sudán.
Agosto 1884 - Febrero 1885	Ocupación alemana de las colonias africanas.
Enero 1885	Asedio de Khartoum.
Septiembre 1885	Revolución en Rumelia y Guerra Búlgaro-Servia.

Agosto 13, 1869 - *Julio* 3, 1870	
Julio - Septiembre 1870	Guerra Franco-Prusiana

Agosto 4, 1854 - *Junio* 25, 1855	
Junio 1854	Austria ocupa los principados Danubianos.
Sepbre. 1854 - Sepbre. 1855	Guerra de Crimea.
Febrero - Marzo 1855	Rebelión Teiping en China.

Julio 25, 1839 - *Junio* 17, 1840	
Octubre 1838	Primera Guerra Afghanitan.
Noviembre 1838	Francia declara la guerra sobre México.
Diciembre 1838	Los Boers derrotan a los Zulus en Natal.
Julio 1839	La Guerra del Opio con China.
1839	Guerra entre Egipto y Turquía.

Julio 18, 1824 - *Junio* 10, 1825	
Abril 1823	Guerra entre Francia y España.
Mayo 1824 - Febrero 1826	Guerra de Burma.
Diciembre 1825	Revuelta en el Ejército Ruso.
1825	Independencia de Brasil, Bolivia y Uruguay.

Julio 10, 1809 - *Junio* 2, 1810	
Mayo - Junio 1808	Insurrección española contra Francia.
Agosto 1808	Expedición inglesa a Portugal.
Agosto 1807 - Septiembre 1809	Guerra Ruso - Finesa.
Febrero - Octubre 1809	Guerra Franco - Austríaca.
Julio - Diciembre 1809	Expedición británica a "Walcheren.
1810	Guerra de la Independencia Mexicana

Julio 3, 1794 - *Mayo* 26, 1795	
Febrero - Marzo 1793	Francia declara la guerra a Bretaña, Holanda y España.
1793-94	Lucha generalizada en toda Europa.
Marzo 1794	Levantamiento de Rosciusko en Polonia.
1793-94	Reino del Terror en Francia.
Septiembre 1795	Los británicos ocupan el cabo de Buena Esperanza.

APÉNDICE IX COMPARACIÓN ENTRE LOS SISTEMAS SOLAR Y JUTERIANO
(Véase capítulo 18, II)

SISTEMA SOLAR

	Satélite	Distancia Real (millones de kilómetros)	Distancia Según Ley de Bode (millones de kilómetros)	Velocidad mu. kil. por día	Periodo sideral Años y días	Diámetro 1000 kilóm.
(0)	?	—	—	—	—	—
(1)	Mercurio	58	60	4.64	.88	4.7
(2)	Venus	108	105	2.96	.225	12.4
(3)	Tierra	150	150	2.56	1.	12.7
(4)	Marte	228	240	1.44	1.322	6.9
(5)	Asteroides	416	420	—	—	—
(6)	Júpiter	778	780	1.12	11.315	142
(7)	Saturno	1427	1500	.83	29.167	120
(8)	Urano	2868	2880	.61	84.7	51
(9)	Neptuno	4494	—	.46	164.280	55
(10)	Plutón	5850	5870	.40	247.248	8

SISTEMA JUPITERIANO

					días y horas	
(5)		.181	—	2.64	.12	—
(1)	Io	.419	.420	1.60	1.18	3.8
(2)	Europa	.667	.600	1.31	3.13	3.4
(3)	Ganymedes	1.064	1.020	.96	7.4	5.8
(4)	Callito	1.871	1.680	.70	16.16	4.0
	?	—	3.120	—	—	—
	?	—	6.000	—	—	—
(6)		11.356	11.700	.29	251.	—
(7)		11.852			260.	—
(8)		23.920	23.280	.21	739.	—
(9)		25.337			745.	—

COMPARACIÓN

	Sol	*Júpiter*	*Factor*
Período de rotación	29.1/2 días	10 horas	x 70
Diámetro	1.391,000 kilom.	142,000 kilom.	x 10
Densidad	.25 Tierra	.25 Tierra	igual
Masa	331,950 Tierra	315 Tierra	x 1000
Distancia de satélites	promedio		x 141
Período de satélites	promedio		x 50
Velocidad de satélites	promedio		x 2.1/2

APÉNDICE X EL, CICLO DEL SEXO

(Véase Cap. 19)

Los años que se sugiere representan las fases masculina y femenina de Urano son aquellos en que el planeta presenta sus polos norte y sur respectivamente, a la tierra y el sol. Esto ocurre cuando Urano se encuentra a 15º Sagitario y 15º Geminis, respectivamente.

Fase Femenina	*Fase Masculina*
(Urano en 15° Geminis)	(Urano en 15° Sagitario)
1945	1987
1861	1903
1777	1819
1693	1735
1609	1651
1525	1567
1441	1483
1356	1399
1273	1315
1189	1231
1105	1147

APÉNDICE XI EL CICLO DE REGENERACIÓN

(Véase el capitulo 20)

Las fechas colocadas arriba son aquellas en que Neptuno se encuentra en 15° Libra, esto es, cada 165 años. De ningún modo se pretende que todas las sociedades mencionadas hayan sido efectivamente escuelas de regeneración, puesto que tales períodos se marcan igualmente por imitaciones, sinceras y fraudulentas, y puesto que en la mayoría de los casos no tenemos cómo distinguir lo falso de lo verdadero. Tampoco las figuras históricas nombradas son necesariamente el producto de espuelas de regeneración, aunque sean representativas de un profundo interés en la idea. El propósito de la tabla es sólo mostrar cómo una inclinación general hacia la idea de regeneración alcanza el máximo de acuerdo a un ciclo definido.

30 *A.C.*

4-35 D.C.	Supuesta vida de Cristo.
ca 1 DC.	Esenios en Palestina; Terapeutas en Egipto.
50 AC-50 DC	Desarrollo de la Kabala; el Zohar de Simon-ben-Joachai.
40 AC-40 DC	Unión del platonismo y la Kabala por Philon de Alejandría.

135 *D.C.*

ca 80/130	El Budismo se extiende de la India a la China.
ca 80/120	Difusión del Budismo en el N.O. de la India y en el Afganistán, bajo Kanishka.
ca 70/100	Se editan los Evangelios.
ca 95/100	El Apocalipsis de San Juan de Patmos.

300 *D.C.*

244/305	Desarrollo del Neoplatonismo por Plotino y Porfirio.
270/277	Escrituras herméticas. Fundación del Maniqueísmo, secta gnóstica, por Mano en Persia.
285	Iniciación de las peregrinaciones cristianas.
285	Principio de la vida monástica en el desierto egipcio.
311	Circumcelianos, fundados por Donato, Obispo de Cartago.
311	El Emperador Constantino tolera a la Cristiandad.

465 *D.C.*

432/461	Evangelización de San Patricio en Irlanda.
ca 480/500	Difusión del cristianismo entre los francos bajo Clovis.
ca 500	Escritos neoplatónicos de Dionisio el Aeropagita.

630 *D.C.*

ca 600/615	Monjes irlandeses bajo Santa Columba.
622	Mahoma huye de la Meca a Medina (Hegira), 632 muere
627/635	Cristianización de Northumbría, Anglia Oriental y Wessex por San Agustín de Canterbury.

795 *D.C.*

747/797	Enseñanza budista de San Padma Sambhava en Tibet.
760	Templo de Kailasa en Ellora.
ca 750/800	Cristianización de Alemania por San Bonifacio y sus
ca 790/804	seguidores. La escuela cortesana de Carlomagno bajo Alcuin.

813	Fundación de la Abadía de Cluny.
822	Hrabanus Maurus, Arzobispo de Fulda.

960 *D.C.*

931	Carta papal de independencia para la Abadía de Cluny.
924/942	Odo, abad de Cluny; 954/994 Maieul.
959/978	San Dunstan, Arzobispo de Canterbury bajo Eduardo el Mártir, Rey de Inglaterra.
989	La tregua de Dios en Francia.

1125 *D.C.*

1089/1130	Reconstrucción de la Abadía-Iglesia de Cluny; 1122 el abad Pedro el Venerable.
1097/1105	San Anselmo en Roma y Cluny.
1115	El Canciller Bernardo reorganiza la Escuela-Catedral en Chartres.
ca 1115	Escuela catedral de música en Reinas, de astronomía en el monte St. Michel.
1115	San Bernardo funda la Orden Cisterciense.
1118	Fundación de los Caballeros Templarios en Palestina por Hugh des Payens y Godfrey de Saint Omer.
1122/1152	Suger, abad de San Denis, primer estadista francés.
1135/1150	Fachada occidental de la catedral de Chartres.
ca 1125	Llegada de los cataristas a Tolosa y Orvieto.
ca 1100/1135	Enseñanza de Milarepa en el Tibet.
ca 1100/1150	Período más grande de construcción de templos en India: Khajraho, Puri, Konarak.

1290 *D.C.*

1273	Muerte de Jellaludin Rumi en Turquía: fundación de la Orden de derviches Mevlevi.
1270	Tomás de Aquino: 'Summum Bonum'.
1292	Dante: 'La Vita Nuova'.
ca 1290	Cataristas apostólicos bajo Colcino en Italia.
ca 1290	Escuela de trovadores del sur de Francia. Pedro Cardenal.
ca 1290	Alquimistas católicos: Alberto el Grande, Roger Bacon, Raymond Lully.
ca 1290	Místicos ingleses y alemanes: Meister Eckhart, Matilde de Magdeburgo.

1455 *D.C.*

1446	El abad de Bursfelde establece la congregación de Bursfel de monasterios alemanes benedictinos.
1442/1458	Juan de Colonia construye las torres occidentales de la catedral de Burgos.
1450	Se forma la Hermandad de Comunión en Bohemia y Moravia.
1455	Muerte de Fra Angélico: 1471 de Tomás de Kempis.
ca 1460	Escuelas de pintura en Italia.

1620 *D.C.*

ca 1590/1605	Era de Akbar en la India.
1575/1624	Jacob Boehme: 'Mysterium Magnum', etc.
ca 1600	Fundación de la Sociedda de Rosacruces: Michael Meier. médico de cabecera del Emperador Rodolfo.
1615/20	Publicación de la literatura rosacruz original.

1620/30	Descubrimientos médicos y físicos por doctores rosacruces: circulación de la sangre (Harvey), el magnetismo (Gilbert), leyes planetarias (Kepler).
1620	Francis Bacón: 'Novum Organum'; 1627 'Nueva Atlántida'.
1616	San Francisco de Sales: 'Tratado del Amor de Dios'.
ca 1630	Descartes. Pascal.

1785 *D.C.*

1760/1785	Fundación de los ritos swedenborgianos.
1760	Illuminati de Avignon; 1766 Teósofos Iluminados de Paris.
1783	Orden de la Aurora Universal en París: Cagliostro, Mesmer.
1754	Fundación del Martinismo por Martínez Paschalis.
1768/88	Paschalis en París y Lyons.
ca 1780	El martinismo se extiende a Alemania y Rusia por Claude de Saint Martin y el Príncipe Repnin.
1780	Orden de la Hermandad Asiática fundada por el Barón de Ecker.
ca 1785	Goethe, Kant, Hegel, Beethoven.

APÉNDICE XII BIBLIOGRAFÍA

Comprende únicamente los principales libros consultados o citados en la presente obra.

Bainbridge y Menzies (Ed. Hartridce) = Essentials of Physiology. Londres 1929.

Bellamy, H. S. = The Atlantis Myth. Londres 1948.

Berman, Louis = The Glands Regulating Personality. Nueva York 1929.

Bok, B. J. y P. F. = The Milky Way. Filadelfia 1946.

Bonestall y otros = The Conquest of Space. Nueva York 1949.

Bragg, Sir William L. = Electricity. Londres 1936.

Branfield, Wilfred = Continuous Creation. Londres 1950.

Bucke, R. M. = Cosmic Consciousness. Nueva York 1923.

Butler, J. A. V. = Man is a Microcosm. Londres 1950.

Calder, Ritchie = Profile of Science. Londres 1950.

Chapman, Sydney = The Earth's Magnetism. Londres 1951.

Davey, E. R. y Dakin E. F. = Cycles, the Science of Prediction. Nueva York 1947.

Doig, Peter = A Concise History of Astronomy. Londres 1950.

Eisler, Robert =The Royal Art of Astrology. Londres 1946.

Flinders Petrie, W. M. = The Revolutions of Civilization. Londres 1912.

Fludd, Robert = Uitriusque Cosmi Historia. Frankfurt 1617.

Fludd, Robert = De Monochordum Mundi. Frankfurt 1623.

Fludd Robert = De Naturae Simia. Frankfurt 1618.

Hinton, C. H. = The Fourth Dimensión. Londres 1906.

Hodgman, Charles D. —(ed.) Handbook of Chemistry and Physics (31 edición). Cleveland, 1949.

Hottenroth, Friedrich = Le Costume, etc. chez les Peuples Anciens et modernes. París, sin fecha.

Hoyle, Fred = The Nature of the Universe. Oxford 1950.

Huntington, Ellsvvorth — Mainsprings of Civilization. Nueva York 1945.

Jeans, Sir James = Through Space and Time. Cambridge 1934.

Kahn, Fritz " Man in Structure and Function (2 vols.). Nueva York 1943.

Kuiper, Gerard P. (ed.) = The Atmospheres of the Earth and Plancts.

Chicago 1949. Langer, William L. (ed.) -Encyclopedia of World History- Boston 1948.

Laubenfels, M. W. de = The Pageant of Life Science. Nueva York 19-V).

Larousse = Gran Memento Encyclopedique (ed. Paúl Auge). París 1927.

Larousse = Medícale Illustré (eds. Dr. Galtier- Boussiére v Burnier) París 1924.

Lee, Olive Justin = Measuring Our Universe. Nueva York 1950.

Lemaitre, Georges = The Primeval Atom. Nueva York 1950.
Lockyer, Norman = The Dawn of Astronomy. Londres 1894.
Martindale y Westcott = The Extra Pharmacopeia. Londres 1932.
Metalnikov, S. = Immortalité et Rajeunissement. París 1924.
Metalnikov, S. = La Lutte contre la Mort. París 1937.
Moreaux, Abate Th. = Le Ciel et L'Univers. París 1928.
Ouspensky, P. D. = Tertium Organum. México 1950.
Ouspensky, P. D. = Un Nuevo Modelo del Universo. México 1950.
Ouspensky, P. D. = Extraña Vida de Ivan Osokin. México 1950.
Ouspensky, P. D. = Fragmentos de una Enseñanza Desconocida. México 1952.
Petticrew, J. Bell = Design in Nature. Londres 1908.
Polynov, B. B. (traduc. al inglés de A. Muir) — The Cyde of Weathe-ring. Londres 1937.
Radio Handbook, The Amateur. Londres 1940.
Rudaux, Lucien = Sur les Autres Mondes. París 1937.
Shaw, Sir Napier = Manual of Meteorology, Vol. II, Cambridge 1928.
Sherwood Taylor, F. = The World of Science (2' ed.). Londres 1950.
Sherwood Taylor, F. = Science Past and Present. Londres 1949.
Spencer Jones, Sir Harold = General Astronomy. Londres 1946.
Steinberc, S. H. = Historical Tables. Londres 1939.
Toynbee, Arnold J. (ed. D. C. Somervell) = A Study of History. Nueva York, 1947.
Thompson, Sir D'Arcy Wentworth = On Growth and Form. Cambridge 1942.
Van Nostrand's Scientific Encyclopedia (2' ed.) Nueva York 1947.
Vernadsky, W. = La Biosphére. París 1929.
World Almanac. Nueva York 1950.
Whitaker's Almanck. Londres 1950.